prácticas constituyentes

GUERRAS Y CAPITAL

Éric Alliez
Maurizio Lazzarato





traficantes de sueños

Edición original: *Guerres et Capital*, París, Éditions Amsterdam, 2016.

Primera edición en castellano: mayo de 2022.
Título: Guerras y capital
Autores: Éric Alliez y Maurizio Lazzarato
Traducción: Manuela Valdivia

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]
@editorial.Traficantes
@Traficantes_Ed

Tinta Limón ediciones
Morón 2453, CABA
www.tintalimon.com.ar
Editorial La Cebra
www.edicioneslacebra.com.ar

Impresión:
Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-124538-6-7
Depósito legal: M-10978-2022

GUERRAS Y CAPITAL

ÉRIC ALLIEZ
Y
MAURIZIO LAZZARATO

TRADUCCIÓN:

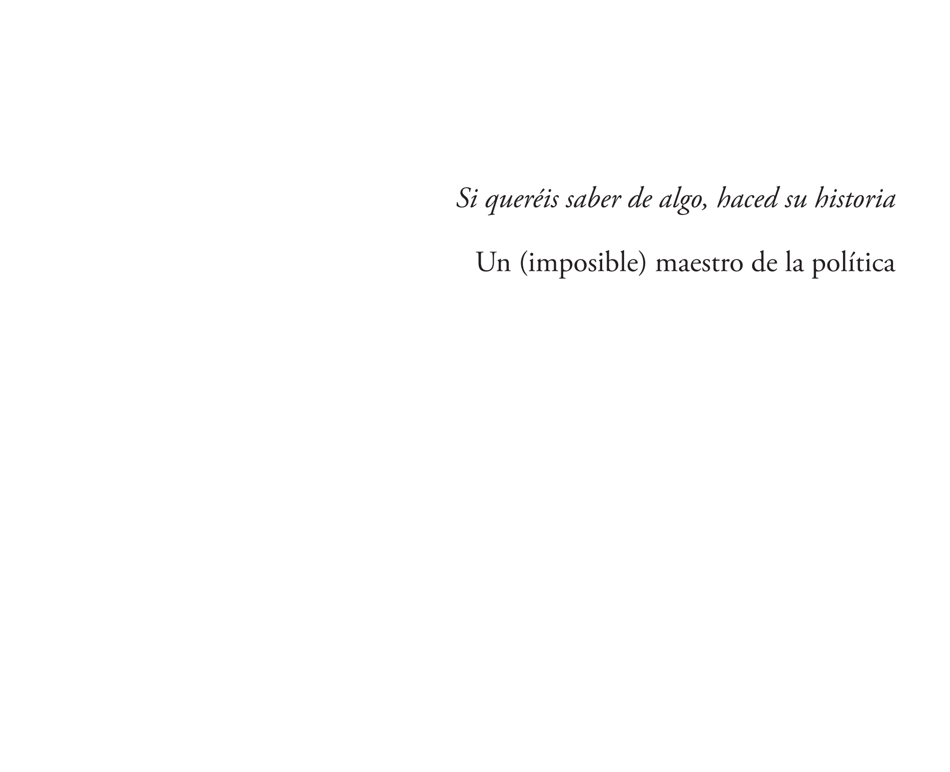
MANUELA VALDIVIA



traficantes de sueños



ÍNDICE



Si queréis saber de algo, haced su historia

Un (imposible) maestro de la política

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN
«NUESTRO NORTE ES EL SUR»

Pese a ser objeto de la negación del pensamiento crítico contemporáneo, las guerras y las revoluciones, las revoluciones y las contrarrevoluciones determinan las rupturas, los puntos de inflexión, el principio y el fin de las grandes secuencias políticas de las que forman el único «medio». Así es como la enésima derrota del ejército más poderoso del mundo (y de sus aliados) marca el final del sueño hegemónico de Estados Unidos sobre el planeta. Incluso si, muy a la izquierda, pudo confundirse el principio del fin del «siglo estadounidense» con la fundación posmoderna del Imperio (*sic*); y confundirse también la gobernanza de la guerra social global con la «gubernamentalidad a través de la crisis» del capitalismo cognitivo sobre las «multitudes».

In fine, los estadounidenses pueden seguir siendo la potencia motriz de Occidente, pero no por eso están menos agotados políticamente por la globalización que ellos mismos pusieron en marcha para asentar su potencia de dominación económico-militar y sofocar los riesgos de una «revolución mundial» en la larga posguerra. La máquina de guerra y de captura de la financiarización que se ejerció a expensas del mundo en su totalidad produjo, en suelo estadounidense, polarizaciones capaces de conducir a una guerra civil cada vez menos latente, que la elección de un demócrata en la Casa Blanca no alcanza a contener. La mundialización, que en realidad no es más que una nueva forma de colonización implementada para captar los ingresos necesarios para sostener el *American way of life*, nos está precipitando hacia la «extinción» como primera y última verdad de la «aceleración». El capitalismo no produce solamente crisis, y una crisis continua o continuada,[1] sino también *catástrofes* sanitarias, ecológicas, sociales, económicas, políticas. No hay modo de producción que no sea, al mismo tiempo, y en la larga duración del *capitaloceno*, un modo de destrucción.

La pandemia está en la encrucijada de todos los impases, de todas las imposibilidades del capitalismo; es su manifestación inmediatamente «patentada». Es la proyección más clara de la destrucción de las sociedades

[1] «Toda la posguerra es crisis», escribía Gramsci en uno de sus *Cuadernos de la cárcel* en marzo de 1933. Esto le haría poner entre comillas la «crisis actual».

occidentales llevada adelante por la «agentividad» del neoliberalismo. Hija del saqueo sistemático de la naturaleza y de lo viviente, la pandemia manifiesta la fuerza destructiva de la afirmación de Thatcher según la cual «la sociedad no existe, solo hay individuos». Aun así, para que no queden dudas, hay que desmantelar la sociedad vendiéndola *al detalle*. El coronavirus circula infiltrándose y explotando lo que el neoliberalismo niega y reprime, a saber, que estamos relacionados unos con otros de forma indisoluble, en una «cooperación» en la que todo el mundo depende de todo el mundo, y *del «todo» del mundo*. Un internacionalismo viral, y nada menos que desde abajo, viene a profundizar aún más la fractura Norte/Sur, no sin revelar la multiplicación de los «Sures» en el Norte (y, por si fuera poco, de los «Nortes» en el Sur). Hasta en su variante *COVAX*, el individualismo consumidor, tan preciado por los ordoliberales, impide a los países «ricos» garantizar el mínimo de solidaridad, de responsabilidad y de acción colectiva necesario para combatir eficazmente el virus. La privatización del *welfare*, y particularmente de las políticas de salud pública, que no se lleva a cabo sin una colonización de las almas a través de toda una microingeniería de producción de subjetividad, reduce el cuidado de los cuerpos y de los vivientes a un proceso de rentabilidad que apunta en primer lugar a la creación de *zonas francas*.

De ahí la extrema dificultad de los países occidentales para salir de la pandemia. En efecto, ¿cómo podría la gobernanza neoliberal no ser completamente inoperante para desplegar una acción de servicio público digna de ese nombre cuando su propósito es desmantelar toda especie de *welfare colectivo* desde hace más de cincuenta años? En este marco, el «sálvese quien pueda» y el «mercado para todos» constituyen el obstáculo infranqueable para cualquier política ecológica real que busque hacer frente a la *catástrofe del capitalismo*. Los no humanos, que —como nos explican doctamente— debemos «cuidar», no se topan con las «libertades individuales», sino con los intereses del capitalismo «extractivo» y «cognitivo», con los grandes monopolios y los Estados que los sostienen.

Entonces, si el Norte hoy está amenazado por las propias políticas contrarrevolucionarias que garantizaron su dominación —y, en el sentido de una estrategia global, su «estado de excepción»—, hay que abstenerse de la idea de que «está esperando la guerra para transformarse en un gobierno de la destrucción de lo humano». Porque el individualismo posesivo del liberalismo, reciente o antiguo, no abraza la destrucción en la recta final de su carrera: para salir del enredo del «gobierno a través de la crisis», genocida y ecocida desde el principio, se funde con la *gubernamentalización de la guerra* en todas sus formas (coloniales y endocoloniales, neocoloniales y poscoloniales). Muy diferente de su avatar pacificado y «significante» planteado en los años ochenta por Laclau-Mouffe y los seguidores de los

subaltern studies, el Gramsci revolucionario no está lejos de sugerirnos que esta sería incluso la condición de la inversión de la célebre fórmula clausewitziana ampliamente analizada en nuestro libro: *si la guerra no es la continuación de la política por otros medios, si la política es, por el contrario, la continuación de la guerra por todos los medios, lo es en la medida en que no es la «guerra regular», sino la guerra colonial la que le dio su impulso a la «guerra total»*[2] *y la que no conoce la paz.* Es la razón por la que Gramsci relacionaba la «lucha política», con toda su complejidad, no con la «guerra militar» (al estilo europeo o «westfaliano») ni con la paz que le pone fin «una vez que se alcanza el objetivo estratégico», sino con la «guerra colonial»: esta puede someter a los pueblos, pero no puede eliminar la resistencia ni impedir que «la lucha continúe» *por todos los medios* con el fin de invertir la situación.[3] Como buen revolucionario, Gramsci conserva en el texto el vocabulario de la guerra, es decir, deja abierta la cuestión de un enfrentamiento estratégico entre adversarios irreductible a las relaciones civilizadas entre gobernantes y gobernados: *entonces, la «libertad» cambia de bando y se vuelve ingobernable*. Ahora bien, la comparación que aquí intentamos establecer —contra el sentido común— entre lucha política y guerras coloniales o «guerras de conquista», ¿no adquiere una nueva actualidad en el Norte, con los actuales regímenes de «colonización interna» (o lo que, después de Virilio, hemos denominado «endocolonización»), en los que el conflicto social toma un giro racial entre la clase de los blancos y la de l*s «racializad*s» que ya no quieren ser los hijos e hijas de los «vencidos»?

También es evidente que la máquina de guerra Estado/Capital, cuya contrahistoria estamos elaborando, hace resurgir constantemente el principio reprimido del montaje que le dio inicio al intensificar, en todos los flancos, las guerras contra las «poblaciones». Hay que entender que se trata de una guerra *de división* «dentro de la población» (*War amongst population*, en buen inglés) y *contra* algunas poblaciones afectadas particularmente por la extensión del dominio de la contrainsurrección. El racismo colonial no se transforma en empresa neocolonial sin recurrir al arma estratégica de la «colonización interna», cuyo único modelo es el de la democracia racial estadounidense, modelo secular con el cual parecen alinearse hoy casi todos los Estados del Norte en el «tratamiento» de la «cuestión» de la migración. Recurrir para el análisis a la biopolítica foucaultiana será en este caso de poca utilidad, tanto por su incapacidad para pensar la relación con el disciplinamiento y la segregación «económica» de los cuerpos como

---

[2] Se le reconoce a Léon Daudet haber definido en 1918 el concepto de *guerra total* como «la extensión de la lucha [...] al ámbito político, económico, comercial, industrial, intelectual, jurídico y financiero». Léon Daudet, *La Guerre totale,* París, Nouvelle Librairie Nationale, 1918, p. 8.

[3] Véase Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Cuaderno 1 (XVI), 1929-1930.

por el hecho de que está atrapada en las funciones «reguladoras» de un arte de gobernar mediante «el juego de las normas» y es animada por la ficción «crítica» (en sentido kantiano) de una «autolimitación de la razón gubernamental» (¡!). Prisionera de la acción *positiva* de un capitalismo lavado, purificado y reducido al «mercado», a la «empresa», al «capital humano», a la «libre competencia», etc., la biopolítica difícilmente puede ayudarnos a pensar... lo que debe pensarse de/en la coexistencia sistemática del fascismo y de la democracia, del Estado de derecho y del Estado policial, de la norma y de la excepción, a la cual las poblaciones globalizadas están sometidas dentro de la lógica de una *pacificación infinita* que implica un intercambio desigual entre todos estos conceptos.

*

Los síntomas del declive del capitalismo y de sus centros históricos pueden acumularse, pero sabemos que este no morirá por causas naturales. («Es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo»). Con la nueva derrota político-militar de la alianza del Norte, surgen nuevas evidencias, más estratégicas.

El enfrentamiento organizado entre Este y Oeste, o «democracia» *versus* «comunismo», dejó en segundo plano la serie de acontecimientos que consideramos como la más destacada del siglo XX, que no fue el «siglo americano», sino el *siglo de las revoluciones*. Nunca antes en la historia de la humanidad se había experimentado una sucesión tan larga y casi continua de rupturas revolucionarias triunfantes, todas las cuales —después de la Revolución soviética— tuvieron lugar, sin excepción, en el Sur global. Estas revoluciones desafiaron abiertamente la división centro/periferias, trabajo abstracto en el Norte y trabajo vivo/gratuito en el Sur (pero trabajo doméstico en todas partes), sobre la cual se construyó el mercado mundial a partir de 1492. Sin duda, las revoluciones anticoloniales, consideradas desde la pluralidad de las guerras de clases que marcaron el siglo (capitalistas/obreros, hombres/mujeres, colonizadores/colonizados), son las que determinaron las rupturas más profundas, al menos en el sentido en que, evidentemente, dieron origen a lo que aquí estamos tratando. El vuelco en las relaciones de fuerza entre el Norte y el Sur se manifiesta en la imposibilidad de llevar adelante guerras «coloniales» triunfantes (Irak, Libia, Siria, Afganistán, etc.), así como en la persistencia y la fuerza de los flujos migratorios impulsados por modos de subjetivación que las revoluciones anticoloniales han sedimentado.

Pero el cambio más impactante es geopolítico y económico. La derrota afgana abre definitivamente la vía al poderoso ascenso de China, que indudablemente llevó adelante la guerra anticolonial más importante del siglo XX. Aun bajo la forma del «capitalismo político» de Estado («la economía

socialista de mercado», como la llaman los chinos —¡un gran oxímoron!—), y aunque este represente el desenlace menos feliz para el siglo de las revoluciones, la inversión entre Norte y Sur, impensable hasta hace poco, está en marcha. Una inversión sumamente paradójica, ya que fue llevada a cabo con las mismas armas del capitalismo, y en el momento en que este atraviesa una larga agonía, propia de las convulsiones más letales. ¿Podrá el capitalismo sobrevivir a sí mismo y reproducirse —último subterfugio de la Historia— gracias a China? ¿O China se verá obligada a abandonar el modelo económico por el que optó a finales de los años setenta ante el riesgo de derrumbarse ella también con el capitalismo? Porque no podemos imaginar el modo en que la perspectiva manifiesta de un (muy relativo) *welfare* (absolutamente) autoritario y de un nuevo capitalismo de Estado «reverdecido» por su presencia en los mercados podría cambiar la situación. Es el capitalismo el que se ha vuelto *objetivamente* imposible a corto plazo: su racionalidad irracional ya no puede desplazar *indefinidamente* los «límites» de la vida y de quienes viven. *Lo real del Capital es ahora lo imposible* puesto en presente, o en el *presentismo* de nuestras vidas. Esto significa que el sentido constitutivo y ontológico de la «crisis» está *detrás de nosotros*, con todo el arsenal histórico-dialéctico de la vieja Europa (parafraseando a Hegel). Todo transcurre como si el futuro de la coexistencia de lo positivo y lo negativo en el terreno de la inmanencia, que debía llenarse liberando lo positivo (de las fuerzas productivas) de lo negativo (de las relaciones de producción), *ya hubiera pasado*. La teleología afirmacionista de la «tendencia» efectivamente pasó, con el «desarrollo» de otro tiempo, en *futuro pasado.*

Después de haber ignorado durante mucho tiempo el alcance de las revoluciones del siglo XX a causa de su «tercermundismo» —que sin embargo atacaban de raíz las divisiones estructurantes del capitalismo— los «blancos» parecen ahora haber comprendido perfectamente, y sin retorno, de qué se trata. Recurso imposible, el racismo ya no es conquistador, expansivo, colonialista en acto, sino temeroso, reactivo, y está aterrado por el fin del privilegio blanco. Un racismo del *resentimiento*, que no tiene reparos en descargar su pasión negadora, promovida en Europa por la mayoría de los poderes establecidos. Atormentado por el trumpismo, Estados Unidos demuestra que el supremacismo blanco del «último hombre» no será menos agresivo, peligroso y *aniquilador* para sus «otros» que su versión imperial. De más está decir que, en todas partes, los «valores» del patriarcado sirven de nexo.

*

La «doctrina Monroe» y el «consenso de Washington» parecen haber sido enterrados demasiado pronto, si consideramos que la voluntad de recuperar el control de América Latina por parte de EEUU nunca se debilitó.

Con una puesta en escena (*pour la galerie*) digna de una telenovela, el golpe de Estado contra el Partido de los Trabajadores de Lula fue la forma más acabada de esta «voluntad de potencia» y de control político sobre el continente que contradice la hipótesis en boga de un *interregno posimperial*. Se puede pensar lo que se quiera de la política reformista llevada adelante por el PT, acompañada de la financiarización del conjunto de la sociedad, hasta el cortocircuito de la «primavera» de 2013, que culmina con la criminalización de lo social movilizado contra el aumento del precio del transporte público y contra la organización del Mundial de fútbol; lo que ya no se puede es poner en duda es que los jueces y magistrados que llevaron adelante las investigaciones del «Lava Jato» (dirigido contra la corrupción del gobierno) fueron formados, instruidos y aconsejados paso a paso por el Departamento de Justicia de Estados Unidos. La operación dejó abierta la vía para la elección del fascista Bolsonaro y la implementación de un gobierno bajo el cual los militares retoman la cantinela de una «economía libre» y de un «Estado fuerte» (o «autoritario») que en la Alemania de comienzos de 1930 dio origen al neoliberalismo:[4] se trataba por entonces de terminar con la República de Weimar y con lo que quedaba de una política social enraizada en la revolución de 1918-1919 contrarrestando la conflictividad a través del miedo y aniquilando la lucha de clases a través de la represión. No faltaría la idea de un plan para subvencionar al capital, justificado por un «estado de emergencia económica» y llevado adelante por un «extremo centro» (el *Centrão*, en buen portugués de Brasil), para recordar la situación actual. El despliegue del neoliberalismo se funde —como no podía ser de otro modo— en la versión militar y policial de la aceleración económico-financiera: aún hoy, en el Norte, es la clave del *«al mismo tiempo»* macroniano, [5] que triunfó sobre la revuelta de los chalecos amarillos dándole un giro adicional a la concentración de la «decisión» en manos del ejecutivo. La primera *decisión* consistía en dirimir (y en poder dirimir gracias a aquel régimen presidencial reclamado a gritos por Bolsonaro), *a lo Carl Schmitt*, entre *amigos y enemigos del Capital*. Lo que vemos emerger,

---

[4] Véase Alexander Rüstow, «Freie Wirtschaft — Starker Staat. Die staatpolitischen Voraussetzungen des wirtschaftspolitischen Liberalismus» [1932]. Aquel texto fue considerado el nacimiento del ordoliberalismo. El mes siguiente, Carl Schmitt aborda «desde el punto de vista del Estado [...], la cuestión del "Estado fuerte y la economía sana"» ante un auditorio conformado por los dirigentes empresariales que precipitarían la llegada de Hitler a la cancillería. El discurso de Carl Schmitt que lleva ese título («Estado fuerte y economía sana») fue retomado en francés en Carl Schmitt, Hermann Heller, *Du libéralisme autoritaire,* traducción y presentación de Grégoire Chamayou, París, Zones / La Découverte, 2020.

[5] Emmanuel Macron hizo de esta expresión su marca distintiva durante la campaña presidencial francesa de 2017, que ganó. Él mismo explica que se trata de «incorporar principios que parecen opuestos». ¡No se diga más!

por lo tanto, no es una degeneración monstruosa del capitalismo tardío y de la democracia liberal, o lo que Gramsci podría denominar «cesarismo regresivo», ya que la guerra civil y el fascismo, el fascismo y su militarización del socius que permite ganar la guerra civil estuvieron en la base misma del estado de emergencia de las políticas neoliberales en su empresa de disociación entre «democracia» y «liberalismo» *reales*.

El Chile de Pinochet solo pudo ser utilizado como «laboratorio» por los *Chicago Boys* una vez que se puso fin, con el Plan Cóndor, a la ola revolucionaria de América Latina de principios de los años setenta. Esto es *exactamente* lo que expresó Hayek, el autor de la gran mistificación que es *Camino de servidumbre* («raíces socialistas del nazismo» obligan, «el Camino de la Libertad sería de hecho la Vía de la Esclavitud»), en una entrevista concedida el 12 de abril de 1981 al tristemente célebre diario *El Mercurio*. Aunque declara oponerse a la dictadura «en cuanto institución de larga duración», admite que esta puede resultar necesaria durante un «periodo de transición». Lo que viene a continuación es la clave de la naturaleza de aquella «transición». Si «en una democracia se puede gobernar sin respetar los principios del liberalismo» (como Allende), también *por el contrario* «un dictador puede gobernar de forma liberal» (como Pinochet), es decir, según los intereses bien entendidos de la libre empresa y la propiedad privada.[6] Hayek termina afirmando su «preferencia personal por un dictador liberal antes que por un gobierno democrático sin liberalismo», aunque eso implique «sacrificar temporalmente la democracia antes que la libertad», a saber, ¡la *libertad económica*! En pocas palabras, la *Rule of law* y la «norma» democrática pueden (y deben) suspenderse del modo más «autoritario» posible, pero «temporalmente», por el tiempo necesario para restablecer el poder de los poseedores. Para que el mercado pueda funcionar como una computadora, siguiendo el mitema tecno que reemplazó la leyenda del *laissez-faire* con el que rompe el neoliberalismo según las modalidades schmittianas recuperadas por Hayek (e ignoradas por Foucault), es necesario *eliminar* previamente todo lo que podría obstaculizar su funcionamiento. Y para ello, concluye con sobriedad el buen profesor Hayek, «a veces, puede ser necesario para un país tener, durante algún tiempo, una forma de poder dictatorial». Una vez que el orden se

---

[6] Hayek, como podemos imaginar, era sin duda muy minucioso sobre este punto: «No es en modo alguno suficiente que la ley reconozca el principio de la propiedad privada y de la libertad de contrato [como ocurrió en el Chile de Allende]; mucho depende de la definición precisa del derecho de propiedad, según se aplique a [...] las leyes sobre sociedades anónimas y patentes», véase F. A. Hayek, *Camino de servidumbre* [1944], Madrid, Alianza, traducción de José Vergara, 1978, pp. 68-69. La cuestión de las vacunas contra la pandemia le confiere una actualidad dramática a estas «patentes» defendidas con éxito por los grandes laboratorios (y el conjunto de los Estados miembros de la Unión Europea) contra las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud.

restablece y la situación se normaliza (bajo el mando estadounidense), la gubernamentalidad neoliberal y la biopolítica que la sostiene con su corolario *tanatopolítico* convertido en «terapia de choque» pueden actuar con eficacia sobre las subjetividades, porque se trata de subjetividades «derrotadas». En efecto, solo una vez que se restablecen por la fuerza las jerarquías del mercado y las divisiones de clase es cuando puede ejercerse la gubernamentalidad que describe Foucault en *Nacimiento de la biopolítica,* retomando extrañamente por su cuenta el revisionismo neoliberal practicado por los interesados al término de la Segunda Guerra Mundial. Lo cual, sin duda, también lo obliga a guardar silencio sobre el episodio chileno, y su apoyo thatcheriano a una temible micropolítica local de privatización. No obstante, aquí y allá, se trata de garantizar *la captura de la subjetividad de los vencidos*, para poder transformarlos en «emprendedores de sí mismos», es decir, en «capital humano».

Porque el objetivo del Capital siempre es la toma del poder *continuada*, la «guerra de conquista» (o la guerra civil) es la condición de existencia *política* del capitalismo en cuanto dispositivo de constitución de clases. Hace falta nada menos que la guerra, y la guerra luego prolongada a través de las normas, las instituciones, la producción y el consumo, para realizar una distribución tan violenta del poder, expropiado a unos y concentrado por otros, que se repetirá con cada cambio de régimen de acumulación. La última gran apropiación/distribución del poder y de la riqueza que reasignó lugares y funciones a las clases derrotadas fue la contrarrevolución mundial de los años setenta, hipócritamente denominada «globalización». El golpe de Estado de 1973 en Chile es a la vez un modelo: 1) de reapropiación del monopolio del poder amenazado por la «revolución», 2) de destrucción criminal de la acción colectiva de los oprimidos, 3) de *transformación de los vencidos en gobernados por la acción de las normas neoliberales*.

Desde la Primera Guerra Mundial, y en forma cada vez más contundente, como lo señalamos en nuestro libro, las grandes oposiciones dialécticas entre guerra y paz, violencia y norma, crisis y desarrollo, crecimiento y catástrofe, normalidad y excepción... ya no tienen realmente vigencia. La violencia fundadora y la violencia conservadora no son consecutivas, sino que operan «*al mismo tiempo*». Del mismo modo, mal que le pese a Agamben, el «estado de excepción» ya no tiene nada de excepcional: bajo la forma —en principio circunstancial (atentados o pandemia)— del «estado de emergencia», se ha convertido en una modalidad «normalizada» de la gubernamentalidad. Las nuevas formas de fascismo que vemos emerger en todas partes se desarrollan desde *el interior* de las instituciones «democráticas», y no (*dentro de* ni) contra estas. Revelan a la vez continuidades y discontinuidades respecto de los fascismos históricos. El fascismo de los cincuenta tonos de gris es definitivamente una de las modalidades de la gubernamentalidad.

Con su fascismo de mercado (los *agronegocios*) y el peligro de una guerra civil abierta, alimentada por Bolsonaro y los militares y milicianos que lo respaldan, Brasil repite la escena originaria del neoliberalismo desde la perspectiva de la clase empresarial: Hitler antes que la República de Weimar, Pinochet antes que Allende, y entonces, dadas las circunstancias, y *como no todo es lo mismo...,* Bolsonaro antes que Lula. Pero la salida, más allá de la creciente división de la clase dirigente respecto del bolsonarismo, puede ser muy diferente, ya que la situación cambió singularmente: ya no vivimos en *el mundo de la crisis*, sino en *la globalización de la catástrofe*. Ya no es, detrás de nosotros, la aterradora *Hiroshima mon amour*, sino, frente a nosotros, la inhabitable *Amazonia, meu amor impossível.* La transformación en las relaciones de fuerzas entre Norte y Sur, en efecto, no es más que el preludio a la revelación de dimensión planetaria o *cósmica* del carácter *insostenible e inviable* del capitalismo, que fracasa en producir y reproducir la condición misma de su existencia, *a saber, la globalización*.

¿Los «expertos» acaso no nos hablan hoy de «desmundialización»? Fue más seria y preocupante Rosa Luxemburgo cuando sostuvo que la tendencia del capital hacia su mundialización se rompía por su propia incapacidad *para ser* esa «forma mundial de la producción». Y explica: «El incremento de la productividad del trabajo [...] encierra la utilización ilimitada de todas las materias y condiciones que la tierra pone a nuestra disposición, y está ligado a ella. [...] En su impulso hacia la apropiación de fuerzas productivas para fines de explotación, el capital recorre el mundo entero; saca medios de producción de todos los rincones de la Tierra; tomándolos o adquiriéndolos de todos los grados de cultura y formas sociales. […] Necesita como mercados capas sociales no capitalistas para colocar su plusvalía. Ellas constituyen a su vez fuentes de adquisición de sus medios de producción, y son reservas de obreros para su sistema asalariado». Pero a la vez, en el momento de su globalización, el capital «tiende [...] a eliminar a todas las otras formas económicas; no tolera la coexistencia de ninguna otra. Pero es también la primera que no puede existir sola, sin otras formas económicas de qué alimentarse»,[7] *destruyendo los demás entornos, humanos y no humanos*. Es el motivo por el cual estas «contradicciones», que ya volvían imposible la subordinación de cada relación social a la racionalización capitalista al romper la supuesta universalidad de la «subsunción real», hoy impiden la continuación de las «guerras de conquista» del capital por *esos otros medios* movilizados por la «paz» de la producción y del consumo. Lo que resulta *insostenible*, en efecto, desde adentro y desde afuera, son los medios de aquella «paz» que pretende integrar a los vencidos al mundo del trabajo y de las mercancías: la paz del *homo œconomicus*, de «aquel que

---

[7] Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital,* disponible en https://www.marxists.org/espanol/luxem/1913/1913-lal-acumulacion-del-capital.pdf

acepta la realidad» modulando en consecuencia su conducta según el principio de una «asignación óptima de sus recursos» (Gary Becker), y que era por tanto eminentemente *gobernable* (según el comentario foucaultiano, que no llegaremos a contradecir en este punto, aunque olvida las condiciones de esa normación). Al ganar la ingobernabilidad del capital, entramos en una era de radicalización de los conflictos y de multiplicación de todo tipo de guerras. Su resolución es tan poco previsible y la catástrofe es tan amenazante que los escenarios que se abren requieren evidentemente de nuevos instrumentos, entre los cuales se incluye el «despertar», aún tímido, de la revuelta y de la insurrección en el Sur global contra todos los planes de recolonización que pretenden imponer la máxima concentración del poder y de las riquezas. En Brasil, como en cualquier otra parte, debemos por lo tanto abstenernos de subestimar las fuerzas del «bolsonarismo» mientras esperamos, con los ojos puestos en las encuestas, las próximas elecciones.

*

Los dos ciclos de movilización de 2011 y de 2019-2021, interrumpidos por la represión y la contrarrevolución, nos invitan a recuperar el saber estratégico de las revoluciones. Cuando los oprimidos reanudan con formas de acción colectiva, la revolución, tímidamente al principio, y sin duda confusamente, vuelve a poblar el horizonte con sus discursos y sus acciones. Exaltada en América Latina por la movilización indígena y feminista, la memoria de las luchas y de los combates, que había sido borrada durante los años de sumisión a la lógica de la gubernamentalidad, resurge a escala mundial después del derrumbe financiero sistémico de 2008.

En Chile, los cantos y eslóganes de la época de Allende, silenciados por los asesinatos masivos, resuenan nuevamente. En el presente de las luchas comunitarias por la tierra, enaltecidas por el devenir-clase de las mujeres, las grandes manifestaciones de 2019 lograron reactivar la tradición revolucionaria y prolongarla en un proceso «constituyente» que se opone término por término a la «Constitución de la Libertad» de 1980, de inspiración profundamente hayekiana. ¿O acaso el premio Nobel de Economía de 1974 no había contribuido en darle su marco ideológico al revestimiento institucional de la dictadura[8] adoptado, sin ruptura, por los sucesivos «gobiernos democráticos» que continuaron y consolidaron la política neoliberal más normativa?

---

[8] Al regresar de un primer viaje a Chile en 1977, Hayek le hizo llegar a Pinochet, con quien se había reunido a petición suya, una copia del capítulo «The Model Constitution», extraído de su libro *Law, Constitution and Liberty* (tres volúmenes, 1973-1979). El título que se le dio a la constitución chilena —«Constitución de la Libertad»— retoma *de facto* el título del libro publicado por Hayek en 1960.

Y como las mismas causas producen los mismos efectos, Colombia, a su vez, no tarda en encenderse después del primer Paro Nacional de noviembre y diciembre de 2019. Ya en plena pandemia, en 2021, cuando el porcentaje de la población por debajo de la línea de pobreza pasó del 33 al 42 %, los levantamientos populares se extienden por todo el país contra la reforma fiscal de un gobierno de extrema derecha que recurre a los métodos de una dictadura paramilitar, al servicio de un *narco-Estado*. Antes de ser sofocado por una represión extrema que impidió una salida por la vía del referéndum como en Chile, el movimiento no dejó de movilizarse contra las violencias sexistas y los feminicidios en las ciudades y en las zonas rurales, donde la Minga Indígena (del quechua *Minka*, «trabajo colectivo») está muy presente. En Colombia, a pesar del retiro del proyecto de reforma fiscal, como ocurrió un año antes en Ecuador, y con la amenaza de declaración de estado de *conmoción* interior, se sueña con la revolución constituyente chilena. También se mide la distancia con las «utopías reales» de la experiencia zapatista, del levantamiento armado al proceso de construcción de la autonomía en las zonas rebeldes donde la máquina de guerra de un «nosotros» que disocia la revolución de la «toma del poder» estatal ha podido y ha sabido resistir.

Otro gran foco de insurrección y de insubordinación, el África del Norte de las primaveras árabes, que, para oponerse a los regímenes autoritarios instaurados después de la descolonización, reivindican las revoluciones que les han precedido. Es el caso en Egipto donde, en la plaza Tahrir, ocupada por los insurgentes, un monumento a la libertad celebra la revolución de 1958 de los «oficiales libres» contra la monarquía. En Argelia, el Hirak organiza una manifestación el 1º de noviembre de 2019 para celebrar el día del estallido de la insurrección armada contra la colonización francesa que duró casi un siglo y medio. Incluso en Francia, un reconocido politólogo explica que el movimiento de los chalecos amarillos hizo resurgir en la opinión y en los medios televisivos el imaginario de la lucha de clase. Pero lo más justo sería evocar la realidad de *las* luchas de *clases en plural*, un plural que también es el de sus tan complejos y necesarios cruces de «género» y «raza», constitutivos de un nuevo concepto de «clase». Porque este es efectivamente el generador de un nuevo concepto de «revolución», no tanto como continuación sino como *relanzamiento de la cuestión de la organización* en su punto, en el mismo momento en que debemos ejercitarnos en repensar este proceso de «producción de subjetividad» bastante idealizado por el pensamiento del 68, y profundamente pacificado en la *sustitución de lo «normativo» por las luchas de clases* llevada adelante por Foucault (y por esa parte del feminismo que hizo suya la posmodernidad reivindicada por la mayoría de los estudios poscoloniales).

En una comunicación personal con uno de nosotros, un amigo chileno se refería en estos términos a la insurrección de 2019: «La revuelta activó una potencia crítica mayor. Su carácter ha sido fundamentalmente micropolítico. En definitiva, una producción deseante». Podemos recordar aquí que los agentes de la contrarrevolución colombiana definían la naturaleza de los levantamientos que sacudieron el país como una «revolución molecular disipada», según el sintagma arriesgado por Alexis López Tapia (un chileno cercano al nazismo, partidario de Pinochet) y que se estudia en las academias de la policía nacional.[9] El inventor del concepto original era absolutamente consciente de los límites de la acción política centrada exclusivamente en la micropolítica. Hasta en sus últimas entrevistas, Guattari intenta mantener unidas las dos revoluciones (micro/macro, «molecular» y «molar») problematizando la necesidad de articularlas e insistiendo sobre el rol estratégico que el Sur global está llamado a desempeñar: «Espero, en un sueño utópico, que algunos medios de recomposición de la subjetividad nos lleguen del Sur, […] que ha conservado focos de heterogénesis subjetiva mucho más intensos. […] Tal vez desde allí nos lleguen también recomposiciones […] más militantes, para torcer las relaciones de fuerza, para transformar las relaciones internacionales, para crear otras vías de resolución y no solamente conflictos económicos».[10] *Espero, en un sueño utópico...* El problema es que, al alejarse 1968, el «corte leninista» repensado por Guattari desde una nueva radicalidad, a la vez crítica y clínica del «corte subjetivo» que desbarató la historia (aquel «momento en que la historia ya no funciona»), en cuanto «ruptura, revolución, llamamiento a una reorientación radical [...], surgimiento de *grupos-sujetos*, [...] de *agentes colectivos de enunciación*, [...] innovación institucional»,[11] se transforma en «corte estético» (un «nuevo paradigma estético»), mientras que el proceso revolucionario, enunciado con Deleuze en «devenir-revolucionario» —para no volver a caer demasiado pronto en la Historia, que también es la larga historia de las revoluciones traicionadas—, se transforma en una «procesualidad creativa». Podemos afirmar que esta requiere una «refundación de las praxis políticas» en una «verdadera ecología de lo virtual»,[12] pero ya no sabemos bien cuáles son las condiciones de actualización de una «máquina de guerra» capaz de oponerse a aquella, hiperreal, del «Capitalismo Mundial Integrado» que nos está desintegrando... *al desintegrarse.*

---

9 Véase https://colegiodecoroneles.com/revolucion-molecular-disipada-explicacion-sociopolitica-de-nuestra-violencia-urbana/

10 Felix Guattari, *¿Qué es la ecosofía? Textos presentados y agenciados por Stéphane Nadaud*, Buenos Aires, Cactus, traducción de Pablo Ires, 2015, p 353.

11 Felix Guattari, «La causalidad, la subjetividad y la historia», en *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, traducción de Fernando Hugo Azcurra, 1976, p. 205.

12 Felix Guattari, *Caósmosis*, Buenos Aires, Manantial, traducción de Irene Agoff, 1996, p. 147.

Evidentemente, nos corresponde reinventar un nuevo contenido y otro concepto de clase para estas «recomposiciones subjetivas». También tendremos que restituir la práctica teórica de una negación no dialéctica para estas diferencias, con el fin de volver a desplegar, en el imperativo presente más estratégico, los elementos centrales de *Guerras y capital* y de *Guerras y revolución*, nuestro segundo volumen, que llevará por subtítulo *Diferencia y negación* y tendrá el propósito de confrontar el *sujeto imprevisto* de la revolución con el *imposible* del Capital.

INTRODUCCIÓN A NUESTROS ENEMIGOS

1. Vivimos en el tiempo de la subjetivación de las guerras civiles. No salimos del periodo del triunfo del mercado, de los automatismos de la gubernamentalidad y de la despolitización de la economía de la deuda para volver a la época de las «concepciones del mundo» y sus enfrentamientos. Entramos en la era de la construcción de las nuevas máquinas de guerra.

2. El capitalismo y el liberalismo llevan las guerras en su seno, así como las nubes llevan la tormenta. Si la financiarización de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX condujo a la guerra total y a la Revolución rusa, a la crisis de 1929 y a las guerras civiles europeas, la financiarización contemporánea conduce a la guerra civil global dirigiendo todas sus polarizaciones.

3. Desde 2011, las múltiples formas de subjetivación de las guerras civiles modifican, simultánea y profundamente, la semiología del capital y la pragmática de las luchas que se oponen a los mil poderes de la guerra como marco permanente de vida. Del lado de las experimentaciones de las máquinas anticapitalistas, Occupy Wall Street en Estados Unidos, el 15M en España, las luchas estudiantiles en Chile y en Quebec y Grecia en el 2015 combaten con armas desiguales la economía de la deuda y las políticas de austeridad; las «primaveras árabes», las grandes manifestaciones de 2013 en Brasil y los enfrentamientos en los alrededores del parque Gezi en Turquía difunden las mismas consignas de orden y desorden en todos los Sures; Nuit Debout en Francia es el último resurgimiento de un ciclo de luchas y ocupaciones que posiblemente haya comenzado en la plaza Tiananmen, en 1989. Del lado del poder, para dar un mayor impulso a sus políticas económicas depredadoras, el neoliberalismo promueve una posdemocracia autoritaria y policial dirigida por los técnicos del mercado, mientras que las nuevas derechas (o «derechas fuertes») declaran la guerra al extranjero, al inmigrante, al musulmán y a los *underclass*, en beneficio de las extremas derechas «desdemonizadas». A estas les corresponde instalarse abiertamente en el terreno de las guerras civiles que ellas subjetivan al relanzar una *guerra racial de clase.* La hegemonía neofascista sobre el proceso de subjetivación es confirmada por la reanudación de la guerra

contra la autonomía de las mujeres y los devenires-menores de la sexualidad (en Francia, la «Manif pour tous» contra el matrimonio entre personas del mismo sexo) como *extensión del dominio endocolonial de la guerra civil*.

La desterritorialización ilimitada de Thatcher y Reagan es seguida por la reterritorialización racista, nacionalista, sexista y xenófoba de Trump, quien se puso al frente de todos los nuevos fascismos. El sueño norteamericano se transformó en la pesadilla de un planeta insomne.

4. El desequilibrio entre las máquinas de guerra del Capital y los nuevos fascismos, de un lado, y las luchas multiformes contra el sistema-mundo del nuevo capitalismo, del otro, es flagrante: desequilibrio político, pero también un desequilibrio *intelectual*. Este libro se centra en un vacío, en un espacio en blanco, en una represión tanto teórica como práctica, que, sin embargo, siempre está en el corazón de las potencias y de las impotencias de los movimientos revolucionarios: la del concepto de «guerra» y de «guerra civil».

5. «Es como una guerra», se escuchó decir en Atenas durante el fin de semana del 11 al 12 de julio del 2015. Con razón. La población se enfrentó a una estrategia a gran escala de continuación de la guerra por los medios de la deuda: esta le dio el último toque a la destrucción de Grecia y puso en marcha, a la vez, la autodestrucción de la «construcción europea». El objetivo de la Comisión Europea, del BCE y del FMI nunca ha sido la mediación o la búsqueda de un compromiso, sino la derrota en campo abierto del adversario. El enunciado «es como una guerra» es una imagen que debe rectificarse de inmediato: *es una guerra*. La reversibilidad de la guerra y de la economía está en el fundamento mismo del capitalismo. Y hace mucho que Carl Schmitt puso al descubierto la hipocresía «pacifista» del liberalismo al restablecer la continuidad entre la economía y la guerra: la economía persigue los objetivos de la guerra por otros medios («el bloqueo del crédito, el embargo sobre las materias primas, la degradación de la moneda extranjera»).

Dos oficiales superiores de la fuerza aérea china, Qiao Liang y Wang Xiangsui, definen las ofensivas financieras como «guerras no sangrientas», tan crueles y eficaces como las «guerras sangrientas»: una violencia *fría*. El resultado de la globalización, explican, «es que mientras se reduce el espacio del campo de batalla en sentido estricto, el mundo entero [ha sido transformado] en un campo de batalla en sentido amplio». La expansión de la guerra y la multiplicación de sus dominios terminan de establecer el *continuum* entre guerra, economía y política. Pero el liberalismo es una *filosofía de la guerra total* desde el comienzo.[1]

---

[1] El Papa Francisco parece predicar en el desierto cuando afirma, con una lucidez de la que carecen los políticos, los expertos de todo tipo e incluso los críticos más aguerridos

6. En el mismo año 2015, algunos meses después de la derrota de la «izquierda radical» griega, el presidente de la República Francesa declara, la noche del 13 de noviembre, que Francia está «en guerra» y promulga el estado de emergencia. La ley que lo autoriza, y que autoriza la suspensión de las «libertades democráticas» para conferir poderes «extraordinarios» a la administración de la seguridad pública, fue votada en 1955 durante la guerra colonial de Argelia. El estado de emergencia, aplicado en 1984 en Nueva Caledonia y durante las «revueltas de los suburbios» del 2005, vuelve a centrar la atención en la guerra colonial y poscolonial. Las ciudades de Oriente Medio son el escenario cotidiano de lo que sucedió en París una mala noche de noviembre. Los millones de refugiados que se «abalanzan» sobre Europa huyen de ese mismo horror. Ellos hacen visible así la más antigua de las tecnologías coloniales de regulación de los movimientos migratorios en su prolongación «apocalíptica» propia de las «guerras infinitas» iniciadas por el fundamentalista cristiano Georges Bush y su estado-mayor de neoconservadores. La guerra neocolonial ya no solo tiene lugar en las «periferias» del mundo, atraviesa de todos los modos posibles el «centro», recurriendo a las figuras del «enemigo interno islamista», de los inmigrantes, de los refugiados, de los migrantes. Los eternos marginados quedan excluidos: los pobres y los trabajadores empobrecidos, los precarios, los desempleados de larga duración y los «endocolonizados» de ambas costas del Atlántico.

7. El «pacto de estabilidad» (el estado de emergencia «financiero» en Grecia) y el «pacto de seguridad» (el estado de emergencia «político» en Francia) son las dos caras de una misma moneda. Al desestructurar y reestructurar continuamente la economía-mundo, los flujos de crédito y los flujos de guerra, junto con los Estados que los *integran*, son la condición de existencia, de producción y de reproducción del capitalismo contemporáneo.

La moneda y la guerra constituyen la policía militar del mercado mundial, que sigue llamándose «gobernanza» de la economía-mundo. En Europa, se encarna en el estado de emergencia financiero que aniquila los derechos del trabajo y los derechos de la seguridad social (salud, educación, vivienda, etc.), mientras que el estado de emergencia antiterrorista suspende los ya exangües derechos «democráticos».

8. Nuestra primera tesis es que la guerra, la moneda y el Estado son las fuerzas constitutivas o constituyentes, es decir, ontológicas, del capitalismo. La crítica de la economía política es insuficiente en la medida en que la economía no reemplaza a la guerra, sino que la prosigue por otros medios

---

del capitalismo: «Cuando hablo de guerra, hablo de la guerra verdadera, no de la guerra de religión, sino de una *guerra mundial en mil pedazos.* [...] Es la guerra por los intereses, por el dinero, por los recursos naturales, por la dominación de los pueblos».

que necesariamente pasan por el Estado: la regulación de la moneda y el monopolio legítimo de la fuerza para la guerra interna y externa. Para producir la genealogía y reconstruir el «desarrollo» del capitalismo, tendremos que movilizar y articular siempre conjuntamente la crítica de la economía política, la crítica de la guerra y la crítica del Estado.

La acumulación y el monopolio de los títulos de propiedad, por parte del Capital, y la acumulación y el monopolio de la fuerza, por parte del Estado, se alimentan recíprocamente. Sin el ejercicio de la guerra en el exterior y sin el ejercicio de la guerra civil por parte del Estado dentro de las fronteras, el capital jamás habría podido constituirse. E inversamente: sin la captura y la valorización de la riqueza operada por el Capital, el Estado jamás habría podido ejercer sus funciones administrativas, jurídicas, de gubernamentalidad, ni organizar ejércitos de una potencia en constante crecimiento. La expropiación de los medios de producción y la apropiación de los medios de ejercicio de la fuerza son las condiciones de formación del Capital y de constitución del Estado que se desarrollan paralelamente. La proletarización militar acompaña a la proletarización industrial.

9. *Las «guerras»,* y no *la* guerra, es nuestra segunda tesis. Las «guerras» como fundamento del orden interior y del orden exterior, como principio de organización de la sociedad. Las guerras, no solo de clase, sino también militares, civiles, de sexo, de raza, están integradas de un modo tan constituyente en la definición del Capital que sería necesario reescribir de principio a fin *Das Kapital* para dar cuenta de su dinámica en su funcionamiento más real. En todos los momentos decisivos del capitalismo, lo que siempre encontraremos no será la «destrucción creativa» de Schumpeter, impulsada por la innovación empresarial, sino la iniciativa de las guerras civiles.

10. Desde 1492, el año uno del Capital, la formación del capital se despliega a través de esta multiplicidad de guerras en ambos lados del Atlántico. La colonización interna (Europa) y la colonización externa (América) son paralelas, se refuerzan mutuamente y definen en conjunto la economía-mundo. Esta doble colonización define lo que Marx llama acumulación originaria. A diferencia, si no de Marx, al menos de cierto marxismo que durante mucho tiempo fue dominante, en nuestra perspectiva no limitamos la acumulación originaria a una simple fase del desarrollo del capital, destinada a ser superada por y en el «modo de producción específico» del capitalismo. Nosotros consideramos que la acumulación originaria constituye una condición de existencia que acompaña sistemáticamente el desarrollo del capital, de modo que, si esta se mantiene en todas las formas de expropiación de una acumulación continua, entonces *las guerras* de clase, de raza, de sexo, de subjetividad *no tienen fin*. La conjunción de estas últimas y, en particular, de las guerras contra los pobres y las mujeres en la colonización

interna de Europa, y de las guerras contra los pueblos «originarios» en la colonización externa, que se despliegan completamente en la acumulación «originaria», precede y hace posibles las «luchas de clases» de los siglos XIX y XX al proyectarlas en una guerra común contra la *pacificación productiva.* La pacificación obtenida por todos los medios («sangrientos» y «no sangrientos») es el objetivo de la guerra del capital como «relación social».

11. «Al concentrarse exclusivamente en la relación entre capitalismo e industrialismo, Marx acaba por no prestar atención a la estrecha relación entre ambos fenómenos y el militarismo». Desde el comienzo del capitalismo, la guerra y la carrera armamentista son, al mismo tiempo, condiciones del desarrollo económico y de la innovación tecnológica y científica. Cada etapa del desarrollo del capital inventa su propio «keynesianismo de guerra». Esta tesis de Giovanni Arrighi tiene el único defecto de limitarse a «la» guerra entre Estados y no «prestar atención a la estrecha relación» que el Capital, la tecnología y la ciencia mantienen con «las» guerras civiles. Un coronel del ejército francés resume las funciones directamente económicas de la guerra de esta forma: «Somos productores como los demás». De este modo, revela uno de los aspectos más inquietantes del concepto de producción y de trabajo, aspecto que los economistas, los sindicatos y los marxistas encuadrados se cuidan bastante de abordar.

12. A partir de la acumulación originaria, la fuerza estratégica de desestructuración/reestructuración de la economía-mundo corresponde al Capital en su forma más desterritorializada, a saber, el Capital financiero (que debe ser llamado así antes de haber recibido todas sus cartas de acreditación balzaquianas). Foucault critica la concepción marxiana del Capital porque no habría algo así como «el» capitalismo, sino siempre «un conjunto político-institucional» históricamente calificado (el argumento estaba destinado a hacer furor).

Sin embargo, aunque Marx efectivamente nunca haya utilizado el concepto de capitalismo, hay que conservar la distinción entre este último y «el» capital, ya que «su» lógica, la del Capital financiero (A-A'), es (siempre históricamente) la más operativa. Aquello que recibe el nombre de «crisis financiera» la muestra funcionando hasta en sus performances poscriticas más «innovadoras». La multiplicidad de las formas estatales y de las organizaciones transnacionales de poder, la pluralidad de los conjuntos político-institucionales que definen la variedad de «capitalismos» nacionales son violentamente centralizadas, subordinadas y controladas por el Capital financiero mundializado con su propósito de «crecimiento». La multiplicidad de las formaciones de poder se pliega, con más o menos docilidad (aunque generalmente con más) a la lógica de la propiedad más abstracta, la de los acreedores. «El» Capital, con «su» lógica (A-A') de reconfiguración planetaria del espacio por medio de la aceleración constante del tiempo,

es una categoría histórica, una «abstracción real» diría Marx, que produce los efectos más reales de privatización universal de la Tierra de los «humanos» y de los «no humanos» y de privatización de las «zonas comunes» del mundo.[2] Es así como empleamos el concepto «histórico-trascendental» de Capital, acercándolo (en lo posible, sin mayúscula) a la colonización sistemática del mundo del cual es su agente de larga duración.

13. ¿Por qué el desarrollo del capitalismo pasa por el Estado y no por las ciudades que durante mucho tiempo le sirvieron de vectores? Porque a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, solo el Estado estará en condiciones de realizar la expropiación/apropiación de la multiplicidad de las máquinas de guerra feudales (orientadas hacia las guerras «privadas»), para centralizarlas e institucionalizarlas en una máquina de guerra transformada en ejército que detenta el monopolio legítimo de la fuerza pública. La división del trabajo no opera solamente en la producción, sino también en la especialización de la guerra y de la profesión de soldado: si la centralización y el ejercicio de la fuerza en un «ejército regulado» es la obra del Estado, también es la condición de la acumulación de las «riquezas» por parte de las naciones «civilizadas y opulentas» a expensas de las naciones pobres (Adam Smith) —que, a decir verdad, no son de ningún modo naciones, sino *waste lands* (*Locke in Wasteland*)—.

14. La constitución del Estado en «megamáquina» de poder se basó entonces en la captura (centralización e institucionalización) de los medios de ejercicio de la fuerza. Pero a partir de la década de 1870 y, sobre todo, bajo el efecto de la aceleración brutal impuesta por la «guerra total», el Capital ya no se contenta con mantener una relación de alianza con el Estado y su máquina de guerra. Comienza a apropiárselo *directamente* integrándolo a sus instrumentos de polarización. De este modo, la construcción de esta nueva máquina de guerra capitalista va a integrarse al Estado, a su soberanía (política y militar) y al conjunto de sus funciones «administrativas» modificándolas profundamente bajo la dirección del Capital financiero. A partir de la Primera Guerra Mundial, el modelo de la organización científica del trabajo y el modelo militar de organización y de conducción de la guerra penetran profundamente en el funcionamiento político del Estado, reconfigurando la división liberal de los poderes bajo la hegemonía del poder ejecutivo, mientras que, inversamente, la política, ya no del Estado, sino del Capital, se impone en la organización, la conducción y las finalidades de la guerra.

---

[2] Aquí hay que pensar en el acaparamiento de tierras —*land grabbing*— que es la consecuencia directa de la «crisis alimentaria» de 2007-2008 y a la vez una de las estrategias de *salida de crisis* de la «peor crisis financiera *in Global History*».

Con el neoliberalismo, este proceso de captura de la máquina de guerra y del Estado es realizado plenamente bajo la axiomática del Capitalismo Mundial Integrado. Así es como ponemos el CMI de Felix Guattari al servicio de nuestra tercera tesis: el Capitalismo Mundial Integrado es la axiomática de la máquina de guerra del Capital que ha sabido someter la desterritorialización militar del Estado a la desterritorialización superior del Capital. La máquina de producción ya no se distingue de la máquina de guerra que integra lo civil y lo militar, la paz y la guerra en el proceso único de un *continuum* de poder isomorfo en todas sus formas de valorización.

15**.** En la larga duración de la relación capital/guerra, el estallido a finales del siglo XIX de la «guerra económica» entre imperialismos va a constituir un giro: el de un proceso de transformación irreversible de la guerra y de la economía, del Estado y de la sociedad. *El capital financiero transmite lo ilimitado (de su valoración) hacia la guerra haciendo de esta última una potencia sin límites (guerra total).* La conjunción de lo ilimitado del flujo de la guerra y de lo ilimitado del flujo del capital financiero en la Primera Guerra Mundial ampliará tanto los límites de la producción como los de la guerra haciendo surgir el espectro aterrador de *la producción ilimitada para la guerra ilimitada*. A las dos guerras mundiales les corresponde el haber realizado, por primera vez, la subordinación «total» (o «subsunción real») de la sociedad y de sus «fuerzas productivas» a la economía de guerra a través de la organización y la planificación de la producción, del trabajo y de la técnica, de la ciencia y del consumo, a una escala desconocida hasta entonces. La implicación del conjunto de la población en la «producción» fue acompañada por la constitución de procesos de subjetivación de masas a través de la gestión de las técnicas de comunicación y de fabricación de la opinión pública. La puesta en marcha de programas de investigación sin precedentes, orientados hacia la «destrucción», producirá los descubrimientos científicos y tecnológicos que van a constituir las nuevas generaciones del capital constante, una vez transferidos hacia la producción de medios de producción de «bienes».[3]

16**.** El origen del *welfare* no debe ser buscado únicamente del lado de la lógica aseguradora contra los riesgos del «trabajo» y los riesgos de la «vida» (la escuela foucaultiana bajo influencia patronal), sino primero y sobre todo en la lógica de la guerra. El *warfare* ha anticipado y preparado ampliamente el *welfare*. Desde los años treinta, ambos se vuelven indiscernibles.

---

[3] Esto es lo que no logra ver el operaísmo (y el postoperaísmo) cuando sitúa la Gran Bifurcación del Capital en los años sesenta-setenta y la asocia al momento crítico de la autoafirmación del operaísmo *dentro de la fábrica* (habrá que esperar hasta el posfordismo para llegar a la «fábrica difusa»).

La enorme militarización de la guerra total, que transformó al obrero internacionalista en 60 millones de soldados nacionalistas, será «democráticamente» reterritorializada por y en el *welfare*. La conversión de la economía de guerra en economía liberal, la conversión de la ciencia y la tecnología de los instrumentos de muerte en medios de producción de «bienes» y la conversión subjetiva de la población militarizada en «trabajadores» son realizadas mediante el enorme dispositivo de intervención estatal en el cual las «empresas» (*corporate capitalism*) participan activamente. El *warfare* continúa su lógica por otros medios en el *welfare*. Keynes mismo había reconocido que el único modelo de realización de la política de demanda efectiva era un régimen de guerra.

17**.** Este desarrollo de Heidegger, incluido en su «Superación de la metafísica» de 1951 (la superación en cuestión había sido pensada durante la Segunda Guerra Mundial), define precisamente en qué se transforman los conceptos de «guerra» y «paz» al término de las dos guerras totales:

> «Guerra» y «paz», cambiadas en su in-esencia, están acogidas en la errancia y, al haberse hecho irreconocibles en vistas a una diferencia, han desaparecido en el mero desarrollo del hacer cada vez más cosas. La pregunta sobre cuándo va a haber paz no se puede contestar, no porque la duración de la guerra sea imprevisible sino porque la misma pregunta, pregunta por algo que ya no existe, porque tampoco la guerra es ya nada que pudiera desembocar en una paz. La guerra se ha convertido en una variedad de la usura del ente, que se continúa en la paz [...]. Esta larga guerra, en su longitud, no va pasando lentamente a una paz del tipo de las paces de antes, sino a un estado en el que lo bélico ya no es experientado como tal y lo pacífico se ha convertido en algo carente de sentido y de contenido.

El pasaje será reescrito al final de *Mil mesetas* para indicar cómo la «capitalización» técnico-científica (que remite a lo que nosotros llamamos «complejo militar-industrial científico-universitario») engendrará «una nueva concepción de la seguridad como guerra materializada, como inseguridad organizada o catástrofe programada, distribuida, molecularizada».

18**.** La Guerra Fría es socialización y capitalización intensivas de la subsunción real de la sociedad y de la población en la economía de guerra de la primera mitad del siglo XX. Constituye un pasaje fundamental para la formación de la máquina de guerra del Capital, que se apropia del Estado y de la guerra subordinando el «saber» a su proceso. La Guerra Fría va a ampliar el foco de producción de innovaciones tecnológicas y científicas encendido por las guerras totales. Prácticamente todas las tecnologías contemporáneas y especialmente la cibernética, las tecnologías computacionales e informáticas, directa o indirectamente, son el fruto de la guerra

total retotalizada por la Guerra Fría. Lo que Marx llama «*General Intellect*» nació de/en la «producción para la destrucción» de las guerras totales antes de ser reorganizado por las Investigaciones de Operaciones (OR, por su sigla en inglés) de la Guerra Fría como instrumento (I+D) de mando y control de la economía-mundo.

La historia bélica del Capital nos obliga a realizar este otro desplazamiento fundamental con respecto del operaísmo y el postoperaísmo. La consigna del trabajo («*Arbeit macht frei*»), establecida por las guerras totales, se transforma en consigna liberal-democrática del pleno empleo como instrumento de regulación social del «obrero-masa» *y de todo su entorno doméstico*.

19**.** Mayo del 68 se sitúa bajo el signo de la reemergencia política de las guerras de clase, de raza, de sexo y de subjetividad, que la «clase obrera» ya no puede seguir subordinando a sus «intereses» y a sus formas de organización (Partido-sindicatos). Si bien fue en Estados Unidos donde la lucha obrera «alcanzó el nivel absoluto más elevado en su desarrollo» (*Marx en Detroit*), también fue allí donde se produjo su derrota, al término de las grandes huelgas de la posguerra. La destrucción de la «consigna» que resulta de las guerras totales y que continúa en y mediante la Guerra Fría como «consigna del salariado» no solo será el objetivo de una nueva clase obrera que redescubre su autonomía política, sino que también será el resultado de la multiplicidad de todas estas guerras que se encendieron, casi al mismo tiempo, remontando las experiencias singulares de los «grupos-sujetos» que las conducían hacia sus condiciones comunes de ruptura subjetiva. De este modo, las guerras de descolonialización y de todas las minorías raciales, de las mujeres, de los estudiantes, de los homosexuales, de los alternativos, de los antinucleares, del «*lumpen*», etc., van a definir nuevas modalidades de lucha, de organización y, sobre todo, de deslegitimación del conjunto de los «poderes-saberes» a lo largo de los años sesenta y setenta. No solo hemos leído la historia del capital a través de la guerra, sino también a la guerra a través del 68, que es el único que hace posible el pasaje teórico y político de «la» guerra a las «guerras».

20. La guerra y la estrategia ocupan un lugar central en la teoría y en la práctica revolucionarias del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Lenin, Mao y el general Giap anotaron concienzudamente *De la guerra* de Clausewitz. El pensamiento del 68, por su parte, se abstuvo de problematizar la guerra, con la excepción notable de Foucault y de Deleuze-Guattari. Ellos no solo se propusieron invertir la célebre frase de Clausewitz («la guerra es la continuación de la política por otros medios») al analizar las modalidades según las cuales la «política» puede ser considerada como la guerra continuada por otros medios: *ellos, sobre todo, transformaron radicalmente los conceptos de guerra y de política.* Su problematización de la guerra es estrictamente dependiente de las mutaciones del capitalismo y

de las luchas que les hacen oposición en la llamada posguerra, antes de cristalizar en la extraña revolución de 1968: la «microfísica» del poder, puesta de relieve por Foucault, es una actualización crítica de la «guerra civil generalizada»; la «micropolítica» de Deleuze y Guattari, por su parte, es indisociable del concepto de «máquina de guerra» (su construcción no es posible sin la trayectoria militante de uno de ellos). Si se aísla el análisis de las relaciones de poder de la guerra civil generalizada, como lo hace la crítica foucaultiana, la teoría de la gubernamentalidad no es más que una variante de la «gobernanza» neoliberal. Y si se aparta la micropolítica de la máquina de guerra, como lo hace la crítica deleuziana (que también emprendió la estetización de la máquina de guerra), solo quedan «minorías» impotentes frente al Capital que conserva la iniciativa.

21**.** Los militares, siliconados por las nuevas tecnologías cuyo poder disuasivo ellos mismos desarrollaron, harán colisionar la máquina tecnológica con la máquina de guerra. Las consecuencias políticas son temibles.

Estados Unidos proyectó y dirigió la guerra en Afganistán (2001) y en Irak (2003) a partir del principio «*Clausewitz out, computer in*».[4] Creyendo disipar la «confusión» y la incertidumbre de la guerra mediante la acumulación originaria de la información, los estrategas de la guerra hipertecnológica digital y «centrada en las redes» se desencantaron pronto: la victoria tan rápidamente obtenida se transformó en una debacle político-militar que desencadenó *in situ* el desastre de Oriente Medio, sin perdonar tampoco al mundo libre que vino a aportar sus valores en un remake de *Dr. Strangelove* de Stanley Kubrick. La máquina técnica no explica nada y no puede hacer mucho si no moviliza otras «máquinas» totalmente distintas. Su eficacia y su existencia misma dependen de la máquina social y de la máquina de guerra que la mayoría de las veces perfilan su avatar técnico según un modelo de sociedad basado en las divisiones, las dominaciones, las explotaciones (*Fast Cars, Clean Bodies*, para retomar el título del hermoso libro de Kristin Ross).

22**.** Si la caída del muro firma el acta de defunción de una momia cuya prehistoria comunista fue incluso olvidada a raíz del 68, y si entonces debe ser considerada como un no-acontecimiento (lo que melancólicamente expresa la tesis del Fin de la Historia), el sangriento fiasco de las primeras guerras poscomunistas llevadas a cabo por la máquina de guerra imperial, en cambio, hizo historia. Incluso como consecuencia del debate que abrió *entre los militares*, donde surgió un nuevo paradigma de la guerra. Este nuevo paradigma, antítesis de las guerras industriales del siglo XX,

[4] Extrañamente, la misma operación es retomada por los partidarios de un capitalismo cognitivo que disuelven la omnirealidad de las guerras en las computadoras y en los «algoritmos» que, sin embargo, primero sirvieron para llevarlas a cabo.

es definido como una «guerra dentro de la población». Hacemos nuestro este concepto que, en el texto, inspira un improbable «humanismo militar», devolviendo su sentido hacia el origen y al terreno real de las guerras del capital, y volviendo a escribir esta «guerra dentro de la población» en plural: *nuestras guerras*. La población es el campo de batalla dentro del cual se ejercen operaciones contrainsurgentes de todo tipo que, simultánea e indiscerniblemente, son militares y no militares, porque además son portadoras de la nueva identidad de las «guerras sangrientas» y de las «guerras no sangrientas».

En el fordismo, el Estado no solamente garantizaba la territorialización estatal del Capital, sino además la territorialización de la guerra. De ahí que la mundialización no libere al capital del control del Estado sin liberar también a la guerra, que pasa a la potencia superior de lo continuo al integrar el *plan del capital*. La guerra desterritorializada ya no es en absoluto una guerra interestatal, sino una sucesión ininterrumpida de guerras múltiples contra las poblaciones, que sitúan definitivamente la «gubernamentalidad» del lado de la gobernanza, en una estrategia conjunta de negación de las guerras civiles globales. Aquello que se gobierna y aquello que permite gobernar son las *divisiones* que proyectan a las guerras dentro de la población al rango de contenido real de la biopolítica. Una gubernamentalidad biopolítica de guerra como distribución diferencial de la precariedad y norma de la «vida cotidiana». Todo lo opuesto al Gran Relato del nacimiento liberal de la biopolítica que tuvo lugar en un famoso curso del Collège de France, en la fractura de los años sesenta y ochenta.

23**.** Profundizando las divisiones, acentuando las polarizaciones de todas las sociedades capitalistas, la economía de la deuda transforma la «guerra civil mundial» (Schmitt, Arendt) en una imbricación de guerras civiles: guerras de clase, guerras neocoloniales contra las «minorías», guerras contra las mujeres, guerras de subjetividad. La matriz de estas guerras civiles es la guerra colonial. Esta última nunca ha sido una guerra entre Estados, sino que, por esencia, es una guerra *en* y *contra* la población, donde las distinciones entre paz y guerra, combatientes y no combatientes, lo económico, lo político y lo militar nunca se han producido. La guerra colonial, en y contra las poblaciones, es el modelo de guerra que el Capital financiero puso en marcha a partir de los años setenta, en nombre de un neoliberalismo de combate. Su guerra será simultáneamente fractal y transversal: fractal, porque produce indefinidamente su invarianza mediante el cambio constante de escala (su «irregularidad» y los «quiebres» que ella introduce se ejercen a diversas escalas de realidad); y transversal, porque se despliega simultáneamente en el nivel macropolítico (haciendo uso de todas las grandes oposiciones duales: clases sociales, blancos y no blancos, hombres y mujeres…) y micropolítico (mediante *engineering* molecular

que privilegia las más altas interacciones). De este modo, puede conjugar los niveles civiles y militares en el Sur y en el Norte del mundo, en los Sures y los Nortes *de todo el mundo* (o casi). Por lo tanto, su primera característica es que, más que una guerra *sin distinción*, es una guerra *irregular*.

La máquina de guerra del capital, que a comienzos de los años setenta integró definitivamente al Estado, a la guerra, a la ciencia y a la tecnología, enuncia claramente la estrategia de la mundialización contemporánea: precipitar el fin de la cortísima historia del reformismo del capital —*Full Employment in a Free Society*, según el título del libro-manifiesto de Lord Beveridge publicado en 1944— arremetiendo en todas partes y por todos los medios contra las condiciones de realidad de la relación de fuerzas que lo había impuesto. El proyecto político neoliberal desplegará una creatividad infernal para fingir que dota al «mercado» de cualidades sobrehumanas de *information processing*: el mercado como cyborg definitivo.

24**.** La toma de consistencia de los neofascismos a partir de la «crisis» financiera de 2008 constituye un vuelco en el desarrollo de las guerras dentro de la población. Sus dimensiones simultáneamente fractales y transversales asumen una nueva y temible eficacia para dividir y polarizar. Los nuevos fascismos ponen a prueba todos los recursos de la «máquina de guerra», porque si esta no se identifica necesariamente con el Estado, también puede escapar al control del Capital. Mientras que la máquina de guerra del Capital gobierna a través de una diferenciación «inclusiva» de la propiedad y de la riqueza, las nuevas máquinas de guerra fascistas funcionan mediante exclusión a partir de la identidad de raza, de sexo y de nacionalidad. Ambas lógicas parecen incompatibles. En realidad, convergen inexorablemente (*cf.* la «preferencia nacional») a medida que el estado de emergencia económico y político se instala en el tiempo coercitivo del *global flow*.

Si la máquina capitalista sigue desconfiando de los nuevos fascismos no es porque tenga principios democráticos (¡el Capital es ontológicamente antidemocrático!) o a causa de la *rule of law*, sino porque, como el nazismo, el posfascismo puede volverse «autónomo» respecto de la máquina de guerra del Capital y escapar a su control. ¿No es exactamente lo que ocurrió con los fascismos islamistas? Formados, armados, financiados por Estados Unidos, estos volvieron sus armas contra la superpotencia y sus aliados, que los habían instrumentalizado. De Occidente a las tierras del Califato *y de vuelta*, los neonazis de todas las tendencias encarnan la subjetivación suicida del «modo de destrucción» capitalista. También es la escena final del retorno de lo reprimido colonial: los yihadistas de la generación 2.0 asedian las metrópolis occidentales como su enemigo más interno. De esta forma, la endocolonización se vuelve la forma de conjugación generalizada de la violencia «tópica» de la dominación más intensa del capitalismo sobre las poblaciones. En cuanto al proceso de convergencia o de divergencia

entre máquinas de guerra capitalistas y neofascistas, dependerá de la evolución de las guerras civiles en curso y de los peligros que un eventual proceso revolucionario podría hacer correr a la propiedad privada y, de manera más general, al poder del Capital.

25**.** Para no reducir el Capital y el capitalismo a un sistema o a una estructura, y la economía a una historia de ciclos que se cierran sobre sí mismos, las guerras de clase, de raza, de sexo, de subjetividad también rechazan todo principio de autonomía de la ciencia y de la tecnología, toda vía regia hacia la «complejidad» o una emancipación forjada por la concepción progresista (y hoy aceleracionista) del movimiento de la Historia.

Las guerras inyectan continuamente relaciones estratégicas abiertas a la indeterminación del enfrentamiento, a la incertidumbre del combate que vuelve inoperante todo mecanismo de autorregulación (del mercado) o toda regulación mediante *feedback* («sistemas hombres-máquinas» que abren su «complejidad» hacia el futuro). La «apertura» estratégica de la guerra es radicalmente distinta a la apertura sistémica de la cibernética, que no por nada nació de/en la guerra. El capital no es ni estructura ni sistema, es «máquina», y *máquina de guerra* de la cual la economía, la política, la tecnología, el Estado, los medios de comunicación, etc., solo son articulaciones informadas por relaciones estratégicas. En la definición marxista/marxiana del *General Intellect*, la máquina de guerra que integra a la ciencia, a la tecnología y a la comunicación en su funcionamiento es curiosamente desatendida a favor de un poco creíble «comunismo del capital».

26**.** El capital no es un modo de producción sino que es, al mismo tiempo, un modo de destrucción. La acumulación infinita que desplaza continuamente sus límites para recrearlos nuevamente es, al mismo tiempo, destrucción aumentada ilimitada. Las ganancias de productividad y las ganancias de destructividad progresan paralelamente. Estas se manifiestan en la guerra generalizada que los científicos prefieren llamar *Antropoceno* en vez de *Capitaloceno*, aunque sea evidente que la destrucción de los medios en los cuales y por medio de los cuales vivimos no comenzó con el «hombre» y sus necesidades crecientes, sino con el Capital. La «crisis ecológica» no es el resultado de una modernidad y de una humanidad ciegas a los efectos negativos del desarrollo tecnológico, sino el «fruto de la voluntad» de ciertos hombres de ejercer una dominación absoluta sobre otros hombres, a partir de una estrategia geopolítica mundial de explotación ilimitada de todos los recursos humanos y no humanos.

El capitalismo no solamente es la civilización más mortífera de la historia de la humanidad, aquella que introdujo en nosotros «la vergüenza de ser hombre». También es la civilización por la cual el trabajo, la ciencia y la técnica crearon —otro privilegio (absoluto) en la historia de la

humanidad— la posibilidad de una devastación (absoluta) de todas las especies y del planeta que las hospeda. Entretanto, la «complejidad» (del rescate) de la «naturaleza» todavía promete la perspectiva de ganancias considerables, donde se mezclan la utopía *techno* de la *geoengineering* y la realidad de los nuevos mercados de «derechos de contaminación». En su confluencia, el Capitaloceno no manda al capitalismo a la Luna (de ahí volvió), sino que completa la mercantilización global del planeta haciendo valer sus derechos sobre la bien llamada troposfera.

27**.** La lógica del Capital es la logística de una valorización infinita. Implica la acumulación de un poder que no es simplemente económico, por la simple razón de que se complejiza con los poderes y los saberes estratégicos sobre la *fuerza* y la *debilidad* de las clases en lucha, a las cuales este poder se aplica y con las cuales no deja de explicarse.

Foucault recalca que los marxistas centraron su atención en el concepto de «clase» en detrimento del concepto de «lucha». De esta manera, el saber relativo a la estrategia es descartado en provecho de una empresa alternativa de pacificación (Tronti propone su versión más *épica*). ¿Quién es fuerte y quién es débil? ¿De qué manera los fuertes se volvieron débiles, por qué los débiles se volvieron fuertes? ¿Cómo fortalecerse a sí mismo y debilitar al otro para dominarlo y explotarlo? Es la pista anticapitalista del nietzscheanismo francés que nos proponemos seguir y reinventar.

28**.** El Capital salió vencedor de las guerras totales y de la confrontación con la revolución mundial, cuya clave, para nosotros, es 1968. Desde ese entonces, no deja de acumular una victoria tras otra, perfeccionando su *motor de enfriamiento*. Con lo cual se verifica que la primera función del poder es negar la existencia de las guerras civiles, borrando hasta su memoria (la pacificación es una política de *tierra quemada*). Walter Benjamin está ahí para recordarnos que la reactivación de la memoria de las victorias y de las derrotas de la cual los vencedores obtienen su dominación solo puede venir de los «vencidos». Problema: los vencidos del 68 tiraron al viejo bebé leninista con el agua de las guerras civiles al final del «otoño caliente» que se cierra con el fracaso de la dialéctica del «partido de la autonomía». Entrando en los «años de invierno», al filo de una segunda Guerra Fría que asegure el triunfo del «pueblo del capitalismo» («*People's Capitalism*» — *This IS America!*), el Fin de la Historia tomará el relevo sin detenerse en una guerra del Golfo que «no tuvo lugar». A excepción de una constelación de guerras nuevas, de máquinas revolucionarias o militantes mutantes (Chiapas, Birmingham, Seattle, Washington, Génova, etc.) y nuevas derrotas. Las nuevas generaciones que escriben enuncian «el pueblo que falta», soñando con insomnios y procesos destituyentes que, por desgracia, están reservados *a sus amigos.*

29**.** Vayamos al grano, dirijámonos *a nuestros enemigos*. Porque este libro no tiene otro objeto que hacer oír, debajo de la economía y su «democracia», detrás de las revoluciones tecnológicas y la «intelectualidad de masa» del *General Intellect*, el «estruendo» de las guerras reales en curso en toda su multiplicidad. Una multiplicidad que no está por hacerse, sino que hay que *deshacer* y *rehacer* para cargar de nuevos posibles a las «masas o flujos» que son doblemente sus *sujetos.* Respecto a las relaciones de poder, en cuanto están sujetos *a* la guerra, y/o respecto de las relaciones estratégicas susceptibles de proyectarlos al rango de sujetos *de las guerras*, con «sus mutaciones, sus cuantos de desterritorialización, sus conexiones, sus precipitaciones». En definitiva, se trataría de sacar lecciones de lo que nos parece el fracaso del pensamiento del 68 del cual somos herederos, incluso en nuestra incapacidad de pensar y construir una máquina de guerra colectiva que esté a la altura de la guerra civil desencadenada en nombre del neoliberalismo y de la primacía absoluta de la economía como política exclusiva del capital. Es como si el 68 no hubiera logrado pensar a fondo, no su derrota (ya que, desde los Nuevos Filósofos, existen profesionales en la materia), sino el carácter bélico de las razones que quebraron su insistencia en una destrucción continua, puesta ahora en el presente infinitivo de las luchas de «resistencia».

30**.** No se trata —de ningún modo— de *acabar con la resistencia*, sino con el «teoricismo» que se contenta con un discurso estratégicamente impotente frente a lo que pasa. Y frente a lo que nos ha pasado.

Porque si los dispositivos de poder son constituyentes en detrimento de las relaciones estratégicas y de las guerras que allí se libran, solo puede haber, contra ellos, fenómenos de «resistencia». Con el éxito que conocemos. *Graecia docet*.

30 de julio de 2016

Postdata

Este libro se sitúa bajo el signo de un (imposible) «maestro en política» —o, más exactamente, del adagio althusseriano forjado en el rincón de un materialismo histórico en el que nos reconocemos: «Si queréis saber de algo, haced su historia». El 68, desvío considerable en relación a las leyes de Althusser (y de todo lo que estas representan), será el diagrama de partida de un segundo volumen provisionalmente titulado *El capital y las guerras*. En este, nuestro propósito será retomar la investigación sobre *la extraña revolución del 68* y sus continuidades, donde el tren de «la» contrarrevolución ha escondido muchas otras: toda una *multiplicidad de contrarrevoluciones* en forma de *restauraciones*. Estas serán analizadas desde el punto de vista de una práctica teórica políticamente «sobredeterminada» por las realidades bélicas del presente. Este es el espíritu con el que nos atreveremos a llevar a cabo una «lectura sintomal» del *Nuevo espíritu del capitalismo* (que manaría de la «crítica artista» *made in* 68), del Aceleracionismo (la versión al mismo tiempo más actualizada y más regresiva del post-operaísmo) y del Realismo especulativo (que no hemos incluido, por lo tanto, en nuestra lectura del Antropoceno).

I
ESTADO, MÁQUINA DE GUERRA, MONEDA

Marx describe el Capital como el proceso destinado a «revolucionar de forma permanente» las condiciones de la producción para transformar los límites de la valorización (la capitalización de plusvalía o de «sobrevalor») en condiciones de un desarrollo posterior que reproduce sus límites internos a una escala cada vez mayor. Más cercanos a los *Grundrisse*, que se inauguran con un capítulo sobre el dinero, que al *Capital*, Deleuze y Guattari ven en este proceso la introducción del infinito en la producción, por medio del dinero como forma exclusiva de la ley del valor. El dinero sostiene y mantiene todo el sistema, ampliando incesantemente el «círculo» del crédito y de la deuda que determina, de manera cada vez más inmanente, la relación de sometimiento del trabajo (abstracto) al (devenir-concreto) del Capital.

En manos de los capitalistas, la abstracción real de la moneda —en cuanto flujo más desterritorializado— funciona a la vez como motor del movimiento ilimitado del capital y como dispositivo de mando estratégico. De ahí que el dinero no deje de adoptar funciones distintas de aquellas relacionadas con su forma mercantil de «equivalente general» y que el principio mismo de una deducción de la forma-dinero únicamente a partir de las necesidades de la circulación de las mercancías sea echado por tierra al contradecir la formulación más *clásica* de la «crítica de la economía política». Ahora bien, es contra toda la tradición de la economía política, precisamente, que Marx afirma, en su análisis de la acumulación originaria (es decir, de la «génesis» del capitalismo), donde considera a la guerra junto con el «poder del Estado» y el «crédito público», que la *fuerza es un agente económico*.

Nosotros planteamos que el punto de partida obligado para repensar toda la historia del capitalismo —hasta en sus formas más contemporáneas— es la relación estrecha, constitutiva, ontológica, entre la forma más desterritorializada del capital, el dinero, y la forma más desterritorializante de la soberanía, la guerra. Esta es la historia que nos dedicaremos a reescribir, partiendo, volviendo a partir, de lo que nos parece uno de los gestos

teórico-políticos más *prometedores* del «pensamiento del 68» y que incluso podría llevarlo más allá de sus propios límites.

Con Foucault, cuyo análisis luego es retomado por Deleuze y Guattari en *El anti-Edipo*, son efectivamente la moneda, la guerra y el Estado los que se sitúan en el corazón del dispositivo —y en el corazón del montaje de los dispositivos de poder— que permite *comprender toda la historia a la luz de la discontinuidad del capitalismo*. ¿Cómo podría el uso crítico de la historia no estar dirigido genealógicamente hacia el capitalismo por un saber perspectivo que «sabe desde donde mira y lo que mira»?[1]

En su primer curso en el Collège de France (1970-1971), Foucault afirma que la institución de la moneda, refiriéndose a su introducción en la Grecia antigua, no se explica por razones mercantiles: si el uso de la moneda se desarrolló en el «intercambio de productos», su «raíz histórica» no se encuentra allí. La institución de la «moneda griega», primero y ante todo, está relacionada con un desplazamiento en el ejercicio del poder, hacia un *nuevo tipo de poder* cuya soberanía es indisociable de la apropiación, a su favor, de la nueva máquina de guerra lanzada por la «revolución hoplítica». Una revolución tanto social como militar, puesto que la máquina de guerra ya no está en manos de los nobles (la casta guerrera, el caballero o el conductor de carro rodeado de sus sirvientes, fiel al ideal heroico), sino de los pequeños campesinos que han llegado a ser indispensables para la defensa de la ciudad naciente (los hoplitas). La fuerza, las acciones colectivas del «pueblo», que comienza a llamarse *demos*, se encarnan en esta formación bélica abierta a la mayor cantidad de personas posible y cuya táctica está basada en el combate en falange de una línea de soldados muy próximos entre sí, «el escudo en una mano, la lanza en la otra, para presentarles combate, hirviendo en exaltada ira, codo con codo».[2] Ahora bien, el principio mismo de la falange y su sistema de armas (las mismas para todos)[3] implica la «reciprocidad del servicio y la ayuda, la sincronización de los movimientos y la regulación espontánea del conjunto»[4] según un orden común aceptado por cada quien y realizado por todos. De modo que la

---

[1] Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, traducción de José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-textos, 2004, p. 54.

[2] Aristófanes, *Las avispas*, 1081-1083.

[3] En uno de sus cursos sobre Foucault (28/01/1986), Deleuze analiza la importancia del escudo de doble empuñadura (*antilabè*) que «suelda» a los combatientes entre sí, en una unidad militar de base donde la técnica es interna a lo social y a lo mental. Deleuze se refiere al texto emblemático de Marcel Détienne, «La phalange: problèmes et controverses», en J.-P. Vernant (dir.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, Mouton-École Pratique des Hautes Études, 1968. Este conjunto de estudios también fue particularmente importante para la reflexión de Foucault.

[4] Michel Foucault, *Lecciones sobre la voluntad de saber. Curso en el Collège de France*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 143.

fuerza armada de los hoplitas se caracteriza por el ascenso de la *exigencia igualitaria* del soldado-ciudadano, que amenaza constantemente con volverse contra aquellos que lo han utilizado para mantener un «poder de clase». La expresión parece indicar la *actualidad* de un asunto que, desde la lucha entre los pobres (*polloi*) y los ricos (*ploutoi*), en constante guerra virtual en la ciudad-*polis*, se confunde con la historia general de las revoluciones. Es a este problema, recalificado genealógicamente como «escena originaria» de la política, que responde aquello que Foucault, en su primer retorno a los griegos, señala como una «nueva forma de poder» que está vinculada con «la institución de la moneda».

Por lo tanto, Foucault comienza estudiando las grandes transformaciones políticas de los siglos VII y VI a. C., centrándose particularmente en la «estrategia hoplítica» que conduce al desalojo de las viejas aristocracias de nacimiento.[5] Como en Corinto, donde el polemarca Cípselo fue llevado al poder por aquellos que habían servido como soldados en un ejército de hoplitas. Pero lo que le interesa especialmente a Foucault es la manera en la cual Cípselo pretende quedarse con el poder: introduciendo el uso de la moneda en un dispositivo (político) de integración (económica) del poder militar, cuya clave es «limitar las reivindicaciones sociales […] que son ahora más peligrosas debido a la creación de los ejércitos de hoplitas»[6] en el contexto de las crisis agrarias que acrecientan el endeudamiento de los campesinos. ¿Qué hace el tirano, sabiendo que de lo que se trata es de que los ricos mantengan el régimen de la propiedad y la posesión del poder? Opera una redistribución solamente parcial de las tierras entre los campesinos-soldados (sin borrar sus deudas), al mismo tiempo que grava a los ricos con un impuesto del 10 % de sus ingresos. Una parte es redistribuida entre los «pobres», la otra financia las «grandes obras» y los anticipos para los artesanos. La constitución de este sistema complejo no habría sido posible «en especie». Como el ciclo económico hace refluir el dinero distribuido a los «pobres» hacia las cajas de los «ricos» (mediante la indemnización por las tierras redistribuidas y el trabajo «asalariado»), quienes de esta forma podrán pagar el impuesto (en dinero), este ciclo asegura —según la demostración de Édouard Will sobre la cual se apoya Foucault— «una circulación o rotación de la moneda, y una equivalencia con los bienes y los servicios».[7] Allí, la moneda se afirma como medida y como norma de los «intercambios» y de las «equivalencias» que implican, debido a la expansión y la intensificación del régimen de las deudas, *una primera institución política del Estado en el orden de la ciudad*: el impuesto, la retención, la acumulación, la fijación del valor, el desplazamiento de la

---

[5] Ibídem, p. 153-168.

[6] Ibídem, p. 159 (clase del 24 de febrero de 1971).

[7] Édouard Will, *Korinthiaka: recherches sur l'histoire et la civilisation de Corinthe des origines aux guerres médiques*, París, Éditions de Boccard, 1955, pp. 470 y siguientes.

actividad comercial de la agricultura hacia el comercio y el desarrollo de la colonización engendran la condición formal para un mercado y producen este espacio de mercado, controlado inmediatamente por el aparato estatal.

Creada «*ex nihilo*» o casi,[8] la moneda aparece como dependiente de una forma nueva y «extraordinaria» de poder político, tirano o legislador, que interviene «en el régimen de la propiedad, en el juego de las deudas y los pagos» y que asegura la institucionalización territorial (la reterritorialización) de la máquina de guerra. Se identifica con el ejercicio de poder, en el sentido de que «no por poseer la moneda se adquiere y ejerce el poder. Antes bien, la moneda se institucionalizó porque algunos tomaron el poder».[9]

Por lo tanto, la moneda no es un simple «capital» económico, del cual daría testimonio su origen mercantil. En manos del «Estado», que instituye su uso y que la moneda a su vez contribuye a instituir, cumple menos una función de *redistribución* que una función de *reproducción ampliada* de las posiciones de poder en la sociedad. De modo que la moneda es una continuación de la guerra civil por otros medios, más *políticos*, que inscribe *para todos,* en el juego del poder, la «verdad» de lo que se debe, de lo que vale algo. Por un lado, produce y reproduce las divisiones al desplazarlas (aristócratas, guerreros, artesanos, «asalariados»), divisiones que alimentan la posibilidad siempre presente de la guerra civil como esa realidad social con la cual la política debe aprender *a contar*. Por otro lado, mediante todo un «juego de nuevas regulaciones», cuyo objeto es poner fin a la lucha desregulada entre ricos y pobres, la institución de la moneda efectivamente asegura «el mantenimiento de una dominación de clase»,[10] cuya condición es el desplazamiento de la «separación social» y de la guerra civil (la «guerra verdaderamente guerra», que Platón prefería llamar *dia-stasis,* la discordia de la división en dos, en lugar de *stasis*) hacia otro terreno: el del *reino de la medida* como ordenamiento de lo social que responde a la revolución hoplítica de la cual debía salir, no *la* ciudad griega, sino su primera *proyección* igualitaria (es decir, el esquema ideal de una república de los hoplitas).

Allí, la economía se vuelve política por primera vez debido al poder que *toma la guerra en la moneda*: una *toma de poder* y un *botín de guerra*, cuya finalidad crítica para Foucault puede medirse rápidamente a la luz de ese economicismo marxista que reducía las funciones del Estado, del poder y de la guerra a la determinación, en última instancia, de la «infraestructura económica».

[8] Como Corinto no tenía minas de plata, Will supone que el primer stock metálico se constituyó gracias a la fundición de objetos preciosos pertenecientes a las familias aristocráticas despojadas.
[9] Michel Foucault, *Lecciones sobre la voluntad de saber*, *op. cit.*, p. 158 (clase del 24 de febrero de 1971).
[10] Ibídem, p. 160.

De la nueva alianza que la moneda llevó a cabo (*nomisma*), al impedir la guerra civil bajo una forma que sigue siendo la de la tiranía, será extraído el *nomos* (la «ley» compartida por todos) como estructura jurídico-política de la ciudad Estado (*polis*). Unos veinte años más tarde, en Atenas, donde los «pobres caen en la esclavitud a causa de sus deudas» y los propietarios son «perseguidos por la violencia hasta el corazón de sus casas», el *nomos* y la *eunomía* (el «buen gobierno», la buena organización cívica) se afirman como el «justo reparto del poder» en un sentido inverso y complementario a la operación de Cípselo. «La eunomía instaurada por Solón fue una manera de sustituir el reparto exigido de las riquezas (la isonomía) por la distribución del poder político: a quienes demandaban tierras se les ha dado poder. El poder como sustituto de la riqueza en la operación de la eunomía. […] Solón, al revés, comparte hasta cierto punto el poder para no tener que redistribuir la riqueza».[11]

Pero como explica Foucault una vez más, *el efecto de conjunto es el mismo*, ya que se trata menos de un desplazamiento que de un encadenamiento donde se revela la complementariedad entre nómisma y eunomía: «Cuando se obliga a los ricos a hacer un sacrificio económico, la moneda ocupa el primer plano al permitir el mantenimiento del poder por intermedio del tirano; cuando se obliga a los ricos a hacer un sacrificio político, la eunomía les permite conservar sus privilegios económicos». ¿Qué es la «reforma de Solón» si no la distribución del poder político en función del reparto económico de la riqueza (las cuatro clases censitarias), que se oculta al integrar a todos los ciudadanos, incluso a los más pobres, en el nuevo sistema donde el poder toma una forma *democrática*? El poder ya no es la propiedad exclusiva de algunos, «pertenece a todos […] y se ejerce de manera permanente a través de todos los ciudadanos» en una conjuración política permanente de la guerra civil que toma la forma de un *reparto del poder* en lugar de un reparto de las riquezas. Por lo tanto, será necesario que obedezcan a mecanismos y a un orden diferentes, según un corte tal que «si uno se apropia de demasiado poder, la ciudad lo castiga; si uno se apodera de demasiada riqueza, habrá que esperar el castigo de Zeus»,[12] porque «el azar, la suerte, la fatalidad o los Dioses» son los que determinan la pobreza y la riqueza de cada quien según los límites que prohibirían su participación en la asamblea de ciudadanos. De esta forma, bajo el gobierno de Solón, la «buena legislación» democrática de la *eunomía* podrá sustituir la abolición de la esclavitud por deudas y la operación concomitante de ajuste del valor de la moneda a favor de los deudores[13]

---

[11] Ibídem, p. 179 (clase del 3 de marzo de 1971).

[12] Ibídem, p. 178.

[13] Según la explicación de Plutarco: Solón «hizo de cien dracmas la mina que antes era de setenta y tres, con lo que dando lo mismo en número, aunque menos en valor, quedaban muy aliviados los que pagaban, y no sentían detrimento los que recibían» (Plutarco, *Solón*, 15, 2-4).

por la extinción total de las deudas y la redistribución general de las tierras (la *isonomía*, el reparto en «partes iguales») exigidas por *los más numerosos* (*polloi*). La moneda se despliega allí como «el simulacro del poder repartido entre las manos de todos, cuando en realidad asegura, al precio de cierto sacrificio económico, su mantenimiento en las de unos pocos. En los dedos del ateniense, el tetradracma con la imagen de la lechuza solo hace resplandecer durante un instante el simulacro de un poder atesorado en otra parte»,[14] el cual, *por derecho* (el del *nomos*), le pertenece a todos *en común*. En conformidad con la *eunomía*, pero según el rango que cada uno ocupa, todo el mundo es (des-)igualmente alentado a desarrollar la artesanía, el comercio orientado a la exportación y las colonias.[15] Lo que no dejará de transformar la concepción misma de la guerra, separándola del modelo cívico hoplítico, en el mismo momento en que va a estar orientada hacia el mar (el control de las islas y de las rutas marítimas, la prioridad de la flota financiada por el Estado) y la guerra de asedio (el desarrollo de la «poliorcética», de las técnicas militares y del mercenarismo). A partir de la guerra del Peloponeso, el imperialismo ateniense va acompañado de la profesionalización del ejército en una guerra permanente que utiliza todos los medios: «Al ceder el espíritu agonístico a la voluntad de devastación, la batalla se vuelve más costosa; mientras que la guerra de "golpes militares", "comandos" y "guerrillas" […] compite con la batalla».[16] Pero con esta crematística monetaria denunciada por Aristóteles, en cuanto solo busca «la adquisición de la moneda misma y, por consiguiente, en cantidades infinitas»,[17] también es la guerra interna la que retorna incesantemente al ciclo del reparto del poder y de la distribución de los bienes. Esta guerra hará estallar el principio de medida del «ni demasiado ni demasiado poco» (el exceso de riqueza y el exceso de pobreza) en el cual se inscribía la cesura soloniana de lo político y de lo económico, que como vemos es la ficción destinada a desplazar un corte entre los ricos y los pobres que de otro modo sería real. Sin embargo, todavía habrá que medir la función de conjuración del «ni demasiado ni demasiado poco» soloniano en lo tocante a una *capitalización* que amenaza con estimular una forma de protocapitalismo (manufacturera, comercial y militar).

---

[14] Michel Foucault, *op. cit.*, pp. 181-182 (clase del 3 de marzo de 1971).

[15] Lo que Foucault agrupa bajo el título «aspectos económicos» de la reforma de Solón.

[16] Pierre Vidal-Naquet, «La tradition de l'hoplite athénien», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, *op. cit.*, p. 173.

[17] Michel Foucault, *op. cit.*, p. 165. Recordemos que Aristóteles se oponía a la opinión común según la cual «el dinero es un término medio porque lo mide todo»: «El dinero se ha convertido por convención en una especie de sustituto de la demanda. Por eso precisamente tiene el nombre de "nómisma", porque existe no por naturaleza, sino por costumbre». Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, traducción de José Luis Calvo, Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 164.

En efecto, la monetización de la economía que permitió conjurar la guerra civil representa un grave peligro para la *polis* y sus instituciones, ya que lo «ilimitado» de la apropiación y de la acumulación que la moneda esconde y libera con sus efectos de captación inmediatamente económica siempre implica el riesgo de que se intensifique «el exceso de riqueza y el exceso de pobreza». Esta es la potencia de la moneda que debe conjurarse a través de todo un conjunto de codificaciones que imponen límites políticos, religiosos, morales y sociales a su poder de desterritorialización.

Donde se verifica que «si el capitalismo es la verdad universal, lo es en el sentido en que es *el negativo* de todas las formaciones sociales»[18] que pudieron precederlo porque experimentaron los flujos decodificados de la moneda (que deshace las instituciones, las leyes, las modalidades de subjetivación) como un *límite real* que les notifica su muerte venida desde afuera a fuerza de surgir desde dentro (en este caso, la desaparición de la ciudad griega). El capitalismo es la única formación social que hace de lo ilimitado de la moneda el principio mismo de su organización. Esto es lo que vuelve posible una relectura retrospectiva de toda la historia en función del capitalismo, al que le corresponde privativamente hacer de la acumulación ilimitada su motor inmanente. Allí se afirma lo infinito de la valorización como *norma de la desmesura* del capital, que conduce al Estado a jugar un papel de regulación monetaria cada vez más importante al relanzar su devenir-inmanente al nivel mismo de las «contradicciones» de la acumulación.

Lo que explica que la descripción foucaultiana de la institución de la moneda pueda ser retomada por Deleuze y Guattari haciendo un paralelo con las políticas del New Deal. «Como si los griegos hubiesen descubierto a su modo lo que los americanos descubrieron después del New Deal: que los elevados impuestos del Estado son propicios para los buenos negocios».[19] Porque es el impuesto el que «monetiza la economía»[20] al conferirle al Estado un poder de abstracción y de *penetración* que le proporciona los medios necesarios para realizar una redistribución a la vez económica y política, mientras que el «poder de clase» es preservado. Es todo el asunto del New Deal, el cual debe reinvertir la misma operación en esta situación crítica donde el capitalismo, para sobrevivir, debe frenar su tendencia a la desterritorialización absoluta de los flujos de intercambio y de producción, inventando la figura inédita (¡y cuán temporal!) de un *reformismo del capital.*

---

[18] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *El anti-Edipo*, *op. cit.* p. 159.

[19] Ibídem, p. 204. Encontramos el mismo comentario en *Mil mesetas*, p. 450. «Un gran momento del capitalismo fue cuando los capitalistas se dieron cuenta que el impuesto podía ser productivo, particularmente favorable a los beneficios e incluso a las rentas».

[20] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 449.

También debemos recordar que el paso por Corinto apuntaba, más generalmente, a establecer la relación entre ciclo económico, guerra y ejército: la apropiación de la máquina de guerra por parte del Estado consiste menos en su transformación en un ejército profesional que en su integración en el circuito de la producción, de la fiscalidad, de la innovación tecnológica, de la ciencia, del empleo.

El ejército y la guerra son parte integrante de la organización política del poder y del circuito económico del capital, cuyas distintas funciones describiremos a lo largo de este libro. Es decir, la economía como *política de guerra* del capital.

Sin el flujo de poder, del cual la guerra y la guerra civil constituyen las modalidades más desterritorializadas, la moneda y el capital siguen siendo «abstracciones» (económicas) vacías. La economía mercantil no tiene ninguna autonomía, ninguna posibilidad de existencia autónoma, independientemente del poder de estos flujos. Las funciones «económicas» de la moneda (medida, atesoramiento, equivalente general, medio de pago) dependen de un flujo de destrucción/creación que remite a algo totalmente distinto de la irénica definición schumpeteriana de la actividad del emprendedor. Si el dinero no es sostenido por un flujo de poder estratégico, que encuentra en la guerra su forma absoluta, *pierde parte de su valor* como capital.

La expropiación de los medios de producción y la apropiación de los medios de ejercicio de la fuerza (la máquina de guerra) son las condiciones de formación del capital y de la constitución del Estado que se desarrollan paralelamente. La acumulación y el monopolio del valor por parte del capital, la acumulación y el monopolio de la fuerza por parte del Estado se mantienen recíprocamente. Sin el ejercicio de la guerra en el exterior (colonial y entre Estados), y sin el ejercicio de la guerra civil y de las guerras de subjetividades por el Estado en el interior, el capital jamás habría podido constituirse. E inversamente: sin la captura y la valorización de la riqueza operada por el capital, el Estado jamás habría podido ejercer sus funciones «de regalía», fundadas sobre la organización de un ejército.

La lógica del Capital es la de una valorización infinita que implica la acumulación de las fuerzas y, por lo tanto, la acumulación *continua* de un poder que no es solamente económico, sino también poder y saber estratégicos sobre la fuerza y la debilidad de las clases en lucha.

II
LA ACUMULACIÓN ORIGINARIA CONTINUA

> Los diversos factores de la *acumulación originaria* se distribuyen ahora, en una secuencia más o menos cronológica, principalmente entre España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. En Inglaterra, a fines del siglo XVII, se combinan sistemáticamente en el *sistema colonial*, en el de la *deuda pública*, en el *moderno sistema impositivo* y el *sistema proteccionista*. Estos métodos, como por ejemplo el sistema colonial, se fundan en parte sobre la violencia más brutal. Pero todos ellos recurren al poder del Estado, a la violencia organizada y concentrada de la sociedad, para fomentar como en un invernadero el proceso de transformación del modo de producción feudal en modo de producción capitalista y para abreviar las transiciones. *La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica.*
>
> Karl Marx, *El Capital*, libro I, sección VII

En la sección de *El Capital* dedicada a la acumulación originaria, Marx describe perfectamente las dos potencias de desterritorialización que engendraron el capitalismo: por una parte, las guerras de conquista, la violencia de las invasiones y de la apropiación de las tierras «vírgenes» del Nuevo Mundo; por otra, el crédito, la deuda pública («el crédito público se convierte en el credo del capital»),[1] sostenidos, soportados, organizados por los Estados europeos. Para Marx, estas potencias no constituyen más que las precondiciones del capital, destinadas a ser superadas y reconfiguradas por el «capital industrial» en el desarrollo de las fuerzas productivas que va a proporcionar la base material *progresista* de la tecnología de la revolución. A esta dialéctica que cuenta con la idea de una vía «verdaderamente revolucionaria» de transición (nacional) hacia el capitalismo, la de la «revolución» burguesa, le objetaremos esta primera evidencia, a saber, que la guerra y el crédito seguirán siendo las armas estratégicas del capital a lo largo del capitalismo. De modo que la acumulación originaria y sus fuerzas

[1] Karl Marx, *El Capital,* libro I, sección VII, cap. XXIV, p. 944. Prosigue: «Y al surgir el endeudamiento del Estado, el pecado contra el Espíritu Santo, para el que no hay perdón alguno, deja su lugar a la falta de confianza en la deuda pública».

telúricas de desterritorialización no dejan de repetirse y diferenciarse para continuar de una mejor manera —*acelerando* tanto como sea posible— el proceso de dominación y de mercantilización de todo lo existente. Dicho de otro modo: *tanto en el centro como en la periferia*, la acumulación originaria es la creación continua del capitalismo mismo.

Desde el comienzo, el capitalismo es el mercado mundial. Por eso solo puede ser analizado como economía-mundo. Lo que Marx llamó «acumulación primitiva» (u «originaria»: *ursprüngliche Akkumulation*) para enunciar el sentido *capital*[2] de esta primera gran desterritorialización que en primer lugar es producida por la guerra, la conquista y las invasiones tiene lugar *al mismo tiempo* en el «Nuevo Mundo» recientemente «descubierto» (colonización externa) y en Europa (colonización interna). Porque la «acumulación originaria» crea las condiciones económicas del capitalismo y la división internacional del trabajo diseñando, entre el Norte y el Sur, el reparto geopolítico del mundo tal como hoy lo conocemos e instaurando las jerarquías de sexo, raza, edades y civilizaciones sobre las cuales se apoyan las estrategias de división, diferenciación y desigualdad que atraviesan la composición de clase del proletariado internacional.

Por consiguiente, es necesario retomar en extensión y en *intensión*, el *locus classicus* de la descripción de las *guerras de acumulación* a partir del momento en el cual, entre los siglos XV y XVI, en Inglaterra, los señores de la tierra y la burguesía naciente desencadenan una guerra civil contra el campesinado, los artesanos y los jornaleros por la privatización de las tierras comunes. La destrucción de la estructura comunitaria de los pueblos y de los focos de producción doméstica, el abandono de los cultivos destinados a la alimentación y la expropiación de las granjas reducen la población a la miseria y obligan a la mendicidad y al vagabundeo a un número creciente de *desarraigados,* a quienes solo se les permite escoger entre el exterminio o el disciplinamiento a marchas forzadas hacia el salariado. Simultáneamente, los *enclosures*, la concentración de las tierras y el reagrupamiento de las tenencias en toda Europa —una Europa sometida a esas «legislaciones sangrientas» que Marx analizó detalladamente y que resucitaron la esclavitud[3] antes de generalizar la práctica del internamiento

---

[2] En referencia al *pecado original,* según la famosa frase: «Esta acumulación originaria desempeña en economía política aproximadamente el mismo papel que el pecado original en la teología» (Karl Marx, *op. cit.*, p. 891).

[3] Aquí hay que pensar en el acta promulgada en 1547 en nombre de Eduardo VI: «Todo hombre que permanece sin trabajar durante tres días es considerado en delito flagrante de vagabundeo. Los jueces deben "hacer que sobre la frente de dicho ocioso sea marcada la letra V con un fierro ardiente y que dicha persona, que vive tan cuidadosamente, sea adjudicada a quien la presenta [es decir, al denunciante] para que sea su esclavo, lo posea y tenga a dicho esclavo a su disposición, la de sus ejecutores o sus servidores durante los

como marco del trabajo forzado— van acompañados de una apropiación de las «tierras sin dueño» de las «Américas».

La conquista, es decir, el pillaje de las riquezas naturales y minerales junto con la explotación agrícola de las «tierras sin cultivar», desembocará en un verdadero genocidio de las poblaciones indígenas cuyo «vacío»[4] será compensado por el comercio de esclavos, mediante «la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras». «Estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales de la acumulación originaria*» y «caracterizan los albores de la era de producción capitalista»,[5] *y la continúan*: «La esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual lo mismo que las máquinas, el crédito, etc.», escribe todavía Marx en una carta de 1846.[6] De modo que la acumulación originaria se confunde con la conjunción capitalística[7] de todos estos procesos, que no se hallarían reunidos sin la violencia ilimitada conducida desde el interior hacia el exterior bajo la forma de una *guerra antropológica* que muy pronto adopta el término *pacificación.*[8]

Los flujos de crédito, la deuda pública (que «se convierte en una de las palancas más efectivas de la acumulación originaria») y la guerra de conquista se mantienen y se refuerzan mutuamente en un proceso de desterritorialización que es inmediatamente mundial. «El sistema del crédito público, esto es, de la deuda del Estado», invade definitivamente Europa mientras que «el sistema colonial, con su comercio marítimo y sus guerras comerciales, le sirvió de invernadero». La relación estrecha entre la guerra y el crédito, y la creación de este último por las necesidades financieras de la primera en su potencia de proyección en *Guns and Sails* [armas y

---

dos años siguientes"». La fuga es sancionada con un castigo corporal, una nueva marca —una S— y con la condena a la esclavitud perpetua. La reincidencia de fuga es castigada con la muerte. *Cf.* Borislaw Geremek (ed.), *Truands et misérables dans l'Europe moderne (1350-1600)*, París, Gallimard/Julliard, 1980, pp. 98-99.

[4] Véase el terrorífico catálogo de los efectos de la colonización española redactado en 1542 por Las Casas en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.

[5] Karl Marx, *op. cit.*, p. 939.

[6] Karl Marx, «Carta de Marx a P. V. Annenkov», 28 de diciembre de 1846, *Miseria de la filosofía*, Ciudad de México, Siglo XXI, décima edición corregida y aumentada, p. 139.

[7] Alliez y Lazzarato emplean profusamente el neologismo «capitalístico», extraído de los textos de Felix Guattari en los que trataba de precisar las condiciones de producción y vida dentro de lo que llamaba Capitalismo Mundial Integrado. El propio Guattari oponía esta noción a los empleos ideológicos y demasiado amplios del adjetivo convencional «capitalista». [N. de E.]

[8] Retomando casi literalmente el texto de las *Ordenanzas* españolas en cuanto a «las Indias», Tzvetan Todorov escribe: «Lo que hay que desterrar no son las conquistas, sino la palabra "conquista"; la "pacificación" no es sino otra palabra para designar lo mismo»; véase *La conquista de América. El problema del otro*, traducción de Flora Botton Burlá, Ciudad de México, Siglo XXI, 1998, pp. 187-188.

galeones],[9] determinan la estructura mundial del proceso de acumulación que alcanza su apogeo después de 1492. (Antes del descubrimiento de América, insiste J. M. Blaut, «los europeos no eran superiores en nada a los no-europeos»[10]). Sean cuales sean sus precedentes mercantiles y usureros, el origen de las finanzas da aquí un nuevo giro, *inconfesable*, que marca totalmente la diferencia. «Con la deuda pública surgió un sistema crediticio internacional, que a menudo encubría una de las fuentes de la acumulación originaria en un país determinado. […] No pocos capitales que ingresan actualmente a Estados Unidos sin partida de nacimiento, son sangre de niños recién ayer capitalizada en Inglaterra».[11]

E inversamente, de un modo más primitivo, en cuanto es la sangre africana la que cimienta los ladrillos de las manufacturas y de los bancos de Liverpool o de Manchester. Detrás de la extrema sofisticación matemática de las finanzas siempre está esa «laya de bancócratas, financieros, rentistas, corredores, *stock-jobbers* [bolsistas] y tiburones de la bolsa» descrita por Marx.

La guerra contra las mujeres

Sistematizando los trabajos italianos y norteamericanos desarrollados en el marco del International Feminist Collective desde los años setenta, Silvia Federici no duda en poner en relación el destino de las mujeres en Europa con el de los pueblos colonizados por Europa, en un libro cuyo título, inspirado en *La tempestad* shakesperiana y la recuperación anticolonialista del personaje de Calibán, hace las veces de manifiesto: *Calibán y la bruja.*[12] El nacimiento del capitalismo, explica Federici, no es solo sinónimo de una guerra contra los pobres: se acompaña de «una guerra contra las mujeres»[13] para someterlas a la división social del trabajo y al *enclosure* de todas las formas de relaciones humanas, ambos atravesados por un nuevo orden sexual que *acumula las divisiones en la producción y reproducción de la fuerza*

---

[9] Véase Carlo M. Cipolla, *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion, 1400-1700*, Londres, Collins, 1965.

[10] J. M. Blaut, *The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History*, Nueva York, Guilford, 1993, p. 51.

[11] Todas las citas han sido extraídas del capítulo XXIV del libro I de *El Capital.* Retomando la formulación de Maurice Dobb: «La esencia del proceso de acumulación es la apropiación de los otros, y no únicamente la adquisición de categorías particulares de riquezas por los capitalistas», en Maurice Dobb y Paul M. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problèmes de la transition*, t. 1, París, Maspero, 1977, p. 91.

[12] Silvia Federici, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria,* traducción y notas de Sebastián Touza y Verónica Hendel, Buenos Aires / Madrid, Tinta Limón / Traficantes de Sueños, 2010.

[13] Silvia Federici, *op. cit.*, p. 23.

de trabajo. El envilecimiento y la demonización de la mujer («casada con el diablo»), la destrucción de los saberes de los que era depositaria, la criminalización de la anticoncepción y de las prácticas «mágicas» de sanación privan a las mujeres del control sobre sus cuerpos, que se transforman en propiedad de los hombres garantizada por el Estado y, al mismo tiempo, participan en la incorporación de la población al trabajo.[14] De esta forma se definen las condiciones de la asignación de las mujeres al trabajo de reproducción biológica, económica y «afectiva» de la fuerza de trabajo.

«Trabajo no productivo», explican doctamente los economistas clásicos y una buena cantidad de marxistas, ya que se sitúa antes de la valorización del capital y, por consiguiente, trabajo no remunerable, del orden de un *recurso natural* y un *bien común*, aunque regulado según el marco de las (bio-)políticas natalistas y familiaristas ferozmente promovidas por el mercantilismo. Siguiendo a Maria Mies, Silvia Federici puede arriesgarse a hacer un paralelo entre el trabajo de reproducción no remunerado de las mujeres (que va de la mano de la apropiación de sus ganancias por los trabajadores varones) y el trabajo forzado de los esclavos. Y estudiar la manera según la cual «la guerra contra las mujeres», que aspiraba a disciplinarlas, se inscribe en el marco de un nuevo tipo de patriarcado, el patriarcado del salario.[15]

Con sus cientos de miles de ejecuciones, la «caza de brujas» es el episodio más sangriento de esta guerra contra la autonomía y la libertad relativas de las mujeres llevada a cabo desde finales de la Edad Media.[16] La «caza de brujas» no es la marca infame de un Dios medieval salido de la «historia de las mentalidades», sino el *sabbat del capital.*

Es en el funcionamiento más cotidiano de un «arte de gobernar», que no es «ni la soberanía ni el pastorado»,[17] que las campañas militares de «evangelización» permitirán la exportación de la caza de brujas hacia el Nuevo Mundo, mientras que la resistencia de los «indios» contribuirá a

---

[14] Michelet pone de relieve que las «brujas fueron, para las mujeres sobre todo, el solo y único médico»; véase *Historia de la brujería y el satanismo*, traducción de Estela Canto, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 2008.

[15] «Si es cierto que, bajo el nuevo régimen de trabajo asalariado, los trabajadores varones comenzaron a ser libres solo en un sentido formal, el grupo de trabajadores que, en la transición al capitalismo, más se acercaron a la condición de esclavos fueron las mujeres trabajadoras». La separación entre producción y reproducción vuelve posible entonces «el uso específicamente capitalista del salario [...] como medios para la acumulación de trabajo no remunerado». Silvia Federici*, op. cit.*, p. 175, p. 130.

[16] Sobre este último punto, además de Silvia Federici, véase Maria Mies, *Patriarcado y acumulación a escala mundial,* traducción de Paula Martín Ponz y Carlos Fernández Guervós, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018, en particular, pp. 151 y ss.

[17] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978),* traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 263 (clase del 8 de marzo de 1978).

terminar con el mito del Buen Salvaje[18] y a declarar a las mujeres —muy involucradas en las revueltas indígenas— esencialmente peligrosas para el orden colonial. (Pero es Calibán y no la «bruja» Sycorax, su madre —aunque Shakespeare no ocultó ni la extensión de sus poderes ni la influencia que tuvo sobre su hijo—, quien se transformará en el héroe de los revolucionarios latinoamericanos…). Inversamente, y a riesgo de trastornar las cronologías mejor establecidas, la estrategia política de exterminio de los salvajes habrá podido tener una influencia en la masacre de los protestantes y, al mismo tiempo, inspirar indefinidamente la caza de brujas (sodomitas y caníbales) en nuestra vieja Europa amenazada por la *turba damnotionis* de los pobres.[19] De una manera más general, Michel Foucault supo mostrar esta «especie de efecto de contragolpe sobre las estructuras jurídico-políticas de Occidente», en marcha desde fines del siglo XVI. Y explica:

> Nunca hay que olvidar que la colonización, con sus técnicas y sus armas políticas y jurídicas, trasladó sin duda modelos europeos a otros continentes, pero también tuvo muchos efectos de contragolpe sobre los mecanismos de poder de Occidente, sobre los aparatos, las instituciones y las técnicas de poder. Hubo toda una serie de modelos coloniales que se trasladaron a Occidente e hicieron que este también pudiera ejercer sobre sí mismo algo así como una colonización, un *colonialismo interno*.[20]

Prueba de que las vueltas, rodeos y contragolpes del *ciclo de reciprocidad histórica del nacionalismo, del racismo y del sexismo* son constituyentes, en todo sentido, de la potencia ecuménica de abarcamiento capitalístico del mundo en la guerra permanente que le sirve de vector y de tensor. El hecho de que esta ecúmene no pueda ser concebida sin las «tecnologías» de biopoder y una biopolítica contemporáneas a la emergencia del capitalismo, para el cual las colonias sirven de laboratorio, arroja una luz bastante descarnada sobre la realidad supuestamente «progresista» de la transición, que se enunciaría mejor como *ruptura continua*.

---

[18] Nos remite al capítulo «De los vehículos» en los *Ensayos* de Montaigne, sobre la agonía de ese «mundo niño» que era América.

[19] Véase Luciano Parinetto, *Streghe e Potere: Il Capitale e la Persecuzione dei Diversi*, Milán, Ronconi, 1998, p. 22: «Si los *indios* fueron tratados como las brujas *exteriores* al Viejo Mundo, las brujas del Viejo Mundo, por su parte, fueron eliminadas utilizando técnicas experimentadas en el Nuevo Mundo, de modo que todos los oponentes al poder constituido del Viejo Mundo acabaron siendo tratados como los *indios* de Europa». Jean Bodin, «precursor» de la economía política y también autor de una *Denonomia*, es un exponente mayor de esta concepción «unitaria», eminentemente *moderna*.

[20] Michel Foucault, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976),* traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 100, el subrayado es nuestro (clase del 4 de febrero de 1976).

Guerras de subjetividad y modelo mayoritario

En su curso en el Collège de France que lleva por título *Seguridad, territorio, población*, Foucault se propone ampliar el sentido de la guerra y la tipología de las guerras ocurridas durante el primer periodo de la acumulación originaria. Para hacerlo, nos invita a atender un aspecto —generalmente pasado por alto— de las «grandes luchas sociales» que marcaron la transición del feudalismo al capitalismo y del cual la «guerra de los campesinos» (1524-1526) es uno de los episodios más cruciales.

Foucault observa que la «transición» fue el escenario de un tipo específico de guerra que lo que ponía en juego eran los modos de subjetivación y la conducta de los comportamientos. El «pastorado» cristiano que ejercía un poder subjetivo de control sobre la conducta de los individuos («Hay que volverse sujeto para volverse individuo» —y *sujeto* en todos los sentidos de la palabra—) entra en crisis bajo «el asalto de las contraconductas», de esas «insurrecciones de conducta», que Foucault calificó de «revueltas pastorales», contra las nuevas condiciones económicas y de gobierno de los comportamientos. El pasaje del «gobierno de las almas» al «gobierno político de los hombres» no consiste en una simple transferencia de las funciones pastorales de la Iglesia al Estado. Lo que se produce, más bien, es simultáneamente una intensificación de las formas espirituales de control de las conductas de los individuos (tanto la Reforma como la Contrarreforma ejercen una «autoridad sobre la vida espiritual de los individuos mucho más grande que en el pasado»)[21] y una extensión de su eficacia temporal, reorientada por estos dispositivos de «gubernamentalización de la *res publica*»,[22] que ponen a la nueva ética teológica del trabajo y de la riqueza al servicio del disciplinamiento y de la implementación del trabajo forzado de las poblaciones.

El pecado capital ya no será la avaricia, sino la pereza, fruto del «debilitamiento de la disciplina» y del «relajamiento de las costumbres» que hay que *reducir* en el pasaje del desorden al orden. Lo que también explica, como subraya Foucault en *Historia de la locura,* que «la relación entre la práctica de internamiento y las exigencias del trabajo no está definida [...] por las exigencias de la economía»,[23] puesto que el imperativo de trabajo es con mayor razón *indisociablemente económico y moral* por cuanto se enfrenta a innumerables resistencias que obligan a conjugar ley civil y obligación moral.

---

[21] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, p. 266 (lección del 8 de marzo). Véase el comienzo del curso donde se plantea la cuestión de las «insurrecciones de conducta» que podemos encontrar incluso en la Revolución rusa.

[22] Ibídem, p. 276.

[23] Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica,* traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, p. 56.

La importancia y la radicalidad de las guerras de subjetividad en Europa y en el Nuevo Mundo se manifiestan en la destrucción que la acumulación originaria opera no solamente a nivel de las condiciones materiales de la vida, sino también en los territorios existenciales, los universos de valores, la cosmología y las mitologías que se encontraban en el fundamento de la «vida subjetiva» de los pueblos colonizados y de los pobres del mundo «civilizado». La desterritorialización despoja a los colonizados, a las mujeres y a los proletarios de su vida «a-orgánica», según la expresión de Deleuze y Guattari, que hay que redirigir hacia el análisis foucaultiano. En efecto, el biopoder solo puede investir a la vida como administración de las condiciones «biológicas» de la especie por parte del Estado (fecundidad, mortalidad, salud, etc.) porque la acumulación originaria fue previamente el agente de la destrucción de esta dimensión «subjetiva». Por lo tanto, las guerras de subjetividad no son un «suplemento» del Capital en su lado «subjetivo», estas constituyen la especificidad más «objetiva» de las guerras contra las mujeres, los locos, los pobres, los criminales, los jornaleros, los obreros, etc. No se contentan con «deshacer» al adversario (para negociar mejor un tratado de paz, según la concepción clásica de la guerra entre Estados), puesto que precisamente aspiran a una «conversión» de la subjetividad, a que los comportamientos y las conductas sean conformes a la lógica de la acumulación del capital y su reproducción.

En este sentido, la producción de subjetividad es, a la vez, la primera de las producciones capitalistas y un *objeto* fundamental de la guerra y de la guerra civil. El formateo de la subjetividad es su *apuesta estratégica*, que vamos a encontrar a lo largo de la historia del capitalismo. Para Felix Guattari, de quien tomamos prestado el término, las «guerras de subjetividades» son guerras políticas de «formación» y «pilotaje» de la subjetividad necesaria para la producción, el consumo y la reproducción del Capital. Tampoco son ajenas a las luchas encarnizadas que se producen dentro de los movimientos insurreccionales y de oposición que buscan definir las formas de organización y de subjetivación de la máquina de guerra revolucionaria (militancia, modalidades de acción, estrategia, táctica, etc.). En Michel Foucault, estas constituyen la trama de la resistencia y de la invención de una subjetivación «otra» que no solo encontramos en toda experiencia de ruptura revolucionaria,[24] sino también en el último desplazamiento sobre el cual reflexionó, porque el paso mismo hacia la ética de una «vida militante» por la *parresía* es una «guerra contra el otro».[25]

---

[24] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, p. 264: «Aun en los procesos revolucionarios que tenían muy otros objetivos y muy otras apuestas, la dimensión de la insurrección de conducta, la dimensión de la rebelión de conducta siempre estuvo presente».

[25] Michel Foucault, *El coraje de la verdad: el gobierno de sí y de los otros II*, *Curso en el Collège de France (1983-1984)*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Los procesos de desterritorialización violentos que están en el corazón de la acumulación originaria (entendida en el sentido más estricto del término, hasta en la caza de brujas)[26] y de la globalización que la acompaña son siempre, por lo tanto, indisociables de las guerras de subjetividad. La construcción del «modelo mayoritario» del Hombre, varón, blanco y adulto que transforma a las mujeres en minoría de género, y a los colonizados en minoría de raza, es un dispositivo estratégico que *necesariamente* tiene lugar, al mismo tiempo, en las colonias del Nuevo Mundo y en Europa, donde bien sabemos que las «diversidades ofrecen a Satán maravillosas comodidades».[27] De modo que la primera *construcción europea* se transforma en la de un *Little Big Man* surgido de ese espacio de terror que favorece todos los «intercambios» estratégicos en beneficio de la formación continua de un *proletariado mundial*.

Las relaciones de poder y las divisiones establecidas por el modelo mayoritario van a inscribirse profundamente en la organización de las relaciones de explotación tanto en la metrópolis como en sus periferias. Porque es *con* la acumulación originaria y *como* acumulación continua del capitalismo que el modelo mayoría (hombres) / minorías (mujeres) funciona dentro del asalariado europeo cruzándose con la explotación de clase.

La guerra contra las mujeres produce una diferenciación y una división sexual del trabajo que resulta estratégica para la historia de la acumulación del capital y las luchas que le harán oposición. En una sociedad en curso de monetización, las mujeres solo tienen acceso al dinero indirectamente, a través del salario del obrero varón frente al cual se encuentran en situación de dependencia e inferioridad. Dominado según una lógica de clase, el asalariado varón se vuelve dominador en la lógica del modelo mayoría/minoría. El salario y sus modalidades son sinónimos de una forma de dominación sobre la mujer y de promoción forzada de la familia nuclear «burguesa» en el mundo obrero, que repetirá su cantinela hasta en las corrientes más revolucionarias. El «antifeminismo proletario» (según la expresión de Thönnessen) y la defensa obrera de los derechos de la mujer, reducida a su condición de madre y ama de casa, van de la mano. Según constata Maria Mies: «La proletarización del hombre está basada

---

[26] Puesto que los juicios por brujería iban acompañados de la confiscación de los bienes de las «culpables» y que no se tardó mucho en reconocer allí una furiosa alquimia que transformaba la sangre de las mujeres en oro. Por lo tanto, efectivamente existe una economía política de la caza de brujas.

[27] Lo que se dice de los vascos, «del todo inaptos para la labranza, malos artesanos y poco versados en las tareas manuales y [cuyas] mujeres [están] poco ocupadas, en sus familias, como aquellas que no tienen casi nada que hacer». Véase Pierre de Lancre, *Tableau de l'inconstance des démons, magiciens et démons* (1612), ed. N. Jaques-Chaquin, París, Aubier, 1982, p. 72, p. 77.

en la domestificación de la mujer. […] Gracias a esta domestificación, el "pequeño hombre blanco" también adquiría su colonia, concretamente la familia y el ama de casa subyugada».[28]

A pesar de ciertas críticas feministas, la microfísica foucaultiana del poder resulta aquí un instrumento indispensable para dar cuenta del modo en el cual el poder también pasa a través de los dominados, de suerte que la «micropolítica» se transforma en el terreno privilegiado de las dinámicas de división, de diferenciación, de antagonismo. En efecto, es toda la «composición de clase» del proletariado la que está atravesada por líneas de fractura que originan verdaderas «guerras civiles» moleculares, irreductibles a todo tipo de conflictos ideológicos.

Ashis Nandy describió extraordinariamente la manera en que, en India, la construcción del modelo mayoritario por parte de los colonos británicos siempre pasa, en el fondo, por las mismas etapas desde el establecimiento de una nueva jerarquía «colonial de las identidades sexuales», según la cual «lo masculino es superior a lo femenino y, a su vez, lo femenino es superior a la feminidad en el hombre» a través de la desvalorización de la cosmología andrógina india.[29] La normalidad es identificada con el *homo europeaus* adulto, a la vez viril, competitivo, animado por un espíritu guerrero, que rechaza la impotencia de los afeminados, mientras que tanto el niño como el colonizado es remitido al mundo «primitivo», sinónimo de una situación de inferioridad que solo el «desarrollo» (el proceso de civilización) permitirá corregir.

El dispositivo de poder mayoría/minorías inerva la guerra de subjetividades de la colonización interna y de la colonización externa estableciendo jerarquías de raza, de sexo, pero también de civilización. Esta última es perfectamente «performada» por la aserción schmittiana según la cual a los indios «les faltaba la fuerza, basada en el saber, de la racionalidad cristiano-europea […]. La superioridad espiritual se encontraba plenamente en el lado europeo».[30] Lo que explica también que el descubrimiento del Nuevo Mundo haya podido pasar por un «auténtico acontecimiento epistemológico» que compensa el descentramiento cósmico de Galileo por un «recentramiento terrestre-imperialista de Europa».[31]

---

[28] Maria Mies, *op. cit.* p. 210.

[29] Ashis Nandy, *L'Ennemi intime* (1983), París, Fayard, 2007, p. 95 [ed cast.: *El enemigo íntimo. Pérdida y recuperación del yo bajo el colonialismo*, traducción de Mario López Areu, Madrid, Trotta, 2021].

[30] Carl Schmitt, *El nomos de la tierra*, traducción de Dora Schilling Thon, Buenos Aires, Editorial Struhart y Cia, 2003, p. 124.

[31] Matthieu Renault, *L'Amérique de John Locke. L'expansion coloniale de la philosophie européenne,* París, Éditions Amsterdam, 2014, pp. 23-24.

La «acumulación originaria» entonces tendrá que ser llamada *primera* (*initiale* en la traducción de J.-P. Lefebvre, u *original: ursprünglich*), puesto que allí ya se dibuja una división internacional del trabajo con las jerarquías que son de «clase» solo porque también son de género, de raza, de civilización. Es decir, una *acumulación de potencia y de poder* que prohíbe simplificar la economía-mundo emergente oponiendo la lucha de clases de la metrópolis a la lucha de razas de las colonias, tan pronto como el dispositivo mayoría/minorías es operacional, con modalidades diferentes, en ambos lados del Atlántico. Hay identidad de naturaleza y diferencias de regímenes con múltiples cruces.

Liberalismo y colonización: el caso Locke

Mucho se ha estudiado la biografía intelectual y el aparato doctrinal de John Locke para verificar si efectivamente fue el padre fundador del liberalismo político, que dio origen a toda la tradición norteamericana, y «el decano de la economía política moderna» (Marx). A pesar de una importante literatura anglosajona, ampliamente desconocida en Francia, su larga carrera colonial y sus incidencias sobre el conjunto de su filosofía, en la cual «América» está omnipresente, han despertado mucho menos interés. Con esta, el estudio del liberalismo de Locke —y del liberalismo *a secas*— se vería singularmente enriquecido y reinscrito en la historia (o la contrahistoria) que aquí volvemos a trazar a grandes rasgos.

En efecto, Locke fue secretario de los lores propietarios de Carolina (1668), donde poseía tierras que gozaban del beneficio del derecho constitucional que él mismo contribuyó a redactar y según el cual «todo hombre libre de Carolina ejerce un poder y una autoridad sin límites [*absolute Power and Authority*] sobre sus esclavos negros».[32] A partir de 1673, fue secretario y tesorero del Council of Trade and Foreing Plantations (1673), pero también accionista de diferentes Compañías, entre las cuales se encontraba la Royal African Company, que administraba la trata de negros y que obtuvo su monopolio en África Occidental.

Ahora bien, es sobre este negocio tan lucrativo que se funda el modelo «agrícola» inglés de colonización, fervientemente defendido por Locke. Que esto suponga una contradicción inmediata con las primeras líneas del primero de los dos *Tratados sobre el gobierno civil* («*Slavery is so vile and miserable*»[33]), que condenan la esclavitud y contribuyen a asentar su

---

[32] John Locke, *Constituciones fundamentales de Carolina,* art. CX. Locke añade «*absolute Power*» en la primera redacción del artículo.

[33] Véase John Locke, *Dos ensayos sobre el gobierno civil,* edición de Joaquín Abellán, traducción de Francisco Giménez Gracia, Madrid, Espasa Calpe, 1991. «La esclavitud

reputación de filósofo liberal, es una evidencia que no podremos resolver inventando distinciones sutiles entre «contradicción de práctica» y «contradicción de principio», o entre «racismo fuerte» y «racismo débil». Es la *realidad contradictoria* del universalismo del modelo liberal, más bien, la que aquí se configura filosóficamente, en lugar y en nombre de un *englishman*, que encierra en su constitución colonial/colonialista un racismo *de civilización*, en una época en la cual el concepto moderno de raza todavía no está biológicamente —es decir, «científicamente»— determinado y en la cual el régimen legal de la esclavitud, en las plantaciones, se negocia bajo la presión de un círculo de Royal Adventurers al que Locke pertenece de pleno derecho.

Esto también explica que el filósofo inglés pueda, *sin caer en contradicción*, según la perspectiva liberal que es *la suya*, estigmatizar la «esclavitud» *política* que la monarquía absoluta querría introducir *en Europa* sometiendo a todas las naciones a un estado de guerra permanente dominado por la arbitrariedad. La descripción que allí se esboza (el rey ha «degenerado en bestia salvaje») no deja de evocar la leyenda negra de la «técnica española» de colonización mediante expoliaciones sistemáticas (*by raping and plunder*), hábilmente mantenida en un contexto de rivalidades «mercantilistas» entre las grandes potencias europeas. Porque es de eso que es acusada la monarquía absoluta: *confundir a Europa con la peor de las colonias*, a riesgo de fomentar «sediciones eternas» y dar lugar a principios aptos para alentar «levantamientos populares», que amenazan el principio mismo de gobierno. En la advertencia a la traducción francesa de David Mazel, publicada en París en el año III de la República (1795), el proyecto político de Locke se enuncia con una formulación de un clasicismo totalmente soloniano: «Encontrar un punto medio entre estos extremos».[34]

«Porque ningún «hombre [...] *puede*, por contrato o acuerdo otorgado por propio consentimiento, ponerse bajo el absoluto poder arbitrario de otro»,[35] es al «pueblo» a quien le corresponde, mediante el «consentimiento», dar origen al *poder político* y a la *sociedad civil,* a «la sociedad política o civil», según el título del capítulo central del *Segundo tratado*

---

es un estado tan vil y miserable, y se opone tan radicalmente al talante generoso y al coraje de nuestra nación, que no es fácil entender cómo un *inglés* y, sobre todo, un *caballero* (*gentleman*), se atreve a defenderla». Tratado I, cap. I, secc. 1, p. 49.

[34] John Locke, *Avertissement au Traité du gouvernement civil*, ed. S. Goyard-Fabre, París, Garnier-Flammarion, 1992, p. 137. Las expresiones «sediciones eternas» y «levantamientos populares» son tomadas de esta *Advertencia*.

[35] John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil. Un ensayo concerniente al verdadero origen, alcance y finalidad del gobierno civil* (IV, «De la esclavitud», secc. 23). En adelante, damos la referencia del capítulo y la sección del *Segundo tratado* en el cuerpo del texto.

sobre el gobierno civil. Sus miembros ponen su «poder natural» en manos de la «comunidad» afirmándose como *commonwealth* mediante el poder de «preservar la propiedad» (VII, secc. 85) sin pasar por la guerra, que, para Locke, como buen europeo, es la única condición verdadera para la *esclavitud* en cuanto que no es «otra cosa que el estado de guerra continuado entre un legítimo vencedor y su cautivo» (IV, secc. 24). Si «de aquí resulta evidente que la *monarquía absoluta* [...] es, ciertamente, incompatible con la sociedad civil» (VII, secc. 90), porque es la *continuación de la guerra por otros medios dirigidos contra su pueblo*, no por ello la sociedad civil dejará de ser el asunto de un *pueblo de propietarios* para el cual el problema político —con el que se identifica el liberalismo por mediación de Locke— es aquel de un *retorno* (*de lo reprimido*) *de la esclavitud* de los «negros» de América sobre el suelo europeo e Inglaterra, cuya «prosperidad» es asegurada por los *medios de guerra* que son los de la *diferencia colonial*. En efecto, ¿cómo podrían las *razias* de esclavos y su mercantilización desprenderse del derecho a la «guerra justa» en el escenario europeo? ¿Pero esta diferencia colonial no es acaso totalmente relativa si se tiene en cuenta la condición de los *pobres* en el mismo teatro de operaciones?

Es a un pueblo de propietarios al que le corresponde *expresar* el capitalismo naciente y sus conceptos de trabajo, propiedad privada y moneda de los que carecen los colonizados hasta en el estado de naturaleza, cuyas leyes transgreden. Las tierras no son cultivadas, los espacios están vacíos (*vacuis locis*) porque el «indio salvaje, el cual no ha oído hablar de cotos de caza» (V, secc. 26), no los somete a la «industria humana» y al trabajo de *valorización* que supuestamente está en el fundamento *natural* de la «propiedad». Al ser nómadas que viven de la recolección y la caza, los indios no «trabajan» para *darle a toda cosa su valor propio* y se sustraen de la orden divina de hacer fructificar la tierra: «Dios ha dado [...] el mundo en común [...] para que el hombre trabajador y racional lo use; y es el *trabajo* lo que da *derecho* a la propiedad» (V, secc. 34). Es un primer incumplimiento del derecho natural, a la propiedad individual, a la *propiedad privada exclusiva* (*propietas*) de la tierra que el hombre *cerca* mediante su trabajo al separarla de lo que es común dentro de los límites («muy modestos») del uso que podrá hacer de ella. Y de inmediato, al menos modestamente, es una primera justificación para la apropiación colonial de estas tierras indivisas y *sin cultivar* (*waste*) de América, mediante la implementación de una política de *enclosure* que solo podía significar la *expropiación sin consentimiento* de sus habitantes sin derecho, aunque fuera natural (a Locke no se le ocurre que, en este acto de guerra y en esta razón que puede valerse de Grocio,[36] se encuentra el principio que explica esos *vacant places*, esas *vacant habitations* después de dos siglos de colonización europea...).

[36] En *De Jure Belli ac Pacis*, libro II, cap. 3-4.

La diferencia de civilización resulta tan absoluta («lo lejos que está de la virtud moral esta gente, lo ajenos que son a cualquier sentimiento humano»)[37] que el lugar de los salvajes que «viven de acuerdo con la naturaleza» está lejos de estar asegurado en un estado de naturaleza que se caracteriza por volver compatibles las «posesiones privadas» (V, secc. 35)[38] con «un estado de igualdad, en el que todo poder y jurisdicción son recíprocos». Es un estado históricamente tan improbable que «las promesas y compromisos de trueque», *que obligan* a los hombres a la verdad y el respeto de la palabra mutua, podrán hacer interactuar a un «*suizo* y un *indio* en las selvas de *América*» (II, secc. 4 y 14)… Así, el europeo en América vendrá a encarnar la ley natural, ¡que no es más que un puro *cálculo interesado* compartido por aquellos que lo hacen suyo! Volviendo al trabajo que le da a una tierra todo su valor, la demostración terminará revelando todo su anacronismo al hacerse responsable del presente: en América, «hasta un rey en esos vastos y fructíferos territorios se alimenta, se aloja y se viste peor que un jornalero de Inglaterra» (V, secc. 41). Esto se debe a la diferencia de renta producida por «un acre de tierra» cultivada aquí (cuyo beneficio, de 5 libras, es estimado por Locke con mucha precisión) y allá: si «el beneficio que un indio recibiese de él fuese valorado y vendido aquí; […] no valdría ni una milésima parte» (V, secc. 43). Entre aquí y allá, el indio no pasa porque no supo acceder a esa etapa última de estado de naturaleza que corresponde a la invención de la moneda: en su uso «por medio del consentimiento», la moneda transforma a la tierra en *capital* destinado a producir bienes para el comercio. Al anunciar el fin de la igualdad y de los *límites naturales* relacionados con la satisfacción de las necesidades, el dinero abre la vía a la apropiación ilimitada de las tierras *y del trabajo*, y a una primera forma de gobierno (o de gubernamentalidad) entre los individuos que se han vuelto desiguales debido a «las posesiones más vastas y el derecho que se establece sobre ellas» (V, secc. 36). Aquí alcanzamos la primera forma de desarrollo, a la vez monetaria y protojurídica (en ese orden), de un *Far West* que se descompone en *war on waste* [guerra contra el desperdicio].[39] Pero para Locke es un *bien* que debe ser buscado por la sociedad en tanto acrecienta su riqueza global, de la cual se beneficia hasta el más pobre de los jornaleros… Un *cuento de hadas*, debidamente retomado por Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, según una «*previous accumulation*» hecha pedazos por Marx (*la riqueza de la nación* asegura *la pobreza del pueblo*).

---

[37] John Locke, *Ensayos sobre la ley natural*, Madrid, Universidad Complutense, edición crítica a cargo de Isabel Ruiz-Gallardón García de la Rasilla, p. 104.

[38] «Así que es la misma condición de la vida humana, la cual requiere trabajo y bienes materiales en los que trabajar, la que da lugar a que haya posesiones privadas».

[39] Según la expresión de Mark Neocleous, en *War Power, Police Power*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2014, p. 60.

Es difícil contradecir a MacPherson en este punto, cuando afirma que la institución del gobierno civil que surgirá de este estado de naturaleza monetizada para salvaguardar «la propiedad de cada uno» equivale a convertir a la economía de mercado y sus divisiones de clases en un fundamento permanente de la sociedad civilizada.[40] Es como una marcha de la civilización *a un solo mundo*, por lo tanto, que Locke inscribirá al desarrollo del colonialismo en América dentro de la economía mundial del capitalismo naciente: «Porque yo pregunto: ¿qué valor daría un hombre a diez mil o a cien mil acres de *tierra* excelente, bien cultivada, poblada de ganados, en la parte interior de *América*, lugar en el que no tendría esperanza de establecer comercio con otras partes del mundo a fin de obtener *dinero* mediante la venta de sus productos? No merecería la pena que este hombre pusiera cercas a su terreno» (V, secc. 48).

La plena racionalidad capitalística que se despliega aquí en una geopolítica colonial del estado natural obedece a la lógica histórica de la acumulación mediante el «comercio» de la apropiación del mundo. Esta le permite al filósofo repetir, reconstruir y desplazar, en el escenario americano, la expropiación no consentida de los campesinos ingleses según un verdadero orden de razones, que nunca aparece como tal en los dos *Tratados,* salvo en su resultado supuestamente más *natural*: los hombres que ya no poseen tierras tendrán la capacidad de adquirir los medios *monetarios* para subsistir mediante su trabajo, dinero que *transfiriere al bolsillo de otro la ganancia con que se remunera el trabajo de una persona…*[41] Si para Locke, las políticas de *enclosure* son «la piedra de toque de la vía inglesa de la colonización de América»,[42] es el destino de los «pobres», a los cuales hay que poner a trabajar a cualquier precio, sometiéndolos al régimen de los *workhouses* y de las «escuelas industriales» para niños, forzándolos a enrolarse en la marina o deportándolos a las plantaciones,[43] el que evoca la esclavitud por su *deber de servidumbre* en un mundo que el comercio vuelve más «próspero» que nunca. Lo que prueba que «el incremento del número de pobres debe responder […] a alguna otra causa [distinta de la escasez] y esta no puede ser

---

[40] Este es todo el sentido de la demostración de C. B. MacPherson, *Teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, traducción de Juan Ramón Capella, Madrid, Trotta, 2005 [1962].

[41] Según la explicación de Locke en sus *Escritos Monetarios* citados por Marx en los Apéndices de *Teorías sobre la plusvalía I,* traducción de Wenceslao Roces, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 341.

[42] Matthieu Renault, *op. cit.*, p. 156.

[43] Esas son las recomendaciones de Locke en su Informe sobre la ley de los pobres —*On the Poor Law and Working Schools*, 1667— presentado ante el Misterio del Comercio y de las Colonias. Véase John Locke, «Ensayo sobre la ley de pobres», en *Ensayo sobre la tolerancia y otros escritos sobre ética y obediencia civil,* edición de Blanca Rodríguez López y Diego A. Fernández Peychaux, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.

otra que el relajamiento de la disciplina y la corrupción de las costumbres; el hecho de que la virtud y la laboriosidad, por un lado, sean tan frecuentes como el vicio y la holgazanería por el otro».[44]

De inmediato se miden también los límites de la función civilizadora del trabajo una vez introducido el dinero que funda el principio de racionalidad de la acumulación ilimitada al disociar la apropiación (de la tierra) y el trabajo (hombres sin tierras), *que uno puede apropiarse* siguiendo una ley natural y *de razón*. A partir de entonces, puesto que el pleno desarrollo de la racionalidad coincide con la plenitud de la *persona œconomica*, se trata más de un asunto de apropiación y expropiación que de un asunto de trabajo, y el «hombre industrioso» deja de ser «el hombre de razón» (*the rational).* Es ese pobre trabajador sometido a la autoridad del Estado que administra y disciplina su fuerza de trabajo manteniéndolo dentro del circuito de subsistencia más corto, «*from hand to mouth*», y el menos apto para «elevar sus pensamientos más allá de los problemas inmediatos de la vida», viviendo al día. A la clase trabajadora, limitada tanto en sus posibilidades de adquisición de conocimientos como de riquezas,[45] no podría conferírsele el derecho de revolución, ya que su ejercicio depende, en derecho, de una elección de razón, y constituye, de hecho, *la única prueba efectiva de la ciudadanía*[46] —en su diferencia con la sujeción a un poder arbitrario y absoluto contra la cual el «pueblo» tiene razón en sublevarse para mantener su propia salvaguardia y la seguridad de sus bienes, «la razón por la que los hombres entran en sociedad» (XIX, secc. 222)—. Encontramos «la libertad contra la esclavitud» por exclusión inclusiva del nuevo proletariado, cuya condición es considerada tan duramente por los economistas ingleses posteriores a 1660 que «carece de paralelismo moderno como no sea en el comportamiento de los colonos blancos menos respetables hacia la fuerza de trabajo negra».[47] Blanca o negra, la fuerza de trabajo, que constituye «la mercancía principal, la más fundamental y valiosa»,[48] definitivamente no es el pueblo «político», donde cada uno guía su entendimiento según la razón lo bastante como para darse, mediante el consentimiento mutuo, un «gobierno civil» y constituirse como «sociedad civil», de la cual el poder *legislativo* es el «alma que [le] da forma, vida y unidad» (XIX, secc. 212).

---

[44] Ibídem.

[45] Véase John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, traducción de Edmundo O'Gorman, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 714.

[46] Véase C. B. MacPherson, *op. cit*, p. 221.

[47] R. H. Tawney, *Religion and Rise of Capitalism*, Penguin, 1948, p. 267 (citado por C. B. MacPherson, *op. cit.*, p. 225).

[48] William Petyt, *Britannia Languens* (1680), p. 238 (citado por C. B. MacPherson, *Ibídem*).

Esta idea liberal de un contrato-consentimiento que funda lo legislativo en la legitimidad del pueblo incorporado en él es la que le impone a Locke una concepción *continuista* de la servidumbre y *diferencial* de la razón,[49] según la cual los seres incapaces de gobernarse por sí mismos, tanto en el interior (los niños, las mujeres, los «locos», los «idiotas» y los pobres: *labouring poor* e *idle poor*) como en el exterior (los salvajes), por una razón o por otra, deben ser gobernados sin que lo consientan.

Esta se funda en una (geo-)política del entendimiento que articula, en un sentido nuevo, colonización interior y colonización exterior en la «identidad de conciencia» de un nuevo *sujeto de gobierno de sí mismo y de los otros* que se instaura en esta historia del estado natural en la que cada hombre tiene «una propiedad que pertenece a su propia persona [*man has a property in his own person*]» (v, secc. 27). Desde Locke, quien forja en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* la expresión nominal *the Self*, la *sujeción* (*subjectio*), en el trabajo, se conjuga con la *propiación* y la apropiación de un «Sí mismo» en la construcción del *sujeto posesivo* tal que, en el cruce de lo psicológico, lo epistemológico, lo jurídico, lo político y lo económico, se confunde con la invención europea de la conciencia liberal.

«El imperio que tiene el hombre en este pequeño mundo de su propio entendimiento se asemeja mucho al que tiene respecto del gran mundo de las cosas visibles».[50] En cuanto crítica de la universalidad de las «ideas innatas» impresas en el alma por inseminación divina, el empirismo de Locke se dedica a definir las «operaciones» reales del espíritu (*Mind*) que afirman, mediante la «reflexión», la identidad entre el pensar y el conocer para una *conciencia* (*consciouness*) cuya identidad ante sí misma (*self-consciousness*) es la promesa de conquista del proceso de totalización del saber y la condición de realidad de la responsabilidad de la persona. El pensamiento ya no es una «substancia» metafísica (Descartes), se transforma en el objeto de un trabajo y de una *apropiación* (es *appropriated*) que me vuelve *responsable* (*accountable*) *en cuanto Persona* (moral y jurídica) «capaz de Ley» y «responsable de sus actos», por esta «*cons-sciencia* que tengo [*self-consciousness*]». Una *cons-science*, según el neologismo propuesto por Pierre Coste en su traducción realizada en estrecha colaboración con Locke para dar cuenta de lo que el filósofo, antes que nadie, llama «conciencia de sí»,[51] sin la cual el Hombre blanco, lanzado al «descubrimiento del

[49] Véase Matthieu Renault, *op. cit.*, p. 26.

[50] John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, *op. cit.*, p. 98 (ii, ii, 2): «The Dominion of Man; in this little World of his own Understanding, being much the same, at it is the great World of visible things».

[51] Véase la larga nota de Pierre Coste en *Essai philosophique concernant l'entendement humain*, París, Vrin, 1989, p. 264-265 (ii, xxvii, 9) y el análisis que Étienne Balibar propone en *Identité et différence. L'invention de la conscience*, París, Seuil, 1998.

mundo material»,[52] plantado en el cruce del empirismo y del Imperio, en la más estricta correlación entre poder económico, poder cognitivo y poder normativo, no podría conducir su entendimiento —y adentrar su navío— en el «gran océano de los conocimientos», como Inglaterra supo «hacer funcionar el comercio» junto con las otras naciones del mundo. Es todo este movimiento de «reflexión» el que está implicado en la *identificación occidental* de la identidad de lo mismo y de la identidad del sí mismo, de lo «propio» y de la «propiedad»; de modo que sobre esta *identidad personal,* que constituye «la mismidad de un ser racional [*personal identity*, por ejemplo, *the sameness of a rational Being*]», deberán fundarse «el derecho y la justicia de las recompensas y de los castigos, ya que la felicidad y la desgracia constituyen aquello por lo cual cada quien se preocupa por *sí mismo*».[53]

Desde luego, esta misma identidad personal debe estar construida sobre una *autodisciplina* concebida como un aprendizaje de la autoridad y del poder sobre sí mismo y sobre los demás, cuya clave reside en la educación («*suited to our English gentry*») y la sumisión a la matriz jerárquica de la familia patriarcal. El hecho de que *Pensamiento sobre la educación* (publicado por Locke en 1693) haya sido un best-seller durante todo el siglo XVIII proporciona una señal segura de ello, en plena resonancia con la ética puritana y contable del capitalismo[54] y con el sistema de *costumbres* que esta ética se esfuerza por promover.[55] Mucho más que una simple *instrucción*, es «una reglamentación completa del modo de vida, infinitamente pesada y seria y que penetra en todas las esferas de la vida familiar y pública».[56] Esta está en el corazón de esa *civilización* capitalista (retomando otro término de Max Weber) y de las guerras de subjetividades que ella promueve, en nombre de una universalidad propietaria que «instruye»

---

[52] Véase John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, *op. cit.*, pp. 559-560 (IV, III, 30), donde el filósofo desarrolla el paradigma «imperial» de la navegación y del descubrimiento de los Nuevos Mundos como principio de expansión del entendimiento.
[53] Ibídem, p. 318, p. 325.
[54] Véase John Locke, *Some Thoughts Concerning Education* (1693). Sobre la primera, además de la represión del deseo («*a man may be able to* deny himself *his desires*»), véase las precisiones maníacas del primer capítulo sobre la «Salud»; para la segunda, bastará con citar esta frase como conclusión «nothing is likelier to keep a man within compass than the having constantly before his eyes the state of his affairs in a regular course of accounts» (§ 211). Arriesguemos la traducción siguiente para no perder la *brújula* (*compass*): «Nada es más apto para ayudar a un hombre a no perder la *brújula* [*within compass*] que la costumbre de tener siempre a la vista el estado de sus negocios en sus cuentas exactas y bien llevadas».
[55] John Locke, *Pensamientos sobre la educación*, traducción de Rafael Lasaleta, Madrid, Akal, 2012, § 18, p. 53: «La principal cosa a que se debe atender en la educación de los niños es a los hábitos que se les haga contraer en un principio».
[56] Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, traducción de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza, 2001, p. 45.

a los *otros* de su exclusión inclusiva / inclusión exclusiva en el modelo mayoritario de las guerras del *Self*. Porque obviamente todos los hombres, aunque por razones diferentes, serán miembros de la «sociedad política o civil» cuando se trate de ser gobernados. El *Self-service* del liberalismo.

Foucault y la acumulación originaria

Distintos autores pertenecientes a la nebulosa de los estudios poscoloniales critican a Foucault por haber ignorado ampliamente la genealogía colonial del biopoder, con excepción de su curso de 1976 en el Collège de France, cuyo pasaje citado anteriormente podría hacer las veces de hápax.[57] Otras voces, esta vez en el campo de los estudios feministas, como Silvia Federici, le reprochan al filósofo francés su silencio sobre la «caza de brujas» y, de manera más general, el no haberse interesado por la cuestión de la «reproducción» y el disciplinamiento de las mujeres en la larga duración de las técnicas de poder y de los fenómenos de resistencia que él estudia. Unos y otras coinciden en resaltar la abstracción discursiva del análisis foucaultiano del poder, que funciona como un Primer Motor de la Historia.

Pero también comprendemos que, si se remonta la genealogía de las técnicas disciplinarias y del biopoder hasta el «lanzamiento» de la acumulación originaria, entonces la historia, el funcionamiento y las transformaciones sucesivas de estos dispositivos de poder no pueden ser separados de la guerra bajo todas sus formas, la que en gran medida los engendró. En las distintas modalidades que adoptarán a partir de finales del siglo XVII, estos dispositivos son la expresión privilegiada de la continuación de la guerra por otros medios y la pondrán de manifiesto en cuanto *analizador de las relaciones de poder*. Esta es la lógica que está funcionando en el curso de 1976, cuando el filósofo *no invierte* la fórmula de Clausewitz (como se dice demasiado a menudo),[58] sino que plantea, muy por el contrario, que es Clausewitz quien habría *invertido* «un principio muy anterior [...], una especie de tesis a la vez difusa y precisa que circulaba desde los siglos XVII y XVIII», según la cual la guerra debe ser entendida como «relación social permanente».[59] Lo que lo llevará a estudiar la aparición y la difusión de los discursos que, por primera vez, concibieron a la política como guerra continua.

---

[57] Michel Foucault, *Defender la sociedad, op. cit.*

[58] Nos mantenemos entonces en la primera formulación propuesta por Foucault en la primera clase del curso de 1976. Véase Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 53 (clase del 7 de enero de 1976).

[59] Ibídem, p. 54 (clase del 21 de enero de 1976).

Por lo tanto, no podemos afirmar que Foucault no se interese en la época correspondiente a la acumulación originaria. Sin embargo, es cierto que la analiza desde el punto de vista de la constitución «epocal» de los Estados en el capitalismo naciente (la «gubernamentalización del Estado») y según la perspectiva de las guerras de subjetividades que caracterizaron la transición del feudalismo al capitalismo. Aquí nos topamos con un escollo que limita considerablemente el trabajo irremplazable de Michel Foucault. Su punto de vista eurocentrado (incluso ampliamente «británico-centrado» en lo que respecta a la genealogía de la «guerra de las razas», puesta en relación —de manera bastante arriesgada— con los efectos de la conquista en Inglaterra en el curso de 1976) es problemático en sí mismo y reduce el alcance del análisis de la constitución de las relaciones de poder del capitalismo emergente que se crean transversalmente a ambos lados del Atlántico. Los tres aspectos que se desprenden de este análisis (acumulación del Estado, crisis del pastorado en el horizonte de una «gubernamentalidad» definida en términos de estrategias y tácticas, posibles contragolpes de la relación disciplinas/colonizados sobre los mecanismos de poder en Occidente), por lo tanto, deben ser retomados y extendidos más allá de los límites que los caracterizan, en tanto contribuyen fuertemente a problematizar la cuestión de la guerra como «cifra» o como número abstracto de la relación social del capital, imponiendo el análisis del poder político como *disciplinamiento de la guerra*.

Porque las guerras de conquista y depredación del Nuevo Mundo dirigen la *automanifestación ampliada* de otra institución indispensable para el nacimiento y el auge del capitalismo. En efecto, la acumulación originaria también, y quizás antes de nada, es acumulación de poder y riqueza por parte del Estado. Ahora bien, Michel Foucault probablemente es quien la describe del modo más pertinente, mientras que pasa por alto la *mundialización constituyente* del capitalismo, que debemos entonces reintroducir en el tejido de su análisis.

Al final de la guerra de los Treinta Años, a mediados del siglo XVII, explica Foucault, «se abre una nueva perspectiva histórica, la perspectiva de la gubernamentalidad indefinida de la permanencia de los Estados» que exige que «se acepten las violencias como la forma más pura de la razón y la razón de Estado».[60] Fruto de la institucionalización de las máquinas de guerra del periodo feudal, el sistema diplomático-militar constituye el «primer conjunto tecnológico» característico del nuevo arte de gobernar, cuyo objetivo es el poder y la riqueza de los Estados. Es el garante de un equilibrio de las fuerzas que aseguran el *empowerment* de los Estados. El segundo

---

[60] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, pp. 309-310 (clase del 15 de marzo de 1978).

«conjunto tecnológico», que tiene el mismo objetivo, está constituido por la «policía» y su gobierno de la sociedad y de la población.

Seguramente, aquí hay que volver al análisis esencial de Carl Schmitt en el que recuerda que una de las condiciones, y no de las menores, de la institución del *Ius publicum* europeo es el reparto entre el espacio continental, donde se establece una «balanza de fuerzas» dirigida a limitar las potencias de los Estados, y las «tierras libres» del nuevo mundo, donde los mismos Estados pueden entregarse a una competencia ilimitada.

Si en el continente, y en la perspectiva de un cierto equilibrio entre los Estados, la guerra *de facto* es una continuación de la política por otros medios (de modo que para Foucault la teoría de Clausewitz es una sistematización, dos siglos más tarde, de esa relación de fuerzas entre los Estados), en el resto del mundo, donde la guerra nunca ha dejado de ser conquista, saqueo, violencia ilimitada sobre los hombres, los bienes, las tierras, la fórmula de Clausewitz ya está invertida, y desde siempre, en la fórmula más brutal de la «guerra de razas» alimentada por la guerra extraeuropea de los Estados que construyen sus imperios coloniales.

El alcance y la significación del mercantilismo se ven igualmente truncados por la metodología foucaultiana restringida a Europa y que lo obliga a articular un poder interior ilimitado sobre la población (el Estado de policía) y un poder externo limitado por una razón de Estado que se autolimita en sus propios objetivos en vista de la «balanza europea» de las naciones.[61] No podría haber un mayor contraste con la obra clásica de Eric Williams sobre la relación entre esclavitud y capitalismo, que plantea la ecuación *mercantilismo=esclavitud* («la esencia del mercantilismo es la esclavitud»),[62] abriendo una perspectiva totalmente distinta, que va mucho más *lejos del equilibrio* europeo de la física diplomático-militar de los Estados, respecto de la «fase» que precedió y estimuló la revolución industrial. El hecho de que la potencia y la riqueza de los Estados provenga en gran parte de la explotación de las colonias y de la trata de negros («la principal contribución exterior al crecimiento económico de Europa»)[63] es una evidencia que encontraremos implícitamente hasta en John Stuart

---

[61] Véase Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, pp. 15-16 (clase del 10 de enero de 1979). Sobre esta «balanza de Europa», que fue objeto del tratado de Westfalia firmado en 1648, véase Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, pp. 327-345 (clase del 22 de marzo de 1978).

[62] Es la fórmula de Eric Williams (en *Capitalism and Slavery*, 1944) citado por Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, *siglos XV-XVIII*, t. 3, traducción de Néstor Minguez, Madrid, Alianza, 1984, p. 328.

[63] Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power. The Place of Sugar in Modern History,* Nueva York y Londres, Penguin, 1985, p. 55.

Mill —por lo tanto, en el corazón del relevo liberal del mercantilismo y de la esclavitud— cuando en sus *Principios de economía política* (1848) afirma que «el comercio con las Antillas británicas no atañe al comercio exterior, sino que se asemeja más a los intercambios [*traffic*] entre el campo y la ciudad».[64] Con la adaptación totalmente relativa del trabajo forzado en las colonias al «salariado libre» en la metrópolis,[65] que también implicó el disciplinamiento de los pobres mediante la esclavitud de los negros, el modo de producción capitalista de la nueva división internacional del trabajo confirma que, sea cual sea el lado por el que se aborde la cuestión del capitalismo, es imposible pasar por alto la dimensión geopolítica extraeuropea. Y esto, por la simple razón de que esta dimensión es *indisociable* del despegue de Europa y que le pertenece el haber puesto en marcha el ciclo de producción-consumo *de masas* al desarrollar empresas militares comerciales cuyo éxito se basaba, *in fine*, en la instalación de una economía de la disciplina, de la organización *seriatim* del trabajo, del tiempo y del espacio a gran escala, que iba a proyectar a las plantaciones de caña de azúcar al rango de laboratorio capitalístico para el régimen de la fábrica. Allí se verifica que, si el régimen colonial es ese «Dios extraño» que, según Marx, arrojó a todos los «viejos ídolos de Europa» por la borda, solo pudo hacerlo proclamando y abriendo por *la fuerza* la vía de la «producción del plusvalor (*Plus-macherei*) como el fin último y único de la humanidad».[66]

Genealogía colonial de las disciplinas de la biopolítica

Aunque no sea necesario compartirlas en su totalidad, las críticas formuladas por los autores poscoloniales pueden ser útiles para problematizar el enfoque foucaultiano y sus fallas. Si retomamos los dos polos de desarrollo del ejercicio del poder sobre los hombres desde la ruptura con los rituales feudales del poder soberano, el poder disciplinario centrado en el cuerpo como *máquina integrada* en «sistemas de control eficaces y económicos» y el biopoder «formado algo más tarde», es decir, de una *biopolítica de la población*,[67] estos datarían, respectivamente, del siglo XVII y mediados del siglo XVIII. A nuestro juicio, sin embargo, su apogeo diferenciado no constituye más que una etapa en la construcción de

---

[64] John Stuart Mill, *Principles of Political Economy* (1848), Nueva York, D. Appleton, 1876, pp. 685-686 (citado por Sidney W. Mintz, *op. cit.*, p. 42).

[65] Pero sin olvidar que «en la Nueva España, desde el siglo XVI, hace su aparición el trabajo "libre" de los asalariados» en el seno mismo de la sucesión y la superposición de las servidumbres características del Nuevo Mundo. Véase Fernand Braudel, *op. cit.*, p. 329.

[66] Marx, *El Capital*, libro I, sección VII, cap. XXIV, *op. cit.*, p. 943 y nota.

[67] Michel Foucault, *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*, traducción de Ulises Guiñazú, México, Siglo XXI, 1977, p. 168.

los dispositivos de poder del capitalismo que se vuelve más significativa si es pensada, a la vez, como ruptura y continuidad con los dos primeros siglos de «acumulación originaria».

Encontramos algunas huellas de esta relación de ruptura y continuidad en los cursos de 1973-1974, *El poder psiquiátrico*, donde Foucault amplía el espacio de constitución de los dispositivos de saber y de poder a la economía-mundo estableciendo un paralelo entre las metrópolis y las colonias. En dichas páginas, «la colonización interna» de los vagabundos, los nómadas, los delincuentes, las prostitutas es comparada con la «colonización externa» de los pueblos colonizados sobre los cuales se ejercen y experimentan los mismos dispositivos disciplinarios que en Europa. «Habría que examinar con cierto detalle cómo se aplicaron y perfeccionaron a la vez los esquemas disciplinarios en las poblaciones coloniales. Al parecer, ese disciplinamiento se hizo ante todo de una manera bastante discreta, marginal y, curiosamente, en contrapunto con la esclavitud».[68]

La economía-mundo conecta sus dispositivos de poder con saberes y con un nuevo concepto de «verdad» apropiado para las funciones de control y gobierno de las poblaciones, según un «procedimiento de control constante» («es una captura del cuerpo, y no del producto; es una captura del tiempo en su totalidad y no del servicio»), cuyo modelo es proporcionado por el sistema disciplinario militar.[69] Es el modelo que se extenderá en toda la superficie terrestre. Su extensión planetaria se confunde con un «doble movimiento de colonización», que se refuerza mutuamente: «Colonización en profundidad que parasitó hasta los gestos, el cuerpo, el pensamiento de los individuos, y colonización a la escala de los territorios y de las superficies».[70] Aquí nos encontramos —un *aquí* que nos transporta hacia esos microcosmos disciplinarios cuasi panópticos de producción y vigilancia que son los establecimientos jesuitas del Paraguay[71]— en el

[68] Michel Foucault, *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 90 (clase del 28 de noviembre de 1973).

[69] Ibídem, p. 66. Esta será una de las tesis fundamentales de *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, Ciudad de México, Siglo XXI, 1976, en particular, pp. 139-198. En una entrevista con la revista *Hérodote* (1976), Foucault le dará crédito a Marx: «Por ejemplo, todo lo que Marx escribió sobre el ejército y su papel en el desarrollo del poder político. Son cosas muy importantes que prácticamente se dejaron en la cantera, en beneficio de los incesantes comentarios sobre la plusvalía», «Espacio y poder: respuestas sobre la geografía», *Microfísica del poder,* Buenos Aires, Siglo XXI, traducción de Horacio Pons, 2019, p. 208.

[70] Ibídem, p. 290.

[71] Foucault ya los había mencionado en una conferencia pronunciada en el Cercle d'études architecturales de París (1967). Véase Michel Foucault, «Los espacios otros», traducción de Pablo Blitstein y Tadeo Lim, *Fotocopioteca*, núm. 43, 2014, p. 10.

corazón de la «investigación generalizada de toda la superficie de la tierra», que produce un saber sobre el comportamiento de la gente, la manera en la que viven, piensan, hacen el amor. «Esto significa que, en todo momento y en cualquier lugar del mundo, y con referencia a todas las cosas, se puede y se debe plantear la cuestión de la verdad. Hay verdad por doquier y la verdad nos espera en todas partes».[72] Según las modalidades que Locke nos ha permitido descubrir, esta *producción universal de verdad* requiere las formas de pensamiento y las «tecnologías» que permiten acceder a ella *produciendo el sujeto de su enunciación y de su recepción*. En efecto, se necesita «un sujeto universal de esa verdad universal, pero se tratará de un sujeto abstracto, pues, en concreto, el sujeto universal capaz de aprehenderla será escaso: se requerirá un *sujeto* calificado por una serie de procedimientos que serán precisamente los de la pedagogía y la selección».[73] Será un sujeto educado por el saber de la acumulación del capital, un sujeto equipado para el poder sobre la acumulación de los hombres y su *colonización sistemática*. En definitiva, es una gran lástima que la experimentación «disciplinaria» llevada a cabo por los jesuitas con las comunidades guaraníes del Paraguay no haya encontrado una continuidad en la obra de Foucault, ya que así la apertura a la bio-geopolítica mundial del capitalismo se ha vuelto a cerrar rápidamente.

Concebir la articulación de los conceptos de biopoder y de poder disciplinario según una genealogía que incluiría la acumulación originaria como su origen permitiría comprender de qué manera estos continúan la guerra por otros medios, en especial en lo que respecta a la «guerra contra las mujeres». La definición del biopoder como dispositivo de producción y de control de los procesos de «natalidad, fecundidad, mortalidad, longevidad» y como gestión de la «reproducción» de la población por parte del Estado[74] ganaría mucho al ser pensada como la continuación de las políticas de expropiación y apropiación de los «cuerpos» de las mujeres, que compromete su poder sobre la «reproducción» de la fuerza de trabajo y toda una *biopolítica del cuerpo.*[75] Allí se verificaría que el poder de «regularización» de una biopolítica caracterizada por hacerse cargo de la vida de las poblaciones depende de «todo un conjunto que prolifera bajo los

Disponible en línea: http://www.lugaradudas.org/archivo/publicaciones/fotocopioteca/43_espacios_otros.pdf

[72] Michel Foucault, *El poder psiquiátrico*, *op. cit.*, p. 290 (clase del 23 de enero de 1974).

[73] Ibídem, p. 290.

[74] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 220.

[75] En sus intervenciones políticas, Foucault no evita inscribir esta función «reproductora de la fuerza de trabajo» en una «política del cuerpo» que tiene como efecto inmediato *politizar* la sexualidad. Véase «Sexualité et politique» [1974], *Dits et Écrits,* París, Gallimard, 2001, t. I, núm.138, p. 1405.

mecanismos de seguridad para hacerlos funcionar».[76] Lo que también le daría un alcance totalmente distinto al análisis del liberalismo económico, relacionado *por completo* con las técnicas disciplinarias, en la medida en que el disciplinamiento de la vida emergería como la *matriz biopolítica* del control económico-político de la producción. En cualquier caso, nos parece necesario inclinar la fórmula de Bentham-Foucault en este sentido: «El panóptico es la fórmula misma de un gobierno liberal».[77]

El racismo y la guerra de razas

Pero la pregunta más espinosa concierne a la genealogía foucaultiana del «racismo de Estado». En su última clase de *Defender la sociedad*, Michel Foucault nos incita a comprender el biopoder como «relación biológica» y «no militar, guerrera o política». Esta afirmación merecería ser problematizada a la luz de los procesos de reducción de las mujeres y de los colonizados a una existencia biológica que no pudo ser realizada ni continuada más que por la guerra de razas y la guerra contra las mujeres: en efecto, si la acumulación originaria muestra la estricta implicación entre biopoder y guerra, y la imposibilidad de distinguirlos, entonces son los dispositivos «foucaultianos» los que constituyen la continuación de las guerras de la acumulación originaria por otros medios. Mientras que reconoce que el racismo se desarrolló «*en primer lugar*, con la colonización, es decir, con el genocidio colonizador»,[78] Foucault sigue fuertemente centrado en Europa. Su problematización de la guerra como cifra de las relaciones sociales y su genealogía del racismo de Estado se encuentran allí considerablemente debilitadas. Para Foucault, «fue el surgimiento del biopoder lo que inscribió el racismo en los mecanismos del Estado», que aquí de manera sintomática hace *remontar* hasta el siglo XIX.[79]

Si el biopoder es un «hacerse cargo de la vida», un poder que la «organizaba, protegía, garantizaba, cultivaba biológicamente»;[80] si, a diferencia del poder soberano («hacer morir y dejar vivir»), se ejerce a través de un nuevo derecho («hacer vivir y dejar morir»), ¿cómo asegurar la función específica de la guerra que es el derecho a dar la muerte? ¡Por medio del racismo, responde Foucault! «El racismo permitirá establecer, entre mi vida y la muerte del otro, una relación que no es militar y guerrera de enfrentamiento sino

---

[76] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, p. 23.
[77] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 89 (clase del 24 de enero de 1979).
[78] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, pp. 231-232.
[79] Ibídem, p. 230.
[80] Ibídem, p. 235.

de tipo biológico», que permite a la vez una «extrapolación biológica del tema del enemigo político» y la inscripción de «la función de muerte en la economía del biopoder» que, de este modo, practica un «corte» en el *continuum* biológico y recupera «el viejo poder soberano de muerte».[81] En esas páginas, la escalada del racismo de finales del siglo XIX parece no tener ninguna conexión con la evolución de la economía-mundo y con el imperialismo, que conduce la conquista colonial a su apogeo y se precipita hacia la Primera Guerra Mundial. Aquí, el marco eurocentrado del análisis sigue limitando la explicación (que retrocede *hacia la muerte propia al poder de soberanía*, conduciendo a Foucault hacia un curioso efecto de quiasmo),[82] puesto que las primeras manifestaciones de las políticas del «racismo de Estado» no conciernen a Europa, sino a las colonias y a la esclavitud.

Ciertamente, el origen de la esclavitud no debe ser buscado en las políticas de la «raza». En primer lugar, es un problema económico que se debe, por una parte, a la política de exterminio y, por otra, a la «debilidad» de los indios y de los blancos «con contrato de servidumbre», incapaces de encargarse del trabajo forzado en las minas y en las plantaciones del Nuevo Mundo. «La esclavitud no nació del racismo. El racismo, más bien, fue la consecuencia de la esclavitud».[83] Sin embargo el mantenimiento y la estabilización de las políticas esclavistas requieren la instauración de políticas raciales. Muy temprano, en las colonias españolas, durante la década de 1540, «la "raza" fue instaurada como un factor clave en la transmisión de la propiedad y se puso en funcionamiento una jerarquía racial para separar a indígenas, *mestizos* y *mulatos* y la propia población blanca».[84] El Estado francés, por su parte, dará un marco «jurídico» a las guerras de razas con el Código Negro (1685) y el Código del Indigenado (1881).

Por lo tanto, el racismo de Estado no nace a finales del siglo XIX en Europa como consecuencia del despliegue del biopoder en una «sociedad de normalización» y por la adaptación de los temas científicos del evolucionismo. El racismo es constitutivo del montaje de las funciones estatales que proyectaron un *biopoder disciplinario* sobre la economía-mundo. Y si bien es cierto que el racismo de Estado de finales del siglo XIX es sin duda diferente, la novedad reside en la importación y la transformación de las políticas raciales que no pueden ser disociadas de las técnicas de «gobierno»

---

[81] Ibídem, pp. 233-234.

[82] Leemos en efecto: «Si el poder de normalización quiere ejercer el viejo derecho soberano de matar, es preciso que pase por el racismo. Y a la inversa, si un poder de soberanía, vale decir, un poder que tiene derecho de vida y muerte, quiere funcionar con los instrumentos, los mecanismos y la tecnología de la normalización, también es preciso que pase por el racismo». Ibídem, p. 232.

[83] Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud,* Madrid, Traficantes de Sueños, 2014, p. 19.

[84] Silvia Federici, *op. cit.*, p. 166.

de las poblaciones colonizadas desde hace siglos. Durante todo el siglo XIX, y especialmente en Francia, se importaron técnicas de guerra civil desde las colonias para aniquilar las insurrecciones obreras. Y en lo que concierne a las guerras del siglo XX, siguiendo a Paul Virilio, la guerra total «en Europa ya estaba más cerca de la empresa colonial que de la guerra tradicional».[85]

El nazismo, punto culminante y *solución final* del racismo de Estado, en el que Foucault percibe la coincidencia absoluta de un Estado disciplinario total, un biopoder generalizado y la difusión del «viejo poder soberano de matar» en todo el cuerpo social, no solo es el resultado suicida de las *biodinámicas* europeas lanzadas en la guerra como «fase última y decisiva de todos los procesos políticos».[86] Desde un lugar totalmente distinto, el poeta Aimé Césaire lo comprende como el fruto *agrio* de la colonización que obró para «descivilizar al colonizador» produciendo el «asalvajamiento», «lento pero seguro» de Europa. Lo que no se le perdona a Hitler «no es el crimen en sí, el crimen contra el hombre, no es la humillación del hombre en sí, sino el crimen contra el hombre blanco, es la humillación del hombre blanco, y el haber aplicado en Europa procedimientos colonialistas que hasta ahora solo concernían a los árabes de Argelia, a los *coolies* de India y a los negros de África».[87]

La guerra de/en la economía-mundo

Por lo tanto, no sorprende que los autores asociados a las investigaciones sobre la economía-mundo completen y enriquezcan el análisis de las transformaciones de la guerra y las maneras de conducirla, relacionándolo directamente con el capitalismo naciente y las colonias. En efecto, la «acumulación originaria» proporciona el crisol de todas las funciones que la guerra desarrollará posteriormente: instalación de los dispositivos disciplinarios de poder, racionalización y aceleración de la producción, terreno de experimentación y puesta a punto de nuevas tecnologías, gestión biopolítica de la fuerza productiva misma. Pero, sobre todo, la guerra juega un papel prominente en la «gubernamentalidad» de la multiplicidad de los modos de producción, de las formaciones sociales y de los dispositivos de poder que coexisten en el capitalismo a escala mundial. La guerra no se limita a ser la continuación de la política (exterior) de los Estados en el plano estratégico. Contribuye a producir y mantener unidos los diferenciales que

---

[85] Paul Virilio, *La inseguridad del territorio,* traducción de Thierry Jean-Eric Iplicjian y Jorge Manuel Casas, Buenos Aires, La Marca, 1999, p. 99.
[86] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 234.
[87] Aimé Césaire, *Discurso sobre el colonialismo (1950),* traducción de Mara Viveros Vigoya, Madrid, Akal, 2006, p. 15.

definen las divisiones del trabajo, de los sexos y de las razas, sin los cuales el capitalismo no podría alimentarse de las desigualdades que desencadena.

Fernand Braudel pone de relieve que la guerra «renovada por la técnica y creadora de modernidad» contribuye a la instalación acelerada del capitalismo: «Desde el siglo XVI, ha habido una guerra de vanguardia que ha movilizado furiosamente los créditos, las inteligencias y la ingeniosidad de los técnicos hasta el punto de modificarse, se decía, de un año al otro».[88] Refiriéndose al mismo periodo, Immanuel Wallerstein plantea que la guerra es a la vez una reserva de empleo para los pobres y una fuerza productiva de primera importancia que estimula el crédito. «El incremento del gasto militar con frecuencia estimuló la producción en otros ámbitos, de modo que el volumen de los excedentes producidos aumentaba en tiempos de guerra». La logística militar no solo recurría al comercio y a la producción: «El sistema creaba crédito. Porque no solo los príncipes tomaban préstamos de los banqueros; también lo hacían los empresarios militares».[89]

Al recordar que «la guerra de Brasil no puede ser una guerra de Flandes», Braudel nos entrega otra importante indicación en cuanto al hecho de que la acumulación originaria impone cambios profundos en la manera de conducir la guerra llevándola hacia la *guerrilla*, cuya emergencia Carl Schmitt sitúa mucho después, según un calendario europeo que lo lleva a privilegiar las formas de resistencia suscitadas por las guerras napoleónicas, especialmente en España.

La guerra, «hija y madre del progreso» que acompaña al Estado nación como su propia sombra y que contribuye al auge de la «civilización» del capitalismo, solo existe en el escenario central de la economía-mundo. En la periferia, en las colonias, se practica una *guerra de los pobres* contra los *bárbaros*, la única guerra adaptada a sus «medios». Para desconcierto de los militares profesionales enviados a las «Américas», en África, Brasil o Canadá es imposible llevar a cabo la guerra según las reglas europeas habituales (las «leyes de la guerra»). La *guerra do mato* (la guerra de los matorrales) o la *guerra volante*, conducida por las tropas reclutadas *in situ* (los *soldados da terra*) en el Nordeste brasileño, por tanto, es menos una innovación táctica que una forma de revolución estratégica en el arte «occidental» de la guerra, que las guerras coloniales y el racismo de Estado que las acompañan no dejarán de reproducir y de ampliar.

---

[88] Fernand Braudel, *op. cit*, p. 38.

[89] Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI,* traducción de Antonio Resines, segunda edición aumentada, Ciudad de México, Siglo XXI, 2011, p. 198.

La acumulación originaria en discusión

La acumulación originaria constituye la verdadera «matriz» del capitalismo, pero solo si se realizan profundas modificaciones en el marco trazado por Marx en *El Capital*. En el análisis marxiano de la transición, se pueden señalar dos «límites» que afectarán al conjunto del análisis del capitalismo.

En primer lugar, encontramos la reducción a la sola relación capital/trabajo de la multiplicidad de las guerras de sexos, razas, subjetividades, civilizaciones, etc., que estructuran la división social del trabajo. Por nuestra parte, hemos querido mostrar que la acumulación originaria, desde el principio, es una creación/destrucción continua portadora del funcionamiento *real* del mercado mundial, ya que produce y reproduce los diferenciales entre una multiplicidad de modos de producción y de explotación del trabajo, formaciones sociales, dispositivos de poder y de dominación irreductibles únicamente al «modo de producción».

Y luego, encontramos esa concepción progresista, evolutiva, lineal del tiempo y de la historia que tiende a «enmarcar» todo análisis de la acumulación originaria y que en buena parte prohíbe el desarrollo *político* de los análisis históricos puestos de relieve por Marx.[90] Lo que Marx llama «acumulación originaria» no tuvo lugar de una vez por todas. Si seguimos a Deleuze y Guattari, esta se repite en cada nuevo montaje de un aparato de captura relacionado con todas las figuras posibles del capitalismo. Con el capitalismo financiero, la contemporaneidad de la «acumulación originaria», de la conquista y de la expropiación, que actúan *so pretexto* del «comercio» con los procesos productivos más modernos, se impone por sí sola.

Esta definición de la acumulación originaria como proceso esencialmente relacionado con el desarrollo del capitalismo (y no con su prehistoria) no es nueva. Se impone a comienzos del siglo XX con la nueva ola de colonización llevada a cabo bajo el impulso del capital financiero, que da a entender que, para el capitalismo, el imperialismo no es una opción entre otras.

---

[90] En los últimos años de su vida, Marx se dedicó a una importante puesta a punto de su teoría de la acumulación originaria. La primera ocasión de hacerlo se le presenta gracias a un artículo del sociólogo «populista» ruso N. Mikhailovski, quien criticaba su (¿supuesta?) filosofía universalmente fatalista del desarrollo del capitalismo. En su respuesta de 1877, Marx recuerda que en primer lugar se concentró en realizar un análisis histórico de la génesis del capitalismo en *Europa occidental* y que solo le corresponde a Mikhailovski el haberlo transformado en una «teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurran». Karl Marx y Friedrich Engels, *Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rural rusa*, traducción de Félix Blanco, revisión y notas de José Aricó, Ciudad de México, Ediciones Pasado y Presente, 1980, p. 64.

Probablemente, Rosa Luxemburgo fue la primera en concebir la acumulación originaria como un fenómeno menos «histórico» que *contemporáneo* del capitalismo, que continúa en el siglo XX bajo su forma imperialista. Si la acumulación no deja de producirse y de reproducirse, sin embargo, solo concierne al «afuera» del capitalismo industrial y se ejerce en la periferia, presa de la violencia de la anexión de nuevos territorios (las «apropiaciones de tierras»: *landnahme*),[91] mientras que el centro está «pacificado».

De este modo, la acumulación del capital reúne un carácter dual: «De un lado, tiene lugar en los sitios de producción del plusvalor: en la fábrica, en la mina, en el mundo agrícola y en el mercado de mercancías. Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados [...]. Paz y propiedad reinan aquí como forma». Esta primera parte de la acumulación se desarrolla en el «Norte», mientras que la segunda, su parte inconfesable, concierne a las relaciones del capital con el «Sur» y sus modos de producción no capitalista. «Aquí reinan, como métodos, la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra. Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión, la rapiña. Por eso cuesta trabajo descubrir las leyes severas del proceso económico en esta confusión de actos políticos de violencia, y en esta lucha de fuerzas».[92]

Si los dos aspectos de la acumulación están «orgánicamente entrelazados», remiten a un «adentro» y a un «afuera» del Capital propiamente

En 1881, instado por carta, por Vera Zasúlich a tomar parte sobre «la cuestión agraria» y la «comunidad rural» en Rusia, Marx aprovecha la ocasión para precisar su punto de vista sobre la transición al socialismo. Rusia no está destinada a seguir «las horcas caudinas» de la secuencia europea: formación social precapitalista, acumulación originaria, capitalismo, socialismo. Gracias a la propiedad común de la tierra, la «comunidad rural» rusa «puede deshacerse gradualmente de sus caracteres primitivos y desarrollarse directamente como elemento de la producción colectiva a escala nacional. Precisamente merced a que es contemporánea de la producción capitalista, puede apropiarse todas las realizaciones positivas de esta, sin pasar por todas sus terribles peripecias». La cuestión de la transición no es un problema teórico: «Para salvar la comunidad rusa hace falta una revolución rusa». En virtud de su retraso mismo, la comunidad rural, en el marco de la revolución «se erigirá pronto en elemento regenerador de la sociedad rusa y en elemento de superioridad sobre los países sojuzgados por el régimen capitalista». «Proyecto de respuesta a la carta de V. I. Zasúlich» (1881), disponible en www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/81-a-zasu.htm#fn1. Estos pasajes han sido extraídos de los borradores de la carta de respuesta que Marx envió a V. Zasúlich.

91 Ya que Rosa Luxemburgo es la primera en hacer uso de este término, antes de que Carl Schmitt lo retomara.

92 Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital* (1912), Ciudad de México, Grijalbo, 1967, p. 351.

dicho, en una época en la cual el área no capitalista «representa [geográficamente] hoy en día todavía la mayor parte del globo», y las economías no capitalistas persisten en gran parte de Europa misma.

La mundialización contemporánea borró este «afuera» espacial por conquistar, que para Rosa Luxemburgo era la condición de supervivencia del capitalismo. La violencia, el engaño, la opresión, la guerra se ejercen igualmente *contra* los asalariados del Norte «rico», que hasta entonces se habían beneficiado, de una manera u otra, del saqueo del «tercer mundo». El capitalismo financiero contemporáneo volvió a poner en el orden del día la crítica de la acumulación originaria iniciada por Rosa Luxemburgo. La más famosa, aquella de David Harvey, querría —mediante su concepto de «acumulación por desposesión»— desmarcarse de la reducción de la acumulación originaria a una «etapa original» que debe ser superada (Marx) o de su proyección en la realidad «externa» al centro del capitalismo (Rosa Luxemburgo). Harvey se mantiene en el marco del análisis marxista, puesto que acepta la función «progresista» del capital, que se identifica con el capital industrial y la acumulación originaria que le abre el camino. Por el contrario, la «acumulación por desposesión» operada por el capital financiero y fundada en la expropiación de los «poseedores de recursos» es denunciada, puesto que arremete contra el desarrollo industrial.

«Aunque la violencia de clase fuera ingrata», la acumulación originaria, *a pesar de todo,* implica «liberar energías creativas, abrir la sociedad a fuertes corrientes de cambio tecnológico y organizativo y superar la superstición y la ignorancia para sustituirlas por una actividad científica capaz de liberar a la gente de la penuria y de las necesidades materiales».[93] Aquí pensaremos en un famoso pasaje del *Manifiesto comunista*, que los «aceleracionistas» volvieron a poner de moda. Sobre todo, porque estos «aspectos positivos» de la acumulación originaria todavía se verificarían en el mundo contemporáneo, allí donde todavía sigue actuando directamente. Así, en los años ochenta, la industrialización de un país como Indonesia habría abierto «oportunidades» para la población que la desindustrialización, provocada por la crisis financiera de 1997-1998, destruyó en gran medida. ¿Qué «fue más perjudicial» para las esperanzas a largo plazo y las aspiraciones de ese país: la acumulación originaria que abre una vía a la industrialización o la desindustrialización financiera?, se pregunta Harvey. Si bien reconoce su correlación, no obstante, la acumulación originaria que abre una vía para «cambios más positivos» es una cosa, mientras que la «acumulación por desposesión que interrumpe y destruye una vía ya abierta es otra muy distinta».[94] En realidad,

---

[93] David Harvey, *El nuevo imperialismo*, traducción de Juan Mari Madariaga, Madrid, Akal, 2003, p. 128.
[94] Ibídem, p. 129.

lo que Harvey llama «desindustrialización» es una reconfiguración completa de la división internacional del trabajo, cuya cabeza estratégica fue el capital financiero y no su «parásito». El llamado «capital ficticio» lleva a buen puerto la instalación de un nuevo régimen de acumulación, donde la desposesión de los «poseedores de recursos» y la explotación del salariado, la guerra, la violencia, el saqueo y la economía real coexisten a un nivel sin precedentes.

La verdadera máquina de guerra del capital es la financiarización, de la cual el capital «industrial» no es más que un componente, completamente reestructurado y subordinado a las exigencias del capital «ficticio». El capitalismo contemporáneo invierte la formulación de Marx según la cual la renta es una parte del beneficio, puesto que este último, más bien, es el que deriva de la renta. Es por esta razón que el análisis marxista del capitalismo contemporáneo desarrollado por Harvey conduce a propuestas políticas particularmente endebles. Al conservar la distinción más clásica entre capital industrial y capital financiero, Harvey está obligado a inventar una dialéctica política para reunir lo que en primer lugar separó: «las luchas en el campo de la reproducción ampliada»,[95] es decir, las luchas clásicas del movimiento obrero y las luchas contra la acumulación por desposesión llevadas adelante por los movimientos «altermundistas». El hecho de esquivar la cuestión política impuesta por la hegemonía del capital financiero, a saber, la imposibilidad de distinguir acumulación por explotación y «acumulación por desposesión», equivale a ignorar la guerra de/en la economía.

Sin ser marxista y por lo tanto reticente al progresismo del capital, Hannah Arendt enuncia, a modo de balance del imperialismo (de las guerras coloniales del siglo XIX a las guerras totales de la primera mitad del siglo XX), aquello que reveló la hegemonía del capital financiero:

> El punto decisivo de las décadas de 1860 y 1870, que iniciaron la era del imperialismo, fue que forzaron a la burguesía a comprender por vez primera que el pecado original de simple latrocinio, que hacía siglos que había hecho posible la «acumulación original de capital» (Marx) y que había iniciado toda acumulación ulterior, tenía que ser eventualmente repetido, so pena de que el motor de la acumulación se desintegrara súbitamente. Frente a este peligro, que no solo amenazaba a la burguesía, sino a toda la nación, con una catastrófica ruptura de la producción, los productores capitalistas comprendieron que las formas y las leyes de su sistema de producción «habían sido calculadas desde el comienzo para toda la Tierra» (Rosa Luxemburgo).[96]

---

[95] Ibídem, p. 136.

[96] Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998, traducción de Guillermo Solana, p. 135.

III
LA APROPIACIÓN DE LA MÁQUINA DE GUERRA

Contrariamente a lo que afirman los liberales, la soberanía del Estado fue una condición indispensable para la formación del capitalismo. Y esto, por dos razones al menos. En primer lugar, porque el capital, para asentar su poder sobre la economía-mundo, durante largo tiempo necesitó —hasta los años setenta, posiblemente— los territorios del Estado nación. Pero la segunda razón es todavía más decisiva: porque a nadie más que al Estado le corresponde ordenar la expropiación y la reorganización de las máquinas de guerra de la época feudal, iniciando así lo que junto a Foucault hay que llamar «estatización de la guerra». El Estado centraliza, controla y profesionaliza las prácticas y las instituciones de la guerra interestatal, prohíbe los enfrentamientos de la «guerra privada»,[1] hasta llegar a poseer el monopolio de la guerra exterior entre los Estados y a asegurar dentro de sus fronteras el control de la guerra civil. Los análisis de Deleuze-Guattari y de Foucault convergen en este punto preciso: la apropiación, la institucionalización, la profesionalización de la máquina de guerra son obra del Estado.

El Estado de la guerra

¿Por qué la constitución del Capital tuvo que pasar por la forma Estado?, se pregunta Deleuze. Su desarrollo habría podido pasar por las ciudades, cuando todo o casi, como repiten incansablemente los liberales, parece oponer Capital y Estado. Fernand Braudel pone de relieve que, al comienzo, las ciudades estuvieron entre los factores más decisivos del desarrollo del capitalismo: las ciudades bancarias, las ciudades comerciales, las ciudades Estado. A diferencia de Asia, donde las ciudades estaban subordinadas al Estado, en Europa, las ciudades y los Estados se oponen y entran en una lucha, latente o sangrienta, ganada por los aparatos de Estado al apropiarse de sus adversarios «citadinos».

[1] «Pero poco a poco, el cuerpo social se limpió en su totalidad de esas relaciones belicosas que lo atravesaban íntegramente durante el periodo medieval». Véase Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 53.

Para dar cuenta de la naturaleza de esta lucha, Braudel nos hace pensar en una carrera entre dos corredores: la liebre representa a la ciudad y la tortuga al Estado. Por lo tanto, ambas progresan a velocidades diferentes. Porque la ciudad tiene un poder de desterritorialización superior al del Estado. Pensemos aquí en la estructura con forma de red del negocio de las letras de cambio que se superpone a la economía de las ciudades, con esos bancos privados que sostienen al gran comercio, constituyen el nervio de las bolsas y de las ferias, regulan la circulación de los metales preciosos a través de Europa… ¿Cómo explicar entonces que la forma Estado haya prevalecido sobre la forma ciudad? ¿Por qué triunfó la desterritorialización menos «dinámica», precisamente cuando la potencia de proyección capitalística del capitalismo comercial, manufacturero también, es tan fuerte y cuando las ciudades están en el fundamento mismo del Renacimiento europeo?

Siguiendo a Deleuze, quien leyó mucho a los historiadores, el factor determinante se debe al hecho de que «la forma ciudad no es un buen instrumento de apropiación de la máquina de guerra [...]. Tiene necesidad esencialmente de guerras rápidas sobre la base de mercenarios. La ciudad no puede invertir demasiado en la guerra».[2] Ahora bien, entre los siglos XV y XVIII la guerra pasa por una *revolución militar* que simultáneamente es tecnológica, táctica, estratégica y conceptual. Tendrá lugar tanto en tierra como en mar, movilizando concentraciones de hombres y materiales nunca antes vistos. Los progresos cualitativos y cuantitativos de la artillería (mosquetes, cañones de bronce fundido o de hierro forjado…), relacionados con la importancia creciente del poder de fuego en el campo de batalla (ráfagas tiradas por mosqueteros, cañones móviles de campaña, artillería de sitio), van a imponer la primacía de la infantería sobre la caballería, terminando con el reinado de la caballería medieval. La arquitectura de las fortalezas también se transformará, imponiendo la construcción de fortificaciones (geométricas) mucho más grandes (más espesas, más bajas, más extendidas), defendidas por «bastiones en ángulo» armados con un gran número de piezas de artillería (la «fortaleza de artillería») y que acarrean a su vez la construcción de toda una serie de baluartes, acompañada de sólidas y largas líneas de defensa para proteger a los atacantes y garantizar su abastecimiento… A ello se debe el principio de una *guerra de asedio* que *instala* esta militarización del territorio que contradice la parcelación del espacio (creación de ejércitos permanentes, construcción de guarniciones para alojarlos y vigilarlos, organización de toda la logística necesaria para alimentar el crecimiento de los efectivos, desarrollo de las vías de comunicación), al extender indefinidamente el tiempo de la guerra, según una estrategia de usura donde la «paciente acumulación de pequeñas victorias»

---

[2] Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista,* traducción de Sebastián Puente y Pablo Ires, Buenos Aires, Cactus, 2017, p. 133.

busca «un lento desgaste de la base económica del enemigo».[3] Según constata Roger Boyle, autor de un *Treatise on the Art of War* [Tratado sobre el arte de la guerra], publicado en Londres en 1677: «Las batallas no deciden los conflictos naturales [...]. Porque hacemos la guerra más como zorros que como leones; y habrá veinte asedios por cada batalla». Una constatación que se relaciona con el comentario de uno de los grandes de España, el marqués de Aytona, en 1630: «La forma de hacer guerra en estos tiempos está reducida a un género de tratado y mercancía, el que se halla con más dinero es el que vence».[4]

Pero si la victoriosa tortuga toma los rasgos del *zorro plateado*, que podrá soportar la prueba de fuerza financiera de la potencia militar[5] e imponérsela a su pueblo (con las «crisis de subsistencia» que conlleva), también es necesario que sus *huellas* —puesto que en dichos términos se describe la red de senderos frecuentados regularmente por un animal— se salgan del continente europeo y de su impás estratégico para extenderse hacia el mar —y el ultramar—. «En el estado actual de Europa —escribía el duque de Choiseul, primer ministro de Francia en el decenio de 1760— son las colonias, el comercio y, en consecuencia, el poder naval lo que determina el equilibrio de fuerzas en el continente».[6] Pero la revolución militar, además, permite el control de los mares (*sea power*) gracias a la aparición de los grandes navíos de guerra, pesadamente armados con cañones (cargados por la boca y no por la culata como antes,[7] e instalados sobre afustes) desplegados en batería y en varios niveles, a lo largo de todo el buque: son verdaderas «fortalezas flotantes», cuyo tamaño luego podrá ser reducido para acrecentar su movilidad.

El apogeo económico-estratégico-político de la construcción naval requiere la instalación de bases navales fuertemente fortificadas y de ejércitos, tanto en el continente como en ultramar, sin los cuales la protección de las rutas marítimas hacia las colonias de América y Asia no podría asegurarse, y desde donde podrá iniciarse la *guerra de corso*,[8] es decir, el dispositivo más acerado del *fleet in being*. Si el mar es «el espacio liso por

---

[3] Geoffrey Parker, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800,* traducción de Alberto Piris, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 69-70.

[4] Citados por Geoffrey Parker, *op. cit*, p. 36 y p. 92, respectivamente.

[5] La Inglaterra de Cromwell, la Francia de Luis XIV, el Imperio de los Habsburgo, la Rusia de Pedro el Grande le dedican a la guerra más del 75 % de los ingresos del Estado, que se completan con préstamos a interés solicitados en los mercados financieros extranjeros.

[6] Citado por Geoffrey Parker, *op. cit.*, p. 118.

[7] Lo que permite aumentar el peso de los proyectiles y acelerar la cadencia de las descargas que tenían como objetivo reventar las «murallas» de los navíos enemigos.

[8] Se trata de las expediciones corsarias llevadas a cabo a partir de lo que los ingleses llaman *centres of privateering*.

excelencia»,[9] portador de una potencia de desterritorialización ocupada desde la Antigüedad por las ciudades comerciantes, vemos también que únicamente los Estados podían llevar a buen puerto su estriado militar y comercial, erigiéndolos al nivel de una primera globalización imperialista que pasaba por la permanencia de las flotas oceánicas. Sus costes eran tan exorbitantes que solo podía poner frente a frente a los Estados atlánticos de Europa, manteniendo su rivalidad feroz, hasta que la nación más marítima, para la cual «*there was no short cut to supreme naval power*»,[10] conquistara la salida decisiva que iba a permitir continuar la revolución militar como revolución industrial.

Esta guerra económica de las «infraestructuras» y de los «servicios», estas inversiones bélicas impuestas por una carrera por las armas, tanto ofensivas como defensivas, son las que impondrán, para financiarlas y administrarlas, nada menos que la figura absolutista del Estado moderno. En efecto, la instalación militar del Estado exige un ejército «profesional» (con una formación en *unidades*, un entrenamiento *masivo*, una nueva jerarquía militar que privilegia la eficacia en el combate) y una administración permanente; una legislación codificada en torno a la propiedad privada, cuyo carácter jurídicamente incondicional queda establecido, al tiempo que es «administrado» y, por último, un mercado unificado mediante la integración territorial que vuelve posible un dispositivo de recaudación de los impuestos nacionales, siguiendo el modelo de la *talla real* destinada a financiar las primeras unidades militares regulares de Europa (será el primer impuesto recaudado en Francia). Si lo que Marx llama «el plan reglamentado de un poder estatal cuya labor está dividida y centralizada como en una fábrica»[11] se constituye en la época de la monarquía absoluta, distribuyendo en todo el territorio los atributos de un Estado policial, de un Estado militar, de un Estado fiscal, de un Estado administrativo, de un Estado manufacturero-emprendedor de grandes obras y de un Estado colonial, esto se debe a que el Estado mercantilista, inmerso en un «sistema internacional de Estados» (según la fórmula de Pórshnev), antes de nada, es el resultado de la revolución militar que sella la nueva indistinción entre la economía y la política al triunfar sobre la ciudad que ella *enfeuda a un nivel nacional*. O para decirlo de otro modo, relacionado esta vez con el asunto del feudalismo y la posición marxista «clásica» (en realidad, más engelsiana que propiamente marxiana), todavía prisionera de la tesis del «absolutismo

[9] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 488.

[10] «No había atajos hacia el poder naval supremo». Michael Duffy, «The Foundations of British Naval Power», en M. Duffy (dir.), *The Military Revolution and the State, 1500-1800*, Exeter, University of Exeter Press, 1980, p. 81.

[11] Karl Marx, *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* (diciembre de 1851-marzo de 1852), disponible en línea: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm

feudal» (que encontramos incluso en Althusser) debido a la supuesta «racionalidad arcaica», esencialmente feudal, de la función *absolutista* de la guerra:[12] el Estado somete y «nacionaliza» las ciudades *militarizando la guerra*, que desterritorializa y reterritorializa a un nivel sin precedentes la unidad orgánica de lo económico y lo político propia del feudalismo, de la que las ciudades se habían «escapado».

De ahí que el Estado-tortuga, transformado en zorro y en zorro de agua, pueda *adelantar* a la ciudad-liebre que debía su existencia a la «destotalización única de la soberanía en el marco del poder político-económico del feudalismo».[13] Aquí encontramos la lógica de poder y de potencia del mercantilismo, perfectamente resumida por Giovanni Arrighi: «Organizar la guerra [*war-making*] y construir el Estado [*state-making*] se estaban convirtiendo en un negocio cada vez más difuso [*roundabout business*] que implicaba un número, una gama y una variedad de actividades aparentemente no relacionadas que crecían sin cesar».[14]

Son los Estados, por lo tanto, quienes se apropiarán de la máquina de guerra al transformar la guerra en una guerra por el material y al organizar el «reclutamiento nacional», es decir, el disciplinamiento generalizado de los «hombres», a partir de un servicio militar personal que ya no equivale a obligaciones colectivas, situadas únicamente bajo la autoridad de los cuerpos intermediarios (provincias, ciudades, gremios), sino individuales. Mediante esta nueva economía del poder, que pasa por el desarrollo de la institución militar, junto a la correspondiente división del territorio en zonas, la tortuga termina alcanzando y venciendo a la liebre.

Desde el punto de vista capitalista, las inversiones en la industria bélica resultarán de una importancia primordial: no solo porque rápidamente se afianzan como una de las fuentes más importantes para la innovación tecnológica y científica, tras haber impuesto durante todo el siglo XVII la «uniformización» de la producción de armas, sino también porque son indispensables para la «realización de la plusvalía». De hecho, la máquina de guerra es una máquina de antiproducción sin la cual el capitalismo se desplomaría, tanto desde el punto de vista político como económico. Desde este punto de vista doble, el capitalismo es consustancialmente una

---

[12] Según Perry Anderson, la morfología militar del Estado representaría «el recuerdo ampliado de las funciones medievales de la guerra [cuya] estructura siempre era, potencialmente, la de un conflicto de suma cero en el campo de batalla, por el que se perdían o ganaban cantidades fijas de tierras». *El Estado absolutista*, traducción de Santos Juliá, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 26-28.

[13] Ibídem, p. 16. «Las ciudades», subraya Perry Anderson, «nunca fueron exógenas al feudalismo de Occidente».

[14] Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, traducción de Carlos Prieto del Campo, Madrid, Akal, 1999, p. 68.

economía de guerra porque necesita toda la analítica de la guerra y su maquinaria de piezas múltiples para cerrar el «ciclo de la plusvalía», desde la zona de producción sometida al disciplinamiento militar de la actividad hasta las recaudaciones fiscales del Estado, que alimentan a las empresas coloniales y permiten el ordenamiento territorial.

Foucault, sin profundizar en ello, alude a una diferencia de naturaleza entre el «militar» y el «guerrero» que coincide con la distinción entre la máquina de guerra y la institución estatal militar de Deleuze y Guattari, y aporta una precisión importante: entre los siglos XVII y XVIII, la guerra no es el único objetivo de la máquina de guerra, sino también la «paz», es decir, la producción de riquezas, la organización de las ciudades, de los territorios, etc. En los grandes Estados europeos expuestos a sediciones permanentes, el ejército garantiza la paz civil por medio de la amenaza siempre presente del uso de la fuerza, «pero también porque es una técnica y un saber que pueden proyectar su esquema sobre el cuerpo social». Las vacilaciones, las dudas, los vuelcos de Foucault en cuanto al hecho de que la guerra pueda constituir la «cifra» de las relaciones de poder son muy instructivos, porque lo obligan a multiplicar las versiones del vuelco. «Es posible que la guerra como estrategia sea la continuación de la política. Pero no hay que olvidar que la "política" ha sido concebida como la continuación, si no exacta y directamente de la guerra, al menos del modelo militar como medio fundamental para prevenir la alteración civil. La política como técnica de la paz y del orden interno ha tratado de utilizar el dispositivo del ejército perfecto, de la masa disciplinada [...]».[15] El ejército y la institución militar se instalan «en el punto de unión entre la guerra y el estruendo de la batalla, y el orden y el silencio obediente de la paz».[16] La institución militar constituye entonces una doble técnica de poder: garantiza y mantiene el equilibrio entre los Estados europeos (la guerra como continuación de la política que pasa por los enfrentamientos de las fuerzas económicas y demográficas de las naciones), mientras que asegura la disciplina y el orden dentro de cada Estado (la política como continuación de la guerra por otros medios).

Si, en la Europa de la época clásica, las primeras técnicas disciplinarias se instalan en el marco de la profesionalización del ejército, el «sistema disciplinario del ejército» organiza la «confiscación general del cuerpo», es decir una ocupación «del cuerpo, del tiempo, de la vida» mediante ejercicios que equivalen a «un adiestramiento del cuerpo, de la habilidad, la marcha, la resistencia, los movimientos elementales».[17] Tras haber sido objeto de una aritmética tabular en los tratados de estrategia,[18] estos van

---

[15] Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, *op. cit*. pp. 172-173.
[16] Ibídem, p. 173.
[17] Michel Foucault, *El poder psiquiátrico*, *op. cit*. pp. 67-68.
[18] Véase David Eltis, *The Military Revolution in Sixteenth-century Europe*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 1995, pp. 61-63.

a dar lugar a «una geometría de segmentos divisibles cuya unidad de base sería el soldado móvil con su fusil; y por debajo del propio soldado, los gestos mínimos, los tiempos de acción elementales, los fragmentos de espacio ocupados o recorridos».[19] Por lo tanto, efectivamente se trata —insiste Foucault— de inventar una *maquinaria* que será aprovechada para «constituir una fuerza productiva cuyo efecto deba ser superior a la suma de las fuerzas elementales que la componen».[20]

Las técnicas disciplinarias no pueden ser concebidas sin el ejército, sin la disciplina sostenida por la institución militar y el conocimiento de sus «administrados», que abre la vía a los modos de funcionamiento de un poder de administración económica en las formas mismas de la arquitectura del poder militar. «Mientras que los juristas y los filósofos buscaban en el pacto un modelo primitivo para la construcción o la reconstrucción del cuerpo social, los militares, y con ellos los técnicos de la disciplina, elaboraban los procedimientos para la coerción individual y colectiva de los cuerpos».[21]

El arte de la guerra en Adam Smith

Fue Adam Smith, y no Marx, el primero en tematizar la relación entre «riqueza», «poder» y centralización del uso de la fuerza armada por parte del Estado. Un Estado *fuerte*. Vaya uno a entender después que el hombre de la Ilustración escocesa pueda ser considerado como el gran teórico del *dulce comercio* y del «pacifismo fundamental» propio de la tradición liberal que le atribuye hasta Schumpeter… Aquí nos bastará acompañar la marcha militar con la que el autor hace su demostración, a paso firme, en *La riqueza de las naciones*.

La ley del Soberano, condición de una nación «civilizada y opulenta», ante todo debe llevar a cabo la centralización del poder y del ejército. El control definitivo, por el Estado, de la guerra permanente que hace estragos en la sociedad, del disciplinamiento de las *milicias*[22] y de la institucionalización

---

[19] Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, *op. cit.*, pp. 167-168. La generalización del uso del fusil se remonta a finales del siglo XVII.

[20] Ibídem, p. 168. Es aquí donde Foucault atribuye a Marx el haber percibido la analogía entre la organización de la fábrica y la táctica militar.

[21] Ibídem, p. 174.

[22] Este asunto de las «milicias» está en el centro del debate entre Adam Smith y Adam Ferguson, quien había publicado dos opúsculos (sin firma) en su favor. Contra la disolución de la unión republicana de las artes de la política y de la guerra por y en un ejército al servicio exclusivo del Soberano, Ferguson hacía valer la importancia de las virtudes marciales de la gran tradición escocesa de los *Highlanders* en el momento en que ya había sido militar y socialmente vencida, en beneficio de la afirmación de esta

de las máquinas de guerra heredadas del feudalismo en un «ejército permanente bien reglamentado [*a well-regulated standing army*]» es el eje de este proceso de centralización. La exactitud histórica de la reconstitución es menos importante que la distribución que permite establecer entre la «división del trabajo» (presente en la manufactura y el comercio *como en el arte de la guerra*) y el poder. La conclusión de este proceso es decisiva para la acumulación de riquezas: las guerras modernas crean una sinergia entre «poder y riqueza», entre el ámbito militar y la *industry*, que establece una asimetría de poder entre las naciones ricas y las naciones pobres, condición y causa de la acumulación de las «grandes propiedades» en las primeras, a costa de las segundas (colonialismo, imperialismo).

«En aquellos tiempos lejanos» caracterizados por un «estado de guerra permanente»,[23] el «derecho feudal» estableció una primera «subordinación normal, acompañada de una larga lista de servicios y deberes, desde el rey hasta el más humilde de los propietarios». Pero la autoridad continuó siendo «demasiado débil en la cabeza y demasiado fuerte en las extremidades», de manera que estas últimas «siguieron guerreando a discreción, de forma casi permanente unos contra otros, y a menudo contra el rey, y el campo abierto siguió siendo escenario de violencia, rapiña y desorden».

El comercio y la industria fueron los que «establecieron gradualmente el orden y el buen gobierno, y con ellos la libertad y la seguridad [*security*] de los individuos»[24] allí donde las leyes feudales habían fracasado. Sin embargo, no hay que pensar —como los liberales— que este proceso está dirigido por la mano invisible del mercado. Solo puede ser llevado a cabo por el Estado, ya que su deber de defender la libertad y la seguridad «solo puede ser cumplido mediante una fuerza militar» *soberana*. Antaño, «todo hombre también era un guerrero o estaba dispuesto a convertirse en uno»,[25] mientras que en una «fase más adelantada de la sociedad [...] el progreso de la industria y el perfeccionamiento del arte de la guerra»[26] vuelven necesaria la especialización de un ejército bajo el mando del Estado.

La «división del trabajo» es la que todavía sigue en práctica, aunque de manera diferente en el caso de la manufactura y en el de la guerra. Un «artesano, un herrero o un tejedor» no son buenos soldados, porque al

---

«*Nation of Manufacturers*» de la cual Smith restituye la economía política del poder que la estructura. Véase Adam Ferguson, *Reflections previous to the Establishment of a Militia* (1756) y el análisis de John Robertson, *The Scottish Enlightenment and the Militia Issue*, Edimburgo, John Donald, 1985.

[23] Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, traducción de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Alianza, 1994, p. 521 (libro III, cap. IV).

[24] Ibídem, p. 520.

[25] Ibídem, p. 665.

[26] Ibídem, p. 665.

estar completamente sumidos en el trabajo no pueden asignar «la mayor parte de su tiempo a ejercicios militares». Ahora bien, «es indudable que el arte de la guerra es el más noble de todos, también sucede que en la evolución del desarrollo económico se transforma necesariamente en uno de los más complicados de todos [...]. La situación de las artes mecánicas y otras con que está vinculado» exige que el arte de la guerra «se convierta en la ocupación única o principal de una clase particular de ciudadanos, y la división del trabajo es tan necesaria para el progreso de este oficio como para el de cualquier otro». Conclusión: la división del trabajo en el arte de la guerra, «convertir al oficio de soldado en un oficio particular y diferente de todos los demás es algo que solo puede provenir de la sabiduría del Estado», mientras que «en otros campos la división del trabajo es naturalmente introducida por la prudencia de los individuos». En una nación digna de ese nombre, la instauración de un «ejército permanente bien reglamentado» es indispensable para imponer «con una fuerza irresistible la ley del soberano hasta en las provincias más remotas del imperio, y mantiene un cierto grado de gobierno regular en países que en otro caso no admitirían ninguno».[27]

La ley militar y la ley del gobierno civil deben impedir las guerras civiles internas y continuar las guerras imperialistas en el exterior, exigidas por la acumulación de riquezas, de potencia y de poder. Por supuesto, Adam Smith no se expresa de este modo, pero desarrolla esta lógica de una manera apenas más velada (u «homeopática», según el término que usa Marx para calificarlo).

El código civil y el código militar mantienen una «especie de gobierno regular», no para proteger la «libertad y la seguridad» en general, sino la propiedad y a los propietarios, tanto dentro como fuera del Estado soberano. «Cuando hay grandes propiedades hay grandes desigualdades. Por cada hombre muy rico debe haber al menos quinientos pobres, y la opulencia de unos pocos supone la indigencia de muchos». Lo que inevitablemente aviva la *envidia* de los pobres y su inagotable voluntad de apropiarse de los bienes de los ricos que no podrán ser preservados más que por el gobierno civil y la fuerza militar que lo sirve. «El dueño de una propiedad valiosa no puede dormir seguro ni una sola noche si no se halla bajo la protección de un magistrado civil. Todo el tiempo se ve rodeado por enemigos desconocidos», de cuya injusticia él será «protegido mediante el brazo poderoso del magistrado civil, siempre en alto para castigarlos [...]. Cuando no hay propiedad, o al menos ninguna cuyo valor supere el de dos o tres días de trabajo, el gobierno civil no es tan necesario».[28]

[27] Ibídem, p. 671.
[28] Ibídem, p. 675.

No podría decirse mejor: la causa de la guerra civil no es la «naturaleza» (hobbesiana) del hombre, sino la propiedad y la división social del trabajo que no son ni *fair* ni *equal*. O también: es la «serenidad» y la «felicidad» de los afortunados la que hay que proteger contra «la miseria e infortunio» de los pobres.[29] La educación pública de los *working poor* preconizada por Adam Smith no tendrá otro objetivo más que *hacer entrar en razón a la multitud* desconectándola de sus «*most extravagant and groundless pretentions*».[30]

La acumulación de grandes riquezas no se hace únicamente explotando el trabajo del otro en las manufacturas, sino también mediante la expropiación, el saqueo y la depredación de las naciones más pobres y más «bárbaras». Esta capitalización indisociablemente colonial e imperialista no es menos económica que política y militar. No por nada Adam Smith moviliza al Estado y a su ejército al servicio de la «riqueza de las naciones». La mecanización y la industrialización de la guerra (con el uso, a gran escala, de las «máquinas de guerra» de última generación) son un componente esencial de la acumulación «colonial», puesto que van a crear los diferenciales de potencia entre naciones ricas y naciones pobres que se traducen en diferenciales de riqueza.

En la guerra moderna, el alto coste de las armas de fuego confiere una evidente ventaja a la nación que esté en mejores condiciones de sufragar ese coste, y en consecuencia a una nación rica y civilizada frente a una pobre y bárbara. En la Antigüedad las naciones opulentas y civilizadas se veían en dificultades para defenderse contra las miserables y bárbaras. En los tiempos modernos son estas últimas las que tienen dificultades para defenderse contra las ricas y civilizadas. La invención de las armas de fuego, algo que a primera vista parece tan pernicioso, es claramente favorable tanto a la permanencia como a la extensión de la civilización.[31]

Aquí el razonamiento es el mismo que el utilizado respecto de la división del trabajo: a pesar de las desigualdades que crea, supuestamente debe producir una opulencia general que terminará difundiéndose hasta en los «miembros más inferiores de la sociedad». El colonialismo es la verdad histórica del conjunto de este proceso que, recordémoslo, es el de la acumulación originaria continuada en el «capitalismo industrial» en gestación militar. La «civilización de los pueblos» no es más que la acumulación del Capital. Con la ayuda de la asimetría militar, nunca dejó de ejercerse mediante la utilización de la fuerza armada más «moderna», a costa de las

---

[29] Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, traducción de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Alianza, 1997, p. 124.

[30] Ibídem, p. 445.

[31] Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, *op. cit.*, pp. 673-674.

naciones que lo eran menos. La seguridad interior, protectora militarizada de las riquezas de la acumulación, se vuelve *militarista* bajo el fuego graneado de su proyección hacia el exterior.

Aunque los gastos destinados al ejército y a la guerra, financiados por la manufactura y el comercio, están en continuo aumento, Adam Smith los sigue considerando «improductivos». Sabiendo que el «keynesianismo de guerra» constituye un componente invariable de la acumulación desde las ciudades Estado italianas,[32] resulta llamativo que Smith no vea los gastos militares emprendidos por el Estado como inversiones productivas que multiplican la riqueza del comercio desigual del Imperio británico. Por muy paradójica que pueda parecer, la explicación remite a la estatización de la «fuerza militar» que sostiene la demostración imperialista de la riqueza de las naciones, cuya «modernidad» ya no pasa por las ciudades italianas. Reconocemos plenamente nuestra deuda con la lectura *posmarxista* de Adam Smith del recordado Giovanni Arrighi.

---

[32] Véase Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, traducción de Juan Mari Madariaga, Madrid, Akal, 2007.

IV
DOS HISTORIAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La Revolución francesa de Clausewitz

La primera secuencia del ejercicio de la violencia armada de/en la colonización interna y externa se cierra con la Revolución francesa. Desde el punto de vista de la máquina de guerra estatal, Clausewitz es quien comprende este acontecimiento del modo más riguroso: el equilibrio europeo, la manera de hacer la guerra y de organizar el ejército para garantizar el orden internacional, la administración jurídico-militar de la paz civil en cada nación son definitivamente condenados por la Revolución. Los acontecimientos revolucionarios confirman la diferencia de naturaleza entre el Estado y la máquina de guerra, ya que esta última, por un breve instante, se escapó del control del Estado —lo que valida la hipótesis de que siempre es posible que la máquina de guerra se vuelque contra el Estado—.

Una segunda secuencia política se abre a partir de la Revolución. Nuevas fuerzas sociales, los obreros y los capitalistas, cada una por su cuenta, intentan apropiarse de la máquina de guerra y del Estado. La pos-Revolución se caracterizará, en primer lugar, por la reorganización exitosa, tanto del Estado como de la máquina de guerra, en torno a los intereses del capital por parte de la burguesía. Y luego, por el fracaso de los movimientos revolucionarios que a lo largo del siglo XIX intentarán apropiarse y transformar la máquina de guerra y el Estado.

Volvamos al cambio decisivo entre la primera y la segunda secuencia que representa la Revolución francesa. «Así estaban las cosas cuando estalló la Revolución francesa. […] Mientras según la forma habitual de ver las cosas se ponían esperanzas en un poder bélico muy debilitado, en el año 1793 se mostró uno del que no se tenía ninguna idea. Repentinamente, la guerra había vuelto a ser cosa del pueblo, y de un pueblo de 30 millones, que se consideraban todos ciudadanos. […] Ahora, los medios que se aplicaban, los esfuerzos que podían ser ofrecidos, ya no tenían un límite preciso».[1]

---

[1] Carl von Clausewitz, *De la guerra*, traducción de Carlos Fortea, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, pp. 814-815 (formato libro electrónico).

La máquina de guerra ya no es «del gabinete y su ejército», ya no es el ejército del Príncipe o del Rey, de esos «generales y reyes destacados [...] con unos ejércitos también destacados» con los cuales «se consumía lentamente el elemento bélico»,[2] sino que es el ejército «del pueblo». Si «de las últimas manifestaciones en el ámbito del arte de la guerra [...] la mayoría [son atribuibles] a las nuevas circunstancias y situaciones sociales», como subraya con fuerza Clausewitz,[3] Napoleón es el indicador de la recuperación del control de la Revolución, que pasará por la inversión de las energías revolucionarias en el «Gran Ejército». Es él quien va a explotar la movilización revolucionaria para transformar el arte de la guerra y el equilibrio de los Estados europeos y para encerrar el ímpetu de la revolución dentro de la nueva forma del Estado nación que *moviliza*. La guerra ya no tiene límites, no por razones inmanentes, como cree René Girard (la «escalada a los extremos» tendría como causa el mimetismo de los ejércitos que están en conflicto),[4] sino porque el conflicto está ocupado por nuevas formas políticas —en el sentido, subraya Clausewitz, de una «nueva política que partió de la Revolución francesa tanto hacia Francia como hacia toda Europa»—.[5] El nuevo ejército nacido de la Revolución francesa acerca la guerra a su concepto puro (la «guerra absoluta») haciendo que la política y la guerra se fusionen a favor de la escalada de una primera *política imperialista de la guerra nacional*, en la cual «se avanzaba sin descanso hasta que el enemigo sucumbía» y que estaba fundada en «la participación de los pueblos en esta gran cuestión del Estado».[6] «Desde Bonaparte, al volverse, primero por una parte y luego por otra, una cuestión de todo el pueblo, la guerra ha asumido una naturaleza completamente distinta, o más bien se ha alimentado mucho de su verdadera naturaleza, de su verdadera perfección. Los medios movilizados no tenían ningún límite visible, sino que este se perdía en la energía y el entusiasmo de los gobiernos y de sus súbditos».[7]

[2] Ibídem, pp. 812-813 (libro VIII, cap. 3).
[3] Ibídem, p. 703 (libro VI, cap. 30).
[4] Aquí citamos a René Girard no por el alcance teórico de su *Clausewitz en los extremos* (en colaboración con Benoît Chantre, traducción de Luciano Padilla López, Buenos Aires, Katz Editores, 2010), sino por el hecho de que su teoría de la guerra de todos contra todos será utilizada por la escuela de la regulación como fundamento ontológico de la institución de la moneda. Respecto a esta teoría de la guerra, hay que hacerle la misma crítica que Foucault respecto a Hobbes: no se trata de una guerra real, sino de una ficción destinada a legitimar el poder centralizado del Soberano. La institución de la moneda, a partir de la guerra de todos contra todos, desemboca en su trascendencia con respecto a la guerra real entre «capitalistas y obreros». Es la moneda como mediación de los conflictos de clase.
[5] Carl von Clausewitz, *De la guerra*, *op. cit.*, p. 842 (libro VIII, cap. 6).
[6] Ibídem, p. 797 (libro VIII, cap. 2), p. 817 (cap. 3).
[7] Ibídem, p. 816.

La dificultad de imponer límites comienza a manifestarse tanto en el equilibrio interestatal europeo como en la regulación económica liberal y en la guerra, *que se aleja a la vez de su (supuesta) regulación política clásica* inscrita en el punto de encuentro entre el objetivo militar y el fin político que constituye la modalidad del retorno a la paz (la guerra como «mera continuación de la política por otros medios»,[8] según la fórmula del *fin político de la guerra*). Es por esto que Clausewitz querrá volver a inscribirla dentro de la perspectiva kantiana de una *Crítica de la razón militar* para intentar someter la «escalada a los extremos» a la «inteligencia del Estado personificado»,[9] al cual se le confiere el título de representante político de los intereses de la comunidad entera. («Se presupone que la política reúne en sí y equilibra todos los intereses de la administración interior, incluso de la Humanidad, y todo lo demás que el entendimiento filosófico pueda expresar, porque la política no es nada en sí misma, sino un mero administrador de todos los intereses contra otros Estados»).[10] Una hipótesis vana, puesto que más allá de la derrota del «propio Dios de la guerra»,[11] el movimiento de superación de toda limitación va a sellar la imposibilidad de fundar límites según la razón en el ámbito de la «existencia social» del que la guerra depende, y que Clausewitz compara con el «comercio» (¿no es acaso también un «conflicto de intereses y actividades humanas?»).[12] Si hay comercio, será un comercio de lo ilimitado con el que habrá que vérselas. Con el advenimiento del capital industrial, se extenderá al conjunto del *socius* y se acelerará todavía más a partir de la década de 1870, bajo la hegemonía del capital financiero que llevó a la «guerra total». Que allí se trate de un concepto y de una realidad muy diferentes a la «guerra absoluta» de Clausewitz es innegable, en cuanto que, para él, el vencido de la batalla de Jena, su emergencia dependía únicamente de los «efectos monstruosos [*ungeheueren Wirkungen*]» de las energías liberadas por la política revolucionaria y de la administración napoleónica de las intensidades del estado de guerra. Clausewitz quiere pensar que estas «energías absolutas» no necesariamente condicionarán el carácter de las guerras ulteriores y que

[8] Ibídem, p. 61 (libro I, cap. 1, § 24).

[9] Ibídem, p. 62 (§ 26). De manera más general, «la política ha engendrado la guerra; ella es la inteligencia, y la guerra solo el instrumento, y no al revés. Por tanto, solo es posible la subordinación del punto de vista militar al político» (ibídem, pp. 837-838). Howard Caygill puso bien de relieve esta filosofía kantiana de Clausewitz en su reciente *On Resistance. A Philosophy of Defiance*, Londres y Nueva York, Bloomsbury, 2013, pp. 15-29.

[10] *De la Guerra*, p. 837 (libro VIII, cap. 6).

[11] Ibídem, p. 802 (se trata de Napoleón, por supuesto).

[12] Ibídem, p. 153 (libro II, cap. 3). Clausewitz prosigue explicando que a la guerra «le está *mucho* más próxima la política, que a su vez puede ser considerada una especie de comercio a gran escala»; el vuelco se mide a la luz de su conclusión según la cual la política «es el seno en el que se desarrolla la guerra».

podrán recuperar el *statu quo* prebonapartista entre «naciones civilizadas», donde «el sometimiento del adversario [tampoco] puede ser el objetivo» de la guerra.

«La reacción se produjo justo a tiempo. En España, la guerra se convirtió por sí misma en causa popular».[13] Las técnicas bélicas ofensivas del Gran Ejército —que pudo ser descrito como «motorizado» antes de tiempo, con su «reserva» de recursos humanos y sus soldados «polivalentes» integrados en columnas de asalto relativamente autónomas—[14] van a suscitar nuevas formas de resistencia (la «*guerrilla*») y, sobre todo, una nueva *función para la resistencia popula*r que Clausewitz, antes que Schmitt, desde su perspectiva eurocéntrica,[15] considera como una novedad tan absoluta que va a redefinir el objetivo de la guerra: «Su fin más inmediato es derrotar al contrario y *de ese modo hacerlo incapaz de cualquier resistencia ulterior*».[16] Por lo tanto, es el «carácter de la guerra moderna» (absoluta) el que será estratégicamente distribuido entre la revolución bonapartista de «todos los métodos convencionales antiguos» del arte de la guerra; por una parte, mediante la militarización del pueblo armado, y, por otra, mediante la resistencia (*Widerstand*) de la guerra popular (*Volkskrieg*) de los españoles, que es su consecuencia,[17] y que hay que integrar, con su «elemento moral», al nuevo *plan de guerra*. «Así pues, ya no preguntamos: ¿qué le cuesta a un pueblo la resistencia que opone con las armas en la mano?, sino que preguntamos: ¿qué influencia puede tener esa resistencia, cuáles son sus condiciones y cuál es el uso de las mismas?».[18]

Con su componente «vaporoso» y «fluido», que en Clausewitz da lugar a un verdadero *Tratado de la resistencia*, la «guerrilla» abre la perspectiva de la guerra popular a través de la cual comunistas, anarquistas y socialistas van a pensar durante mucho tiempo la posibilidad de la revolución.

---

[13] Ibídem, p. 815 (libro VII, cap. 22).
[14] Véase Manuel de Landa, *War in the Age of Intelligent Machines*, Nueva York, Zone Books, 1991, pp. 67 y ss.
[15] A diferencia de la *Teoría del partisano* de Carl Schmitt, no encontramos ninguna alusión a las guerras coloniales en *De la guerra*. En el capítulo sobre «el genio bélico» del Libro I, en cambio, se encuentra planteado que los pueblos salvajes están desprovistos de él, en la medida que «para eso se necesita un desarrollo de las fuerzas del entendimiento que un pueblo tosco no puede tener» (*op. cit.*, p. 83).
[16] Carl von Clausewitz, *De la guerra*, *op. cit.,* p. 43 (libro I, cap. 1, § 2 «Definición»).
[17] Ibídem, p. 481: «La guerra popular ha de ser vista en general como una consecuencia de la ruptura que el elemento bélico ha hecho en nuestra época de su vieja delimitación artificial; como una ampliación y un reforzamiento de todo el proceso de fermentación que llamamos guerra» (Libro VI, cap. 26: «Levantamiento popular»).
[18] Ibídem, pp. 646-647.

La revolución negra

La perspicacia de Clausewitz fue inducida a error por uno de los acontecimientos políticos y militares más importantes de la Revolución francesa: la revolución negra que se apodera de la joya del imperio colonial francés, la isla de Santo Domingo, la colonia más próspera y rica del mundo.[19] Nada menos que eso. Puede que también se trate del «acontecimiento» más *fundamental* de la Revolución,[20] por la potencia de «desfondamiento» (hablando deleuzianamente) que ahí sale a la luz: lo *impensable* irrumpe en la Historia, que se vuelve *mundial* según una perspectiva revolucionaria.

La primera revolución proletaria victoriosa es una revolución de esclavos. Después de que la República francesa fuera obligada a reconocer el *hecho consumado*, esta revolución no se contentará con resistir a las tropas enviadas a la isla en 1801 por Napoleón para restablecer el orden y la esclavitud del Código Negro. Las vence (infligiéndoles 50.000 muertos —es decir, mucho más que las pérdidas francesas en Waterloo—), así como venció a los ejércitos españoles e ingleses. Desde la primera revuelta de 1791 hasta la declaración de la independencia del primero de enero de 1804, durante un periodo de doce años, la revolución negra de los 500.000 esclavos de Santo Domingo, que se convertirá en Haití, resulta política y militarmente victoriosa en el enfrentamiento con las tres potencias coloniales dominantes de la economía-mundo. Mucho antes que los ejércitos rojos soviéticos y chinos, el «ejército negro» es la primera fuerza proletaria en revolucionar el arte de la guerra de forma tan profunda. «Poseían la disciplina y organización de un ejército regular, y a la vez conocían todos los trucos y secretos de la guerrilla. […] Cuando los franceses enviaban prolongadas incursiones contra ellos, desaparecían en las montañas, dejando a su paso una estela de llamas; y cuando los franceses se retiraban, exhaustos, volvían a surgir para destruir otras plantaciones y extender sus ataques hasta las líneas francesas».[21] El estilo tan clausewitziano utilizado por C. L. R. James

---

[19] En ese entonces, Santo Domingo es el más importante productor de café y azúcar, cuya demanda es exponencial. La mortalidad es tan grande que hay que «importar» 40.000 esclavos cada año. Gordon K. Lewis califica a Santo Domingo de «Babilonia de las Antillas», puesto que la corrupción, la venalidad y la brutalidad son la regla común. *Main Currents in Caribbean Thought*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983, p. 124.

[20] Siguiendo a Peter Hallward, «si la Revolución francesa constituye el gran acontecimiento político de la época moderna, la Revolución haitiana debe figurar como la secuencia más decisiva de este acontecimiento». «Haitian Inspiration», *Radical Philosophy*, núm. 123, enero-febrero 2004, p. 3.

[21] C. L. R. James, *Los jacobinos negros. Toussaint Louverture y la Revolución de Haití*, traducción de Ramón García, Madrid / Ciudad de México, Turner / Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 293 y p. 320.

no podría hacernos olvidar que aquí tocamos lo impensable para el oficial prusiano que supo darse cuenta de la importancia de la resistencia española en la geopolítica europea. Pues supera al entendimiento que unos esclavos iletrados, «constitucionalmente incapaces de disciplina y de libertad», puedan aprender muy rápidamente las técnicas de guerra más sofisticadas para ponerlas al servicio de una guerrilla implacable de una mejor manera, ¡después de haber celebrado ritos vudús![22]

Los «esclavos» inventan la guerra revolucionaria como guerra del pueblo apropiándose de las condiciones y de las modalidades de las guerras napoleónicas descritas por Clausewitz, para invertir el proceso de «involución» y combatir su Código Negro (restablecido en 1802 por Napoleón en las colonias francesas, sin encontrar mayor oposición en la metrópolis y para gran alivio de Inglaterra y Estados Unidos). Los «generales», los «oficiales» y los «soldados» forman parte de la misma *nueva* clase social, la del «pueblo» de los esclavos-combatientes también conformada por «líderes».[23] Ellos invierten la esencia de la guerra colonial, la guerra genocida/total contra la población, al afirmar (y formar) el principio de existencia de esta última como fuerza revolucionaria que se alza contra el «ejército popular» del nuevo imperialismo. «Fue más una guerra entre personas que una guerra entre ejércitos».[24]

La percepción clausewitziana de la nueva naturaleza de los ejércitos napoleónicos guía, *hasta cierto punto*, el análisis de C. L. R James: su fuerza «no había llovido del cielo», «ni su milicia era exclusivamente el resultado de [...] su genio para dirigir un ejército [de Napoleón]. Su chispa irresistible, su inteligencia, su capacidad de resistencia y su moral tenían su origen en la libertad social de nuevo cuño».[25] Los esclavos habían asistido a la escuela revolucionaria francesa, pero, a diferencia de los ejércitos napoleónicos, no constituyeron ni la punta de lanza de la recuperación del control de la revolución por parte de la burguesía, ni la máquina de guerra de la contrarrevolución. Además, sabrán imponer una estrategia de ruptura respecto de todas las ofertas de la nueva gubernamentalidad en las cuales buscaban insertarse las maniobras tácticas del «estado mayor» insurgente bajo el mando de Toussaint.[26]

---

[22] Según el relato de C. L. R. James: «Valiéndose de antorchas para alumbrar su camino, los líderes de la revuelta se reunieron en un claro de los densos bosques de Morne Rouge, una montaña que rodeaba Le Cap François. Boukman impartió allí las últimas instrucciones, tras los conjuros de vudú y tras sorber la sangre de un cerdo sacrificado». C. L. R. James, *A History of Pan-African Revolt*, Oakland, PM Press, 2012 [1938/1969], p. 40.

[23] Una vez que Napoleón hiciera detener a Toussaint Louverture: «No basta con haber quitado del poder a Toussaint, hay que expulsar a 2.000 líderes más».

[24] C. L. R. James, *Los jacobinos negros*, *op. cit.*, p. 330.

[25] Ibídem, p. 283.

[26] «Las masas habían resistido a los franceses desde el comienzo, a pesar —y no a causa— de su *leadership*», véase Carolyn Fick, *The Making of Haiti: The Saint-Domingue Revolution from Below*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1990, p. 228 (citado por Peter Hallward, art. citado, p. 5).

Si bien la revuelta negra de Santo Domingo encuentra sus raíces en la Revolución francesa, y su éxito habría sido imposible sin esta, no por ello la revolución de los esclavos deja de ser una crítica en acto a los ideales de la Ilustración. Las luchas de los esclavos supieron sustraer los principios de «libertad e igualdad» de todas las quimeras burguesas de universalidad de la libertad y la igualdad. En la primera constitución de Haití (1805), *todos los haitianos*, sin distinción de su color de piel y de sus orígenes, serán declarados *negros* (lo que incluye a los alemanes y a los polacos que combatieron contra los ejércitos napoleónicos junto a los insurgentes). Constatemos, de paso, que semejante *revolución del sujeto* relativiza de una manera singular el asunto tan debatido de «la» diferencia entre las revoluciones norteamericana e inglesa, por una parte, y la Revolución francesa, por otra. Hannah Arendt distingue la primacía de la «política» en la Revolución norteamericana contra la naturaleza «social» de la Revolución francesa. Foucault rectifica, pasando por Furet: lo propio de la Revolución norteamericana sería la libertad de los «gobernados» frente a los gobernantes, mientras que la francesa estaría caracterizada por la axiomática centralizadora de los «derechos del hombre». De hecho, el asunto de la esclavitud, que sustentaría por completo la economía-mundo, indica *la zona donde tanto la una como la otra ya no pasan más que como idea* (de la libertad).

Tal como hace notar Susan Buck-Morss en su extraordinario *Hegel y Haití*, la crítica de la Ilustración trata sobre la esclavitud como institución y no sobre su realidad de explotación y avasallamiento de millones de hombres, mujeres y niños. «La paradoja entre el discurso de la libertad y la práctica de la esclavitud marcó el ascenso de una sucesión de naciones occidentales dentro de la incipiente economía global moderna».[27] Desde la Holanda del siglo XVI hasta el siglo XVIII franco-británico, la esclavitud se había transformado en una metáfora tan estratégica para decir todas las formas de dominación *en Europa* que podía coexistir sin ninguna dificultad con su práctica *en las colonias* (véase Locke) por parte de las naciones «opulentas y civilizadas» (Adam Smith). La «naturalidad» de la esclavitud era tan «natural» como la libertad del «hombre» para el pensamiento de la Ilustración (Rousseau incluido), observa Susan Buck-Morss. La abolición de la esclavitud no fue una aplicación de principios ni tampoco de una «dinámica» propia de la Revolución francesa: «En 1791, mientras los más ardientes opositores de la esclavitud dentro de Francia se desentendían de los hechos, medio millón de esclavos en Santo Domingo […] tomaron en sus propias manos la lucha por la libertad».[28]

---

[27] Susan Buck-Morss, *Hegel y Haití*, traducción de Fermín Rodríguez, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005, p. 12.

[28] Ibídem, p. 34.

La tesis fascinante (y rigurosamente documentada) de *Hegel y Haití*, según la cual la dialéctica del amo y el esclavo fue pensada a partir de la Revolución negra de Haití, puede prestarse a discusión. Lo esencial no está allí: el hecho de que en Marx la «lucha entre el amo y el esclavo» no haya sido utilizada de manera literal, sino solamente como una metáfora de la lucha de clases, fue indiscutiblemente una ocasión perdida para arrancar al marxismo del eurocentrismo propio de la definición «manchesteriana» del Capital (Susan Buck-Morss va mucho más lejos: «Hay un elemento de racismo implícito en el marxismo oficial»).[29]

Si esta revolución hubiera sido analizada y *problematizada* por Marx, muchos de los puntos muertos en los cuales el movimiento obrero encalló habrían podido ser, si no esquivados, al menos confrontados con una configuración totalmente distinta de la *realidad de los posibles*. En primer lugar, se podría haber aprendido que la primera revolución proletaria victoriosa se debió a una «guerra de razas» dirigida por trabajadores «no asalariados». Posteriormente, incluir a los «no asalariados» sin excluir el trabajo de las mujeres habría permitido que todo «trabajo gratuito» y no asalariado se volviera fuente de creaciones colectivas que contribuirían a desprender la teoría del «valor» del Capital de la marca demasiado visible impresa por la economía política burguesa. Este punto de vista estrecho, centrado en el asalariado y en la empresa capitalista, sigue afectando de forma pesada el curso de las luchas y el desarrollo de las estrategias políticas de emancipación.

La revolución negra, *como todas aquellas que han sido exitosa*s, no tuvo lugar allí donde el desarrollo capitalista estaba tecnológicamente más avanzado, sino donde estaba «retrasado» respecto de sus transformaciones y contradicciones intrínsecas, en sus «colonias» (puesto que, en la época revolucionaria, China y Rusia podían ser consideradas como «semicolonias»). De esta forma, se habría podido hacer tambalear seriamente la concepción «progresista» y «revolucionaria» del capitalismo y de la burguesía que la existencia misma de las colonias esclavistas vuelve ilegible (o demasiado legible).

Si se toma el punto de vista de la «división social del trabajo», y no únicamente el de la organización del trabajo, la «gran experiencia» haitiana se vuelve todavía más importante. Al haber sido ganada por los esclavos, la «guerra de razas», que está en el fundamento de la economía-mundo del capital desde la acumulación originaria, abrió un espacio de acción política mundial con la consigna: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Esa es la única condición para que el «de todos los países» pueda salirse de Europa y desplegar su «internacionalismo». Porque la abolición de la esclavitud no abolió la guerra de razas; esta, por el

[29] Ibídem, p. 73.

contrario, continúa «por otros medios» hasta el día de hoy (así como la esclavitud misma). Su potencia de división «racista» se manifiesta durante cada «crisis» del capitalismo (lo decíamos en la introducción: el racismo no es una creación «biopolítica» de la «modernidad», sino de la más antigua acumulación originaria en su infinita continuidad).

Se cuenta que Lenin celebró el día en que la Revolución rusa superó las pocas semanas de vida de la Comuna de París. ¿Qué decir entonces de un proceso de insurrección revolucionario que duró doce años? Todavía hoy, Alain Badiou sigue refiriéndose a Espartaco para tematizar la revuelta de los esclavos-combatientes y para celebrar en Toussaint —el «Espartaco negro»— la resurrección de «una verdad eterna». Solo que esta verdad se vuelve *históricamente* una desventaja para el precedente de los esclavos tracios que querían *volver a casa*, a diferencia de los revolucionarios haitianos, quienes, por su parte, querían *destruir el mundo entero de la plantación esclavista.*[30]

La revolución negra, «olvidada» por los revolucionarios europeos de la clase obrera, fue puesta nuevamente en primer plano por los militantes anticoloniales, como el *momentum* de la emancipación de los negros, la regeneración africana y las políticas revolucionarias de descolonización. «Haciendo voluntariamente un anacronismo, podríamos decir que el tercer mundo comenzó a germinar a partir de Santo Domingo. Aquí nos inspiraremos en la idea de Sauvy —quien comparaba al tercer mundo con el Tercer Estado, porque también era "ignorado, explotado y despreciado"—. El planeta se divide en primer, segundo y tercer mundo. Y este tercer mundo también quiere "llegar a ser algo"».[31] Porque las cosas siempre llegan *tarde y por adelantado* (pensemos aquí en este «proletariado moderno» de las gigantescas «fábricas» de caña de azúcar, que es más proletario y más moderno que «ningún otro grupo de trabajadores existente en esa época», siguiendo a C. L. R. James), *ahí nada se desarrolla* en el sentido de un marxismo cuyo sentido estaría dado en relación con la (teleo-)lógica del proceso capitalista. *Black Marxism. Toussaint, o la abertura y la brecha* en la multiplicidad de las guerras de explotación, dominación y sujeción que instauran el régimen biopolítico de la acumulación continua del Capital.

---

[30] Nick Nesbitt hace una observación en este sentido en *Caribbean Critique: Antillean Critical Theory from Toussaint to Glissant*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 10-11.

[31] Selim Nadi, «C. L. R. James et les luttes panafricaines», *Parti des indigènes de la république*, 5 de marzo del 2014, disponible en www.indigenes-republique.fr/c-l-r-james-et-les-luttes-panafricaines.

V
BIOPOLÍTICAS DE LA GUERRA CIVIL PERMANENTE

El secuestro temporal de la clase obrera (y de la sociedad toda)

Protegido del peligro de la Revolución y bajo los auspicios de la Restauración, ¿podrá el capital desarrollarse «pacíficamente»? Para la ideología liberal, con total seguridad, la respuesta es afirmativa. En 1814, año de la derrota de los ejércitos napoleónicos, que Carl Schmitt hace coincidir con la «victoria de la revolución industrial», Benjamin Constant enuncia uno de los primeros *ritornelos* del liberalismo: «Hemos llegado a la época del comercio, época que debe necesariamente reemplazar a la de la guerra, del mismo modo que la de la guerra debió precederla necesariamente».[1]

La historia de los siglos XIX y XX mostró que estaba equivocado. A lo largo del siglo XIX, el «cálculo civilizado» de la economía en ningún caso sustituirá al «impulso salvaje» de la guerra, sino que, por el contrario, desencadenará la guerra civil para transformar al proletariado en fuerza de trabajo dócil y para precipitar al Estado nación hacia un nuevo tipo de guerra: la máquina imperialista *total*, que de manera inextricable es guerra interestatal, guerra económica, guerra civil y guerra colonial.

La continuación de la «acumulación originaria» en el llamado periodo posrevolucionario se manifiesta mediante la intensificación de la colonización interna (formación de la fuerza de trabajo industrial que implica guerras civiles generalizadas y nuevas guerras de subjetividad) y de la colonización externa (el largo siglo de la abolición de la esclavitud coincidió con una extensión de la colonización que cubre la casi totalidad del planeta). Unidas a la potencia del Capital industrial y al desarrollo de la ciencia y de la técnica, las violencias múltiples de las divisiones raciales, sexuales, de clases y las guerras que ellas acarrean van a franquear un nuevo umbral.

En el siglo XIX, el adiestramiento «subjetivo» de los proletarios para fijarlos al aparato de producción normalizando sus comportamientos y sus

[1] Benjamin Constant, *Sobre el espíritu de conquista y de la usurpación, en relación con la civilización europea*, traducción de Ana Portuondo Pérez, Madrid, Tecnos, 2008.

modos de vida para que el tiempo de la vida se transforme en «tiempo de trabajo», solo puede ser realizado mediante el desencadenamiento de una «guerra civil generalizada». Junto a Foucault, nosotros privilegiamos el término «guerra civil» por encima del de «lucha de clases», puesto que la «guerra civil permanente», la «guerra civil generalizada», cuya denegación es uno de los primeros axiomas del ejercicio del poder, implica una serie de poderes y de saberes, pero también fuerzas e instituciones irreductibles al conflicto de los obreros con los capitalistas dentro de la fábrica, *a pesar de que estas sean un elemento constituyente del modo de producción*.

El biopoder actúa sobre una población que ya padeció una primera ola de adiestramiento mediante las técnicas disciplinarias y biopolíticas, históricamente indisociables de todas las demostraciones de fuerza de la guerra originaria de acumulación. Esta primera modelización de los comportamientos todavía resulta ciertamente insuficiente. Al haber dado lugar a formas de resistencia y a luchas encarnizadas en un contexto de crisis sociales y levantamientos populares, los dispositivos de poder y las guerras de subjetividad de esta secuencia estaban lejos de asegurar una sumisión suficientemente fuerte al nuevo orden mundial del trabajo. La multiplicación de las medidas de coacción, donde la brutalidad compite con el economicismo más *riguroso*, lo demuestra el final de la Edad moderna, cuando el crecimiento de las riquezas y de los bienes estimulan la «necesidad de seguridad» en un momento de fuerte expansión del tejido urbano que hace proliferar al proletariado de las ciudades. De este modo, para los fisiócratas, el vagabundo hace las veces de demonio de la antiproducción que debe ser perseguido, marcado, forzado a trabajar, reducido a la esclavitud, etc. Se explica que, para la *economía política* de la producción, él representa el peligro de las «tropas enemigas diseminadas sobre la superficie del territorio, que viven sobre este a discreción como en una país conquistado y que imponen verdaderas contribuciones con el título de limosna».[2] Según otra versión, apenas más tardía, que anuncia la famosa frase sobre el proletario que no tiene «nada que perder, salvo sus cadenas», los vagabundos son seres «ávidos de novedades, audaces y tanto más emprendedores cuanto que no tienen nada que perder y están familiarizados con la idea del castigo que merecen cotidianamente, interesados en las revoluciones del Estado, que son las únicas que pueden cambiar su situación, aprovechan con ardor todas las ocasiones que se les presentan para provocar desórdenes».[3] Dado

[2] Le Trosne, *Mémoire sur les vagabonds et sur les mendiants* (1764), p. 4, citado por Michel Foucault en *La sociedad punitiva*, *op. cit.*, p. 68 (retomado en *Vigilar y castigar*, *op. cit.*, p. 81).

[3] *Des moyens de détruire la mendicité en France en rendant les mendiants utiles sans les rendre malheureux*, p. 17, citado por Robert Castel, *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, traducción de Jorge Piatigorsky, Barcelona, Paidós, 1997, p. 105.

que la construcción exclusivamente disciplinaria del paradigma negativo del vagabundo ya no es suficiente, se comprende la necesidad de ajustar los mecanismos de poder con el fin de que estos se hagan cargo y pongan bajo vigilancia los comportamientos cotidianos, según una parcelación más estrecha del campo social, sin la cual la *forma-salario* no puede dirigir todo el *socius*.

En el siglo XIX, los dispositivos de poder que aseguran la producción, la reproducción y la gubernamentalidad de la clase obrera serán fundamentalmente dos: la familia y aquello que Foucault llama «instituciones de secuestro temporal». «Secuestro» es un concepto que contribuye a diferenciar el siglo XIX de la época clásica del «gran encierro», ya que el secuestro concierne menos al espacio (mediante la fijación en un sistema cerrado) que al tiempo (mediante la regulación de la existencia), el cual dará un nuevo impulso y un nuevo dominio a la colonización interna, considerando a la producción de la fuerza de trabajo como disposición subjetiva adecuada para la *necesidad de la libertad del trabajo.*[4]

Es la razón por la cual la colonización interna se esfuerza por disciplinar a los obreros sin dejar de recurrir a una biopolítica donde estarán implicadas las mujeres, los niños, los mendigos, los criminales, los enfermos, etc., es decir, el conjunto de la población pobre que hay que moralizar y normalizar, sometiéndola a la «*penalización de la existencia*».[5] La «biopolítica» se revela ahí como ese dispositivo multiplicador de poder en la guerra civil generalizada que ella administra y cuyo objeto es el sujeto, a saber, la vida. No la «vida desnuda», sino la vida en sus articulaciones y sus pasajes cada vez más calificados: la vida familiar, la vida militar, la vida escolar, la vida laboral, la vida hospitalaria, la vida carcelaria, etc. Es toda la economía biopolítica de la *vida equipada* la que aquí se dibuja con sus instancias productoras de un «sobrepoder» que renueva, tanto en intensidad como en extensión, el modelo disciplinario de la estructura estatal que ahora se despliega a lo largo de los aparatos sociales. De este modo, la institución del tiempo de trabajo presupone el control y el disciplinamiento biopolítico del *conjunto* de las temporalidades. Para forzar el «tiempo de trabajo», hay que disciplinar el tiempo de la «vida», desde el nacimiento hasta la muerte. Para imponer los ritmos de la producción, hay que controlar, integrar, normalizar y moralizar *todos* los ritmos de la vida. «Hubo que dar caza a la fiesta, al absentismo, al juego, a la lotería, en particular [...] volverlo responsable de sí mismo ofreciéndole cajas de ahorro».[6]

---

[4] Según la formulación de Robert Castel, *op. cit.*, p. 175.
[5] Michel Foucault, *La sociedad punitiva*, *op. cit.*, p. 228 (clase del 14 de marzo de 1973).
[6] Ibídem, p. 246 (clase del 21 de marzo de 1973).

La continuidad entre «el reloj del taller, el cronómetro de la cadena y el calendario de la prisión»,[7] constitutivos del adiestramiento de la fuerza de trabajo *stricto sensu*, implica un disciplinamiento transversal del tiempo del ahorro, del tiempo de la reproducción, del «tiempo libre» al tiempo de la producción. Como el tiempo es el único «bien» que poseen los proletarios, el obrero cambia tiempo (de trabajo) por salario, mientras que el «criminal» se ve forzado a cambiar tiempo (de libertad) para pagar su «crimen» (la mayoría de las veces, contra la propiedad). El marxismo, hasta el marxismo heterodoxo más innovador, procede en sentido contrario: el capital primero se apropia del tiempo de trabajo para luego —después de un largo recorrido que conduce hasta el final de la Segunda Guerra Mundial— explotar el tiempo de la vida en la «sociedad de consumo» y, de manera más intensa y más difusa todavía, en el «posfordismo».

Con la revolución industrial, se pasa de la localización de los individuos, es decir, de su fijación a una tierra (espacio) sobre la cual se podía ejercer la soberanía y extraer una renta, a un «secuestro temporal». El «secuestro» es un «engranaje temporal» que captura a los individuos de manera que su vida esté siempre sometida al tiempo homogeneizante del capital y que, en consecuencia, esté *socializada* de principio a fin. Para pensar el «secuestro temporal», no hay que limitarse a los dispositivos espacializados como la fábrica, la escuela, el hospital, etc., (aunque ahí el tiempo regula la disciplina) o mantenerse únicamente en la cuestión de la «internalización» de la disciplina del tiempo.[8] «Las cajas de ahorro, las cajas de previsión» (que le competen a aquello que en el siglo XX será llamado *welfare*) constituyen dispositivos de control, de disciplinamiento y de fabricación de normas sociales que fijan a los proletarios a las temporalidades y a los ritmos del capitalismo, mientras que lo capturan en una «discursividad de la existencia total […] del individuo desde el nacimiento hasta la muerte».[9]

Las instituciones de secuestro temporal son llamadas «indiscretas» porque se ocupan de cosas que no les conciernen directamente. También son «sincréticas», como en el ejemplo de la fábrica de seda donde había mujeres trabajadoras analizado por Foucault, puesto que imponen comportamientos que solo parecen concernir indirectamente a la producción: no discutir ni trabajar con hombres en la fábrica, pero tampoco salir el domingo… En el centro de la actividad de estas instituciones, siempre está la vida en su totalidad, en la cual el trabajo está atrapado y sometido a *una relación de producción que primero es de poder sobre la vida, de toma de poder sobre*

---

[7] Ibídem, p. 94 (clase del 24 de enero de 1973).

[8] Es también la perspectiva de Edward P. Thomson, en «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial» (1967), en *Costumbres en común*, traducción de Jordi Beltrán y Eva Rodríguez, Barcelona, Crítica, 1995, cap. VI.

[9] Michel Foucault, *La sociedad punitiva*, *op. cit.*, p. 241 (clase del 21 de marzo de 1973).

la existencia. Repitámoslo: desde este punto de vista, la forma social de la producción y de la reproducción extendida al conjunto de su «subsunción real», como tal, no es una invención del posfordismo.

«Las instituciones se hacen cargo del control directo e indirecto de la existencia… la sexualidad y las relaciones interindividuales».[10] Las instituciones de secuestro temporal son dispositivos de poder generados por la guerra civil generalizada que, al continuar la guerra por otros medios, aseguran una gubernamentalidad relativamente estable, previsible y regular de los comportamientos que vale tanto como fabricación de lo social que como «defensa de la sociedad» —capitalista, no hace falta decirlo—.

A modo de conclusión, si la «gestión del tiempo» pasa por la disciplina militar de la fábrica, es también porque la fábrica es parte activa de un dispositivo más global donde «es insultante que la mano de obra simplemente "pase el rato"».[11] Lo que le otorga todo su *valor* a la guerra del tiempo desencadenada por el capitalismo contra toda la sociedad.

La formación del grupo familiar

La guerra civil generalizada, condición y consecuencia de la formación de la fuerza de trabajo es, al mismo tiempo, una «guerra de subjetividades». La producción de subjetividad es simultáneamente la primera de las producciones capitalistas y una de las principales modalidades de la guerra, y de la guerra civil.

Por lo tanto, la lucha contra los ilegalismos proletarios para contener el rechazo a someterse a las disciplinas y al modelo de subjetivación del trabajador asalariado no solo pone en juego los dispositivos clásicos de la guerra civil. En una sociedad liberal ajustada a la propiedad privada, los proletarios no se fijan al aparato de producción únicamente mediante la coerción económica, su sujeción no se mantiene únicamente mediante la «disciplina del hambre» y la amenaza de la prisión, sus comportamientos no son «regularizados» mediante una pura y simple represión (policía de las costumbres) o la imposición brutal de normas nuevas.

Puesto que el pasaje de la condición de proletario expropiado a la de trabajador asalariado está lejos de ser automático, el encuentro entre el «hombre de los escudos» y los obreros que define al capitalismo industrial requiere un largo trabajo de conversión de la subjetividad. Durante la colonización, pueblos enteros, luego de haber sido expropiados de su «vida de salvajes», se

---

[10] Ibídem, p. 248.
[11] E. P. Thompson, *op. cit.*, p. 443.

dejaron morir en lugar de caer en una esclavitud que podía incluir la opción del «trabajo libre». Un «trabajo libre» que la práctica del *trabajo hasta la muerte* en los talleres y las manufacturas vuelve tan parecido a la esclavitud *a secas* que el *Morning Star* —órgano de los librecambistas ingleses— pudo exclamar: «Nuestros *esclavos blancos*, arrojados a la tumba a fuerza de trabajo […] languidecen y mueren en silencio».[12] Así, el exterminio mediante el trabajo se convierte en la verdad absoluta de la *guerra global* de la acumulación originaria que transforma a las ciudades industriales en *continentes negros* de cuchitriles y talleres donde se amontonan las personas —y cuyo único límite pareciera ser la revuelta de los pobres reducidos al estado de «carne para las máquinas»—.[13] Que el lugar de los que mueren sea ocupado de inmediato solo puede explicarse por el incremento del pauperismo, que, como se advierte enseguida, alimenta el nomadismo y el ilegalismo proletarios, al tiempo que amenaza a la sociedad liberal de «conflictos gravísimos» con un «pueblo bárbaro, que en vez de habitar la ciudad la invade».[14] Un estado de emergencia con forma de «clases trabajadoras, clases peligrosas» y que hace que París se parezca a «un campamento de nómadas» (Lecouturier), donde amenaza una *guerra a muerte de tipo colonial,* cuyo final es tan incierto que la insurrección victoriosa de Santo Domingo vuelve a surgir en el corazón de los arrabales obreros. Como dice este texto publicado en diciembre de 1831 en el *Journal des débats,* al día siguiente de la revuelta de los canuts lioneses (trabajadores de la seda): «Cada habitante vive en su fábrica como los plantadores de las colonias en medio de sus esclavos; la sedición de Lyon es una especie [*sic*] de insurrección de Santo Domingo [...] Los bárbaros que amenazan a la sociedad […] están en los arrabales de nuestras ciudades manufactureras [...]. Es preciso que la clase media conozca bien el estado de cosas; es preciso que conozca su posición». Por consiguiente, la ciencia de la fuerza de trabajo y de la reproducción de la mano de obra obrera tendrá que ampliarse al conjunto del territorio urbano, haciendo de la gestión de la población el objeto de nuevos equipamientos colectivos. Los poderes «positivos» que ellos ejercen (la escuela, la política de la vivienda, la higiene pública, la medicalización de las poblaciones…) están en el centro de la redefinición económico-liberal del Estado.

A lo largo del siglo XIX —era de la racionalización del trabajo en masa—, se toma conciencia de que el desarrollo capitalista es impensable sin el adiestramiento de los cuerpos y de los espíritus para las nuevas

---

[12] *Morning Star*, junio de 1863. Citado en Karl Marx, *El Capital*, libro I, sección III, capítulo VIII («La jornada laboral»), ed. citada, p. 307 (la cursiva es nuestra).

[13] Según una nota de policía hecha en Lille en 1858, citada por Lion Murard y Patrick Zylberman, *Le Petit Travailleur infatigable. Villes-usines, habitats et intimités au XIXè siècle*, Recherches, 1976, p. 54.

[14] Jacques Donzelot, *La policía de las familias*, traducción de Alejandrina Falcón, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008, p. 58.

funciones productivas y subjetivas requeridas por la acumulación del capital. O para decirlo de una mejor manera, se comprende que no hay adiestramiento (somático) *duradero* de los cuerpos sin un adiestramiento moral de los espíritus que pertenece de pleno derecho a la transversalidad disciplinaria de la ciencia biopolítica de las poblaciones. De este modo, la *acción social* condiciona el relevo del criterio mercantilista del rendimiento en un *laissez-faire* (la «libertad del trabajo») que apenas si caracteriza la gestión del poder respecto de esta misma fuerza de trabajo que hay que «cultivar en el sentido propio de la palabra, es decir trabajar para hacerla trabajar, a fin de hacer brotar y recoger lo que el trabajo genera, la riqueza social».[15] Ahora bien, esta «cultura» conllevaría una *cultura general* de la división de la sociedad liberal.

La constitución de la familia nuclear, con sus identidades sexuales y la distribución de los poderes y las funciones que estas identidades implican (trabajo «productivo» para los hombres y trabajo «reproductivo» no remunerado para las mujeres), sin olvidar el control de los afectos y del deseo incestuoso que allí circulan, es el producto de una guerra de producción de la subjetividad que concierne de manera diferente al proletariado y a la burguesía. Pero en ambos atañe a las mujeres de modo más específico, en la medida misma que la crisis del poder soberano patriarcal y de su ejercicio en los conjuntos orgánicos que tienden a dislocarse es la razón principal de la constitución de la familia nuclear. Demasiado a menudo olvidada por la historia del capitalismo, la formación de la familia conyugal depende de la transformación de la dominación de las mujeres por el intermediario de una *domesticación interior* que sirve de paradigma para esta «guerra de la subjetividad», que definitivamente hay que reinscribir en el horizonte de la emancipación del *hombre privado*.

La «campaña contra la masturbación» de los niños, que tanto movilizó a médicos y educadores desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX, incita a la familia burguesa a la eliminación de todos los intermediarios (preceptores e institutrices), a la supresión, a ser posible, de los criados (incluyendo a las nodrizas) y a la transformación del espacio familiar en espacio de educación y vigilancias continuas. Al tiempo que favorece la difusión de la medicina doméstica (la masturbación es una «enfermedad»), el cuerpo del niño debe ser objeto de una atención permanente por parte de los padres (los *Pensamientos sobre la educación* de Locke nos proporcionan uno de los primeros ejemplos sistemáticos al respecto). Con todas las instrucciones prácticas que traía consigo, esta verdadera cruzada «fue un medio de estrechar las relaciones familiares y cerrar, como una unidad sustancial, sólida y afectivamente saturada, el rectángulo central

[15] Robert Castel, *op. cit.*, p. 180.

padre-hijos».[16] La transformación de la gran familia atrapada en una red compleja de relaciones de dependencia y pertenencia en una familia reducida, nuclear, conyugal y parental, tal como la conocemos en la actualidad, con su autonomía económico-moral, es obra de este gobierno de los niños que, a su vez, condiciona la formación de la figura burguesa de la esposa y «madre de familia». El hecho de que, al exterior, solo le quede abandonarse a sus obras de caridad y a las misiones educativas confirma que es esencial que el ciclo de la normalización burguesa se mantenga a sí mismo, uniendo de forma circular toda la serie de elementos que lo componen. De este modo, la mujer se encuentra atada a esta producción de subjetividad que mezcla la valoración del cuerpo del niño, por parte del núcleo familiar (reducida entonces al núcleo parental), con una infiltración de la sexualidad por parte de una tecnología de poder médico, que colabora con la valorización económica y afectiva del niño por parte del Estado, que podrá hacerse cargo de la formación técnica de su normalización mediante instituciones pedagógicas especializadas. Por lo tanto, la sexualidad infantil se revela como ese espejismo del incesto (de la indiscreción incestuosa de los padres a su *transferencia* en el deseo incestuoso de los niños) por el cual los padres dejarán al Estado su cuerpo «de prestación».[17]

Las condiciones y modalidades de la intervención en los medios populares son totalmente distintas. En efecto, con la transformación del proletariado europeo en «fuerza productiva», las condiciones laborales, habitacionales, la movilidad y la precariedad «hacían cada vez más frágiles las relaciones de familia e invalidaban la estructura familiar»[18] en beneficio de la *unión libre*. Aquí encontramos la cuestión del vagabundeo de los individuos y de los niños acentuada particularmente en la primera mitad del siglo XIX por la urbanización descontrolada, vinculada con la industrialización, la explosión demográfica y el desarrollo del pauperismo. Es la lucha contra estos flagelos sociales, con los cuales se mezclan determinaciones patológicas (el contagio, las epidemias) e intereses higienistas, la que impone renovar el antiguo régimen de las alianzas y las filiaciones a favor de una nueva alianza del orden estatal y del orden familiar, en la cual se desliza la *iniciativa privada* (el orden patronal, asistido por la Iglesia), la primera *interesada* en la moralización del modo de vida obrero y de su hábitat. Es la gran campaña por la «moralización de las clases pobres».

---

[16] Michel Foucault, *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975),* traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 246 (clase del 12 de marzo de 1975).

[17] Ibídem, p. 243 (clase del 5 de marzo de 1975).

[18] Michel Foucault, *El poder psiquiátrico*, *op. cit.*, p. 107 (clase del 28 de noviembre de 1973).

La estrategia familiarista lanzada en dirección del proletariado por una gran cantidad de sociedades filantrópicas, a diferencia de aquella que tenía como objetivo la esfera burguesa, será una campaña por el restablecimiento del matrimonio y la promoción de la vida familiar: «Cásense, no tengan hijos antes para después abandonarlos [a cargo del Estado]. Es toda una campaña contra la unión libre, contra el concubinato, contra la fluidez extra o parafamiliar».[19] El reemplazo de la dote por el trabajo doméstico no remunerado contribuye a la regularización de los comportamientos en un espacio doméstico cuya economía social consiste en dar una nueva base al poder patriarcal, al someter la entrada de las mujeres al mercado laboral al control del hombre, pero también en estimular la vigilancia del hombre (y de los niños) por parte de la *mujer domesticada* en su *hogar*.

A partir de los años 1820-1825, los patrones, los filántropos y los poderes públicos despliegan una energía considerable para albergar a la familia en un nuevo hábitat doméstico, cuyo ejemplo paradigmático va a ser el barrio obrero. Se anuncia que será «la tumba de la revuelta» de los insurgentes de 1848 y que «cerrará la era de las revoluciones»[20] del pueblo en armas con su modelo de casas aisladas de tres piezas. Si «la familia burguesa se constituyó por un *estrechamiento táctico* de sus miembros, que apuntaba a reprimir o controlar a un enemigo interno, los criados»[21] (ellos/ellas hacen las veces de ese deseo que se espía y vigila), a los proletarios, en cambio, se les pide repartir sus cuerpos en un espacio estratégico de separación (un cuarto para los padres, un cuarto para los niños, un cuarto común: el modelo aparece hacia 1830 en los primeros planos de las viviendas obreras) apto para evitar la «promiscuidad repugnante» y que, al mismo tiempo, excluye al extraño, al que «pasa la noche», es decir, al «alojado» soltero que seguía abriendo el espacio familiar a un campo social en el cual el deseo no estaba ausente. Por lo tanto, la familia popular y la vivienda obrera están proyectadas contra las condiciones de realidad del incesto adulto siempre posible y establecidas contra las «tentaciones del exterior» (que llevan al «cabaret» y a la «calle»). De este modo, la familia alojada verá retroceder a todos sus miembros hacia un régimen de *libertad y residencia vigilada*s por estos equipamientos colectivos de disciplinamiento patronal, que están en el principio mismo de la biopolítica de una sociedad liberal dirigida a una población obrera que se pretende *fijar* de esta forma.

---

[19] Michel Foucault, *Los anormales, op. cit.* p. 250.
[20] Según doctor Taillefer, médico de la cité Napoleón —el primer barrio obrero de París— y autor del folleto *Des cités ouvrières et de leur nécessité comme hygiène et tranquillité publique* (1850).
[21] Jacques Donzelot, *La policía de las familias*, *op. cit.*, p. 50.

Si el buen obrero es el padre de familia (el *antisublime*),[22] es fácil comprender la economía que lleva a transformar al obrero en propietario. En la *Revue d'Hygiène* de agosto de 1886, leemos: «No es él quien posee su casa, rápidamente es su casa quien lo posee. La casa opera sobre él una transformación completa».[23] Pero a esta transformación todavía hay que atribuirle la creación de una intimidad que no se limita a su función de matriz demográfica: además de participar en la conyugalización del deseo, objetivamente situada bajo la ley de la fábrica que depende de ella (¿acaso no nace de la separación del lugar de residencia y el espacio reservado para el trabajo?), la casa participa directamente en la *producción subjetiva del hábito individual*. El hábito, escriben Lion Murard y Patrick Zylberman, es «*el eslabón faltante de todo el dispositivo*: irreductible a la profesión, rebasando el conjunto del campo social, ofrece un asidero para una pedagogía microscópica, aumentada al infinito».[24] Al hábito le corresponde suturar en intensidad los dos territorios separados del tiempo productivo y del tiempo libre, haciendo de la *totalidad de la vida* del trabajador el objeto y el *sujeto del poder*. Por mucho que las asociaciones caritativas lo idealicen, este *protowelfare* da lugar a una intimidad disciplinaria que se apoya en una estrategia de los comportamientos y en una táctica de los sentimientos que se presentan como *la continuación de la guerra por el medio regulador de una biopolítica de la intimidad*. No es que la dictadura patronal del *workfare* y el régimen militar de la organización del trabajo industrial se detengan («en el taller, yo soy el jefe, ustedes son mis soldados. Yo mando, tienen que obedecerme»), sino que la obediencia se vuelve el objeto de una ciencia de los comportamientos que sella la conjunción biopolítica de las disciplinas y el liberalismo. Es tanto una ciencia del hombre como una ciencia de clase.

Estas dos políticas de producción de subjetividad van a desembocar en un modelo familiar «interclasista» fundado en lo que entonces se denomina, con referencia al mundo obrero, «la casa habitada burguesamente», aunque articule de una manera totalmente distinta lo común prohibido habida cuenta de los tristes juegos de la sexualidad y de la alianza que atormentan el arca familiar moderna. Aquí entra en juego nada menos que el dualismo entre una vigilancia médica de la sexualidad infantil y un control social del tipo policial-jurídico de la sexualidad adulta de las

---

[22] En el sentido de esa irregularidad y esa autonomía obrera de los más calificados, insumisos al patrón e irrespetuosos de la moral familiar, que a mediados del siglo XIX se reconocían, para divertirse, en el término «sublime», véase Denis Poulot, *Question sociale. Le Sublime ou le travailleur parisien tel qu'il est en 1870*, París, Maspero (primera edición, 1870). Poulot propone un «diagnóstico patológico» (p. 123) oponiéndole al obrero *riguroso* cuyo centro de la vida es la familia (p. 139).

[23] Lion Murard, Patrick Zylberman, *Le Petit Travailleur infatigable*, *op. cit.*, p. 155.

[24] Ibídem, p. 185.

clases peligrosas. «Dos tipos de constitución de la célula familiar, dos tipos de definición del incesto, dos caracterizaciones del miedo al incesto, dos haces de instituciones en torno a ese miedo: yo no diría que hay dos sexualidades, una burguesa y la otra proletaria (o popular), sino dos modos de sexualización de la familia o dos modos de familiarización de la sexualidad, dos espacios familiares de la sexualidad y de la prohibición sexual».[25]

En efecto, la reorganización doméstica de la familia en torno al peligro judicialmente controlado de las mezclas entre padres e hijos participa, por una parte, de un «eugenismo de la fuerza de trabajo» asistido por las nuevas tecnologías de adiestramiento (disciplinario) y de control (biopolítico), con la intención de forjar una *raza de trabajadores*;[26] por otra parte, la proyección médicamente asistida de los padres sobre la sexualidad de los hijos participa en la formación de un *cuerpo de clase* «con una salud, una higiene, una descendencia, una raza», que da fe de aquello que Foucault denomina «un racismo dinámico». Un *racismo de la expansión*, que dará todos sus frutos a partir de la segunda mitad del siglo XIX.[27]

El adiestramiento subjetivo no es ideológico

La guerra de subjetividad no es ideológica. Se despliega a través de dispositivos, instituciones, técnicas y saberes, que juntos enmarcan a los individuos dentro de un sistema de identidades y de funciones, sin remitir primero a la conciencia y a su juego de (falsas) representaciones, que, por el contrario, dependen de ella. En la medida en que el dispositivo familiar se encuentra activamente atrapado en todos los mecanismos reales de sujeción, la familia sigue estando, hasta el día de hoy, en el centro de la organización capitalística del poder sobre la vida y en el corazón de los «conflictos subjetivos» que esta desencadena.

Su economía no se limita a poner a disposición de la «sociedad» el trabajo de reproducción (afectivo y económico) de las mujeres de manera gratuita, constituye además un relevo y un multiplicador de poder entre el conjunto de las instituciones disciplinarias (escuela, ejército, fábrica, hospital) y de estas con los nuevos aparatos de regulación (cajas de ahorro o de previsión, mecanismos de asistencia, servicios de higiene y de medicalización…), sin los cuales el capitalismo industrial no podría sostenerse en el tiempo.

---

[25] Michel Foucault, *Los anormales*, *op. cit.*, p. 254.

[26] Lion Murard, Patrick Zylberman, *Le Petit Travailleur infatigable, op. cit.*, p. 17. La cultura de una «raza de trabajadores» toma así el relevo del racismo antiobrero sobredeterminado por la experiencia colonial con la cual hemos abierto este capítulo (pensar en la «turba de nómades» del barón Haussmann).

[27] Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, *op. cit.*, p. 152.

En la época clásica, el control y la fijación de los individuos a una función, a un rol, a una identidad eran logrados mediante su pertenencia territorial a castas, comunidades o grupos tales como las corporaciones, las *jurandes*, etc., con los cuales se articulaba estrechamente la filiación vertical de las generaciones implicadas en el antiguo régimen de la familia. A partir del siglo XIX, debido a la dislocación de estas corporaciones y la desintegración del antiguo régimen familiar por la fijación (del «trabajo libre») en la fábrica, los individuos están *atados y vueltos a atar,* como desde el exterior, a una multiplicidad de dispositivos de «secuestro del tiempo», cuyo *continuum* no es otro que el *tiempo útil de vida*. «A su nacimiento, son puestos en una guardería; en su infancia, enviados a la escuela; van al taller; durante su vida, dependen de una oficina de beneficencia; pueden hacer depósitos en una caja de ahorros; terminan en un asilo. En pocas palabras, durante toda su vida, las personas mantienen lazos con una multiplicidad de instituciones».[28]

El impulso que incita a los individuos a entrar y salir de esta red de instituciones disciplinarias y aparatos reguladores está dado por la familia «nuclear» cuya *refundación conyugal* se ve estimulada por dicha red, que la sostiene con todos sus poderes (el poder se ejerce en red). Porque no hay un «estrechamiento progresivo de la familia antigua [...] cuyas funciones originarias habrían sido progresivamente asumidas por los [nuevos] equipamientos colectivos».[29] Al contrario, hay una ampliación y una intensificación del poder en un *nuevo órgano* destinado a equipar a todos los individuos de una alianza lateral entre esposos («¡cásense!») que servirá de matriz para las disciplinas y como principio para las reglamentaciones. Para esto, será necesario que el padre conserve ante la ley el principio de soberanía que integra el nuevo sistema de dominación propio a la micromecánica del poder familiar: «Gracias a él [el Código Civil], la familia conservó los esquemas de soberanía: dominación, pertenencia, vasallaje [*suzeraineté*], etc., pero los limitó a las relaciones hombre-mujer y padres-hijos».[30] Y si la familia moderna fracasa en llevar a cabo sus funciones de normalización garantizadas por la distribución concreta de las relaciones de dominación en su seno; o si un individuo se muestra incapaz de seguir la disciplina escolar o la de la fábrica, el ejército o la prisión, entonces será la «función psi» la que intervendrá, es decir, ya no directamente un poder (disciplina), sino un saber (médico) de las patologías de lo íntimo que busca la corrección de

---

[28] Michel Foucault, *La sociedad punitiva*, *op. cit.*, p. 241.

[29] *Recherches*, número especial *Généalogie du Capital, I, Les équipements du pouvoir*, núm. 13, diciembre de 1973, p. 122. Junto a Felix Guattari (director del CERFI) y Gilles Deleuze, Michel Foucault participó en las discusiones que acompañaron la redacción de este número.

[30] Michel Foucault, *El poder psiquiátrico*, *op. cit.*, p. 107.

los comportamientos. Es decir, otro tipo de poder o de «sobrepoder», cuyo aparataje contribuirá a la reproducción ampliada de los individuos como sujetos y *como sujetos con discursos de verdad*.

En la guerra civil generalizada desencadenada por el liberalismo para transformar al proletariado en fuerza de trabajo, los saberes constituyen un arma estratégica. Las ciencias humanas, las ciencias sociales nacientes abarcan notablemente esta función de aparato de verificación del poder.

Dado que toda formación de poder necesita un saber, las *relaciones de poder estratégico* deben estabilizarse a la vez en dispositivos de poder (disciplinas, gubernamentalidad) y en saberes (métodos de observación, técnicas de registro, procedimientos de investigación y de búsqueda…) para ser capaces de «gobernar» los comportamientos de una manera relativamente estable y previsible. De este modo, paralelamente al poder que se ejerce sobre y dentro de la familia, se constituye un «saber médico-psiquiátrico» que no depende de este, pero que no sería eficaz sin el primero. El poder médico-psiquiátrico es propio de esta «función psi» que no dejará de extenderse durante la segunda mitad del siglo XIX al funcionar dentro de cada dispositivo de poder: «Si vemos aparecer psicólogos en la escuela, la fábrica, las prisiones, el ejército, etc., es porque tercian exactamente en el momento en que cada una de esas instituciones se ve en la obligación de hacer funcionar la realidad como poder o bien de dar valor de realidad al poder que se ejerce dentro de ellas».[31]

Este poder del saber se presenta como el principio de realidad a partir del cual el individuo se instituye como sujeto y el sujeto se constituye como «el efecto-objeto» de un esfuerzo analítico que lo lleva a adherirse a un sistema diferencial de *desarrollo* relacionado con una norma universal, cuya jurisprudencia es propia de un saber clínico.

Por «guerra civil generalizada» entenderemos aquí los *continuum* de intervenciones que llevan de la expropiación más violenta de la tierra y de las libertades de asociación que esta dosifica al adiestramiento disciplinario de los cuerpos y a las campañas biopolíticas a favor de la familia nuclear que conectan el sometimiento soberano de la mujer y la promoción de la madre de familia con la constitución de nuevos saberes educativos y médico-psiquiátricos, que vienen a plegar al gobierno mediante la familia sobre el gobierno de las familias. Entre la formación de la fuerza de trabajo y su represión sangrienta durante las revueltas y las revoluciones que estallaron a lo largo del siglo XIX, las instituciones disciplinarias, securitarias y de soberanía continúan la guerra civil por todos estos medios, que bipolarizan la individuación de las poblaciones mientras favorecen la conexión *estratégica* (*y no ideológica*) de la familia popular con la familia burguesa.

---

[31] Michel Foucault, *El poder psiquiátrico*, *op. cit.*, p. 225.

VI
LA NUEVA GUERRA COLONIAL

Esta guerra no se parece a ninguna otra; todos los recuerdos de la táctica europea aquí son inútiles y a menudo nocivos…
Alexis de Tocqueville, «Trabajo sobre Argelia» (octubre de 1841)

Las luces se apagaron a nuestro alrededor.
Alexis de Tocqueville, «Informe realizado por el señor Tocqueville sobre el proyecto de ley relativo a los créditos extraordinarios solicitados para Argelia» (24 de mayo de 1847)

Entre las guerras napoleónicas y las guerras totales del siglo XX, una nueva ola de guerras de colonización se apodera del planeta. Aquello que con pudor llamamos «segunda expansión europea» y que se expresa mejor en términos del *englobamiento capitalista de la Tierra*[1] está directamente vinculado con la revolución industrial y la industrialización del espacio y del tiempo, con la supremacía militar que estas desatan, con el desarrollo del capitalismo financiero (la «nueva banca») y las primeras crisis de sobreproducción… Esta ola tampoco deja de estar relacionada con los problemas de gubernamentalidad planteados por la colonización interna que no logra contener el ascenso de la lucha de clases y los disturbios del «populacho». A partir de esto, Ernest Renan concluirá que «una nación que no coloniza queda irrevocablemente consagrada al socialismo».[2]

Aunque antecede al pleno apogeo del imperialismo, posterior a 1870, la guerra de conquista de Argelia por parte de Francia (1830-1871) nos

---

[1] Algunas cifras: en 1800, las potencias europeas ocupan o controlan el 35 % de la superficie terrestre; en 1878 el 67 % y en 1914 el 84 %. Nos remite a la famosa frase atribuida a Cecil Rhodes, fundador de la compañía de diamantes De Beers y de Rodesia (después de haber sido gobernador de la provincia de Ciudad del Cabo): «Me apoderaría de los planetas si pudiera».
[2] Ernest Renan, *La reforma intelectual y moral*, traducción de Carme Villaginés, Barcelona, Península, 1972, p. 93.

interesa de un modo particular porque va a cruzar, directa o indirectamente, por medio de múltiples rodeos, la «cuestión social» y las luchas de los movimientos revolucionarios en la metrópolis. Aparte de esta política de «asimilación» posesclavista y de colonia de asentamiento que estimula la expatriación de las clases peligrosas, la estricta imbricación entre guerra y guerra civil en una guerra colonial recalificada como «guerra pequeña», experimentada en África del Norte contra los «árabes», proporciona las técnicas militares empleadas por la «República» para aplastar la insurrección de junio de 1848. El coronel Charles Callwell no se equivocará: la «represión» de la «sedición» y de la «insurrección» por los ejércitos regulares de los «países civilizados» abre el campo de aplicación de las *small wars*, que se podrían haber creído limitadas a las campañas de conquista («cuando una gran potencia agrega a sus posesiones el territorio de razas bárbaras») y a las expediciones punitivas «contra tribus que viven cerca de las colonias lejanas».[3] El hecho de que estas guerras sean definidas como «guerra de partisanos» (*partisan warfare*) está allí para abrirnos los ojos al restablecer (desde la introducción) el orden correcto de la guerra real: *civilizados, bárbaros, salvajes*. La conquista francesa de Argelia ocupa inevitablemente un lugar destacado dentro de lo que se considera el gran tratado *late Victorian* de la contrainsurgencia.

Desacreditando toda especie de nostalgia por lo que Hannah Arendt denomina «edad de oro de la seguridad» (que solo se vería quebrada a fines del siglo XIX por el pensamiento racial de los bóeres),[4] estas nuevas guerras de conquista revelan el carácter continuo de la acumulación originaria del racismo colonial de la época industrial. Este rápidamente contribuirá al desarrollo «científico» del eslogan imperialista «*expansion is everything*» en el corolario que desde mediados del siglo XIX lo sigue como su propia sombra: «*race is everything*». Lo que confirma nuestra hipótesis: el capitalismo es consubstancialmente un mercado de la subsunción mundial que, en su realidad misma, incluye la creación continua y racialmente fundada de la acumulación «colonial». El concepto mismo de «modo de producción industrial» debe incluir imperativamente, como «fuerzas productivas», a las violencias imperialistas de la depredación y del racismo coloniales burocratizados en un «gobierno de las razas sometidas»,[5] del mismo modo que el trabajo, el capital y la «nueva banca» que los financia (con la protección

---

[3] Charles Callwel, *Small Wars: Their Principles and Practices*, Londres, HSMO, tercera edición, 1906, cap. 1, p. 22.

[4] Hannah Arendt, «Imperialismo» (1951), *Los orígenes del totalitarismo*, traducción de Guillermo Solana, Madrid, Taurus, 1998, p. 116 (y cap. 7 sobre la sociedad racial de los bóeres y su valor de modelo para la élite nazi).

[5] Véase Lord Cromer, «The Government of the Subject Races», *Edimburgh Review*, 1908.

del Estado). Es cierto que la afirmación es bastante poco arendtiana en vista del a priori que subyace a la totalidad de su análisis de la anomalía bóer, que de forma fortuita enuncia que el «desarrollo capitalista normal» materializaría «el final normal para una sociedad racial».[6] Problema: la expansión imperialista depende (económicamente) de lo primero, incorporando (históricamente) a lo segundo en una tanatopolítica racial de la cual se podrá decir, como sugiere Olivier Le Cour Grandmaison, que es «la continuación de los objetivos de la biopolítica por otros medios».

La nueva guerra colonial también trastorna de arriba abajo el concepto y la realidad de la guerra, tal como era practicada en Europa. Si bien Carl Schmitt, después de Rosa Luxemburgo, describe perfectamente el imperialismo como «toma de tierras» (y menciona, por lo tanto, la expansión colonial), pasa por alto, en cambio, las modalidades de la guerra colonial que anticipan y preparan la «guerra total». Del mismo modo, Michel Foucault convierte a la «guerra de las razas» en una manera de restablecer, contra el saber jurídico-político de las filosofías de la soberanía, la singularidad histórica de la guerra en el horizonte de lo que él califica como «guerra fundamental»; pero prácticamente no se interesa por la tónica colonial de la «guerra de las razas». Sin embargo, la «guerra de civilizaciones» que busca llevar el «progreso» y la «Ilustración» de los «salvajes» es una vieja práctica europea. Con la *misión civilizadora* de la Francia posrevolucionaria, alzada contra el «despotismo oriental», la barbarie del árabe y el fanatismo guerrero de la «religión mahometana» (la religión de la «espada», denunciada por Montesquieu, es puesta al servicio de la lucha colonial entre «dos civilizaciones»),[7] esta guerra toma un nuevo rumbo, a saber, universalista, republicano y liberal.

Tanto del lado del colonizado como del colonizador, la guerra de conquista y pacificación no podía ser una guerra «convencional» orientada a la rendición del soberano y a la capitulación de sus ejércitos. El colonizado no es un enemigo organizado alrededor de un ejército regular que obedece al mando centralizado de un Estado capaz de *monopolizar* la máquina de guerra como en Europa: al escapar de todo poder central, las tribus árabes (nómadas) y los agricultores (esencialmente bereberes y cabileños) siempre estuvieron armados y mantuvieron celosamente el derecho a ejercer la fuerza en pos de su «independencia». Por lo tanto, el «indígena» argelino, presentado como un saqueador por nacimiento, estaba singularmente bien equipado para practicar lo que desde la guerra de España fue denominado «guerrilla» y que muchos oficiales franceses que sirvieron en Argelia

---

[6] Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, *op. cit.*, p. 177.
[7] Olivier Le Cour Grandmaison, *Coloniser. Exterminer. Sur la guerre et l'État colonial*, París, Fayard, 2005, pp. 128, 85-89.

conocían muy bien, porque enfrentaron esa «verdadera plaga, causa primera de las desgracias de Francia» (Carta de Napoleón a Las Cases).

Valiéndose de esta experiencia que amenazaba con repetirse en Argelia, a finales de la década de 1840, el ejército de África se decide a «vencer a la guerrilla con sus propios medios», una guerra a ultranza y una contraguerrilla, en este caso, que saca todas las consecuencias del mensaje que Abd al-Qādir, el emir de los «árabes» (una «especie de Cromwell musulmán», según Tocqueville), le dirige al general Thomas-Robert Bugeaud, gobernador de la colonia: «Cuando tu ejército avance, nos retiraremos. Se verá forzado a batirse en retirada y volveremos. Lucharemos cuando lo estimemos conveniente. Sería una locura oponernos a las fuerzas que arrastras contigo. Pero las cansaremos y las destruiremos».[8]

¿Cómo «librar batalla», según las reglas y el derecho de la «guerra de nación a nación», contra un enemigo tan inasible y que no es otro que la población movilizada contra un ejército de conquista y ocupación? Los límites de espacio y de tiempo propios de la guerra convencional se extienden a todo el territorio ocupado y a toda la sociedad, modificando profundamente su naturaleza y cuestionando el principio mismo del advenimiento de una paz duradera que nunca podrá ser decretada con los «árabes» (Frantz Fanon: «Como para ilustrar el carácter totalitario de la explotación colonial, el colono hace del colonizado una especie de quintaesencia del mal»).[9] Después de derrotarlos, habrá que ejercer una «dominación total» para explotar y volver irreversible la conquista, tal y como recomendaba el muy liberal Alexis de Tocqueville en el informe que redactó en calidad de diputado experto en los asuntos coloniales. «Dominación total» es el nombre biopolítico para un *nuevo estado de guerra permanente*.

Como sugería Tocqueville en su «Trabajo sobre Argelia» (1841) —este *factum* que debería interesar a los partidarios de la teoría según la cual el «problema del liberalismo es gobernar lo menos posible»—, la guerra colonial debe practicar todo lo que estaba prohibido por «el derecho de gentes» de la guerra convencional y que ahora depende de una estrategia global de terror y hambruna: devastar la economía del territorio ocupado, «destruir todo lo parecido a una agrupación permanente de la población, es decir, a una ciudad», practicar redadas, incendiar pueblos, atrapar rebaños, «ampararse de los hombres sin armas, de las mujeres y de los niños», no hacer ninguna distinción entre civil y militar (aunque sin ejecutar sistemáticamente a los prisioneros). Tal y como explica aquel que se presenta

[8] Carta de Abd al-Qādir a Bugeaud, citada por Yves Lacoste, *La Question post-coloniale*, París, Fayard, 2010, p. 297.

[9] Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, traducción de Julieta Campos, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1963 [1961], p. 20.

como un defensor responsable de la vía intermedia, la acción del gobierno sobre estas poblaciones no debe «separar a la dominación de la colonización y viceversa». Bugeaud, ese veterano de la guerra de España, resume así los objetivos de la guerra: «El objetivo no es correr detrás de los árabes, lo que resulta muy inútil; es impedir que los árabes siembren, cosechen, hagan pastar a sus animales, […] saquen provecho de sus campos […]. Quemen sus cosechas todos los años […] o exterminen hasta el último hombre».[10] Si Tocqueville se opone a llegar a estos extremos, y prefiere la idea de «comprimir a los árabes», comparte con Bugeaud la necesidad de adaptar al ejército a este nuevo estilo de combate, de tipo contrainsurgente, promoviendo procedimientos que prefiguran la organización del ejército por módulos generalizada en los años sesenta. Si las «grandes expediciones» deben ser mantenidas para mostrar «a los árabes que en el país no hay obstáculos que puedan detenernos», Tocqueville esgrime que «más vale tener varios cuerpos móviles pequeños que se agiten sin cesar alrededor de puntos fijos, que grandes ejércitos». Esto pasa por la «creación de un ejército especial para África» que será el único capaz de luchar contra el «robo a mano armada»,[11] devolviéndo a los «bárbaros» sus propios «métodos».

Sin embargo, la aprobación de la estrategia militar de Bugeaud contra las poblaciones argelinas («ataque con humo» incluido)[12] no equivale a un respaldo de su proyecto de colonización paramilitar de Argelia (una colonización de veteranos inspirada en el modelo romano y que pretende fabricar un *ejército de trabajadores*).[13] En efecto, para Tocqueville todos los medios coercitivos necesarios para la «dominación sobre los árabes, sin la cual no hay ni seguridad para la población europea ni progreso de la colonización»[14] no tienen otro objetivo que inscribir la excepción colonial, mediante la «normalización» de la situación argelina (la *pacificación*), bajo la regla del liberalismo («que las condiciones económicas sean tales [en

[10] Citado por François Maspero, *L'Honneur de Saint-Arnaud*, París, Plon, 1993, p. 177-178.

[11] Alexis de Tocqueville, «Trabajo sobre Argelia», en *Escritos sobre la esclavitud y el colonialismo*, traducción de Ana María Portuondo, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009. Véase Olivier Le Cour Grandmaison, *op. cit.*, pp. 98-114.

[12] En el texto de Tocqueville: «A menudo he escuchado […] de hombres que respeto, pero que no apruebo, encontrar malo que quemáramos las cosechas, que vaciáramos los silos y, finalmente, que nos ampararámos de los hombres desarmados, de las mujeres y de los niños. Estas son, según mi parecer, necesidades desafortunadas, pero a la cuales todo pueblo que quiera hacerles la guerra a los árabes se verá obligado a someterse». «Trabajo sobre Argelia», *op. cit.*

[13] En 1838, el mariscal Bugeaud publica *De l'établissement de colons militaires dans les possessions françaises de l'Afrique*. Vuelve a retomar el argumento en 1842: *L'Algérie. Des moyens de conserver et d'utiliser cette conquête*.

[14] Carta de Bugeaud a Genty de Bussy, 30 de marzo de 1847.

Argelia] que uno pueda procurarse fácilmente la abundancia y a menudo alcanzar la riqueza») y del «libre comercio» con Francia.[15] Es decir, el principio de un *gobierno colonial liberal* que hace que la «libertad» de los colonos (la población europea substituye al «elemento indígena», reprimiéndolo o destruyéndolo)[16] se apoye únicamente en dispositivos que pueden ser descritos, antes de tiempo, como *guerra securitaria*. Estos prolongan (en el exterior), por estos medios excepcionales, el arte liberal de gobernar (en el interior) en su relación de dependencia más estrecha con esa «enorme cantidad de intervenciones gubernamentales» y esas «estrategias de seguridad que son —Foucault lo vio claramente— el reverso y la condición misma del liberalismo».[17] Lo que da un giro totalmente distinto a la afirmación de Tocqueville según la cual «no hay que decir: la organización social en África debe ser excepcional, salvo algunas similitudes, sino por el contrario: las cosas deben ser conducidas en África como en Francia, salvo con algunas excepciones».[18] Entre estas, la prohibición del comercio para los «árabes» que el liberal Tocqueville estima como «el medio más eficaz que pueda ser utilizado para reducir a las tribus».[19]

Cuando la Revolución de febrero de 1848 se transformó en guerra civil y la «clase obrera» se manifestó por primera vez como sujeto político del *combate de clase*[20] («¡Maldito Junio!»), ¿quién más que los generales africanos podían combatir, no a un ejército, sino a «los beduinos de la metrópolis» que luchaban *sin gritos de guerra*, *sin jefe*s, *sin banderas*? ¿Quién era capaz de operar, no en un campo de batalla, sino en una ciudad donde los combates tenían lugar en las calles y casa por casa, aparte de aquellos que habían practicado una guerra «total» contra los «árabes», siguiendo el ejemplo de Bugeaud, quien participó en la represión del levantamiento del 13 y el 14 de abril de 1834? Bugeaud, además, fue el autor de *La Guerre des rues et des maisons* [La guerra de calles y casas], donde la ciudad, pensada como un campo de batalla en el frente interno de la lucha de clases, debía

---

15 «Informe realizado por el señor Tocqueville sobre el proyecto de ley relativo a los créditos extraordinarios solicitados para Argelia», *Escritos sobre la esclavitud y el colonialismo*, *op. cit*.

16 Se estima que la población argelina global fue amputada en casi la mitad entre 1830 y 1850: pasando de 4 a 2,3 millones.

17 Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit*, pp. 85-86 (clase del 24 de enero de 1979).

18 Alexis de Tocqueville, «Trabajo sobre Argelia», *op. cit*.

19 Ibídem. Para Tocqueville, la «devastación del país» solo es «el segundo medio en términos de importancia».

20 Aquí hay que citar los *Recuerdos* de Tocqueville: «No fue, ciertamente, una lucha política (en el sentido que hasta entonces le habíamos dado a esta palabra), sino un combate de clase, una especie de guerra de esclavos». Alexis de Tocqueville, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, traducción de Marcial Suárez, Madrid, Trotta, 2016, p. 114.

ser reorganizada en consecuencia… ¿Quién podía afrontar a «los bárbaros interiores» sino aquellos que habían combatido a los «bárbaros» de las colonias en situaciones similares? ¿Quién más que «el africano Cavignac», nombrado gobernador de Argelia en febrero de 1848 y ministro de Guerra el 17 de mayo, podía aplastar a «esos canallas rebeldes», a esas «bestias brutas y feroces» del «populacho» sublevado, operando «en París como hubo hecho en las montañas de Cabilia» junto a su ejército de guerra civil?

Primero reticente («más por instinto que por reflexión») a la «dictadura militar» puesta en marcha bajo la autoridad de Cavignac, Tocqueville apoyará sin reservas la *destrucción programada* del enemigo interior mediante las tácticas militares de la «Coloniale» (mil muertos en los combates, tres mil ejecuciones después). En «Las jornadas de junio de 1848», Engels —quien, dado el caso, puede retomar la antigua cantinela racial respecto del «nivel moral […] muy bajo» de los cabileños y de los árabes, pero no el *racismo de clase* que asedia a la Francia de la década de 1840— hace referencia no menos de tres veces a la guerra de Argelia para mostrar que, a pesar de su experiencia militar, los obreros parisinos no estaban preparados para afrontar el despliegue de los «medios argelinos» y la «barbarie argelina». ¿Cómo podían imaginarse que «en pleno París pudiera desatarse una guerra de esas, a la argelina» y que toda una población fuera sometida a una «guerra de exterminio»? Porque «la burguesía no ha proclamado a los obreros enemigos vulgares a quienes se derrota, sino *enemigos de la sociedad* a quienes se extermina».[21] Los generales del ejército de África marcaron para siempre la «naturaleza» de la República mediante la destrucción argelina del levantamiento popular, en el cual «las mujeres […] tomaron tanto lugar como los hombres».[22] Bugeaud, nuevamente: «¡Tienen la república democrática, pero nunca tendrán la república social! Se lo digo yo, tomen nota». El odio racial de los generales africanos, lejos de haber sido entorpecido por la política de emigración colonial que buscaba convertir al proletario en un colono-propietario (*el sable y el arado*), reconoce inmediatamente el hilo conductor que conecta a los «indígenas interiores» con los indígenas de las colonias. Algo que la izquierda francesa, con todos sus ardores republicanos, nunca llegará a concebir.

El hecho es que la dominación ejercida por el modelo mayoría (colonizador) / minorías (colonizado) también «beneficia» a los obreros europeos. A pesar de la explotación que padecen en la metrópolis, ellos comparten con los capitalistas los dividendos de la colonización que los «aburguesa»,

---

[21] Friedrich Engels, «La revolución de Junio en París», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Las revoluciones de 1848*, traducción de Wenceslao Roces, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 147.

[22] Alexis de Tocqueville, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, *op. cit.*, p. 115. Tocqueville ve ahí «el levantamiento de toda una población contra otra».

según la expresión de Engels. Tal y como subraya en una carta particularmente cáustica dirigida a Kautsky en 1882: «Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que de la política en general; lo mismo que piensan los burgueses […]. [L]os obreros se benefician tranquilamente con ellos del monopolio colonial de Inglaterra y del monopolio de esta en el mercado mundial».[23] Habrá que esperar hasta 1920 para que Lenin, en su Informe para el II Congreso de la Internacional Comunista, afirme que la lucha contra el imperialismo triunfará cuando la ofensiva de «los obreros explotados y oprimidos […] se funda con el empuje revolucionario de centenares de millones de seres que hasta ahora habían permanecido al margen de la historia y eran considerados solo como objeto de esta».[24]

Las políticas «raciales» hacen emerger la fuerza de las divisiones dentro del proletariado mundial y la debilidad del internacionalismo obrero, que en el fondo padecen las mismas limitaciones que su «hermano» liberal en cuanto a su universalismo de principio. Por un curioso cruce, los primeros congresos socialistas que se celebraron en Argel, a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, defienden «la mano de obra francesa» contra la mano de obra italiana, considerada como extranjera. Y mientras que los colonizadores franceses piensan ser «argelinos», los colonizados solo son «indígenas» o «musulmanes».[25]

Tal y como sucede con las jerarquías sexuales, el poder también pasa por los dominados que lo reproducen al someterse a él. Los obreros, que fueron objeto de un racismo de clase durante todo el siglo XVIII y el siglo XIX, lo vuelcan contra los colonizados. El cruce de la explotación de clase con la dominación del modelo mayoritario en *uniforme* sigue ejerciéndose aquí. Pensemos, por ejemplo, en el ciudadano-soldado napoleónico como modelo *popular* de una virtud cívica totalmente masculina que vuelve a la acción en la década de 1840, en la vertiente más republicana (la del *colono-obrero* y del *colono-labrado*r) de la Argelia francesa. La guerra colonial es al mismo tiempo una «guerra de subjetividad», ya que la instalación de la relación de dominación colonizador/colonizado también es una relación de dependencia que durante largo tiempo va a formatear tanto la subjetividad de los colonizadores como la de los colonizados.

---

[23] «Carta de Engels a Kautsky» (1882). Engels retoma la misma tesis en su prefacio a la segunda edición de *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* disponible en www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e120982.htm

[24] Lenin, «Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista» (1920), disponible en www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1920s/internacional/congreso2/01.htm

[25] *Marxisme et Algérie*, textos de Marx y Engels presentados y traducidos por R. Gallisot y G. Badia, París, UGE, p. 265.

Asimismo, la descolonización política debe ir acompañada por una descolonización subjetiva, por una conversión de la subjetividad que, por medio de un retorno crítico al economicismo marxista, prohibirá toda proyección del capitalismo y de sus actores dialécticos —burguesía «moderna» *y* «clases obreras de todos los países civilizados»— sobre cualquier «progreso de la civilización», según el sintagma modernista utilizado por Engels a propósito de la conquista de Argelia, en el momento de la captura del «jefe árabe» (de la cual se alegra).[26]

[26] Véase F. Engels, *The Northern Star*, 22 de enero de 1848. «En nuestra opinión, es muy afortunado que el jefe árabe haya sido capturado. La lucha de los beduinos era en vano y aunque la manera en que los brutales soldados como Bugeaud llevaron a cabo la guerra sea muy condenable, la conquista de Argelia constituye un hecho importante y propicio para el progreso de la civilización». De un modo más general, sobre la cuestión del «modernismo» eurocéntrico marxista, véase Peter Osborne, *Marx*, Londres, Granta Books, 2005, cap. 7 y 10.

VII
LOS LÍMITES DEL LIBERALISMO DE FOUCAULT

> [Deben conocer] la cita de Freud: «*Acheronta movebo*». Pues bien, querría poner el curso de este año bajo el signo de otra cita no tan conocida y perteneciente a [...] un hombre de Estado inglés, Walpole, que decía lo siguiente acerca de su propia manera de gobernar: «*Quieta non movere*». «No hay que tocar lo que está tranquilo». En cierto sentido, es lo contrario de Freud.
>
> Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*

Atormentado por el pensamiento del cuarenta y ocho —y por el proyecto de una «República que será democrática y social o no será» (según la fórmula de los revolucionarios de 1848)—, el siglo XIX es el siglo del triunfo del liberalismo con su espectáculo de crisis y miseria obrera, engendradas por la «libertad del comercio». Esta libertad supuestamente sustituye a la guerra y al control ilimitado de un Estado que será *limitado* únicamente a la defensa de la seguridad de los bienes y de las personas que *los poseen*, según el razonamiento tan «lockeano» de Benjamin Constant, quien llega a la conclusión de que los derechos políticos deben limitarse únicamente a aquellos que tienen «el tiempo indispensable para la adquisición de la cultura».[1] Un indicio suficiente de que la gestión liberal de la libertad solo se convertirá en el horizonte irreversible de las sociedades democráticas si empieza por oponer a la perspectiva de la subversión de la sociedad burguesa la realidad de la guerra civil contra los «beduinos del interior». Como parte del orden liberal de las cosas, miles de supervivientes de las jornadas de junio y sus familias son deportados a Argelia con la aprobación de Tocqueville. Según él, las rupturas de 1848 —los liberales retomarán incansablemente esta explicación— se deben al crecimiento continuo del Estado bajo el efecto de las revoluciones, en detrimento de una sociedad que hay que «*laisser faire*» para *defenderla* mejor...

---

[1] Véase Benjamin Constant, *Principios de política aplicables a todos los gobiernos representativos,* traducción y prólogo de Antonio Zozaya, Madrid, Biblioteca Económica Filosófica, 1890. El motivo se enuncia de una manera que no puede ser más clara en el capítulo VI: «Solo la propiedad hace a los hombres capaces del ejercicio de los derechos políticos».

Pero la negación de la historia de la colonización y del papel que jugaron los liberales más ilustres, al asociarle la cuestión social, no es lo único que nos impide suscribir a la perspectiva foucaultiana del liberalismo presentada en el curso en el Collège de France de 1978-1979, *Nacimiento de la biopolítica.* Un curso que con demasiada frecuencia ha sido reducido al análisis del neoliberalismo, a pesar de que para Foucault el neoliberalismo no es más que un *género particular* de esa *especie común* que él analiza como un «arte liberal de gobernar» que data de «mediados del siglo XVIII».

En el análisis de la gubernamentalidad liberal, cuyas primeras manifestaciones habrían sido obra de los fisiócratas (de quienes toma la palabra *laissez-faire* que pretende acabar con la escasez de cereales), Foucault entierra la guerra como «cifra» de las relaciones de poder con la hipótesis disciplinaria reemplazándola por el desarrollo de una teoría de los límites que la economía política impondría a la gubernamentalidad. «El liberalismo es, en un sentido más restringido, la solución consistente en limitar al máximo las formas y los ámbitos de acción del gobierno».[2] En la economía de mercado, la forma moderna de gubernamentalidad «en lugar de tropezar con límites formalizados por jurisdicciones, [...] se [da] a sí misma límites intrínsecos». El límite ya no es externo (derecho, Estado), sino inmanente; en este caso, es una «autolimitación de la razón gubernamental, característica del "liberalismo"», que ahora debe ser estudiada como el «marco general de la biopolítica».[3] En este nuevo marco, la correlación que el filósofo privilegia es la de la «mano invisible» y del *homo œconomicus*, reinscribiéndola en el corazón del liberalismo como descalificación de las últimas formas de *soberanía*: soberanía económica (porque el mundo económico contiene una *multiplicidad* tanto más imposible de totalizar cuanto que asegura espontáneamente la convergencia de los puntos de vista) y soberanía política (de una razón gubernamental que sigue haciendo coincidir —como en los fisiócratas— la libertad de los agentes económicos con la existencia del soberano). Si seguimos a Foucault, es con Adam Smith que la economía se transformaría en una «disciplina atea», en una «disciplina sin totalidad», que arremete contra el principio mismo de totalización, en este caso, con la forma de una verdadera «crítica de la razón gubernamental». El filósofo precisa que hay que entender esta crítica «en su sentido propio y filosófico»,[4] en el sentido kantiano, por lo tanto, de una autolimitación (trascendental) de la razón en una Crítica que, un año antes, había sido objeto de una importante conferencia («¿Qué es la

[2] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica, op. cit.*, p. 39 (clase del 10 de enero de 1979).
[3] Ibídem, pp. 39-40.
[4] Ibídem, p. 326. Lo que es dicho justo en medio de un largo comentario de la «mano invisible» que forma la última parte de la clase del 28 de marzo de 1979 (pp. 305-330).

crítica?»), situada enteramente bajo el signo del *arte de no ser demasiado gobernado*, a modo de «Respuesta a la pregunta "¿Qué es la Ilustración?"».[5] Como sabemos, es el título mismo del texto de Kant de 1784 sobre la *Aufklärung*, al cual Foucault no dejará de volver, considerando al filósofo alemán dentro del gran vuelco del liberalismo. Lógicamente, en *Nacimiento de la biopolítica*, es Adam Smith quien tiene la tarea de liberar a la veridicción liberal de toda *Aufklärung* pasada, presente o futura… dándole al arte de gobernar, «cuyo objetivo es su propia autolimitación [...] ajustada a la especificidad de los procesos económicos», un campo de referencia nuevo, indisociable del *homo œconomicus* y que, por supuesto, es la *sociedad civil*.[6]

Centradas en la historia del modelo del *homo œconomicus*, las dos últimas clases del curso juegan un papel eminentemente «estratégico» en la obra de Foucault, en la medida en que ahí el liberalismo está identificado con la problemática del gobierno de la «sociedad». La necesidad del gobierno será interrogada «en nombre de la sociedad», «en qué aspectos se puede prescindir de él y en qué ámbito su intervención es inútil o perjudicial».[7] La pregunta orienta la investigación hacia la localización de una ruptura interna a la práctica gubernamental con el derecho como principio de «limitación externa» de la razón de Estado.

Retomemos y resumamos a grandes rasgos la demostración de Foucault en estas dos clases. En efecto, estas entregan el plano de consistencia del conjunto del curso que, como hemos visto, comienza con una nueva manera de concebir la «razón gubernamental crítica», en la cual «las objeciones ya no recaerán en el abuso de la soberanía sino en el exceso de gobierno».[8]

El capitalismo hace emerger una heterogeneidad irreductible entre el sujeto económico (*homo œconomicus*) y el sujeto de derecho. Mientras que el sujeto de derecho se socializa mediante la renuncia a sus derechos, transfiriéndolos a una autoridad superior, el sujeto económico se socializa mediante una «multiplicación espontánea» de sus intereses tan irreductible que pone al arte de gobernar en una incapacidad esencial «de dominar la totalidad del dominio económico». El «campo de inmanencia indefinido» del sujeto del interés destrona a la soberanía volviéndola ciega a la totalidad del proceso económico. La pregunta entonces se convierte en la siguiente: ¿dónde encontrar un «principio racional para limitar de una manera que no apele al derecho» ni a la «ciencia económica» una gubernamentalidad que se haga cargo de la heterogeneidad irreductible entre lo económico y lo jurídico?

---

[5] Michel Foucault, «¿Qué es la crítica? [Crítica y *Aufklärung*]», *Revista de Filosofía*, núm. 11, pp. 5-25.
[6] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 337 (clase del 4 de abril de 1979).
[7] Ibídem, p. 361 (resumen del curso).
[8] Ibídem, p. 29 (clase del 10 de enero de 1979).

Al buscar definir una tecnología de poder «que ha de administrar la sociedad civil, la nación, la sociedad, lo social»,[9] Foucault va a reconstruir la historia del concepto de sociedad (civil) sobre el cual el gobierno debe ejercerse a partir de un «punto de inflexión», que él sitúa en la segunda mitad del siglo XVIII e interpreta como una ruptura con la filosofía lockeana de la sociedad civil. En efecto, esta última todavía seguiría estando caracterizada por la primacía de la estructura jurídico-política («De la sociedad política o civil»), mientras que la nueva manera de concebirla consiste en dar un lugar privilegiado al sujeto económico, en cuanto portador de una nueva forma de racionalidad desprovista de toda trascendencia.

Es con Adam Ferguson, cuyo *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* guardaría una gran proximidad con la *La riqueza de las naciones* (puesta de relieve por Foucault: «la palabra "nación" […] tiene en Smith más o menos el mismo sentido que "sociedad civil" en Ferguson»),[10] que una posición ya difusa, tendente a afirmar un principio de continuidad entre la sociedad civil y el sujeto económico, podría expresarse. Del mismo modo que el lazo económico, el lazo social se forma espontáneamente, sin que haya que instaurarlo o que tenga que autoinstaurarse. De la misma manera que la economía, la sociedad civil realiza la síntesis espontánea de los individuos sin recurrir a un «contrato explícito», a un «pacto de unión voluntaria», a una «renuncia a derechos» que tendría que situarse al comienzo de la vida civil.

Las relaciones de poder no tienen la forma político-jurídica del «*pactum unionis*» y del «*pactum subjectionis*», puesto que el poder (y las relaciones de subordinación que lo animan) se funden espontáneamente mediante «un lazo de hecho que va a unir entre sí a individuos concretos y diferentes».[11] La estructura jurídico-política llega con posterioridad a las relaciones de poder formadas espontáneamente mediante el juego de las diferencias entre los individuos. A partir de entonces, la complicidad entre sujeto económico y sociedad civil queda claramente establecida, ya que en ambos casos la fuerza de socialización es el interés: «intereses desinteresados» (simpatía, compasión, repugnancia, etc.) en el caso de la sociedad civil e «intereses egoístas» en el caso del *homo œconomicus*.

Los intereses egoístas no producen «localización, no hay territorialidad, no hay agrupamiento singular» (el mercado es desterritorializante, universalizante, sus relaciones son «abstractas»), mientras que los intereses desinteresados producen lazos comunitarios y, por lo tanto, conjuntos territorializados, localizados y singulares. «La sociedad civil es mucho más que la asociación de los diferentes sujetos económicos», porque no es un simple

---

[9] Ibídem, p. 336 (clase del 4 de abril de 1979).
[10] Ibídem, p. 338.
[11] Ibídem, p. 345.

sistema de intercambios de derechos ni de intercambios económicos. Sin embargo, «el egoísmo económico puede tener lugar allí» (territorializándose, alojándose en conjuntos singulares) y jugar un papel positivo de ruptura e innovación en cuanto agente de cambio de la sociedad. La síntesis espontánea de los «intereses egoístas» (el *mercado*) amenaza constantemente a la síntesis igualmente espontánea de los «intereses desinteresados» de la sociedad civil y tiende a «deshacer constantemente lo anudado por el lazo espontáneo de la sociedad civil».[12] Pero el lazo económico «disociativo», en tanto egoísta, abstracto, desterritorializado y desterritorializante, constituye al mismo tiempo un principio positivo de «transformación histórica», de «transformación perpetua» de la sociedad civil. Para decirlo con Adam Smith: «Cada hombre [...] se transforma en alguna medida en un comerciante».[13] Además, la sociedad civil y el sujeto económico forman parte de un mismo conjunto que depende de «lo que llamaré realidades de transacción».[14] «La sociedad civil», concluye Foucault, «es el conjunto concreto dentro del cual es preciso resituar esos puntos ideales que constituyen los hombres económicos, para poder administrarlos de manera conveniente».[15]

Comprendemos mejor por qué el liberalismo, reconfigurado a partir de un utilitarismo cuya inmanencia se traslada hacia una nueva tecnología de gobierno, le interesa a Foucault. En efecto, el liberalismo cruza todas sus temáticas de una manera muy profunda: crítica de la forma jurídico-política, crítica de la soberanía, genealogía no jurídica del poder, constitución de «unidades colectivas y políticas, sin ser a pesar de ello lazos jurídicos: ni meramente económicos ni meramente jurídicos».[16] Si la sociedad civil, con sus fenómenos de poder espontáneos, existe antes que la forma jurídico-política, el problema que determina todo un *nuevo arte de gobernar* «va a ser simplemente saber cómo reglamentar el poder, cómo limitarlo dentro de una sociedad donde la subordinación ya actúa»[17] descalificando la razón política «ajustada al Estado», incluso en su versión no despótica.

Por lo tanto, Foucault tendrá que volver a la diferencia entre: Alemania, donde la sociedad civil solo vale en función de su capacidad para «soportar un Estado» (el linaje conduce de Kant a Hegel); Francia, que con la Declaración de los Derechos del Hombre habría quedado dividida entre «la idea jurídica de un derecho natural que el pacto político tiene la función

---

[12] Ibídem, p. 344.
[13] Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, *op. cit.*, libro I, cap. 4 («Del origen y uso del dinero»), p. 55.
[14] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 337.
[15] Ibídem, p. 336.
[16] Ibídem, p. 351.
[17] Ibídem, p. 352.

de garantizar» (después de Rousseau) y las condiciones que la burguesía impone al Estado; y, por último, Inglaterra, *que no conoce el problema del Estado* en razón de la «gubernamentalidad interna» de la «sociedad civil»[18] que hace de todo gobierno un *peligroso complemento…* A propósito de esto, Foucault toma de Ferguson el análisis comparativo de los modos de colonización de Francia e Inglaterra, a modo de ilustración de la mano invisible que combina espontáneamente los intereses. «Los franceses llegaron con sus mejores proyectos, su administración, su definición de lo que sería más beneficioso para sus colonias americanas» y estas colonias se desmoronaron al mostrar los pocos recursos que poseían sus «hombres de Estado». Ferguson-Foucault (un Ferguson liberado de toda *virtud republicana* para *liberalizarlo* mejor) prosigue: «Los ingleses, en cambio ¿con qué llegaron para colonizar América? […] Con "visiones de corto plazo". No tenían ningún otro proyecto que la ganancia inmediata de cada uno, o mejor, cada uno solo tenía a la vista el objetivo a corto plazo de su propio proyecto. De repente, las industrias se activaron y los establecimientos florecieron».[19] Prohibiendo toda posición «sobresaliente», efectivamente sería mediante la *Ilustración* de Adam Smith que «la economía política denuncia, a mediados del siglo XVIII, el paralogismo de la totalización política del proceso económico».[20] Empero, Foucault no ignora que el Tratado de Viena (1815) confirma la dominación político-militar de Inglaterra, que, gracias al relevo de su potencia económica y su supremacía en los mares, impondrá la libre circulación marítima (el mar como espacio de libre competencia) *que ella controla*, dirigiendo a su favor una «planetarización comercial» *ilimitada* que implica «la *totalidad misma* de lo que en el mundo puede ponerse en el mercado».[21] En resumen, esta supuesta «Europa del enriquecimiento colectivo» como «región de desarrollo económicamente ilimitado con respecto de un mercado mundial» que Foucault denomina liberalismo, sin profundizar nunca en su carácter imperialista, merecería algunos desarrollos complementarios en cuanto a la naturaleza exacta del «papel de mediador económico [de Inglaterra] entre el continente y el mercado mundial».[22]

A lo largo de los cursos sobre el nacimiento de la biopolítica, Foucault tiene presente las formas de gobierno más significativas posteriores a la Segunda Guerra Mundial (el ordoliberalismo alemán y el neoliberalismo norteamericano) y las analiza como gubernamentalidad de la sociedad.

---

[18] Ibídem, p. 354.
[19] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 324 (clase del 28 de marzo de 1979).
[20] Ibídem, p. 324.
[21] Ibídem, p. 73, la cursiva es nuestra (y p. 80 respecto a la posición de Inglaterra), p. 74 sobre «la ilimitación del mercado exterior» (clase del 24 de enero de 1979).
[22] Ibídem, pp. 73, 80.

Pero una vez más, en este punto, su lectura es altamente problemática y, por así decirlo, eminentemente *acrítica*.

Porque esta idea, esta *ideación* de una «sociedad civil» que neutraliza al Estado, a la guerra (y a la guerra civil) y al Capital simultáneamente, no supera la segunda mitad del siglo XIX. Ahora bien, Foucault no interroga ni las razones de su fracaso ni las catástrofes que produce. Todo lo que la doctrina liberal reprimió (guerra, Estado y capital) retorna con una fuerza destructora inaudita. Foucault lo reconoce («Después de todo, con el siglo XIX entramos a la peor época de la guerra, las tarifas aduaneras, los proteccionismos económicos, las economías nacionales, los nacionalismos políticos, las [más] grandes guerras que el mundo haya conocido, etc.»),[23] pero remitiéndolo a un plano estrictamente histórico —el de las crisis de la economía del capitalismo—. Aquí, la guerra no es más que la demostración mediante la reducción al absurdo de una «incompatibilidad de principio entre el desenvolvimiento óptimo del proceso económico y una maximización de los procedimientos gubernamentales».[24] De inspiración y tonalidad hayekianas, esta tesis influye profundamente en el análisis de los «clásicos» (Locke, Smith, Ferguson, Hume) propuesto por Foucault en *Nacimiento de la biopolítica.*

El comentario del texto de Kant, *Sobre la paz perpetua* (1795), depurado de su relación con la guerra para garantizar de una mejor manera la paz perpetua solamente por la planetarización comercial,[25] es aquí, al mismo tiempo, necesario y problemático en su finalidad misma. Necesario, porque se trata de afirmar, junto a Kant y todos los liberales, la incompatibilidad de principio del *espíritu comercial* con la guerra. De donde se deduce aquel curioso republicanismo que Foucault llama la «*república fenoménica de los intereses*» para poner énfasis en que el nuevo régimen liberal de gobierno «ya no debe ejercerse sobre súbditos y cosas sometidas a través de estos»,[26] propias de un Estado de policía. Esto es problemático en la medida en que contribuye a fundar según la razón *la irreductibilidad de las crisis del liberalismo a las crisis de la economía del capitalismo* para poner mejor de manifiesto una «crisis del dispositivo general de gubernamentalidad»,[27] para la cual el liberalismo ofrecería, bajo el nombre de autolimitación de la razón gubernamental, la primera y única respuesta conocida hasta ahora en una sociedad donde «lo que determina el verdadero valor de las cosas es el intercambio» y

---

23 Ibídem, p. 78.
24 Ibídem, pp. 362-363 (resumen del curso).
25 Ibídem, pp. 77-78. A pesar de que, según Kant, es por la guerra que se operan tanto el poblamiento de las regiones inhospitalarias como el establecimiento de los lazos jurídicos.
26 Ibídem, p. 66 (clase del 17 de enero de 1979).
27 Ibídem, p. 92 (clase del 24 de enero de 1979).

que, por consiguiente, problematiza el «valor de utilidad» del gobierno.[28] Es respecto a un relato semejante, que casi podría calificarse de *transcendental* —en el sentido de la economía transcendental del liberalismo que él moviliza y que lo sostiene—, que el siglo XIX prepara una salida totalmente diferente, dibujando un retrato radicalmente distinto del liberalismo. La «multiplicidad intotalizable» será aplastada y centralizada por los monopolios bajo la presión de la forma más abstracta del capital, el capital financiero, que literalmente hará añicos todo «límite», volviendo imposible la «síntesis» de los intereses y abriendo la vía a las guerras imperialistas y coloniales. La guerra vendrá a operar la clausura del «marco económico» que ninguna «autorregulación» garantiza. Puesto que la totalización ya no puede ser efectuada por la soberanía, entonces lo será mediante su «otra cara», la guerra y la máquina de guerra del Estado. De manera que, si la competencia económica remplaza a la guerra, como quieren los liberales, solo es para desembocar en ella, inexorablemente.

Foucault también pasa por alto la continuidad del régimen liberal de la sociedad civil con la realidad de su «prehistoria» lockeana, justo cuando a lo largo de todo el siglo XIX el liberalismo se apoya en la *sociedad civil de los propietarios-accionistas*. A propósito, señalemos la fórmula de Tawney que explica que, para Locke, «*la sociedad es una compañía anónima*» en la cual los accionistas entran para «asegurar los derechos ya conferidos por las leyes inmutables de la naturaleza» y donde el Estado, «cuestión de conveniencia, no de sanciones sobrenaturales [...] asegura el pleno desarrollo de su ejercicio ilimitado»[29] más mercantil, fundado en la intensificación de las guerras de acumulación. Siguiendo por esta vía, nos encontraríamos con el arte de la guerra liberal de Adam Smith y con aquello que Marx, al final del libro I de *El Capital* (y de la sección VII sobre «El proceso de acumulación del capital») que él sitúa bajo el rótulo de «La teoría moderna de la colonización», denomina «el secreto que la economía política del Viejo Mundo descubre en el Nuevo y proclama en alta voz». El secreto es el siguiente: «*El modo capitalista de producción y de acumulación, por ende también la propiedad privada capitalista, presuponen el aniquilamiento de la propiedad privada que se funda en el trabajo propio, esto es, la expropiación del trabajador*».[30] De esta forma, el colonialismo reconduce *in fine* a la verdad de la guerra de clase como vector de una «gubernamentalidad» liberal cuya crítica, esta vez, rechaza el modernismo de la «doble misión, destructora y creativa» de la burguesía en los países colonizados.[31] Que aquí nos

---

[28] Ibídem, p. 67.

[29] R. H. Tawney, *La religión en el origen del capitalismo*, traducción de Jaime Menéndez, Buenos Aires, Editorial Dédalo, 1959, p. 198 (las cursivas son nuestras).

[30] Karl Marx, *El Capital*, Libro I, sección VII, cap. XXV, *op. cit.*, p. 967.

[31] Véase Karl Marx, «Futuros resultados de la dominación británica en la India» (Londres, 22 de julio de 1853), primera edición en el *New York Daily Tribune*, 8 de

enfrentemos a lo que puede revelarse como la *versión original colonial* de la famosa fórmula schumpeteriana sobre la «destrucción creadora» del capitalismo es una muestra suficiente de aquello que se le escapó terriblemente a Foucault en su curso sobre el liberalismo.

Retomemos desde el momento en que, a partir de la corriente liberal, Foucault ve emerger dos principios heterogéneos de gubernamentalidad: «La axiomática revolucionaria, del derecho público y los derechos del hombre, y el camino empírico y utilitario que [...] define la esfera de independencia de los gobernados» con respecto de los gobernantes.[32] Si bien reconoce toda «una serie de puentes, pasarelas, junturas» entre ambos principios, solo este último redefinirá el asunto de la gubernamentalidad desde el punto de vista de su utilidad (o de su inutilidad), en el horizonte de un radicalismo utilitarista ajustado únicamente a este principio adaptado al intercambio y tal como el mercado determina, desde un principio, la utilidad individual y colectiva en un complejo juego de intereses individuales y colectivos.

¿Qué sucede, no obstante, con el ejercicio real de esta gubernamentalidad que plantea la pregunta «Por qué gobernar»? ¿Se gobierna en el siglo XIX según los principios de la «independencia de los gobernados con respecto de los gobernantes» en las tierras elegidas por el liberalismo?

En una famosa polémica entre liberales de ambos lados del Atlántico, los ingleses se burlan cuando los esclavistas pronuncian la palabra «libertad». Los «liberales» norteamericanos replican que, en Inglaterra, los obreros, los pobres, los indigentes reciben un peor trato que sus esclavos. Lo que es *dos veces* absolutamente justo... Los liberales nunca adoptarán el principio de «la independencia de los gobernados con respecto de los gobernantes» para «gobernar» a las masas de no pudientes, mantenidas en un estado de servidumbre, explotación y miseria. Esta humanidad, que no es considerada como tal (el liberal francés Sieyès imagina un cruce entre «monos y negros» con el fin de crear una nueva raza de esclavos), está sometida a una gubernamentalidad de la guerra civil que es exactamente lo opuesto a «gobernar lo menos posible». Esta ejerce una dominación sin límites.

En este sentido, la «población» —objeto de y sujeta a la gubernamentalidad de un Estado de policía que no se extingue con el «mercantilismo» de Locke— es un eufemismo que participa del *dulce comercio* denunciado por Marx. La independencia de los gobernados con respecto de quienes los gobiernan solo concierne a los «pudientes» y aspira, sobre todo, a que ningún poder «soberano» pueda limitar el goce de la libertad

---

agosto de 1853: «Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia».

[32] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 63.

de los propietarios, que es, ante todo, libertad de poder ejercer su poder sobre los esclavos o los semiesclavos, los pobres, los obreros, sus mujeres y sus hijos.[33]

En su *Contrahistoria del liberalismo,* Domenico Losurdo enumeró pacientemente las definiciones propuestas por los historiadores para captar la naturaleza del sistema de poder liberal relacionada con su infraestructura colonial: «plantocracia blanca», «democracia de los dueños de las plantaciones», «*Herrenvolk democracy*» (la democracia para el «pueblo de los señores»), «liberalismo segregacionista», «republicanismo aristocrático», «democracia helénica» (fundada sobre la esclavitud), «democracia blanca», «aristocracia» a secas.[34] A este respecto, Losurdo señala que la definición misma de un «individualismo propietario» o de un «individualismo posesivo» (MacPherson) no identifica correctamente los contornos de este liberalismo que, todavía en el siglo XIX, opera mediante expropiación, desposesión, reclutamiento forzado que adopta los rasgos de la guerra civil más feroz contra los no pudientes, en una continuación directa con esas prácticas que no ofendían en absoluto al «sentimiento liberal» porque, desde Locke, eran los cimientos del autogobierno de la sociedad civil.

En *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault relaciona los problemas de gubernamentalidad de esta «sociedad civil» poslockeana con el gobierno de la «sociedad» del ordoliberalismo alemán (y el neoliberalismo norteamericano de la Escuela de Chicago) de una manera lo suficientemente directa como para arriesgarse a crear una laguna de un siglo. Sin embargo, la «sociedad» de la posguerra es radicalmente distinta a la «sociedad civil» del siglo XIX, porque es el fruto de un doble proceso que Foucault no reconstruye. En primer lugar, es el resultado de la lucha de los esclavos, los obreros, los pobres y las mujeres por derrocar la «libertad» de los propietarios que se realiza como «libertad» de explotarlos y dominarlos, marginándolos de los derechos civiles y políticos. Durante todo el siglo XIX, los no pudientes harán temblar los muros de la «democracia» censitaria, detrás de los cuales solo se resguardan los propietarios que reivindican la igualdad y libertades *para todos*. El sufragio «universal» (con exclusión de las mujeres) es la primera reivindicación del movimiento obrero naciente. En Francia, será

---

[33] Señalemos, al pasar, que la revolución ejemplar de la independencia de los gobernados frente a los gobernantes, a saber, la Revolución norteamericana, no abolió la esclavitud (la mayoría de los 39 delegados que firmaron la Constitución eran propietarios de esclavos, como también lo fueron, por cierto, los primeros presidentes de Estados Unidos) y, además, ratificó dos veces uno de los más infames subproductos de la institución real del liberalismo clásico: la ley sobre la fuga de esclavos (Fugitive Slave Act en 1793, Fugitive Slave Law en 1850).

[34] Domenico Losurdo, *Contrahistoria del liberalismo*, traducción de Marcia Gasca, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 107.

conquistado en las barricadas de junio de 1848, aun cuando la posición de los liberales es favorable al voto censitario (recordemos que, en la Inglaterra liberal de comienzos del siglo XX, los indigentes, los empleados domésticos, los obreros no «establecidos» y las mujeres tienen prohibido votar). La libertad de prensa, de reunión, de asociación también fue la conquista de una gran lucha. ¿Hay que recordar, a continuación, que la «sociedad» de la posguerra fue generada por las dos guerras mundiales que movilizarán a la «población» en su conjunto, convirtiendo la reivindicación de igualdad de los movimientos revolucionarios del siglo XIX en igualdad de implicación de *todos* en la guerra? Es imposible comprender la realidad de la «sociedad» y del nuevo liberalismo que la «va a gobernar» sin esta doble ruptura con la sociedad civil de los propietarios.

En abril de 1983, Foucault retoma la función del liberalismo dentro de su obra. La libertad de los liberales, explica, conquistada contra la dominación de la monarquía absoluta, y contra la burocratización y los «excesos de poder» de los «Estados administrativos» del siglo XVIII, debe poder problematizar la burocratización y los excesos contemporáneos del poder administrativo, particularmente el *welfare*. De esta forma, Foucault propone menos una reevaluación del pensamiento liberal que de sus problematizaciones. «Me parece que vuelvo a activar un poco estos problemas, no para retomar los mismos términos o para volver a John Stuart Mill, sino para retomar las preguntas que fueron las de Benjamin Constant y Tocqueville», preguntas «que hay que plantear a todo régimen socialista».[35]

¿Pero no habría que empezar acaso por responder a la crítica que Josiah Tucker le dirige a Locke y a los colonos norteamericanos alzados contra Inglaterra, una crítica que no perdona al liberalismo de Tocqueville y de Constant? «Todos los republicanos antiguos y modernos [...] no sugieren otro esquema que no sea el de derrumbar y nivelar todas las distinciones por encima de ellos, tiranizando al mismo tiempo a aquellos seres miserables que, desgraciadamente, son colocados por debajo de ellos».[36] Razón por la cual esta teoría del límite, que la economía introduciría en la política al imponer al soberano y al Estado el principio «crítico» de un «siempre se gobierna demasiado», nos parece definitivamente incapaz de dar cuenta de la acción histórica del liberalismo, a saber, de su *práctica*, como enuncia y revindica Foucault con respecto de su propia investigación.

---

[35] Michel Foucault, en un diálogo inédito durante una conferencia pronunciada en Berkeley sobre «Ethics and Politics» en abril de 1983 (citado por Serge Audier, *Penser le «néolibéralisme». Le moment néolibéral. Foucault et la crise du socialisme*, Lormont, Le Bord de l'eau, p. 433).
[36] Citado por Domenico Losurdo, *op. cit.*, p. 108.

Detrás de Locke y de la sociedad civil liberal, siempre encontramos la figura de Hobbes, del Estado y de su máquina de guerra, porque la «sociedad» siempre está regida por el mantenimiento de divisiones profundas. A partir de 1977, Foucault parece dejar de lado los análisis que había desarrollado en el curso de 1972-1973 (*La sociedad punitiva*) *contra* el concepto de «sociedad», en nombre de la cual el gobierno liberal se interroga sobre su utilidad. Hay que volver a esas páginas, ya que la gubernamentalidad nunca ha dejado de actuar, no sobre la sociedad en general, como quiere creer el último Foucault, sino por y en sus divisiones.

De la relación entre hábito, disciplina, propiedad y sociedad, Foucault extrae una crítica radical del liberalismo y de su concepto de «sociedad civil», lamentablemente *olvidado* a partir de entonces. La filosofía política del siglo XVIII, comenta Foucault, decapa la tradición de la soberanía al transformar el hábito en su fundamento. Es por hábito que se obedece a la ley y a las instituciones y es siempre por hábito que se respeta la autoridad. Hume no convierte al hábito en un origen, sino en un resultado, de modo que hay algo irreductiblemente artificial en él, y por tanto fabricado. En el siglo XVIII, esta noción es utilizada para «separar todo lo que podrían ser obligaciones tradicionales, fundadas en una trascendencia y sustituirlas por la pura y simple obligación del contrato».[37] Pero el uso que le dará el siglo XIX es totalmente distinto. El hábito es «prescriptivo, porque es aquello a lo que la gente debe someterse». El hábito se transmite y se aprende, y constituirá, de este modo, el principio de funcionamiento de las técnicas disciplinarias. El aparato de «secuestro temporal» fija a los individuos al aparato de producción fabricando simultáneamente «hábitos mediante un juego de coacciones y sanciones, aprendizajes y castigos», y normas, cuya función es producir personas «normales».

En el siglo XIX, el hábito y el contrato son simultáneamente concebidos como complementarios y como aquello que divide profundamente a la sociedad, en el sentido de que implican una desigualdad esencial frente a la propiedad.

> En ese pensamiento político decimonónico, el contrato es la forma jurídica por la cual los pudientes se vinculan unos a otros. Es la forma jurídica que garantiza la propiedad de cada quien. Es lo que da una forma jurídica al intercambio. Es, para terminar, el instrumento mediante el cual los individuos conciertan alianzas sobre la base de su propiedad. En otras palabras, es el lazo de los individuos con su propiedad o el lazo de los individuos entre sí a través de su propiedad. El hábito, en cambio, es el elemento en virtud del cual los individuos están ligados, no a su propiedad —ya que ese es el papel del contrato—, sino

[37] Michel Foucault, *La sociedad punitiva*, *op. cit.*, p. 273.

> con el aparato de producción. Es el elemento mediante el cual quienes no son pudientes van a vincularse a un aparato que no poseen; el elemento a través del cual están ligados unos a otros por una pertenencia que supuestamente no es a la clase, sino a la sociedad entera.[38]

La propiedad vincula a los individuos en la «sociedad civil», mientras que el hábito / la disciplina los vincula en la «sociedad en su totalidad», subyugándolos «a un orden de las cosas», «a un orden del tiempo y a un orden político» que borra las divisiones y las pertenencias de clase. Las ciencias sociales tienen como función primera neutralizar esta división entre pudientes y no pudientes, precisamente por medio del concepto de lo «social», de «sociedad». La sociología de Durkheim representa el cumplimiento mismo de este trabajo insidioso, cotidiano, habitual de las disciplinas y de la norma. «El poder se ejerce a través de ese sistema de las disciplinas como un medio que le es propio, pero de manera tal que pueda ocultarse y presentarse como la realidad que ahora debe describirse, saberse, y que llamamos sociedad, objeto de la sociología».[39]

A partir de los trabajos sobre la gubernamentalidad (1977-1978), la diferencia entre la sociedad de los propietarios, regida por el contrato, y la sociedad de los no pudientes, regida por el hábito de las disciplinas, se desvanece y, junto con ella, se desvanece la división de la sociedad. La «sociedad» ahora constituye un orden «natural» y «espontáneo» de los hombres entre sí cuando discuten, producen, cohabitan. La gubernamentalidad se ejerce sobre esta «naturalidad intrínseca» a la sociedad. «El Estado tiene a su cargo una sociedad, una sociedad civil, y debe garantizar su gestión».[40] De una forma tan *naturalmente inmanente* que la búsqueda, en los dos cursos sobre el liberalismo clásico, de todo rastro de «gestión» de las divisiones sociales y del intercambio desigual que ellas promueven (entre terrateniente y jornalero, manufacturero y obrero, entre el comerciante y el público), será en vano: a lo cual, recordémoslo, Adam Smith todavía hacía justicia poniendo de relieve la diferencia de hecho entre «el interés general de la sociedad» y la pura expresión de los intereses privados de las clases dominantes.[41]

Es cierto que, entre 1972 y 1977, Foucault pasó del análisis de las disciplinas al análisis de las técnicas de seguridad. ¿Pero la propiedad privada y la división de la «sociedad» que esta determina desaparecieron a pesar de

---

[38] Ibídem, pp. 273-274.

[39] Ibídem, p. 275.

[40] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, p. 401 (clase del 5 de abril de 1978).

[41] Véase Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, *op. cit.*, libro I, cap. 8 («De los salarios del trabajo») y 9 («De la renta de la tierra»), conclusión.

eso? Las técnicas securitarias administrarán, de otra manera y en otro contexto, el mismo problema. Gobernarán no a la sociedad, sino las divisiones creadas por la propiedad. Producirán, incitarán, solicitarán y reproducirán la existencia de los pudientes y de los no pudientes. Estas son las técnicas capaces de administrar, hasta el día de hoy, una guerra civil que adquirió una forma más abstracta, más desterritorializada: la guerra de los acreedores y los deudores.

VIII
LA PRIMACÍA DE LA APROPIACIÓN, ENTRE SCHMITT Y LENIN

Para concluir el análisis de la secuencia 1870-1914 y el giro que esta constituyó, vamos a comparar las lecturas del imperialismo llevadas a cabo por Lenin y Carl Schmitt, a fin de completarlas entre sí según el principio de una crítica mutua. El procedimiento puede valerse de un cierto número de cruces entre el análisis económico-político del imperialismo moderno del constitucionalista alemán y la teoría leninista del imperialismo, cuyas fuentes no son ignoradas por Schmitt: a saber, la teoría engelsiana de la economía de la guerra en la larga duración de la historia del capitalismo (hasta la crisis final),[1] *Estudio del imperialismo* (1902) de J. A. Hobson (la economía global del colonialismo está en el centro de su crítica del imperialismo)[2] y *El capital financiero* (1910) de Rudolf Hilferding.

Si seguimos a Carl Schmitt a partir de la mitad de su trayectoria, marcada por el abandono forzado de su pensamiento soberanista, y retomamos su obra fundamental por el final —que también es su verdadero comienzo (la escritura de *El nomos de la tierra* fue iniciada bajo los bombardeos anglo-norteamericanos)—, es a finales del siglo XIX que el imperialismo toma formas económico-mundiales de «*englobement* de evoluciones

---

[1] Encontramos su mejor presentación en el *Anti-Dühring*. «Economía política III. La teoría de la violencia y el poder»).

[2] Hobson había cubierto la guerra de los bóeres para el *Manchester Guardian*. Por lo tanto, estaba bien preparado para denunciar la «misión civilizadora» respecto de las «razas inferiores» y sus consecuencias «políticas y morales» para una raza de señores cuyos «intereses», antes de nada, son económicos. Si bien Hobson elabora la primera crítica económica del imperialismo, también pone detalladamente en valor la importancia de la «educación popular» para formar, sobre una base que él llama «geocéntrica», la *mentalidad imperialista*: «La Iglesia, la prensa, la escuela y la universidad, la máquina política —los cuatro instrumentos principales de la educación popular— están puestos a su servicio. [...] Y, lo más grave, son sus esfuerzos constantes por apropiarse del sistema escolar y someterlo al imperialismo que presume ser patriota». A. J. Hobson, *Imperialism. A Study*, II parte, cap. IV. Antes había planteado: «Hay algo todavía más importante que el apoyo que beneficia al militarismo dentro del ejército: el papel de apoyo del imperialismo que juega la «guerra» dentro del cuerpo no combatiente de la nación» (cap. III).

nacionales e internacionales».[3] Ahora bien, estas formas no toman posesión del Estado nación sin mostrar su economía histórica real, de la que se apropian *al liberalizarla para monopolizarla mejor*.

Esta liberalización iba a pasar por «una mezcla semejante de soberanía estatal individual y economía libre supraestatal» en una «ordenación universal del mercado, de la economía y del derecho»,[4] que se exime de todos los límites del antiguo orden espacial de la Tierra basados en la apropiación territorial interestatal del Nuevo Mundo y su diferenciación con el «teatro de la guerra» (*theatrum belli*) en el suelo europeo. Y no es solo que Schmitt conciba al Nuevo Mundo como la condición real de la guerra limitada del espacio europeo (la «gran reserva gracias a la cual los pueblos europeos equilibran sus conflictos» mediante «las compensaciones y la impunidad que les ofrece»),[5] sino que el imperialismo también se transforma en *el medio eurocéntrico para superar la guerra civil por la «guerra en forma» interestatal.*[6] Si la colonia, definida en estos términos, es «el hecho espacial fundamental [*raumhafte Grundtatsache*] del derecho internacional tal y como se ha desarrollado»,[7] garantizando la diferencia de régimen esencial entre la guerra interestatal intraeuropea y las guerras coloniales extraeuropeas, podemos comprender que, desde el punto de vista de Schmitt, el renacimiento de las compañías coloniales en el siglo XIX —contemporáneo a la transformación de las colonias en territorio estatal— solo podía significar el advenimiento de una economía mundial de la guerra ilimitada donde el régimen de la plusvalía se combina con la transformación de la política mundial (*Weltpolitik*) en «policía mundial» (*Weltpolizei*). Esta expresión figura en el último texto publicado por Schmitt en 1978 («La revolución legal mundial»), en virtud de una «plusvalía política» que debe ser comprendida como un último corolario para «un nuevo nomos de la tierra»[8] que ya no puede prescindir de la referencia marxista. Pero esta referencia efectivamente está presente, en la forma de una confrontación permanente que le hace cambiar la terminología original, en las premisas retroactivas de *El nomos de la tierra*. Tal y como ha recordado

---

[3] Carl Schmitt, «La revolución legal mundial» (1978), *Revista de Estudios Políticos*, núm. 10, 1979, p. 11. El término «englobement» —que volvemos a encontrar en Deleuze y Guattari— es tomado prestado por Carl Schmitt a François Perroux.

[4] Carl Schmitt, *El nomos de la tierra, op. cit.*, p. 248, p. 247.

[5] Carl Schmitt, «Raum und Großraum im Völkerrecht» (1940), in *Staat, Grossraum, Nomos. Arbeiten aus der Jahren 1916-1969*, Berlín, Duncker & Humboldt, 1995, p. 242.

[6] Véase Carl Schmitt, *El nomos de la tierra*, III, 1, «La superación de la guerra civil por la guerra en forma estatal», *op. cit.*, p. 133.

[7] Carl Schmitt, «Völkerrechtliche. Großraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte. Ein Beitrag zum Reichsbegriff im Völkerrecht» (1941), en *Staat, Grossraum, Nomos. Arbeiten aus der Jahren 1916-1969*, *op. cit.*, p. 310.

[8] Es el título de la cuarta y última parte de *El nomos de la tierra*.

recientemente Céline Jouin, Schmitt se remite de manera sistemática a los trabajos de Carl Brinckmann[9] sobre la cuestión del imperialismo, quien plantea abiertamente el carácter imprescindible de los análisis marxistas (Hilferding, Rosa Luxemburgo) respecto de la relación entre la economía y la guerra. La crítica a la *Sociología del imperialismo* de Schumpeter que concluye *El concepto de lo político* (1932) confirma este punto: un «imperialismo de base económica» no es más ajeno a la política que a la guerra. Y tan pronto como «la economía se ha transformado en un hecho político», es un error «pensar que una posición política obtenida con ayuda de la superioridad económica tendría que ser esencialmente no belicosa».[10] La prueba pasa por la Gran Guerra y por lo que Schmitt, en *El nomos de la tierra,* denominará el «cambio de sentido de la guerra». Lenin, por su parte, comprende la política de «paz imperialista» que se perfila en el horizonte de las negociaciones secretas, como una *continuación de la guerra imperialista por otros medios.*[11] Una inversión de la fórmula clausewitziana que hasta entonces había hecho suya.

En su artículo de 1953, «Apropiación, repartición, apacentamiento. Un ensayo para fijar las cuestiones fundamentales de todo orden social y económico a partir del *nomos*», en el cual, por primera vez, se refiere *explícitamente* a Lenin, Schmitt subraya el carácter inmediatamente estratégico del capitalismo poniendo de relieve que el imperialismo y su programa de expansión colonial manifiestan la primacía de la apropiación (*nehmen*) sobre el reparto (*teilen*) y el apacentar (*weiden*). La apropiación imperialista es una «toma de tierras» (*Landnahme*), una toma colonial (la «toma territorial de un Nuevo Mundo») favorecida por las «tomas de mar» (*Seenahme*), que se ejercen mediante la conquista, la ocupación, el saqueo y se prosiguen como *toma de la industria* (*Industrienahme*) *planetaria*. Ahora bien, Schmitt aquí no solamente critica la primacía que los liberales atribuyen a la «producción», sino también la creencia de los marxistas en su naturaleza «progresista». Según su demostración, el socialismo y el liberalismo coinciden, en el fondo, en la idea de que «el progreso y la libertad económica consisten en la liberación de las fuerzas productivas, de la que resulta espontáneamente un aumento tal de la producción y de la masa de los

---

[9] «Hasta 1937, Schmitt remite sistemáticamente a su colega Carl Brinkmann en cuanto al asunto del imperialismo. En 1953, lo hace una vez más en "Apropiación, repartición, apacentamiento" y en "La revolución legal mundial" de 1978». Céline Jouin, «Carl Schmitt, penseur de l'empire ou de l'impérialisme?», disponible en juspoliticum.com/Carl-Schmitt-penseur-de-l-empire.html.

[10] Carl Schmitt, *El concepto de lo político* (1932), traducción de Rafael Agapito, Madrid, Alianza, 2009, pp. 105-106. En la edición de 1933, año en el cual Schmitt se adhiere al partido nazi, las referencias marxistas desaparecen de *El concepto de lo político*.

[11] Lenin, «Pacifismo burgués y pacifismo socialista», 1 de enero de 1917, disponible en www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1917paci.htm

bienes de consumo que la apropiación cesa y el reparto mismo no significa ya en sí un problema».[12] Aquí, Schmitt hace referencia a los debates promovidos en Alemania por los *Ordoliberalen* sobre la «economía social de mercado», en un sentido que no puede ser más diametralmente opuesto al análisis de Foucault. Schmitt se esfuerza en sostener que «el haber desviado la mirada de la apropiación y del reparto, dirigiéndola hacia la pura producción» es lo propio de la economía y del liberalismo, que desde siempre intenta relegar las modalidades violentas y belicosas de la expropiación a una forma de prehistoria, o a una acumulación muy «primitiva» y originaria que las nuevas regulaciones del capitalismo social podrán reprimir en la memoria de los hombres. De esta forma, el capitalismo solo se apropiaría de lo que él mismo ha creado o ha contribuido a crear. Este seguiría siendo el punto de vista de los marxistas y de Lenin mismo, siempre que se le añada la apropiación de la plusvalía producida por el trabajador, por parte del capitalista. La cuestión de la apropiación, concebida como un «verdadero contrasentido» del reparto, será resuelta *in fine* por la dialéctica de la Historia con el pleno desarrollo de las fuerzas productivas y la expropiación de los expropiadores que limitan su disfrute. Esta producción doblemente pura deja entonces libre de cuestionamiento un «imperialismo extremo, por parte de los más modernos», que habrá comenzado remitiendo a un estado «medieval, por no decir atávico, reaccionario, opuesto al progreso», el hecho de que «al reparto y a la producción hubiera de anteponerse la expansión imperialista, es decir, la toma, y en particular la toma de tierras». Contra un «enemigo tan reaccionario que quería tomar algo a otros», Lenin «se afanaba simplemente en desarrollar las fuerzas productivas y electrificar el planeta». ¿Es necesario recordar que, hoy en día, el problema político de la «cuestión social» sigue siendo remitido a la palabra mágica «crecimiento» y a la creencia en el «principio del progreso técnico», compartida por los liberales y una buena parte de los marxistas que también se olvidaron de ser engelsianos? Lapidario, Schmitt no tenía reparos en señalar que «Marx recoge, ampliándola, la afirmación progresista del incalculable aumento de la producción, esencial al liberalismo progresista».[13]

El saqueo, el robo, la rapiña, la conquista, es decir, la apropiación sin mediación, por la fuerza, de la «producción» no son anacronismos, vestigios de épocas pasadas destinados a ser superados por la modernización del aparato de captura, a través del desarrollo de la técnica, la organización racional del trabajo y la ciencia. La apropiación no solo se produce «al comienzo», sino que también se ejerce —inclusive en sus formas más «medievales»— en el capitalismo más desarrollado.

[12] Carl Schmitt, «Apropiación, repartición, apacentamiento. Un ensayo para fijar las cuestiones fundamentales de todo orden social y económico a partir del *nomos*», *Veintiuno. Revista de pensamiento y cultura*, núm 34, 1997, p. 60.
[13] Ibídem, pp. 60-65.

Las dos definiciones del capitalismo que Kojève propone durante una conferencia pronunciada en Düsseldorf en 1957 (ante los representantes del «capitalismo renano») —inmediatamente citadas por Schmitt en uno de los comentarios agregados a su ensayo «Apropiación, repartición, apacentamiento» ese mismo año, con la ocasión de su reedición— pueden ayudarnos a comprender mejor el sentido de la «primacía de la apropiación» al aclarar las ambigüedades y los malentendidos que el «fordismo» introdujo en la aprehensión de la naturaleza del capital. Refiriéndose a lo que él califica como «uno de los ensayos más inteligentes y brillantes que he leído nunca» (se trata de «Apropiación, repartición, apacentamiento»), el filósofo hegeliano y alto funcionario francés propone una tercera raíz del *nomos* moderno, el «dar», rápidamente identificado con la «raíz de la ley sociopolítica y económica del moderno mundo occidental» para operar la distinción (crítica respecto de Schmitt) entre un «capitalismo receptor» y un «capitalismo donante». Este último, es el capitalismo «moderno, que ofrece a las masas tanto como sea posible», mientras que el «capitalismo receptor» que lo precedió (el «capitalismo original», el «capitalismo clásico», que daba a las masas tan poco como le fuera posible) habría sido fordistamente superado en una «*Aufhebung*» que marca, de hecho y de derecho, el Fin de la Historia (la norteamericanización planetaria del mundo).[14] De este modo, resulta más fácil comprender el título escogido por la muy liberal revista *Commentaire* para el prólogo del artículo de Kojève: «Capitalismo y socialismo. Marx es Dios, Ford es su profeta». En efecto, según el razonamiento kojèvesiano, Ford sería el único marxista auténtico del siglo XX, un intermediario gracias al cual el capitalismo habría suprimido sus contradicciones internas siguiendo una vía «pacífica y democrática», que sustituye a «la apropiación» (del «capitalismo receptor») por el «reparto» (del «capitalismo donante»). Aparte del socialismo soviético que solo permitiría augurar la derrota revolucionaria de un Estado policial de la administración de la miseria, reconducido al mismo final, el último terreno del marxismo «receptor» sería el colonialismo económico, al cual Kojève pretende aplicarle la misma receta, es decir, un «*colonialismo donante*» (¡!) inspirado en el discurso del presidente Truman: los Estados industrializados están conminados a contribuir al desarrollo de los países no industrializados…

[14] Esta conferencia inédita fue publicada con casi veinte años de intervalo en dos ediciones de la revista *Commentaire* con títulos escogidos por la redacción: Alexandre Kojève, «Capitalisme et socialisme. Marx est Dieu, Ford est son prophète», *Commentaire*, núm. 9, 1980; «Du colonialisme au capitalisme donnant», *Commentaire*, núm 87, 1999 (precedido por la traducción del articulo de Carl Schmitt «Apropiación, repartición, apacentamiento») [ed. cast.: Alexandre Kojève, «Perspectiva europea del capitalismo», *La Torre del Virrey: revista de estudios culturales*, núm. 1, 2006, pp. 74-80].

En el comentario donde alude a la conferencia de Kojève, Schmitt se pone en escena como un interlocutor ficticio que replica que «ningún hombre puede dar sin haber tomado de algún modo. Solo un Dios que crea el mundo a partir de la nada puede dar sin tomar y, más aun, solo puede hacerlo dentro de este mundo que él creo a partir de la nada».[15] Es que, para Schmitt, el dar sin tomar resulta tan imposible que imperativamente es necesario afirmar, contra los economistas, que la separación de la guerra y la economía es un intento por ocultar «ideológicamente» la realidad de esta última como la continuación de la primera por otros medios. En lo que respecta a las posiciones de distribuidor y redistribuidor adoptadas por el *welfare* (cuya versión ordoliberal en buen alemán se dice: «el Estado administrativo de la protección social de masas [*Verwaltungsstaat der Massen-Daseinvorsorge*]) están formadas por «posiciones de poder que se vuelven objeto de una apropiación y de un reparto».[16]

Pero podemos articular mejor la primacía de la apropiación sobre el reparto y la producción volviendo a partir del análisis leninista del imperialismo. Este análisis nos permite constatar que dicho «capitalismo donante» no fue más que un corto y excepcional paréntesis estratégico en la larga historia del «capitalismo receptor», que se prosigue desde mediados de los años setenta con las apropiaciones conquistadoras del neoliberalismo.

Para Lenin, el imperialismo es indisociable del capital financiero que se impone como dirección y mando del capital industrial y comercial a partir de la década de 1860. El capital financiero no es una perversión o una anomalía de la naturaleza presuntamente industrial del capitalismo, sino su realización. Solo se cumple plenamente cuando su hegemonía en A-A' es capaz de realizar todas sus «plusvalías políticas». La particularidad del aparato de captura del capital financiero es que no se «limita» a ejercer su «apropiación» sobre la «producción» propiamente capitalista y el trabajo asalariado, porque no hace ningún tipo de distinción entre formas de producción (modernas, hipermodernas, tradicionales o arcaicas). Se adueña de la misma forma de la producción de los trabajadores supuestamente «cognitivos» y de aquella de los esclavos de la industria textil, sincronizándose con la modernidad del «contrato indefinido» por sus acciones más «inmateriales».

A pesar de la extraordinaria inversión de la lógica económica que opera, Carl Schmitt se mantiene fiel a una concepción industrialista del capitalismo. El último «nomos de la tierra» es la industria, y su apropiación es una «toma de la industria» a la luz de la cual la guerra económica se vuelve

---

[15] Carl Schmitt, «Apropiación, repartición, apacentamiento», *op. cit.*

[16] Ibídem. Kojève, por su parte, explicaba que «si todo ha sido tomado, solo es posible la división si alguien dona lo que los otros reciben». «Perspectiva europea del capitalismo», art. citado, p. 78.

una «guerra total», a pesar de que es el capital financiero y la especificidad englobante de su apropiación a escala mundial lo que está en el centro de la acumulación continua del capital desde finales del siglo XIX. Es el sentido mismo del análisis leninista en el cual hay que insertar, por lo tanto, la perspectiva de Schmitt para hacerle justicia cuando observa que el nuevo clivaje decisivo se encuentra entre pueblos deudores y pueblos acreedores.[17]

La historia del capitalismo confirma plenamente la perspectiva schmittiana sobre la apropiación y nuestra hipótesis sobre la hegemonía del capital financiero. Si los tres grandes momentos en los que puede dividirse el desarrollo del capital en el siglo XX siempre comienzan con una apropiación, el «sujeto» de esta apropiación será el capital financiero y no el capital industrial que ya se fusionó con este último. La secuencia imperialista se inicia con las «tomas de tierra» coloniales y su evolución en «tomas de industria» planetarias bajo la dominación del capital financiero que, hasta la Gran Crisis de 1929, controla y monopoliza la «libre economía mundial» en cuanto gobierno del capitalismo industrial y ciencia política del Estado de derecho del Capital.

Es respecto de esta hegemonía político-financiera que el New Deal del «fordismo» parece ser, dos veces, una *excepción que confirma la regla,* «a través de una experiencia razonada en el seno del sistema social existente», como explica doctamente Keynes.[18] Salvo que el razonamiento keynesiano solo vale en el horizonte de una *guerra económica* que amenaza los fundamentos de todas las instituciones[19] a nivel nacional e internacional: como lo demuestra la extensión mundial de la crisis que no deja de estimular el impacto de la Revolución de Octubre y la perspectiva de una «guerra civil final».[20] Por consiguiente, habrá que volver a examinar la «estructura completa»[21] del capitalismo norteamericano siguiendo la lección retrospectiva de Keynes en la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*: «Aislar la teoría monetaria hasta convertirla en una teoría completa de la producción».

De ahí que la «apropiación» del fordismo pueda tener como objeto al propio capital financiero e ir acompañada de toda la tutela temporal de las industrias, los bancos y las compañías de seguros en el marco del *welfare state*. La eutanasia keynesiana del rentista es la expropiación de la renta

---

[17] Carl Schmitt, «Les formes de l'impérialisme dans le droit international», en *Du politique, Légalité et légitimité et autres essais*, Puiseaux, Pardès, 1990, pp. 83-84.
[18] John Maynard Keynes, «An Open Letter», *New York Times,* 31 de diciembre de 1933.
[19] *Congressional Record*, 7 de junio de 1933.
[20] Esta guerra será pronosticada por Keynes a partir de 1919, como una consecuencia devastadora del Tratado de Versalles en Alemania, y de modo acumulativo sobre el equilibrio de conjunto del mercado capitalista integrado. Véase J. M. Keynes, *Economic Consequences of the Peace*, Londres, 1919, p. 251.
[21] *Congressional Record*, 26 de mayo de 1933.

y de las finanzas que permitió instalar, en un contexto de «bancarrota» y crisis total del «sistema», de una manera muy política (la «*opportunistic virtuosity*» de Roosevelt),[22] una secuencia capitalista muy corta en el centro de la cual no solo se encuentra la gran empresa, sino también, y en primer lugar, la constitución acelerada de una nueva forma Estado: el Estado Plan. Solo este es capaz de promulgar, a modo de acta de nacimiento, una National Industrial Recovery Act (1933) que consolida su liderazgo sobre la empresa privada, la banca (Emergency Banking Act, con aplazamiento de los pagos bancarios) y la bolsa (Securities Act).[23]

De este modo, en el fordismo, el arma estratégica ya no son las finanzas, sino la *administración productiva* de la moneda generada por el impuesto y puesta bajo la tutela de un National Resources Planning Board; es la secuencia que se inicia con el abandono del patrón oro en 1933 que, tras finalizar la Segunda Guerra Mundial y después de los acuerdos de Bretton Woods, conduce a la supremacía del dólar que funciona como moneda de mando del New Deal / *New Liberalism* del capitalismo mundial: Pax Americana, plan Marshall. Determinada por «*la rebelión de las masas*» (Ortega y Gasset) y por las relaciones estratégicas entre clases (en el marco del National Labor Relations Act que promueven los sindicatos y su representatividad en las negociaciones salariales), y no por las leyes inmanentes de la acumulación del capital, la subordinación de las finanzas al principio constitucional de un *social walfare* (formalizado en el Social Security Act) será totalmente provisional: coincidirá estrictamente con lo que ha podido ser denominado «el periodo proletario de la política de las clases» (David Greenstone). A lo cual responde el Estado social del capital, es decir, el reformismo que accede a la demanda obrera como motor de la socialización de la producción en una explotación razonada con reactivación mediante el consumo. Negri lo define como «la dolorosa interiorización de la clase obrera en la vida del Estado», que de este modo puede «penetrar» en la sociedad.[24] En Estados Unidos mismo, las cartas habían sido singularmente vueltas a barajar por la entrada en la guerra y la instauración de un *capitalismo de guerra* (dirigida por el War Production Board y el War

[22] Richard Hofstader, *The Age of Reform: From Bryan to F.D.R*, Nueva York, Knopf, 1955, p. 319.
[23] El Banking Act de 1933 hace una distinción entre bancos de inversión y bancos de depósito cuyos haberes están garantizados por el Estado Federal. El Security Exchange Act de 1934 pone a la Bolsa bajo control de una Security and Exchange Commission (SEC). Recetas que vuelven a estar a la orden del día gracias a la crisis financiera de 2008, con los resultados que conocemos: los impuestos y los depósitos refinanciaron las pérdidas de los «inversores».
[24] Antonio Negri, «John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el 29», traducción de Ignacio Perrotini y Guillermo Farfán, *Estudios Políticos*, Nueva Época, vol. 5, núm. 3-4, 1986 [1967], p. 22.

Labor Board) que mostrará la violencia necesaria para la realización del proyecto de una *sociedad-fábrica* que, al mismo tiempo, pone fin oportunamente a los signos anunciadores de una nueva depresión.[25] Lo que da a Keynes la razón por última vez: «Parece estar políticamente excluido que una democracia capitalista organice gastos a una escala suficiente para realizar el gran experimento que verificaría mis tesis, a menos que se produzca una guerra».[26]

---

[25] En efecto, 1938 fue un año muy malo para el capitalismo norteamericano: caída del PIB del 5,3 %, aumento del desempleo del 14 al 19 %, etc. Véase, por ejemplo, Ira Katznelson, *Fear Itself. The New Deal and the Origins of Our Time*, Nueva York, Liveright, 2013, p. 369.

[26] J. M. Keynes, «The United States and the Keynes Plan», *The New Republic*, 29 de julio de 1940 (citado por A. Negri, *op. cit.*, p. 35). Recordemos que Keynes entró al Tesoro Británico en 1940, en un contexto de movilización total de todos los recursos destinados a usos militares. El sistema de trabajo obligatorio será complementado con un plan de seguridad social, que en 1943 da nacimiento al National Health Service (NHS), bajo la dirección de Lord Beveridge.

IX
LAS GUERRAS TOTALES

Lo esencial no es por qué luchamos, sino nuestra manera de luchar.

Ernst Jünger, *La guerra como experiencia interior*

La Guerra Mundial fue una de las guerras más populares que la historia haya conocido.

Ernst Jünger, *La movilización total*

La guerra es la salud del estado.

Randolf Bourne, 1918

«La Primera y la Segunda Guerra mundial están unidas como dos continentes de fuego que una cadena de volcanes reúne en vez de separar».[1] Antecedidas por las «guerras-observatorio» de las potencias europeas (la guerra sudafricana de 1899-1902, el conflicto ruso-japonés de 1904-1905, las guerras de los Balcanes de 1912-1913), las guerras totales de la primera mitad del siglo XX constituyen, a pesar de las interrupciones, una guerra mundial única que opera transformaciones profundas para el Capital y el Estado en la *totalización ilimitada de la guerra*. La función «soberana» del Estado («imponer límites a la guerra interestatal y aplacar la guerra civil», según la definición de Carl Schmitt) y el monopolio legítimo de la fuerza que la aseguraba ya no pueden seguir funcionando como en los siglos XVIII y XIX. En efecto, la llamada guerra total va a abolir toda distinción entre guerra civil (interior) y gran guerra (exterior), guerra grande y guerra pequeña (colonial), guerra militar y guerra no militar (económica, de propaganda, subjetiva), entre combatientes y no combatientes, entre guerra y paz.

La tesis es bien conocida y reconocida en el cruce de la guerra y la revolución. Pero su semántica histórica se distribuye de manera incierta entre Alemania —país con el cual se piensa que estaría vinculada— y Francia. Ya que es Léon Daudet, en 1918 y en nombre de la Acción Francesa, quien contribuye a forjar el término «guerra total» que será retomado en 1935

[1] Ernst Jünger, *La paz*, Barcelona, Tusquets, 1996.

por Ludendorff, general en jefe de los ejércitos alemanes, dirigiéndolo hacia la «política racial» del Reich.[2] «¿Qué es la guerra *total*?», escribe Daudet, «no como polemista, sino como historiador preocupado por entregar una demostración convincente [...]. Es la extensión de la lucha, tanto en sus fases agudas como en sus fases crónicas, hacia los ámbitos políticos, económicos, comerciales, industriales, intelectuales, jurídicos y financieros. No solo los ejércitos luchan, sino también las tradiciones, las instituciones, los hábitos, los códigos, los espíritus y, sobre todo, los bancos».[3] Si bien el autor de estas líneas está obsesionado con el «oro alemán» y con las operaciones de «disociación interna» que este posibilita en la retaguardia del frente (aunque Ludendorff también pone el acento en la «movilización financiera» y el «armamento financiero alemán»),[4] por nuestra parte quisiéramos introducir el punto de vista del Capital y de la máquina de guerra en cuanto perspectiva constituyente de la guerra total.

En efecto, aquello que ordena la totalización de las dos guerras mundiales, cuyo resultado amenaza la existencia misma del capitalismo, es la apropiación de la máquina de guerra por parte del Capital, que integra y *reformatea* el Estado como uno de sus componentes. Esta apropiación y esta integración, sin las cuales la guerra no podría ser pensada como *estado*, ni la guerra total como *estado de una nueva gubernamentalidad,* se ejercen bajo la presión de tres procesos que se intensificarán a lo largo de los siglos XIX y XX: la emergencia de la lucha de clases (1830-1848) y sus intentos repetidos por construir su propia máquina de guerra para transformar a la «guerra civil generalizada» en revolución; el fracaso del liberalismo, cuyo principio de libre competencia —lejos de producir su propia autorregulación— conduce a la concentración y a la centralización del poder industrial (monopolios), llevando a los imperialismos nacionales al enfrentamiento armado por la dominación de los mercados mundiales; y, por último, la intensificación de la colonización, que a finales del siglo XIX abarca una gran parte del planeta (la «carrera por el reparto del mundo»). En cuanto a la escalada a los extremos en el frente de la guerra de subjetividad, desde la Gran Guerra, la *nacionalización de las masas* está en el fundamento de la gestión totalizante

---

[2] Léon Daudet, *La Guerre totale*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1918; Erich Ludendorff, *La Guerre totale* (1935), París, Flammarion, 1937. Si para Daudet la Revolución rusa es el resultado de la campaña de «desorganización material y moral» llevada a cabo por Alemania, desde el punto de vista de Ludendorff, es el resultado de la propaganda revolucionaria que no por haber sido responsable de la derrota alemana —junto a los judíos, la Iglesia Romana y la Masonería— deja de ser una amenaza de larga data para toda Europa.

[3] Léon Daudet, *La Guerra totale*, *op. cit.*, p. 8.

[4] Ludendorff, *La Guerre totale*, *op. cit.*, p. 38. Ludendorff destaca además que es a la guerra que debemos la suspensión del patrón oro, el cual, desde su punto de vista, es «un obstáculo para el desarrollo económico de muchos estados».

de las sociedades, cuyas fuerzas no podrán ser movilizadas por completo en la guerra sino a costa de la «disociación» de la solidaridad internacional del proletariado. De esta forma, la comunidad nacional del soldado del trabajo de la guerra industrial pasa por la *desproletarización del pueblo* y de un «obrero» que, antes de adquirir su sentido totalitario jüngeriano (*Der Arbeiter,* 1932),[5] es sometido a un cambio de tendencia destinado a anular una historia pensada en el lenguaje de Marx. De esta forma, Ludendorff podrá explicar que «la introducción del trabajo de guerra, como servicio obligatorio, tenía la *gran importancia moral* de poner a todos los alemanes al servicio de la patria en aquellos tiempos tan graves».[6]

Estos tres procesos constituirán la triple matriz de las guerras totales, de tal suerte que con ellas:

1. La guerra y la producción se superponen de una manera tan absoluta que *producción* y *destrucción* se identifican en un proceso de racionalización —el de la guerra industrial— que parece un desafío lanzado a la economía política y al marxismo.

2. Puesto que ya no es un asunto de las fuerzas armadas solamente, sino de naciones enteras y de los pueblos que ven amenazada su existencia, la guerra total, para los colonizadores, significa el retorno de la violencia extrema de la «guerra pequeña» colonial, que siempre ha sido una guerra contra la población.

3. Puesto que la guerra total es al mismo tiempo guerra civil, la lucha entre imperialismos opera en el cruce de la guerra y la lucha de clases, antes de ser «sobredeterminada» por la revolución soviética que se propone transformar la guerra imperialista en *guerra civil mundial*. Ella será llevada a cabo rápidamente por *los otros* según el modo de una temible contra-efectuación de la «revolución».

La guerra total como reversibilidad de las colonizaciones internas y externas

La guerra total establece una reversibilidad entre guerra colonial y guerra interestatal en la medida en que las características de la primera llegan a redefinir, en un *continuum* de violencias extremas, las realidades de la

---

[5] Aquí pensamos en los trabajos pioneros de Jean-Pierre Faye, a partir de *Los lenguajes totalitarios* (1972).

[6] Ludendorff, *Urkunden der Obersten Heeresleitung über ihre Tätigkeit, 1916-18* (1920), citado por Jean Querzola, «Le chef d'orchestre à la main de fer. Léninisme et Taylorisme», en *Le soldat du travail. Guerre, fascisme et taylorisme*, textos reunidos por L. Murad y P. Zylberman, *Recherches*, núms. 32-33, 1978, p. 79 (las cursivas son nuestras).

segunda, hasta entonces incompatibles con una «pesadilla de destrucción pura» (Jünger) que extiende hasta los civiles la negación de todo tipo de *jus in bello*.

No es fortuito entonces que Ludendorff comience su libro sobre la guerra total refutando al «maestro del arte de la guerra», Clausewitz. Según Ludendorff, Clausewitz *limita* su razonamiento únicamente a la «destrucción de las fuerzas militares», contradiciendo así su propia manera de comprender la novedad de los ejércitos napoleónicos representada por las «fuerzas populares» movilizadas por la Revolución francesa e integradas a una primera *Volkskrieg* (el «levantamiento masivo», el ejército ciudadano, el ejército de los soldados-ciudadanos). Es cierto que el mismo Napoleón, con sus cuerpos de ejército «masivos», solo se proponía la destrucción del ejército enemigo en una batalla decisiva *a campo abierto*. Por consiguiente, «para decirlo junto a Clausewitz, la guerra todavía no había realizado su forma *abstracta* o *absoluta*»[7], a diferencia de la guerra mundial, de esa guerra en la cual «era difícil distinguir dónde comenzaban las fuerzas armadas propiamente dichas y dónde terminaba la del pueblo». En la «guerra de los pueblos», el pueblo y el ejército eran uno y el mismo. De lo que se deduce que «todas las teorías de Clausewitz deben ser reemplazadas», tal y como lo demuestra la lamentable influencia que durante largo tiempo estas tuvieron en el Estado Mayor alemán, dentro del cual habrían contribuido a mantener esa vieja concepción de la guerra como «instrumento de la política exterior» de los Estados. No obstante, ahora es *la política la que debe servir a la guerra,*[8] en una transformación radical de ambas, llevadas al punto de fusión del interior y del exterior que vuelve caduca la distinción entre combatientes y no combatientes *en la política y la guerra totales.*[9]

«Sin la guerra total —explica doctamente Daudet—, el bloqueo mediante el cual las naciones aliadas pretendían con todo derecho, al menos hasta la deserción rusa, acorralar y matar de hambre a Alemania no era y no podía ser más que palabras».[10] Lo que tuvo como respuesta «la guerra total submarina» contra los navíos de la marina mercante de las fuerzas aliadas —e incluso contra «aquellos que enarbolaban una bandera neutra»— que

---

[7] A través de esta «abstracción», Ludendorff confunde, quizás deliberadamente, la forma «absoluta» de la guerra en Clausewitz con la guerra «total».

[8] Véase Ludendorff, *La Guerre totale*, *op. cit.*, pp. 5-14 para todas las citas. Contra Clausewitz, la política al servicio de la guerra es el tema rector del cap. I.

[9] En efecto, Ludendorff emplea el término «política total» (*totale Politik*).

[10] Léon Daudet, *La Guerre totale*, *op. cit.*, p. 11. Se estima que más de 750.000 personas murieron de hambre en Alemania durante Primera Guerra Mundial. El bloqueo se mantuvo después del armisticio, durante el invierno de 1918-1919, cuando la falta de víveres se hizo todavía más fuerte. Esto no dejará de tener una incidencia en la política de autarquía «absoluta» buscada por el III Reich.

no podrían ser más cuestionados que el bombardeo de la población civil, de tanto que están en consonancia, esta vez según Ludendorff, con «las exigencias de la guerra total».[11] El general italiano Giulio Douhet, a quien le debemos la primera teoría sobre los bombardeos estratégicos, subraya que «la distinción entre beligerantes y no beligerantes ya no existe ahora, porque todos trabajan para la guerra y la pérdida de un obrero quizás es más grave que la pérdida de un soldado».[12] Douhet agrega que «por lo tanto, los objetivos aéreos serán por lo general superficies de una extensión determinada sobre las cuales hay construcciones normales, habitaciones, establecimientos, etc., y una población determinada». Porque «ya no puede existir una zona donde la vida pueda transcurrir con una total seguridad y una relativa tranquilidad. El campo de batalla ya no podrá estar limitado, solo estará circunscrito por las fronteras de las naciones en lucha: todos se vuelven combatientes porque todos estarán expuestos a los ataques directos del enemigo».[13]

Para obtener la victoria, hay que arremeter contra las fuentes materiales y «morales» (o subjetivas)[14] de la nación y de la población movilizadas en su totalidad. A causa de la guerra industrial, se trata de movilizar a la industria y a la clase obrera garantizando la adhesión subjetiva de la población al proyecto nacionalista de la economía de guerra total donde siempre, a fin de cuentas —como Ludendorff asesta sin falso pudor—, es «la ley del más fuerte la que decide lo que es, o no, "ley y uso"».[15]

Comprendemos mejor que Ludendorff se centre en las «guerras coloniales» (entre comillas) en su primer capítulo dedicado al «Carácter de la guerra total», aunque «bajo ningún concepto merecen la designación noble y grave de *guerra*». Debido a «su existencia misma, la guerra total solo puede llevarse a cabo si la existencia del pueblo entero está amenazada y si el pueblo está decidido a asumir esa carga»:[16] es el caso inmediato de la guerra colonial *desde el punto de vista de los colonizados*. En las colonias, como hemos visto, este tipo de guerra «total» ha sido practicado desde siempre y se confunde con la colonización como su condición de realidad. Para combatir la acción irregular de la guerrilla (y de esta «guerra popular […] llevada a cabo a espaldas de un ejército victorioso», a la cual

---

[11] Ludendorff, *La Guerre totale*, *op. cit.*, p. 96.
[12] Giulio Douhet, «La grande offensiva aerea», citado por Thomas Hippler, *Le Gouvernement du ciel. Histoire globale des bombardements aériens*, París, Les Prairies ordinaires, 2014 [1971], p. 100.
[13] Giulio Douhet, *La Maîtrise de l'air*, París, Económica, 2007 [1921], p. 72, p. 57.
[14] Lo que Ludendorff denomina las «fuerzas anímicas del pueblo», mezclando inevitablemente esta gramática *völkisch* con la «conservación de la raza».
[15] Ludendorff, *La Guerre totale*, *op. cit.*, p. 98.
[16] Ibídem, p. 9.

Ludendorff solo asiente en el escenario europeo),[17] se deben atacar —según el argumento de Tocqueville— las cosechas, el ganado, el comercio, las habitaciones, las ciudades… porque es el conjunto de la población el que apoya y ayuda a los combatientes. Sin haberse nunca beneficiado del derecho de guerra entre Estados europeos, fundado en la exigencia estratégica de preservación de la potencia de las Naciones, las colonias solo podían ser sometidas a un régimen de «guerra total», anticipándose a su movilización en un dispositivo de inspección impuesto a todos los europeos en la primera guerra-mundo y sus «batallas de material» que los concierne directamente. «Porque somos material de primera calidad», escribe Jünger en *La guerra como experiencia interior*. «La guerra colonial no es una guerra contra una entidad dominante llamada «gobierno», es una guerra contra todo el mundo. […] Es precisamente por esta característica que la guerra colonial constituye la matriz histórica de la evolución de la guerra».[18]

Las distinciones entre paz y guerra, guerra regular y guerra irregular, militar y civil, que las guerras totales suprimen dentro de aquello que fue considerado como un proceso de «des-civilización» (Norbert Elias), nunca se dieron en las colonias. La colonia era el espacio *deshumanizado* donde los Estados sometidos al «derecho de gentes» en el teatro de operaciones europeo podían y debían entregarse a la brutalización más salvaje y más razonada, sin ningún límite «antropológico», sin ningún «sentido del honor guerrero» y del heroísmo individual. El paso de un terreno a otro es el de esas *expediciones* que alguien como Ludendorff pudo calificar de «actos de lo más inmorales», «provocadas por el amor a la ganancia», que «bajo ningún concepto merecen la designación noble y grave de *guerra*», a una guerra total que incluye todas las prácticas en sus *máquinas de guerra* ilimitándolas en función de su mundialización.

Para vencer las resistencias que no deja de acarrear la aplicación de las técnicas y de las enseñanzas de las *small wars* a la guerra europea, es necesario todavía que el Estado mismo se transforme en máquina de guerra económica, mientras que el mando militar pasa de manos de la aristocracia de los generales de carrera a un Estado Mayor más estrecho, cuya tarea principal consiste en desarrollar la táctica de la guerra industrial de masas administrada por el Estado. De este modo, el teniente coronel J. F. C. Fuller vuelve a ser duramente criticado, en enero de 1914, por haber escrito un documento en el cual afirma que la táctica no debe fundarse en la historia militar, sino en el poder de fuego (*weapon-power*), y que, por consiguiente, toda la estrategia debe ser repensada. La ofensiva, que se caricaturizaba a sí misma con su «*adelante, a la bayoneta*», debe dar paso al

[17] Ibídem, p. 98.
[18] Thomas Hippler, *op. cit.*, p. 102.

cañón de campaña de tiro rápido y especialmente a la ametralladora, todavía poco considerada por los ejércitos europeos, con excepción del ejército alemán.[19] Sin embargo, tal y como revindicará el inventor norteamericano del primer modelo «eficaz» de la ametralladora (*the Gatling Gun*), «la relación que mantiene con las otras armas de fuego es la misma que la de la máquina de coser con una simple aguja».[20] *Muerte industrial*, *muerte de masas*, confirmada por la ley de los grandes números (más de dos tercios de los muertos caídos en el combate de la Primera Guerra Mundial fueron abatidos por disparos de ametralladora) y por la «experiencia interior» de las tempestades de acero del combatiente Ernest Jünger: «Si en el frente una ametralladora sigue intacta, a esos jóvenes espléndidos les dispararán como a una manada de ciervos cuando ataquen a través del *no man's land*. [...] Una ametralladora, una simple tira de municiones que se descarga en pocos segundos, y esos veinticinco hombres, con los cuales se podría cultivar una isla extensa, cuelgan de los alambres de púas como bultos en jirones».[21] El imaginario continental y protocolonial de la isla cultivada que se asoma a la superficie en la prosa de Jünger se encarga de recordarnos que la colonización de África, a fines del siglo XIX, se hizo precisamente *con la metralleta*. *Making the Map Red*. La batalla de Omdurmán, en Sudán, el 2 de septiembre de 1898, permite considerar el peso a su eficacia: el general Kitchener pierde 48 hombres, mientras que los sudaneses dejan 11.000 muertos y 16.000 heridos en el campo de batalla.[22] Asia tampoco se salva, en particular durante una expedición punitiva inglesa al Tíbet: no hay batalla, sino una ejecución masiva realizada según la mejor proporción coste/beneficio para... los ejecutores. En el escenario europeo, reducido a la defensa por la derrota de las olas de asalto, se vivirá la misma experiencia: «Era así de simple: tres hombres y una metralleta pueden detener a un batallón de héroes».[23]

Aimé Césaire no dejó de reivindicarlo: la violencia colonial, proscrita del arte occidental de la guerra, terminaría por volverse contra las poblaciones europeas. Después de haber saqueado al planeta entero, Europa desata contra sí misma los métodos antes experimentados en las colonias. La lista es larga: del doble genocidio de las Américas hasta la orden de «solución final» dada por los alemanes en 1904 para exterminar al pueblo herero, en

---

[19] Véase John Ellis, *The Social History of the Machine Gun*, Londres, Pimlico, 1993, p. 60 y todo el capítulo 3: «Officers and Gentlemen» (sobre la resistencia de los militares al uso estratégico de la ametralladora en el escenario europeo).

[20] Ibídem, p. 16.

[21] Ernst Jünger, *La Guerre comme expérience intérieure*, París, Christian Bourgois, 1997, pp. 122-123.

[22] Según el recuento de Winston Churchill, en *La guerra del Nilo. Crónica de la reconquista de Sudán.*

[23] Testimonio citado por John Ellis, *The Social History of the Machine Gun*, *op. cit.*, p. 123.

su colonia del sudoeste africano, o los campos de concentración inventados por los ingleses durante la guerra de los bóers; del primer bombardeo aéreo improvisado en Libia sobre una colonia italiana al uso masivo de esas ametralladoras sin las cuales la British South Africa Company habría perdido Rodesia…

La fuerza prometeica que busca civilizar a los bárbaros se vuelve contra el «Norte» capitalista aplicando, con *la misma ciencia*, la racionalidad de la producción a la producción de la destrucción. Lo que solo tiene plena —y técnicamente— sentido porque las colonias, hasta el desencadenamiento de la Gran Guerra, sirvieron de laboratorio para ensayar los nuevos sistemas de armas que iban a imponer la teoría «cuantitativa» de la guerra industrial contra las naciones enemigas y la *nueva barbarie* que estas encarnan para cada campo. «Es un bárbaro el que destruye nuestras iglesias», se decía en Francia en 1914. Si la representación racista o racialista alimenta este tema del «bárbaro» que puede ser ametrallado, bombardeado («bombardeo de aniquilación») y gaseado, la industrialización mantiene la amenaza de la guerra civil, cuyos portadores (el «populacho», según el lenguaje de Action Française, «masa de descontentos», según el eufemismo de Ludendorff, sindicalistas reacios al esfuerzo de guerra y bolcheviques) podrán ser sometidos según el mismo régimen.[24] *Y, de todos modos, son los obreros, combatientes y no combatientes, quienes están afectados en primer lugar.* «Al mismo tiempo, la antigua separación espacial entre el centro (espacio de paz y de derecho) y la periferia (espacio de violencia y guerra) tiende a difuminarse. La frontera entre el interior y el exterior ya no es necesariamente una frontera geográfica».[25]

En la imposible paz del periodo de entreguerras dominado por el Tratado de Versalles, la amenaza comunista y la lucha anticolonial que se instala en el corazón de la Europa aliada,[26] Carl Schmitt arremete contra la distinción tan apreciada por la «ideología liberal» entre economía y política. Si «los antagonismos económicos» se han vuelto «políticos», como leemos en *El concepto de lo político*, es «equivocado pensar que una posición política obtenida con ayuda de la superioridad económica tendría que ser "esencialmente no belicosa"».[27] Porque en la economía, la «producción» (en el sentido en el que la entienden los economistas) se pone

[24] Esto se verifica nuevamente con la ametralladora, esa invención de la guerra civil norteamericana. La ametralladora no es solo una joya del capitalismo industrial asociado con la supremacía de la civilización occidental y de la raza. En Estados Unidos, es rápidamente desplegada contra los huelguistas de Pittsburg o de Colorado (véase nuevamente John Ellis, *op. cit.*, pp. 42-44).
[25] Thomas Hippler, *op. cit.*, p. 126.
[26] La guerra por la independencia estalla en Irlanda en enero de 1919.
[27] Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, *op. cit.*, pp. 105-106.

menos en juego que la lucha de clases. Lo que significa que, desde un punto de vista revolucionario, la *guerra de clases* debe tomar el lugar de la crisis económica (y de la lucha parlamentaria). Siguiendo de nuevo a Schmitt —pero esta vez en su gran texto de posguerra, *Teoría del partisano*, subtitulado *Acotación al concepto de lo político*—, es Lenin quien concibió la lucha de clases como «enemistad absoluta» (hacia el *enemigo* de clase), como enfrentamiento estratégico que, a través de la introducción de formas de combate «irregular», subvertirá la configuración limitada de la guerra y de los equilibrios políticos que hasta entonces garantizaba en suelo europeo. «La irregularidad de la lucha de clases pone en duda […] toda la construcción del orden político y social […]. El pacto entre partisano y filosofía, que había concluido Lenin, desencadenó nuevas fuerzas explosivas insospechadas. Provocó nada menos que la destrucción del entero mundo europeocéntrico que Napoleón quiso salvar y que el Congreso de Viena esperaba restaurar».[28]

Si bien Carl Schmitt subraya que el capitalismo occidental y el bolchevismo oriental «al convertir la guerra en global y total» transforman la «guerra interestatal según el Derecho internacional europeo previo en guerra civil mundial»,[29] no toma suficientemente en consideración el hecho de que la «guerra pequeña» contra las poblaciones colonizadas fue la primera forma de guerra total, y que, en este sentido, la absolutización leninista de la lucha de clase no solamente es la heredera «clausewitziana» de la guerrilla española contra los ejércitos de ocupación de Napoleón. Schmitt no está lejos de admitirlo cuando sostiene que «en conexión con el partisanismo nos interesan, sobre todo, dos clases de guerra: la guerra civil y la guerra colonial».[30]

Muy probablemente, Lenin es quien interpreta de manera más incisiva la matriz colonial de la Primera Guerra Mundial. En 1915, define la guerra en curso como «la guerra por el mantenimiento y el fortalecimiento de la esclavitud entre los principales esclavistas». Este aspecto de la Primera Guerra Mundial es ampliamente pasado por alto. No obstante, será portador de consecuencias tan importantes que todavía se hacen sentir en la

---

[28] Carl Schmitt, *La teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, traducción de Anima Schmitt de Otero, 1966, pp. 74-75. Schmitt se refiere a un artículo de Lenin, «Le combat de partisans», publicado en 1906 en la revista rusa *El proletario.*

[29] Carl Schmitt, «Cambio de estructura del derecho internacional», *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, núm. V, anexos, junio de 1943, p. 33.

[30] Carl Schmitt, *Teoría del partisano*, *op. cit.*, p. 20. Sobre la importancia de la conferencia del Congo (1885) como «última toma de tierra conjunta de Europa» y «cruzada digna de este siglo de progreso» (según las palabras del rey Leopoldo de Bélgica, fundador de la Compañía Internacional del Congo), véase *El nomos de la tierra*, *op. cit.*, pp. 221 y siguientes.

actualidad, del lado del restablecimiento del nuevo orden mundial o, todo lo contrario, en cuanto a las nuevas iniciativas revolucionarias.

> Seis potencias subyugan a una población de más de quinientos millones (523) de habitantes en las colonias. Por cada cuatro habitantes de las «grandes» potencias hay cinco habitantes de «sus» colonias […]. La burguesía anglo-francesa engaña a los pueblos al decir que hace la guerra en aras de la libertad de los pueblos y de Bélgica, cuando en realidad la hace para conservar los inmensos territorios coloniales de los que se ha apoderado. Los imperialistas alemanes evacuarían de inmediato Bélgica y otros países, si los ingleses y franceses se repartiesen «amistosamente» con ellos sus colonias. Lo peculiar de la situación actual consiste en que la suerte de las colonias se decide en la guerra que se libra en el continente.[31]

Tras finalizar la guerra, las potencias imperiales victoriosas (Francia e Inglaterra) se repartirán el «pastel» de los países y las poblaciones colonizadas. Los bolcheviques, a pesar de ser ideológicamente fieles al axioma marxista según el cual la revolución *debe* producirse en el punto más alto del desarrollo del capitalismo, se ven obligados entonces a interesarse por esa parte del mundo («en Oriente», en particular) que, al igual que Rusia, está «atrasada en su desarrollo». De esta forma, ellos operan un desplazamiento importante del punto de vista eurocéntrico que sigue siendo constitutivo del marxismo oficial.

En efecto, la Primera Guerra Mundial marca un momento fundamental en la historia política del mundo —que Lenin no deja de destacar— con la entrada de los pueblos colonizados en la lucha contra el imperialismo y el capitalismo. El Acontecimiento de la descolonización continuará su carrera a lo largo de todo el siglo XX y está lejos de llegar a su fin con el comienzo del nuevo siglo.

> Por otra parte, a causa de la primera guerra imperialista, Oriente se ha incorporado definitivamente al movimiento revolucionario, ha sido arrastrado definitivamente al torbellino general del movimiento revolucionario mundial […]. El desenlace de la lucha depende, en definitiva, de Rusia, India, China, etc., que constituyen la inmensa mayoría de la población del globo. Y esta mayoría es la que se va incorporando en los últimos años, con extraordinaria rapidez, a la lucha por su liberación.[32]

---

[31] Lenin, *El socialismo y la guerra*, 1915, disponible en https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1915sogu.htm.

[32] Lenin, «Mejor poco, pero mejor», *Obras completas*, tomo XXXVI, Madrid, Akal, 1978, pp. 535-536.

La Internacional Comunista se reúne en Moscú durante el verano de 1920, pero los delegados que participan son principalmente europeos. En septiembre, se convoca en Bakú el «Primer Congreso de los Pueblos de Oriente», que Zinóviev, entonces presidente de la Internacional Comunista, llamó «la segunda mitad del Congreso de la Internacional». Participan 1.891 delegados de los distintos países del «Oriente oprimido» (100 georgianos, 157 armenios, 235 turcos, 192 persas y 82 chechenos, 14 hindúes y 8 chinos), y entre ellos 1.273 comunistas. Un testigo ocular describe la sala como «extremadamente pintoresca, todos los trajes de Oriente reunidos dibujaban un cuadro de un sorprendente y rico color».[33]

La intuición estratégica fue extraordinaria, aunque se trataba más de una asamblea que de un congreso. La cuestión colonial y la cuestión musulmana están en el centro de las discusiones. Puesto que su audiencia estaba constituida por delegados mayoritariamente musulmanes, Zinóviev estima que tiene que hablar como ellos y, dejándose llevar por el entusiasmo, afirma que el objetivo político consistía en «suscitar una verdadera guerra santa (*yihad*) contra los capitalistas ingleses y franceses». ¡No se diga más!

Aunque la lucidez de los enunciados no se traduce en un programa político en buena y debida forma, merece ser destacada. Porque Zinóviev parece anticipar el destino más común de la descolonización: «La alta importancia de la revolución que se inicia en Oriente no consiste en absoluto en echar de la mesa, donde festejan como Señores, a los imperialistas ingleses para sustituirlos por ricos musulmanes [...]. Queremos que el mundo sea gobernado por las manos callosas de los trabajadores».

La intervención de una mujer turca es particularmente representativa de las mutaciones engendradas por la revolución, porque muestra cómo opera la «guerra de los sexos» en una asamblea «revolucionaria» ampliamente impregnada de una cultura patriarcal (55 mujeres sobre un total de casi 2.000 delegados, con una fuerte oposición a que 3 de ellas fueran elegidas para el consejo del congreso). Estas palabras también tienen el mérito de recordarnos que ciertos asuntos no se detienen en las fronteras de los pueblos colonizados porque, en una Francia que se dice carente de «integración», estos siguen perturbando la buena conciencia de los republicanos laicos y preferentemente de «izquierda». *In extenso*:

> Las mujeres de Oriente no luchan solamente por el derecho a salir sin velo, como se cree bastante a menudo [en Occidente]. Para la mujer

---

[33] Las citas y los datos relacionados con el Congreso de los Pueblos de Oriente están extraídos del artículo de Ian Birchall: «Un moment d'espoir: le congrès de Bakou 1920», *Contretemps*, 12 de septiembre de 2012, disponible en www.contretemps.eu/un-moment-despoir-le-congres-de-bakou-en-1920.

> de Oriente, con su ideal moral tan elevado, el asunto del velo está en último plano. Si las mujeres, que forman la mitad de la humanidad, siguen siendo las adversarias de los hombres, si no se les otorga la igualdad de derechos, el progreso de la sociedad humana evidentemente es imposible [...]. También sabemos que en Persia, en Bujará, en Jiva, en Turquestán, en la India y en otros países musulmanes la situación de nuestras hermanas es todavía peor que la nuestra. Si ustedes quieren su propia liberación, presten oídos a nuestras reivindicaciones y ayúdennos, y colaboren con nosotras de una manera eficaz: completa igualdad de derechos; derecho de la mujer a recibir del mismo modo que el hombre instrucción general o profesional en la totalidad de los establecimientos; abolición de la poligamia; admisión sin reserva de la mujer a todos los empleos administrativos y a todas las funciones legislativas; organización en todas las ciudades y pueblos de comités de protección de los derechos de la mujer.

Lenin se convenció muy pronto del fracaso de la revolución en Europa. Constata que las fuerzas imperialistas lograron bloquear su expansión y aislar a Rusia. Pero las razones de este fracaso también son intrínsecas a la clase obrera, ya que la aristocracia obrera de los países capitalistas, en realidad, es cómplice de los vencedores: «La aristocracia obrera surgió precisamente ayudando a "su" burguesía a la conquista por vía imperialista y a ahogar al mundo entero para asegurarse así mejores salarios».[34] Por lo tanto, los pueblos colonizados deben buscar aliados a la hora de permitir que la revolución vuelva a tomar la iniciativa.

El Congreso de los Pueblos del Oriente no dejará de tener consecuencias. El «despertar de Asia», señalado por Lenin tras la Revolución rusa de 1905, efectivamente constituirá —retomando las palabras de Geoffrey Barraclough— «el tema más importante» del siglo XX, «aquel de la revuelta contra Occidente». Una revuelta que está en el origen del declive de Europa y del redimensionamiento de Occidente en general. «A principios del siglo XX, el poder europeo en Asia y África estaba en su apogeo. [...] pero sesenta años después solo quedaban sus vestigios».[35] Barraclough llega a considerar que la presión de la revuelta del Sur contra Occidente tuvo la misma importancia, si no más, que las luchas en torno al salario llevadas a cabo por las clases obreras del Norte, por el desencadenamiento, en los años sesenta, de la crisis del modelo de acumulación resultante de la Segunda Guerra Mundial. Zinóviev

---

[34] Lenin, «Discurso sobre las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista», 30 de julio de 1920, disponible en www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1920s/internacional/congreso2/04.htm.

[35] Geoffrey Barraclough, *An Introduction to Contemporary History*, Harmondsworth Penguin, 1967, pp. 153-154 (citado por Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín, op. cit.*, p. 9).

había llegado a las mismas conclusiones en los años veinte: «Cuando Oriente se mueva realmente, Rusia y toda Europa —junto a ella— solo ocuparán una pequeña esquina de este vasto cuadro».[36]

La guerra total como guerra industrial

El capital es la segunda matriz de las guerras totales en las cuales la guerra y la producción tienden a superponerse completamente. Las guerras totales inducen cambios irreversibles, no solamente en la manera de llevar a cabo la guerra y la guerra civil, sino también en la organización capitalista de la producción, en las funciones económicas y políticas del «trabajo» y la gubernamentalidad de las poblaciones. Ganar la guerra ya no es simplemente un asunto y un problema militar: hay que ganar, *ante todo*, la guerra de las industrias, la guerra del trabajo, la guerra de la ciencia y de la técnica, la guerra de las comunicaciones y de la comunicación, la guerra de la producción de subjetividad… El espacio-tiempo de la guerra, que hasta las guerras napoleónicas estaba limitado al campo de batalla, se desborda hacia la sociedad invadiéndola como esas ondas de radio (transmisión inalámbrica de energía) que introducirán la guerra dentro de la cuarta dimensión al abolir *el hilo del espacio y del tiempo*. Desde el punto de vista de la «producción», el término «total» remite a la subordinación de la sociedad entera a la economía de guerra mediante la cual el capital *se reorganiza*.

Para decirlo de otro modo: lo que los marxistas llaman «subsunción real» de la sociedad en el capital conoció un precedente y una anticipación en la Primera Guerra Mundial. O mejor todavía: la subordinación de la sociedad a la producción está condicionada por este nuevo régimen de guerra «total», del que muy rápidamente se comprende que «exige que la *paz sea militarizada*»[37] en una nueva tecnología de poder. En los albores de la Segunda Guerra Mundial, tal y como explican Hans Speier y Alfred Kähler desde su exilio norteamericano, esta se une a la *tecnologización* de la máquina de destrucción que «aumenta la presión de la guerra moderna sobre el hombre común».

El despliegue «pacífico» de la subsunción real tras la derrota del nazismo no será más que una consecuencia de esta experimentación a gran escala que los tiempos de «paz» nunca podrán reproducir con la misma intensidad,

---

[36] Ian Birchall, «Un moment d'espoir: le congrès de Bakou 1920», art. citado.

[37] Hans Speier, Alfred Kähler, *War in our Time*, Nueva York, Norton, 1939, p. 13: «El campo de acción de la guerra se ha vuelto tan vasto como el de la paz. Más vasto incluso dado que, en las condiciones actuales, una guerra eficaz exige que se domine la paz». Hans Speier y Alfred Kähler figuran entre los fundadores de la New School for Social Research (University in Exile).

a pesar de la rápida transformación de la economía norteamericana en una «economía de guerra permanente». Si los capitalistas soñaron durante mucho tiempo con el restablecimiento de esta «movilización general» para la «producción» (esas «salvajes energías de expansión»), son los neoliberales quienes adaptarán algunas de sus modalidades (modularización de los «ejércitos» del trabajo libre-obligatorio, explosión del gasto militar…) en su programa político.

Con guerra «total», por lo tanto, hay que entender una guerra que, por primera vez, moviliza todas las fuerzas productivas (trabajo, ciencia, técnica, organización, producción), sociales y subjetivas de una nación, acabando con esos tiempos en los cuales «bastaba con enviar a los campos de batalla a un centenar de miles de reclutas mandados por unos jefes de confianza».[38]

La guerra total es el modelo de la utilización plena de todas las fuerzas productivas movilizadas en el sentido de una *extensión del dominio de la producción*. Es lo que obsesiona a Ludendorff cuando explica que la guerra «nos imponía realzar y emplear hasta las últimas fuerzas humanas».[39] Al final de la guerra, confirma Jünger, «no se efectúa ningún movimiento —ni siquiera el de una trabajadora doméstica en su máquina de coser— que no encierre una aportación bélica al menos indirecta».[40] Pero la guerra total también es la oportunidad para *intensificar y racionalizar el dominio de la producción*. En efecto, la guerra total da lugar a la primera planificación de la organización del trabajo y del control de su productividad a escala nacional. Lenin, como sabemos, será sensible a la dialéctica de la historia motorizada por la guerra que acelera la «transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado» que, desde su punto de vista, es «la preparación material más completa del socialismo».[41] Y Rusia —que llegó a ser soviética en una guerra civil mundializada por catorce países—, para organizar las *campañas de producción* de los «planes» quinquenales, solo podrá inspirarse en la organización de la economía de guerra de Alemania, teorizada e implementada por el industrial Rathenau, jefe de la planificación alemana de la producción de armamentos. En primer lugar, el plan concierne al trabajo, vuelto «obligatorio para el conjunto de la población» e instituido como principio regulador no solo de la producción, sino del conjunto de la sociedad alemana. En marzo de 1918, Lenin escribió: «El imperialismo alemán demostró su carácter económicamente

---

[38] Ernst Jünger, *La movilización total,* Barcelona, Tusquet, 1995, p. 93.

[39] Ludendorff, *Urkunden*, citado por Jean Querzola, «Léninisme et taylorisme», art. citado, p. 79.

[40] Ernst Jünger, *La movilización total*, *op. cit*., p. 97.

[41] Lenin, «La catástrofe inminente y los medios para conjurarla» (septiembre de 1917), en *Obras completas*, vol. XXV, citado por Jean Querzola, «Léninisme et Taylorisme», art. citado, pp. 73-74.

progresista al dar el paso hacia el servicio obligatorio del trabajo antes que el resto de los Estados».[42] También se debe a que, siguiendo los logros de Moellendorf, ingeniero mecánico de formación, consejero técnico para el armamento en el Ministerio de la Guerra y brazo derecho de Rathenau, la movilización industrial es el corolario de un proyecto de planificación global cuyo órgano central será la «Oficina del Trabajo», encargada de controlar la totalidad de la mano de obra del Imperio. «Toda actividad dependía obligatoriamente de las órdenes de la Oficina del Trabajo».[43] Los historiadores han rebatido la eficacia económica de esta militarización *absoluta* de la producción que, en Alemania, todavía dependía de un orden estrictamente corporativista y autocrático como para revertir la tendencia y ganar la guerra cuando Ludendorff obtiene los plenos poderes en julio de 1917. Pero efectivamente, es el modelo de este primer Estado plan fundado en la movilización total de la población el que será ya no adoptado por todas las potencias europeas, sino *adaptado* por ellas, promoviendo a su vez el «soldado del trabajo». Él se impone como el verdadero *sujeto colectivo* de la guerra total en la producción masiva que esta última promueve y que modificará la gestión de la fuerza armada siguiendo el modelo del control «científico» de la producción al ritmo de la militarización de la sociedad civil.

Con la introducción de las primeras líneas de montaje en las industrias y la construcción mecánica (sobre todo automotriz), la economía de guerra permite estimular y profundizar los *principios* de la organización taylorista del trabajo relacionada con la estandarización y la fabricación en serie. Antes de la guerra, se había mantenido bastante limitada debido al estallido de las estructuras industriales y la resistencia obrera contra la ley del cronómetro y el salario basado en el rendimiento propios de la nueva disciplina de fábrica.[44] En Francia, el incremento de la productividad en la metalurgia pudo alcanzar el umbral del 50 % gracias al taylorismo; en Gran Bretaña, se privilegian las *national factories*, que pasan de un total de 70 en 1915 a más de 200 al final de la guerra; en Estados Unidos, después de la introducción del «sistema Taylor» en el arsenal de Watertown (1909-1911), la construcción naval se racionaliza y es desarrollada para encarar las necesidades de los aliados (con el montaje de cargueros a partir de elementos estándar prefabricados). George Babcock, miembro de la Society to Promote the Science of Management y teniente coronel durante la guerra, declara en Boston, en 1919, delante de un auditorio compuesto

---

[42] Lenin, «Las tareas inmediatas del poder soviético», *Obras escogidas*, tomo VIII, citado por Jean Querzola, cit. Disponible en www.marxists.org.espanol.lenin-obrasescogidas08-12.
[43] Jean Querzola, ibídem, p. 75.
[44] Aquí hay que pensar en las luchas obreras contra la «racionalización» de las fábricas Renault en los años 1912-1913.

mayoritariamente por ingenieros: «La mayor lección que la guerra nos ha dado es que la expansión y la profundización de los principios de la organización científica encontraron su justificación práctica bajo la carga más pesada que jamás hayan tenido que soportar».[45]

Empezando por Estados Unidos, donde «de la noche a la mañana, durante la Gran Guerra, la gestión científica se adoptó masivamente: los nuevos sistemas de cálculo automático de los salarios, el registro preciso de la productividad, la estandarización, la organización del trabajo en torno a capataces "funcionales" se generalizan en los establecimientos militares y en las industrias bélicas con el auspicio del gobierno federal».[46] El fenómeno adquirirá todavía más amplitud en la posguerra, que estará caracterizada, a la vez, por el desarrollo del consumo de masas y por el disciplinamiento de las luchas obreras en un anticomunismo furioso sin el cual Taylor y su régimen gerencial de *forzamiento* no podría convertirse en el héroe de la «nueva fábrica».[47]

Pero la derrota del movimiento obrero que sigue a la Primera Guerra Mundial también es consecuencia de la «colaboración entre el capital y el trabajo». Esta presidió, en toda Europa, la incorporación negociada del obrero al Estado nacional de la guerra total. Antes de dar pie a su reconfiguración italiana-fascista y alemana-nazi, la Francia reformista de Albert Thomas, diputado socialista y adherente de primera hora a la «Unión Sagrada», quien tiene la misión de armar a Francia como ministro de Armamento, y de Léon Jouhaux, entonces secretario general de la CGT, privilegia las nuevas formas

---

[45] Citado por Jean Querzola, art. cit., pp. 63-64.

[46] Maurizio Vaudagna, «L'américanisme et le management scientifique dans les années 1920», *Recherches*, núm. 32-33, 1978, p. 392. En 1918, un tercio de los miembros de la Taylor Society trabajaba para la Dirección General de Armamento: lo que basta para verificar el papel pionero de esta última. Recordemos que la guerra civil ya estaba en curso y que las primeras manufacturas de armamento, combinadas con los ferrocarriles, habían proporcionado el impulso de la potencia norteamericana. Como escribe Benjamin Coriat, «esta fecundidad recíproca entre guerra e industria no es nueva: solo la inscripción de ambas en el registro del capital cambia de escala». Benjamin Coriat, *L'Atelier et le chronomètre*, París, Bourgois, 1979, p. 69 [ed. cast.: *El taller y el cronómetro,* Madrid, Siglo XXI, 1986].

[47] «Solo se puede obtener este aumento de la cadencia de trabajo por medio de la imposición de una estandarización de los métodos, de la adopción de mejores herramientas y condiciones de trabajo y de la imposición de la cooperación. Y la dirección es la única encargada de imponer la adopción de los estándares y de imponer esta cooperación». F. W. Taylor, *The Principles of Scientific Management*, Nueva York, 1912, p. 83, citado por David Montgomery, *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, p. 114. Sobre la resistencia obrera contra la introducción del taylorismo en Norteamérica, además del libro de David Montgomery, véase Gisela Bock, Paolo Carpignano, Bruno Ramirez, *La formazione dell'operaio massa negli USA, 1892-1922*, Milán, Feltrinelli, 1972.

de organización del trabajo y de la disciplina social que reemplazarán la lucha de clases de la preguerra por la unidad nacional en pos del progreso económico. Promoviendo «todos los medios de acercamiento, concordia y colaboración» entre «industriales y obreros», se sugiere que «el esfuerzo bélico debe servir de la manera más completa posible para armar al país para las luchas pacíficas en el terreno industrial».[48] A comienzos de los años veinte, en el contexto más liberal de Estados Unidos y de la «competencia cooperativa», se tomará conciencia rápidamente de que esta solo representaba una «variante norteamericana de los esfuerzos emprendidos por los europeos para trascender la lucha de clases y edificar una "democracia funcional"».[49] Debido al hecho mismo de que, hasta en la Reconstrucción de la posguerra, el trabajo resulta ser un vector y un instrumento temible de la guerra de subjetividad (o —según el vocablo utilizado por el socialista y sindicalista francés— del «espíritu bélico», que también es una «guerra del espíritu»), los considerables «progresos» de la aplicación científico-ingenieril de estas técnicas disciplinarias a la guerra del trabajo resultan dependientes de su extensión y de su intensificación biopolítica al conjunto de la sociedad, involucrando también todo un *frente doméstico*.

Ahora bien, la apertura de este frente doméstico también será una exigencia de la primera gran feminización del trabajo originada por la Gran Guerra (las «*munitionnettes*»). Con ello, la guerra de las mujeres contribuye a la nueva gestión taylorista de la fuerza de trabajo (descalificada o no calificada) renovando hasta los cimientos la más vieja práctica manufacturera del trabajo de las mujeres que se ponía en marcha cuando faltaban brazos («vagabundeo» e inestabilidad obrera, periodos de siembra y cosecha, movilización militar). Es bueno recordar que en los años sesenta habrá menos mujeres en el trabajo que durante la última guerra. (En el caso de Estados Unidos, además de medio millón de mujeres movilizadas en las fuerzas armadas, cinco millones trabajan en las industrias de la defensa, de un total de más de seis millones de mujeres trabajadoras). El pleno empleo de la época fordista es ante todo un asunto de hombres. *Rosie the Riveter* [Rosie, la remachadora], la del famoso cartel de Howard Miller, perdió su

---

[48] Citas extraídas, respectivamente, del discurso de Clémentel ante la Asociación Nacional de Expansión Económica (26 de marzo de 1917) y de las minutas del 10 de noviembre de 1917, tomadas durante una sesión del Comité Permanente de Estudios relativos de Previsión de los Desempleos Industriales. Citado por Martin Fine, «Guerre et réformisme en France, 1914-1918», *Recherches*, núm. 32-33, 1978, pp. 314, 318.

[49] Ellis W. Hawley, «Le Nouveau corporatisme et les démocraties libérales, 1918-1925: le cas des États-Unis», *Recherches*, núm. 32-33, 1978, p. 343. Sobre las «negociaciones» a las cuales da lugar, durante y después de la guerra, la introducción del taylorismo situada bajo la tutela de la «cooperación» de los sindicatos y de la gestión, véase Hugh G. J. Aitken, *Scientific Management in Action. Taylorism at Watertown Arsenal, 1908-1915*, Princeton, Princeton University Press, 1985 [1960], pp. 237-241.

lugar. Y esto, en más de un sentido, cuyos inicios siguen remitiendo a la Gran Guerra. Y a las primeras derrotas del movimiento feminista por la guerra.

En Francia, las luchas de emancipación de estas mujeres, que estaban «en primera línea» y que en gran parte terminaron siendo viudas,[50] tropiezan —a pesar de la fuerza del movimiento feminista hasta 1914— con el fracaso de la obtención del derecho a voto en la posguerra: aprobado por la Asamblea Nacional, finalmente será rechazado por el Senado en 1922, debido a que las mujeres podrían llevar al poder a un «nuevo Bonaparte» o impulsar una «revolución bolchevique». (El derecho a voto solo se les otorgará por mandato del Comité Francés de Liberación Nacional en 1944, por los servicios prestados a la Resistencia). La misma desventura se producirá en Italia, que entre tanto se volvió mussoliniana. En Bélgica, solo las madres y las mujeres de los soldados caídos en el frente estarán autorizadas a votar: el *sufragio de los muertos* será establecido en 1920.

Con seguridad, la situación más interesante es la de Inglaterra, donde la recompensa por los servicios prestados a la nación juega un rol en la concesión del derecho a voto a las mujeres en 1918, aunque se completa con la decisión de ligar los derechos de las mujeres con los de su marido y con un límite de edad (mayor de treinta años) que excluye directamente a las jóvenes que trabajaron en las fábricas de municiones (*women war workers*) o que se unieron a los servicios auxiliares del ejército.

Además, la cuestión del voto de las mujeres solo fue un «añadido tardío» a un proyecto que buscaba ampliar el electorado masculino y fue además la única propuesta de la Speaker's Conference que no logró unanimidad. «La mujer, incluso dotada del derecho a voto, seguía siendo en primer lugar madre y esposa (lo que se esperaba de una mujer de más de treinta años), mientras que las jóvenes, más independientes gracias a la guerra, aquellas que pronto serían apodadas "*flappers*", se vieron privadas de toda voz en la reconstrucción del país».[51] En Inglaterra, no fue hasta 1928 que la edad mínima del voto femenino se alineó con la de los hombres. Como ya decía la feminista alemana Helene Lange en 1896: «Los hombres no otorgarán el derecho a voto a las mujeres antes de que esto sirva a sus intereses». Incluyendo sus *intereses de clase*.[52] De una manera más general, muchos trabajos feministas han puesto de relieve el principio

---

[50] Después del primer conflicto mundial, se cuentan más de 600.000 viudas en Francia y el mismo número en Alemania; 200.000 en Inglaterra.

[51] Véronique Molinari, «Le droit de vote accordé aux femmes britanniques à l'issue de la Première Guerre mondiale: une récompense pour les services rendus?», *Lisa*, vol. 6, núm. 4, 2008.

[52] Es en el marco de la revolución de 1918 y de la nueva constitución de la República de Weimar que las mujeres obtendrán el derecho a voto en Alemania.

de una «doble hélice», según el cual la integración social de las mujeres en la guerra es un paréntesis que se volvió a cerrar tanto más rápido, por el retorno de los hombres, cuanto que la lucha de los géneros en el *homefront* se vio ampliamente suspendida durante el conflicto. «Cuando las mujeres *son nombradas en cuanto sexo*, según las formulaciones de la política social, no pueden escapar de la encarnación del género en cuanto trabajadoras sin estatus o temporales; por otra parte, son percibidas como portadoras de la amenaza de una maternidad siempre posible».[53] De esta forma, la guerra reconduce al *trabajo de guerra contra las mujeres* hasta en su sometimiento al orden de la producción. En su versión capitalista o socialista.

En efecto, las guerras totales fueron una oportunidad para el auge de una ideología militante del productivismo en Europa y aún más en la Unión Soviética, donde se desarrolló el ideal de un *taylorismo proletario* que transformó en «stajanovismo» aquello que Lenin consideraba como un «inmenso progreso de la ciencia». Una ciencia que Lenin pretendía disociar de su función de explotación capitalista, que limitaba la «racionalización» únicamente al proceso de trabajo para extender sus principios a la sociedad entera. Es exactamente la empresa de la guerra total, que Lenin solo puede pretender «colectivizar» porque no capta su dinámica (bio-)política real, la que, sin embargo, consigue ejercerse en «la consigna "censo y control" que él repite durante todo ese periodo».[54]

La crítica del trabajo que había marcado las luchas proletarias del siglo XIX da paso a una «santificación», cuyos efectos nocivos en el movimiento obrero se harán sentir plenamente después de la Segunda Guerra Mundial. Separada de la «movilización revolucionaria de los trabajadores» anhelada por Lenin, la emancipación dependerá de la «disciplina del trabajo», antes de transformarse en el problema del crecimiento y la productividad de la economía como único objetivo del movimiento obrero. La lección es tayloriana, una vez más.

La ambigüedad que el propio Marx mantenía al hacer del trabajo, a la vez, la esencia genérica del hombre y el lugar mismo de la explotación es borrada por la guerra total. La imagen de la guerra «en cuanto acción armada va penetrando cada vez más en la imagen más amplia que la concibe como un gigantesco proceso de trabajo».[55] Lo que explica que la conversión del obrero internacionalista en soldado nacionalista haya podido operarse casi instantáneamente: la organización de la guerra y la organización del trabajo se vuelven homogéneas al *trabajo de la guerra*.

---

[53] Denise Riley, «Some Peculiarities of Social Policy concerning Women in Wartime and Postwar Britain», en *Behind the lines*, *op. cit.*, p. 260.

[54] Robert Linhart, *Lénine, les paysans, Taylor*, París, Seuil, 2010 [1976], p. 135.

[55] Ernst Jünger, *La movilización total*, *op. cit.*, p. 97.

Por lo tanto, en el frente más inmediato de la militarización del trabajo tendremos, por una parte, a los «trabajadores de combate» y, por otra, a los «obreros de la destrucción» formando las tropas, que no son todas de combate… Así como una máquina-herramienta en la cadena de montaje, comenta Massimiliano Guareschi, siguiendo un hilo que hay que restituir:

> El soldado de las trincheras representa un material humano cuyas piezas pueden ser reemplazadas: por primera vez, la medicina recurre abundantemente al uso de prótesis para cambiar los miembros destruidos o incluso para reconstruir un rostro desfigurado. Pero el obrero-soldado también es intercambiable en su totalidad. En su trabajo, ya sea en la fábrica o en la guerra, toda relación con las artes de las cuales provenían esas actividades es aniquilada. La fabricación en serie en una cadena de montaje se desarrolla en forma de producción anónima de la muerte en batallas de material. En 1930, Friedrich Georg Jünger en *Krieg und Kriege*, y su hermano Ernst en *Die totale Mobilmachung,* nos muestran claramente la dimensión anónima de la producción en serie al nivel del trabajo de la guerra y la definen como uno de los rasgos fundamentales de la Guerra Mundial.[56]

A lo largo de un enfrentamiento que pasó a ser más interimperialista que interestatal, los flujos del capital financiero y los flujos de guerra perderán progresivamente sus límites respectivos al franquear en conjunto otro umbral de desterritorialización. La guerra va a liberar a la «producción» de la necesidad del «mercado» en la medida en que su finalidad ya no es la «rentabilidad» y el «beneficio» (aunque los capitalistas se enriquezcan como nunca),[57] sino la producción ilimitada de «medios de destrucción», alrededor de la cual toda la máquina económica y toda la sociedad son movilizadas, según una disciplina maquínica situada bajo un mando reticular único. (Parafraseando a David Noble: «*The military term for management is command; the business term for command is management*«). Simultáneamente, la transformación de la lucha de clases —derrotada en su frente interno— en guerra civil revolucionaria, operada por la revolución soviética, libera —desde la retaguardia— la guerra de los límites del espacio y del tiempo establecidos por la *Jus Publicum Europaeum*, que daban un marco a su razón de Estado. La guerra total no es solo mundial en extensión, sino también *en intensión*, al volver porosas las fronteras entre espacio civil y espacio militar.

---

[56] Massimiliano Guareschi, «La métamorphose du guerrier», *Cultures et conflits*, núm. 67, 2007.

[57] Lo que no deja de ser destacado por el general Fuller: «Las ganancias pecuniarias de la guerra pasaron del saqueo, practicado por el general y sus tropas, a los beneficios obtenidos por los financieros, los empresarios y los industriales». Véase J. F. C. Fuller, *L'Influence de l'armement sur l'histoire*, París, Payot, 1948, p. 159.

Liberando a la guerra y a la producción de *todos* sus límites, la guerra imperialista y la guerra civil revolucionaria hacen emerger la producción y la guerra *totales*, cuya condición de posibilidad está dada por la destrucción: destrucción del enemigo nacional, del enemigo de clase, pero también, con el nazismo, destrucción absoluta, *destrucción total*.

Entre ambas guerras, Karl Korsch entró en conflicto con el partido bolchevique al alertar respecto del trastorno generado por la guerra total, cuyos efectos, desde su punto de vista, eran ampliamente ignorados por los marxistas. La producción distinguida de la destrucción, explica Korsch, perdió todo rasgo progresista desde el momento en que las *fuerzas destructoras* de la guerra moderna mecanizada forman parte integrante de las «fuerzas productivas» de la máquina de guerra del capital. O para decirlo de una manera todavía más *económica*: «Las ganancias de productividad y las ganancias de destructividad siguieron la misma tendencia: el coste de la destrucción no hizo más que disminuir a lo largo de los siglos XIX y XX. Con relación a su potencia destructora, la tecnología militar nunca ha sido más barata».[58] Todo ocurre como si el consumo y la producción solo pudieran tender *al infinito* en la destrucción. Lo que la guerra total y la Segunda Guerra Mundial, gran preparadora de la sociedad de consumo de masas, en particular, realizó sobradamente.

Esta reversibilidad de la producción/consumo/destrucción implicada por la movilización general de las fuerzas productivas (trabajo, ciencia, técnica, población) interroga y pone en tela de juicio la capacidad que tienen las categorías de la economía política, pero también su crítica, para captar la naturaleza de la producción capitalista, precisamente cuando la ilusión (liberal) de un remplazo de la guerra por la economía fue desmentida por los hechos y que la guerra ya no sirve únicamente para «llevar a cabo la lucha de la competencia» [*der Konkurrenzkampf durch Kriege*]. ¿Cómo definir el capital y el trabajo en la guerra total? ¿El concepto de capital puede ser encerrado en una definición «económica», cuya única alternativa es la oposición del «capital productivo» al «capital ficticio» y al «capital parásito»? ¿Cuál puede ser el sentido de la disputa académica, después de las guerras totales, sobre la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo? ¿De qué manera definir la enorme cantidad de trabajo comprometida en y generada por la «movilización general»? ¿Cómo dar cuenta del hecho de que los avances más grandes de la ciencia y de la tecnología hayan sido estimulados por la investigación militar y puestos al servicio de esos «enérgicos programas de equipamiento» que ya no se distinguen de los *medios de destrucción*, alcanzando así una potencia ignorada por todas las demás «civilizaciones»?

---

[58] Christophe Bonneuil, Jean-Baptiste Fressoz, *L'Événement Anthropocène*, París, Seuil, 2013, p. 141.

Es toda la concepción marxiana del capitalismo y de las fuerzas productivas que este libera (trabajo, ciencia, técnica) como fuerza del «progreso», como fuerzas *que tienden* a crear las condiciones de extinción del capitalismo y el auge del comunismo, la que es socavada por la guerra total. La función progresista de la burguesía y del empresario se extingue al mismo tiempo que «la instrucción eléctrica de las masas» (Lenin). Sin la introducción de *relaciones estratégicas de poder* en el nivel más constituyente, la «naturaleza» misma del capital elude a sus adversarios más resueltos. La guerra se transforma en un paréntesis, en una interrupción o en una crisis del curso normal de las cosas (económicas), después de lo cual el capital volvería a tomar su camino y su historia «productiva» en cuanto «condición de emancipación» de la humanidad, aun cuando «*el proletariado [haya] desaparecido*» (según la conocida frase de Lenin, que sigue vigente fuera del contexto soviético del año 1921).

El shock que afectó a la generación de la guerra fue expresado de una manera definitiva por Walter Benjamin, para quien la *posibilidad misma* de la creencia en el progreso, en la ciencia, en la técnica y en la disciplina del trabajo asalariado llegó a su fin bajo las «tempestades de acero» y con los gases de combate de la Gran Guerra, inmediatamente reconvertidos en pesticidas.

Sorprendentemente, después de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual la industria norteamericana creció más rápido que en ningún otro periodo de la historia al financiar la movilización aliada (como en el primer conflicto), la producción será nuevamente separada de la destrucción, y el capitalismo de la guerra, como si su relación no fuera más que coyuntural. Esto demuestra que definitivamente, para el marxismo, es muy difícil deshacerse de su concepción progresista del capital, del trabajo asalariado, de la técnica y de la ciencia, a pesar de la verificación trágica de su función destructiva en las guerras totales. Esta concepción seguirá irrigando el marxismo ortodoxo y heterodoxo hasta esa sorprendente teoría llamada «aceleracionista», que viene a reciclar de una manera *techno* la sensibilidad progresista propia del socialismo del siglo XIX y su relevo dialéctico en la planificación (neo)leninista de una «gestión (pos)proletaria».

De una manera menos cómica, en la larga posguerra del fordismo, las teorías más heterodoxas volverán a partir de la definición marxista del capital como si las guerras totales no hubieran tenido lugar, como si, en la ráfaga de los martillos percutores, la guerra total no hubiera realizado ya la subsunción más real de la sociedad completa en la máquina de guerra del capital. «Hasta el nervio más tenue» y «el niño en su cuna», es toda «la física y la metafísica del intercambio» las que se hallarán movilizadas, «tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra», porque la «guerra

de los trabajadores» que moviliza «los motores, los aviones, las metrópolis donde se amontonan millones de seres» indica que ya no existe «ningún átomo que sea ajeno al trabajo».[59]

La guerra y la guerra civil contra el socialismo (y el comunismo)

Sin duda, la matriz más importante de las guerras totales fue la guerra civil entre el capitalismo y el socialismo. Las «pequeñas guerras», llevadas a cabo contra los obreros de 1848 parisino y los partidarios de la Comuna («los beduinos del interior»), dejaron de ser suficientes cuando el socialismo se presenta como una alternativa global al capitalismo. Ahora bien, desde la Revolución rusa de 1905, ahogada en sangre, «aquella que hace subir al escenario a los actores que luego serán los protagonistas de la guerra de 1914»,[60] hasta la víspera del conflicto, el socialismo estaba haciendo cambiar al capitalismo de una manera radical. El umbral de alerta también había sido alcanzado en Estados Unidos, debido a que el Socialist Party ejercía una fuerza de atracción cada vez mayor sobre una amplia franja del movimiento sindical.[61]

En el valioso libro *1914*, Luciano Canfora cita este pasaje del gran historiador inglés Herbert A. L. Fisher, extraída de su *History of Europe* de 1936: «Una huelga de obreros de San Petersburgo, que tuvo lugar el 8 de julio de 1914, en la que se construyeron barricadas y se combatió en las calles, pareció demostrar que en la carrera entre la guerra y la revolución, la revolución llegaba primero». Y también cita a Braudel: «Sin exagerar la fuerza de la Segunda Internacional, tenemos derecho afirmar que, en 1914, Occidente *se encuentra tanto al borde de la guerra como al borde del socialismo*. El socialismo está a punto de tomar el poder, de fabricar una Europa tan o incluso más moderna quizás que en la actualidad. En unos días, en unas horas, la guerra acabó con esas esperanzas».[62]

---

[59] Ernst Jünger, *La movilización total*, *op. cit.*, p. 98.

[60] Luciano Canfora, *1914*, París, Flammarion, 2014, p. 31 [ed. cast.: *1914*, traducción de Juan Vivanco Gefaell, Barcelona, El Viejo Topo, 2014].

[61] Véase David Montgomery, *Workers' Control in America*, *op. cit.*, cap. 3. Con la expansión de las huelgas, la agitación socialista se proseguirá en Estados Unidos hasta la depresión de 1920.

[62] Herbert A. L. Fisher, *History of Europe,* Cambridge (MA), Houghton, Mifflin and Co., 1936, p. 113 (citado en Luciano Canfora, *1914, op. cit.*) [ed. cast.: *Historia de Europa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1958]; Fernand Braudel, *Grammaire des civilisations*, París, Champs-Flammarion, 1993, p. 436 (citado por Luciano Canfora, *La Démocratie. Histoire d'une idéologie,* París, Seuil, 2006, p. 281) [ed cast.: Fernand Braudel, *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social,* Madrid, Tecnos, 1966; Luciano Canfora, *La democracia. Historia de una ideología*, Barcelona, Crítica, 2004.]

Es un axioma: cuando la «política» amenaza con transformarse en guerra civil arremetiendo contra la existencia misma del capital, el capital siempre responde por medio de la guerra. En este sentido primero u «original», la guerra civil (virtual-real) precede a la guerra *que pondrá en movimiento a las masas contra sí mismas*. El corolario sigue: estimulados por el capital financiero, apoyados por los liberales y los dirigistas, los Imperios y los Estados van a hundir a Europa sin ningún escrúpulo en la masacre masiva de la Primera Guerra Mundial. Cuando los «beduinos del interior» son millones, cuando el socialismo ya no es solo un espectro porque se vuelve una perspectiva para toda Europa, es necesario que la «gran guerra» asuma las modalidades exterminadoras de la guerra «pequeña» a fin de erradicarlos. Su violencia extrema será *masificada* por la movilización industrial de las naciones transformadas en «gigantescas fábricas productoras de ejércitos en cadena para estar en capacidad de enviarlos al frente las 24 horas del día, donde un proceso sangriento de consumo, también ahí completamente mecanizado, jugaba el rol del mercado».[63] ¿Hay que recordar que «a las democracias liberales se les puede atribuir, sin riesgo, el mérito de haber iniciado la entrada en el infierno del siglo XX?».[64] Una vez que constataron que la guerra no había logrado acabar con el socialismo y que el peligro comunista había tomado cuerpo en la revolución soviética que se animaba tanto en el frente interior como en el exterior, las élites liberales no dudaron en entrar de lleno en la era de las *grandes guerras* civiles europeas. La *guerra civil mundial* comenzará por volver contra la Revolución (rusa) lo que Schmitt todavía llama (reservándoselo a Estado Unidos) un *concepto discriminatorio de guerra* (la guerra que se le hace a un enemigo).[65] No es por nada que la emergencia tardía de la noción de *Weltbürgerkrieg* en la literatura conservadora y contrarrevolucionaria se debe a una *modificación* (y una *recuperación*) de la «guerra civil revolucionaria» leninista…

Entre las dos guerras, comienza a plantearse la pregunta por el sentido de las transformaciones que supone la «guerra total», con respecto de esa guerra civil ganada por los soviéticos y que durante mucho tiempo amenazó con arrastrar a Alemania dentro de la tormenta revolucionaria. En Italia, Mussolini procura acabar con el peligro de propagación. Con excepción de la Unión Soviética, el impulso de «la ideología militante del

---

[63] Ernst Jünger, *La movilización total*, *op. cit.,* p. 102.

[64] Luciano Canfora, *La Démocratie*, *op. cit.*, p. 283.

[65] Véase Carl Schmitt, «Cambio de estructura del derecho internacional» (1943), *op. cit.*, p. 33: «Como el gobierno de Estados Unidos tiene en su mano la discriminación de los demás, tiene también, claro es, el derecho de apelar a los pueblos contra sus Gobiernos y de transformar la guerra entre Estados en guerra civil. Así, la guerra mundial discriminatoria de estilo americano, se convierte en guerra civil mundial de signo total y global. He ahí la clave de la unión, inverosímil a primera vista, entre el capitalismo occidental y el bolchevismo oriental».

productivismo» se ve quebrado por la multiplicación de las huelgas obreras, mientras que el rearme está a la orden del día. La distinción de principio entre guerra y guerra civil tiende entonces a volverse borrosa hasta disolverse. Aquí, una vez más, Ernst Jünger es un testigo fundamental: «Entre estos dos fenómenos, la Guerra Mundial y la Guerra Civil, existe una imbricación más profunda de lo que se ve a primera vista, porque son las dos caras de un mismo acontecimiento de envergadura planetaria».[66] En la otra orilla, Hannah Arendt también puso en relación la guerra interimperialista con el tema de la revolución y la guerra civil. «La Guerra Mundial es la consecuencia de la revolución, una especie de guerra civil que arrasa toda la tierra, siendo esta la interpretación que una parte considerable de la opinión pública hizo, sin faltarle razones, de la Segunda Guerra Mundial».[67] Lo que bastaría para justificar el sentido conferido por Lenin a la guerra total cuando revindicaba que, desde 1914, en el contexto del capitalismo mundializado, solo había un tipo de «guerra justa»: la guerra (civil) contra la guerra (imperialista).

Punta de lanza de la Unión Sagrada en la cual habían encallado los partidos socialistas europeos, el nacionalismo que constituye la fuerza subjetiva de movilización para la guerra, junto con el racismo, es la primera respuesta a la intensificación del conflicto social y la amenaza de la guerra civil. Tal y como subraya Thomas Hippler, «la guerra solo es nacional en la medida en que las naciones beligerantes logran contener el conflicto social subyacente; la guerra solo es nacional en la medida en que el problema social es absorbido por lo nacional». Lo que equivale a decir que «la guerra entre naciones disimula una guerra de clases. […] [E]sta guerra latente trabaja a las naciones desde adentro».[68]

Si bien fue Michel Foucault quien supo mostrar que el poder, ante todo, no es represión, sino producción, incitación, solicitación, «acción sobre acciones» según su expresión consagrada, hay que recordar de todas formas este *matter of fact*: cuando la existencia política del capital fue puesta en peligro por el socialismo y el comunismo, el capitalismo respondió por medio de la represión, la «brutalización» de las poblaciones y la guerra. No es sino hasta después de haber vencido a la revolución en Europa que una respuesta política puede ver la luz con el New Deal (substancialmente la misma, de hecho, que en los Estados Unidos demócratas, la Italia fascista y la Alemania nazi). Por lo tanto, habrán sido necesarias la guerra total, la crisis de 1929 y las guerras civiles europeas para que el capital dé inicio y

---

[66] Ernst Jünger, *La movilización total*, *op. cit.*, p. 90.

[67] Hannah Arendt, *Sobre la revolución* (1961), traducción de Pedro Bravo, Madrid, Alianza, 1988, p. 17.

[68] Thomas Hippler, *op. cit.*, pp. 132, 130.

consolide por un tiempo esta respuesta «económico-política» global en la que el poder muestra su cara más «democrática» sin renunciar, empero, a una movilización lo más bélica posible. «Para seguir adelante —declara Roosevelt en 1933 en su discurso de investidura—, debemos comportarnos como un ejército entrenado, leal, listo a sacrificarse por el bien de la disciplina común. [.…] Es sin la menor vacilación que tomo la cabeza de este gran ejército formado por nuestro pueblo, que hace todos los esfuerzos para enfrentar, en la disciplina, los problemas que nos son comunes». No se podría enunciar mejor que el New Deal es una continuación de la guerra por otros medios… que renueva el National Recovery Act (NRA) a través del War Industries Board establecido por Wilson en 1917, que le sirvió de modelo.

La implicación del proletariado industrial y de la población en la guerra total fue seguida por un desorden creciente del desarrollo capitalista que desconectó a la organización (tayloriana-fordista) del trabajo de la organización de los mercados. Esto culminaría en la quiebra del capital financiero norteamericano (la Gran Depresión de 1929). Al concretar la quiebra del liberalismo mientras vuelve a lanzar los riesgos de la guerra civil, esta obliga a los regímenes democráticos y a los regímenes fascistas a hacerse cargo de la «cuestión social» reforzando y *universalizando* el papel del Estado en materia de gestión económica y control de la sociedad. De ahí que «el Estado nacional, tal y como se constituye a partir del siglo XIX evolucione progresivamente hacia un "Estado Nacional-*social*"».[69] Inmediatamente, será criticado por los liberales y los marxistas norteamericanos en razón de las *similarities* del New Deal con el Estado corporativista de Mussolini y el Estado totalitario de Hitler (los liberales no tenían reparos en incluir al «socialismo de Estado» en esta lista).[70] Puesto que, en ese entonces, el «fascismo» era prácticamente sinónimo de la economía dirigida por un *Estado fuerte*, el New Deal será frecuentemente comparado —sin una connotación necesariamente crítica—[71] con un *fascismo económico*.

El intenso debate que tendrá lugar en el momento de la redacción de la Constitución alemana después de la Segunda Guerra Mundial, en torno a la definición del Estado «social» y del cual, tanto Schmitt como Foucault darán cuenta de manera distinta, está basado en el problema mayor de la discontinuidad de las *políticas sociales* democráticas respecto de las medidas tomadas en los años treinta, no solamente en Estados Unidos, sino

---

[69] Ibídem, p. 131.

[70] Véase los pasajes reunidos por Wolfgang Schivelbusch, *Three New Deals. Reflections on Roosevelt's America. Mussolini's Italy and Hitler's Germany, 1933-1939*, Nueva York, Picador, 1986, pp. 26-32.

[71] La colonización italiana de Etiopía en 1935 y la implicación de Mussolini y Hitler en la Guerra Civil española cambiarán las cosas.

también en Italia y Alemania. Asimismo, podemos pensar en ese último diálogo franco-alemán —el «Coloquio Walter Lippmann»— realizado en París en 1938 y durante el cual algunos de los participantes, expulsados de Alemania o reducidos al silencio, sitúan bajo el signo de un *liberalismo social* la idea (intervencionista) de que «el Estado debe dominar el devenir económico» (Franz Böhm).[72]

Excediendo únicamente el principio disciplinario de la *sociedad-fábrica*, las políticas sociales que se despliegan de manera transversal a la democracia norteamericana, al fascismo y al nazismo van más allá de la definición foucaultiana del biopoder (gestión de la natalidad, administración de la salud, sistemas de seguros contra los riesgos del trabajo…). En efecto, estas no se limitan a la vida «biológica» de las poblaciones y su «aseguramiento». Estas políticas conciernen, más bien, a todo el *equipamiento de la vida modernizada* que abre la vía al consumo de masas como nueva forma de control: programas de «motorización» en Alemania (creación de la primera red de autopistas y lanzamiento del «automóvil del pueblo»: *Autobahn*, *Volkswagen*) y de «electrificación» en Estados Unidos (programa hidráulico de la Tennessee Valley Authority [TVA] que incluye la bonificación de las tierras en un verdadero proyecto de ordenamiento territorial, es decir, el *New Deal Landscape*), invención (y taylorización) de los «pasatiempos», del *dopolavoro* (Opera Nazionale Dopolavoro) y de la Kraft durch Freunde (la Fuerza por la Alegría), uso masivo de la radio («Edén eléctrico donde el yo está absorto en la tecnología», según la famosa frase de McLuhan) y del cine, desarrollo de la propaganda y del control… En este sentido, hay que mencionar a la *Blue Eagle Campaign* del National Recovery Administration, calcada de la movilización bélica de los años 1917-1918, por el intermedio de la cual cada ciudadano, cada consumidor, cada empleado, se comprometía —en calidad de NRA *member*— a apoyar *personal y públicamente* el conjunto de las medidas de emergencia del New Deal: «*We do our part*», «*Those who are not with us are against us*» [Hacemos nuestra parte; Cualquiera que no esté con nosotros está contra nosotros]. Sabiendo que Hitler comprendió rápidamente que la pauperización material y mental de la clase obrera liberada de sus «mandamases» (*Bonzen*) y de sus sindicatos marxistas no jugaba a favor del régimen y del nuevo espíritu de unidad nacional y social, toda similitud del «pueblo» aquí convocado (*the people, the common American*) con la *Volksgemeinshaft* no podría ser… fortuita. Y si fuera necesario subrayarlo una vez más: durante algunos años, por medios que no solamente fueron diplomáticos, antes de que la historia se acelerara definitivamente en el sentido de un expansionismo «axial», los *intercambios* entre el fascismo de Mussolini, el New Deal de Roosevelt y el nazismo de Hitler fueron constantes.

[72] Véase Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 162.

Las políticas sociales de los años treinta tenían como objetivo impedir el peligro del «colectivismo» bolchevique y poner bajo tutela al individualismo suicida del «capitalismo» liberal y financiero. Por lo tanto, el New Deal, el fascismo y el nazismo iban a ser considerados por los «observadores» norteamericanos y europeos como tres modalidades de *gubernamentalidad posliberal*, cuyo objetivo era la planificación de la economía bajo la dirección del Estado, al que le correspondía el papel de *proteger*, *y de proteger los intereses del capital contra sí mismo y contra el pueblo nacionalizando a ambos* tras la defunción por muerte violenta del «*laissez-faire*». (¿No había conducido acaso a la Gran Guerra, y de la Gran Guerra a la Gran Depresión?). Un Estado *nacional-social*, por lo tanto. «Lo que debería ser llamado nacionalsocialismo —subraya un respetable profesor de la Universidad de Chicago y autor de un voluminoso trabajo titulado *The Pursuit of Power* [La búsqueda del poder]— si Hitler no se hubiera apoderado del término, ya que este surgió de los cuarteles y de las oficinas de los servicios armados europeos y, con el apoyo de una coalición de las élites administrativas provenientes del ámbito de los grandes negocios, de las grandes centrales sindicales, de la universidad o de los medios cercanos al poder, conquistó rápidamente a la sociedad europea».[73] En circunstancias semejantes, el giro estalinista hacia la «construcción del socialismo en un solo país» (1924) y la renuncia al internacionalismo proletario también puede ser calificado de *nacional-socialista por adelantado*. Además del interés combativo que despertaban estas experiencias de planificación, Stuart Chase, el periodista estrella de los demócratas al que se le atribuye la fórmula «New Deal», concluía su tribuna titulada «A New Deal for America» con una nota de humor muy *british*: «*Why should we the Russians have all the fun of remaking a world*?» [«¿Por qué los rusos deberíamos ser los únicos en quedarnos con toda la diversión de rehacer el mundo?»].[74]

La «paradoja» del biopoder

Las dos guerras mundiales, las guerras civiles y la crisis de 1929 operaron una generalización y una totalización sin precedentes de las técnicas biopolíticas y disciplinarias. Introdujeron una ruptura radical que Foucault está lejos de sopesar. Entre las dos guerras, el biopoder y las disciplinas se reconfiguraron completamente en comparación con las luchas de clases y las guerras civiles que antes se desarrollaban en Europa. Adquirieron una

---

[73] William McNeill, *La recherche de la puissance, op. cit.*, p. 373.
[74] En *The New Republic*, algunos días antes de que Roosevelt pronunciara su discurso ante el Congreso (citado por Wolfgang Schivelbusch, *Three New Deals*, *op. cit.*, p. 101).

importancia tal que la secuencia 1914-1945 puede ser descrita como una única «guerra civil europea».[75]

Foucault describe perfectamente la generalización de los nuevos mecanismos de poder que alcanzan su paroxismo en el nazismo: «No hay sociedad a la vez más disciplinada y garantizada», dice al respecto. El desarrollo de «esa sociedad universalmente garantizada, universalmente reguladora y disciplinaria» es remitido de inmediato al cumplimiento de una tendencia «inscrita en el funcionamiento del Estado moderno».[76] Sin embargo, ¿es posible dar cuenta de la generalización del biopoder y de las disciplinas sin problematizar la «máquina de guerra» del Capital a la luz de su nueva *organización*, en la cual este pone en valor su carácter *social* de una manera tan enérgica? Hemos recordado que, en la Primera Guerra Mundial, la extensión de las disciplinas dependía estrictamente de la economía de guerra y de la difusión no solo disciplinaria, sino también biopolítica del *valor-trabajo* como principio de organización de la «movilización total». El sorprendente éxito de la Revolución rusa y el fracaso de las revoluciones en Europa, y la crisis financiera de 1929, hicieron indispensable una reconfiguración completa del biopoder con el fin de neutralizar la «lucha de clases» y la guerra civil mundial. En ausencia de este marco estratégico, el fascismo y el nazismo, y la generalización de las técnicas del poder —con el «derecho de matar» que las acompaña—, resultan incomprensibles.

De acuerdo con la última clase de *Defender la sociedad*, la generalización del biopoder conlleva una «paradoja»: el poder, cuyo objeto es la administración de la vida, también puede suprimirla y suprimirse a sí mismo, de esta forma, en cuanto biopoder. El poder atómico es el paradigma absoluto de esta paradoja, puesto que la bomba tiene la posibilidad de aniquilar a la población de la cual el biopoder supuestamente tiene que hacerse cargo. Llegado a este punto, el viejo privilegio del poder soberano, la decisión de ejecutar a sus súbditos («el derecho a matar»), se ve conmocionado (¿cómo un poder que asegura la vida puede ordenar la muerte?). Como recordaremos, en Foucault, la única manera de salir de esta paradoja es el «racismo de Estado». «Solo el nazismo, claro está, llevó hasta el paroxismo el juego entre el derecho soberano a matar y los

[75] Luciano Canfora niega que esta locución haya sido acuñada por Ernst Nolte en *La Guerre civile européenne. National-socialisme et bolchévisme (1917-1945)*, publicado en 1989. En realidad, habría sido pronunciada unos veinte años antes —y en función de una problemática muy distinta— por Isaac Deutscher, durante unas conferencias dictadas en la Universidad de Cambridge, en el marco del quincuagésimo aniversario de la Revolución rusa. Véase Luciano Canfora, *La Démocratie*, *op. cit.*, pp. 278 y ss.

[76] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, pp. 234-235 (todas las citas han sido sacadas de la clase del 17 de marzo de 1976).

mecanismos del biopoder. Pero ese juego está inscrito efectivamente en el funcionamiento de todos los Estados».[77]

El biopoder «educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir». En este sentido, «las matanzas han llegado a ser vitales». ¿Pero la raza debe ser introducida como un factor determinante de «la cuestión desnuda de la supervivencia»?[78] ¿Esto no equivale acaso a querer hacer abstracción de la presencia embriagadora de esta guerra de clases (a la cual, desde la acumulación originaria, hacemos remontar la guerra de razas como una de sus articulaciones) que amenaza con sabotear la guerra imperialista por la conquista de los mercados mundiales y donde las partes beligerantes pueden seguir siendo enemigos «políticos» durante mucho tiempo, hasta en la ilimitación de la guerra total? Estas solo se volverán «enemigos biológicos» bajo ciertas condiciones, especialmente en la Alemania nazi, que pueden ser (de manera desigual, mediante la colonización) compartidas, desde luego, aunque no *siempre* dependen de la acción exclusiva del «biopoder».

Algunos años más tarde, Foucault criticará su teoría de la «paradoja». Porque la «carnicería» más grande de la historia, a la cual dio lugar la Segunda Guerra Mundial, en todos los países que la protagonizaron, va de la mano de la puesta en marcha de «grandes programas de protección social» (Foucault se refiere al plan Beveridge, la Seguridad Social inglesa). «Enormes máquinas de destrucción» coexisten con «instituciones destinadas a la protección de la vida individual». A pesar de que el capital, por «naturaleza», sea al mismo tiempo un «modo de producción» y un «modo de destrucción», para Foucault, esta doble dimensión solo se delineará a partir del siglo XX y siempre a partir del Estado del *welfare*: «Se podría resumir tal coincidencia con una consigna: "Van a ser masacrados, les prometemos una larga y agradable vida". El seguro de vida va de la mano con una orden de muerte».[79] Es por esto que Foucault introduce el concepto de *tanatopolítica* en cuanto «reverso de la biopolítica». La población, objeto del biopoder, «no es más que aquello sobre lo que vigila el Estado su propio interés. Por supuesto, el Estado puede, en caso de necesidad, masacrarla».[80]

Los conceptos foucaultianos parecen eludir esta secuencia terrible de la historia de Occidente, puesto que una vez que se levanta la «paradoja», el racismo queda sin una verdadera explicación. Al igual que el derecho a matar propio de un biopoder llevado a un punto extremo de coalescencia

---

[77] Ibídem, p. 235.
[78] Michel Foucault, *La voluntad de saber*, *op. cit.*, pp. 165-166.
[79] Michel Foucault, «La tecnología política de los individuos» (1982), *Veredas. Revista de pensamiento sociológico*, traducción de Graciela Lechuga Solís, núm. 9, 2004, p. 215.
[80] Ibídem, pp. 224-225.

por el nazismo. Es particularmente interesante entonces que Foucault, al volver al nazismo en el *Nacimiento de la biopolítica* con sus análisis del ordoliberalismo, lo vincule con la «organización de un sistema económico en el cual la economía protegida, la economía de asistencia, la economía planificada y la economía keynesiana constituían un todo sólidamente unido, cuyas distintas partes estaban ligadas con firmeza por la administración económica que se había instaurado».[81] De ahí esa transversalidad distintiva de los tres *New Dealers* (Roosevelt, Hitler, Mussolini) que hemos recordado brevemente y a la cual Foucault añade la Inglaterra de la movilización total contra el Tercer Reich, prestando su voz a la crítica ordoliberal: «El laborismo inglés les llevará al nazismo de tipo alemán. El plan Beveridge les llevará al plan Göring, al plan cuatrienal de 1936».[82] Pero entonces, como el propio Foucault reconoce, en tanto «solución extrema, el nazismo no puede servir de modelo analítico a la historia general o, en todo caso, a la historia pasada del capitalismo».[83]

Máquina de guerra y generalización del derecho a matar

Las guerras totales y las guerras civiles europeas que estas integran, y que amenazan con *desintegrarlas*, están marcadas por una lucha feroz entre la máquina de guerra del capital y las máquinas de guerras revolucionarias movilizadas contra el capitalismo. En este combate despiadado, las élites, los capitalistas industriales y financieros poco a poco restaron todo crédito a los partidos democrático-liberales que estaban en el poder y, después de la Primera Guerra Mundial, optaron ampliamente por el fascismo, constatando la impotencia de la democracia parlamentaria frente al peligro «bolchevique» que arraigó en Alemania después de las huelgas de 1918 y la escisión espartaquista con el Partido Socialdemócrata (SPD). Por eso, impulsarán el auge de las máquinas de guerra fascistas que parecen responder mejor que las democracias liberales al doble desafío de la crisis política (Revolución rusa) y de la crisis económica que culmina en 1929, pero que sin embargo corren el riesgo de autonomizarse y perseguir objetivos contradictorios a los intereses del capital. De esta forma, es en el marco de la *guerra civil europea* que hay que analizar las transformaciones de las técnicas disciplinarias/securitarias (o biopolíticas) y la generalización del «derecho a matar» que responde a las intenciones estratégicas de la lucha de clases *en el plano mundial que el Capital impone.* En Foucault, por el

[81] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, pp. 138-139 (clase del 7 de febrero de 1979).
[82] Ibídem, p. 141.
[83] Ibídem, p. 140.

contrario, el biopoder parece estar animado por una lógica interna que impone sus «paradojas» a las fuerzas estratégicas.

Para intentar desentrañar estas preguntas, vamos a reconstruir la relación establecida por Deleuze en uno de los cursos que acompañó a la redacción de *Mil mesetas*, entre capital, guerra y fascismos. Allí, el filósofo hace amplio uso de los conceptos clausewitzianos.

En Deleuze, a diferencia de la doxa liberal, la «naturaleza» del fascismo no es ajena a la naturaleza del capitalismo. Entre ambos no solo existe una relación instrumental de represión o de «servicio prestado» a los capitalistas, sino más bien una complicidad doble que implica lo ilimitado. Es allí donde hay que buscar las razones que explican la generalización de las disciplinas del biopoder y la genealogía del «derecho a matar». En efecto, este último es una consecuencia directa e inmediata de la influencia del capital sobre la guerra. La apropiación de la máquina de guerra por parte del capital significa que lo infinito que anima la producción se transmite a la guerra suprimiéndole todo límite al «derecho a matar».

> Se le puede asignar una tendencia a la guerra total a partir del momento en que el capitalismo acapara la máquina de guerra y le da [...] un desarrollo material fundamental [...]. Cuando la guerra tiende a volverse total, el objetivo (derrotar al adversario) y el fin (lo que el Estado pretende a partir de la realización del objetivo) tienden a entrar en una especie de contradicción. Hay una tensión entre el objetivo y el fin. Porque, a medida que la guerra se vuelve total, el objetivo, a saber, según el término de Clausewitz, el derrocamiento del adversario, ya no tiene límites. El adversario ya no puede ser identificado, asimilado con la fortaleza que debe ser tomada, con el ejército enemigo por vencer, es el pueblo entero y el hábitat entero. Basta decir que el objetivo se vuelve ilimitado, y eso es la guerra total.[84]

En la guerra preindustrial, el fin y el objetivo coincidían porque la máquina de guerra se encontraba en manos del Estado: el objetivo militar estaba subordinado al fin político perseguido por el Estado (la guerra continuaba la política por otros medios para asentar su potencia). Con la guerra total, el objetivo militar (derrocar al enemigo) se vuelve ilimitado (destruir a la población y su entorno) y el Estado no logra imponer un fin político al proyecto. El Estado ya no puede perseguir su «fin político» porque no es más que un componente de las máquinas de guerra totales, de modo que no es «su mecánica» (Foucault) la que puede explicar la totalización biopolítica de las disciplinas y la generalización del «derecho a matar». Los fascismos resolverán la contradicción entre objetivo ilimitado y fin

---

[84] Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista, op. cit.*, pp. 390-391.

limitado adueñándose de la lógica de la producción por la producción, que ellos traducen en lo ilimitado de la destrucción y del «derecho a matar», al mismo tiempo que construyen una máquina de guerra para la realización de este objetivo. Pero entonces surge otro problema: autónoma con respecto al Estado, la máquina de guerra fascista corre el riesgo de volverse autónoma respecto al Capital, aun cuando este no solo fuera un modo de producción, sino también un modo de «destrucción»: destrucción de una «parte» del capital constante y del capital variable en las crisis «económicas» y destrucción física de una «parte» de la población durante las crisis «políticas». Tal y como mostró Foucault, la «masacre» es un modo de gobierno de una parte de la población que, *dentro de ciertos límites*, recorre toda la historia del capitalismo y que fue transferido progresivamente de las colonias a la metrópolis.

Deleuze hará suya la tesis de Hannah Arendt, pero redirigiéndola únicamente hacia el fascismo, que él distingue del totalitarismo —no obstante central en el gran libro arendtiano de 1951—, considerado un *mal concepto*.[85] «Lo que define fundamentalmente al fascismo no es un aparato de Estado, sino la puesta en marcha de un movimiento que no tiene otro fin más que el movimiento, es decir, el objetivo ilimitado. Un movimiento que no tiene otro fin más que el movimiento y que entonces no tiene otro fin más que su propia aceleración es precisamente el movimiento de la destrucción absoluta».[86] Este diagnóstico respecto al fascismo coincide con «los textos de Hitler o de sus lugartenientes, cuando invocan un movimiento sin destino ni fin. El movimiento sin destino ni fin es el movimiento de la destrucción pura, el movimiento de la guerra total. Lo único que digo entonces es que en ese momento se produce una especie de autonomización de la máquina de guerra con respecto del aparato de Estado, y es tan cierto como que el fascismo no es un aparato de Estado».[87]

La generalización y la intensificación del derecho a matar provienen del «movimiento por el movimiento» y de lo ilimitado de la «destrucción pura» cuando la máquina de guerra nazi se vuelve autónoma. ¿Pero qué

[85] Para una perspectiva crítica del concepto arendtiano de «totalitarismo», que consideramos muy cercano a la lectura de Deleuze, véase Roberto Esposito «Totalitarismo o biopolítica», *Daimon Revista Internacional De Filosofía*, núm. 39, 2006, pp. 125-132.
[86] Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista, op. cit.*, p. 391. Véase Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, *op. cit.*, p. 268: «Su idea de la dominación era algo que ningún Estado, ningún simple aparato de violencia puede nunca lograr, sino que solo puede conseguir un movimiento que se mantiene constantemente en marcha: es decir, la dominación permanente de cada individuo en cada una de las esferas de la vida».
[87] Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista, op. cit.*, p. 392.

significa esto, sino que el nazismo, por medio de la guerra *totalmente en acto*, exaspera lo ilimitado de la producción por la producción dando una consistencia última a la economía en su locura racional en un puro *destructivismo*? Es así como el nazismo se lleva con su muerte un simulacro de aparato de Estado, que ya no vale más que para la destrucción. Foucault también retoma, en el caso particular del nazismo, la dinámica de la guerra «sin límites», pero parece confundirse respecto a su origen al atribuírselo al biopoder del Estado, queriendo ignorar que lo «ilimitado» es una «ley» del capital que introduce lo infinito en la producción y, de allí, en la guerra, con aquello que es menos un «derecho» (que emana de un poder soberano) que un *poder de matar*. Este es el movimiento que se escapa dentro del fascismo y que constituye su diagrama de escape. El «racismo de guerra», del cual habla Foucault, es desencadenado por las mismas fuerzas. ¿Pues cómo podría liberarse el Estado de su propia *conservación política* en una *despoblación* tan radical como aquella perseguida por los nazis en nombre y bajo el emblema de la raza? Nos parece que Foucault gira en torno a esta cuestión cuando, en la última clase de *Defender la sociedad*, afirma:

> De igual manera, como la guerra se plantea explícitamente como un objetivo político —y, en el fondo, no simplemente como un objetivo político para obtener una serie de medios, sino como una especie de fase última y decisiva de todos los procesos políticos—, la política debe llevar a la guerra, y esta debe ser la fase final y decisiva que coronará el conjunto. Por consiguiente, el objetivo del régimen nazi no es sencillamente la destrucción de las otras razas. Este es uno de los aspectos del proyecto; el otro consiste en exponer a su propia raza al peligro absoluto y universal de la muerte. El riesgo de morir, la exposición a la destrucción total, es uno de los principios inscritos entre los deberes fundamentales de la obediencia nazi y de los objetivos esenciales de la política. Es preciso llegar a un punto tal que la población íntegra se exponga a la muerte. Solo esta exposición universal de toda la población a la muerte podrá constituirla de manera efectiva como raza superior y regenerarla definitivamente frente a las razas que hayan sido exterminadas por completo o que queden decididamente sometidas.[88]

Para algunas personas, el análisis de Deleuze pudo parecer cercano al de Foucault, pero los separa un abismo. Porque para Deleuze lo que explica el nazismo, y su reorganización de un biopoder que es tan disciplinario como suicida, es la máquina de guerra y su tendencia a subordinar al Estado a sus objetivos. Resulta imposible dar cuenta de esto sin introducir el movimiento infinito que el capital transmite a la guerra, que su maquinación más «pura» habrá transformado en flujo de destrucción absoluta en «la

[88] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, pp. 234-235.

exposición universal a la muerte». El biopoder, así como las disciplinas y el «derecho a matar», no son más que los elementos constituyentes de las estrategias puestas en marcha por las máquinas de guerra fascistas, bajo la influencia del movimiento ilimitado y de su totalización en la destrucción sin límites de un enemigo tan absoluto que todo tipo de integración de un objetivo político, *y de la política como tal,* en la guerra, *inclusive bajo los auspicios de la inversión de la fórmula clausewitziana*, se vuelve imposible. Lo que contiene *in nucleo* la diferencia de naturaleza entre la máquina de guerra y el Estado cuando esta última moviliza, bajo el nombre genérico de «fascismo», toda la comprensión del nazismo.

> En los regímenes totalitarios propiamente hablando son a menudo los militares los que tienen el poder, y no se trata para nada de regímenes-máquina de guerra. Al contrario, son regímenes totalitarios en el sentido del Estado mínimo. Pero el Estado fascista es algo completamente distinto. No es casualidad que los fascistas no fueran militares. Cuando el Estado mayor toma el poder, puede hacer un régimen totalitario; un régimen fascista es mucho menos probable. Un régimen fascista es a tal punto una idea de retorcidos [...] Ni siquiera los militares son eso. El Estado Mayor alemán hubiera querido efectivamente el poder, pero justamente, Hitler se le adelantó [...] y no se puede decir que el fascismo es una emanación del Estado Mayor alemán. Es una emanación de algo totalmente distinto. Ahora bien, aquí es donde se ve una máquina de guerra que se autonomiza del Estado. De ahí la buena idea de Virilio de que el Estado fascista es un Estado suicida. Por supuesto que se tratará de matar a los otros. Pero se considerará la propia muerte como el coronamiento de la muerte de los otros. Ese es el tema realmente fascista de vivir la muerte. Lo encuentran en todos los fascismos. El totalitarismo no es en absoluto así, es mucho mas... ¿cómo decirlo?... es mucho más pequeñoburgués, mucho más conservador.[89]

Vincular las técnicas biopolíticas y disciplinarias con la «industrialización» o con la «economía», como hace Foucault, es algo totalmente distinto a vincularlas con las «leyes» del Capital y la máquina de guerra (cuya naturaleza es distinta de la del Estado), como propone Deleuze. El desarrollo del racismo después de la Primera Guerra Mundial toma su impulso y se autonomiza no a partir de las *técnicas* del biopoder,[90] sino a partir de la

[89] Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista, op. cit.*, pp. 392-393.

[90] Véase Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 233: «Creo que es algo mucho más profundo que una vieja tradición o una nueva ideología; es otra cosa. La especificidad del racismo moderno, lo que hace su especificidad, no está ligada a mentalidades e ideologías o a las mentiras del poder. *Está ligada a la técnica del poder, a la tecnología del poder*» (las cursivas son nuestras).

máquina de guerra mundial nazi que, al volverse autónoma frente al Estado y el Capital, lleva a su solución final lo ilimitado de la aniquilación del enemigo contenido en la guerra total.

Si aquí surge esa «cosa desconcertante» que conduce al biopoder a la coexistencia fascista de la vida y de la muerte, esa «cosa», lejos de depender (en una especie de tránsito continuo de la historia del Estado) de su racionalidad propia y de sus dispositivos, está sometida, más bien, a la contingencia de las «relaciones estratégicas» (que deben distinguirse de las relaciones gobernantes/gobernados y de las *técnicas de poder* que los administran),[91] a las discontinuidades de la lucha de clases y a los resultados inciertos del enfrentamiento mortal entre capitalismo y socialismo. Hay que recordar que un mes después del *acting out* de Churchill, el jefe de la oposición laborista, Landsbury, tomando como modelo el «genio romano» de Mussolini, declaraba:[92] «Definitivamente solo veo dos métodos [contra el desempleo] y ya fueron definidos por Mussolini: los trabajos públicos o los subsidios [...]. Si yo fuera un dictador, haría lo mismo que Mussolini».[93] Estas medidas biopolíticas, que a comienzos de los años treinta fueron comunes a Estados Unidos, a la Italia fascista y a Alemania, divergieron posteriormente de una manera radical debido a la gran diferencia entre las estrategias políticas y militares que dirigirán sus respectivas economías. Lo que prima siguen siendo las relaciones entre el Capital, el Estado y la máquina de guerra.

No obstante, esto es lo que se vuelve cada vez más difícil de percibir en Foucault a finales de los años setenta. La riquísima articulación teórica de la realidad del capitalismo que esboza —dentro de la misma explotación económica— dispositivos disciplinarios, securitarios y normalizadores de la gubernamentalidad de la población fracasa a la hora de dar cuenta de la dimensión del conflicto de clases que llevó a las guerras civiles europeas. El marxismo, por su parte, extrajo a las clases sociales de la población y del pueblo; del que los bolcheviques, a su vez, extraen la vanguardia del partido para construir la máquina de guerra bolchevique a partir de la

[91] Volveremos con detenimiento a esta distinción esencial introducida por el último Foucault, que ponemos al servicio de nuestro propio análisis del capitalismo más contemporáneo.

[92] Es en el marco del discurso pronunciado ante la Liga Antisocialista Británica, el 18 de febrero de 1933, que Winston Churchill declara: «El genio romano personificado por Mussolini, el más grande legislador vivo, ha demostrado a muchas naciones cómo se puede resistir al avance del socialismo». El Estado corporativista se transforma entonces en «el camino que puede seguir una nación cuando es dirigida valerosamente».

[93] Citado, junto a la intervención de Churchill, por Luciano Canfora, *La Démocratie*, *op. cit.*, p. 286.

«dictadura del proletariado» como *declaración de guerra permanente*.[94] Para combatir esta politización de la población según una lógica de clases más guerrera que militar, la guerra total reconstruirá, a través de la militarización de la sociedad primero, y del *welfare* después, una «población» dentro de la cual movilizar los recursos de un pueblo «nacionalista», al que siempre se le podrá administrar el «antídoto racial, cuyos efectos destruyen los elementos hostiles a la comunidad popular».[95]

Marx siempre tendrá razón contra Foucault en este punto. *Y sobre todo* cuando este último, para finalizar el recorrido en la inversión de la fórmula clausewitziana, es llevado a poner de relieve el *social-racismo* que aqueja a un socialismo que no renunciaría al «problema de la lucha, la lucha contra el enemigo, la eliminación del adversario dentro mismo de la sociedad capitalista».[96] Porque este programa sigue siendo el nuestro, todavía es cuestión de extraer de la (categoría de) «población» las condiciones de realidad para una *estrategia* política, aunque ya no pueda ser exclusivamente de clases en el sentido marxista más estricto.

Warfare y welfare

Si la generalización de las técnicas del biopoder tiene como primer objetivo proteger y asegurar la vida de la población mientras que la expone a la muerte, la «paradoja» de la «coexistencia de la vida y de la muerte» —señalada por Foucault— encuentra su punto de aplicación, explicación y resolución en la relación, que aún cabe señalar como constituyente, de las tecnologías biopolíticas del *welfare* con las técnicas del *warfare*.

«*From warfare state to welfare state*» o «*how the warfare state became the welfare state*».[97] Lo que, de manera rigurosa, debe entenderse en el sentido en que la matriz del *welfare* es el *warfare* de las guerras totales; lo que vuelve ambas nociones inseparables en *el welfare como continuación del warfare por otros medios*. Esta es toda la importancia de la Primera Guerra Mundial: la respuesta a la pregunta «¿Qué hay de nuevo en el New Deal?» remite a la tentativa de construir una *neo-economía de guerra en tiempos de paz*. Tal y como escribe Marc Allen Eisner: «La mejor forma de comprender el New

---

[94] Según la expresión de Marx en «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850».

[95] Ludendorff, *La Guerre totale*, *op. cit.*, p. 69.

[96] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 237.

[97] Estas dos expresiones remiten, respectivamente, a Marc Allen Eisner, *From Warfare State to Welfare State: World War I, Compensatory State-Building, and the Limits of the Modern Order*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2000 y a Barbara Ehrenreich, «The Fog of (Robot) War», disponible en www.tomdispatch.com/blog/175415.

Deal es inscribirlo en una historia más larga, que comienza al menos con la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial».[98]

Las guerras mundiales que cobijan a la Gran Guerra Civil Europea determinan una transformación profunda del biopoder que los análisis de François Ewald sobre el Estado providencia, inspirados en el trabajo de Foucault, solo captan de una manera muy parcial. En efecto, si «el Estado providencia cumple el sueño del biopoder»,[99] el *welfare* moderno no nace únicamente, entre lo económico y lo social, de un derecho a la *seguridad* que extiende a la sociedad entera una lógica «aseguradora» de empresa contra todos los «riesgos» inherentes a la actividad productiva (accidentes de trabajo, desempleo, enfermedad, jubilación, etc.). También es obra de la guerra total, y antes que nada la compensación por el compromiso de la población y del proletariado industrial en el esfuerzo de la guerra. «El Estado social», observa Grégoire Chamayou, «en parte fue el producto de las guerras mundiales, el precio pagado por la carne de cañón, la contrapartida al impuesto de sangre, arrebatado por la lucha. Para los "decisores políticos", el "coste" que hay que poner en la balanza de las armas también se calcula implícitamente a la luz de este tipo de gastos».[100] En Francia, se podría pensar en la ordenanza del 4 de octubre de 1945 y en la ley del 22 de mayo de 1946 sobre la generalización de la seguridad social, «que protege a los trabajadores y a sus familias contra los riesgos de cualquier índole susceptibles de reducir o suprimir su capacidad de ganancia. También cubre las cargas de maternidad y las cargas familiares».

Barbara Ehrenreich llega a la misma conclusión a partir de la situación norteamericana, donde la Social Security Act, promulgada en 1935, es parte integrante del New Deal: «Los Estados providencia modernos [...] en gran medida son productos de la guerra, es decir, son esfuerzos hechos por los gobiernos para apaciguar a los soldados y a sus familias. En Estados Unidos, por ejemplo, la guerra civil condujo a instaurar las "pensiones de viudedad", precursoras de la ayuda social para las familias y la infancia».[101] Podríamos agregar que las primeras pensiones de invalidez fueron pagadas a los soldados de la Guerra de la Independencia y que las primeras jubilaciones también aparecieron después de la guerra civil, incluyendo en un primer *social welfare system* a los miembros de la familia.[102] Antes de la Primera Guerra Mundial, se constata que el sistema de pensiones militares funcionó ampliamente como un primer régimen de jubilación para los

---

[98] Marc Allen Eisner, *op. cit*., pp. 299-300.
[99] François Ewald, *L'État-providence,* París, Grasset, 1986, p. 374.
[100] Grégoire Chamayou, *Teoría del dron*, Buenos Aires, Futuro Anterior, 2016, p. 179.
[101] Barbara Ehrenreich, art. citado.
[102] Megan J. McClintock, «Civil War Pensions and Reconstructions of Union Families», *Journal of American History*, núm. 83, septiembre de 1996, p. 466.

trabajadores (*the «respectable» working class*).[103] No es en vano que la constitución de un «Estado fiscal», que encuentra su origen lejano en la guerra civil, sigue la cadena de las guerras antes de construirse propiamente para financiar la Primera Guerra Mundial.[104]

El *welfare* es también una condición fundamental de producción material y subjetiva de los soldados para las guerras del capital. Porque es necesario que los nacimientos compensen los fallecimientos y que los reclutas sean aptos para el combate. De esto se deriva una nueva *economía de la vida* que se conjuga con el derecho ciudadano a la muerte en una relación de fuerzas en principio más favorable que aquella que había presidido la primera constitución de la fuerza de trabajo. El Estado debe ahora asociar la «calidad» de la población con su «cantidad», empezando por incluir a las mujeres, a través de toda una política (natalista) de la maternidad como *servicio nacional* y *trabajo social* que merece «prestaciones» —de una manera u otra—, lo que transformará a la madre que da y que mantiene la vida en un equivalente del soldado que se arriesga a morir defendiendo la *patria.* «Es la utilidad de la vida humana en el plano militar la que estuvo en el origen del cambio. Cuando un país está en guerra o se prepara para otra […], debe ocuparse de sus futuras provisiones de carne de cañón».[105] No hace falta decir que ni la «igualdad» ni la «diferencia» (ni «la igualdad en la diferencia») de los sexos serán reconocidas como tales. El hecho es que no es únicamente en la lógica (masculina) del biopoder donde hay que buscar la lógica paradójica de una «coexistencia» tan poco pacífica, sino en las estrategias del capital, de sus ejércitos y de sus máquinas de guerra.

> Durante la Primera Guerra Mundial, los expertos en salud pública quedaron impactados al descubrir que un tercio de los reclutas eran rechazados por incapacidad física para el servicio: eran demasiado débiles y demasiado blandos, o estaban demasiado deteriorados por los accidentes laborales. […] Las ideas de justicia y de igualdad social, o el miedo a las insurrecciones obreras, como mínimo, jugaron, sin duda alguna, un papel en el desarrollo del Estado Social [*welfare state*] durante el siglo XX, pero también hubo una motivación militar totalmente pragmática:

---

[103] Charles Anderson, *Industrial Insurance in the United States*, Chicago, University of Chicago Press, 1909, p. 277.

[104] Véase Elliot Brownlee, *Federal Taxation in America: A Short History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 2: «El impuesto sobre la renta no fue más que una experiencia titubeante hasta 1916, año en el cual Norteamérica se preparaba para entrar en guerra».

[105] Sara Josephine Baker, *Fighting for Life*, Nueva York, Macmillan, 1939, p. 165. En 1908, Sara Josephine Baker fue nombrada responsable de la División de Higiene Infantil de la ciudad de Nueva York, el primer servicio exclusivamente dedicado a la salud infantil.

> para que los jóvenes pudieran transformarse en soldados eficaces tenían que estar saludables, bien alimentados y relativamente educados.[106]

Si ciertamente hay una genealogía del *welfare* que hace pasar a las luchas por la seguridad del trabajo en la fábrica y al derecho a la vida fuera de la fábrica dentro del «cálculo de riesgos» de la guerra civil, es la movilización total de la sociedad en el trabajo de guerra la que efectivamente impondrá la «universalización» del *welfare* para el conjunto de la población. Y «¿de dónde viene esta población?», retoma Carole Pateman en consonancia con las críticas feministas contra Foucault, que aquí pueden valerse de las diatribas de Roosevelt o de Beveridge sobre *la madre soldado de la vida*. Pero también muestra cómo el *welfare* tendió a sustituir al marido-sostén-de-la-familia, ausente debido a la movilización (la ley de subsidio para las mujeres de los movilizados, *separation allowances,* es el *salario del soldado* transferido a su *lugarteniente*, a la mujer como *persona privada*); en lugar del reconocimiento de la mujer «ciudadana» de pleno derecho, el cual todavía no figura en las leyes de seguridad social promulgadas solo una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial.[107] En el Informe Beveridge de 1942, donde se expone la filosofía del Family Allowance Act —que además es el primer acto del *welfare state* británico y de aquello que, en 1946, se transformará en el National Insurance Act—, el liberal keynesiano explica: «Se debe tener en cuenta que la gran mayoría de las mujeres casadas efectúan un trabajo vital, aunque no remunerado, sin el cual sus maridos no podrían trabajar y el país no podría seguir existiendo».[108] Una vuelta al punto de partida para las *suffragettes* inglesas, que habían retomado su cantinela de 1914 publicada en *La Française*: «Mientras dure la guerra, el enemigo de las mujeres también será el enemigo».[109] Lo mismo ocurrirá en Francia, donde Marguerite de Witt-Schlumberger, presidenta de la Unión Francesa para el Sufragio de las Mujeres, había declarado en 1916 que las mujeres que rehusaran a dar un hijo a la patria debían ser consideradas «*desertoras*» (cuatro años después publicará un pequeño libro titulado *¿Madres de la patria o traidoras de la patria?*). No se podría negar, sin embargo, que el feminismo maternal correspondía con una estrategia de tiempos de guerra.[110] En el país que contaba con el porcentaje más alto de

---

[106] Barbara Ehrenreich, art. citado.

[107] Carole Pateman, «Equality, Difference, Subordination: The Politics of Motherhood and Women's Citizenship», en G. Bock, S. James (dir.), *Beyond Equality and Difference. Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992.

[108] Ibídem, p. 22. Beveridge a menudo se había quejado del hecho de que la campaña por los subsidios familiares estaba sumamente manchada de feminismo («*taint of feminism*»).

[109] Citado por Gisela Bock, *Women in European History*, Oxford, Blackwell, 2002, p. 144.

[110] De lo que da cuenta perfectamente el *statement* de Maude Royden en pleno corazón de la Gran Guerra: «El Estado quiere niños y dárselos representa un servicio peligroso

mujeres trabajadoras, esta estrategia tenía necesariamente que combinarse con las medidas adoptadas por el Comité del Trabajo Femenino, ubicado bajo tutela del Ministerio de Guerra, y con las luchas sindicales dentro de la fábrica, propicias para el desarrollo de un «feminismo social» en el marco del *warfare* en fase de *welfarización* acelerada.

En Estados Unidos, la creación del National War Labor Board durante la Gran Guerra anticipa el funcionamiento del National Labor Relation Act del New Deal (el «Wagner Act») y estimula la participación de los sindicatos (sobre todo del American Federation of Labor) en el esfuerzo de guerra:[111] el número de sindicalizados prácticamente se duplica entre 1916 y 1919, mientras que el ingreso promedio de los obreros aumenta, durante esos mismos años, de 765 a 1.272 dólares. El salario mínimo, la igualdad salarial hombre/mujer y la jornada de ocho horas forman parte de la voluntad de garantizar «la subsistencia del trabajador y de su familia en un buen estado de salud y en un confort razonable», a cambio del *control of strikes* por parte de los sindicatos (porque en un ambiente de pleno empleo las huelgas se disparan), de la limitación del derecho de huelga y de la movilización de los obreros en las industrias estratégicas. Al terminar la guerra, la AFL, en una posición mucho menos favorable para negociar, defenderá el reparto de las ganancias de la taylorización y del *scientific management* que tan bien parecían haberles sentado a los «soldados del trabajo». Contra la consigna del control obrero, «la ideología bolchevique, wobblie y roja en general»,[112] la AFL desarrollará una política de alianza con los «sindicatos de empresa» que proponían «un reparto de las ganancias, de las adjudicaciones de acciones, un seguro colectivo, pensiones de jubilación, viviendas para el personal y atención sanitaria» (*welfare capitalism*).[113] Un sindicalista podrá decir: «¿No hay aquí un fuerte paralelismo con el sindicalismo fascista puesto en marcha por Mussolini en Italia? ¿No anuncia esto, por consiguiente, el comienzo de una dictadura industrial y política en Norteamérica?».[114]

---

y honorable a la vez. Como el soldado, la madre toma un riesgo y da prueba de una dedicación que el dinero no podría compensar; pero, por consiguiente, como el soldado, ella no debe encontrarse en una situación de "dependencia económica"» (citado por Carole Pateman, *op. cit.*, p. 26).

[111] Los sindicatos también están presentes dentro del conjunto de las administraciones bélicas: Council of National Defense, Food Administration, Fuel Administration, Emergency Construction Board, etc.

[112] Tal como explica Samuel Gompers, presidente de la AFL, para motivar la organización de un comité «*All-American*» de líderes sindicales responsables. *The Taylor,* 8 de abril de 1919.

[113] Véase Marc E. Eisner, *op. cit.*, p. 177 (cap. 5: «From Warfare Crisis to Welfare Capitalism»).

[114] A. J. Muste, «Collective Bargaining-New Style», *Nation*, 9 de mayo de 1928, citado por Marc E. Eisner, *op. cit.*, p. 176. Muste era el presidente del Brookwood Labor College.

Con las guerras totales basadas en el reclutamiento masivo del proletariado, el presupuesto destinado para el pago de los ejércitos y otras cajas sociales relacionadas con la manutención de los soldados (y los veteranos) en un *welfare state* corporativista tiene una función política evidente: se trata de prevenir la posibilidad, siempre presente, de una insubordinación armada y del descontento social, al cual los reclutas (movilizados o no) podrían unirse. Porque la guerra civil está siempre al acecho y los amotinamientos jugarán un papel determinante en las revoluciones de la primera mitad del siglo XX. Barbara Ehrenreich lo recuerda una vez más: «Desde que los ejércitos masivos fueron introducidos en la Europa del siglo XVII, la mayoría de los gobiernos comprendió que el hecho de pagar y alimentar mal a sus soldados —así como a la clase que los aprovisiona— es correr el riesgo de ver cómo las armas se vuelven en la dirección opuesta a la indicada por los oficiales».[115]

Lo que es más específico, por supuesto, es la organización del *welfare* norteamericano —la organización más exhaustiva que pueda concebirse en ese entonces («*organization to the ultimate*»)— a partir de la integración y de la *cooperación del «trabajo»* en el modelo de totalización de la Primera Guerra. En cuanto a esta modelización, no será nadie más que el antiguo presidente del War Industries Board (1917-1918) y consejero cercano a Roosevelt, Bernard Baruch, quien afirmará en un discurso pronunciado en mayo de 1933: «Quizás encontraremos una guía para atravesar esta crisis en la organización y en los métodos del War Industries Board». En lo que concierne al trabajo, cuyos derechos están formalizados en la sección 7-a del National Industrial Recovery Act (NIRA),[116] se llegará inmediatamente a una conclusión respecto de los sindicatos:

> En esta nueva configuración, los sindicatos deben sobrevivir no en cuanto organizaciones militantes de trabajadores, como lo fueron en el pasado, sino simplemente como mecanismos necesarios para que los acuerdos aceptados por los líderes obreros, bajo los auspicios del gobierno central, sean seguidos por millones de sindicalistas de base. [...] En estas transformaciones, no es difícil discernir las premisas de una tentativa para implementar un arbitraje universal obligatorio, cuyos mecanismos ya desarrollamos. La fuerza de trabajo debe ser alimentada y domesticada. Hay que darle una jaula cómoda, procurando cortarle las garras y limarle los dientes.[117]

---

[115] Barbara Ehrenreich, art. citado.

[116] «Derecho a organizarse y a entablar negociaciones colectivas por medio de los representantes de su elección…». Para el texto completo de la ley véase www.ssa.gov/history/pdf/fdrbill.pdf

[117] Herbert Rabinowitz, «Amend Section 7-a», *Nation*, 27 de diciembre de 1933 (citado por Marc Allen Eisner, *op. cit.*, p. 334).

La «democratización de la industria» debe ser leída como el nuevo *arte de gobernar la disciplina industrial*[118] ejercida prioritariamente sobre los trabajadores, ya que el *business*, que en un comienzo debía ser «disciplinado», rápidamente adoptará formas menos coercitivas de *cooperative self-government* en beneficio de las grandes empresas, excesivamente representadas en el seno de las agencias gubernamentales de un Estado que a fin de cuentas es más compensatorio que antitrust: «El National Recovery Administration (NRA)», concluye Marc Ellen Eisner, «supuso una experimentación en materia de construcción de un Estado compensatorio, una tentativa de erigir un sistema de autorregulación bajo la dirección del gobierno y un sistema evidentemente moldeado a partir del modelo del War Industries Board».[119] El programa «keynesiano» *fuerte* del segundo New Deal, adoptado definitivamente en 1938, llegaba demasiado tarde como para colmar las fisuras de un programa de guerra en tiempos de paz. Le corresponderá a la Segunda Guerra Mundial arreglar el problema. Dicho en buen inglés: *to provide the engine for economic recovery* [para encender el motor de la recuperación económica]. Resulta inútil precisar que la transferencia del poder legislativo hacia un poder ejecutivo administrador, iniciada durante la Primera Guerra (*warfare*) y continuada en el New Deal (*welfare*), favorecería «la delegación extrema del poder en manos de organizaciones dominadas por el ámbito de los negocios y los *dollar-a-year men*».[120] Es bajo los auspicios rooseveltianos —de quien dejó de ser «Dr. New Deal» para transformarse en «Dr. Win the War», de un War Production Board dominado por *businessmen* más atentos al control de los salarios que al control de los costes de producción y de una drástica redefinición de los objetivos de redistribución social del *welfare state*— que se alcanzará el «pleno empleo». Al final de la guerra, el «GI Bill of Rights» de 1944 es el único en proponer una extensión real del New Deal, beneficiando solamente a los «veteranos», y dirigido por la Veterans Administration, que con su «norteamericanismo al cien por cien» contribuye a la transformación del *welfare state* en un *National Security State*, cuya primera característica consiste en borrar las diferencias entre tiempos de paz y tiempos de guerra. Velando por la protección de los intereses económicos, políticos y militares norteamericanos a través del mundo (*Pax Americana*), la seguridad nacional se transforma en el principio de gubernamentalidad de la sociedad y de

---

[118] Retomando el título del libro de Rexford Tugwell, *The Industrial Discipline and the Governmental Arts*, Nueva York, Columbia University Press, 1932. Escrito antes de que Tugwell integrara la administración Roosevelt, este libro (en particular su último capítulo) inspiró abundantemente al NRA.

[119] Marc Allen Eisner, *op. cit.*, p. 320.

[120] Ibídem, p. 357. Los *dollar-a-year men* son los millonarios (hoy en día, los multimillonarios) que recibían el pago simbólico de un dólar anual por las actividades que llevaban a cabo en estructuras estatales, paraestatales o privadas.

mandato de una planificación industrial orientada hacia la Investigación y el Desarrollo (R&D).[121] De este modo, la proclamada autogobernanza industrial (*industrial self-goverment*) es ampliamente dirigida por el Pentágono (el cual privilegia a las industrias aeronáuticas y electrónicas)[122] y su «gobierno por contrato». «Militarizar es gubernamentalizar», afirmaba Harold Lasswell en su artículo de 1941 sobre «el Estado militar» (o «Estado cuártel»: *garrison state*). Lasswell planteaba allí que el Estado venidero sería mucho menos «rígido» que los del pasado, gracias a la cadena tecnológica que entonces unía al soldado con el manager.[123]

Pensar la constitución del ciclo económico no solo a partir del Capital, sino también dentro de la relación constituyente de este último con la guerra, el ejército y el Estado nos lleva a proponer una nueva hipótesis para aprehender las funciones económico-políticas del *welfare* de la posguerra.

Las guerras totales requirieron un enorme reclutamiento que involucró a todos los países de Europa: «Sesenta millones de europeos fueron movilizados. El conjunto de la vida social se vio subordinado a las necesidades militares».[124] Entre 1914 y 1945, las sociedades europeas se militarizaron por completo. Por consiguiente, hay que concebir el proyecto norteamericano del *welfare capitalism* del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial como una operación de nueva totalización, que apunta a integrar esa inmensa militarización de las sociedades occidentales en un nuevo ciclo económico, que comienza con las huelgas más grandes de la historia de Estados Unidos (4,6 millones de huelguistas en 1946).

A una escala totalmente distinta, encontramos una situación análoga a la del «tirano Cípselo», con quien iniciamos este libro y quien, para capturar y transformar la máquina de guerra hoplita en fuerza estatal, opera una «territorialización» del ejército integrándolo al circuito económico y transformando a los soldados en «asalariados». La construcción del circuito económico ya no se hace distribuyendo tierras a los soldados, sino distribuyendo poder de compra (salario, subsidio, pensión) y derechos sociales (*welfare*) a la población militarizada (proletariado industrial y proletariado militar) a cambio del estricto control del derecho de huelga por parte de los

---

[121] Entre 1954 y 1964, los militares controlan más del 70 % del presupuesto federal para la investigación y el desarrollo. Este mismo está en expansión continua puesto que el Estado fiscal se adapta a las necesidades del complejo militar-industrial.
[122] Véase Gregory Hooks, *Forging the Military-Industrial Complex. World War II's Battle of the Potomac,* Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1991, cap. 7.
[123] Harold D. Lasswell, «The Garrison State», *American Journal of Sociology*, vol. 46, núm. 4, enero de 1941, p. 466. La expresión «To militarize is to governmentalize» se encuentra en el artículo que él publica diez años más tarde («Does the Garrison State Threaten Civil Rights?», *Annals of the American Academy*, núm. 275, mayo de 1951, p. 111).
[124] Thomas Hippler, *op. cit.*, p. 98.

sindicatos (Taft-Hartley Act, 1947),[125] gravando con menos impuestos a los ricos que a los pobres (construcción y modernización del Estado fiscal, *mass tax*), borrando las deudas (especialmente de Alemania), desarrollando el complejo militar-industrial y las fuentes de financiación del *big business*, etc. El «pleno empleo» de los años cincuenta es el fruto de esta reterritorialización de la desterritorialización producida por las guerras totales de la guerra civil mundial, que habían llevado a la economía norteamericana, por destrucción creadora, a experimentar «la mayor expansión del capital de su historia». Si bien el *welfare* es una transformación del *warfare* que le dio origen, este último sigue siendo la matriz activa del primero y lo impone como una *recapitalización social* del Estado, antes de absorberlo en el biopoder del complejo militar-industrial, «dinamizado por el tipo de construcción estatal adoptado durante la Segunda Guerra Mundial y por la transformación concomitante de los procesos económicos».[126]

El Plan Marshall opera la reapropiación de las máquinas de guerra (fascistas, revolucionarias, imperialistas), cuyo objetivo, por una parte, es un nuevo régimen de acumulación y, por otra, la construcción de una nueva máquina de guerra *made in USA*, simultáneamente potencia militar hegemónica y «gran acreedor» del mundo.

El keynesianismo de guerra

Identificado por Joan Robinson como aquel que descubrió la *Teoría general* antes que Keynes, el economista marxista polaco de origen judío Michal Kalecki escribió dos artículos particularmente importantes para nuestro desarrollo: el primero, en 1935, sobre la política económica de la Alemania nazi; el segundo, en 1943, sobre el «ciclo político» del capital.[127] Tomados en conjunto, estos artículos aclaran de manera sorprendente el pasaje a los Treinta Gloriosos dando cuenta de la subordinación de las técnicas biopolíticas y disciplinarias a los intereses estratégicos de los capitalistas y de su máquina de guerra.

---

[125] Se trata de una serie de enmiendas *restrictivas* a la Wagner Act. Las *open shops* que permiten la contratación de trabajadores no sindicalizados son autorizadas, los mismos sindicatos son reducidos a una simple función de negociación salarial y garantes del respeto de los contratos de trabajo. Toda especie de «politización» de la fábrica es dejada fuera de la ley (los delegados sindicales deben certificar que no son miembros del Partido Comunista).

[126] Gregory Hooks, *op. cit.*, pp. 38-39. Los gastos militares representaban el 36 % del presupuesto federal en 1940 y el 70 % un año después. Entre 1942 y 1945, estos aumentan a más del 90 %.

[127] Michal Kalecki, «Stimulating the Business Upswing Nazi Germany» [1935] y «Political Aspects of Full Employment» [1943] en *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press Classics, 2009.

La obra de Kalecki se inscribe en la filiación de otra judía polaca, Rosa Luxemburgo, y de su concepción de la guerra «como medio privilegiado para la realización de la plusvalía»,[128] que él hará funcionar como elemento económico-político fundamental en la Guerra Fría.[129]

En «Los aspectos políticos del pleno empleo» (1943), Kalecki enumera las razones de la aversión del «gran capital» a las políticas de gasto público financiadas mediante deuda y orientadas hacia la reactivación económica a través del respaldo del consumo y el empleo. Entre las dos guerras, la reticencia extrema de la patronal respecto de una política keynesiana semejante se manifestó en todos los países capitalistas, desde los Estados Unidos del New Deal hasta la Francia del Frente Popular, con la excepción notable de la Alemania nazi. Sin embargo, y son las últimas líneas de su artículo, «la lucha de las fuerzas progresistas por el pleno empleo, al mismo tiempo, es la mejor forma de *prevenir* la reaparición del fascismo».

La oposición de los capitalistas no se declinará hasta que los gastos públicos sean principalmente orientados hacia la producción de armamentos para preparar la Segunda Guerra Mundial. Hasta ese momento, una parte importante del gran capital obstaculizó la intervención del Estado con el motivo de que reduciría su autonomía y de que los gastos dirigidos hacia el consumo y el empleo engendrarían relaciones de fuerza más favorables para los asalariados. La hostilidad así manifiesta no es económica, ya que en un régimen de pleno empleo los beneficios serían más altos que bajo un régimen de «*laissez-faire*». Es una hostilidad totalmente política, de ahí la sorprendente descripción del «ciclo político» de la acumulación capitalista, sorprendente porque está dominada por el punto de vista estratégico. Kalecki es un caso raro de economista no economicista.

Kalecki pone de relieve el encadenamiento de tres razones para explicar el fenómeno. Primero, la financiación del «consumo de masas», si bien no pone traba alguna a la actividad empresarial, sino que más bien la estimula, socava en su base la ética del capital que ordena ganar «el pan cotidiano con el sudor de la frente». Segundo, en las condiciones de pleno empleo, el despido ya no funcionaría como una medida disciplinaria a única discreción del capitalista, que tiene en sus manos el destino del trabajador. Todo el mundo sabe que cuando los trabajadores se vuelven «recalcitrantes», los industriales están en la obligación de «darles una buena lección». Tercero, «la disciplina de la fábrica y la estabilidad política son más importantes para los capitalistas

---

[128] Véase Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, *op. cit.*, cap. 32: «El militarismo como campo de la acumulación del capital».

[129] Véase Michal Kalecki, «The Economic Situation in the United States as Compared with the Pre-War Period» [1956] en *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*, *op. cit.*

que los beneficios corrientes. El instinto de clase les sugiere que la situación de pleno empleo no es "sana", puesto que el desempleo debe seguir siendo un elemento central en la organización capitalista».[130] Kalecki era entonces francamente pesimista respecto de las capacidades del sistema capitalista para emprender duraderamente una política *democrática* de pleno empleo «por medio de una experimentación razonada en el marco del sistema actual» (según los términos de una carta de Keynes a Roosevelt de diciembre de 1933). La Alemania nazi será la primera en levantar todas estas objeciones al pleno empleo constituyendo una especie de modelo para el gran capital. El rechazo a la financiación del consumo es esquivado debido a la concentración —hasta entonces sin precedentes en tiempos de paz— del gasto público sobre el armamento, que hará despegar la producción industrial mientras que controla el aumento del consumo mediante el alza de los precios. La disciplina de fábrica y la estabilidad política, por su parte, están *totalmente* garantizadas por el nuevo régimen fascista (el abanico de las intervenciones posibles va de la disolución de los sindicatos a los campos de concentración), mientras que el aparato de Estado es puesto bajo el control directo de la nueva alianza del gran capital con el partido nazi.[131] Efectivamente lo que está en marcha es la nueva máquina de guerra nazi que se subordina al Estado a través de nuevas técnicas de poder (donde la presión política reemplaza a la presión económica del desempleo).

El régimen nazi es el primero en practicar con éxito un «keynesianismo de guerra» *stricto sensu* (aunque *ante litteram*). El rearme juega un papel político y económico central para alcanzar el pleno empleo y estimular un ciclo que no tiene otra «salida» más que la guerra. Reestructurado en el segundo New Deal (en 1937-1938) por los norteamericanos, que retoman su escala «total» teorizada en 1940 por el propio Keynes en *How to Pay for the War*[132] mientras Estados Unidos entra en guerra, el keynesianismo militar-industrial, lejos de ser abandonado, será ampliamente aprovechado durante toda la Guerra Fría

---

[130] Michal Kalecki, «Political Aspects of Full Employment» [1943], art. citado, p. 78. Kalecki encadena esta primera intervención con otros tres artículos sobre el mismo asunto: «Three Ways to Full Employment» (1944), «Full Employment by Stimulating Private Investment?» [1945], «Le maintien du plein emploi après la période de transition. Étude comparée du problème aux Etats-Unis et au Royaume-Uni» [1945].

[131] Michal Kalecki, «Stimulating the Business Upswing in Nazi Germany» [1935], in *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*, *op. cit.* En el gran libro de Franz Neumann sobre el nacionalsocialismo (primera edición, 1942) encontramos consideraciones sorprendentemente cercanas, véase Franz Neumann, *Behemoth. The Structure and Regime of National-Socialism, 1933-1944*, Chicago, Irvan R. Dee Publisher, 2009, p. 359 [ed. cast.: *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo, 1933-1934*, Barcelona, Anthropos, 2014].

[132] El ahorro obligatorio (*forced saving*), el racionamiento, el control de los precios y los salarios están en el programa.

(con una referencia explícita a la Alemania de los años treinta por parte de algunos economistas cercanos al estalinismo, como Eugen Varga). Pero en realidad, la política del rearme ya había permitido salir de la depresión que amenazaba a la economía-mundo después de la crisis financiera de 1907, cuyo origen debía buscarse en el gran «*laissez-faire*» del sistema financiero norteamericano. La reactivación económica a través del rearme había llevado directamente a la Primera Guerra Mundial.

Paralelamente a la implementación de una economía permanente de armamento —una economía que no dejará de crecer hasta 1945, y que debe entenderse con Franz Neumann como una verdadera «revolución industrial» (basada en la industria química) financiada por el Estado nacionalsocialista a favor de una monopolización/cartelización/oligarquización sin precedentes—,[133] la Alemania nazi, al tiempo que reduce a la nada los derechos de los trabajadores,[134] desarrolla el *welfare* como ninguna otra nación en el mundo. Y esto, de lejos, es su mejor arma de propaganda de uso interno.[135] «Durante la Segunda Guerra Mundial, el Reich dedica a las ayudas familiares la considerable suma total para la época de 27,5 mil millones de marcos. Los subsidios pagados a las familias alemanas representaban en promedio el 72,8 % de las ganancias de la preguerra, es decir, cerca de dos veces más de lo que les correspondió a las familias de los soldados norteamericanos (37,6 %) e ingleses (38,1 %)». Las rubras presupuestarias denominadas «medidas de política demográfica» también se duplicaron entre 1939 y 1941. En 1941, «las pensiones alcanzaron un alza promedio del 15 %». La enseñanza superior era gratuita, así como el acceso a la salud. En este punto, cabe citar las palabras altamente sorprendentes de un oficial británico que, al llegar a Alemania, en abril de 1945, percibe que «la gente no reflejaba la destrucción. Tenía buen aspecto, colores, estaba llena de entusiasmo y bastante bien vestida. Un sistema económico sostenido de principio a fin por millones de *reichsmarks* provenientes de manos extranjeras y por el saqueo de todo el continente mostraba aquí sus resultados».[136]

---

[133] Franz Neumann, *op. cit.*, p. 277-292. Neumann insiste en el hecho de que esta obedece a una lógica estrictamente capitalista (II parte, cap. IV: «The Command Economy»).

[134] Ibídem, p. 337: «El trabajador no tiene ningún derecho». Véase toda la discusión que se deriva sobre la realidad del «mercado del trabajo libre» y que supuestamente define al capitalismo. Esta ausencia de derechos del trabajador también explica la generalización del salario por rendimiento (*Leistungslohn*) y un aumento de los ingresos, que, por muy substancial que sea, cubre solamente la mitad de las ganancias de producción (empezando por el número de horas trabajadas) entre 1932 y 1938. Ibídem, pp. 434-436.

[135] Lo que es señalado una vez más por Franz Neumann: «La seguridad social es el único eslogan de propaganda fundado sobre la verdad, y quizás la única arma potente de toda esta máquina de propaganda» (*op. cit.*, p. 432).

[136] Götz Aly, *Comment Hitler a acheté les Allemands*, París, Flammarion, 2005, p. 60.

Aunque todavía es necesario señalar la no perdurabilidad suicida del capitalismo de guerra total nazi y cotejarlo con la escala de destrucción de la mayor parte de las ciudades alemanas, donde solo deambulaban mujeres fantasmas y siluetas cargadas de fardos… También están los reportajes de Victor Gollancz, grabados durante el otoño de 1946 en la zona ocupada por Inglaterra,[137] que no corresponden con la descripción de nuestro oficial porque reflejan la destrucción de todo un continente sometido a esas formas de «acumulación originaria» que fueron la germanización y la arianización —insiste Franz Neumann— de las cuales las democracias occidentales fueron cómplices (antes de aplastar todo el país con bombardeos en alfombra, «a fin de destruir la moral de la población civil enemiga y la de los trabajadores civiles, en particular», tal como explicaba Churchill en febrero de 1942). Esta es la razón por la cual el pueblo alemán ya no cree en la democracia liberal del *statu quo*.

Apelando simultáneamente a «la acción política consciente de las masas oprimidas», a una teoría política no liberticida «tan eficaz como el nacionalsocialismo» y a las «potencialidades de una Europa unificada» que podría llevar el *welfare* a todos sus habitantes, la conclusión del *Behemoth* de Neumann no deja de ser profundamente inquietante.[138] También porque sabemos que el *warfare* habrá sido y seguirá siendo la condición fundamental para el consumo de masas, al que contribuyeron fuertemente los programas de desarrollo del Reich a favor de su población *automovilizada* (*the Nazi landscape*). Esto no contradice en absoluto la afirmación de Kalecki, de comienzos de los años sesenta, según la cual «la experiencia ha demostrado que el fascismo no es un sistema indispensable para que la industria de armamento juegue su papel en la reducción del desempleo de masas».

[137] Victor Gollancz, *In the Darkest Germany: A Record of a Visit*, Hinsdale, Henry Regnery Co., 1947.

[138] Franz Neumann, *op. cit.*, pp. 475-476.

X
LOS JUEGOS DE ESTRATEGIA DE LA GUERRA FRÍA

Whatever happens, the show must go on.
And the United States must run the show.
Anónimo

La Guerra Fría suele ser definida a través de «la carrera armamentista», como si allí hubiera una especificidad del periodo y de esa fase del desarrollo capitalista. A lo que vamos a objetar que, bajo una forma u otra, el keynesianismo militar es una condición continua del auge del capitalismo. O para decirlo de otro modo: «LA» guerra tiene una función estratégica directamente económica, que la Guerra Fría solo vuelve más evidente al añadirle la función de control social.

Apoyándose en un estudio prolongado de la coyuntura económica norteamericana antes y después de la guerra, Michal Kalecki afirma que la «militarización de la economía» es un componente esencial de la «demanda efectiva» keynesiana.[1] Siguiendo las enseñanzas de Rosa Luxemburgo, las inversiones militares son, desde su punto de vista, el medio más eficaz para resolver la contradicción representada por la realización de la plusvalía, al solucionar el problema de la divergencia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la capacidad del mercado para absorberlas. El rearme permite resolver la contradicción al controlarla políticamente a través de la guerra. En efecto, durante todo la *Golden Age* del capitalismo, las inversiones militares permitieron que la explosión de la acumulación industrial de posguerra no tradujera el aumento de la productividad en un incremento proporcional del consumo de masas,[2] y, por lo tanto, en un aumento del nivel de vida de los trabajadores y de la población —sino que, antes al contrario, estas inversiones permitieron controlar su expansión y, de ser necesario, reducirla en provecho de la «parte» del *Big Business*—.

[1] Véase Michal Kalecki, «The Economic Situation in the United States as Compared with the Pre-War Period» (1956); «The Fascism of Our Times» (1964); «Vietnam and U.S. Business» (1967), en *The Last Phase of Transformation of Capitalism*, *op. cit.*
[2] Cerca del 60 % entre 1937 y 1955.

El «pleno empleo», insiste Kalecki, fue alcanzado *gracias al empleo masivo de los militares y de los asalariados de las industrias bélicas*. Sin la «guerra», caliente o fría, no hay pleno empleo. En este punto, Keynes confirma el análisis del marxista Kalecki, quien incluye ahí el fundamento militar del Plan Marshall (y de manera más general, de todos los tipos de «ayuda económica externa»: la *base* y su contingente nunca están muy lejos). Así pues, el «keynesianismo» y la militarización «liberal» de la sociedad que lo sostiene serán aplicados en Alemania y Japón —las dos potencias vencidas (y oficialmente «desmilitarizadas») de la Segunda Guerra Mundial—, con los mismos objetivos y los mismos resultados. Durante toda la Guerra Fría, según esta perspectiva global, el crecimiento del ingreso nacional se debe, ante todo, al aumento de los gastos militares, mientras que el reparto de los beneficios juega a favor de la intensificación, a todos los niveles, de la industria del armamento. El gran relato de los Treinta Gloriosos es entonces una crónica de guerra. Porque todavía hay que considerar que la «militarización» de la Guerra Fría es el vector fundamental del desarrollo y del control de la «investigación científica». Como veremos, la *Big Science* sirve de enlace entre lo militar y lo industrial. Ambos constituyen un único *complejo de investigación operacional* para todos los sistemas «hombres-máquinas» del capitalismo mundial que alcanza su integración en la Guerra Fría. El *General Intellect*, una creación de la Guerra Fría, no es el fruto del desarrollo genérico de la comunicación, la ciencia y la tecnología, sino de las enormes inversiones militares que lo configuran en tanto cerebro del Capitalismo Mundial Integrado/Integrante.

De la carrera armamentista, Giovanni Arrighi saca conclusiones aún más generales cuando reprocha al marxismo, y al propio Marx, haber desatendido la función «económica» y «tecnológica» de la guerra. En efecto, el doble límite «economicista» y «tecnológico» que pesa sobre la comprensión del capitalismo se reproduciría en la duración más larga de la historia del marxismo, hasta en sus metamorfosis más incisivas (operaísmo). La insistencia de Marx sobre la «superioridad competitiva de la producción capitalista» frente a otras economías lo lleva a elaborar la sorprendente fórmula —la frase es citada a menudo— según la cual «los precios baratos de sus mercancías es la artillería pesada con la que [la burguesía] derriba todas las murallas chinas». Salvo que, objeta Arrighi, «en lo que se refiere a China la clave para el sometimiento de Oriente a Occidente fue la fuerza militar real, más que la artillería metafórica de las mercancías baratas». Y concluye: «Al concentrarse exclusivamente en la relación entre capitalismo e industrialismo, Marx acaba por no prestar atención a la estrecha relación entre ambos fenómenos y el militarismo».[3]

[3] Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín*, *op. cit.*, pp. 85-86.

Desde sus orígenes, la carrera armamentista es una característica del desarrollo del Capital. «El llamado "keynesianismo militar" —la práctica por la cual los gastos militares aumentan las rentas de los ciudadanos del Estado que realiza esos gastos, incrementando así la recaudación de impuestos y la capacidad para financiar nuevas oleadas de gasto militar— no es una novedad del siglo XX, como no lo son el capital financiero ni la empresa trasnacional».[4] Las ciudades Estado italianas ya practicaban una especie de keynesianismo de guerra a pequeña escala.

El mismo keynesianismo militar también está en el fundamento del funcionamiento del equilibrio de las potencias entre los Estados tras el Tratado de Westfalia (lo que Schmitt no supo ver en su análisis del «equilibrio europeo»). Al incitar la competencia militar, este tratado obligó a los Estados a mejorar constantemente el rendimiento de sus empresas y de sus técnicas bélicas, profundizando el diferencial de potencia con las otras partes del mundo. De esta forma, este constituye una de las claves esenciales para la comprensión de la acumulación colonial, cuya condición *sine qua non* fue la acumulación de fuerza militar. Capitalismo y militarismo se refuerzan mutuamente a expensas del resto de economías. «La sinergia entre capitalismo, industrialismo y militarismo, impulsada por la competencia interestatal, generó de hecho un círculo virtuoso de enriquecimiento y aumento de poder para los pueblos de origen europeo y el correspondiente círculo vicioso de empobrecimiento y pérdida de poder para la mayoría de los restantes pueblos».[5]

Arrighi, por lo tanto, tiene fundamentos para concebir a la guerra como una fuente de innovaciones tecnológicas que van a expandirse e inervar la «producción» y el comercio. ¿Acaso no es la guerra la primera maquinaria social, mucho antes que la fábrica, en hacer un amplio uso de las grandes máquinas tecnológicas? Además, el ejército es la primera institución en introducir, desde comienzos del siglo XVII, la «gestión científica» al estandarizar los gestos de los soldados, de la marcha, de la carga y la utilización de las armas (lo que no se le escapó a Foucault). La «destrucción creativa», mal que le pese a Schumpeter, no solamente es movilizada por la innovación empresarial, sino ante todo, y con unas consecuencias bastante más dramáticas, por la guerra.

La innovación tecnológica y científica depende de la máquina social y, en primer rango, de la máquina de guerra. Puede eclosionar siguiendo la lógica «autónoma» del *phylum* maquínico, pero su selección, implementación, perfeccionamiento y aplicación a gran escala a la producción y al consumo son obra ampliamente de la máquina de guerra. Nuestro

---

[4] Ibídem p. 279.
[5] Ibídem, p. 102. Arrighi remite a Adam Smith para el conjunto de este razonamiento.

análisis de las dos guerras totales, y de lo que será continuado a través de nuevos medios en la Guerra Fría, corrobora el sentido de las observaciones de Arrighi a propósito de la revolución industrial: «De este modo, las demandas militares a la economía británica contribuyeron notablemente a configurar las fases subsiguientes de la revolución industrial, permitiendo la mejora de las máquinas de vapor y posibilitando innovaciones tan decisivas como el ferrocarril y los buques de hierro en una época y en unas condiciones que simplemente no habrían existido sin el impulso dado a la producción de hierro por la guerra».[6]

La carrera armamentista característica de todo el siglo XX resulta ser la inscripción irreversible de la guerra industrial en el corazón del modo de producción que ahora se manifiesta, de manera igualmente irreversible, como «modo de destrucción». Las guerras «industriales» de ningún modo son un paréntesis sangriento dentro del desarrollo económico.[7] Y al ser industriales, estas guerras son como *su precipitado* y la culminación más coherente del modo de producción capitalista. En este sentido, la Guerra Fría no hace más que continuar e intensificar esta inscripción de la guerra en el Capital bajo la forma última del liberal-keynesianismo. «En el nuevo sistema, la capacidad militar global se convirtió en la práctica en un "duopolio" compartido por Estados Unidos y la URSS, pero aun así la carrera de armamentos se redobló, bajo el impulso de lo que era más un "equilibrio de terror" que un equilibrio de poder».[8] La potencia destructora de la humanidad atómica no se detiene en Hiroshima. Hiroshima se transforma en el *technological breakthrough* de la Guerra Fría que lleva a la instalación, en los años sesenta, de cientos de miles de misiles nucleares de largo alcance que apuntan contra las metrópolis más importantes de EEUU y de la URSS. Lejos de poner fin a la carrera bipolar, los acuerdos SALT firmados en 1972 para limitar los armamentos estratégicos solo trasladaron esta limitación hacia «armas que no fueron mencionadas en el tratado, por la buena razón de que no existían»[9] *todavía*. El principio de existencia de la Guerra Fría solo será definitivamente socavado por la bancarrota de la URSS, que viene a coronar la centralización de los recursos militares-industriales-científicos mundiales en manos de Estados Unidos.

---

[6] Ibídem, p. 2, 56.
[7] Fue la visión que mantuvo la administración Roosevelt durante la guerra. Philip Wylie, en su *best seller* de los años cuarenta, *Generations of Vipers* (1942), la resume de una manera particularmente ácida: «Muchos no quieren tomarse la molestia de luchar por vivir hasta que no hayan sido convencidos de que su cafetera vivirá también, así como su automóvil, su techo sintético y sus pañales desechables». Philip Wylie, *Generations of Vipers,* edición aumentada, Nueva York, Rinehart, 1955, p. 236.
[8] Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín*, *op. cit.*, p. 285.
[9] William McNeill, citado por Giovanni Arrighi, ibídem.

La historia de la Guerra Fría es una *historia norteamericana* escrita, de principio a fin, por la superpotencia vencedora de las dos guerras mundiales. Sobrealimentado por el pleno empleo y la innovación tecnológica de la economía de guerra, que hizo crecer la productividad y el consumo de masas gracias a la militarización logística del conjunto de la sociedad (*subsunción militar*), Estados Unidos se afirmó como la potencia *acreedora* del nuevo orden global resultante de la socialización y la capitalización de la guerra total. Esta potencia adquiere la forma de un imperialismo *tan desterritorializado* que solo puede ser llamado «antiimperialista», en el sentido en que acelera la desagregación del imperialismo clásico.[10] Hay una desterritorialización de la expansión, que ya no es territorial, *y una desterritorialización de la guerra* que apoya la descolonización neocolonial y la geopolítica de la ayuda económica: ambas dependen de la inversión del capital excedentario en la protección mundial del mercado de la Pax Americana. Pero la Guerra Fría no es únicamente desterritorialización de la guerra interestatal dirigida contra el «imperialismo soviético» y la «esclavitud comunista». *At home* y *abroad*, es un nuevo régimen biopolítico de endocolonización del conjunto de la población sometida al *American way of life* que, en definitiva, hay que inscribir en el corazón de la máquina de guerra del capital. Resumamos junto a Kissinger: «En realidad, la palabra globalización solo es un nombre para describir el papel dominante que juega Estados Unidos».

Es en Estados Unidos, por lo tanto, donde se jugará el destino histórico de la «lucha de clases». A pesar de que la clase obrera —económica y políticamente fortalecida por el «pleno empleo» de la segunda guerra industrial— será derrotada en el punto donde el sujeto obrero se encuentra con un nuevo fundamentalismo político, que renueva las reglas del juego de la guerra económica al atacar *la idea misma de comunismo* que arrastraba la Revolución rusa. Ni Marx ni Lenin, cuya presencia es señalada en Detroit durante las grandes huelgas de 1946, podrán impedir este desenlace que se presenta como una primera victoria de la Guerra Fría en la inmediata posguerra. Pero el ciclo de las luchas, cuya cifra mundial es 1968, y que en EEUU ya se despliega desde finales de los años cincuenta, también anunciará la muerte de la fuerza política de la «clase». Por debajo del enfrentamiento Capital-Trabajo, sobre el desarrollo mismo del consumo de masas, contra la institucionalización gerencial del *General Intellect*, encontramos las luchas de los colonizados del interior, de los negros, las mujeres, los proletarios que no están protegidos por el «sistema

---

[10] Véase Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origins of our Times*, *op. cit.*, p. 71: «Si calificamos de "imperialista" la dinámica propia de la hegemonía británica, estamos obligados a calificar de "antiimperialista" a la orientación principal de la hegemonía estadounidense».

de la empresa», los estudiantes, las nuevas subjetividades. Estas luchas sin contradicción central ni mediación general son las primeras en explorar las condiciones de realidad de una nueva máquina de guerra anticapitalista, cuyas modalidades presentes, con toda evidencia, ya no están determinadas por el enfrentamiento entre «movimiento» y «organización» que tuvo lugar durante los años sesenta.[11]

Cibernética de la Guerra Fría

La Guerra Fría no solamente marca la entrada en la era *cyborg* de la comunicación y el control cibernéticos, sino que es en sí misma una especie de *cyborg* en el sentido de que alberga, en su zona gris, la Gran Transformación de la máquina de guerra del capital, mediante *feedback* de todas las «informaciones» de la guerra total industrial y científicamente organizada, que de este modo se transforma en el modelo de desarrollo de la economía de la (*no-*)*paz*. Desde los estudios sobre el manejo del control de tiro del cañón antiaéreo y su automatización, que conducen a la idea de retroacción (y de servomecanismo), hasta las simulaciones digitales necesarias para la construcción de la bomba atómica, el pensamiento cibernético no solamente se originó con la guerra, sino que la prolonga *por todos los medios* en la gestión de una guerra planetaria virtual-real que vale como movilización y modelización permanentes del conjunto de la sociedad sometida al cálculo de optimización (en buen norteamericano: *to get numbers out*). No se trata de ninguna ciencia ficción,[12] porque la fábrica automatizada, junto a la computadora que «calcula» la mejor estrategia para ganar una guerra atómica, es la otra entidad del escenario cibernético. Esta relación constituyente entre la máquina-para-hacer-la-guerra y la máquina-para-producir dota a la cibernética de su sentido más moderno (construido a partir del griego *kybernetes*) de máquina-para-gobernar y de *maquinación capitalística del gobierno de los hombres*. Esta controla la gestión de la guerra, así como la gestión industrial de toda la sociedad (hasta los sistemas de salud pública, de desarrollo urbano, de organización del espacio doméstico, etc.), cuya «dinámica creemos comprender y dominar mediante nuevos instrumentos

---

[11]Véase por ejemplo Frances Fox Piven, Richard A. Cloward, *Poor People's Movements. Why They Succeed, How They Fail*, Nueva York, Vintage Book, 1979. Los autores, activistas comprometidos en el Welfare Rights Movement, recuperan en su libro la importancia del conflicto entre «organización» y «movimiento» durante todo el periodo de los años sesenta y posterior.

[12] Esto nos remite a la advertencia de Norbert Wiener: «Si le gustan las nociones [de la cibernética] debido a sus nombres románticos y su atmósfera de ciencia ficción, manténgase alejado». Norbert Wiener, «Automatization», *Collected Works*, vol. IV, Cambridge y Londres, MIT Press, 1985, p. 683.

derivados de las ciencias formalizadas del ingeniero», y de las técnicas de *management* (entendidas en el sentido logístico más amplio, porque ya no hay una diferencia «real» entre técnica y logística, *hardware* y *management*).[13] La máquina de guerra del capital es el motor de esta *ciencia de la organización* y de las *investigaciones operacionales* que tienden a abolir las fronteras entre disciplinas produciendo híbridos entre las matemáticas «puras» (que *se vuelven fundamentales*), las ciencias duras (con sus equipamientos monumentales que solo pueden ser compartidos: nacimiento de la *Big Science*), la *engineering* y las ciencias sociales (que pasan bajo el control de las «ciencias de la conducta» y de la psicología cognitiva: *behaviorismo*). Promovida por la guerra de las ciencias aplicadas, recientemente ganada,[14] es la ingeniería de la complejidad la que ahora reina entre (las ciencias de la) Naturaleza y (de la) Sociedad con la invención de herramientas polimorfas construidas a partir de las matemáticas, la lógica y las computadoras.[15] Sus enfoques modelizados y altamente formalizados se denominan «investigación operacional, teoría general de sistemas, programación lineal y no lineal, análisis secuencial, matemáticas de la decisión, teoría de juegos, teoría matemática de la optimización, análisis coste-beneficio».[16] De ello se desprende una primera forma de *transdisciplinariedad* (entre lógicos, matemáticos, estadísticos, físicos, químicos, ingenieros, economistas, sociólogos, antropólogos, teóricos de juegos e investigadores operacionales directamente provenientes del ámbito militar) que será estimulada y financiada por el ejército norteamericano (*think tanks* como la RAND Corporation, considerado con justa razón como «la piedra de toque institucional de la Guerra Fría en Estados Unidos»[17], los *Summer Studies*,

---

[13] Dominique Pestre, «Le nouvel univers des sciences et des techniques: une proposition générale», en A. Dahan y D. Pestre (dir.), *Les Sciences pour la guerre (1940-1960)*, París, Éditions de l'EHESS, 2004.

[14] Véase Vannevar Bush, *Modern Arms and Free Men. A Discussion on the Role of Science in Preserving Democracy*, Nueva York, Simon and Schuster, 1949, p. 27: «La Segunda Guerra Mundial fue […] una guerra de la ciencia aplicada». Vannevar Bush, durante la guerra, fue el director de la Office of Scientific Research and Development (OSRD) que puso bajo control militar, sin integrarlos al ejército, a la «clase científica» norteamericana y a los laboratorios universitarios de investigación más prestigiosos (MIT, Princeton, Columbia, etc.). De esta forma, estos conocen un auge sin precedentes.

[15] Véase Warren Weaver, «Science and Complexity», *American Scientist*, vol. 36, 1947. Matemático, *science manager* y director, desde su fundación en 1942, del Applied Mathematical Pannel (AMP) —un departamento del National Defense Research Committee (NDRC)—, Warren Weaver estará estrechamente asociado a la creación de la RAND Corporation. RAND es el acrónimo de «Research And Development». Este primer *think tank* de la posguerra fue fundado por la US Air Force. John Von Neumann juega un papel central en esta corporación.

[16] Dominique Pestre, art. citado, p. 30.

[17] Robert Leonard, «Théorie des jeux et psychologie sociale à la RAND», en *Les Sciences pour la guerre*, *op. cit.* p. 85. Sobre la función matricial de la RAND con vistas al mon-

las universidades), en constante vínculo con las grandes empresas, a las que este delega la orientación de su desarrollo (economía de la innovación). Se trata entonces de una *transdisciplinariedad empresarial,* en la cual los investigadores, aunque están directamente subvencionados por el aparato militar,[18] se ven obligados a disponer de «redes de tecnólogos, financiadores y administradores para llevar a cabo sus proyectos».[19]

De ello también se desprende un nuevo modo de *gubernamentalidad transversal* al conjunto de la sociedad, que no «comunica» la producción de la ciencia y la ciencia de la producción dentro de la fábrica sin fabricar ciudadanos-consumidores, según el mismo principio procesal de optimización del control (a través de la regulación de un sistema abierto que toma en cuenta el factor de incertidumbre) y de extensión del dominio de circulación de las «informaciones». De modo que a este doble nivel, que inicia la constitución del *General Intellect* del Capital imponiendo a la «cibernética» como la metafísica de una «*Theory of Everything*» (Andy Pickering) informada por la computadora, la Guerra Fría no solamente da lugar a su experimentación a escala planetaria en una epistemología global del enemigo soviético basada en la *simulación*: *es la estrategia más intensiva posible de continuación racional de la guerra total*, definida por la indivisibilidad del «producto interno total» entre los ámbitos militares y civiles, y por su incompatibilidad con toda especie de *laissez-faire*. Lo que significa que la Guerra Fría es un proyecto norteamericano de globalización del control social animado por una cibernética de la población.

Porque esta «producción interna», este «interior» que demostró su capacidad de proyección mundial es aquel de la potencia que salió victoriosa de la guerra a un nivel tan desigual en los planos militares, industriales, tecnológico, financiero, etc., y que refrenda el fin de la supremacía europea y de sus formas clásicamente extensivas de imperialismo. El mundo de la preguerra está en ruinas. Si bien la ola de descolonización que golpea de lleno a una Europa en plena ebullición social («La propiedad es la colaboración») estimula las nuevas formas que debe tomar la función global de la potencia norteamericana, esta última se debe enfrentar, *at home*, con el problema de la desmovilización y la reconversión de la economía, al poder obrero proveniente del «pleno empleo» de la guerra. Coincidiendo con

---

taje y la manutención de la Guerra Fría, véase nuevamente Alex Abella, *Soldiers of Reason, The RAND Corporation and the Rise of American Empire*, Boston y Nueva York, Mariner Books, 2009.

[18] La Office of Naval Research (ONR), en la posguerra inmediata, se transformó rápidamente en el órgano más importante de la financiación de la investigación de Estados Unidos.

[19] Fred Turner, *From Counterculture to Cyberculture. Stewart Brant, the Whole Earth Network, and the Rise of Digital Utopianism*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 2006, p. 19.

la emergencia de la cuestión «negra» y de las «minorías» (*guerras raciales* de la *descolonización interna*) y con el «problema» del lugar de las mujeres en la sociedad después de su presencia masiva en la fábrica (*guerra de los sexos* por la igualdad de salario que amenaza con trasladarse a la economía doméstica),[20] la multiplicación de las huelgas plantea de manera aguda la pregunta por la transducción del *warfare* en un *welfare* anticomunista. Para operar la reconversión de las «fuerzas destructivas» movilizadas por las ciencias y las industrias de muerte en «fuerzas productivas» del *American way of life* (el *welfare-mundo* del consumo de masas que se despliega en el círculo virtuoso de la riqueza y del poder), habrá que integrar en el *welfare* la conversión subjetiva de la población, militarizada y socializada por la experiencia de la guerra total, en trabajadores individualistas que supuestamente deben llevar la maximización egoísta del *homo œconomicus* al punto de tangencia óptimo para el sistema entre consumidores y productores. La cuestión de la producción social y del trabajo de reproducción del trabajador mismo está instalada en el centro de las nuevas estrategias cibernéticas de la máquina de guerra del capital. Él deberá ocupar como nunca antes el «núcleo familiar» y la «condición femenina», que por algo es el *tema* mismo del famoso «*Kitchen Debate*» entre Richard Nixon y Nikita Kruschev de 1959. Este debate tiene lugar en Moscú, en el marco de una feria internacional en la cual el pabellón norteamericano estaba conformado por una casa modelo de seis habitaciones totalmente equipada, donde supuestamente reinaría un ama de casa particularmente «femenina». La guerra de los misiles («*the missile gap*») también es una guerra «de género» de las mercancías («*the commodity gap*») que la retórica de Nixon hace pasar a primer plano: «Para nosotros, la diversidad, la libertad de elegir […] es lo más importante. En nuestro país, no hay una decisión única tomada desde arriba por un funcionario. […] Tenemos muchas fábricas diferentes y muchos tipos distintos de lavadoras, *de manera que las amas de casa pueden elegir.* […] ¿Acaso no sería mejor que la competencia se centrara en los méritos relativos de las máquinas lavadoras en lugar de en la potencia de los misiles?».[21] La teoría de la «elección racional», por tanto, pasa por el consumo, que ya no es la frontera de un futuro de paz y prosperidad, sino un *limes* del presente trazado, *diseñado*, por la línea blanca de los productos electrodomésticos en el frente doméstico de la Guerra/Paz Fría.

---

[20] «Women demand much more than they used to do», escribe Selma James. «A Woman's Place», en *Sex, Race and Class. A Selection of Writings (1925-2011)*, Oakland, PM Press, 2012 [1952].

[21] *New York Times*, 25 de julio de 1959 (las cursivas son nuestras), citado y comentado por Elaine Tyler May, *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era*, Nueva York, Basic Books, 2008 [1988], pp. 20 y ss.

La importancia de la comunicación estará relacionada con el hecho de que hay que «vender» este proyecto *characteristically American* —según el título del *best seller* publicado en 1949 por un profesor de filosofía de Harvard, Ralph Barton Perry— como una empresa que consolida, a partir de la pareja, un «conglomerado de espontaneidades» en un «individualismo colectivo» (dos expresiones de lo mismo) cuya verdad es la de un «humanismo científico» equivalente a una *ingeniería social de la libertad misma* (Lyman Bryson, en otro exitoso libro académico editado dos años antes y sobriamente titulado *Science and Freedom*).[22] La carrera armamentista que permite mantener un keynesianismo de guerra contra la URSS reconfigura el *welfare* como una *guerra de comunicación* que contribuye, a su vez, a plantear el *Intellect* como un «instrumento de la causa nacional, un componente del "complejo militar-industrial"»,[23] cuya potencia también se mide según la calidad de sus máquinas lavadoras.

El desarrollo del *capital humano* tiene su fuente allí, a través de la integración de los recursos civiles y militares en un complejo militar-industrial científico-universitario que proyecta a *LA ciencia* al rango de *endless frontier*, según el título-manifiesto del informe Vannevar Bush de 1945 («Science, the Endless Frontier»). Este será retomado poco después por el general Eisenhower en un memorándum de 1946:

> Las Fuerzas Armadas no habrían podido ganar la guerra solas. Científicos y hombres de negocios han aportado técnicas y armas que nos han permitido sobrepasar al enemigo en inteligencia y aplastarlo. […] Este esquema de integración debe traducirse en un equivalente adaptado a los tiempos de paz, que no solamente permitirá que el ejército se familiarice con los progresos de las ciencias y de la industria, *sino que absorberá en nuestra planificación en materia de seguridad nacional todos los recursos civiles susceptibles de contribuir a la defensa del país*. El éxito de esta empresa depende, en una amplia medida, de la voluntad de cooperación del conjunto de la nación. No obstante, el Ejército, en cuanto es una de las principales instancias responsables de la defensa de la nación, tiene el deber de tomar la iniciativa de promover el reforzamiento de los lazos entre intereses civiles e intereses militares. *Debe implementar políticas precisas y un liderazgo administrativo que permitirán a la ciencia, a la tecnología y al management aportar una contribución todavía más importante que durante la última guerra.*[24]

---

[22] Véase Fred Turner, *The Democratic Surround. Multimedia and American Liberalism form World War II to the Psychedelic Sixties*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 2013, pp. 157-159.
[23] Clark Kerr, *The Uses of University*, Cambridge, Harvard University Press, 1963, p. 124.
[24] General Dwight D. Eisenhower, *Memorandum for Directors and Chiefs of War Department, General and Special Staff Divisions and Bureaus and the Commanding Generals of the Major Commands* (1946). *Subject: Scientific and Technological Resources as Military Assets*.

Militar-civil y civil-militar, la guerra tecnológica permanente solo podía favorecer un enfoque global y sistémico que integra las nuevas técnicas de gestión gerencial de lo social en el *software* del *public welfare* controlado por un Estado más «*pro-ministrativo*» que administrativo («*pro-ministrative state*», según el concepto de Brian Balogh).

La genialidad sistémica de la Guerra Fría, que controla su *racionalidad* C^3I (*command*, *control*, *communications*, *and information*) pasando por la «fisión del átomo social»,[25] fue la invención de una «extraña zona gris que no es ni la paz ni totalmente la guerra»,[26] como esa *situación* extrema en la cual todas las formas de sujeción social comienzan a depender *directamente* de una sujeción maquínica al sistema como tal, mientras que este último afirma su inmanencia dentro de la axiomatización de todos sus modelos de realización en función de relaciones puramente funcionales volviéndolos infinitos por derecho. O para decirlo junto a Deleuze y Guattari: la axiomática es inmanente en el sentido de que «encuentra en los dominios que atraviesa otros tantos *modelos llamados de realización*».[27] Por lo que, a nuestro juicio, no hay ninguna «tensión» entre la voluntad de axiomatización característica de la Guerra Fría y «esas prácticas primero desarrolladas en la urgencia, múltiples, mucho más pragmáticas, que luego hay que prolongar, ampliar, formalizar, teorizar».[28] Por el contrario, aquí tocamos *el motor axiomático* de las prácticas transdisciplinarias puestas en marcha en los laboratorios de la Guerra Fría (una *transdisciplinariedad fría*). De esta forma, la máquina de guerra del capital podrá desarrollar la axiomática inmanente de un nuevo capitalismo en la Guerra Fría, el capitalismo de los «sistemas hombres-máquinas», que impone un sistema de sujeción generalizado haciéndose cargo de la sujeción durante «procesos de normalización, de modulación, de modelización, de información, que se basan en el lenguaje, la percepción, el deseo, el movimiento, etc., y que pasan por microagenciamientos».[29] En este sentido, la Guerra Fría, primero y ante todo, es una *guerra de subjetivación*, portadora de aquello que muy justamente ha sido denominado una verdadera «revolución del comportamiento». Será sinónimo de una intervención estatal sin precedentes —una *desterritorialización de Estado* que desterritorializa, mediatiza y axiomatiza al Estado mismo al ponerlo en red dentro del conjunto del *socius*— a través de la cual *paz y guerra se identifican* en la «retroacción» de la epistemología del enemigo externo sobre la ontología del enemigo interno, que extiende el campo imaginario de la propuesta global de la Guerra Fría.

---

[25] Según la expresión de Talcott Parsons.

[26] Carta de W. D. Hamilton a Georges Price, 21 de marzo de 1968.

[27] Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 459.

[28] Véase Amy Dahan, «Axiomatiser, modéliser, calculer: les mathématiques, instrument universel et polymorphe d'action», en *Les sciences pour la guerre*, *op. cit.*, p. 51.

[29] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 463.

Es así como «la "*sitcom*" [*situation comedy*] televisada ocupa los hogares norteamericanos en un momento en que una serie de salas de operaciones [*situations rooms*], cada vez más perfeccionadas, se construían en los sótanos de la Casa Blanca. La situación quedó arraigada en las emergentes ciencias del comportamiento norteamericanas vinculadas a la racionalidad de la Guerra Fría»[30] y con su explosión de *expertos*. También hará interactuar bajo un mismo término —el de *containment*— la psicología de las clases medias («contener» sus emociones, «proteger» su hogar: *domestic containment*) y la estrategia de «contención» de la potencia soviética.[31] Los pormenores de la situación llevan a pensar nuevamente en la anticipación de Warren Weaver, la eminencia gris de la Investigación de Operaciones (OR), «Grandmaster Cyborg» y «creador de las redes de investigación transdisciplinaria»: «La distinción entre lo militar y lo civil en la guerra moderna es […] insignificante […]. Incluso puede que, por ejemplo, la distinción entre guerra y paz haya sido tirada por la borda».[32]

El montaje de la Guerra Fría

«Los problemas de Estados Unidos pueden traducirse en dos palabras: *Russia abroad, labor at home*»,[33] declara en 1946 Charles E. Wilson. Antiguo vicepresidente ejecutivo del War Production Board, a menudo a cargo del War Department Committee on Postwar Research y futuro director de la Office of Defense Moblization durante la Guerra de Corea,[34] Wilson es el presidente de General Electric cuando pronuncia esta frase cuya concisión, totalmente estratégica, sin lugar a dudas se debe a las múltiples cualidades del sujeto que la enuncia, y el cual, evidentemente, sabe muy bien de lo que habla. Tanto es así que podríamos aventurarnos a hablar de un «General Electric»[35] para señalar el montaje militar-industrial

---

[30] Judy L. Klein, Rebecca Lemov, Michael D. Gordin, Lorraine Daston, Paul Erickson, Thomas Strum, *Quand la raison faillit perdre l'esprit. La rationalité mise à l'épreuve de la Guerre froide*, Bruselas, Zones sensibles, 2015, p. 148.

[31] Véase Elaine Tyler May, *op. cit.*, cap. 1.

[32] Warren Weaver, citado por Philip Mirowski, *Economics Become a Cyborg Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 201; pp. 169 y ss., sobre «Warren Weaver, Grandmaster Cyborg».

[33] Véase David F. Noble, *Forces of Production. A Social History of Industrial Automation*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1984, p. 3.

[34] Lo que le dará el control sobre toda la política económica federal.

[35] «Electric Charlie» contrató inmediatamente como vicepresidente de GE a otros dos altos responsables del War Production Board: Ralph Cordiner, que lo sucederá a la cabeza de GE, y Lemuel Boulware. La más prestigiosa publicación de GE se titula el *General Electric Forum*, *Defense Quarterly* y se subtitula «For National Security and Free World Progress».

del sujeto de la enunciación, que se dispone a declarar una guerra simétrica en el doble frente externo e interno en el horizonte de la Guerra Fría que la programa como tal. Llevada adelante por una de las empresas líderes en la investigación científica industrial de un sector altamente estratégico para los ejércitos, la economía de la Guerra Fría en su conjunto exige, por consiguiente, ser redefinida: «*Russia abroad, labor at home*». Salvo rectificación, y según una perspectiva tanto poscomunista como poscibernética, parece difícil no compartir la idea según la cual el papel de la Guerra Fría fue, «desde un punto de vista actual, […] realmente secundario», habida cuenta del «New Deal para el mundo» que desplegará su poder, hasta en la transformación poscolonial del tercer mundo, «menos por las armas militares que mediante el dólar».[36]

¿Pero es una *tan* disociable de la otra dentro de las nuevas formas de afirmación de la potencia norteamericana y de esta *revolución gerencial* que Orwell asocia con una «*cold war*», según la expresión que forjara él mismo en 1945? La argumentación se lee de la siguiente manera: «Es más verosímil que el fin de las guerras a gran escala se haga a costa de la prolongación indefinida de una "*paz que no es paz*" [*peace that is no peace*] […] privando a las clases y a los pueblos explotados de toda capacidad de sublevación y, simultáneamente, igualando en el plano militar a los que tienen la bomba». Allí encontramos una doble disuasión interna/externa, cuya articulación rige la Guerra Fría como nuevo modo global de gestión del «conflicto» constitutivo del «periodo». La Guerra Fría no es *coextensiva*; es *constitutiva* de la globalización de la guerra civil que tendía a adquirir su autonomía (porque las clases explotadas y los pueblos a los que se pretendía privar de todo poder se rebelan, sin lugar a dudas, en todas partes del mundo), y de su «*management*», en una forma inédita de *seguridad militar* producida por un «acuerdo tácito respecto del hecho de jamás utilizar la bomba atómica unos contra otros».[37] Este entendimiento ecologístico es el que está a cargo del control del «ascenso a los extremos», donde el extremo ya no es límite (en el sentido político clausewitziano), sino delimitación de un área de juego imperial y planetaria que tiene una tendencia al *duelo* y a la invención de un nuevo tipo de gobierno de las poblaciones (*1984*).[38] La clarividencia del análisis (¿no hay algo muy orwelliano en Virilio?) casi podría hacernos olvidar que la primera bomba atómica soviética (Bomba A) fue testeada en 1949, es decir, cuatro años *después* de la publicación del

[36] Michel Hardt, Antonio Negri, *Empire*, París, Exils, 2000, pp. 299 y ss. [ed cast.: *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002].
[37] George Orwell, «You and the Atomic Bomb», *Tribune*, 19 de octubre de 1945.
[38] Publicado en 1948, *1984* (1948 «al revés») hace colisionar de una manera tan violenta norteamericanismo y socialismo que el libro tendrá el raro privilegio de ser simultáneamente denunciado en Estados Unidos y prohibido en la Unión Soviética.

artículo de Orwell, y dos años *después* de que la «doctrina Truman» del *containment* terminara de imponer la expresión *cold war*. Lo que contribuye a relativizar la inminencia y la *realidad* del peligro soviético (para decirlo rápidamente: la hegemonía económico-militar norteamericana era indudable para Stalin, quien comprendió el «mensaje» de Hiroshima y adoptó una posición *defensiva* después de la guerra), al menos según la narrativa desarrollada por el presidente Truman en su discurso en el Congreso de marzo de 1947: «Estoy convencido de que la política de Estados Unidos debe consistir en apoyar a los pueblos libres que resisten a la sujeción que intentan imponerles las minorías armadas o las presiones exteriores». Aquí, la disyunción («minorías armadas o presiones exteriores», «agresión directa o indirecta», etc.) juega el papel de una verdadera síntesis *inclusiva*: no se cierra sobre sus términos, anuncia y enuncia el carácter *ilimitativo* de la estrategia de la Guerra Fría como principio de transformación y de (*re-*) *reproducción del enemigo* a través de una transferencia totalizante y *totalitaria*. Es la tesis del comunismo como nuevo fascismo: «Los regímenes totalitarios, impuestos a los pueblos libres por medio de una agresión directa o indirecta, minan los fundamentos de la paz internacional y, en consecuencia, la seguridad de Estados Unidos».[39] *Hot Hitler* y *Cold Stalin*.

En una serie de artículos titulada «The Cold War» y publicada el mismo año, Walter Lippmann quiere dar un sentido totalmente distinto a la política de la contención. Comienza sorprendiéndose con la referencia exclusiva a la «revolución comunista» y a la «ideología marxista» para explicar la supuesta conducta expansionista del «gobierno soviético» durante la posguerra, precisamente cuando este último respeta el espíritu de los acuerdos de Yalta, basados en las posiciones del Ejército Rojo y la importancia de su contribución en la derrota de Alemania y Japón: «Es la extraordinaria potencia del Ejército Rojo, y no la ideología de Karl Marx, lo que permitió al gobierno ruso ampliar sus fronteras»; y esto, observa Lippmann, en un sentido *esencialmente limitado* a la restauración de la esfera de influencia «zarista» y a la «compensación» de las pérdidas territoriales de 1917-1921.[40] Por lo tanto, la URSS se comporta como lo haría cualquier otra gran potencia continental, mientras que Estados Unidos desarrolla una estrategia tan poco ortodoxa («una monstruosidad estratégica») que las vías diplomáticas que llevan a una *pax vera* parecen desmontadas de antemano. De

[39] Declaración del presidente Harry S. Truman ante el Congreso de los Estados Unidos, 12 de marzo de 1947.

[40] Véase Walter Lippmann, *The Cold War. A Study in U.S. Foreign Policy*, Nueva York y Londres, Harper & Brothers, 1974. La demostración pudo apoyarse en el famoso «cable de Moscú» enviado por George Kennan. En efecto, el encargado de los asuntos norteamericanos ponía de relieve el «sentimiento de inseguridad» del Kremlin y la importancia del «nacionalismo ruso».

ahí la solución propuesta por el «famoso publicista norteamericano»[41] para volver a un equilibrio de las potencias (*balance of power*) más clásico: reorientar «la lógica y la retórica de la potencia norteamericana» en el sentido de la retirada de *todas* las fuerzas armadas no europeas fuera de Europa para hacer que se respete el compromiso de Stalin de no integrar a los países del Este en la URSS. En resumen, lo que Lippmann pone de relieve es el *desfase* de la estrategia norteamericana de la Guerra Fría si se considera *solamente el problema* «*Russia abroad*». En especial porque, con la disolución del Komintern en 1943, la disolución del Partido Comunista norteamericano en 1944 (después de que los miembros del CP-USA pasaran de posiciones prohuelga a posiciones antihuelga para apoyar el esfuerzo bélico),[42] la presión de Stalin sobre los comunistas griegos y yugoslavos para conservar la monarquía, o las protestas de los comunistas ingleses contra la disolución del gobierno de coalición tras finalizar la guerra, ya nadie podía ignorar que para Stalin, según las palabras de Eric Hobsbawm, esto «significaba un adiós definitivo a la revolución mundial».[43]

A pesar de la retórica bélica común y del tono apocalíptico adoptado solo por Estados Unidos, la primera característica de la Guerra Fría, recuerda una vez más el historiador británico, puede definirse paradójicamente por la ausencia objetiva del peligro inminente de guerra mundial y el rápido reconocimiento mutuo de un *cierto* «equilibrio de las fuerzas» según, *grosso modo*, las líneas de demarcación de 1943-1945. Desde 1951, fecha en la cual Truman releva de sus funciones al general MacArthur, quien desea, a riesgo de utilizar el arma nuclear, extender la guerra de Corea sobre el territorio chino (transformado en República Popular China en 1949), hasta los años setenta, pasando por el aplastamiento de la insurrección obrera de Berlín del Este (en 1953, el año en el que la URSS obtiene —nueve meses después que los norteamericanos— la bomba de hidrógeno), después de las revueltas húngara (1956) y checa (1968) —igualmente derrotadas por los tanques soviéticos—, la Guerra Fría entre las dos superpotencias adquiere, cada vez más, el aspecto de una *Paz Fría*[44]

[41] Según la presentación de Léon Rougier en la apertura del Coloquio Walter Lippmann, que tuvo lugar en París del 28 al 30 de agosto de 1938. A menudo se ha presentado este coloquio como la escena primordial del «neoliberalismo» (el término es utilizado por Rougier sin lograr unanimidad).

[42] «El comunismo es el norteamericanismo del siglo XX», había lanzado el presidente del Partido Comunista norteamericano, Earl Browder.

[43] Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, Buenos Aires, Crítica, Grijalbo Mondadori, 1998, p. 173. La revolución socialista mundial es abandonada en favor de la independencia nacional.

[44] Ibídem, pp. 226-228 («Hasta los años setenta, este acuerdo tácito que consistía en tratar a la Guerra Fría como una Paz Fría se mantuvo firme»). El término *cold peace* fue empleado desde 1950.

mantenida por el equilibrio (totalmente relativo) del terror nuclear[45] sobre las poblaciones obligadas a «elegir su bando» («*two world camps*», bipolarismo). Por supuesto, aquí pensaremos en los anatemas soviéticos contra el «titismo» y en las ventajas recíprocas tomadas de la represión de todo tipo de «democracia desde abajo» en los países del Este,[46] pero también en la estrategia de la Guerra Fría como medio de imposición de la hegemonía norteamericana sobre sus aliados mediante una reorganización de la economía-mundo hacia una *globalización* que ya no podía satisfacerse con la restauración de las formas político-militares «clásicas» del *balance of power*. Después de la quiebra de la «política fantasma» según la cual la Unión Soviética, estratégicamente acorralada, debía desplomarse, la carrera por las armas más *high-tech* (bomba H, Strategic Air Command) se orienta hacia una estrategia de «represalias masivas [*massive retaliation*]» (1953-1960). Esta estrategia, que supuestamente debía eliminar la posibilidad de un ataque limitado con medios convencionales, apunta sobre todo a limitar los riesgos relativos a las expediciones militares neocoloniales *norteamericanas* en la zona más caliente de la primera guerra fría: «No es una buena estrategia militar tener fuerzas terrestres comprometidas de manera permanente en Asia porque esto nos priva de toda reserva estratégica [...]. Para ganar el *dinamismo* [*stamina*] necesario para asegurar la *seguridad permanente*, era imperativo realizar cambios».[47] La reterritorialización soviética y la desterritorialización norteamericana. Aquí, la administración norteamericana pretende zanjar de manera «permanente» la contradicción entre sus intereses (y sus componentes) «nacionalistas» —por ejemplo, estrechamente *geopolíticos*, orientados hacia Asia— y sus ambiciones «internacionalistas» *globales* dirigidas hacia Europa para asentar la lógica de la Guerra Fría sobre una base (exclusivamente) *estratégica*. A pesar de que la administración norteamericana haya sido incapaz de atenerse a esta «elección», la dirección está definitivamente dada: le corresponde al *great-power management* hacerse cargo de la geopolítica del nuevo imperialismo.

En este paso de la «Defensa», en la cual todavía podía basarse la doctrina original del *containment*, a la «Seguridad permanente», nos acercamos al cambio de paradigma que conlleva la Guerra/Paz Fría: la prorrogación indefinida de una *paz que no es paz*, debido a la *amenaza estratégica* de una guerra tan ontológicamente absoluta (la destrucción *total*, la muerte *universal*) para el conjunto de las poblaciones civiles que la economía de guerra

---

[45] Es solo a mediados de los años sesenta que el arsenal nuclear soviético puede representar una amenaza tecnológicamente creíble para el territorio norteamericano.

[46] Como escribía Castoriadis en 1976, cabían «pocas dudas respecto a que Reagan y Brézhnev llegarían a ponerse de acuerdo sobre Hungría». Cornelius Castoriadis, «La source hongroise», *Libre*, núm. 1, 1977.

[47] Discurso del secretario de Estado John Foster Dulles ante el Council of Foreign Relations (12 de enero de 1954). El subrayado es nuestro.

permanente promovida por ella es sinónimo (en Occidente, cabecilla del juego) de un trabajo de *reprogramación* de la vida social en su totalidad. Lo que Paul Virilio califica de *endocolonización*[48] y que tiene que ser relacionado con la obsesión por el tema del *control,* en una secuencia histórica donde la supremacía capitalística norteamericana está, al comienzo, menos amenazada *abroad* por el riesgo de una globalización de la amenaza soviética, que *at home*, en el corazón del «sistema internacional del capital», con la explosión de las luchas obreras y la guerra racial encendidas por la tumultuosa desmovilización del otoño de 1945.[49]

El Detroit de la Guerra Fría

En 1946, año de las primeras reconversiones de las industrias de armamento en industrias de paz y bienestar (de las cuales las mujeres están ampliamente excluidas),[50] y de la supresión de la política de control de precios (por la administración Truman), las luchas obreras vienen a coronar de la manera más inquietante el *crescendo* impresionante del número de huelgas, paros salvajes (en los cuales participaron más de ocho millones de norteamericanos y norteamericanas) y disturbios raciales (Detroit, Harlem, Baltimore, Los Ángeles, Saint Louis…) durante el «New Deal de guerra». Retomando las cifras de Mario Tronti, quien no fue el único en detectar la presencia de *Marx en Detroit*: en 1946, 4.985 huelgas movilizan a 4,6 millones de obreros, es decir a un 16,5 % de la fuerza laboral[51] que en ese entonces cuenta con más de 15 millones de sindicalizados. Se comienza a decir (y a leer) que el fenómeno es «tan alarmante para el mundo de las finanzas como el aumento de la influencia soviética en el extranjero». La revista *Life* titula: «A Major U.S. Problem: Labor».[52] Existe consenso en

---

[48] Paul Virilio, Sylvère Lotringer, *Pure War*, nueva ed. aumentada, Los Ángeles, Semiotext(e), 2008, p. 68.

[49] La amenaza de los motines acelera la desmovilización. Los 10 millones de soldados desmovilizados representaban un 20 % de la fuerza de trabajo norteamericana en 1945.

[50] Más de dos millones de obreras son devueltas a sus hogares entre 1945 y 1947. Durante esos mismos años, las mujeres que siguen en la fábrica, en las oficinas o que ocupan empleos comerciales ven sus salarios disminuir más de un 25 % con respecto de los años de guerra.

[51] Mario Tronti, *Ouvriers et capital*, París, Christian Bourgois Éditeur, 1977 (primera ed., 1966). El Bureau of Labor Statistics contabiliza 116 millones de días de huelga para el año 1946. La ciudad de Detroit simboliza la capital mundial del automóvil, es decir, la primera industria de la posguerra, y uno de los lugares de nacimiento del «complejo militar-industrial». Durante la guerra, Detroit fue calificada como el «arsenal de la democracia».

[52] Las revistas *Time* (para la cita precedente) y *Life* son citadas por David F. Noble, *op. cit.*, pp. 22 y 27.

pensar que es la crisis industrial más grave de la historia norteamericana (la Gran Depresión pertenece a un registro totalmente distinto) y que la ola de huelgas de 1946, que también se apodera de Europa y de Japón, es la más importante de la historia del capitalismo. El columnista económico de un boletín patronal evoca la escalada de una «guerra civil catastrófica».[53] El año anterior, Schumpeter había pronosticado el «declive de la sociedad capitalista» y su incapacidad para enfrentar las inmensas necesidades de la posguerra. Es en este contexto que General Electric enfrenta su primera huelga nacional («Por primera vez en la historia de su empresa, todas las fábricas del país estarán cerradas por un movimiento de huelga»). Este paro concluye después de tres meses de piquetes de huelga y ocupaciones, de mítines masivos, de numerosas huelgas de solidaridad con el apoyo de todas las colectividades locales directa o indirectamente implicadas y con la capitulación de la dirección respecto al problema de los salarios que había iniciado el movimiento. Respaldada a nivel gubernamental, la contraofensiva privilegiará una lucha sin piedad contra el sindicato y su dirección «comunista» (llamada a declarar ante el Comité de Actividades Antiestadounidenses),[54] y la «evolución» del sistema de negociaciones colectivas que van en el sentido de la defensa de los intereses de la «libre empresa»: esta primera faceta es estimulada por la ley Taft-Hartley votada recientemente (junio de 1947)[55] y en favor de la cual General Electric había ejercido una presión eficaz en el Senado, además de una campaña en la opinión pública sin precedentes. Por otra parte, se recupera el control de la disciplina en los talleres: aparte de un «*Job Marketing*» (el *boulwarism*),[56] el eje de esta maniobra será la instalación de nueva máquina-herramienta y de un ambicioso programa de automatización a larga distancia (GE contacta con Norbert Wiener en 1949, pero este rechaza la invitación). Si la automatización, por sí misma, es el agente de la movilidad del capital y

---

[53] Whiting Williams, «The Public is Fed with the Union Mess», *Factory Management and Maintenance*, vol. 104, enero de 1946.

[54] De hecho, el sindicato de «electricistas» —United Electrical, Radio and Machine Workers of America (UE)— tenía la dirección comunista más fuerte de Estados Unidos. Tal y como dice Ronald W. Schwartz en su análisis de las audiencias ante el Comité de Actividades Antiestadounidenses, «si había personas que eran consideradas como un objetivo en esa época, con seguridad eran los líderes de UE». Véase Ronald W. Schwartz*, The Electrical Workers. A History of Labor at General Electric and Westinghouse (1923-60)*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1983, pp. 175 y ss..

[55] Ya hemos visto que además de su cláusula «anticomunista», la ley Taft-Hartley terminaba con el sistema del *close shop* que hacía obligatoria la adhesión al sindicato. También imponía un preaviso de huelga de 80 días en los sectores de «interés nacional».

[56] Forjado a partir del nombre de Lemuel Boulware. O cómo obtener la lealtad de los obreros y luchar contra la influencia de los sindicatos (antes de fagocitarlos): una mano de hierro («*take-it-or-leave-it*», en traducción sindical) en un guante de seda («*The Silk Glove of the Company*»). Volveremos más adelante sobre el boulwarismo.

de su descentralización fuera de los bastiones obreros (según la estrategia seguida por Ford y General Motors para controlar el coste del trabajo y debilitar el poder de los sindicatos), General Electric privilegiará, más específicamente, el «*control digital*» (N/C: *Numerical Control system*). Aunque más cara, compleja y difícil de manejar que la técnica de programación llamada Record Play Back, este presentaba la ventaja de retirar totalmente el control de la máquina-herramienta de las manos de los obreros más calificados y organizados para volver a entregarle todo el poder/dominio del proceso de producción al *management* —«¿y por qué deberíamos privarnos de controlarlo?»—.[57] El patrocinador constante de los trabajos de investigación sobre la máquina-herramienta y promotor infatigable de la fábrica automatizada (*computer-integrated automatic Factory*) de la «segunda revolución industrial» no es otro que la US Air Force, que había ejercido toda la influencia de sus contratos con la GE para imponer la vía digital. Enfrentándose a una lucha de clases que amenazaba con transformar la revolución social en la condición del *welfare state*, y del «pleno empleo» bajo control obrero,[58] la única respuesta posible para su dirección drástica (ley Taft-Hartley), su liberalización (Employment Act)[59] y la amenaza de que se reorientara hacia los *veteranos* (blancos) del *warfare state*,[60] el control tecno-gerencial de la producción se convertía, en nombre del mundo libre y de la libre empresa, en un primer fin en sí mismo de la cruzada anticomunista de «General Electric».

Si bien el año 1946 termina con la declaración del presidente Truman según la cual la multiplicación de las huelgas «impide declarar que la guerra está formalmente terminada»,[61] es la Guerra Fría la que es encargada de vencer al enemigo interno (*war at home*) para asociar a las fuerzas vivas de la economía norteamericana con una guerra virtual-real (un estado permanente de *virtual emergency*) tan material y estratégicamente provechosa. Sobre todo porque este estado no impedía prosperar y capitalizar

---

[57] Véase David F. Noble, *op. cit.*, cap. 7, en particular, pp. 155-167, 190-192.

[58] ¿Qué otra cosa significaba la demanda de los obreros norteamericanos de *apertura de los libros de cuentas de las empresas* sino el *poder obrero*? Lo que Tronti enuncia con una frase: «Leer a Marx en las cosas».

[59] El Proyecto de ley sobre el Full Employment de 1945, que da derecho a un «empleo útil, remunerado, regular y a tiempo completo», se transforma en 1946 en el Employment Act. Allí se afirma que es «responsabilidad del gobierno […] promover la libre empresa […] bajo cuyo régimen a todos aquellos que desean trabajar se les ofrecerá un empleo». Como dirá un senador demócrata al denunciar la presión de los Republicanos en el Senado para vaciar de su substancia la ley de 1945: «Al final, esto equivalía a decir que alguien que no tenía trabajo tenía derecho a ponerse a buscar un empleo».

[60] Sin embargo, las cifras del mundo obrero son aquí bastante elocuentes: bajo el concepto de accidentes laborales, entre 1940 y 1945, se cuentan 88.000 muertos y 11 millones de heridos.

[61] Alocución del 12 de diciembre de 1946.

los «conflictos locales», según los esquemas más clásicos del keynesianismo de guerra. «La guerra de Corea nos salvó», revelaba uno de los arquitectos de la Guerra Fría, quien propuso (y obtuvo) un aumento del 300 % en los gastos militares (para alcanzar 50 mil millones de dólares anuales). Sin lugar a dudas, él pensaba tanto en el riesgo de «recesión» como en la amenaza de un aislacionismo que podía romper el auge del liderazgo norteamericano bajo los auspicios de los acuerdos de Bretton Woods (1944), la Organización de Naciones Unidas y la UNESCO (1945), el Plan Marshall (1947) y la Alianza Atlántica (1949). En su declaración del 12 de marzo de 1947, el presidente Truman explicaba: «Si fracasamos en nuestro liderazgo, podemos poner en peligro la paz mundial, pero lo que es seguro es que ponemos en peligro el bienestar [*welfare*] de nuestra nación». Es en nombre de este mismo *welfare norteamericano* que Truman pone de relieve un asunto de inversión —y de retorno sobre la inversión— para justificar ante el Congreso la concesión de una ayuda financiera para los regímenes griego y turco después de que Gran Bretaña retirara su apoyo a las fuerzas «anticomunistas» (que luchaban en contra de lo que en este mismo discurso era calificado de «actividades terroristas»): «Estados Unidos ha gastado 341 mil millones de dólares para ganar la Segunda Guerra Mundial. Es una inversión en la libertad y en la paz mundiales [...]. Es perfectamente natural que queramos proteger esta inversión y asegurarnos de que no fue en vano».[62]

Cuando las instituciones militar-securitarias y financieras del nuevo orden mundial se vuelven «tan complementarias como las hojas de un par de tijeras»,[63] el par en cuestión corta rápidamente con la visión rooseveltiana del mundo unido por un deseo universal de paz incentivado por las «naciones pobres que aspiran a la independencia, así como a la igualdad con los países ricos».[64] La Organización de Naciones Unidas, impulsada por un ideal de descolonización y desarrollo, no solamente imponía al nuevo derecho internacional como institucionalización concreta de la idea de gobierno mundial; se imponía, ante todos sus miembros, como la encarnación supranacional de todas las ideas políticas norteamericanas que Roosevelt había definido en un primer «New Deal» para el mundo, en el marco de su famoso *Four Freedoms Speech* de enero de 1941, que preparaba a la nación para entrar en *guerra por la paz civil y la paz internacional*.[65] De

[62] Declaración del presidente Truman del 12 de marzo de 1947.

[63] Según las declaraciones de Henry Morgenthau, secretario norteamericano del Tesoro bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt, en 1945.

[64] En el resumen de la doctrina rooseveltiana propuesta por Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín*, *op. cit.*

[65] El *Four Freedoms Speech* de Roosevelt, que enunciaba (antes de Pearl Harbor) los principios y las urgencias de un New Deal de guerra en un plano tanto interior como exterior, contaba con esta frase-pivote en torno a la cual se articulaba todo el discurso:

esta forma, la gubernamentalidad del mundo se unificaría («*one world*») no en contra de la URSS, sino en una superación radical del modelo imperialista y colonial inglés[66] a través de una extensión del New Deal, que, después de haber ofrecido la *seguridad social* a los norteamericanos, sería el garante efectivo de la *seguridad política y comercial* para los pueblos del mundo. «La ayuda a Rusia y al resto de los países pobres tenía que tener el mismo efecto que los programas de ayuda social en Estados Unidos: aportarles la seguridad necesaria para acabar con el caos e impedir que cayeran en la violencia revolucionaria. Al mismo tiempo, esos países serían confusamente aspirados dentro del mercado mundial renovado. Integrados de esta manera dentro del sistema general, se volverían responsables, siguiendo el ejemplo de los sindicatos norteamericanos durante la guerra».[67]

Que no haya sido exactamente el caso (o que estos países hayan tenido enormes dificultades para cumplir dicho rol de «responsabilidad», a pesar de la alianza con el Partido Demócrata establecida durante la guerra), y que en 1946 no lo sea en absoluto —incluso desde el punto de vista de Truman—, con toda evidencia es un factor no despreciable para la mutación de la mundialización reformista rooseveltiana en la política trumaniana del «mundo libre». Esta última comparará al comunismo con una forma mundial de «terrorismo» para integrar de una mejor manera dentro de la estrategia de la Guerra Fría su motivo esencial de indeterminación entre guerra y paz, guerra y política, interior y exterior, endocolonización y (control de la) descolonización (o neocolonización). La transformación de la guerra civil mundial en guerra global por la seguridad del nuevo imperialismo norteamericano exige hacer pasar a primer plano la *política interior*, es decir, las *guerras de clases, de razas y de sexos*, en este balance hecho por Giovanni Arrighi, según el cual «el Congreso y la comunidad empresarial eran demasiado "racionales" en sus cálculos de los costes y beneficios pecuniarios de la política exterior estadounidense como para proporcionar los recursos necesarios para llevar a la práctica un plan tan poco realista» como el del New Deal rooseveltiano para el mundo entero.[68]

«Aquí no se trata de la visión de un milenio lejano. Se trata de una base precisa para un mundo realizable en nuestra época y durante nuestra generación».

[66] Michael Howard insiste en el hecho de que durante la Guerra, «desde el punto de vista de muchos liberales norteamericanos, el verdadero obstáculo para la implementación de un Nuevo Orden Mundial se encontraba en Gran Bretaña, con su zona económica de preferencia imperial, su zona esterlina, su habilidad maquiavélica en el terreno de la *power politics*, su imperio colonial que subyuga a millones de personas de color». *War and the Liberal Conscience*, Londres, Temple Smith, 1978, p. 118.

[67] Franz Schurmann, *The Logic of World Power: An Inquiry into the Origins, Currents and Contradictions of World Politics*, Nueva York, Pantheon Books, 1974, p. 67.

[68] Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín*, *op. cit.*, p. 266. Véase tambien *The Long Twentieth Century* (*op. cit.*, p. 286).

La primera objeción había sido presentada por los senadores demócratas de los Estados del Sur de Estados Unidos (*Black Belt*), que eran a su vez los mejores administradores de las leyes segregacionistas («las leyes de Jim Crow») y el respaldo obligado del presidente Roosevelt en el Congreso.[69] Puede ser resumida en esta sola pregunta, instigada por la multiplicación de los disturbios racistas/raciales en más de 45 ciudades norteamericanas (entre las cuales estaba Detroit, donde Roosevelt debió enviar a las tropas),[70] solo en el año 1943, y por su reanudación en la inmediata posguerra:[71] «¿Los habitantes negros del Sur de Estados Unidos y de África merecen la "libertad de vivir protegidos del miedo"?».[72] Publicados en 1944-1945, los libros-intervenciones de W. E. B. Du Bois (*Color and Democracy*), Walter White (*A Rising Wind*) y Rayford W. Logan (*What the Negro Wants*) no dejan de dar importancia al carácter internacional, es decir, *imperialista y colonialista* a la vez, de la «desigualdad de las razas», para reivindicar que el problema de la política interna/externa que esta implicaba estaba lejos de ser exclusivamente «sudista». En efecto, involucraba la *doble deslegitimación* de la construcción racial de la identidad norteamericana y de las potencias coloniales europeas. Triste confirmación del argumento afroamericano, la Carta de las Naciones Unidas combinará el principio de no discriminación (votado por una delegación norteamericana dividida) con el respeto a la soberanía nacional, que prohibía condenar al colonialismo como tal y reservaba, en la práctica, la aplicación de la legalidad internacional y de la jurisdicción federal[73] a la política interior norteamericana (en manos de los «Estados»). En la práctica todavía, la segregación racial no necesitaba

---

[69] En textos de 1939, C. L. R. James ya calificaba de «estafa» la política del *welfare* y, de manera más general, la política del Partido Comunista con respecto de los negros: «Es el Partido Demócrata, el partido de Franklin Roosevelt, recuerda James en numerosas ocasiones, el que controla los gobiernos de los estados del Sur».

[70] Véase el artículo del mismo C. L. R. James escrito después de las revueltas de Detroit, «Le pogrome racial et les Nègres» (1943), en *Sur la question noire aux États-Unis (1935-1967)*, París, Syllepse, 2012.

[71] Después de los «*hate strikes*» de los años de guerra y la guerra racial (*race war*) que se desencadenó, vino la ola de la «muerte blanca» orquestada por el Ku Klux Klan. Esta afectó, en primer lugar, a los veteranos negros que volvieron a los estados del Sur.

[72] Thomas Borstelmann, *The Cold War and the Color Line. American Race Relations in the Global Arena*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2001, p. 29. La «libertad de vivir sin miedo [*freedom from fear*]» es la cuarta gran libertad «rooseveltiana», junto a la libertad de expresión, la libertad religiosa y la «libertad de vivir sin penuria» [*freedom from want*].

[73] Única organización afroestadounidense presente en la conferencia fundadora de las Naciones Unidas, la delegación del Council on African Affairs (CAA) puso especial énfasis en que el hecho de que la representación en la Asamblea General estuviera reservada únicamente a los Estados nación equivalía a excluir a los pueblos colonizados o a todo grupo étnico discriminado por su Estado.

las leyes del «Sur» para ser practicada en el conjunto del territorio (en cuanto al empleo y la vivienda, en particular, que ya habían sido objeto de las luchas de los obreros negros sindicalizados durante la guerra). A la inversa, es «Jim Crow» quien invalida la operación Dixie lanzada en 1946 por el Congress Industrial Organization (CIO) para extender a la industria textil de los estados del Sur las victorias sindicales obtenidas en el Norte. La realidad de la lucha del «mundo libre» contra la «esclavitud» comunista (*freedom versus slavery* en el discurso de Truman) adquiere aquí un tono propagandístico frente a una situación conocida por todos, donde la «cortina de hierro» debía aplicarse en una nación dividida de Norte a Sur por la *color line*. El informe final del presidente del Committee on Civil Rights, entregado en octubre de 1947, por cierto, apoya toda su argumentación en el hecho de que los «incumplimientos», en materia de derechos civiles, son un «serio obstáculo» para el liderazgo norteamericano en el mundo. Cuando Truman retoma el argumento, la supremacía norteamericana en un mundo en vías de descolonización acelerada (Asia, Oriente Medio) supervisa abiertamente, *at home*, la recodificación de la guerra de las razas en unas «últimas imperfecciones» de la democracia del capital que hay que «corregir»,[74] *para no darle armas al adversario comunista* y fragilizar la *posición moral* de Estados Unidos. Pero, cueste lo que cueste y a riesgo de desestabilizar el principio mismo de una defensa liberal y anticomunista de los derechos civiles (será retomada por varios líderes del movimiento afroamericano),[75] el eje Este-Oeste debe *integrar* el eje Norte-Sur de las potencias coloniales europeas (y de sus satélites) que cada vez se cierran más sobre África. Se temen tanto más los peligros de una «independencia prematura» cuanto que los intereses económicos norteamericanos están crecientemente comprometidos en ese continente. Entre otros méritos, la guerra de Corea permitirá poner fin al tímido y estratégico reformismo racial de la administración norteamericana,[76] después de que hubiera prohibido la discriminación en las fuerzas armadas (julio de 1948),[77] que tendrán que volver a movilizarse en nombre de los ideales

---

[74] «Debemos corregir las últimas imperfecciones que todavía presenta nuestra práctica de la democracia», afirma Truman en su discurso sobre los derechos civiles del 2 de febrero de 1948. Truman no había encontrado a alguien mejor que Charles E. Watson, presidente de General Electric, para presidir el comité encargado del asunto de los derechos civiles.

[75] Incluso Walter White, secretario ejecutivo de la National Association for Advancement of Colored People (NAACP), cuyo libro se ha mencionado anteriormente. Como consecuencia de ello, Du Bois renuncia a la NAACP en 1948.

[76] Truman se había negado, por ejemplo, a que el gobierno federal asumiera una propuesta de ley antilinchamiento.

[77] «President's Committee on Equality of Treatment and Opportunity in the Armed Service». El proceso continúa hasta mediados de los años cincuenta. El ejército se transforma entonces en el laboratorio de integración de una sociedad dividida por la segregación.

de libertad de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En el sentido más norteamericano del término, es la representación «liberal» de Cípselo. Será contemporánea al giro anticomunista de la mayor parte del mundo sindical y del abandono de su agenda cívica e internacionalista en favor de la adhesión al Plan Marshall.[78] En el Sur, y en Alabama en particular, un año después de haber asumido el Plan Marshall, la CIO se había encargado de disciplinar las delegaciones sindicales más radicales con la ayuda de elementos cercanos al KKK. El problema entonces ya no es la segregación racial, sino los movimientos de protesta negros, que se vuelven una amenaza para la «seguridad nacional».[79]

Desde mediados de los años cincuenta, transmitida por unos esfuerzos de comunicación incansables para modelar la *percepción mundial* del problema racial en Estados Unidos (Voice of America, programas de los «*Cultural Affairs, Psychological Warfare, and Propaganda*»), la representación bipolar solo será interrumpida por el ascenso y la radicalización del movimiento de los derechos civiles (*Montgomery Bus Boycott*, 1955). Coincidiendo con el nacimiento del movimiento de países no alineados (conferencia de Bandung, 1955) y con una nueva ola anticolonialista (Ghana, Argelia, Congo, Guinea), este movimiento tomará el relevo de las luchas obreras continuando la guerra de clases en la vertiente de *underclass*, primero en el Sur y luego en todo el territorio.[80] El año 1960, en Nueva York, durante la asamblea plenaria de Naciones Unidas, Castro establece una alianza con Malcom X contra el «poder blanco», poniendo al conjunto del Tercer Mundo en la balanza de la insurrección afroestadounidense.

«En Estados Unidos, los negros mantienen una relación colonial con la sociedad en general», declara algunos años más tarde Stokely Carmichael, en nombre del Student Non-Violent Coordinating Committee (SNCC),[81] y a modo de explicación acerca de la ola de disturbios que no cesan. En este punto, Stokely retoma, después de Martin Luther King, el gran tema

---

[78] Durante su discurso en la Convención de la CIO en 1947, el Secretario de Estado Marshall había relacionado explícitamente el apoyo al plan de ayuda y la expulsión de los elementos «subversivos» del sindicato. Lo que se realizará con las purgas anticomunistas de 1949. El anticolonialismo solo es tolerado a condición de alinearse con la «política extranjera» de la Guerra Fría.

[79] George Kennan, por ejemplo, integra explícitamente en 1952 la cuestión racial dentro de la «seguridad nacional».

[80] En 1960, el 41 % de la población negra de Detroit estaba desempleada y se veía escasamente beneficiada por un *welfare* cuyas aplicaciones restrictivas apuntaban sobre todo a «mantener al "ejército de reserva" de los *underclass* explotables.

[81] Citado por Thomas Borstelmann, *op. cit.*, p. 205. Véase el discurso en homenaje a Stokely Carmichael pronunciado por C. L. R. James en 1967 en Gran Bretaña (donde el activista tuvo prohibida la entrada), *cf.* «Black Power», en C. L. R. James, *Sur la question noire aux États-Unis*, *op. cit*.

de la colonización interna lanzado por Frantz Fanon (que curiosamente nunca es citado por Foucault) y lo presenta en su variante del Black Power. Para toda la generación del *baby boom* y para el movimiento estudiantil en particular, el asunto de la colonización interna es el instrumento fundamental de la rehistorización y la repolitización del racismo, que más allá de su gestión «policial», solo había sido tomado en cuenta por el «sistema» al margen del análisis de las competencias individuales del «capital humano», antes de ser sometido a un enfoque puramente economicista en términos de «coste-beneficio».[82] Elaborados en la urgencia de un reformateo político (y electoralista) de esta última, los programas antipobreza de los años Kennedy-Johnson (la «*Great Society*») solo se ocuparán de los efectos más amenazantes de *la guerra contra los pobres*.[83] Sin tocar la mecánica de la formación de guetos de la que se alimenta el racismo ordinario inherente a las supuestas «deficiencias morales» de la comunidad afroestadounidense, se mejorarán sus condiciones de subsistencia (Aid to Families with Dependent Children [AFDC]), mientras se busca desactivar la «acción directa [*direct action*]» y bloquear la crítica de la economía (bio-)política de la potencia imperialista norteamericana a través de los activistas, «integrándolos» en la máquina de distribución local de las ayudas sociales («*community action*» que apunta a obtener la «participación» social de los pobres, cuya aplastante mayoría es negra). Los portavoces de la causa afroestadounidense, en la inmediata posguerra, ¿no se habían visto en la obligación de abandonar la crítica del capitalismo a favor de un discurso *gradualista* más «domesticado» y más acorde a la cruzada de la libre empresa? Porque la Guerra Fría y el macartismo se encargaron de acabar con las grandes voces del anticolonialismo de los años cuarenta (Du Bois, Robeson, Hunton...).

Lo que también explica que la renovación internacionalista del anticolonialismo característico de los años sesenta coincidiera con el «retorno», al primer plano, de los expulsados del *welfare* (Welfare Rights Movement) y de todos los reprimidos por el *American way of life*. Recordemos la película de Stanley Kubrick, *Doctor Strangelov*e, que hacía descarrilar el principio de realidad masculino blanco de la Guerra Fría al arremeter contra el consenso doméstico en su vertiente más sexuada.

Resumamos intentando relacionar este momento crítico de la Guerra Fría. El «sujeto» de la Guerra Fría no es otro que el capitalismo globalizado que, en su constitución militar financiera, se confunde con la máquina de guerra del capital. Es esta, en la posguerra, la que transforma el control de

---

[82] Gary Becker, *The Economics of Discrimination,* Chicago, University of Chicago Press, 1957.

[83] Son los programas de lucha contra la «delincuencia juvenil» y las *gangs* elaborados a comienzos de los años sesenta, los que motivan lo esencial de las medidas asociadas a la «*Great Society*».

la moneda y de la potencia militar en los dos instrumentos primordiales de la dominación estadounidense, y que inaugura lo que llamaremos la Edad de Oro del capitalismo, empezando por «darle un tremendo susto al pueblo norteamericano» (tal como dice el entorno de Truman respecto de la verdadera finalidad de su intervención sobre Corea). La iniciativa tiene como objetivo una «reestructuración sistemática y deliberada de la sociedad civil»[84] que, en sí misma, es indisociable de los nuevos procedimientos de regulación (de clase), control y división (racial, sexual) del *welfare*. A modo de «New Deal para el mundo», es su *containment* a través de la Guerra Fría la que determina un régimen de biopoder tal que el complejo militar-industrial adquirirá un sentido *nuclear* que podríamos denominar, literalmente, «*militar-vital*».[85]

Lo que es doblemente confirmado por la realidad de la contención de la guerra racial en la Guerra Fría *at home* («domesticación del anticolonialismo») *and abroad* («los negros son estadounidenses»), y por el fracaso de la iniciativa en el horizonte de la guerra de Vietnam («una guerra con dos frentes») que da lugar a una insurrección civil donde todas las facetas de la *descolonización interna* serán exploradas. Algunos años antes, en plena era Kennedy, una marcha de 50.000 mujeres delante del Capitolio —*Women Strike for Peace*— venía a quebrar el *consenso de la reproducción* de las clases medias blancas arremetiendo contra el «rudo combatiente de la Guerra Fría que también era un afectuoso padre de familia».[86]

Recuperando la perspectiva antiguerra y el rechazo a la disciplina familiar quebrados por las primeras ofensivas de la Guerra Fría, la posición reformista de estas mujeres estaba en sintonía con el *best seller* de Betty Friedan, *La mística de la feminidad* (*The Feminine Mystique*, 1963), que nombraba en términos de «carrera» el «problema sin nombre» para liberarse de la fatalidad del trabajo doméstico (*housework*). Pero este reformismo desmitificador[87] de la condición de la mujer en el hogar iba a encontrarse

---

[84] Paul N. Edwards, «Construire le monde clos: l'ordinateur, la bombe et le discours politique de la guerre froide», en *Les sciences pour la guerre*, *op. cit.*, p. 224.
[85] Véase Michael Hardt, Antonio Negri, *Multitude*, París, La Découverte, 2004, p. 60. Pero la Guerra Fría, desde el punto de vista de Hardt y Negri, es demasiado «estática» y «dialéctica» para volverse «productiva» en un sentido ontológico [ed. cast.: *Multitud*, Barcelona, Editorial Debate, 2004].
[86] Elaine Tyler May, *op. cit.*, p. 208. Se trata de la marcha de las mujeres del 1 de noviembre de 1961. Sobre la fagocitación de las movilizaciones por la paz de las organizaciones de mujeres por parte del gobierno norteamericano (y la represión de las militantes y de los grupos refractarios), véase Helen Laville, *Cold War Women. The International Activities of American Women's Organization*, Mánchester, Manchester University Press, 2002.
[87] J. Edgar Hoover, en su discurso ante el National Council of Catholic Women de 1956, fingió dirigirse a las «*career women*». Y explica: «Hablo de mujeres "de carrera"

rápidamente enfrentado a la reapropiación feminista de la guerra de clase en su vertiente *más negra*. Es toda la importancia de la movilización de las madres beneficiarias de las ayudas sociales, que confirma el hecho de que el auge del activismo feminista se cruzará, a partir de la mitad de los años sesenta, con el de los movimientos de liberación negros y sus luchas en el frente económico.[88] En efecto, «quienes, lideradas por mujeres afroamericanas inspiradas a su vez en el Movimiento por los Derechos civiles, se movilizaron para exigir un sueldo al Estado por el trabajo que suponía criar a sus hijos».[89] «Las mujeres, incluso cuando no trabajan fuera de su hogar, son *productoras vitales*», explicaban Mariarosa Dalla Costa y Selma James en su manifiesto de 1972. «La mercancía que ellas producen, a diferencia de todas las demás, es propia del capitalismo: el ser humano vivo, "el trabajador mismo" (Marx), cuyo condicionamiento consumidor refuerza todavía la *producción social* de la familia y el *poder social* de las mujeres».[90] Por medio de esta inversión total de la filosofía doméstica de la Guerra Fría, el tema de la «fábrica social» se ve singularmente desplazado en la medida en que las relaciones sociales no pueden transformarse *efectivamente* en relaciones de producción sin inscribir la cuestión de la *reproducción social* en el corazón del sistema, que de esta forma se ve apuntado al corazón… por las organizaciones feministas como Wages for Housework. En este punto, es particularmente interesante que Selma James insista en el origen norteamericano del movimiento y en su estrategia de guerra de clase inspirada en las luchas de los negros *que redefinen el sentido mismo de la clase proyectándose en la lucha de clases «más avanzada»* («*the most advanced working-class struggle*»), *dentro y, sobre todo, fuera de la fábrica*. En detrimento de la asimilación, demasiado fácil, del movimiento a una versión feminista de la autonomía italiana respaldada por la firma conjunta del manifiesto con Mariarosa Dalla Costa y la puesta en marcha de la campaña internacional por el salario doméstico en Padua, durante el verano de 1972.[91]

---

porque, desde mi perspectiva, ninguna carrera es tan importante como la de construir un hogar y criar a los hijos» (citado por Elaine Tyler May, *op. cit*., p. 132). El discurso se titulaba «Crime and Communism».

[88] Véase Frances Fox Piven, Richard A. Cloward, *Poor People's Movements. Why They Succeed, How They Fail*, *op. cit*., cap. 5. El capítulo se abre con la «miopía» de las historias del movimiento de los derechos civiles frente a este componente económico que sobredetermina, sin embargo, los disturbios de 1964-1968.

[89] Silvia Federici, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, traducción de Carlos Fernández Guervós y Paula Martín Ponz, Buenos Aires, Madrid, Tinta Limón y Traficantes de Sueños, 2018, p. 18.

[90] Selma James, *The Power of Women and the Subversion of the Community* (1972), retomado en *Sex, Race and Class*, *op. cit*., pp. 50-51.

[91] Véanse las diferentes aclaraciones de Selma James con motivo de las reediciones de *The Power of Women and the Subversion of the Community*, *op. cit*., pp. 43 y ss. Dicho esto (y habiéndolo recordado), reconocemos plenamente que hay que seguir actuando

Los bastidores del *American way of life*

Sinónimo de democracia *versus* totalitarismo, la promoción del *American way of life* es puesta en el centro de la *declaración de Guerra Fría* por el presidente Truman cuando explicita los retos histórico mundiales del nuevo conflicto: «En el momento presente de la historia mundial, toda nación, o casi, debe elegir entre dos formas de vida que se excluyen mutuamente».[92] Lo que sería bastante trivial (y solo dependería de la continuación de la guerra total) si esta «vida» no movilizara a la guerra de subjetividad en una forma nueva de gubernamentalidad, inscribiendo a la *social engineering* de la psicología de masas de la democracia militar industrial bastante más allá del *containment* cultural del «comunismo», tan apreciado por la guerra de propaganda de la emisora internacional Voice of America. *At home* y *abroad*, la ingeniería psicosocial se transforma en el vector de la economía de control a través del consumo integrado en la revolución tecnológica permanente del complejo militar-industrial científico-universitario y en el mercado. Ambos son garantes de la democracia política del Capital: «a la vez seguridad y desafío» de lo que puede ser presentado como un «capitalismo del pueblo» (o *capitalismo de la gente*: *People's capitalism*),[93] inevitablemente opuesto a las llamadas democracias «populares» (o democracia del pueblo: *People's democracy*)[94] porque la primera producción de la Guerra Fría es la producción de un *pueblo del capitalismo*. Al aludir al comunismo «imperialista» y «totalitario», el presidente Truman declaraba a partir de abril de 1950, en la víspera de la guerra de Corea: «Por encima de todo, se trata de una lucha por la conquista

---

en ambos frentes a la vez para dar cuenta de la importancia del encuentro entre el movimiento norteamericano y el movimiento italiano (sin controversia posible, la lucha de clases más «avanzada» en Europa).

[92] Declaración del presidente Harry S. Truman del 12 de marzo de 1947.

[93] «People's Capitalism» es el título de una «campaña por la verdad» lanzada en 1955-1956 por un consejero del presidente Eisenhower, Theodore S. Repplier, que tomará la forma de una exposición internacional. Será presentada en América del Sur y en Ceylán. Véase Laura A. Belmonte, *Selling the American Way. U.S. Propaganda and the Cold Wa*r, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2008, pp. 131-135. La cita «security and challenge in the same breath» es extraída de un artículo de la revista *Collier's*, «People's Capitalism—This IS America». El tema (y la expresión) del «People's Capitalism» está en el corazón de la contribución nixoniana al *Kitchen Debate* con Kruschev.

[94] El término mismo habría sido propagado como una transformación y una inversión del papel del pueblo en la «democracia burguesa» promovida por los capitalistas de Wall Street. Del lado norteamericano, se explica que hay que reapropiarse de la palabra pueblo (*people*) «secuestrada» por los rusos: ¿no es acaso la palabra norteamericana por excelencia, que abre la Constitución de los Estados Unidos («*We, the people*») y que está en el corazón de la definición de la democracia forjada por Lincoln («government of the people, by the people and for the people»)? Véase el discurso de T. S. Repplier, 27 de octubre de 1955, citado por Laura A. Belmonte, *op. cit.*, p. 131.

del espíritu de los hombres».[95] Sin embargo, la parte más interesante de su discurso es cuando hace un llamamiento a los sindicatos *at home* para que den testimonio *abroad* de la realidad del trabajo asalariado (= trabajo libre) en Estados Unidos: «Nuestros sindicatos obreros ya han trabajado bastante para comunicarse con los trabajadores de Europa, América Latina y de otras partes. La historia de los trabajadores norteamericanos libres, contada por nuestros sindicalistas norteamericanos, entre los trabajadores de otros países, es mejor arma contra la propaganda que todos los discursos que los responsables gubernamentales podrían hacer». Pero para que los sindicatos obreros pudieran transformarse en los mejores agentes de un *People's capitalism* y que el «*labor*» ya no fuera un problema *at home*, se tuvo que expulsar a Marx de Detroit. Lo que en principio se dio por hecho con la firma del Tratado de Detroit (1950) en General Motors, que estableció la relación fordista entre producción y consumo de masas vinculando las negociaciones salariales con los aumentos de productividad; con ello, el sindicato renunciaba a todo cuestionamiento sobre el reparto entre los salarios (ajustados en función de un índice del coste de la vida) y los beneficios. Al mismo tiempo, la «productividad» se volvió el «lubricante indispensable para atenuar las fricciones entre clases y grupos», tal y como proclamaba desde 1947 el Committee for Economic Development a través de su director.[96] La revista *Fortune* podía entonces celebrar con razón este acuerdo que «tiraba por la borda todas las teorías de los salarios determinados por el poder político y de los beneficios como "plusvalía"». Además, el sindicato aceptaba el control exclusivo de los talleres por parte de la dirección (*management's control*), de quien tomaba el relevo a cambio de que la empresa contribuyera al *welfare* (cotizaciones de jubilación, seguro de salud) que de esta forma estaba en vías de *privatización acelerada* (*private welfare plan*s), no sin aumentar a la vez las disparidades del mercado laboral.[97] Simultáneamente, el poder de los trabajadores sindicalizados y de los militantes obreros era transferido a la dirección nacional del sindicato, la única que tenía poder de negociación con el *top management* de la empresa. Por lo general, la negociación se concluía con un compromiso contractual de no hacer huelga (tal y como ocurrió en General Motors, durante cinco años). Bloqueada por un productivismo corporativista semejante, donde los intereses objetivos de la clase obrera «con más garantías»

---

[95] Harry S. Truman, «Address on Foreign Policy at a Luncheon of the American Society of Newspapers Editors», 20 de abril de 1950.

[96] Citado por Charles S. Maier, *In Search of Stability: Explorations in Historical Political Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, p. 65.

[97] Véase Nelson Lichtenstein, «From Corporatism to Collective Bargaining: Organized Labor and the Eclipse of Social Democracy in the Postwar Era», en S. Fraser, G. Gerstle (dir.), *The Rise and Fall of the New Deal Order (1930-1980)*, Princeton, Princeton University Press, 1989, pp. 140-145.

tienden a identificarse con la política patronal (*business unionism*)[98] y donde los sindicatos retoman por cuenta propia la cantinela de la «seguridad» a lo largo de un keynesianismo vuelto «comercial» en detrimento de su faceta redistributiva que ya no es cubierta sino al margen de un Estado compensatorio, la paz social (*labor peace*) se afirma como el modelo de sindicalización *at home* y *abroad*. En efecto, al Plan Marshall le corresponde «vender» el Tratado de Detroit para la exportación como modelo de relaciones sociales (apaciguadas) y modo de transición de la conflictiva austeridad europea, amenazada por la revolución social, a la *sociedad de* (*control a través del*) *consumo* al estilo norteamericano. En resumen, «lo que era bueno para General Motors ahora era bueno para el mundo»,[99] dentro de un nuevo orden global que hacía depender la «reconstrucción» del desarrollo intensivo sin fronteras de la acumulación capitalística, desplegando el consumo de masas como su principio de regulación social.

Una vez que el proceso de producción es puesto bajo el control de la productividad, se supone que es la «modernización» por el consumo como colonización de la vida cotidiana la que orienta la presión social inflacionaria del «pleno empleo» hacia la aceleración de la producción y la circulación de las mercancías (por la planificación de la demanda) en la *norteamericanización del mundo*. El «New Deal para el mundo», por lo tanto, está *contenido* en la mercantilización/privatización de la «vida» que se transforma en el *sujeto* de las políticas expansivas de *containment* de la Guerra Fría, de las cuales los sindicatos se han vuelto los mejores agentes, después de que la ley Taft-Harley hiciera su «trabajo».[100] Razón por la cual la Guerra Fría fue efectivamente una «guerra psicológica», cuya modernidad se mide por el anticomunismo que habrá permitido a la (guerra de) subjetividad suplantar a la noción de (lucha de) clase. «La importancia del individuo», en el origen de los valores norteamericanos y descrita por uno de los documentos fundamentales de la Guerra Fría como «*más vital* que la ideología, carburante del dinamismo soviético»,[101] será ideológicamente traducida en términos de un *welfare de propaganda* que asocia «la

---

[98] Un año después de la fusión de los dos sindicatos, el presidente de la AFL-CIO declara en 1956: «A fin de cuentas, no hay una gran diferencia entre las cosas por las que abogo y las cosas por las que aboga el National Association of Manufacturers» (citado por Frances Fox Piven, Richard A. Cloward, *op. cit.*, p. 157).

[99] Leo Panitch, Sam Gindin, *The Making of Global Capitalism. The Political Economy of American Empire*, Londres y Nueva York, Verso, 2013, p. 84.

[100] En su artículo de 1956, «The Economic Situation in the United States as Compared with the Pre-War Period», Michal Kalecki considera que los sindicatos son «parte del montaje armamentista-imperialista» (en *The Last Phase of the Transformation of Capitalism*, *op. cit.*, p. 96).

[101] NSC-68. Informe núm. 68 del Consejo de Seguridad Nacional bajo la presidencia de Harry S. Truman (14 de abril de 1950, definitivamente aprobado el 30 de sep-

libre competencia entre empresas, el sindicalismo libre y la limitación de la intervención del Estado» con el «hecho de que en nuestra sociedad las clases se borran poco a poco [*growing classlessness of our society*]».[102] A través de esta hipérbole, la sociedad sin clases se transforma en la tendencia de una economía puesta al servicio, no del Estado, sino del pueblo, que se apropia de los beneficios del capitalismo apoyándose en las fuerzas «militantes y responsables» de los *sindicatos libres*. «En una democracia, el capitalismo utiliza sus fuerzas, no de manera negativa, para humillar a las masas o para explotarlas, sino para desarrollar la producción, para crear nuevas ideas y nuevas riquezas».[103] El mencionado *comunismo del capital* adquiere aquí el aspecto de *una conducción auto-móvil* que pone en comunicación («¡Todo comunica!», es el *leitmotiv* de *Mi tío* de Jacques Tati)[104] la esfera del trabajo, la vida doméstica y el ámbito del tiempo libre, la fábrica, la ciudad-suburbio de viviendas unifamiliares conectadas por ese «producto esencial del mercado capitalista» (Debord) que es el automóvil. Lanzado en una red de autopistas que no conoce más centro que el comercial, el automóvil no solo es el producto estrella de la sociedad-fábrica fordista (en Estados Unidos se producen 6,5 millones de unidades en 1950 —es decir, tres cuartas partes de la producción mundial—). También es el *vehículo* de la sociedad de consumo, de su aprendizaje maquínico-mental y del adiestramiento a su modo mercantil de socialización. Porque el consumo es ese valor privado por excelencia que coloniza la vida cotidiana taylorizando el espacio doméstico que se amuebla con innovaciones tecnológicas (otras tantas aplicaciones civiles de los programas de investigación y desarrollo del «complejo militar-industrial») y privatizando/financiarizando la vivienda. Pues cómo sentirse «en casa», *at home*, sin tener *casa propia*, sin hacer esa *inversión vitalicia* que intensifica la función económica con una «función aseguradora (y), por lo tanto, identitaria».[105]

Los créditos hipotecarios de «Mr. And Mrs. America»[106] toman el relevo de los créditos de consumo y del *welfare de empresa* imponiendo toda la economía del capitalismo doméstico como núcleo afectivo (centrado en

---

tiembre de 1950). Redactado por Paul H. Nitze, el informe NSC-68 lleva la marca del anticomunismo geoestratégico de la RAND Corporation.

[102] United States Information Agency Basic Guidance and Planning Paper nº 11, «The American Economy», 16 de julio de 1959, citado por Laura A. Belmonte, *op. cit.*, p. 120.

[103] United States Information Agency (USIA), *American Labor Unions: Their Role in the Free World*, citado por Laura A. Belmonte, *op. cit.*, p. 124 (las cursivas son nuestras).

[104] Véanse los excelentes análisis de Kristin Ross, *Rouler plus vite, laver plus blanc. Modernisation de la France et décolonisation au tournant des années 1960*, París, Flammarion, 2006 [1995].

[105] Ibídem, pp. 146-147.

[106] Según el título de un artículo publicado en el *Air Bulletin* del Departamento de Estado (12 de septiembre de 1947) que oficiará de rúbrica permanente para las actividades de la USIA.

la pareja, el matrimonio, los hijos, la *Family Life*) de la democracia capitalista: *Democracy Begins in the Home*, *Home Is What You Make It*, *Building Community Through Family Life.*[107] Con la melodía de «I'll Buy That Dream»,[108] la familia nuclear se transforma simultáneamente en el refugio contra la ansiedad relacionada con la amenaza nuclear soviética (*The Red Target Is Your Home*, *The Sheltered Honeymoon,*[109] etc.) y el relevo doméstico de la financiarización de la economía. ¿No habían demostrado los bancos de inversión, que ocuparon masivamente el mercado de los seguros privados, los créditos hipotecarios y de consumo, su papel «vital» en la economía real y en el desarrollo del *welfare* para todos?

El «para todos» es rebatido inmediatamente por el hecho de que el *welfare* es un *welfare de guerra civil* que solo puede producir el sistema mayoritario como motor de su axiomática reproduciendo incesantemente el sistema de discriminaciones que la multiplicación de sus axiomas procura controlar y limitar en una sucesión de *Fair Deals* y de medidas jurídico-políticas. «De esto nace una sociedad que mantiene el discurso de la abolición de las clases, pero fuertemente dividida por las fronteras raciales»,[110] que se combinan estrechamente con una guerra contra los pobres que no podrá mitigar la «guerra contra la pobreza». Declarada por Lyndon Johnson, esta será rápidamente «congelada» y después combatida por la administración Nixon en razón de sus efectos perversos: «*Workfare not Welfare*». ¿El principio mismo de la *American Fairness*, encarnado por el Economic Opportunity Act (1964), no es promover la igualdad de oportunidades («*equality of opportunity*») en detrimento de toda igualdad de *resultados*?[111] Aquí comienza una larga historia, en estas orillas norteamericanas.

Porque la discriminación racial combina la segregación laboral con la segregación habitacional desde larga data. Y de una manera tan aguda que a partir de 1946, en Detroit, se pudo observar que representaba una verdadera «bomba de tiempo», a la cual las grandes migraciones internas (de los negros del Sur hacia el Norte industrial) y el desarrollo urbano de la posguerra van a darle un giro aún más explosivo. El principio de *reacción en cadena de la pobreza* vuelve cada vez más difícil y costoso el acceso a la vivienda para la población afroestadounidense, en zonas cada vez más guetificadas, donde las condiciones de existencia sirven de repelente para toda política de integración. Es así como más de diez años después del

---

[107] Son algunos de los títulos de los boletines concebidos y distribuidos por la USIA.
[108] Canción de la película *Sing Your Way Home* y gran *hit tune* en septiembre de 1945.
[109] Con catorce días de intimidad garantizada por el refugio nuclear donde tiene lugar la luna de miel cubierta por un reportaje de la revista *Life* (10 de agosto de 1959).
[110] Elaine Tyler May, *op. cit.*, p. 11.
[111] Véase Ira Katznelson, «Was the Great Society a Lost Opportunity?», en *The Rise and Fall of the New Deal Order*, *op. cit.*, pp. 202-203.

Wagner-Steagall Housing Act (reconducido por Truman en 1949), el New Deal de la vivienda social contribuye fuertemente al *containment racial* circunscribiendo prioritariamente sus medios al desplazamiento (nuevos planes de urbanización) o al asentamiento de los negros más pobres (en los centros de las ciudades, según un principio de desarrollo urbano concéntrico que se va ampliando en función del estatus económico). Formalizado por la Escuela de Chicago, este modelo es fomentado por el privilegio a las ayudas públicas de acceso a la propiedad, el cual, por una parte, además de constituir un criterio de raza, es un criterio de clase (*black transitional neighborhoods* reservados para los obreros cualificados negros y la pequeña burguesía negra)[112] y que, por otra, pasa a ser la condición social de acceso a una ciudadanía blanca-obrera-«*middle-class*» fundada en una segregación racial de propietarios-consumidores. Esta última es impulsada por el conjunto de actores del mercado inmobiliario. «Esta es su guerra personal para salvar sus derechos de propiedad», explica un folleto, combinando el «derecho a la vida privada» con la movilización territorial contra el *open housing movement* y la legislación federal asociada con una forma insidiosa de estatización comunista de la sociedad.[113] La migración negra es descrita en términos militares, como una *invasión* («*the Negro Invasion*») en contra de la cual las asambleas de propietarios y asociaciones de vecinos implementarán verdaderas estrategias de resistencia, transformando los suburbios residenciales en el «campo de batalla» de los asuntos comunales y familiares. Las mujeres de la clase obrera blanca serán las primeras movilizadas en esta defensa de la integridad del vecindario (*the home front*), que asocia el componente racial con la «tranquilidad» de la vida familiar que ellas tienen a su cargo.[114] El control de las fronteras raciales y sexuales está alineada con esta guerra de subjetividad que solo puede fundar el nuevo modelo doméstico en la demarcación entre el interior y el exterior *integrando* el hogar, en el presente caso el de los valores del *self-contained home* (Elaine Tyler May), a la gran transformación del mundo del trabajo. Porque es la privatización «de género» de todos los valores corporativistas de la fábrica lo que a su vez apela a la *gestión doméstica* de una subjetividad nacional que suplanta, en su lógica espacial de exclusión racial y de discriminación sexual,[115] la

---

[112] Véase Thomas J. Sugrue, *The Origins of the Urban Crisis. Race and Inequality in Postwar Detroit*, Princeton y Woodstock, Princeton University Press, 2014, cap. 7.

[113] Ibídem, pp. 226-227. Un sondeo realizado en 1964 muestra que el 89 % de los habitantes del norte de Estados Unidos y el 96 % de los del sur piensan que un propietario no debería estar legalmente obligado a vender su bien a un negro si así no lo desea.

[114] Ibídem, pp. 250 y ss.

[115] Los folletos de la USIA sobre las actividades de las mujeres en Estados Unidos intentan justificar las diferencias de salarios (hombre/mujer) por medio del privilegio dado a la vida familiar: las mujeres no proyectan su educación con «un plan de carrera en la cabeza» y entran al mercado laboral «de manera periódica». Por añadidura, el *management* de la vida doméstica (el ama de casa es supuestamente «*a good manager in the*

noción de lucha de clases. Lo que también explica que Estados Unidos esté a la vanguardia de este movimiento que reemplaza la imagen-paradigma de la *sociedad-fábrica* por la «*casa modelo*» *de la sociedad suburbana*, cuya lógica de segregación de los negros *y de las mujeres* («los cómodos campos de concentración de los suburbios residenciales» señalados por Betty Friedan) se confunde con el «consumo productivo» *y reproductivo* de la modernización capitalista.

En 1954, año del fallo de la Corte Suprema que declara anticonstitucional la segregación racial en las escuelas públicas, Ronald Reagan obtiene su primer gran papel como animador de televisión del *General Electric Theater* (el programa nacional más seguido del sábado por la noche) y como Embajador de Buena Voluntad del *boulwarismo* en las fábricas del grupo.[116] Al ser electo presidente, Reagan calificará sus años en GE como un «posgrado en ciencias políticas», insinuando que Lemuel Boulware fue su verdadero mentor. Procedente del mundo de la publicidad y los estudios de mercado, Boulware es el hombre que, sin lugar a dudas, transformó el *American Business*, aunque no tanto como su conciencia de clase, al asociarle aquella del obrero norteamericano, que él redefinió (en este orden) como «inversionista, consumidor, empleado, proveedor y sostén de la familia, vecino *or more distant citizen*». En un discurso de movilización general pronunciado en la Harvard Business School el 11 de junio de 1949, Boulware revela los pormenores de su «*Job Marketing*». Después de retomar la cantinela sobre los peligros de la especie «socialista», de la cual el comunismo, el fascismo y el nazismo no serían más que variedades, las palabras se concentran en el auditorio de *businessmen*, a quienes se dirige en estos términos:

> Un pueblo realmente libre solo puede vivir bien en el plano material y espiritual allí donde es incitado al trabajo, a la creación, a la competencia, al ahorro, al interés y al beneficio. Pero debe existir una fuerza que *empuje* a los hombres a trabajar. Es decir, una incitación que les dé *ganas* de trabajar. […] ¿Qué puede hacer el *management* para promover una buena comprensión de la economía y la acción pública correcta que deriva de ella? Simplemente, debemos enseñar, predicar y practicar aquello que constituye la alternativa correcta al socialismo. […] Por lo tanto, vamos a jugar nuestro papel y a procurar que la mayoría de los ciudadanos comprendan las *realidades económicas* [*economic facts of*

---

home», es decir, todo lo contrario de una *trabajadora sin salario*) es presentado como un *hard work*.

[116] Hay abundante documentación en Thomas E. Ewans, *The Education of Ronald Reagan. The General Electric Years,* Nueva York, Columbia University Press, 2006. Elaine Tyler May reconoce en el *General Electric Theater* de Reagan el prototipo de los valores del «*model home*» promovidos por Nixon en el *Kitchen Debate.* Elaine Tyler May, *op. cit.*, p. 215.

> *life* —el subrayado es nuestro—]. Seamos audaces entonces. Tomemos —y sigamos desarrollando— el liderazgo que se espera de personas como nosotros en este trabajo patriótico.[117]

La enseñanza de esas «realidades económicas» servirá de base para una multitud de programas de educación económica («*How our Business System Operates*», «*In our Hands*», etc.) destinados a los millones de empleados de las grandes (y pequeñas) empresas. Directamente administrada por la National Association of Manufacturers y la American Economic Foudation, transmitida por un gran número de universidades que contribuyen a formar tempranamente a los oradores y a los supervisores (todos *managers*), la política de venta del *espíritu empresarial* es la que se deja adivinar detrás de esa empresa de subjetivación capitalística, cuya palabra clave es «participación». Si la participación que se busca, en primer lugar, es la de los obreros y los empleados (que serán retribuidos mediante una participación en los beneficios de la empresa), esta no se detiene en los muros de la fábrica y en las fronteras de la economía *stricto sensu*. El reto de aquello que, a comienzos de los años cincuenta, fue calificado de «segunda revolución industrial» —la revolución de las «*humans relations in industry*»— consiste entonces en sustituir la conciencia de clase por la «conciencia de empresa» vistiendo las líneas disciplinarias de división del poder económico con dispositivos biopolíticos de regulación social («*the corporate family together*»), que podrán estimular y dirigir la mutación consumidora de la reproducción en un *welfare capitalism*. Los regímenes de beneficios sociales propios de cada empresa no solamente compiten con el *welfare state* vaciándolo de su sustancia política y su historia de clase: se extienden a toda la sociedad dando lugar a la nueva industria del «ocio de empresa», acompañada de nuevas relaciones entre el lugar de trabajo, la familia y el lugar de habitación (actividades culturales dirigidas a las amas de casa, espacios deportivos para niños y adolescentes, guarderías, etc.). De lo que se trata es de integrar la economía doméstica/afectiva de la familia dentro de la fábrica y proyectar la empresa en el conjunto de los «territorios» familiares al ocupar todas las colectividades y comunidades contiguas (municipalidades, escuelas donde se organiza un importante programa de enseñanza de la economía, iglesias, asociaciones y clubes…). Con un solo objetivo: «Vender los principios de la libre empresa como fuerza real y viva», «promover la *business story* ante el público en general».[118] Es la Guerra Fría como *storytelling* que hace que la protección de las libertades individuales contra la amenaza «comunista»

[117] Lemuel Boulware, «Salvation Is Not Free», Harvard University, 11 de junio de 1949, reproducido en Thomas E. Ewans, *op. cit.*

[118] Según un documento fechado de 1946 de las Associated Industries de Cleveland, citado por Elizabeth A. Fones-Wolf, *Selling Free Enterprise. The Business Assault on Labor and Liberalism (1945-1960)*, Urbana y Chicago, 1994, pp. 160-161.

dependa de la defensa del *American Business*, erigido como garante último del «Imperio de la libertad» (según la expresión de Thomas Jefferson).

De esta forma, el «*Job Marketing*» y el «*Patriot's job*» podrán delinear los contornos indistintamente macro y micropolíticos de la cara gerencial de la Guerra Fría en su efecto fundamental de desplazamiento radical de la guerra de clases *de los vencidos* hacia la *guerra de civilización* del pueblo del capitalismo contra la esclavitud del comunismo.[119] La civilización en cuestión equivale a prohibir todo reformismo del capital que no sea producido por la «participación» de todos y todas en la socialización y la individualización de la *gente* (*people*) como fuerza de consumo reproductora del capitalismo de la guerra total, que había dotado a Estados Unidos de un poder empresarial de securización militar-industrial de vocación ilimitada.

El *business* de la Guerra Fría

Frente a la leyenda dorada del neoliberalismo norteamericano que también se origina en Detroit (el «*Hayek Project*»[120]), el capital norteamericano puso en marcha programas de reconversión masiva e intensa, estimulados por la multiplicación de las agencias federales coordinadoras de la economía de guerra total y el fantástico esfuerzo logístico al que estaba asociado (una *guerra logística* que hará que los GI norteamericanos sean tildados de «soldados del confort»: *comfort soldiers*). La militarización total de la economía dependía de la revolución logística (invención del *container*) requerida por una máquina de guerra que funciona con gasolina (con POL: *Petroleum, Oil*, *Lubricants*) y que motoriza la logística del capital sostenido por una geoeconomía del productivismo de guerra. Durante la posguerra, esta militarización va a desplegarse como una geopolítica integrada de la producción/circulación/distribución («the whole process of business» se transforma en una economía de flujos materiales y de información) a través del Plan Marshall. Será continuada mediante un rearme sin precedentes en tiempos de «paz» y la integración económica europea, que puede ser considerada como el principal éxito de «la operación de

[119] Notaremos, por cierto, que si la esclavitud es la antítesis absoluta de la democracia, es la existencia misma del pueblo-demos la que es denegada en las «democracias populares». Pues llevan tan mal su nombre que resulta difícil concebir que ellas puedan liberarse por sí mismas. Lo que le es útil a las dos «superpotencias».

[120] En efecto, después de una conferencia promocional del *El camino de servidumbre,* pronunciada en Detroit el 23 de abril de 1945, Hayek conoce a Harold Luhnow —presidente del Volker Fund—, quien financiará generosamente y unirá a las dos start-up del neoliberalismo norteamericano: la Chicago School of Economics y la Sociedad de Mont-Pèlerin, instalada en Suiza en 1947.

propaganda internacional más grande que se haya visto nunca en tiempos de paz» (David Ellwood, a propósito del Plan Marshall). Bajo la influencia norteamericana, es llevada a cabo a paso firme como una oportunidad para un imperialismo que ya no opera a través del control territorial, sino mediante la regulación del mercado, que ha sido puesto bajo su control, y a través de un mando militar integrado (OTAN).[121] En Europa, su «base» (político-militar y *logística*) será la nueva Alemania, donde *Hayek contra Keynes* se presenta a sala llena tras una reforma monetaria (junio de 1949) que supeditaba el plan de ayuda más importante de la Guerra Fría a una «disciplina social y financiera». Per Jacobson, director del Banco de Pagos Internacionales (y futuro director del FMI), podía constatar de esta forma que desde 1948 el «neoliberalismo comenzó a ganar terreno» en Europa,[122] donde la relación de fuerzas políticas estaba invirtiéndose con la ayuda de la Agencia Europea de Productividad.[123] La Agencia combina transferencias de tecnologías materiales y sociales (que cuentan con la promoción de la econometría como tecnología de control económico estadísticamente asistida[124]), administración de empresa y ciencia gerencial

---

[121] Véase Fred L. Block, *The Origins of International Economic Disorder: Study of United States International Monetary Policy from War II to the Present*, University of California Press, 1977, p. 104: «La fuerte integración de las fuerzas militares norteamericanas y europeas [...] constituye un medio para impedir que Europa, en cuanto región económica, se cierre a Estados Unidos».

[122] Citado por Leo Panitch, Sam Gindin, *op. cit.*, pp. 97-98.

[123] El Plan Marshall prevé «misiones» de productividad en Estados Unidos e intervenciones de «expertos» norteamericanos en Europa, orquestadas por la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE). La OECE fue instituida el 16 de abril de 1948 como una condición del Plan Marshall. El mismo año, en Francia, se crea un Grupo de Trabajo para la productividad dentro de la Comisaría General del Plan. Es presidido por Jean Fourastié, quien establece el «programa de trabajo francés para la productividad». En 1953, da origen a la Comisaría General para la Productividad, que de esta forma produce la síntesis de la «dialéctica del Mercado y del Plan» (Giovanni Arrighi). Ese año, la ayuda técnica norteamericana prevé un monto de 30 millones de dólares para préstamos y garantías de préstamos destinados a las empresas privadas que se comprometan a «mejorar su productividad» y a «establecer los acuerdos necesarios para una distribución equitativa de los beneficios que resulten del aumento de la producción y de la productividad entre *los consumidores*, *los trabajadores* y *los patrones*» (las cursivas son nuestras). Esta ayuda debe permitir la «financiación de proyectos susceptibles de estimular una economía de la libre empresa». La creación de las primeras escuelas de *management* será apoyada por la Agencia Europea de Productividad, que a partir de 1956 organiza estadías de formación de un año para los futuros profesores en universidades norteamericanas. Véase Luc Boltanski, «America, America... Le plan Marshall et l'importation du management"», *Actes de la recherche en sciences sociale*s, núm. 38, mayo de 1981.

[124] La econometría se desarrolla paralelamente a la investigación de operaciones, a la cual estuvo asociada a comienzos de los años cuarenta en el marco del Statistical Research Group (SRG). Este grupo dependía del Applied Mathematical Pannel (AMP) implementado por Warren Weaver. Siguiendo a Philip Mirowski, quien enseñó allí, la

promovidas por los grandes grupos industriales norteamericanos en vías de transnacionalización (*multinational networks of production and circulation*). Su modo de organización origina un nuevo tipo de empresa capitalista que anima el ciclo norteamericano de acumulación a través de la integración vertical de todas sus unidades y la internalización de sus costes de transacción (de la producción al consumo: toda una economía de la velocidad). Precipitará la neomilitarización de la economía y la privatización del *warfare* a las que da lugar la economía de guerra de duración indefinida de la Guerra Fría. Es la clave de «La potencia a largo plazo»: *Private business must run the Cold War's business.*[125] Y para seguir hablando el idioma de los vencedores, que no escriben la historia sin dar su denominación correspondiente a las nuevas «ciencias»: no hay *logística del business* (*business logistics*)[126] sin *business de la logística* de la militarización intensiva de la sociedad de (control por el) consumo.[127]

En más de un sentido, por lo tanto, la Guerra Fría es un asunto de cálculo (de costes-beneficios) *just-in-time* (JIT). En su fórmula más general, se afirma como *containerización social* de todas las guerras civiles que la atraviesan (guerras de clases, de razas y de sexos enlazadas al plano topográfico de la guerra contra los pobres), a través de la socialización intensiva de la guerra total que se reproduce y amplía por todos los nuevos medios de los cuales se ha dotado la máquina de guerra del capital en la guerra de subjetivación. La fantástica operación de semiotización (significante, asignificante y simbólica) a la que da lugar el adiestramiento doméstico para el consumo del *American way of life* como vector de la Guerra Fría es la mejor señal de la «centralidad» de la cuestión de la reproducción social. Esta ya no se centra en la «división del trabajo en la producción» (y únicamente en la guerra de clase), sino en la «división social del trabajo» ampliada al conjunto de la sociedad, que implica todos los componentes del capitalismo del *welfare*. Y es precisamente ahí donde las cosas van a desmoronarse, en el frente de una guerra de subjetivación que solo pasa por la fábrica (donde el movimiento obrero fue derrotado *como clase* con la complicidad de los sindicatos[128]) para aplicar en ella la gubernamentalidad del conjunto de la población. *Porque las grietas están en todas partes.* Es el «*crack-up*» de los años sesenta que arremete

---

Escuela de Chicago no es otra cosa que el *feedback* de las Investigaciones operacionales en la economía.

[125] «Strength for the Long Run», título de un informe de la Office of Defense Mobilization, abril de 1952.

[126] La (nueva) disciplina hace furor en Estados Unidos en los años sesenta.

[127] Véase Debora Cowen, *The Deadly Life of Logistics. Mapping Violence in Global Trade*, Mineápolis y Londres, University of Minnesota Press, 2014.

[128] Organizado en 1960 por la International Union of Electric Workers (IUE), separado de la UE en su rivalidad anticomunista, el segundo paro nacional (después del paro de 1946) en General Electric termina en un estrepitoso fracaso.

contra los pequeños y grandes relatos de la Guerra Fría hundiendo todos sus *containers*: la familia nuclear, el matrimonio y la sexualidad, el ama de casa, la educación de los niños, el consumo, el ahorro y el crédito, la *middle class*, el «factor humano» y las «motivaciones», la cultura de empresa, la disciplina de la fábrica y de la oficina, los sindicatos, el anticomunismo y el socialismo real, la resolución jurídica y/o constitucional de las guerras sociales, el racismo, la guerra imperialista en Vietnam y todas las formas de colonialismo… La economía real de la Guerra Fría se ve afectada en su principio global de endocolonización y se tambalea sobre sus bases. Unos cortos años van a separar «*The answer, my friend, is blowin' in the wind*» (*The Freewheelin' Bob Dylan*, 1963) del himno de los estudiantes de Columbia de la primavera de 1968: «*We want a revolution… NOW*». Surgido de la escena final del *Marat/Sade* de Peter Brook, el canto de revuelta de los internos del asilo de Charenton reemplaza el canto de protesta de los obreros del gran drama revolucionario norteamericano de los años treinta, *Waiting for Lefty*. La New Left ya no espera —o espera otra cosa— «*to give life a chance*». Porque solo una *crítica política de la vida cotidiana* puede «hacer la síntesis» entre el antiimperialismo, el antimilitarismo, el antirracismo, el feminismo, las luchas homosexuales, la ecología y el *underground*… compartidos por el *prairie power* de los campus, los jóvenes proletarios marginados y los negros y las negras de los ghettos en la variación de su acelerador común: «*bringing the war home*».

Para la generación nacida de la guerra y educada por la Guerra Fría, «68» será la cifra de esta revolución mundial. Es en su nombre que Silvia Federici escribe en la introducción de su libro de ensayos sobre la «reproducción»:

> Después de dos guerras, que en el espacio de tres décadas habían eliminado a setenta millones de personas, los atractivos de la domesticidad y la promesa de sacrificar nuestras vidas para producir más trabajadores y soldados para el Estado no tenían lugar en nuestro imaginario. De hecho, más que la confianza en una misma que la guerra otorgó a muchas mujeres —y que en EEUU simbolizó la imagen de Rosie la remachadora—, fue la memoria de la carnicería en la que habíamos nacido, especialmente en Europa, lo que dio forma a nuestra relación con la reproducción durante el periodo de posguerra.[129]

Las feministas marxistas del *wages for housework/salario al lavoro domestico* transforman las destrucciones de la Segunda Guerra Mundial en la razón de su primera ruptura generacional, a saber, la imposibilidad de «adoptar una posición reformadora, a diferencia de las feministas que nos habían

[129] Silvia Federici, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, *op. cit.*, p. 21.

precedido y que también criticaban la familia y el trabajo doméstico».[130] Esto nos obliga a sopesar lo que, en Estados Unidos y *just in time*, debió y supo producir el dispositivo de la Guerra Fría —*at home* y *abroad*— para suspender las perspectivas de emancipación alimentadas por medio siglo de guerra total. Hasta que la generación del *baby boom* se alce en contra de todas las condiciones de venta en el supermercado del *American way of life*.

La contraofensiva no tarda en llegar. Nixon gana las elecciones presidenciales (1968) alzando a la «mayoría silenciosa» de los «norteamericanos olvidados», en la cual se reconoce masivamente la clase obrera protegida blanca, contra las «minorías». Impulsada por un populismo anti New Deal (el «*white backlash*») que se apodera de buena parte de las ciudades industriales y de los antiguos bastiones demócratas (entre los cuales Nueva York, en plena crisis fiscal), la reanudación de la iniciativa capitalista va a pasar, una vez más, por la moneda como respuesta a la crisis (con presión por el aumento de los salarios) y la guerra cívica/civil que no cede. En la escena internacional, el escenario es igual de crítico. El tercer mundo, después de Vietnam, gana una autonomía cada vez menos negociada con la potencia dominante del condominio de la Guerra Fría, que también pierde terreno en Europa. El abandono de la convertibilidad dólar-oro y las medidas de desregulación de los movimientos de capitales que le están asociados imponen la fórmula mágica «1$ = 1$». Tautología perfecta de la moneda-mundo, la fórmula tiene el poder de arrojar el mercado (liberado de las tasas de cambio fijo) dentro de la financiarización global de la economía bajo el *control transnacional norteamericano*, con la cual se asocia históricamente el neoliberalismo. Reagan podrá transformar a Estados Unidos en la nación deudora del mundo, que financia su estratosférica deuda contribuyendo a la última escalada de la Guerra Fría (llevada hasta las estrellas por el programa de Iniciativa de Defensa Estratégica). La URSS no podrá seguir el ritmo. *The game is over*.

[130] Ibídem.

XI
CLAUSEWITZ Y EL PENSAMIENTO DEL 68

Después de la Segunda Guerra Mundial y la eliminación de las fronteras entre tiempos de guerra y tiempos de paz, los movimientos revolucionarios siguen dependiendo de la teorización y de la práctica leninista en su comprensión de la nueva relación entre «guerra y capital». Al volcar el ciclo de las luchas que atravesaron los años sesenta dentro de esta gramática obligada, la hipótesis revolucionaria no conseguirá pensar la guerra a la altura del acontecimiento del «68» que ponía en contacto todas las partes del mundo con aquello que fue denominado «guerra civil fría».[1]

Problematizar la guerra y su relación con el capital ha sido un ejercicio obligado para todos los revolucionarios. Ahora bien, de Lenin a Mao, de Mao al general Giap y a la guerra de Vietnam, la relación estratégica y táctica pasa por la obra de Clausewitz.

En la primavera de 1915, Lenin leyó y anotó cuidadosamente la gran obra del Mayor General prusiano, *De la guerra* (*Vom Kriege*), que él considera como «uno de los más grandes historiadores militares». Exagerando un poco, Carl Schmitt considera estas notas como «uno de los documentos más extraordinarios de la Historia universal y espiritual».[2]

Lenin encuentra una confirmación de la teoría marxista en la famosa «fórmula» de Clausewitz. «Aproximación al marxismo», escribe al margen de su ejemplar: ¿Marx y Engels no consideraban acaso «toda guerra como la prolongación de la política de las potencias»? Todavía era necesario que la lucha de clases se transformara en el verdadero motivo de la guerra. La «política», por lo tanto, no puede ser reducida a la política del Estado que representa los intereses de toda la sociedad (el interés general), como creía Clausewitz (y aquellos que llamaremos social-traidores de la II Internacional). Pero en la medida en que la revolución se desarrolla en el seno de las «guerras imperialistas», la función y el desarrollo de estas últimas pueden ser reconducidos dentro del marco trazado por Clausewitz. La

[1] Véase André Fontaine, *La Guerre civile froide*, París, Fayard, 1969.
[2] Carl Schmitt, *Teoría del partisano*, *op. cit.*, p. 72.

síntesis de Marx y de Clausewitz también está presente en los opúsculos sobre *la autodeterminación de los pueblos*: «Una guerra se vuelve nacional, incluso en la época del imperialismo, tan pronto como un pueblo, pequeño o grande, combate por la libertad».[3]

Desde el punto de vista de Lenin, lo más importante es que, con la guerra, «las relaciones políticas formadas históricamente entre los pueblos y las clases» no se interrumpen, se prosiguen, se continúan por otros medios. La guerra de 1914 es, por lo tanto, una guerra imperialista. En cuanto a la «guerra irregular» llevada a cabo por la clase obrera, podrá ser prolongada e intensificada como movimiento insurreccional a través de la teoría clausewitziana de la «guerra pequeña» (guerra de partisanos, guerrilla) y de los «medios de defensa», que son otros tantos *tipos de resistencias*. Es comprensible que las referencias a Clausewitz no cesen hasta la toma del poder (y más allá, durante la guerra civil).

Los escritos «militares» de Mao Tsé Tung y, en particular, *Sobre la guerra prolongada* (1938), que llegó a ser un clásico del marxismo-leninismo sobre el tema de la guerra, dan lugar a numerosos desarrollos que remiten a Clausewitz. Pero Mao remite a los folletos de Lenin y no cita nunca directamente *De la Guerra*. El capítulo «La guerra y la política» se abre, en el punto 63, con la fórmula «La guerra es la continuación de la política». La fórmula es completada en el punto 64: «La guerra es la continuación de la política por otros medios». Solo muy recientemente, con la publicación de los cuadernos donde Mao tomaba nota de sus lecturas, se pudo establecer con certeza que había leído el tratado en 1938 y que incluso había organizado un seminario en torno al libro, en el que participaron altos dirigentes del Partido Comunista.[4] Por lo esencial, sin embargo, Mao retoma la interpretación leninista de Clausewitz, otorgándole un sentido más militante, sin separar nunca acción política y acción militar. La guerra está estrictamente subordinada a la política («*No es posible separar la guerra de la política ni un solo minuto*»), la política se objetiva en una política revolucionaria de «clase» que permite diferenciar «guerras justas» y «guerras injustas». El principio supremo de la estrategia maoísta se basa en la *dialéctica* ofensiva/defensiva que privilegia el ataque en la defensa (esencialmente nacional y popular) para obtener éxitos tácticos de «aniquilación de las fuerzas del enemigo».

---

[3] Según el resumen propuesto por Raymond Aron, en *Penser la guerre, Clausewitz, t. II: L'âge planétaire*, París, Gallimard, 1976, p. 75 [ed. cast.: *Pensar la guerra, Clausewitz. La edad planetaria*, tomo II, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales, 1988].
[4] Véase T. Derbent, «Clausewitz, Mao et le maoïsme», 2013, disponible en www.tderbent.org/articles/MaoClaus.pdf.

En sus memorias, el general Giap cuenta que entre la batalla de Hanói y la de Diên Biên Phu, su esposa y su secretario personal le leían pasajes del tratado:

> Al escucharlos, a menudo tenía la impresión de que Clausewitz estaba sentado frente a mí disertando sobre los acontecimientos en curso […]. Me gustaba particularmente el capítulo titulado «Ejército y pueblo: base de la victoria». […] Su teoría correspondía a lo que preconizaban nuestros ancestros: afrontar con medios propios a un adversario superior en número y armas. Algunos autores militares discutieron acerca de la «guerra pequeña» utilizando pequeñas fracciones capaces de pasar por todas partes, de aprovisionarse por sí mismas, de desplazarse rápidamente […] ¿Todo lo que habíamos hecho hasta el momento no se parecía, en parte, a la «guerra pequeña»?[5]

Fortalecidos por las victorias vietnamitas sobre la Francia colonial (1954) y la máquina de guerra estadounidense (1975), los movimientos revolucionarios de las décadas de 1960 y 1970 no hacen más que retomar los logros de las revoluciones soviética y china, cada vez que incluyen las luchas por la independencia nacional («el FLN vencerá») dentro de la política revolucionaria de la «guerra del pueblo» (la *Volkskrieg* se afirma: «La guerra del pueblo es invencible»). La guerra, por lo tanto, puede seguir siendo comprendida dentro del marco del pensamiento clausewitziano, que se traduce en una dialéctica de clase que primero encontró una aplicación en la «guerra imperialista» como guerra civil interestatal (Lenin), y que seguía su curso por el Yangtsé (el pensamiento de Mao Tsé Tung: «El imperialismo es un tigre de papel»).

Así pues, en los años setenta, no son los «revolucionarios de profesión» quienes van a iniciar una problematización renovada de la guerra. Mientras florece el discurso de la «crisis» (en la era termonuclear «la hora de la verdad le corresponde a la crisis, no a la guerra»), al que solo parece oponérsele un discurso sobre la «guerra prolongada» que retoma la antigua cantinela maoísta de la «estrategia clausewitziana generalizada»,[6] será Foucault, por una parte, y Deleuze y Guattari, por otra, quienes producirán una ruptura radical en el modo de concebir la guerra en su relación constituyente con el capitalismo. Como un ejemplo bastante único del pensamiento crítico de la época, ellos retoman la confrontación con Clausewitz para invertir la famosa fórmula: la guerra *no es* la continuación de la política (que fija sus fines), al contrario, la política es un elemento, una modalidad estratégica del conjunto

---

[5] Citado por T. Derbent, *Giap et Clausewitz*, Bruselas, Aden, 2006, p. 47.

[6] Véase André Glucksmann, *Le Discours de la guerre*, París, UGE, 1974, p. 389 («Autour d'une pensée de Mao Tsé-Toung») [ed. cast.: *El discurso de la guerra*, Barcelona, Anagrama, 1969].

constituido por la guerra. La ambición del pensamiento del 68 se afirma en el proyecto de no transformar la inversión en una simple permutación de los términos. Se trata de elaborar una crítica radical de los conceptos de «guerra» y «política» tal y como los presupone la fórmula de Clausewitz: la guerra *es/no es más* que la continuación de la política por otros medios.

Según su perspectiva genealógica, Foucault busca fundar las razones de esta inversión en una reconstrucción estratégica de lo que Marx llama acumulación originaria y se aventura muy tímidamente en la época de las llamadas guerras «totales», a diferencia de Deleuze y Guattari, quienes se ocupan frontalmente de la relación entre la guerra y el capitalismo en el siglo XX y, de manera privilegiada, después de la Segunda Guerra Mundial.

Distinción y reversibilidad del poder y de la guerra

El pensamiento del 68, por lo tanto, produjo dos versiones diferentes pero complementarias de la inversión de la fórmula que desplazan radicalmente el punto de vista clausewitziano, centrado en el Estado. Foucault aborda la fórmula a partir de una problematización absolutamente nueva de la cuestión del poder, mientras que Deleuze y Guattari realizan su inversión a partir de un análisis de la naturaleza de los movimientos del capital.

Probablemente, Foucault es quien ha ido más lejos en su confrontación con Clausewitz, pero también es el que más dudó al multiplicar, de manera a menudo contradictoria, las versiones de la inversión. A partir de 1971, a pesar de un importante declive, la guerra vuelve a aparecer sistemáticamente en su trabajo, con intensidades diferentes, hasta el final de su vida. Es la *parresía* militar y guerrera del Cínico —«el filósofo en guerra»— en el último curso de 1984 que el filósofo tituló *El coraje de la verdad*. Sin embargo, la crítica foucaultiana es prácticamente unánime: si Michel Foucault efectivamente «trató» de convertir la guerra en la matriz de las relaciones de poder entre 1972 (*La sociedad punitiva*) y 1976 (*Defender la sociedad*), el proyecto será definitivamente «abandonado» más adelante, en favor del ejercicio del poder a través de la «gubernamentalidad».

Entre 1971 y 1976, Foucault problematiza la inversión de la fórmula de Clausewitz restituyendo la realidad de la «guerra civil» como la condición de inteligibilidad efectiva de las relaciones de poder. La renovación de la cuestión del poder a la cual se entrega cuando concibe la política como una continuación de la guerra es emprendida, de esta forma, a partir de «la más desprestigiada de las guerras, […] la guerra civil». Ella es la matriz de todas las estrategias del poder y, por consiguiente, también de todas las luchas contra el poder.

La inversión de la fórmula de Clausewitz se acompaña con una toma de distancia respecto de tres concepciones clásicas de la guerra. «Ni Hobbes, ni Clausewitz, ni lucha de clases», escribe Foucault en una carta de 1972.[7] A diferencia de Hobbes, para quien nunca es cuestión de guerras reales,[8] el poder no surge después de la guerra civil, no reemplaza al conflicto como su pacificación; inversamente, la guerra civil tampoco es el fruto de la disolución del poder. La guerra civil es «el estado permanente» del capitalismo. La guerra civil entonces no tiene nada que ver con la ficción hobbesiana del individualismo exacerbado de la «guerra de todos contra todos» proyectada en el estado de naturaleza. Por el contrario, siempre se trata de enfrentamientos entre entidades colectivas calificadas, es decir: «La guerra de los ricos contra los pobres, de los propietarios contra quienes no poseen nada, de los patrones contra los proletarios».[9] Lejos de ser ese momento de desagregación atómica que requiere la intervención de una mediación constitutiva y pacificadora (el soberano como principio instituyente del cuerpo social), la guerra civil es el proceso mismo a través del cual se construyen las nuevas colectividades y sus instituciones. Esta guerra no se limita a ser la expresión de un poder constituyente temporalmente limitado, porque está en constante funcionamiento. La división, el conflicto, la guerra civil, la *stasis* estructuran y desestructuran el poder, forman «una matriz dentro de la cual los elementos del poder actúan, se reactivan, se disocian».[10]

La monarquía absoluta y el liberalismo coinciden en la obligación de negar la existencia de la guerra civil para afirmar al sujeto jurídico y/o al sujeto económico. «La afirmación de que la guerra civil no existe es uno de los primeros axiomas del ejercicio del poder».[11] La economía política es la «ciencia» por excelencia de esta negación. Pretende ser una doble negación, negación de la guerra y negación de la soberanía: el interés económico y el egoísmo individual remplazan a las pasiones guerreras, mientras que la autorregulación de la mano invisible vuelve inútil y superfluo al soberano. En la ideología liberal, el capitalismo no necesita ni a la guerra ni al Estado.

La guerra civil foucaultiana tampoco podría encontrar un lugar en la guerra interestatal de Clausewitz, porque es irreductible a la guerra como puro acto de soberanía e instrumento del equilibrio entre los Estados

---

[7] Cit. por Daniel Defert, «Chronologie», en *Dits et écrits*, t. I, *op. cit.*, p. 57.
[8] Con la «guerra de todos contra todos», «estamos en el teatro de las representaciones intercambiadas, en una relación de temor que es una relación temporalmente indefinida; no estamos realmente en la guerra», explica Foucault en el curso en el Collège de France de 1976. Véase *Defender la sociedad*, *op. cit.*, pp. 89-90.
[9] Michel Foucault, *La sociedad punitiva*, *op. cit.*, p. 40.
[10] Ibídem, p. 49.
[11] Ibídem, p. 28.

europeos. Es simultáneamente el objeto y el sujeto de la microfísica del poder y de la macrofísica de las poblaciones: «El ejercicio cotidiano del poder debe poder considerarse como una guerra civil: ejercer el poder es en cierta manera librar la guerra civil y todos esos instrumentos, las tácticas que pueden señalarse, las alianzas, deben ser analizables en términos de guerra civil».[12] A pesar de que el punto de vista de Clausewitz es aquel del Estado (de ahí que siempre sea posible hegelianizar el Tratado), lo que Foucault se propone continuar en la inversión de la fórmula es su crítica radical: el Estado no es el origen ni el vector de las relaciones de poder. Esquivar al Estado, desinstitucionalizar y desfuncionalizar las relaciones de poder sustituyéndolas por relaciones estratégicas y tácticas es constitutivo del método foucaultiano.[13]

Lo que se hará en dos etapas. Foucault comienza por señalar los límites históricos de la conceptualización clausewitziana, que tiene su origen en la tradición europea del «derecho de gentes» y su marco histórico en «la guerra del Estado, de la razón de Estado». Al enunciar su fórmula («la guerra es la continuación de la política por otros medios»), Clausewitz «no hará otra cosa que constatar una mutación ya vigente en los hechos desde comienzos del siglo XVII, [con la constitución] de la nueva razón diplomática, la nueva razón política surgida a raíz del Tratado de Westfalia».[14] Por lo tanto, Clausewitz conceptualiza a su manera la expropiación y la captura de las diferentes máquinas de guerra que asolaban la época feudal (la «guerra privada») por parte del Estado, mediante su centralización y su profesionalización en un ejército. El Estado *estatiza la guerra*, conduce la guerra al exterior de sus fronteras para aumentar su potencia de Estado, en un marco regulado por la constitución del derecho internacional gracias a la iniciativa de los Estados europeos. «También aquí vemos que el principio de Clausewitz […] tuvo un soporte, un soporte institucional preciso que fue la institucionalización de la dimensión militar», es decir, la existencia de un «dispositivo militar permanente, costoso, importante e

---

[12] Ibídem, p. 50.

[13] La explicación que da Foucault es particularmente interesante para nuestro planteamiento: «Ejemplo del ejército: puede decirse que el disciplinamiento del ejército se debe a su estatización. Se explica la transformación de una estructura de poder en una institución por la intervención de otra institución de poder. El círculo sin exterioridad. Siendo así que este disciplinamiento puesto (?) en relación], [no] con la concentración estatal, sino con el problema de las poblaciones flotantes, la importancia de las redes comerciales, las invenciones técnicas, los modelos [*varias palabras ilegibles*] gestión de comunidad, toda esa red de alianzas, apoyos y comunicaciones constituye la "genealogía" de la disciplina militar. No la génesis: filiación». Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, p. 145, nota.

[14] Ibídem, p. 348.

instruido en el seno mismo del sistema de la paz».[15] Pero en esta paz en la que reina la organización de los Estados y la estructura jurídica del poder, esta paz en la que «la guerra es expulsada a los límites del Estado, centralizada a la vez en su práctica y reprimida en su frontera», sigue resonando una guerra sorda que «en el momento mismo de esa transformación (o tal vez inmediatamente después)» es objeto de un discurso «muy diferente del discurso filosófico jurídico que solía tener vigencia hasta ese entonces. *Y ese discurso histórico político* [sobre la sociedad] *que aparece en ese momento es* […] *un discurso sobre la guerra entendida como relación permanente, como fondo imborrable de todas las relaciones y todas las instituciones de poder*».[16] El poder político entonces no comienza cuando cesa la guerra, a la cual él pone término; la guerra es el motor de las instituciones y del orden *político y es la que debe (re)convertirse en el analizador de las relaciones de fuerza*. De ahí a lo que da lugar el asunto de la inversión de la fórmula de Clausewitz: el problema ya no es invertir el principio de Clausewitz que subordina la guerra a la política, sino comprender el principio que el mismo Clausewitz invirtió a favor del Estado.[17]

Si a mediados de los años setenta, Foucault es «extrañamente cercano» al marxismo en varios sentidos, no por eso deja de señalar su debilidad estratégica.[18] En el concepto de lucha de clase, los marxistas hacen énfasis en la clase, en lugar de enfatizar la lucha. Lo que explica la pendiente fatal que amenaza con arrastrar al marxismo hacia una sociología de las clases sociales o un economicismo de «la producción y del trabajo». Por lo que la lucha de clase, en modo alguno, es otro nombre para la guerra civil foucaultiana. Esta última es una «guerra civil generalizada» irreductible únicamente a la relación capital/trabajo. Concierne a la sociedad en su conjunto, implica una multiplicidad de «sujetos», ámbitos, saberes. En primer lugar, es una «guerra de subjetividades» porque es irreductible a

---

[15] Ibídem, p. 353.

[16] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 54 (clase del 21 de enero de 1976) (el subrayado es nuestro). Habremos notado que este primer discurso sobre la «sociedad» dice lo contrario al discurso liberal sobre la «sociedad civil» que eclipsó completamente al primero en *Nacimiento de la biopolítica*.

[17] Ibídem, p. 53.

[18] Según la fórmula de Étienne Balibar, «Foucault et Marx. L'enjeu du nominalisme», en *Michel Foucault philosophe. Rencontre internationale* (París, 9, 10, 11 de enero de 1998), París, Seuil, 1989, p. 68. Balibar señala perfectamente que «la "disciplina" y el "micropoder" representan, simultáneamente, la otra vertiente de la explotación económica y la otra vertiente de la dominación jurídico-política de clase, de la cual ellos permiten pensar la unidad: es decir, ellos se insertan exactamente en el punto de "cortocircuito" operado por Marx entre lo económico y lo político, la sociedad y el Estado, en su análisis del proceso de producción (permitiéndonos así conferirle la consistencia de una "práctica")».

la constitución dialéctica, «a través de la historia, de un sujeto universal, una verdad reconciliada, un derecho en el que todas las particularidades tendrán por fin su lugar ordenado» al final de una lógica más totalizante que contradictoria. «Me parece que la dialéctica hegeliana y todas las que la siguieron», concluye Foucault, «deben comprenderse como la colonización y la pacificación autoritaria, por la filosofía y el derecho, de un discurso histórico-político que fue a la vez una constatación, una proclamación y una práctica de la guerra social».[19] La irreductibilidad de la guerra social a la lucha de clases *que la pacifica* condiciona el análisis del poder político como guerra.

Siguiendo la doxa foucaultiana, el curso de 1977-1978 (*Seguridad, territorio, población*) marcaría un desplazamiento considerable dentro del pensamiento del filósofo, que estaría caracterizado por el abandono de la hipótesis de la guerra en beneficio de la gubernamentalidad. Este desplazamiento, que moviliza lo que «querría hacer ahora» y que modificaría el título de lo que él comienza ese año,[20] en el sentido de una «historia de la "gubernamentalidad"», se completaría y tomaría una forma definitiva con el curso dictado en el Collège de France de 1978-1979: *Nacimiento de la biopolítica*. Como prueba de ello, se invoca un texto publicado dos años antes de la muerte del filósofo, «El sujeto y el poder» (1982), que vuelve a trazar todo el recorrido de su trabajo y puede ser considerado como su testamento teórico-político. En efecto, el artículo contiene afirmaciones que parecen no dejar lugar a otra interpretación más que la de un cambio radical de la «matriz general» del biopoder. «El ejercicio del poder consiste en "conducir conductas" y en arreglar probabilidades. En el fondo, el poder es menos una confrontación entre dos adversarios, o la vinculación de uno con otro, que una cuestión de gobierno».[21] La famosa definición de la gubernamentalidad como acción sobre una acción, estructuración «del campo de acción de los otros» se enlaza con el rechazo a considerar las relaciones de poder a partir del modelo guerrero (del enfrentamiento) o jurídico (que remite a la soberanía del Estado).

En realidad, Foucault establece por primera vez en este texto una distinción entre el *poder* y la *guerra*, que ya despuntaba en la *Voluntad de saber* (publicado en 1976), como conclusión de un análisis estratégico del poder («el poder […] es el nombre que se le presta a una situación estratégica compleja en una situación dada»), en el cual, de este modo, volvía a aparecer la pregunta acerca de la necesidad de invertir la fórmula de Clausewitz

---

[19] Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*, p. 63.
[20] Véase Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, pp. 135-136.
[21] Michel Foucault, «El sujeto y el poder», *Revista Mexicana de Sociología*, traducción de Corina de Iturbe, vol. 50, núm. 3, julio-septiembre de 1988, p. 15.

y decir que «la política es la continuación de la guerra por otros medios». A lo cual responde: «Quizá, si aún se quiere mantener una distancia entre guerra y política, se debería adelantar más bien que esta multiplicidad de las relaciones de fuerzas puede ser cifrada —en parte y nunca totalmente— ya sea en forma de "guerra", ya en forma de "política"; constituirían *dos estrategias diferentes (pero prontas a caer la una en la otra)* para integrar las relaciones de fuerza desequilibradas, heterogéneas, inestables, tensas».[22] Esta es la pista que Foucault retomará con un vigor renovado para enunciar lo que había quedado imbricado en los cursos de 1972-1976 y que ahora piensa como un caso particular de una diferencia de naturaleza entre las *relaciones de poder* (disciplinarias, de seguridad y de gubernamentalidad) y los *enfrentamientos estratégicos*. De par en par ignorada por la crítica foucaultiana, la última parte del artículo de 1982 precisamente lleva por título: «Relaciones de poder y relaciones estratégicas». Ahora bien, inmediatamente después de haber propuesto tres definiciones distintas de la estrategia que tiende a mostrar cómo pueden «descifrarse en términos de "estrategias" los mecanismos puestos en práctica en las relaciones de poder», Foucault afirma: «Pero el punto más importante es obviamente la relación entre las relaciones de poder y las estrategias de enfrentamiento». A pesar de que Foucault no la retoma más adelante, la distinción operada en esas pocas páginas nos parece de suma importancia. Muestra que guerra y poder, aunque son totalmente distintos, se encuentran en una relación de continuidad y reversibilidad. Las relaciones de poder son del tipo *gobernantes/gobernados* y designan relaciones entre *asociados*, mientras que los enfrentamientos estratégicos oponen a *adversarios*. «Una relación de enfrentamiento encuentra su término, su momento final (y la victoria de uno de los dos adversarios) cuando los mecanismos estables reemplazan al juego de las reacciones antagónicas, y a través de ellos puede conducirse con suficiente certeza y de manera bastante constante la conducta de los otros».[23]

La fijación de una relación de poder es simultáneamente el objetivo del enfrentamiento estratégico y su suspensión, ya que las relaciones estratégicas entre adversarios son sustituidas por las relaciones del tipo gobernantes/gobernados. Los liberales sueñan con ver funcionar los dispositivos del poder de manera automática, según el modelo de la mano invisible de Adam Smith que se impone a los individuos como una necesidad dentro del juego de la libertad y el poder. Pero, ante todo, estos «automatismos» son el *resultado* de la guerra y de su continuación por otros medios, de modo que la guerra siempre está incubándose en las relaciones disciplinarias, gubernamentales y de soberanía. Una vez que los dispositivos de poder aseguran una cierta continuidad, previsibilidad y racionalidad para

[22] Michel Foucault, *La voluntad de saber*, *op. cit.*, pp. 113-114 (las cursivas son nuestras).
[23] Michel Foucault, «El sujeto y el poder», *op. cit.*, p. 19.

la conducción del comportamiento de los gobernados, siempre puede producirse el proceso inverso que transforma a los gobernados en adversarios, porque no hay poder sin insumisiones que se le escapan, sin luchas que se burlan de la coerción del poder y que abren nuevamente la posibilidad de la «guerra civil». «Y recíprocamente», subraya Foucault, «para una relación de poder, la estrategia de lucha constituye también una frontera», un umbral hacia la guerra que puede ser franqueado. El ejercicio del poder (disciplinario, securitario, gubernamental, etc.) presupone: 1) la libertad de aquel sobre el cual se ejerce, y 2) que este último efectivamente sea «reconocido y que se lo mantenga hasta el final como un sujeto de acción», es decir, como sujeto de lucha, resistencia e insumisión. De tal forma que «toda extensión de las relaciones de poder para someterlos» a la libertad, por una parte, y a la subjetividad, por otra, «no pueden sino conducir a los límites del ejercicio del poder; este encuentra entonces su tope en un tipo de acción que reduce al otro a la impotencia total (una "victoria" sobre el adversario substituye al ejercicio del poder), *o en una confrontación con aquellos a los que se gobierna y en su transformación en adversarios*. En suma, toda estrategia de enfrentamiento sueña con convertirse en una relación de poder, y toda relación de poder se inclina a convertirse en una estrategia victoriosa, tanto si sigue su propia línea de desarrollo como si choca con resistencias frontales».

Quizás, lo más importante es comprender que el poder y la guerra, las relaciones de poder y las relaciones estratégicas no deben ser pensados como momentos sucesivos, sino como relaciones que pueden invertirse constantemente y que, en realidad, coexisten. «*En efecto, entre una relación de poder y una estrategia de lucha, hay un llamamiento recíproco, un encadenamiento indefinido y una inversión perpetua*». Ya que «*a cada instante la relación de poder puede convertirse, y en ciertos puntos se convierte, en un enfrentamiento entre adversarios*. A cada instante también las relaciones de adversidad, en una sociedad, dan lugar al establecimiento de mecanismos de poder».[24]

Ahora bien, quien se interese hoy en día por la «nueva economía de las relaciones de poder» —según la expresión puesta de relieve por Foucault en aquel texto que reformula la pregunta kantiana «*Was heisst Aufklärung*» como «¿Qué está pasando ahora?»— tendrá que constatar que la reversibilidad determina una «inestabilidad» que no es ajena al capitalismo financiero contemporáneo. La «crisis» no sigue al «crecimiento», sino que ambos coexisten; la paz no sigue a la guerra, sino que están copresentes; la economía no reemplaza a la guerra, sino que instituye una manera distinta de llevarla a cabo. La «crisis» es infinita y la guerra no tiene tregua si no incorpora los dispositivos de poder *securizados* por ella.

[24] Ibídem, p. 20 (las cursivas son nuestras).

En definitiva, ya no se trata de una inversión de la fórmula (la política como continuación de la guerra por otros medios), sino de una imbricación de la guerra en lo político y de lo político en la guerra que se adapta a todos los movimientos del capitalismo. La política ya no es, como en Clausewitz, la política del Estado, sino una política de la economía financiarizada imbricada en la multiplicación de las guerras que se desplazan y enlazan la guerra de destrucción en acto con las guerras de clases, de razas, de sexos y las guerras ecológicas que proporcionan el «entorno» global de todas las demás.

Resumiendo, en sus prácticas reales, en sus «prácticas concretas» (como dice Foucault), *la gubernamentalidad no remplaza a la guerra. Organiza, gobierna, controla la reversibilidad de las guerras y del poder.*[25] La gubernamentalidad es gubernamentalidad de las guerras, de lo contrario el nuevo concepto —precipitadamente puesto al servicio de la eliminación de todas las «conducciones» de la guerra— entra en resonancia, de manera inevitable, con el omnipotente y muy (neo)liberal concepto de «gobernanza».

Sin embargo, hay que reconocer que esta tendencia con forma de desventura manifiesta por una gran mayoría de los *governmentality studies* definitivamente tiene un nombre —*Nacimiento de la biopolítica*— y una fecha —1978-1979— dentro del corpus foucaultiano. En efecto, el mercado recupera ahí su estatus de empresa de negación de la guerra civil a lo largo de una utopía (neo)liberal (enunciada y retomada explícitamente como tal de Hayek por Foucault) en la que «hay una optimización de los sistemas de diferencias, en la que se deja campo libre a los procesos oscilatorios, en la que se concede tolerancia a los individuos y las prácticas minoritarias […] y, para terminar, en la que hay una intervención que no es del tipo de la sujeción interna de los individuos, sino de tipo ambiental».[26]

¿Habrá sido tentado Foucault con la idea de transportar a Deleuze y Guattari dentro del proyecto de Hayek? Si se tiene en cuenta el episodio del «nuevo filósofo»[27] y el brote del vocabulario de la multiplicidad y la diferencia en el análisis del neoliberalismo, la respuesta podría ser extrañamente afirmativa. Pero también es lo que vuelve tanto más interesante «El sujeto y el poder» cuanto que reanuda en 1982 la línea más izquierdista de la caracterización de las luchas («transversales» contra los efectos del

---

[25] Al capitalizar la totalización de la guerra (la guerra total), la Guerra/Paz Fría puede ser considerada como el momento fundacional de esta estrategia de reversibilidad absoluta «sin resto» de las guerras y del poder.

[26] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, pp. 302-303 (clase del 21 de marzo de 1979). Sobre la utopía liberal formulada por Hayek, véase la clase del 14 de marzo de 1979 (p. 254).

[27] Véase Michel Foucault, «La grande colère des faits» (sobre André Glucksmann, *Les Maîtres penseurs*, París, Grasset, 1977), en *Dits et écrit*s, t. II, núm. 204.

poder-saber, etc.) pos-68 de la primera clase de *Defender la sociedad*, para ofrecer *el análisis de las relaciones de poder a través del enfrentamiento de las estrategias* como salida teórica.

La máquina de guerra de Deleuze y Guattari

La inversión de la fórmula clausewitziana por Deleuze y Guattari se inscribe en un contexto que es el de la historia universal y la economía-mundo. Por lo tanto, la estrategia seguida es muy diferente del análisis foucaultiano que, a pesar de producir una crítica radical del Estado, sigue estando, paradójicamente, prisionero de su territorialidad (la guerra civil generalizada de/en el Estado-nación europeo). Al disociar la guerra y el Estado de la «máquina de guerra», Deleuze y Guattari elaboran una teoría absolutamente original.

La máquina de guerra no tiene ni el mismo origen, ni la misma lógica, ni los mismos fines que el aparato identitario y la forma de soberanía del Estado. En cuanto invención de los nómadas, vinculada con su «experiencia del afuera»[28] y su «forma de exterioridad» habida cuenta de la captura estatal de los territorios (la «toma de tierra», la territorialización del Estado), la máquina de guerra no tiene a la guerra por *objeto*. No se define a través de la guerra, sino como *guerra contra el Estado.* Porque si la guerra («dispersa», «polimorfa», «centrípeta») está allí para conjurar la formación de un Estado desde el interior, también se debe a que la máquina de guerra siempre ha estado en interacción bélica con las formaciones imperiales y estatales contra las cuales choca «en la periferia o en las zonas mal controladas».[29]

Por su parte, el Estado requiere una burocracia y una policía para asentar su soberanía y no cuenta a la guerra entre sus funciones de «regalía». Está obligado a apropiarse de la máquina de guerra de los nómadas para volverla en su contra al transformarla en algo muy distinto, basado en la institucionalización de un ejército, al cual se le asocia exclusivamente la función y la institución militar. Es la captura de la máquina de guerra por parte del Estado la que transforma a la guerra en su objeto, subordinándola a los fines políticos del Estado que la monopoliza. El Estado es clausewitziano.

La institucionalización de la máquina de guerra por el Estado opera una disciplinamiento y una profesionalización abundantemente descritas por Foucault como una de las fuentes más importantes de las técnicas disciplinarias. Aquí reside toda la importancia del ejército como *administración*

---

[28] Según la expresión de Michel Foucault en «El pensamiento del afuera» (1966).

[29] Véase Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, pp. 364-367 y pp. 437-438 para la discusión crítica de las tesis «evolucionistas» de Pierre Clastres: «No todo es Estado, precisamente porque siempre y en todas partes ha habido Estados».

de la disciplina sobre los cuerpos productivos y, por medio de la fuerza de trabajo territorializada, o *sedentarizada* por la fuerza militar, sobre el conjunto del campo social. Pero el proceso de captura y de institucionalización/profesionalización de la máquina de guerra por el Estado está lejos de ser lineal. La institución militar es una realidad social atravesada por tensiones e inversiones siempre posibles. La captura de la máquina de guerra nunca se da de una vez y para siempre, siempre puede escaparse del aparato del Estado como un cuerpo de origen extranjero (un *proletariado militar*).

El proceso no lineal de «captura de la máquina de guerra» resulta muy útil para historizar la relación entre guerra, capital y Estado. En efecto, si la disyunción que se vuelve inclusiva entre Estado y máquina de guerra es la condición de posibilidad para la subordinación nazi del primero a la segunda, dentro de la forma-Partido que alimenta la autonomía (y la *ontonomía*) de un objetivo de guerra sin término, el retorno a la disyunción exclusiva entre Estado y máquina de guerra abre la posibilidad para la apropiación de esta última por las fuerzas revolucionarias fuera de la forma (leninista) del Partido. «La guerrilla, la guerra de minoría, la guerra popular y revolucionaria [...] solo pueden hacer la guerra si crean otra cosa al mismo tiempo».[30] Si fuera necesario precisarlo: hacer otra cosa al mismo tiempo no significa en absoluto ignorar o desatender la guerra real, sino más bien crear colectivamente la manera de oponerse a ella, deshacerla y vencerla haciéndola de otro modo, porque «*toda creación pasa por una máquina de guerra*».[31]

En los cursos de 1979-1980 contemporáneos a la redacción de *Mil mesetas*, Gilles Deleuze emprende el análisis de la naturaleza de la guerra y sus transformaciones a partir de la dinámica del capital que condiciona estrictamente la cuestión de la inversión de la fórmula de Clausewitz. El filósofo se dedica a mostrar que cuando la guerra se vuelve industrial, el capital y la guerra son animados por un mismo movimiento. Las contradicciones del capital y las contradicciones de la guerra tienden entonces a entrar en ósmosis. La demostración se despliega a partir de una sorprendente relación Marx/Clausewitz. Los distintos momentos de este desarrollo no serán retomados en *Mil mesetas*, de ahí el interés de reconstruir aquí su lógica.

Deleuze comienza retomando el problema de los límites del capital volviendo —como ya lo había hecho en *El anti-Edipo*— al capítulo sobre la «baja tendencial de la tasa de ganancia» del Libro III de *El Capital*. Reconocemos la tesis: el capital tiene límites, pero son inmanentes (*immanenten Schranken*). *Límite inmanente* significa que el capital no lo enfrenta como una exterioridad, no le viene desde afuera, él mismo lo produce y lo reproduce sin cesar.

[30] Ibídem, p. 422.
[31] Ibídem, p. 233.

A medida que el capital se desarrolla, la parte del capital constante (invertido en medios de producción, materias primas, etc.) aumenta proporcionalmente más rápido que la parte del capital variable (invertido en fuerza de trabajo), lo que acarrea una «baja tendencial de la tasa de ganancia» (ya que la plusvalía depende la actividad de la fuerza de trabajo). Se trata de un límite (en sentido matemático y diferencial) al que es posible acercarse, pero del cual siempre se está separado por una cantidad aunque sea «infinitamente pequeña». En resumen, el capital solo se acerca al límite para alejarlo.

Este movimiento hacia el límite que el capitalismo impone y desplaza incesantemente es profundamente contradictorio. El capital se define como una acumulación *ilimitada* (el «producir para producir») y, al mismo tiempo, este proceso sin fin debe ser para el beneficio, para la propiedad privada («producción para el capital»), de manera que el movimiento *ilimitado* está sometido a una restricción que lo transforma en un movimiento *limitado*. Los dos movimientos del capital son inseparables, porque es el capital mismo el que pone en marcha la desterritorialización del producir para producir y su reterritorialización sobre la propiedad privada y el beneficio. Este doble movimiento origina «crisis» periódicas. Toda tentativa de acelerar el movimiento ilimitado con la esperanza de cortar su territorialización en el beneficio está destinada al fracaso (es la falsa solución «revolucionaria» propuesta por el aceleracionismo). ¿Cómo dar cuenta de esta contradicción? ¿Existe una mecánica capitalista capaz de resolverla?

Es en ese momento preciso que Deleuze convoca a Clausewitz. Lo que le permite, simultáneamente, establecer la relación que anuda la guerra al capital y determinar los impases *históricos* con los que tropieza la teoría de Clausewitz cuando el capital se apropia de la máquina de guerra. Deleuze pretende entonces preguntarse si es «por casualidad» que considera necesario volver a los conceptos de la teoría clausewitziana de la guerra.

«Retomemos una terminología que necesitamos para algo totalmente distinto, a saber, respecto al problema de la guerra […]. Así como el capital, *y sin lugar a dudas este es el lazo más profundo de la guerra con el capital,* […] la guerra tiene un fin y un objetivo. Y no son lo mismo».[32] Deleuze recuerda que Clausewitz hace la distinción entre el *fin político* (*Zweck*) y el *objetivo militar* (*Ziel*) de la guerra.[33] El objetivo militar de la guerra se define por el derrocamiento o la destrucción del adversario. El fin político

---

[32] Las citas siguientes han sido extraídas de dos cursos del año universitario 1979-1980. Véase Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista*, *op. cit*.

[33] Como hemos visto anteriormente (*cf.* capítulo 9), Deleuze se aleja de la traducción habitual (que nosotros hemos utilizado) de los dos términos clausewitzianos que opone el «fin» político (*Zweck*) al «fin» militar (*Ziel*). Precisemos que en alemán corriente (no «kantiano»), *Ziel* es el «objetivo», y *Zweck*, el «fin».

de la guerra es totalmente distinto, ya que constituye el fin que un Estado se da cuando entra en guerra (para producir, como sabemos, un reequilibrio de la «balanza europea»). En este punto, Deleuze pone de relieve que Clausewitz todavía describe una situación anterior a la Revolución francesa y a las guerras napoleónicas.[34] «En ese momento, la máquina de guerra está bien capturada en el Estado, en efecto, el objetivo militar que remite a la máquina de guerra está subordinado al fin político que remite al fin político del Estado que hace la guerra. ¿Qué sucedió cuando la guerra tendió a volverse total?».

Porque a partir de finales del siglo XIX, el capital ya no se limita a pasar por la forma Estado y su máquina de guerra para cumplir las necesidades de su propio desarrollo. Emprenderá un proceso de captura indisociable de la construcción de su propia máquina de guerra, de la cual el Estado y la guerra solo constituirán los componentes. Este proceso se acelera con la Primera Guerra Mundial, que representa una ruptura radical en la historia de la guerra, en la medida en que el capital le transmite a la guerra lo infinito; a saber, el movimiento ilimitado que caracteriza a la acumulación, determinando de esta forma una «especie de contradicción» entre el objetivo de la guerra y el fin del Estado.

> Se le puede asignar una tendencia a la guerra total desde el momento en el cual el capital se apropia de la máquina de guerra y le da un desarrollo, un desarrollo material fundamental [...]. Cuando la guerra tiende a volverse total, el objetivo y el fin tienden a entrar en *una especie de contradicción.* Hay una tensión entre el objetivo y el fin. Porque a medida que la guerra se vuelve total, el objetivo, a saber, según el término de Clausewitz, el derrocamiento del adversario, ya no conoce límites. El adversario ya no puede ser identificado, ni con la fortaleza que debe ser tomada, ni con ejército que hay que vencer: es el pueblo entero y el hábitat entero. En otras palabras, el objetivo se vuelve ilimitado, y es eso la guerra total.

Al volverse ilimitado, el objetivo militar ya no está subordinado al fin político del Estado, sino que tiende a autonomizarse. La máquina de guerra ya no está bajo el control del Estado, lo que introduce esta «contradicción» que va a tomar cuerpo en las máquinas de guerra nazis y fascistas: llevarán hasta el final la línea de abolición de los movimientos sin límites de la guerra. «En el desarrollo del capital, encontraremos un problema que está en resonancia con la posibilidad de contradicción entre el fin político limitado de la guerra y el objetivo ilimitado de la

[34] Recordaremos que el trastorno napoleónico del equilibrio interestatal europeo implica una revolución del arte de la guerra.

guerra total». El fin del capital (producir para el capital) es limitado, mientras que su objetivo (producir para producir) es ilimitado. Por consiguiente, es forzoso que el fin limitado y el objetivo ilimitado entren en una contradicción cuya exposición es presentada en Marx en el capítulo sobre la baja tendencial de la tasa de ganancia. «Forma parte de la belleza del texto de Marx mostrarnos que en el capitalismo hay un mecanismo que trabaja de tal manera que la contradicción entre el objetivo ilimitado y el fin limitado, entre producir para producir y producir para el capital, encuentre su resolución gracias a un proceso típicamente capitalista. Ahora bien, este proceso es aquello que Marx resume con la fórmula "depreciación periódica del capital y creación de un nuevo capital"». Mediante este mecanismo, el capital no deja de resolver la contradicción al mismo tiempo que la plantea de manera amplia.

La guerra resuelve la contradicción entre su fin limitado y su objetivo vuelto ilimitado de una manera parecida y, como el capital, solo la resuelve ampliándola. Después de haberse arriesgado a escapar del capital entre las dos guerras mundiales (fascismos), la máquina de guerra ya no se da la guerra como objetivo, sino la «paz». Los nazis volvieron autónoma la máquina de guerra con respecto del Estado:

> Pero todavía necesitaban que esta máquina de guerra se efectúe en guerras [...]. *En otros términos, ellos guardaban algo de la vieja fórmula, a saber, que la guerra será la materialización de la máquina de guerra*. No quiero decir que hoy en día no sea así, la máquina de guerra persigue guerras, lo vemos todo el tiempo, *pero de todas formas algo ha cambiado, ella también necesita a la guerra, pero no de la misma manera*. Tendemos hacia la siguiente situación, [...] la máquina de guerra moderna ni siquiera necesitaría, al límite, materializarse en guerras reales, porque es ella misma la que sería guerra materializada. En otros términos, la máquina de guerra ni siquiera necesitaría tener como objeto a la guerra, ya que descubre a su objeto en una paz del terror. Ha conquistado su objeto último *adecuado a su carácter total*, a saber, la paz.

La «paz» resuelve la contradicción que desplaza imponiéndola de una manera amplia. ¿Pero cuál es esta forma amplia? Quizás solo es *la extensión del dominio de la guerra a la paz*. La máquina de guerra del Estado, que había ejercido la gestión y la organización del conjunto de las guerras coextensiva/cointensiva a toda la historia del capitalismo, no se vuelve máquina de guerra del capital sin transformar a «la» guerra en aquello que Carl Schmitt y Ernst Jünger, desde los primeros años cuarenta (sabían que la guerra del Reich estaba perdida), luego Hannah Arendt y nuevamente Carl Schmitt, a comienzos de los años sesenta, llamarán «guerra civil mundial»

o «global».[35] Una guerra *cuyo fin político es inmediatamente económico, y el objetivo económico inmediatamente político*.

Procediendo de la «paz amenazante de la disuasión nuclear» y del análisis que realizó Virilio, el concepto de «paz total» hoy resulta ambiguo. En efecto, si la máquina de guerra de la paz total no es otra que la ilimitación absoluta de la mundialización capitalista misma, la proposición según la cual paz y guerra se *volvieron* indiscernibles sigue dependiendo de la oposición clausewitziana de la guerra y la paz, y del marco europeo que la *equilibra*. Si Clausewitz reconoce que la firma de la paz no necesariamente significa el fin del conflicto, «*sea como sea* —si lo seguimos— siempre se debe tener en cuenta que con la paz, el fin es alcanzado y el problema de la guerra se termina».[36] La inversión de la fórmula, más bien, debe afirmar la *continuidad* entre guerra y política, guerra y economía, guerra y *welfare en la multiplicidad constituyente de la guerra y de las guerras* que moviliza al conjunto del entorno social planetario sometiéndolo a una *guerra civil total en acto*. Todas las modalidades de las máquinas de guerras que el Estado se había apropiado a partir de la acumulación originaria y que este había capitalizado en su ejército y en su administración sustentan en la posguerra esta «guerra civil global» directamente llevada a cabo por el capital, que conducirá a la explosión de 1968.

La «paz», por lo tanto, no se limita a liberar «de manera técnica el proceso material ilimitado de la guerra total»[37] (la carrera armamentista desenfrenada, el complejo militar industrial), sino que se hace cargo de la política de integración en el orden mundial, es decir, de la guerra del trabajo, la guerra del *welfare*, la guerra de la colonización interna y la neocolonización externa, etc. La paz se transforma en el medio a través del cual la máquina de guerra del capital «se apodera de un máximo de las funciones civiles»,[38] de modo que la guerra «desaparece». Pero la guerra solamente desaparece porque hubo una «extensión de su dominio» en la puesta en continuidad de los «complejos tecnológicos militares, industriales y financieros».[39]

La inversión de la fórmula de Clausewitz «aparece solamente en ese momento», afirman Deleuze y Guattari (haciendo curiosamente uso de la misma expresión que Foucault, citada previamente). Lo que se enuncia

---

[35] Carl Schmitt, «Cambio de estructura del derecho internacional» (1943); Ernst Jünger, *La paz* (1945); Hannah Arendt, *Sobre la revolución* (1961); Carl Schmitt, *Teoría del partisano* (1963).

[36] Carl Von Clausewitz, *De la Guerra*, I, 2.

[37] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 471.

[38] Ibídem, p. 482.

[39] Ibídem, p. 470.

únicamente desde el punto de vista del poder y del Estado político, de esos Estados que «*ya no se apropiaban de la máquina de guerra, reconstituían una máquina de guerra en la que ellos mismos ya solo eran las partes técnicas*».[40] Porque desde el punto de vista de los explotados, la inversión de la fórmula siempre ha tenido lugar bajo la forma de un «doblete histórico-transcendental» (Foucault) que los define y los somete como tales.

La doble inversión de la fórmula operada por Foucault y Deleuze-Guattari aparece en un contexto de cambio de coyuntura que marca el comienzo de una nueva secuencia política, en la que la máquina de guerra del capital domina la época, sin reparto, mediante su «creatividad». La nueva teoría de la guerra y del poder no pudo confrontarse y alimentarse de las experimentaciones políticas reales, porque, entre el fin de los años setenta y el comienzo de los años ochenta, la radicalización que siguió al 68 (el «Mayo rampante») se agota, se desmorona y finalmente tropieza con el escollo de la repetición de las modalidades de la guerra civil, codificadas por las revoluciones de la primera mitad del siglo en torno al Octubre bolchevique. Después del fracaso de los movimientos insurreccionales empiezan los «años de invierno», de los que todavía no hemos salido. El impulso de esas formidables intuiciones y de la «insurrección de los saberes» en la que estas participan se cortará y caerá en el vacío político de la época.

Desde esta implosión (*la implosión de lo social, a la sombra de las mayorías silenciosas*, etc.), la iniciativa del capital solo se ha intensificado burlándose de todo límite, en un destructivismo sin excepción en el que se apoya la ley de hierro del productivismo. La máquina de guerra neoliberal, que salió ganadora de la confrontación con el pensamiento-movimiento del 68, no deja de obtener una victoria tras otra. Estas victorias se acompañan del borramiento de la memoria de las guerras, de las guerras civiles, de las guerras de clase, de raza, de sexo, de subjetividad de donde los vencedores extraerán su dominación. *La goma de borrar neoliberal*. Walter Benjamin nos recuerda que la reactivación de la memoria y de la realidad de las guerras y las guerras civiles solo puede venir de los «vencidos». Que los «vencidos» de la extraña revolución del 68 no hayan sabido ver, enunciar y contraefectuar la transformación de la guerra y las guerras sociales impuestas por el enemigo demuestra la debilidad de la teoría crítica y constituye una de las causas de la desaparición de la guerra política revolucionaria en su incapacidad de *dividir la guerra y multiplicar los enfrentamientos creativos de nuevas máquinas de guerra*.

El pensamiento del 68 resultó poco capaz de producir un saber estratégico adecuado para el nivel de las guerras civiles que el Capital ha sabido reactivar como respuesta global a su desestabilización mundial, que alcanza

[40] Ibídem, p. 471.

su punto culminante en 1968. Una prueba de que no es suficiente afirmar que la micropolítica debe pasar a la macropolítica (incluso si a menudo olvidamos hacerlo) para transformarla: ambas deben ser comprendidas en la multiplicidad de las guerras que allí se desarrollan, sin lo cual la micro y la macropolítica se hunden, y las luchas que allí se despliegan pierden parte de su consistencia en un «devenir-menor» de poca gente. «Hacer huir lo que se huye», dicen Deleuze y Guattari para marcar la diferencia entre el esquizo y el revolucionario.

XII
LAS GUERRAS FRACTALES DEL CAPITAL

Las naciones hacen la guerra de la misma manera
que hacen su riqueza.
Vicealmirante Arthur K. Cebrowski, John J.Gartska (1998)

En respuesta a los atentados del 13 de noviembre del 2015, el presidente de la República francesa declaró el estado de emergencia, votado inmediatamente por el Parlamento. ¿Pero de qué manera hay que comprender los «poderes extraordinarios» conferidos al «poder administrativo», junto con la restricción de las libertades públicas derivada de ello y la suspensión de la separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, a favor del primero?

Tomar la vía del «estado de excepción» e interrogar —como hace Giorgio Agamben— la relación que este mantiene con el derecho[1] nos parece un ejercicio un poco estéril (y vagamente escolástico) en el cual el árbol (del derecho) *esconde el bosque* (del poder). ¿El estado de emergencia permanente debe ser pensado todavía en el plano exclusivamente de su relación con el derecho, de su reducción (el derecho de «crisis») o de su suspensión fundadora de un nuevo orden jurídico, si ya no es un *acto de gobierno* —que decreta, dadas las «circunstancias excepcionales», el tiempo de ejercicio de la ley de los «plenos poderes» *que no están enmarcados por*

[1] Véase Giorgio Agamben, *Estado de excepción (Homo sacer II, 1)*, traducción de Flavia Costa e Ivana Costa, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004, pp. 59-60. «Si lo propio del estado de excepción es una suspensión (total o parcial) del ordenamiento jurídico, ¿cómo puede tal suspensión estar comprendida en el orden legal? [...] Y si el estado de excepción es, en cambio, solamente una situación de facto, y como tal extraña o contraria a la ley, ¿cómo es posible que el ordenamiento contenga una laguna precisamente en lo que concierne a su situación decisiva?». Se sigue que «la tarea esencial de una teoría no es solo la de aclarar la naturaleza jurídica, o no, del estado de excepción, sino más bien la de definir el sentido, el lugar y las modalidades de su relación con el derecho» (p. 59).

la Constitución—, sino un *principio constituyente* de la gubernamentalidad? No vamos a negar que el estado de emergencia pueda (y deba) hacer que su forma jurídica evolucione para instituir un estado intermediario que permita «la adopción de medidas excepcionales durante un tiempo determinado *sin recurrir al estado de emergencia* y sin comprometer el ejercicio de las libertades públicas».[2] No obstante, a nuestro entender, esta repatriación del estado de emergencia dentro del orden constitucional muestra algo totalmente distinto: a saber, que *el tiempo de los plenos poderes da paso a un espacio lleno de poderes* que debe ser interrogado como tal. El «vacío jurídico» quizás es impensable para el derecho (como subraya Agamben),[3] pero no para una práctica del poder que, como nos enseñó Foucault, no habrá cesado de rodearlo y de pasar al exterior de la forma de la soberanía jurídico-política del poder y del Estado.

Por lo tanto, aquello que funciona «casi sin interrupción a partir de la Primera Guerra Mundial, a través del fascismo y el nacionalsocialismo, hasta nuestros días»[4] sería menos el estado de excepción que la afirmación de *la máquina de guerra del capital*, de la cual el estado de emergencia no es más que un dispositivo. A partir de la Primera Guerra Mundial/total, el Estado y la guerra se vuelven componentes de la máquina capitalista que impone una transformación radical de sus funciones y de sus relaciones. Los modelos de la organización científica del trabajo, el modelo militar de organización y de conducción de la guerra penetran profundamente en el funcionamiento del Estado reconfigurando la división liberal de los poderes, mientras que, de manera inversa, la política, ya no del Estado sino del capital, se impone en la organización, la conducción y las finalidades de la guerra.

La nueva máquina de guerra del capital implica una imbricación del poder civil y el poder militar, de la guerra y la política que tiende a volverlas indiscernibles. En lo que respecta al Estado, se trata de una reconfiguración de la separación de poderes, que progresivamente va a privilegiar al poder ejecutivo en detrimento del poder legislativo y judicial, y de una transformación profunda de sus funciones administrativas y gubernamentales que se traduce en una fabricación casi cotidiana de leyes, decretos, ordenanzas,

---

[2] Según la declaración del presidente de la República francesa ante el Parlamento reunido en Congreso en Versalles el 16 de noviembre de 2015. De esta forma, lo que ha podido ser denominado estado de emergencia «liviano» puede instituirse en la larga duración, con unas características que lo acercan al Patriot Act norteamericano instaurado el 26 de octubre de 2001 por George W. Bush después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Por lo que este supuesto aligeramiento es en sí una ficción y, «*para sí*», *una ficción jurídica*.

[3] Giorgio Agamben, *op. cit.*, p. 100.

[4] Ibídem, p. 155.

que son formidablemente más eficaces que las intervenciones puntuales del estado de excepción. Este último es solo una de las expresiones del fortalecimiento del poder ejecutivo bajo la dirección de su control capitalista que constituye, dentro de las nuevas dimensiones de la economía-mundo determinadas por y en la Primera Guerra, la condición necesaria para que el «gobierno» pueda intervenir eficazmente en los dos flujos estratégicos del capital: la *moneda* y la *guerra*.

La velocidad de las intervenciones y la eficacia de las decisiones requeridas por los *flujos de moneda financiera* y los *flujos de guerra* prescriben una nueva constitución material en la que el poder ejecutivo adopta, para absorber una gran parte del poder judicial y legislativo, un doble modelo de organización y de mando: el del *ejército* y el de *la organización científica del trabajo*, de manera que el gobierno se configura como un poder «político-militar» adyacente al «complejo militar-industrial».

El capital se apropia de la guerra empezando por transformarla en «guerra industrial» y luego en «guerra dentro de la población». Esta guerra, en la que centraremos nuestra atención, es definida por sus estrategas-teóricos como una «antítesis» de la «guerra industrial» que habría perdurado (al menos de manera parcial: es el aspecto «carrera armamentista» de la Guerra Fría) a lo largo del siglo XX, a pesar de su inadaptación a las nuevas condiciones del conflicto («otros tipos de enemigos dentro de conflictos de otra especie»). Estas nuevas condiciones y «nuevas amenazas» son las que determinan «la guerra dentro de la población» como el dispositivo de control y de gubernamentalidad adecuado para la nueva composición de la fuerza de trabajo mundial, supeditada a la internalización/externalización del mercado-mundo (la globalización del capital humano, la línea de ensamblaje global).

El nuevo paradigma implica la integración de lo político dentro de la guerra de una manera muy específica y que podría ser definida, retomando la expresión de Foucault, como *gubernamentalidad de la población*, pero con una doble condición: 1) la guerra, contrariamente a lo que plantea la crítica foucaultiana, no es expulsada de las relaciones de poder, sino que les da forma; 2) la gubernamentalidad de guerra no se ejerce sobre «la» población, sino «sobre» y «a través» de sus divisiones. El objeto de la guerra es la producción y la reproducción ampliada de las divisiones de clase, de sexo, de raza, de subjetividad de la población. Por lo tanto, el paradigma de *la* «guerra *dentro de* la población» expresa, desde el punto de vista de las nuevas formas de militarización/concentración del poder, la concepción y la organización *de las guerras dentro de las poblaciones* de las que depende la securitización de la productividad del capital. O también: la multiplicidad *de las guerras contra las poblaciones* es este «dentro de» que supuestamente no deberíamos ver en la «guerra

dentro de la población», cuya primera teorización —en el contexto francés de las luchas anticoloniales y de las guerras revolucionarias albergadas por la Guerra Fría— habrá sido pensada en términos de «*guerra en el medio social*». En el artículo que lleva ese título, el general Jean Nemo explica que hay «islotes de combate en todo el territorio» susceptibles de emerger, «ya que, de hecho, el frente está menos determinado por una frontera que por el plano horizontal que corta la opinión pública, dibujando curvas de nivel». También hay que preparar la guerra dentro de la población a todos los niveles, incluso en las esferas más modestas, puesto que «se trabaja directamente con la "masa humana"».[5]

La culminación del proceso de concentración de los poderes se realiza en el neoliberalismo, en el que el «gobierno» y sus administraciones *ejecutan* las estrategias del capital financiero. El proceso de subordinación absoluta del Estado y de la guerra al capital se debe a la intensificación del dominio de las finanzas, cuando estas son capaces de hacer añicos todas las mediaciones/regulaciones político-económicas a las que pudieran estar sometidas desde los acuerdos de Bretton Woods (la secuencia 1971-1973 marcada por el fin de la convertibilidad del dólar en oro y la adopción de los «cambios flotantes» en función únicamente de las *fuerzas del mercado*). El verdadero poder ejecutivo no proviene ni de la voluntad del pueblo, ni de la Nación, ni del Estado: es el poder que las instituciones financieras han reconstruido progresivamente a su favor. Recordemos la advertencia de Foucault: el neoliberalismo se sitúa «bajo el signo de una vigilancia, una actividad, una intervención permanentes»,[6] que se instrumentalizan a través de un Estado fuerte (lo que Philip Mirowski denomina «doctrina de la doble verdad» del neoliberalismo). Asimismo, la subordinación completa de la guerra a los objetivos del capital adopta su forma definitiva a finales del siglo XX, cuando el agotamiento de la guerra interestatal da paso al paradigma simultáneamente exclusivo e inclusivo de la guerra —es decir, *de las guerras— dentro de las poblaciones* al crear un *continuum virtual-real* entre las operaciones económico-financieras y un nuevo tipo de operaciones militares que ya no se limitan a la «periferia».

Nos proponemos analizar y cruzar estos dos procesos distintos y complementarios, cuya lógica no depende del estado de excepción, sino de la organización de la máquina de guerra del capital, que entendemos como la «revolución organizativa» de la *gubernamentalidad del capital*.

---

[5] Jean Nemo, «La guerre dans le milieu social», *Revue de Défense nationale*, mayo de 1956.
[6] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica, op. cit.*, p. 158.

El poder ejecutivo como dispositivo «político-militar»

Para analizar la reconfiguración de la acción del poder ejecutivo y de sus administraciones nos centraremos en el caso de Francia. Si bien forma parte de un proceso general, se deja llevar por esa ilusión típicamente francesa del restablecimiento de la autonomía y de la grandeza del Estado, de los valores de la República y de la Nación, que alcanza su apogeo con la V República. Sin embargo, como en todos lados, la pérdida de soberanía del Estado nación, su entera subordinación a las políticas económicas y financieras, la reducción del Parlamento y de la «representación nacional» al rango de un simple aprovechamiento del poder ejecutivo, la gubernamentalidad de guerra de la población que las instituciones ejercen sobre las divisiones dependen de mecanismos bastante anteriores a los años setenta. Para comprender el origen de estos cambios, hay que volver a la Primera Guerra Mundial y a la estrategia de apropiación del Estado y de la guerra por el capital que allí comienza a gestarse.

El marco jurídico-político no permite captar la manera en la cual la máquina de guerra del capital reconfigura las modalidades de organización, de mando, de toma de decisión del gobierno y la administración del Estado. En efecto, su modelo es la cadena de mando del *management* de la empresa (taylorismo) y de la guerra. Solo la evolución paralela de la *empresa*, del *ejército* y del *gobierno* puede dar cuenta de un proceso que puede ser resumido de la siguiente manera: la guerra industrial afirma el papel del poder civil en el universo militar; una vez terminada la guerra, esta experiencia de hibridación entre lo civil y lo militar «reexamina» la manera de pensar y de actuar las funciones de poder del gobierno.

Hemos analizado detenidamente la naturaleza de la guerra industrial o total. Aquí bastará con enlazar algunas observaciones respecto a su gestión, con la ayuda de un reciente libro de Nicolas Roussellier. Esta gestión no solo concierne a la «conducción de las operaciones» militares sino, primero y principalmente, a la «conducción de la guerra en todas sus dimensiones; económicas, financieras, comunicacionales, de gestión de la población. Porque son los gobiernos y no las autoridades del ejército quienes están mejor capacitados para movilizar a la nación y a su población». Más que una «guerra de ejércitos», es una «guerra de gobierno» ya que el conocimiento y la gestión de los recursos que deben ser movilizados pertenecen al poder civil. «De ahora en adelante, la guerra es una "guerra en profundidad" de la población, del trabajo, de la industria, de la opinión pública antes que la proyección de un destacamento armado de una nación». La guerra industrial no está exenta de una reconfiguración del poder ejecutivo que no termina con el cese de las hostilidades. «Al aprender a dirigir una nación en guerra, el poder ejecutivo allanó el camino a un "retorno" de lo

militar dentro de la definición misma de la naturaleza y de las funciones del poder político». El retorno de la conducción de la guerra en la manera de concebir y organizar el poder ejecutivo abre el camino a una manera de pensar y organizar un «ejecutivo de naturaleza político-militar»[7] —o político-militar-industrial—.

La conducción de la guerra integra las técnicas disciplinarias y las técnicas securitarias. Modelo jerárquico y *disciplinario* de la organización y de la gestión de los hombres, modelo *securitario* en cuanto a la gestión de la guerra como serie de acontecimientos imprevisibles («la incertidumbre de la guerra» de Clausewitz). Por tanto, unir el modelo de *management industrial*, porque la guerra constituye un vasto «proceso de trabajo» (Jünger) cuya logística concierne a la sociedad en su conjunto, con el modelo de *intervención securitaria*, que, a diferencia de la planificación industrial, debe tener en cuenta el hecho de que la guerra es «acción», riesgo, imprevisibilidad, y que entonces necesita producir estrategias de ataque/respuesta ingeniosas que pongan de manifiesto disposiciones constantes para la adaptación (la guerra es propiamente una «acción sobre una acción», «acción recíproca», por eso su programación es siempre aleatoria).

Con el cese de las hostilidades, lo perentorio es reconstruir y la urgencia se vuelve económico-financiera. En particular, la gestión de la moneda, así como el gobierno de la guerra total, requiere poderes centralizados que tomen decisiones rápidas y eficaces. Como al comienzo de la historia del capitalismo, encontramos los mismos flujos desterritorializados; el ejército y la guerra, por una parte, la moneda de crédito, por la otra, como fuerzas constitutivas de una nueva fase de su desarrollo.

La posguerra no conlleva una inversión del proceso de concentración de los poderes del ejecutivo en detrimento del legislativo y del judicial. Por el contrario, bajo la presión económica (especialmente financiera) acarrea su aceleración. Lo que introduce un elemento nuevo en el debate transversal a todas las instituciones estatales.

La reorganización del funcionamiento del gobierno, con la organización del ejército, tiene otro modelo a partir del cual reestructurarse: la organización científica del trabajo introducida por el taylorismo. La homogeneidad entre la organización del ejército y la organización de la producción que había sido señalada por Marx se encuentra confirmada en cada nuevo giro decisivo de la estrategia del capital. El gobierno y la administración deben someterse a las leyes y las reglas que rigen la empresa capitalista. «En lo sucesivo el gobierno, considerado como una máquina,

[7] Nicolas Roussellier, *La Force de gouverner. Le pouvoir exécutif en France, XIXe-XXe siècles*, París, Gallimard, 2015, pp. 346-348.

debe responder por su "rendimiento". Está ubicado a la cabeza de una "producción" cuya "cadencia" debe ser asegurada por él [...] y, como dice Alexandre Millerand al final de la guerra, "es conveniente que el gobierno esté organizado según el plan y el modo industrial". [...] El gobierno se transforma en una fábrica de leyes, decretos y reglamentos».[8]

Para dar cuenta del funcionamiento de la «máquina para fabricar leyes» en la que se ha transformado el poder ejecutivo bajo la influencia de las finanzas y de la guerra, Carl Schmitt retoma las expresiones —a la moda en la época de la República de Weimar— «legislador motorizado» y «motorización creciente de la máquina legisladora». La Primera Guerra Mundial, explica Schmitt, contribuyó a «acelerar y simplificar incesantemente el procedimiento legislativo, a abreviar cada vez más la génesis de los textos de las leyes, a restringir cada vez más el papel de la ciencia jurídica».[9]

Si la guerra impone un cambio en la separación de los poderes al privilegiar al ejecutivo, puesto que necesita una eficacia que el parlamento no permite, la crisis económica y especialmente financiera, es sinónimo, por su parte, de una velocidad de iniciativa y de reacción que induce al gobierno a reemplazar las leyes, que deben ser examinadas por el parlamento, por los decretos. «Pero esta "motorización" de una ley convertida en simple decreto todavía no constituye el punto culminante del proceso de simplificación y aceleración legislativa: con la organización del mercado y del dirigismo económico aparecieron nuevas aceleraciones, despachos, asociaciones y otros encargados de misión». Después del decreto, la ordenanza será la mejor expresión de la siguiente etapa de centralización y vaciado de la representación parlamentaria. «Si el decreto es una "ley motorizada", la ordenanza puede ser considerada como un decreto motorizado».[10] Schmitt comparte con Weber la idea según la cual el Estado moderno se ha transformado, en más de un sentido, en una gran fábrica.

La Primera Guerra es mundial porque produce los mismos efectos en todas partes. La necesidad de métodos de acción política más rápidos y más eficaces se hace sentir en todos los países movilizados en el conflicto. En Italia, la intervención del Estado, «querida y deseada por los grandes banqueros e industriales», también obedece a una marginación del poder legislativo, una centralización del ejecutivo y un fortalecimiento de la máquina de guerra del capital.

A medida que el Estado extiende su intervención en la economía de guerra, la relación entre este último y las finanzas se vuelve más estrecha.

---

[8] Ibídem, p. 414.
[9] Carl Schmitt, «La situation de la science juridique européenne» en *Machiavel-Clausewitz*, París, Krisis, 2007 [1950], p. 185.
[10] Ibídem, p. 189.

Las finanzas se aseguran «un control directo, inmediato, del aparato de gobierno que será entonces sustraído del control parlamentario. La neutralización de las instituciones democráticas se impone: comienza a plantearse la necesidad de una profunda mutación del régimen político».[11] El vaciado de la representación nacional debe ser realizado por vía administrativa y política, mucho antes de la liquidación de las libertades democráticas por el fascismo.

El modelo de organización para la acción «motorizada» del gobierno y de la administración es proporcionado por el taylorismo, que evitaremos concebir como una prolongación y un perfeccionamiento de los métodos de producción de la fábrica de alfileres apreciada por Adam Smith. El taylorismo *es* una nueva modalidad de mando. «Por lo tanto, el verdadero punto de impacto del taylorismo no es la técnica, sino la *organización* del poder».[12]

El debate político y la batalla política ya no se ocupan de la alternativa entre monarquía y república, sino que se dejan llevar por el «análisis científico del *hecho* gubernamental». Este proceso se inscribe en el *lenguaje de la técnica* mucho más que en cualquier ámbito constitucional, ya que el *management* precisamente permite esquivar el marco jurídico-político que sigue siendo el del estado de excepción de Schmitt y Agamben. «Si la "reforma gubernamental" viene, de esta forma, a situarse bajo la égida de la técnica es porque recibe la influencia de la nueva teoría del "*management* científico" del trabajo».[13]

En Francia, el debate tendrá lugar bajo la doble influencia de Taylor (traducido a partir de 1907) y de Fayol. Para este último, el problema consiste menos en la transformación científica de la organización del trabajo que en la actividad de dirección y de *management*, en la que se agrupan distintas funciones: programación, organización, mando, coordinación y control. Se explica abiertamente que la fábrica industrial ha alcanzado un crecimiento que requiere un fortalecimiento de las funciones administrativas de mando. Estas se separan y *se proyectan por debajo* de las funciones clásicas de producción, comercialización, gestión contable, produciendo un nuevo tipo de personal, los *managers*, «encargados especialmente de coordinar y sistematizar el conjunto de las técnicas implementadas dentro de la empresa».[14] *Administración industrial y general* es el gran éxito de aquel ingeniero de minas cuyo mérito principal fue la extensión de los principios del *management* de la fábrica a otros tipos de organización,

[11] Pietro Grifone, *Il capitale finanziario in Italia*, Roma, Einaudi, 1971, p. 24.
[12] Nicolas Roussellier, *op. cit.*, p. 414. Aquí encontramos la gran tesis de David F. Noble.
[13] Ibídem, p. 413.
[14] Ibídem, p. 414.

particularmente a la administración del Estado. En esa época, «su modelo es presentado deliberadamente como extrapolable al marco de la administración del Estado y a la organización misma de un gobierno político».[15]

Sabemos que Paul Virilio establece una relación fuerte, que él califica de «tecno-lógica», entre el ejército, la fábrica y sus *managers*. Virilio no limita la *military class* a los oficiales del ejército. Su definición es más difusa e incluye a todos los tipos de *managers*. «Aquellos que llamamos "tecnócratas" son simplemente la clase militar. Son los que consideran la racionalidad únicamente bajo la luz de su eficacia, sea cual sea su horizonte. Ni siquiera perciben la dimensión apocalíptica del horizonte negativo. No es su problema».[16]

Una nueva «clase» de tecnócratas trabaja transversalmente en las distintas instituciones, estatales o privadas, según los métodos de la empresa que contribuyen a aumentar la burocratización. Porque la burocratización, a diferencia de un prejuicio común, no es una característica de la administración del Estado, es ante todo el «producto» de las grandes empresas —norteamericanas, en particular— y de su *management*. «Los *managers* científicos están llamados a modificar de arriba abajo la organización del trabajo, así como los nuevos gobernantes se verán obligados a repensar de arriba abajo la concepción del poder ejecutivo».[17] La revolución gerencial, que comienza por el gobierno, se va a ampliar luego al conjunto de la administración. Es la tecno-lógica que despliega el neoliberalismo al someter a todos los dispositivos del *welfare* a la contabilidad y a las reglas de funcionamiento de la empresa financiarizada («*accountability*»). De este modo, este contribuye a redefinir la forma y las funciones del Estado alimentando una nueva burocratización, cuya denuncia permitirá la privatización de nuevos sectores, «que solo conduce a un aumento de los gastos y a una intrusión creciente de la infraestructura de las operaciones».[18]

Esta reforma del poder ejecutivo será llevada a buen término e inscrita en la constitución de la V República francesa por un general, de Gaulle, quien «partiendo de la preocupación por restablecer el arte de la guerra […] da con el restablecimiento del arte de gobernar».[19] La reforma de lo militar «se presenta como una reforma del hecho político en su totalidad».[20]

---

[15] Ibídem, p. 415.
[16] Paul Virilio, *Pure War*, *op. cit.*, p. 34.
[17] Nicolas Roussellier, *op. cit.*, p. 415.
[18] Philip Mirowski, «Postface: Defining Neoliberalism», en P. Mirowski y D. Plehwe (dir.), *The Road From Mont-Pèlerin*, *op. cit.*, p. 449, n. 31.
[19] Nicolas Roussellier, *op. cit.*, p. 402. Lo que se lee como una paráfrasis del propio Charles de Gaulle, de quien conocemos la poca apetencia por la «cosa republicana» (de Gaulle, el adversario resuelto de la IV República).
[20] Ibídem, p. 391.

Si la Primera Guerra Mundial (en la que de Gaulle participa como capitán) reveló la crisis de un modo de mando fundado en la separación entre la toma de decisión, por parte del Estado Mayor del ejército, y su ejecución en el campo de batalla, «en la esfera de la política constitucional, la separación entre legislación y ejecución [también] es cuestionada».[21]

La reforma de la gubernamentalidad determina un nuevo proceso de legitimación de la *toma de decisiones*, respecto del cual podemos ver hasta qué punto no es ni (en el sentido schmittiano) «un elemento formal específicamente jurídico»,[22] ni (en la utilización de Schmitt por Agamben) ese «espacio vacío» que es el estado de excepción (vuelto permanente y «móvil») como dimensión constitutiva del derecho.[23]

Las ordenanzas, que habían constituido la «legislación motorizada» en la República de Weimar, son retomadas por de Gaulle a partir de la época de la Francia Libre. En lugar de estar estrictamente limitado por el poder legislativo, el ejecutivo lo deja de lado. «La asamblea proporciona "el concurso de una opinión calificada", pero no participa en el proceso de decisión».[24] Lo político no debe rendir cuentas «al pueblo» por medio de la Asamblea, como quiere la tradición republicana, sino al Estado. De esta forma, el paso hacia el momento en el cual solo le rendirá cuentas a la máquina de guerra está bien preparado.

Lo mismo ocurre en los sistemas políticos no presidencialistas, como el italiano, donde el decreto-ley, después de la Segunda Guerra Mundial, pasó a ser el medio de gobierno privilegiado que esquiva de esta forma los principios de la Constitución. La República italiana, como el resto de las democracias contemporáneas, ya no es «parlamentaria», sino «una democracia *ejecutiva*», según la expresión de Roussellier.

El hecho es que la V República, al tiempo que representa uno de los sistemas constitucionales que lleva más lejos el proceso de concentración del poder, se mantiene dentro de la historia del Estado-nación y de su soberanía. Este ya no será el caso con la contrarrevolución liberal de los años setenta, que organizará un nuevo modelo de poder en el cual, el ejecutivo, al rebasar completamente los límites del Estado, constituye un simple engranaje, pero muy esencial, de la financiarización. Esta no se limita a acelerar la «motorización de la máquina de hacer leyes» y a reducir al parlamento a una función consultiva y de legitimación: finaliza la construcción de la máquina de guerra del capital. Esta es la clave del *constructivismo*

---

[21] Nicolas Roussellier, *op. cit.*, p. 404.
[22] Carl Schmitt, *Teología política*, 2, 19, citado por Giorgio Agamben, *Estado de excepción*, op. cit., p. 75.
[23] Giorgio Agamben, ibídem, p. 99.
[24] Nicolas Roussellier, *op. cit.*, p. 398.

neoliberal, que lo proyecta mucho más allá de la mera «disociación entre la economía de mercado, el principio económico y las políticas de *laissez-faire*» analizada por Foucault.[25]

La realización de la máquina de guerra del capital

El verdadero poder ejecutivo ya no será el aparato del Estado, sino un conjunto de instituciones transnacionales que comprenden a los Estados como una de sus articulaciones dominadas por el capital financiero. Si bien «no interviene» en los flujos financieros, este gobierno en la «sombra» decide y fija el nivel del empleo, de los salarios, de los gastos públicos, la edad de retiro y el monto de las jubilaciones, las tasas impositivas, etc., de las distintas categorías de la población. Los poderes ejecutivos nacionales se limitan a ejecutar y a implementar las directivas y las decisiones de estos centros de mando globalizado. El Estado nación, destituido de su forma clásica de «soberanía», es reducido a la reterritorialización *de la economía-mundo de la deuda* (que este administra y *dirige* muy activamente). Obviamente, el gobierno norteamericano es una excepción. No es un Estado nación (en sentido clásico), sino un Estado imperial que redefinió sus «intereses nacionales» en términos de defensa y extensión del *global capitalism*, en tanto gobierna la axiomática de la economía-mundo de la deuda a través de su dominación de las instancias transnacionales que en gran medida fundó.

Una primera aproximación a la nueva naturaleza y a las nuevas funciones entremezcladas entre la guerra y el poder ejecutivo (¿una *guerra ejecutiva*?) como componentes de la máquina de guerra del capital financiero es proporcionada por el libro publicado en 1999 por dos coroneles de la fuerza aérea china, Qiao Liang y Wang Xiangsui, que lleva el título: *Unrestricted Warfare*. En el contexto de la pos Guerra Fría, al intensificarse la rivalidad China / Estados Unidos, estos generales se ven obligados a concebir la actividad financiera como una «guerra no sangrienta» cuyos efectos son comparables a los de una «guerra sangrienta». Así pues, las finanzas son integradas a una estrategia de *guerra no convencional* que renuncia, a la vez, a la «guerra popular» y a la mera «guerra tecnológica» para hacer frente a la supremacía estadounidense. En una entrevista concedida un año después, Qiao Liang centra más diplomáticamente la intención del libro en su tesis principal, poniendo de relieve la importancia de las «operaciones no militares», entre las cuales hay que incluir las «guerras comerciales, las guerras financieras, etc.».

[25] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 158.

Qiao Liang y Wang Xiangsui constatan que, hoy en día, la seguridad «nacional» está menos amenazada por las fuerzas militares de un Estado enemigo que por los «factores económicos como la apropiación de los recursos, la captura de los mercados, el control de los capitales, las sanciones comerciales».[26] Tal y como obliga el cambio de paradigma, es tiempo de reconocer que los daños causados por las nuevas «armas no militares» pueden ser tan temibles como aquellos producidos por las «armas militares». Los autores insisten particularmente en las finanzas, puesto que son el medio más eficaz de producir inseguridad al nivel de un país y del planeta en su totalidad. «Si comparamos en términos de la caída del índice de seguridad nacional, la situación de Tailandia e Indonesia, que en unos pocos meses alcanzaron varias devaluaciones del orden del 10 % y estaban casi en bancarrota, con la de Irak, que ha experimentado simultáneamente ataques militares y el embargo económico, resulta preocupante que casi no haya diferencia entre las dos».[27] Esta es también la razón por la cual las redefiniciones del conflicto entre Grecia y las instituciones financieras en términos de «guerra», «guerra colonial», «ocupación», «mandato colonial», etc., no son simples metáforas.

A medida que los medios de coerción se fueron diversificando, los Estados perdieron el monopolio de la violencia y de su uso: estos medios se volvieron económicos, diplomáticos, sociales, culturales… Los efectos de la guerra pueden ser entonces continuados y realizados por una multiplicidad de dispositivos, entre los cuales la violencia financiera seguramente es el más eficaz, porque desestabiliza a la sociedad en su conjunto al tiempo que diferencia sus efectos. Además, la manera de llevar a cabo la guerra ya no es solo un asunto de militares: «Evidentemente, la guerra trasciende el ámbito de las armas y de los asuntos militares y se transforma en un asunto de políticos, científicos e incluso banqueros. Las guerras no son solo sangrientas y los medios para llevarlas a cabo no son únicamente militares. La economía y la economía financiera, en particular, pueden reemplazar a los medios militares y dar lugar a una "guerra no sangrienta"».[28]

---

[26] Qiao Liang y Wang Xiangsui, *La guerre hors limites* (1999), París, Payot & Rivages, 2006, p. 168.

[27] Ibídem, p. 170.

[28] Ibídem, p. 299. Algunos años más tarde, el general Rupert Smith procurará evitar este terreno. Pero confirma que la nueva identidad de la gubernamentalidad y de la guerra conlleva la reversibilidad de las intervenciones económicas, políticas, militares *y humanitarias*: «En el nuevo paradigma [de la guerra] […] las operaciones militares modernas deben ser gestionadas, en la práctica, como una actividad entre otras del Estado». Rupert Smith, *L'Utilité de la force. L'art de la guerre aujourd'hui*, París, Economica, 2007, p. 281.

Nuestros dos oficiales chinos, cuando se interesan más precisamente por el funcionamiento de la *estrategia financiera* para incluir en ella lo que no temen llamar «*terrorismo financiero*», se ven obligados a construir un modelo de máquina de guerra del capital particularmente útil para captar la naturaleza del poder ejecutivo transnacional contemporáneo y la nueva realidad de la guerra. En efecto, ellos explican que el gobierno de la economía-mundo se ha convertido en una «ingeniosa red sin la menor discontinuidad entre diferentes niveles y diferentes instituciones. El modelo de gobierno conjuga "Estado + [niveles] supranacional + multinacional + no estatal"».[29] El ejemplo de la crisis asiática de 1997, con sus ataques especulativos dirigidos primero contra Tailandia para extenderse luego al conjunto de los países del sudeste asiático, al implicar una cuota de «reformas estructurales», permite desplegar la lista de actores: Estados Unidos, a saber, el único Estado que puede ser «representado» por su omnipresente institución financiera (la Reserva Federal); el FMI y el Banco Mundial (instituciones transnacionales); los fondos de inversión (multinacionales privadas); Standard & Poor's, Moody's, etc. (instituciones de evaluación no estatales). El poder ejecutivo *real* representa la identidad *realizada* entre economía, política y el ámbito militar, que trasformará de manera fundamental «el aspecto y la salida de la guerra e incluso la naturaleza militar de la guerra, que no ha cambiado desde la Antigüedad»,[30] para dar curso al arma «hiperestratégica» de la guerra financiera. La máquina de guerra resultante no es, *por definición*, una instancia de regulación, sino un poder de programación y de ejecución de la nueva guerra civil que algunos militares (Sir Rupert Smith es uno de ellos) analizan como una «guerra dentro la población» [*war amongst the people*]. Este nuevo tipo de poder ejecutivo y de máquina de guerra civil es el que hemos visto actuando, en su versión «no militar», durante la crisis de la deuda griega. Las instituciones europeas, el FMI y el BCE no deben responder a los pueblos, ni siquiera a los Estados, por la violencia y la arbitrariedad de las decisiones tomadas, sino únicamente a las instituciones financieras transnacionales que hoy en día son el vector principal de multiplicación *de las guerras «civiles» contra las poblaciones*.

Si el proceso de subordinación del poder judicial y legislativo al poder ejecutivo no ha dejado de cobrar importancia a lo largo del siglo XX, el conjunto de los poderes del Estado es el que ahora está enfeudado a un nuevo poder ejecutivo transnacional. Siguiendo todavía a Qiao Liang y Wang Xiangsui, el resultado de la globalización capitalista «es que mientras se reduce el campo de batalla en sentido estricto, el mundo entero [ha sido transformado] en un campo de batalla en sentido amplio [...]. Las armas

---

[29] Qiao Liang, Wang Xiangsui, *op. cit.*, p. 257.
[30] Ibídem.

son más modernas, los medios más sofisticados. Solo hay un poco menos de sangre, pero es la misma brutalidad».[31] *La extensión del dominio de la guerra*, que establece un *continuum* entre guerra, economía y política, acopla estrategias de horizontalidad (multiplicación y difusión de los centros de poder y decisión) y de verticalidad (centralización y estricta subordinación de estos centros y dispositivos de poder y decisión a la lógica de la «maximización del valor para los accionistas»).

Antes de cerrar este nuevo tratado sobre la guerra de Liang y Wiangsui, propongamos otras dos reflexiones. En primer lugar, a modo de verificación de nuestra hipótesis de partida: los dos flujos a través de los cuales hemos definido la fuerza de desterritorialización del capital que actúa desde la acumulación originaria, a saber, la moneda y la guerra, *se superponen perfectamente* en la mundialización capitalista contemporánea. Las finanzas se han convertido en un arma no militar a través de la cual se llevan a cabo «guerras no sangrientas» que producen efectos tan devastadores como en las «guerras sangrientas». La guerra ya no es la política continuada por los medios de la sangre. La política del capital es la guerra continuada por *todos los medios puestos a disposición por su* máquina *de guerra*. A continuación, la «reina» de las «crisis», la crisis financiera, a partir de la cual se abren y se encadenan dentro del ciclo económico clásico las crisis productivas y las crisis comerciales, confirma su identidad con la «guerra». De esta forma, la guerra toma el relevo de la «crisis» que subsume. En el ciclo marxiano, la contradicción entre la «producción para la producción», que empuja al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, y la «producción para el capital», es decir, para la ganancia y la propiedad privada, determina crisis violentas que *pueden* desembocar en guerras. En la situación presente, *la crisis no se distingue del desarrollo, la crisis no se distingue de la guerra*. En resumen: *la crisis no se distingue del desarrollo de la guerra*. Para esto es necesario que la fenomenología del concepto de guerra ya no remita a la guerra interestatal, sino a una nueva forma de guerra transnacional que está unida al desarrollo del capital y ya no se diferencia de sus políticas económicas, humanitarias, ecológicas, etc.

Esta definición de las finanzas como «guerra no sangrienta que emplea medios no militares» nos parece, y de lejos, más realista y políticamente más eficaz que la teoría de la economía heterodoxa que comprende las finanzas como una «nueva convención». No es una convención que busque renovar el viejo «contrato», sino una estrategia en la que la economía, la política y la guerra están estrictamente integradas en un mismo proyecto de *enforcement* del capitalismo global. Por consiguiente, sin reiterar la diferencia establecida por Foucault entre la acción del gobierno (ejecutivo)

---

[31] Ibídem, p. 298.

y los dispositivos de gubernamentalidad, no podríamos pasar por alto la cuestión de la relación entre estos dos tipos de institución. La administración norteamericana comienza por favorecer el «antiinflacionismo» del monetarismo inventando nuevos dispositivos de poder que buscan contener los efectos políticos del pleno empleo, pero las modalidades de una gubernamentalidad neoliberal que se proclama como tal («*the Neoliberal Thought Collective*», según la expresión de Philip Mirowski) serán apoyadas, desarrolladas e impuestas por los «gobiernos» de Thatcher, Reagan y, antes de ellos, por el gobierno fascista de Pinochet, quien inicia inmediatamente la desnacionalización/privatización/desregulación de la economía.[32] Sin esta intervención «gubernamental», no puede haber una contrarrevolución capitalista efectiva como respuesta político-disciplinaria para la crisis social del «capital humano» que pasa por estas nuevas formas de gubernamentalidad (de la guerra y por la guerra civil) exigidas por la explosión de las finanzas.

La máquina de guerra contemporánea del capital financiero prosigue la «colonización» del Estado, al que adapta a su funcionamiento no solo a través de la empresa, sino también de la administración. Simultáneamente, los «gobiernos» se convierten rápidamente en verdaderos agentes de esta colonización de la administración, en cuanto lugar de elaboración, control e imposición de una gran parte de las técnicas de «gubernamentalidad».

El *management* de la administración contemporánea encuentra su modelo en la economía, pero a diferencia del periodo de entreguerras, ya no es la organización científica del trabajo del capitalismo industrial la que le da su forma, sino las finanzas. Tanto la empresa como la administración son reestructuradas con el fin de maximizar el valor para los accionistas en detrimento de cualquier otro sujeto económico (trabajador, consumidor, usuario de los servicios públicos, contribuyente, etc.).

La Ley Orgánica sobre Legislación de las Finanzas (LOLF), poderosa palanca de la reforma del Estado, pone en marcha un proceso de transformación radical de las reglas presupuestarias y contables del Estado en función de la financiarización. De esta forma, la financiarización termina de borrar todo rastro de democracia en las instituciones estatales. Eso que

---

[32] Es la base del plan *El ladrillo*, elaborado en 1973 por miembros de la Facultad de Economía de la Universidad Católica de Chile, asociada con la Universidad de Chicago desde 1956. El plan preconizaba una *terapia de shock,* siguiendo la línea del pensamiento de Friedman, que recibirá el apoyo activo del FMI a partir de 1975, fecha de su plena aplicación. Inspirada en la *Constitution of Liberty* de Hayek, hasta en su título mismo, la Constitución chilena de 1980 da plena cabida a la necesidad de un Estado fuerte para garantizar la libre empresa y el mercado. Véase Karin Fisher, «The Influence of Neoliberalism in Chile before, during and after Pinochet», en *The Road of Mont-Pèlerin*, *op. cit.*

hipócritamente es llamado «crisis del modelo democrático representativo» depende de la misma genealogía y sigue el mismo calendario que el proceso de concentración de los poderes en el ejecutivo que tiene su origen en la Primera Guerra Mundial. En efecto, es a partir de los imperativos de la guerra total que la representación nacional y el «debate democrático» entre los representantes del pueblo van a ser progresivamente marginados, hasta no jugar otro papel más que la puesta en escena televisiva de la era del ejecutivo financiero.

En este punto, es necesario subrayar que la generalización del sufragio universal coincide con su neutralización, a través de un proceso que tiende a reducir a los parlamentos electos a simples instituciones de legitimación de un ejecutivo «motorizado». Jacques Rancière describe este sistema democrático-liberal como un compromiso entre un principio oligárquico (el pueblo delega su poder a los representantes de las fuerzas económicas, financieras, etc.) y un principio democrático (con el poder de todos reducido solamente al ejercicio electoral). Por su parte, Nicolas Roussellier propone una definición de la democracia que parece igual de pertinente, ya que parece corresponder con su funcionamiento más real: la «democracia ejecutiva», que nosotros entendemos como la articulación institucional de la máquina de guerra del capital. El hecho es que la «democracia ejecutiva», para seguir siendo la expresión de las políticas de modernización nacionales, se ve completamente sobrepasada por las nuevas instituciones bélicas de la mundialización a las cuales se somete en cuerpo y alma. En Francia, esa es la receta de la *salsa hollandesa*.[33]

Las guerras dentro de las poblaciones

La máquina de guerra del capital introduce, por lo tanto, su política (orden financiero y gubernamentalidad de este orden) en la conducción de la guerra de dos maneras diferentes: la guerra industrial y la «guerra dentro de las poblaciones».

El proceso de integración de la guerra en las estrategias, ya no del Estado, sino del capital, modifica la naturaleza y las funciones de la guerra. Esta era la tesis sobre la indistinción de la economía y de la guerra mantenida por los citados estrategas chinos en su análisis de la «crisis financiera asiática» de 1997. Pero se va a producir un nuevo giro en el marco de la reflexión sobre las razones del fracaso de la superpotencia militar en los conflictos

[33] Juego de palabras entre François Hollande, político socialista y presidente de la República francesa entre 2011 y 2017, y la salsa holandesa hecha con mantequilla clarificada, yemas de huevo y limón. [N. de E.]

de comienzos del siglo XXI. La visión sistémica del funcionamiento de la guerra desarrollada por los oficiales chinos da paso a los imperativos de la «guerra dentro de las poblaciones», que tendrá que incorporar en la nueva naturaleza de la guerra la *guerra de subjetividad*. Se trata de la cuestión del «papel esencial del factor humano» (*human terrain*, en buen inglés) en una «guerra irregular» que se convierte en la forma regular de la guerra,[34] y de la guerra de división de/dentro de la población. Su primera modelización, denominada «esquismogénesis», fue realizada por Gregory Bateson. Desarrollada en un contexto colonial en el que Bateson participó de manera muy activa, alimentada por la «negación del Imperio» de la era poscolonial, y acelerada por el auge de las guerrillas y las operaciones en zonas urbanas, *populo-centradas* por esencia, la «esquismogénesis» adopta la figura de la «protección de la población» para imponer la revisión doctrinal de la acción militar extendiendo el dominio de la contrainsurgencia a los frentes externo e interno. El entorno estratégico es el reconocimiento de una «era de conflictos persistentes» que llevan a privilegiar las «operaciones de estabilización» para intensificar la empresa de colonización sistemática, continuando la guerra de la acumulación originaria como operación de policía transnacional. Es en este sentido, también, que la máquina de guerra del capital entrega la verdad transhistórica del conjunto de su proceso: aquel del capital que se identifica con un imperialismo liberal que solo puede valerse del «derecho internacional» militarizando todas sus operaciones de «policía» como guerras de «pacificación» dentro de las poblaciones.

El fin de la Guerra Fría trae consigo el agotamiento de la «guerra industrial» que dominó ampliamente el siglo XX y su remplazo por un nuevo paradigma planteado como su «antítesis». Dos generales —el inglés Sir Rupert Smith, cuya hoja de servicios es impresionante, y el francés Vincent Desportes— definirán este paradigma como «guerra dentro de las poblaciones».[35]

Las condiciones de posibilidad de la guerra industrial estaban neutralizadas *en la práctica* por la bomba atómica, que favoreció una primera *desmasificación estratégica* de los ejércitos. No obstante, habrá que esperar a los fracasos de las guerras neocoloniales llevadas a cabo por Estados

---

[34] Véase Vincent Desportes, *Le piège américain. Pourquoi les États-Unis peuvent perdre les guerres aujourd'hui*, París, Economica, 2011, p. 259.

[35] Sir Rupert Smith ejerce diversas funciones de mando en Asia y en África, durante la primera guerra del Golfo, en Bosnia Herzegovina, en Irlanda del Norte, etc., y termina su carrera como comandante en jefe adjunto de las fuerzas aliadas en Europa (1998-2001). Desde 2006, es uno de los consejeros internacionales del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). La «guerra dentro de la población» ocupa un lugar central en el manual FT-01 (*Ganar la batalla-Conducir a la paz*), publicado en 2007 por el Centro de Doctrina y de Empleo de las Fuerzas del ejército de tierra francés. El manual fue redactado bajo la dirección del general Desportes.

Unidos tras la caída del muro de Berlín para demostrar definitivamente la impotencia de la «guerra industrial» frente a las nuevas modalidades del conflicto en las condiciones socioeconómicas de la globalización.

Las distintas restructuraciones del ejército norteamericano,[36] que dieron la ilusión a Estados Unidos de una traducción automática de la supremacía tecnológica en supremacía estratégica, fueron todas concebidas a partir del paradigma de la «guerra industrial» y su digitalización gerencial (el modelo Walmart).[37] Es la adaptación digital de la doctrina norteamericana implementada a partir de 1945 y perfectamente resumida por Henry Kissinger: «*La tecnología, unida a nuestras competencias gerenciales*, nos dio la capacidad de remodelar el sistema internacional y producir transformaciones en los "países emergentes"».[38] Los cambios organizacionales que experimentó el ejército para ganar la batalla en el frente *cyber* de la instantaneidad no hacen más que desplazar la «cuestión vietnamita», ya que estos también resultan impotentes frente a los nuevos «enemigos» que la mundialización capitalista poscomunista/colonial hizo emerger: estos cambios van a perdurar e instalan la guerra *en su duración*. En Afganistán (2001) y en Irak (2003), la «victoria» —demasiado fácilmente— lograda por la maniobra cinética a gran escala (a partir del modelo «adaptado» de la primera Guerra del Golfo) y la aplicación masiva de una fuerza letal «inteligente» (es decir, el estadio supremo de la guerra industrial como *manifiesto* de la potencia norteamericana) no determinaron el cese de las hostilidades, sino por el contrario, su continuación y su mutación. Con la retirada del ejército norteamericano, *in fine*, que deja tras de sí un país presa del caos más «sangriento» y de la guerra civil.

No obstante, ya en 1997 un historiador oficial como Williamson Murrey publicó en *The National Interest* un artículo de denuncia con un título inequívoco: «Clausewitz Out, Computer In». Dos años después,

---

[36] RMA (*Revolution in Military Affairs*), *transformación* que apuesta por la innovación en todos los ámbitos y en todo el espectro de las operaciones, *Information Dominance y Network-centric Warfare*, (guerra digital «centrada en la red»), instalación del concepto O^3 (que hay que pronunciar «O-cube»), por *omnisciente*, *omnipresente*, *omnipotente.*

[37] Véase la muy convincente reconstrucción de la arquitectura del *network-centric warfare* propuesta por Noah Shachtman, «How Technology Almost Lost the War: In Iraq, the Critical Networks are Social-Not Electronic», *Wired*, vol. 15, núm. 12, 2007: «Si esta empresa [Walmart] podía conectar a todo el mundo y volverse más eficaz, las fuerzas estadounidenses también podían hacerlo. [...] Gracias a las redes informáticas y a un flujo eficaz de información, la máquina de guerra norteamericana pasaría del estado de motosierra al de bisturí». El modelo Walmart es puesto de relieve en la intervención-manifiesto de Arthur K. Cebrowski y John J. Gartska, «Network-centric Warfare: Its Origin and Future» (enero de 1998), de la cual hemos extraído la frase utilizada como epígrafe en el presente capítulo.

[38] Henry Kissinger, *American Foreign Policy*, Nueva York, W. W. Norton, 1974, p. 57.

Murrey recomienza su ataque en la revista *Orbis* publicada por el Foreing Policy Research Institute:

> Lo que parece surgir, particularmente en la fuerza aérea, es una renovación de ese tipo de enfoque mecanicista, científico, analítico, que tanto contribuyó al fracaso vietnamita [...]. Hace dos años, un oficial general de alto rango del ejército de tierra anunciaba a sus estudiantes del *War College* que la «digitalización del campo significaba el final de Clausewitz», en otros términos, que la tecnología de las computadoras y de las comunicaciones modernas eliminaría la confusión y la fricción en el campo de batalla del mañana, al menos para las fuerzas norteamericanas.[39]

A partir de los impases del hipermodernismo del ejército norteamericano, por lo tanto, se inició el debate sobre las nuevas condiciones estratégicas de una guerra que debía enfrentar a enemigos cada vez menos convencionales en un teatro de operaciones que ya no puede ser ajeno a las consecuencias geopolíticas de la mundialización tecno-financiera («El enemigo está mejor conectado [*networked*] que nosotros»).[40] Ahora bien, lo que enuncia el nuevo paradigma de la «guerra dentro de la población» es la *imbricación* de lo civil y lo militar, y su *integración* en la máquina capitalista de la globalización que impone su gobernanza política en un *continuum* cuyos componentes no son otros que todas las formas y todas las variedades de la guerra, salvo una: librar una batalla *high-tech* contra un enemigo convencional.

John Nagl, protegido del general David Petraeus y vinculado a la redacción de «su» manual de contrainsurgencia publicado a finales del 2006, lo explica muy bien: «El verdadero problema con la guerra en red es que solamente nos ayuda a destruir. Ahora bien, en el siglo XXI, eso no es más que una ínfima parte de lo que intentamos hacer. Este tipo de guerra resuelve un problema que no tengo —combatir a un enemigo convencional cualquiera— y apenas ayuda a resolver un problema que sin lugar a dudas se me plantea: *cómo construir una sociedad cuando estamos frente a individuos que la tecnología ha vuelto superpotentes*».[41] No podría señalarse mejor que no se trata en absoluto de renunciar a la *Information Technology* (IT) de la cual se alimenta la *network-centric warfare* (esto es irreversible, tal y como obliga el «phylum maquínico»). De lo que se trata, más bien, es de romper

---

[39] Citado en Vincent Desportes, *Le piège Américain*, *op. cit*, p. 137. El artículo de Williamson Murrey, «Clausewitz Out, Computer In. Military Culture and Technological Hubris» puede consultarse en www.clausewitz.com/readings/Clause%26Computers.htm.

[40] Según la constatación tardía del Mando Central norteamericano encargado de supervisar las operaciones en Irak (referido por Noah Shachtman, art. citado).

[41] Citado por Noah Shachtman, *loc. cit*. El subrayado es nuestro.

con su mitología «fuera del territorio»[42] y dominar los circuitos de retroalimentación *social* integrándola, adaptándola, reterritorializándola en las modalidades de incursión de una *guerra sin fin* dentro de la población. Este es el punto de ruptura con la «revolución en los asuntos militares» que pretendía concluir la guerra lo más rápido posible. En efecto, *The high speed continuum's payoff* —retomando el vocabulario *business* de los militares-revolucionarios norteamericanos— se enunciaba así: *poner fin a las guerras*, «eso es lo que busca la guerra en red».[43]

Ajenos a los arcanos jurídico-políticos del estado de excepción, ¿los militares definirían mejor que los universitarios (filósofos, politólogos, sociólogos, economistas) la naturaleza de la iniciativa capitalista, en su propia necesidad objetiva de repensar la guerra *para mantener la seguridad del mundo*[44] en la era del neoliberalismo avanzado?

El reemplazo de la guerra industrial por la guerra dentro de la población es una necesidad estratégica del capital. Mientras la gran mundialización estuvo territorializada en el Estado nación, la guerra debió adoptar la forma imperialista de la guerra interestatal.

En la mundialización contemporánea, el espacio de la acumulación es transnacional. Por consiguiente, las modalidades de incursión y de continuación del conflicto serán menos redefinidas en función de los Estados que respecto de las poblaciones globalizadas que deben ser sometidas a su lógica. Porque la «guerra dentro de la población» no se dirige solamente a los «terroristas e insurgentes». Puesta en plural, *las guerras contra las poblaciones*, es el instrumento principal de control, normalización, disciplinamiento de la fuerza de trabajo globalizada. Entonces hay que generalizar el aforismo dolorosamente redescubierto por el ejército norteamericano en Irak: «*El dinero es un arma*». Con el neoliberalismo, la *razón del capital* supo hacer suya como nunca antes la divisa de los senadores norteamericanos: «Pensar global, actuar local». ATTAC retomará la consigna, con un éxito dispar.

«Combatimos dentro de las poblaciones, no en un campo de batalla»,[45] afirma categóricamente el general Rupert Smith. Por lo tanto, la guerra

---

[42] En estas condiciones, en virtud de la asimetría de las fuerzas en el terreno, la máquina de guerra estadounidense podrá incluso superar cómodamente e hiperacelerar los tiempos del *business* sometido a una «verdadera» competencia: «En el ámbito de los negocios, a menudo se necesitan años para bloquear [*lock-out*] un producto; en el ámbito de la guerra, se puede lograr *en algunas semanas*, *incluso más rápido*» . Arthur K. Cebrowski, John J. Gartska, art. citado. La cursiva es nuestra.

[43] Ibídem

[44] «La realidad es que, hoy en día, nos apoyamos en nuestras tropas para llevar a cabo todo tipo de misiones que solo se relacionan de lejos con el combate tradicional, pero que son vitales para mantener la seguridad del mundo» (en Noah Shachtman, art. citado).

[45] Rupert Smith, *op. cit.*, p. 259.

dentro de la población tendrá que ser distinguida de la guerra asimétrica. La simetría está atrapada en una definición de la guerra por lo general convencional y genérica.

> Es una realidad nueva en la cual la población, sea cual sea y dondequiera que viva, se ha transformado en el campo de batalla. Las incursiones militares se desarrollan ahora en cualquier lugar: en presencia de los civiles, en contra de los civiles, en defensa de los civiles. Los civiles pueden constituir blancos, objetivos a conquistar, fuerzas hostiles. De hecho, contentarse con llamar «asimétricas» a estas guerras es negarse simplemente a admitir el cambio de paradigma. Desde tiempos inmemoriales, el «arte» de la guerra ha consistido en realizar una asimetría con respecto del adversario.[46]

En el nuevo paradigma, lo «sin-límite» de la guerra industrial, lo ilimitado de la destrucción, se transforma en sin-límites de la intervención en y contra la población, llevada a cabo en nombre de «operaciones de estabilización» que participan en un sistema de pacificación global, donde la guerra ya no puede ser «ganada». La «contrainsurgencia centrada en la población [*population-centric counterinsurgency*]» es sinónimo de una *pacificación infinita*.

El enemigo es menos el Estado extranjero que el «enemigo indetectable», el «enemigo desconocido», el «enemigo indeterminado» que se produce y se reproduce al interior de la población. Esta nueva definición del enemigo desmigajado, esparcido, *dispersado* (es decir, *menor*) emerge en la literatura militar después de 1968. En la Guerra Fría, el enemigo designado era la URSS y el comunismo.

Bastante antes de la caída del Muro de Berlín, con el desacuerdo respecto a la forma-partido y la emergencia de nuevas fuerzas políticas, nuevas modalidades de organización («segmentada», «policéntrica» y «reticulada»),[47] nuevas estrategias de lucha y «secesión», se empieza a hacer referencia al «enemigo indeterminado», retomando un término que hizo su aparición en la literatura sobre la seguridad nuclear. La población es el terreno fértil desde el cual puede surgir, en todo momento, este enemigo que no está claramente identificado. «Este enemigo necesita a la población como colectividad para que lo mantenga. Como un parásito, depende de su huésped para el transporte, la calefacción, el alumbrado, los ingresos, la información. Los rusos lo comprendieron antes de atacar y de arrasar Grozni en 1994-1995. Para lograr una batalla decisiva contra los chechenos, desplazaron a la población».[48]

---

[46] Ibídem, p. 4.
[47] SPR, luego SPIN (*segmented, polycentric, integrated network*) en la literatura anglosajona.
[48] Rupert Smith, *op. cit.*, p. 269. Recordaremos que esta segunda guerra de Chechenia fue llevada a cabo como una guerra contra el terrorismo.

El general Vincent Desportes llega a las mismas conclusiones al denominar «guerra probable» a la guerra contemporánea. A diferencia de la guerra industrial llevada a cabo por el Estado, la guerra probable no tiene «frente», coincide con la población de la que cual el «*adversario probable*» no se desprende jamás. «La guerra probable no se hace "entre" las sociedades, se hace "en" las sociedades. De ahora en adelante, la población se impone como actor y desafío principal. [...] Al abandonar un modo en el que la población constituía "la retaguardia" —por oposición al frente, zona intrínsecamente militar—, las fuerzas armadas ahora actúan en su seno y con referencia a ella. Las fuerzas militares han entrado en la era de la guerra dentro de la población».[49]

La expresión «guerra probable» enuncia perfectamente el funcionamiento de una máquina de guerra que no tiene a «la» guerra como fin, en la medida misma en que *transforma a la paz en una forma de guerra para todos*. La guerra (en un sentido que ya no es clausewitziano) es uno de los medios, entre otros, de la máquina de guerra. La unidad y la finalidad de la máquina de guerra no están dadas por la política del Estado nación, sino por la política del capital, cuyo eje estratégico está constituido por el crédito/deuda. La máquina de guerra sigue produciendo guerra*s* —incluso, aunque de manera limitada y por lo general indirecta, interestatales—, pero están subordinadas a su verdadero «objetivo» que es la sociedad humana, su gobernanza, su contrato social, sus instituciones, y ya no tal o cual provincia, tal río o tal frontera, ya no hay línea o terreno por conquistar, que haya que proteger. El único frente que deben tener las fuerzas movilizadas es el de las poblaciones».[50]

La población se transformó en un objetivo militar en un sentido nuevo (y renovado) durante la Segunda Guerra Mundial cuando las ciudades europeas y japonesas fueron duramente bombardeadas, incluso destruidas. Pero se trataba de la población del Estado enemigo. En el nuevo paradigma, «las dos partes luchan dentro de la población», que es el único «teatro de operaciones»[51] para una multitud de acciones de naturalezas muy distintas que privilegian la «comunicación» (con el fin de ganar el apoyo de una población diferenciada) y el «nivel subalterno». «Entonces todas las operaciones serán menores y solo su conjunción permitirá un efecto global. Serán locales y la mayoría de las veces estarán desconectadas tácticamente, puesto que la estructura del nuevo adversario vuelve muy improbable el efecto sistémico establecido antaño como modelo de la guerra».[52]

---

[49] Vincent Desportes, *La Guerre probable*, *op. cit.*, p. 58.
[50] Ibídem.
[51] Rupert Smith, *op. cit.*, p. 267.
[52] Vincent Desportes, *Le Piège américain*, *op. cit.*, pp. 140-141.

Para estos generales, el concepto de población no presenta el aspecto totalizante y genérico propio de la economía política, y del cual el mismo Foucault sigue dependiendo. Incluso se podría plantear que su concepto integra, a su pesar, la crítica de Marx contra una «población» que se encarna en clases, intereses y luchas. Porque en el nuevo paradigma de la guerra, la población no es «un bloque monolítico; está constituida por entidades, fundadas en la familia, la tribu, la nación, la raza, la religión, la ideología, el Estado, la profesión, la competencia, el comercio e intereses diversos». La naturaleza de la población no es «naturalmente» económica porque la diversidad de opiniones e intereses pueden converger y encontrar su «unidad» bajo una dirección política que no es la de la «sociedad civil». Y si la población propia del nuevo paradigma realiza las condiciones de la relación de poder foucaultiana, no es como una alternativa a la guerra, sino como su incursión siempre posible en la guerra civil y en lo que comenzará a denominarse «guerrillas degeneradas». En efecto, la población «siempre puede rebelarse» y es mediante este acto que puede considerársela libre. La población anhela «cosas que pueden figurar entre la "liberación de" y la "libertad de". Quiere ser liberada del miedo, del hambre, del frío y de la incertidumbre. También desea la libertad de prosperar y de actuar». Por supuesto, la lección es colonial y coincide con la larga historia de la *endocolonización* que le está estrechamente asociada —hasta en su puesta en crisis global—.

En el adversario que vive, se esconde y prospera en la población, los estrategas militares no solamente reconocen la libertad, sino también una disposición activa, inventiva, *creativa*, puesto que «negarse a respetar la existencia y el uso de su voluntad creativa [...] predispone a la derrota».[53] Con ello se verifica que la guerra dentro de las poblaciones es la conceptualización tardía de la dinámica de la guerra civil global que se perfila a partir del 68 y de todas las luchas anticoloniales, antirracistas, obreras, feministas y ecologistas de los años sesenta que allí cristalizan. Esta remite al despliegue de las guerras de sexo, de raza, de clase, de subjetividad, es decir, a las guerras que constituyen la trama del poder del capitalismo desde la acumulación originaria. Estas guerras de la acumulación que no han cesado de acompañar su desarrollo son reconfiguradas por su paso a través de la enorme socialización de la producción y de la dominación constituida por las dos guerras totales y el fordismo. A partir del 68, hemos entrado en lo que nuestros militares llaman «la era de los conflictos reales, duros y *permanentes*».[54] Lo que no es una novedad en sí, sino *para ellos y para nosotros* por las formas inéditas que toman estos conflictos.

---

[53] Ibídem, pp. 266-270.
[54] Vincent Desportes, *La Guerre probable*, *op. cit.*, p. 206 (la cursiva es nuestra).

El hecho de que la población no sea un bloque homogéneo porque está atravesada por una multiplicidad de fracturas se confirma en las ofensivas lanzadas por la contrarrevolución neoliberal contra la clase obrera de los «Treinta Gloriosos», a partir, precisamente, de las divisiones que estas fracturas operan según líneas de raza (reactivación del racismo de Estado), de sexo (feminización de la pobreza y de su explotación; casi esclavitud en los países del «tercer mundo», trabajo en negro, trabajo doméstico en el exterior en los «países desarrollados» y menos «desarrollados», prostitución en todas partes —coincidiendo irónicamente con las campañas de la ONU en favor de la emancipación de las mujeres—) y de clase (desplazamiento del terreno del enfrentamiento desde el capitalismo industrial hacia el capitalismo financiero).

Renunciando al concepto de guerra por el de gubernamentalidad, la crítica foucaultiana se encuentra en una posición delicada respecto de estos debates estratégicos en los que la realidad más contemporánea del capitalismo se afirma en la perfecta reversibilidad de la *gubernamentalidad* de la población con la *gobernanza* de la guerra. Si leemos a estos militares, el texto de Foucault «El sujeto y el poder» (1982), que distingue guerra y poder al tiempo que problematiza su coexistencia, tiene una actualidad indiscutible.

La gubernamentalidad es gubernamentalidad de la guerra vuelta *híbrida* en la hibridación de la cultura de la defensa y de la «seguridad» indistintamente local y global. En estos estrategas de la nueva guerra, que por definición no podrían renunciar al uso de la guerra, la dimensión «securitaria» de la gubernamentalidad foucaultiana es omnipresente. Como el adversario ahora solo puede ser «irregular», «la única manera de intervenir es "controlar el medio", intervenir para "controlar el entorno"» donde vive la población y al interior del cual se esconde lo irregular. Las modalidades de control y de intervención de las técnicas securitarias (temporales y acontecimentales) sobre el *homo œconomicus* descritas por Foucault son homogéneas a las técnicas de control y de intervención sobre el enemigo irregular y no detectable de la mundialización capitalista. Aquí hay que pensar en la «nebulosa de las amenazas transversales» y en la existencia de esas «zonas grises», donde el capitalismo ha concentrado a las clases precarizadas.

La acción del ejército debe consistir menos en la identificación y la destrucción de los objetivos que en el control del territorio y de la ciudad en particular, ya que esta última constituye el medio o el entorno de la población y de la pobreza globalizada. Si en el nuevo paradigma, la ciudad reemplaza al campo como lugar de la guerra, no es en el sentido en que «ahí se debe [...] ganar [...] la guerra de la ciudad, sino la guerra dentro de las poblaciones en la ciudad».[55]

---

[55] Ibídem, pp. 61, 64.

Virilio aporta una inflexión importante a la definición del enfrentamiento cuando afirma que su terreno ya no es la ciudad, sino los «*suburbs*», los suburbios y las «barriadas» que forman otras tantas *sub-ciudades*. Puesto que la ciudad clásica ya no corresponde al desarrollo de la iniciativa capitalista de la guerra dentro de las poblaciones, las «ciudades deben morir», asesta Virilio, mientras la «gentrificación» de ciudades cada vez más museízadas lo ilustra perfectamente. El futuro será la era del fin de las ciudades y de la extensión indefinida de los «*suburbs*»: «El fracaso de la integración urbana a favor de un mega-*suburb*. No la megalópolis, sino el mega-*suburb*».[56] Es el estadio último de lo *periurbano* como dominio de intervención de la guerra urbana contra las poblaciones segregadas donde «domina» el enemigo interior poscolonial.

En un libro de arte llamado *Dead Cities* [Ciudades muertas], Jean-Cristophe Bailly firma un texto que lleva por título «La ville neutralisée» [La ciudad neutralizada]. Bailly señala lo que le parecen dos evidencias al observar las fotografías, tomadas por Guillaume Greff, del Centro de Entrenamiento para las Acciones en Zona Urbana (CENZUB) instalado por el ejército (94° regimiento de infantería) en un inmenso campamento militar en Sissonne (Aisne): «La primera es que la tipología misma del decorado designa tanto —si no más— un enemigo interno (la revuelta) como un enemigo venido del extranjero, y que el paisaje producido en vez de ser el de la guerra propiamente dicha es el de la representación. La segunda es que el decorado, con su extraordinaria pobreza y su anulación de todo estilo y de todo acento, a veces guarda una sorprendente similitud con algunos fragmentos periurbanos». En «la ciudad neutralizada del teatro de la neutralización», *la ciudad en rebajas se convierte en la norma de la vida rebajada*».[57]

Pero sin su realidad de instrumento de producción de subjetividad y de medio de control de las conductas, la definición de la guerra en cuanto gubernamentalidad seguiría siendo abstracta. «Hoy en día, la destrucción ha alcanzado sus límites»:[58] son los límites del enfoque cuantitativo, que privilegia la destrucción e ignora las «dimensiones inmateriales». Antes de apuntar a la «destrucción», la guerra tiene como objetivo las acciones, las conductas, la subjetividad del adversario. Para hacerlo, la guerra debe ocupar «tanto los campos psicológicos como materiales», en la medida en que el universo de la población no es «militar y racional», sino más bien «civil y emocional». «Ya no se trata de detectar una gran cantidad de tanques y

---

[56] Paul Virilio, *Pure War*, *op. cit.*, p. 114.

[57] Jean-Cristophe Bailly, «La ville neutralisée», en Guillame Greff, *Dead Cities*, París, Éditions Kaiserin, 2013, vol. I, sin número de páginas.

[58] Vincent Desportes, *La Guerre probable*, *op. cit.*, p. 88.

localizar objetivos potenciales, sino de comprender medios sociales, comportamientos psicológicos».[59] No es que sea cuestión de *embarcar* a las ciencias sociales (*embedded social science* destinada al fracaso del *Human Terrain System* [HTS] norteamericano),[60] llevan embarcadas mucho tiempo (desde el nacimiento colonial de la antropología hasta la financiación militar —directa o indirecta— de la investigación universitaria), sino de que la fuerza sea empleada de manera gradual según un «enfoque global» que reconozca la preponderancia de lo social y de lo político sobre lo puramente militar, que debe integrar activamente en su dispositivo la dimensión de guerra de subjetividad. Del lado norteamericano, el *human-centric-warfare* buscará *volver a dar utilidad a la fuerza* tras haber aprendido a costa suya que «destruyendo al enemigo no ganaremos» (general McChrystal, comandante de la ISAF).[61] Robert Gates —el último secretario de defensa de la administración Bush, que mantuvo sus funciones con Obama como hombre fuerte del Pentágono— explica que hay que saber llevar a cabo las *small wars*, en las que el 90 % de las acciones no son militares, cuanto una operación de comunicación de la cual la batalla no es más que uno de los *argumentos*. Gates agrega que los conceptos etnocéntricos deben ser estratégicamente condenados junto con el *tecnocentrismo* al que pudieron haber dado lugar (la doctrina del «*full-spectrum dominance*»).[62] De un modo más realista, porque la guerra de comunicación en el frente interno no es ajena a este encadenamiento de enunciados que contribuyen a la mistificación «democrática» del *Surge*,[63] planteemos que el mantenimiento de la dominación norteamericana («*dominance's persistance*» según el mismo Robert Gates) *también* debe incluir otros medios, tales como el estudio del «terreno humano» para realizar allí una guerra social y cultural. ¿Pero no es necesario entonces evocar un *social-centric network warfare*? De lo contrario, como hemos señalado, aquí solo podríamos ver «una hábil

---

[59] Ibídem, pp. 93, 65, 62.

[60] Véase Roberto J. Gonzalez, «The Rise and Fall of the Human Terrain System», *Counterpunch*, 29 de junio de 2015, disponible en www.counterpunch.org/2015/06/29/the-rise-and-fall-of-the-human-terrain-system.

[61] *ISAF Commander's Counterinsurgency Guidance*, septiembre de 2009.

[62] Citado en Vincent Desportes, *Le Piège américain*, *op. cit.*, pp. 264-265. Podremos ser totalmente escépticos en cuanto a la realidad de la ruptura con una concepción etnocéntrica del mundo, que no ha dejado de alimentar y de prolongarse en esta visión moral y securitaria de la «guerra justa» propia del ejército norteamericano. Esta visión es compartida con más diplomacia por la administración Obama, y posteriormente por los miembros europeos de la coalición.

[63] «*Surge*» (literalmente la «sobretensión» que responde a la *insurgency*) es el nombre codificado en forma de manifiesto de la nueva estrategia norteamericana implementada en Irak por el general Petraeus. Así como lo explica en muchas entrevistas (la operación está sobremediatizada), se trata de volver a poner a los «soldados de la coalición» *dentro de la población*.

retraducción de los "27 principios" de T. H. Lawrence enunciados un siglo antes en el *Arab Bulletin*». Principios que no estaban tan alejados de las prioridades «etnográficas» puestas en práctica por Lyautey (en Marruecos) y Gallieni (en Tonkín o Madagascar).[64]

La acción del ejército debe «encontrarse con el adversario en su propio terreno, "ciñéndose" lo más posible a su realidad fluctuante», según un método que es la otra cara del método practicado por el ejército de la guerra industrial. El enfoque tradicional «de arriba hacia abajo» de los conflictos interestatales es reemplazado por el enfoque «de abajo hacia arriba», ya que la mayoría de las veces se trata de volver a partir desde el terreno y la población para reconstruir el Estado,[65] o para cambiar de régimen o de gobierno.

La guerra también tiene una doble dimensión, macro y micropolítica. «Ayer, lo esencial de la acción militar era la destrucción y los servicios secretos; en primer lugar, la información sobre los objetivos, mientras que ahora lo esencial es la comprensión y el entendimiento de la situación, la percepción de las microsituaciones y los microobjetos».[66] Aquí se mide la mutación con respecto de la *infowar* de la guerra en red, donde el control de la «percepción del enemigo» anunciaba el «control total de la situación».[67] Es necesario renunciar, por lo tanto, a esta *dominación rápida* (*Achieving Rapid Dominance* es el subtítulo de la doctrina «Shock y terror» —*Shock and Awe*— tan preciada por Bush Jr. y su administración de neoconservadores dirigida por Donald Rumsfeld) para alcanzar la absoluta proximidad procesual de la guerra con la microescala de la vida cotidiana civil.[68] El demonio de Maxwell vuelve a encontrarse con las paradojas que los físicos de la relatividad le habían impuesto.

Para seguir en el camino trazado por Foucault, por *gubernamentalidad* hay que entender simultáneamente la acción sobre la población y sobre el público, porque «el público [...] es la población considerada desde el punto de vista de sus opiniones [...]. La población, en consecuencia, es todo lo que va a extenderse desde el arraigo biológico expresado en la especie hasta

---

[64] Véase Georges-Henri Brisset des Vallons, «La doctrine de contre-insurrection américaine», en G.-H. Brisset des Vallons (dir.), *Faut-il brûler la contre-insurrection*?, París, Choiseul, 2010.

[65] Vincent Desportes, *La Guerre probable*, *op. cit.*, p. 63.

[66] Ibídem, p. 135.

[67] Harlan K. Ullman, James P. Wade, *Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance*, Washington, National Defense University Press, 1996, pp. 83-84, p. XVII, p. XXIV.

[68] Aquí nos tomamos la libertad de invertir el sentido de la proposición de Brian Massumi, haciéndola jugar a contracorriente de la doctrina «Shock and Awe», véase *Ontopower. Wars, Power and the State of Perception*, Durham y Londres, Duke University Press, 2015, p. 73.

la superficie de agarre presentada por el público». La economía y la opinión, concluye Foucault, «son los dos grandes elementos de realidad que el gobierno tendrá que manipular».[69] La guerra es una *guerra global de la(s) percepción(es)*.

La nueva guerra es llevada a cabo dentro de la población, pero también dentro del público, que se ha vuelto global «gracias a los medios de comunicación». Este «público mundial» funciona como una imposición y una oportunidad. Los medios de comunicación, «en gran medida [...] son comunes a todos los actores del conflicto», son *armas* por la simple razón de que su uso depende de la máquina de guerra que los utiliza. Aquí todavía resulta imposible hablar de autonomía o de automatismo de la técnica como lo hacen las teorías críticas obsesionadas con los medios de comunicación y las tecnologías. La máquina técnica depende de la máquina de guerra. Con la vista puesta en la guerra de Vietnam («*our first television war*»), McLuhan afirmaba con razón en *War and Peace in the Global Village* (1968): «La *television war* marcó el fin de la dicotomía entre lo civil y lo militar». Y explica: «La opinión pública ahora participa en cada fase de la guerra, cuyos principales combates se desarrollan en los hogares norteamericanos».[70] Tres años más tarde, Hannah Arendt escribe en sus *Reflections on The Pentagon Papers*, que hacían pública la planificación *clasificada* de la guerra de Vietnam: «La fabricación de imágenes como política global —no la conquista del mundo, sino la victoria en la batalla "para ganar los espíritus"— es algo realmente nuevo en el inmenso arsenal de locuras humanas identificadas a lo largo de la historia».[71] Por lo tanto, no nos sorprendería que el impacto de los medios de comunicación mundiales sea plenamente integrado a la *culture-centric warfare*, según la nomenclatura utilizada por el general Scales en el contexto del «*Surge*»: se alienta la creación de «*special media forces*» en el teatro de operaciones, que entonces se transforma definitivamente en un *teatro de intervención cultural.* En cuanto al lado británico, tampoco había reparos en integrar la dimensión «televisiva» entre las características de la guerra dentro de las poblaciones: «Combatimos en todas las pantallas de televisión del mundo entero al igual que en las calles y en los campos de la zona de conflicto».[72] El hecho de que esta *globalización de la percepción* deba ser atribuida a la «revolución de la información» muestra que esta revolución contribuye a desviar la *cyberwar* hacia una *netwar* que

---

[69] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, p. 102.

[70] Marshall McLuhan y Quentin Fiore, *War and Peace in the Global Village*, Nueva York, Touchstone, 1989, p. 134 [ed. cast.: *La guerra y la paz en la aldea global*, Buenos Aires, La Marca Editora, 2016.]

[71] Hannah Arendt, «Lying in Politics: Reflections on the Pentagon Papers», en *Crisis of the Republic*, San Diego, Harcourt Brace, 1972, pp. 17-18.

[72] Rupert Smith, *op. cit.*, p. 16.

ante todo es indisociablemente social y militar. «Más que nunca —resumen los ponentes de un proyecto de investigación titulado *Networks and Netwars* incentivado y financiado por el RAND National Defense Research Institute—, los conflictos versan sobre el "conocimiento" y el uso del "*soft power"*. Los adversarios aprenden a hacer hincapié en "operaciones de información" y de "gestión de la percepción" [*perception management*], es decir, en medidas de orientación mediática que apuntan a atraer o a desorientar, más que a obligar, y que afectan el sentimiento de seguridad que una sociedad, un ejército u otro de los actores experimentan respecto del conocimiento que tienen de sí mismos o de sus adversarios. La disrupción psicológica puede transformarse en un objetivo tan importante como la destrucción física».[73] Habremos advertido que una cosa no reemplaza a la otra desde la perspectiva de los *challenges for counternetwa*r, que incluye, sin distinción de orden: Al Qaeda, «redes criminales transnacionales», «gangs, hooligans, anarquistas», la revuelta zapatista y la «batalla de Seattle». El nuevo teatro de la guerra es el teatro de la desdiferenciación de las funciones bélicas, policiales y de inteligencia, y de su inclusión en un conjunto mediático-securitario.

La secuencia «paz-crisis-guerra-solución» del paradigma de la guerra industrial, cuyo factor decisivo era la acción militar, resulta completamente modificada. En la guerra dentro de la población «no hay una secuencia predefinida, sino más bien un pasaje continuo»[74] entre esos momentos. Si, de acuerdo a nuestra hipótesis, la evolución de la guerra sigue y persigue a la evolución del capitalismo, el cambio radical de la secuencia clásica de la guerra se deriva directamente del cambio radical de la secuencia clásica del ciclo económico: «crecimiento-crisis-recesión-nuevo crecimiento». De ahí que la guerra dentro y en contra de las poblaciones, a diferencia de la guerra industrial, sea *in-de-finida*. Tal y como aprendieron los norteamericanos después de Afganistán e Irak, la victoria militar no significa el fin de las operaciones militares y, por lo tanto, la «paz» (por muy precaria e inestable que sea la realidad cubierta por este término), sino la continuación in-de-finida de la guerra dentro de las poblaciones.

En la guerra industrial, «el Estado y la sociedad penden» de la victoria. «Toda la organización del Estado está centrada en esta empresa, mientras que la sociedad y la economía han detenido su curso normal por completo, han cambiado su productividad [...]. La guerra debe terminarse lo más rápido posible para permitir la reanudación de una vida normal y sus

---

[73] John Arquilla y David Ronfeldt (eds.), *Networks and Netwars. The Future of Terror, Crime, and Militancy,* investigación para la Oficina del Secretario de Defensa de los Estados Unidos, Instituto de Investigaciones para la Defensa Nacional, Santa Mónica, RAND Corporation, 2001, pp. 1-2.
[74] Rupert Smith, *op. cit.*, p. 177.

actividades». Si bien no podemos hacer nuestra esta conclusión, en la que se asoma una «nostalgia» *british* poco compatible con el principio de ruptura a largo plazo de las guerras totales, comprendemos bien, en cambio, la diferencia con el nuevo paradigma, en el cual las operaciones dentro de la población «pueden ser proseguidas de una manera casi interminable: parecen independientes del paso del tiempo».[75] Por su parte, el general francés explica que «la victoria final —aunque la palabra ahora es poco conveniente, porque el concepto de victoria pertenece a la estrategia, no a la política, y nuestras guerras probables son fundamentalmente políticas— no es un resultado militar».[76]

En la guerra industrial, se suponía que la victoria debía imponer la paz durante algunas décadas. En la guerra probable, será por algunas horas, días o semanas. Axioma: el enemigo rechaza la forma-batalla. Corolario: si está obligado a aceptar la batalla, es derrotado pero no reconoce el «veredicto de las armas» y continúa la guerra por todos los medios.

Ahora bien, para vencer, no necesita ganar (*to win to win*), le basta con no perder (*to win by not losing*) una guerra en la que ya ninguna de las partes puede vencer. Por lo tanto, será necesario hacer un uso «razonado» de la fuerza militar para no perder a la población mientras que se la fuerza a lo que se presenta (y se muestra) como una *guerra larga* (*The Long War*, según el título de la *Quadrennial Defense Review* del Pentágono en 2006). De esta forma, la *larga guerra* se convierte en la verdad estratégica de la guerra híbrida contra el terrorismo emprendida por Bush cinco años antes (*Global War on Terror*). [77]

Este cambio de método en la manera de llevar a cabo la guerra, que ya no puede desembocar en *una* paz, a menudo es reconducido a simple función «policial». Sin embargo, la reducción de lo militar a lo policial corre el riesgo de pasar por alto el papel constitutivo de la guerra en las relaciones de poder dentro de la población. Porque todavía hay que precisar que si el objetivo de las «guerras probables» efectivamente es «político» —según las palabras del general Desportes—, no lo es, sin lugar a dudas, tal como él quiere creer, en el sentido clausewitziano de la continuación de un proyecto

---

[75] Ibídem, p. 281.

[76] Vincent Desportes, *La Guerre probable*, *op. cit.*, p. 77.

[77] Dentro de lo que se impone como una superación metafísica de la guerra, Heidegger insertaba en 1951 un parágrafo que daba una resonancia totalmente distinta a las ideas desarrolladas por Jünger en los años treinta: «Esta larga guerra, en su longitud, no va pasando lentamente a una paz del tipo de las paces de antes, sino a un estado en el que lo bélico ya no es experienciado como tal y lo pacífico se ha convertido en algo carente de sentido y de contenido». Martin Heidegger, «Superación de la metafísica», en *Conferencias y artículos*, traducción de Eustaquio Barjau, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994.

político «clásico» como el establecimiento o el restablecimiento del «pacto social», de la Constitución, de la soberanía del Estado. En efecto, es un nuevo estado transnacional de la biopolítica el que determina y anima el *pacemaking*, el *state-bulding* y el *peace enforcement*, en un *continuum* lógico que ya no hace la distinción *en derecho* entre tiempos de paz y tiempos de guerra (como muestra está el Programa de Paz de las Naciones Unidas [1992],[78] de la que nuestros dos generales, en diversos sentidos, son herederos). De esta forma, la guerra contrainsurgente tiene toda la libertad para dar un giro «humanitario». ¿Acaso es necesario recordar que antes de haber sido puestas de relieve como motivos para la intervención militar, la legitimidad del gobierno y la «buena gubernamentalidad» fueron consideradas durante mucho tiempo como los *mejores argumentos* para una contrainsurgencia que invariablemente se descubría clausewitziana en términos políticos?[79]

En las condiciones del «pacto social» del neoliberalismo, la función constituyente parece desviarse más bien hacia la conservación y el control de una situación de inseguridad generalizada, de miedo difuso, de degradación progresiva de las condiciones socio-económicas de la población. Esta situación tiene como consecuencia una generalización de la gubernamentalidad a través de la guerra civil fractal mantenida por medio de incesantes campañas securocráticas. El «malentendido» clausewitziano radica en que los «fines» de guerra ya no son los de los Estados, sino los del capital, que de ninguna manera puede identificarse con algo que pueda parecerse, de cerca o de lejos, al «interés general».

Cuando los estrategas militares británicos y franceses, valiéndose de su pasado colonial, evocan el principio de una guerra dentro de la población, sin duda tienen en mente a las poblaciones del «Sur» del mundo que fueron el primer blanco de las guerras civiles del periodo (se cuentan al menos 73 entre 1965 y 1999, en su gran mayoría por el control de los recursos naturales). Pero ellos mismos y sus homólogos norteamericanos, que se ven obligados a releer a los teóricos de la contrainsurgencia y de las *small wars*, y que hablan más bien de *conflicto híbrido* (o *guerra híbrida*), no ignoran que, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y la aceleración de los años setenta, las colonizaciones internas y externas ya no están solamente distribuidas de manera geográfica, sino que fracturan el conjunto de los

---

[78] Véase Boutros Boutros-Ghali, *Un programa de paz. Diplomacia preventiva, establecimiento de la paz y mantenimiento de la paz,* Nueva York, Naciones Unidas, 1992.

[79] Véase, por ejemplo, el Field Manual 100-20 (Military Operations in Low Intensity Conflict) de 1990 cuyo capítulo I se abre con una cita de Clausewitz sobre el «fin político» de la guerra y la manera en la cual este debe determinar la cantidad de fuerza militar empleada; disponible en www.globalsecurity.org/military/library/policy/army/fm/100-20/10020ch1.htm.

territorios. El Norte tiene sus *Sures* (inmigrantes, descendientes de los colonizados que viven en los países colonizadores, trabajadores, desempleados y precarios, pobres, etc.), de la misma manera que el Sur tiene sus *Nortes* interiores (zonas de producción *high-tech* y de gran consumo de aquellos que se enriquecen: *comprador de élite*). De modo que la guerra podría ser definida como «fractal»: se (re-)produce indefinidamente, según el mismo modelo pero con diferentes modalidades, a diferentes escalas de lo real. En efecto, el abandono del reformismo «débil» de los «Treinta Gloriosos» por parte de las élites capitalistas inaugura una guerra civil generalizada, una *guerra civil fractal, transversal al (a los) Norte(s) y al (a los) Sur(es)*. Lo que cambia entre Norte(s) y Sur(es) es solamente la intensidad de la guerra dentro de la población *dividida* (y que se divide), no su naturaleza *comunicante*. Porque efectivamente es la guerra *dentro y en contra* de las poblaciones lo que comunica a la axiomática mundial del capitalismo neoliberal los diferentes niveles formalizados por Jeff Halper en términos de hegemonía: 1) «Preservar la hegemonía global del centro»; 2) «Preservar la hegemonía del centro sobre las periferias»; 3) «Asegurar el control de las élites transnacionales del centro y de la semiperiferia sobre sus propias sociedades».[80]

En los países antes llamados «del tercer mundo», las guerras dentro de la población son practicadas por una máquina de guerra que utiliza simultáneamente armas militares y no militares para llevar a cabo la guerra híbrida de la globalización neocolonial. La violencia que allí se despliega es un *compuesto* de guerras sangrientas y no sangrientas que atrapan a la población entre las intervenciones exteriores y las operaciones afiliadas,[81] la ayuda militar a los regímenes o facciones sometidos, los señores de la guerra y de todos los tráficos existentes, los programas de ajuste estructural que favorecen la liberalización del comercio, la desregulación financiera, la privatización de tierras y la «racionalización» de una agricultura orientada hacia la exportación, sin olvidar a las ONG que operan como subcontratistas del Banco Mundial, de Naciones Unidas o de donantes ricos (norteamericanos, por lo general) en su gestión de la ayuda alimentaria. *La ayuda alimentaria como economía de guerra furtiva*: al estimular la dependencia de los países pobres de los alimentos importados, «la ayuda alimentaria —recuerda Silvia Federici— se ha convertido en el componente principal de la máquina de guerra neocolonialista contemporánea y de la economía de guerra generada por ella». Porque «la guerra no es

---

[80] Jeff Halper, *War Against the People. Israel, the Palestinians and Global Pacification*, Londres, Pluto Press, 2015, pp. 16-27.

[81] Sin contar las *invasiones* de Afganistán e Irak, el personal militar norteamericano ha estado (oficialmente) *desplegado* entre 2000 y 2004 en Sierra Leona, Costa de Marfil, Nigeria, Liberia, Chad, Mali, Uganda, Libia, Somalia, Pakistán, Yemen, Bosnia, Georgia, Timor Oriental, Filipinas y Haití.

solo una consecuencia del cambio económico: también ha sido un modo de provocarlo [...]. Gracias a esta combinación de guerra financiera y militar la resistencia popular africana contra la globalización se ha mantenido a raya, de la misma manera que fue contenida en Centroamérica (El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Panamá), donde desde los años ochenta la intervención directa de EEUU ha sido la norma».[82] *El ajuste estructural,* elemento clave del conjunto de este dispositivo, *es la guerra continuada por otros medios*. En India, la «democracia más grande del mundo», las reformas impuestas por el Fondo Monetario Internacional han determinado la misma guerra contra los pobres, los campesinos y las mujeres, cuyo resultado es una clase media de 300 millones de personas que viven junto a «250 millones de campesinos acribillados por las deudas» y «800 millones de seres empobrecidos y desposeídos» de todo, que sobreviven con «menos de 20 rupias indias al día». El ejército indio fue reestructurado para llevar a buen término estas divisiones de la población, de la cual debe aprender a defenderse. «Uno de los ejércitos más grandes del mundo redefine sus reglas de acción bélica para "defenderse" contra el pueblo más pobre, más hambriento, el más malnutrido del planeta».[83] Eso prueba la importancia de las «operaciones psicológicas» de *perception management* dirigidas a la clase media para las que el ejército ha sido formado recientemente.

En todas partes, tanto en el Norte como en el Sur, encontramos estos dos flujos desterritorializantes de la guerra y de la moneda. Esta última no solamente actúa a través de la acción macroeconómica de los mercados bursátiles y de divisas, sino también, a un nivel más «micro», en contacto inmediato con la población. Gilles Deleuze se habría visto en la obligación de reexaminar su parecer respecto del uso del arma no militar de la deuda, que él todavía creía reservada a los países ricos cuando afirmaba: «Sin duda, una constante del capitalismo sigue siendo la extrema miseria de las tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobres para endeudarlas».[84] En virtud de la lucha contra la pobreza (*Finance against Poverty*), las políticas de «microcrédito» (o de «microfinanza»), introducidas en India por el Grameen Bank y su premio Nobel, Mohammed Yunus, *corporativizan* la extorsión de los campesinos y de las mujeres (los dos públicos destinatarios prioritariamente). «Los pobres del subcontinente siempre han vivido endeudados, bajo la influencia implacable del usurero del pueblo, el Baniya. Peros las microfinanzas también "corporativizan" este ámbito.

---

[82] Silvia Federici, «Guerra, globalización y reproducción» (2000), en *Revolución en punto cero*, *op. cit.,* pp. 135, 132, 139. Véase en particular, en el mismo volumen, su análisis sobre Mozambique.

[83] Arundhati Roy, *Capitalism: A Ghost Story*, Londres, Verso, 2015, pp. 8, 13.

[84] Gilles Deleuze, «Post-scriptum sobre las sociedades de control» en *Conversaciones*, traducción de José Luis Pardo, Valencia, Pre-Textos, 1995, p. 284.

En India, las empresas de microfinanzas son responsables de cientos de suicidios, 200 personas en Andhra Pradesh solo en el año 2010».[85] Lo que benefició el resurgimiento de la resistencia campesina en el marco de la (re-)novación naxalita.[86]

La guerra dentro de las poblaciones debe su genealogía a las «pequeñas guerras» que los «irregulares» llevaron a cabo contra la acumulación originaria del capital y a las guerras revolucionarias de los siglos XIX y XX. En efecto, su origen debe ser buscado en las técnicas contrarrevolucionarias y contrainsurgentes, que en varios sentidos son herederas de la guerra «no convencional» continuada en las colonias (o excolonias) durante el siglo XX: ¿acaso no está fundada en un saber (geográfico, antropológico, sociológico) de la vida cotidiana de las poblaciones civiles más que en un conocimiento táctico limitado a los movimientos de los combatientes?[87] ¿No es la conjunción de las luchas anticoloniales con la guerra revolucionaria que está en el corazón de la forma más «moderna» y más «política» de guerrilla a la cual la contrainsurgencia debió aprender a adaptarse? Ese es el sentido del homenaje del general Petraeus a la obra y a la carrera de David Galula, el autor, según él, «más importante de los escritos militares del último siglo», *Contre-Insurrection. Théorie et pratique* (1964), que se abre con una cita de Mao Tsé Tung sobre la estrategia de la guerra revolucionaria china y que Petraeus prologa poniendo de relieve la incursión en Argelia, respecto a la cual Galula ya había publicado un primer libro en 1963: *Pacification de l'Algérie, 1956-1958*. Es sabido que la «batalla de Argel» fue un modelo para el ejército francés, que con la ayuda del ejército norteamericano fue exportado a América Latina (a Chile y Argentina, en particular).

Pero a diferencia de sus predecesores movilizados en Vietnam, no es el modelo exclusivamente coercitivo (que asocia el uso generalizado de la tortura con las «oficinas de acción psicológica») o *enemy-centric* de la batalla de Argel el que recibe los favores del comandante del *Surge*. El modelo explotado para lograr la pacificación «exitosa» de una parte de la Gran Cabilia —empresa en la cual Galula participa como capitán de una compañía de infantería— será más bien el del observador precavido de las guerras civiles (en China, en Grecia, en Indochina) y del gran lector de los teóricos de la guerra revolucionaria. «Aplicando con firmeza métodos originales»,[88] Galula instala a la población en el centro del conflicto en un sentido que no se reduce al «Dispositivo de Protección Urbana» (DPU)

---

[85] Arundhati Roy, *op. cit.*, p. 27.

[86] Véase Arundhati Roy, «Walking with the Comrades», *Outlook*, 29 de marzo de 2010.

[87] Véase Laleh Kalili, *Time in the Shadows. Confinement in Counterinsurgencies*, Stanford, Stanford University Press 2013, pp. 196 y ss.

[88] Según el motivo puesto de relieve para su primera citación militar durante la guerra de Argelia.

y a la «estrategia victoriosa» del coronel Trinquier. Después de haber inicialmente «aplastado o destruido» a la rebelión en determinadas regiones, se trata de recuperar el control político sobre la población gestionando el conflicto como una especie de *argumento*. «Unir» a la población (o a una parte de ella, aterrorizando a la otra) no es tan necesario como *convencerla* sobre el carácter *no future* de la insurrección para *vencerla.* El uso de la fuerza deberá medirse entonces bajo la perspectiva político-militar de esta guerra de subjetividad que asocia el entramado disciplinario más fino del territorio («control de la población») con un proyecto biopolítico que ocupa «los ámbitos económico, social, cultural y médico» para mostrar a la población que su seguridad y su prosperidad estarán mejor aseguradas por la economía de mercado que por el «colectivismo» («adquisición del apoyo de la población»).[89] Una vez más, la demostración es implacablemente *foucaultiana* durante esta fase en la que habrá que «construir (o reconstruir) un aparato político [de contrainsurgencia] dentro de la población» dirigiendo «la propaganda destinada a la población» según tres puntos: «La importancia de las elecciones, la libertad total de los electores, la necesidad de votar». En su conclusión, el que en ese entonces era *Visiting Fellow* en el Harvard Center for International Affairs no esconde que el «concepto» de contrainsurgencia que él propone es «simple» en su línea directriz, pero que puede resultar «excesivamente difícil» en su implementación. En este punto Galula recurre a un «contexto muy distinto a una situación revolucionaria, en un país pacificado y próspero». ¿Cuál? Estados Unidos, donde la indiferencia del público respecto de la política, sobre todo entre los pobres («*Nunca vamos a votar*»), es un serio motivo de preocupación.[90]

El general Petraeus, quien declara enfáticamente la deuda del nuevo pensamiento contrainsurgente norteamericano hacia el tratado de Galula, no puede desconocer por completo cómo, en EEUU, las técnicas de control de las minorías (los *pobres peligrosos*) supieron beneficiarse de las enseñanzas de la guerra de Vietnam. Bajo la influencia de las técnicas de guerrilla, desarrolladas por el ejército norteamericano en una guerra definida por McNamara como un «*pacification security job*», las revueltas raciales de Watts (1965) dan lugar a la primera gran ola de militarización de la policía norteamericana con la creación de sus «unidades de élite» (SWAT, por «Special Weapons Attack Team», luego «Special Weapons and Tactics»).[91] Las operaciones policiales de «alta intensidad» se van a volver indiscernibles

[89] Véase David Galula, *Contre-insurrection. Théorie et pratique*, París, Economica, 2008, cap. 7. El libro fue publicado primero en inglés en 1964, bajo los auspicios de la RAND Corporation.
[90] Ibídem, pp. 190, 201-202.
[91] El SWAT del Los Angeles Police Department (LAPD) desplegará todo su potencial en 1969 contra los Black Panthers, en una intervención ampliamente mediatizada.

de la guerra de «intensidad débil» en la que estas se integran en el campo de batalla securocrática del llamado pertinentemente Capitalismo Mundial Integrado (según la fórmula de Guattari).

La militarización securitaria de la «paz civil», que levanta vuelo en Estados Unidos a finales de los años sesenta en un contexto político particularmente agitado, resultará un potente *atractor* para la empresa agresiva de pacificación global pos 11 de septiembre. Podrá poner en juego, a una escala totalmente distinta, interna y transnacional, el principio de equivalencia entre guerra contrainsurgente y guerra antiterrorista. Ahora bien, a juzgar por el Law Enforcement Exchange Program (LEEP) firmado en 2002, el modelo aquí se vuelve *israelí*. «¿A qué país recurrir para buscar formación e inspiración sino al que dispone de la policía y de las fuerzas de seguridad más militarizadas y más admiradas del mundo occidental: Israel?».[92] De esta forma, la antigua integración de los complejos militar-industriales norteamericanos e israelí puede apoyarse en un principio securitario de la militarización del espacio urbano que normaliza, con la idea de un estado de emergencia permanente, el tratamiento paramilitar del problema palestino y permite su exportación hacia los barrios de las clases peligrosas. Y, por si fuera necesario aclararlo, esto va bastante más allá del fiasco de la guerra de Irak y de su matriz israelí (*peace with hightech strenght*), heredada a su vez, en un modo «desterritorializado», de las prácticas coloniales inglesas.

Al ser precisamente realizada en nombre de una *humanización* de la guerra «asimétrica», la crítica de los militares «liberales» (Petraeus, Smith, Desportes) hacia la táctica «Shock y horror» de una *cyberwar* que supuestamente termina con el antiguo modo (*boots on the ground*) de dominación territorial viene aquí a recordarnos la existencia de esta guerra dentro de la población que se confunde con la historia misma del liberalismo, y que lleva consigo la legitimación clausewitziana de la guerra *en cuanto intervención política.*[93] Porque efectivamente es en este sentido, *liberal* —que ciertamente no es el de la guerrilla española— que el general Petraeus puede considerar a David Galula como «el Clausewitz de la contrainsurgencia» y transformarlo en el referente de su política de ingeniería social.

En la fórmula de Clausewitz, por el contrario, Lenin reconoce una tesis dialéctica cuya verdad reconduce, en la era revolucionaria, la «guerrilla» española contra el ejército napoleónico hacia la organización de

---

[92] Jeff Halper, *op. cit.*, p. 251. La Francia de Nicolas Sarkozy también estará muy interesada por la «pericia» israelí después de la revuelta de los suburbios del 2005. En ese entonces, se explica que se trata de profundizar la «capacidad antiguerrilla francesa».

[93] Laleh Kalili escribe muy oportunamente: «De manera paradójica, la propia "humanización" de la guerra asimétrica y la aplicación de preceptos liberales a su conducción han legitimado la guerra [*war-making*] como intervención política» (*op. cit.*, p. 3).

«la guerra del pueblo» que saldrá victoriosa de la guerra civil, afirmando su hostilidad absoluta contra el enemigo de clase. Pero después de haber teorizado y practicado la guerra revolucionaria denunciando el peligro de una revolución a la europea, «la antítesis de la guerra industrial llevada a cabo por los revolucionarios victoriosos se desarrolla hasta el punto en que se fusiona con el paradigma convencional».[94] No será solamente a nivel militar (transformación de la guerrilla en ejército regular) que los revolucionarios adaptarán las formas, convenciones e instituciones capitalistas, sino también en lo concerniente al Estado, la organización del trabajo, la industria, la tecnología y la ciencia. Sin embargo, siguiendo todavía al general Desportes, «al final de la Segunda Guerra Mundial, las características precisas de la antítesis de la guerra industrial habían sido fijadas como una combinación de guerrilla y guerra revolucionaria».[95] Mientras que los dos enemigos declarados (EEUU *versus* URSS) realizan entre ellos lo que a este nivel sigue siendo una guerra industrial, los conflictos laterales de la Guerra Fría comienzan a mostrar algunos de los aspectos del nuevo paradigma.

Porque la industria de armamento, cuyas funciones económico-estratégicas siempre han jugado un rol determinante en el capitalismo, también está atrapada en la evolución de la guerra dentro de las poblaciones. El complejo *militar-industrial* de la Guerra Fría se enriquece con un complejo *industrial-securitario*, que extiende la guerra a todos los tipos de control dentro de un *continuum* que vincula las políticas urbanas de segregación social con las esferas locales, nacionales y globales del estado de emergencia. Por otro lado, su versión *soft power* se encarga de adaptar las prácticas comerciales a las culturas de la movilidad y a los nuevos modos de vida mientras perfecciona el control del *habitèle* a través de la conexión de la arborescencia de la inteligencia policial en el rizoma de la vida cotidiana (*datamining, smart intelligence*).[96] «Mientras que los espacios y las redes de la vida urbana son colonizados por las tecnologías de control militar y las nociones de guerra y mantenimiento del orden, territorio interior y exterior, guerra y paz, son cada vez menos claras, constatamos el surgimiento de un complejo industrial que engloba la seguridad, la vigilancia, la tecnología militar, el sistema carcelario, el sistema punitivo y la diversión electrónica».[97] No nos sorprende que la guerra perpetua de la pacificación securocrática haya podido transformarse rápidamente en la industria

---

[94] Vincent Desportes, *La Guerre probable*, *op. cit.*, p. 166.
[95] Ibídem, p. 170.
[96] Véase Didier Bigot, «Sécurité maximale et prévention? La matrice du futur antérieur et ses grilles», en B. Cassin (dir.) *Derrière les grilles*, París, Mille et une nuits, 2014, p. 136.
[97] Stephen Graham, *Villes sous contrôle. La militarisation de l'espace urbain*, París, La Découverte, 2012, p. 51.

punta del neoliberalismo en los Estados Unidos pos 11 septiembre.[98] Exactamente once años antes, el 11 de septiembre de 1990, Bush Sr. había anunciado ante el Congreso su decisión de entrar en guerra contra Irak.

Algunos días después de los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono, que conectaban y hacían colisionar en un objetivo único el centro de mando militar con la capital financiera del mundo, John Arquilla y David Ronfeldt agregan precipitadamente un posfacio a su investigación para la RAND Corporation. En este contexto dramático, que los autores acompañan con una curiosa reserva («Si es que realmente [Al Qaeda] es el adversario clave, o uno de ellos»), ellos enuncian lo que a su juicio es el verdadero reto procesual de la mutación de la contrainsurgencia en *counterwar*: «Solo se podrá responder al verdadero desafío que enfrenta la "pesada burocracia norteamericana" a través de la creación de una red que pase por todos los canales existentes [*all-channel networking*], entre el ejército, las fuerzas del orden [*law enforcement*] y los elementos de la inteligencia, cuya colaboración es indispensable para tener éxito». Arquilla y Ronfeldt concluyen, con cierta capacidad de predicción sobre el futuro desastre iraquí: «La *netwar*, por naturaleza, es mucho más un asunto de organización y de doctrina que un asunto de tecnología. Sin lugar a dudas, el desenlace de las *netwars* actuales y futuras lo confirmará».[99]

A pesar de que la guerra cambia de naturaleza bajo la acción del capitalismo financiero contemporáneo, con sus diferentes formas ella sigue siendo, más que nunca, la acción operante de la relación social. En efecto, la inversión de la fórmula de Clausewitz encuentra su forma definitiva cuando la guerra, más allá de su simple permutación con la política, cuyos cimientos son derribados por ella, se diversifica en guerras dentro de la población como política del capital, que en su proyecto de miedo, pacificación y contrasubversión implica a todas las redes de poder de la economía a través de las cuales se despliega el nuevo orden del capitalismo securitario mundializado. El hecho es que «la extensión de los mercados políticos y económicos del miedo no es infinita: la dominación está únicamente limitada por la resistencia que se le opone, y la puesta en práctica de este nuevo orden securitario solo ocupa el espacio que los oprimidos quieren dejarle».[100]

---

[98] La administración Bush supo transformar a la guerra contra el terrorismo «en una industria exclusivamente dedicada a los beneficios, un nuevo sector en crecimiento que insufló renovadas fuerzas en la debilitada economía estadounidense». Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 16. El 11 de septiembre de 2001, se introduce en Wall Street un índice bursátil específico para las industrias de armamento (Amex-Defense Indew-DFI).

[99] John Arquilla, David Ronfeldt, *op. cit.*, pp. 364 y 369.

[100] Mathieu Rigouste, *L'Ennemi intérieur. La généalogie coloniale et militaire de l'ordre sécuritaire dans la France contemporaine*, París, La Découverte, 2009, p. 303.

De ahí la necesidad de producir un concepto crítico de pacificación, que pueda relanzar la crítica foucaultiana de la lucha de clases. El marxismo afirma que el capital es una relación social, pero su definición es limitada; a la vez demasiado estrecha y demasiado ampliamente calificada y, sobre todo, ampliamente *pacificada* en una dialéctica que fracasa en articular las relaciones de dominación y explotación social en un conjunto de enfrentamientos estratégicos. Estas no son solo una cuestión de «lucha», sino de guerra y de *guerras*, cuya multiplicidad rebasa a las dos únicas clases, burguesa y proletaria, excediendo la noción de conciencia de clase y su articulación marxista-leninista junto con el intento del movimiento obrero de transformarse en Estado. El devenir-Estado era la función del «partido organizado de la clase obrera». Ahora bien, la clase obrera no consiguió transformase en *clase de gobierno*, y «este gran corte leninista no impidió la resurrección de un capitalismo de Estado en el propio socialismo».[101] Es difícil contradecir a Foucault en este punto: la *gubernamentalidad socialista* no existe.

El marxismo heterodoxo y la guerra

Mario Tronti, uno de los escasos autores que pensó con y más allá de Marx el vínculo «orgánico» del capitalismo con la guerra, le reprocha a los movimientos de 1968 haber *lavado* en cierto modo la política al interrumpir el programa de reconversión de la guerra en política, realizado por la centralidad de la lucha de clases;[102] y con ello, haber iniciado el *pequeño siglo XX* al terminar definitivamente con la «época de la verdadera gran política», fuertemente arraigada en el segundo siglo XIX, que «va de 1914 a 1945» y finaliza en los años sesenta.[103]

Seamos claros: para nosotros, de lo que se trata, no es de negar la «grandeza histórica» de la clase obrera que llega a su punto más alto con las luchas de la fase fordista (a partir de las cuales el operaísmo redefinió a la «clase en lucha» según el antagonismo de la lucha obrera contra el trabajo), sino de pensarla *con* y *después* del fracaso, no menos histórico, de lo que Tronti todavía quiere considerar, en el presente de un hegelianismo del cual solo él tiene las llaves, como su «destino».[104] Tronti se niega a ver que

---

[101] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *El anti-Edipo*, *op. cit.*, p. 263.
[102] Aquí, Mario Tronti realiza una hermosa formulación: «La lucha de clases no fue guerra civil, sino guerra civilizada», es decir, *de civilización del mundo de la dominación burguesa.* «*Noi, operaisti*», en *La política contra la historia. Política, luchas, poder,* Madrid, Traficantes de Sueños e Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador, 2016, p. 394.
[103] Mario Tronti, «La política en el crepúsculo», en ibídem, pp. 203-204, p. 236.
[104] Mario Tronti, «*Noi, operaisti*», en ibídem, p. 425: «La clase obrera merece declinarse en términos de destino. Porque tiene una grandeza histórica».

el «68» coincide con el agotamiento de una cierta manera de comprender y de *hacer la política* a partir de la relación capital/trabajo cuya verdad es la forma partido, y que este final de carrera no deja de tener relación con la imposibilidad de seguir pensando y *haciendo la guerra* a partir de la forma Estado de la Nación. Del lado obrero, es la «gran iniciativa» que llegaba con *una guerra de atraso,* puesto que era cuestión de librar políticamente una guerra «"puesta a punto", civilizada, combatida conforme al modelo del *Jus publicum Europaeum*». El argumento es irrefutable: «La regulación del conflicto, abandonada en el terreno de la política internacional, se conservó en el de las políticas nacionales [...] cuando arrasaban las guerras civiles informales».[105] Ahora bien, estas estrategias del «sujeto obrero» (cuán distintas de la realidad de las luchas obreras en la fábrica del «otoño caliente»),[106] orientadas hacia la «gran mediación», son las que por una parte explican su derrota histórica (las guerras mundiales sirvieron «para producir la definitiva mundialización de la economía» a través de la cual «el capitalismo finalmente ha vencido»)[107] y, por otra, vuelven incomprensible el 68 porque el proyecto político del antedicho «sujeto obrero» se quiere mantener a cualquier precio. El 68 será acusado de haber inoculado «el veneno de la anti-política» en las venas de la sociedad a través de su revolución anti-autoritaria, que es ante todo provechosa para la modernización del capitalismo, cuando «debía haberse proyectado y avanzado una nueva "política desde arriba" dentro de los movimientos desde abajo».[108] La tesis sobre «la autonomía de lo político» (desarrollada en los años setenta) viene a completar el contramovimiento al mostrar que la política y la guerra *pos-68* se habían vuelto igualmente opacas en el camino que condujo de «los chicos de las flores a los años de plomo». La demostración pasa por esta «constatación fáctica», «sin el menor juicio de valor», a la cual Tronti le da la más alta importancia: «Una verdad que no se puede decir y que, por lo tanto, hay que escribir». Entonces escribe: «Es con el final de la era de las guerras que comienza la decadencia de la política».[109] Tronti prosigue con lo que se presenta como su versión poscomunista del *fin de la Historia* y del *fin de la política*, que reemplaza al «coma profundo» en la que esta última habría entrado en los años setenta-ochenta: «El colapso de la Unión Soviética y la reunificación del mundo bajo la hegemonía de una

---

105 Ibídem, p. 394.

106 Lo que Tronti explica como una paradoja: «mientras *Operai e capitale* [1966] cerraba mi propia experiencia *operaista*, en realidad abría un nuevo periodo en el *operaismo*» (sustituyendo a lo que él considera como su fase «clásica»), ibídem, p. 415.

107 Mario Tronti, «La política en el crepúsculo», en ibídem, p. 232.

108 Mario Tronti, «*Noi, operaisti*», en ibídem, pp. 374-375. Señalemos, a propósito, la proximidad de Tronti con las tesis desarrollas por Boltanski y Chiapello sobre el 68 en *El nuevo espíritu del capitalismo* (1999).

109 Mario Tronti, «La política en el crepúsculo», en ibídem, p. 251.

sola potencia, hecho que quedó ilustrado por el ejemplo de la Guerra del Golfo que siguió, abría la escena a *una potencial nueva paz de los cien años*. El siglo XX se repliega. Vuelve el siglo XIX».[110] En este punto, Tronti confunde la «nueva paz potencial de cien años» con el proyecto de pacificación global conducido, durante el periodo (de contrarrevolución) aludido, por la máquina de guerra del capital. Es el nuevo *paradigma* de la guerra dentro de las poblaciones, que alcanza su potencia axiomática de multiplicación de la guerra cuando el capital recapitaliza toda su historia pasando por alto toda especie de mediación entre *Weltpolitik* y *Weltöconomie*.

La guerra dentro de la población, insiste el general Desportes, «no es una forma degenerada de la guerra: es la guerra a secas. Si miramos atrás, es la que, desde tiempos inmemoriales, ha sido la más frecuente».[111] Del otro lado del espejo, lo mismo ocurre con las luchas que explotan con y después del 68: no son formas degeneradas de lucha de clases, sino las modalidades nuevas de estas luchas, de estos conflictos, de estas guerras que han jalonado toda la historia del capitalismo y precedieron tan bien a la lucha de clase fordista capital/trabajo que, contrariamente a lo que piensa Tronti (quien las remite a su rango «subalterno»), hicieron posible la radicalidad de la *lucha obrera contra el trabajo*.

Es en este nivel, frecuentemente reducido por el marxismo de los años sesenta a una función «subalterna», que Tronti carece de una visión suficientemente *global* de la historia del capitalismo y de sus conflictos. Incluso cuando mira hacia Estados Unidos, cuando busca darle todo su lugar al feminismo, cuando se esfuerza por deshacerse de una visión lineal de la historia y critica la tendencia «aceleracionista» de su amigo-enemigo Negri[112] o cuando afirma una primacía de las luchas sobre la organización, su punto de vista sigue estando encerrado dentro de la «civilización europea» y participa de aquello que Foucault denuncia como «economicismo» en la teoría del poder. Cabe volver a señalarlo: las guerras revolucionarias, los movimientos insurreccionales, los sabotajes y las huelgas salvajes de los siglos XIX y XX se construyeron sobre la base de las resistencias y de las guerras de clase, de raza, de sexo, de subjetividad llevadas a cabo en las economía-mundo bastante antes de que se forjara la «centralidad de la clase obrera».

El 68 no solamente afirma la «nueva clase» *en* y *contra* el capital fordista-taylorista-keynesiano que pide su emergencia. Si el 68 vuelve a conectar, por debajo y más allá de la secuencia histórico-mundial que conduce a él (las grandes huelgas de la Liberación, el movimiento de los no-alineados, la

---

[110] Ibídem, p. 252 (las cursivas son nuestras).
[111] Vincent Desportes, *La Guerre probable*, *op. cit.*, p. 36.
[112] Mario Tronti, *«Noi, operaisti»*, en *La política contra la historia. Política, luchas, poder*, *op. cit.*, p. 417: «La aceleración produce, es cierto, multitudes potencialmente alternativas, pero que se queman inmediatamente».

Revolución china, la autogestión yugoslava, la insurrección obrera húngara de 1956, las redes FLN…), con la multiplicidad de las guerras de la acumulación originaria, con ello también repite un acontecimiento singular que ha jugado un papel fundamental en la formación y el imaginario del movimiento obrero: la Comuna de París. En las condiciones de un capitalismo «desarrollado» a través de la totalización fría de las distintas economías de guerra y las conquistas coloniales que florecen a partir de 1870 para entrar en crisis definitiva durante la posguerra (descolonización caliente), el 68 plantea desde cero la cuestión social según los términos de la Comuna: 1) no hay «gobierno del pueblo por el pueblo»[113] sin desplazamiento y relocalización de lo político en la vida (crítica del socialismo «desde arriba»); 2) el comunismo es des-sujeción de la vida habida cuenta de la máquina del Estado, ese «poder estatal centralizado, con sus órganos omnipotentes: el ejército permanente, la burocracia, el clero y la magistratura»[114] (desestatización de la vida). Una pregunta, una afirmación («El instrumento político de su sujeción no puede servir de instrumento político para su emancipación»)[115] vuelta a cerrar rápidamente por la tradición comunista que, a diferencia de Marx, no se preocupó ni en problematizar su necesidad urgente ni en extraer todas las consecuencias en cuanto a las estrategias requeridas por la entrada en la era de las grandes guerras civiles europeas y mundiales.

Como dice Kristin Ross: «Los insurgentes tomaron las riendas de su historia en su vida cotidiana más que a nivel gubernamental: en los problemas concretos del trabajo, del tiempo libre, de la vivienda, de la sexualidad, de las relaciones familiares y entre vecinos».[116] En lugar de encerrarse «en una opción rígida y binaria entre capital y trabajo», la lucha revolucionaria ocupa el conjunto de las relaciones de poder en cuanto relaciones de fuerzas que verifican la indistinción de la economía y de lo político en la urgencia de la guerra civil y del nuevo orden internacionalista que lo acompaña (es el famoso «nuestra patria es el mundo» de Elisée Reclus).

La «existencia en acto» de la Comuna (Marx) remite directamente a lo que el 68 volvió a poner a la orden del día de un *presente transhistórico*: el proceso de emancipación tiene lugar «aquí y ahora», no está afectado por ninguna falta o retraso y no depende, por lo tanto, de ningún desarrollo del trabajo y de la producción, de ninguna aceleración de la ciencia y de la técnica. De nuevo Marx: «Quizás la Comuna de París caiga, pero la revolución social que ella ha emprendido triunfará. *Su lugar de nacimiento está en todas partes*».[117]

---

[113] Karl Marx, *La guerra civil en Francia*, 1871, p. 77.
[114] Ibídem, p. 64
[115] Ibídem. En la frase de Marx, el «sujeto» del/para el sometimiento es la «clase obrera».
[116] Kristin Ross, *Rimbaud, la Commune de Paris et l'invention de l'histoire spatiale,* París, Les Prairies ordinaires, 2013, p. 57.
[117] Karl Marx, *La guerra civil en Francia*, 1871, p. 77.

Lenin, al contrario, se esfuerza en pensar la Comuna a partir de la masacre de 30.000 de sus partidarios que viene a poner fin a un «acontecimiento histórico sin precedentes», que «nadie preparó de modo consciente y sistemático» y que actuará como acto de refundación de la (III) República y de su «democracia» sancionando en la «paz civil» el desequilibrio de las fuerzas manifestado en la guerra. La conclusión a la cual Lenin llega en un artículo de abril de 1911, «En memoria de la Comuna», termina de arrastrar al marxismo en su totalidad a la vía del desarrollo y la conciencia de clase del partido obrero, que únicamente podrá enfrentar a la parte adversaria de *poder a poder*.[118] En el texto: «Para que una revolución social pueda triunfar, necesita por lo menos dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella. Pero en 1871 se carecía de ambas condiciones».[119] Luego se podrá hacer la glosa sobre la inmortalidad de la Comuna, pero lo que se habrá perdido es lo que el propio Lenin llama *la causa de la Comuna* y que él sigue relacionando con una «revolución social» definida por «la completa emancipación política y económica de los trabajadores». En efecto, qué otro sentido podría revestir sino que «la revolución no consiste en cambiar la forma jurídica responsable de la distribución del espacio-tiempo [...], como en transformar de arriba abajo la naturaleza del espacio-tiempo».[120]

No haber reconocido esta radicalidad, no haberla hecho vivir en y junto a las luchas de la clase obrera (los «artesanos, campesinos, tenderos, etc.» de ayer y los «microempresarios» del *mercado gris* que los reemplazaron), no haber sometido el pensamiento político a la revolución cultural de esta explosión de subjetividad no podía más que conducir a la disolución política de la clase obrera y de su partido. Hay que decirlo una y otra vez: el Partido es totalmente responsable del «pequeño siglo» pos-68, un partido que ha desaparecido históricamente debido a la intensificación de las nuevas condiciones de un conflicto que es *menos dialéctico que nunca*. Porque la clase obrera no solo se evaporó políticamente bajo los ataques de la guerra civil global lanzada por el capital en el periodo inmediatamente posterior al 68, sino que también, y sobre todo, se volatilizó debido a un *progresismo* que mantenía un punto de vista «obrerista» y «eurocéntrico» que la volvía incapaz de articular su estrategia con la socialización mundial

[118] Aquí retomamos la expresión de Mario Tronti: «La parte debe hacerse partido si quiere hacerse cargo de la totalidad y afrontarla de poder a poder». *Op. cit.*, p. 365.
[119] «En memoria de la Comuna», publicado en *Rabóchaia Gazeta,* núms. 4-15, 15 de abril de 1911, disponible en www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/15-iv-11.htm. Hay que notar que la definición se aplica perfectamente a la Revolución rusa, que, como todos sabemos, estaba lejos de reunir «las dos condiciones» necesarias decretadas por el camarada Lenin.
[120] Kristin Ross, *Rimbaud*, *La Commune de Paris…*, *op. cit.*, p. 67.

de la producción y con las modalidades subjetivas de luchas nacidas (en Occidente) de esta pseudopaz que trabaja una guerra continua *dentro de todas las poblaciones del mundo*.

Mario Tronti y Carl Schmitt comparten la misma nostalgia respecto de esta guerra global: la de ese tiempo, que coincide con el «gran siglo XX» de ambos sin que sea el mismo, en el cual el Estado monopolizaba y centralizaba la fuerza como su señal de legitimación distintiva (Schmitt) y la lucha de clases centralizaba y monopolizaba la multiplicidad de los sujetos explotados y dominados en un único sujeto obrero portador de política (Tronti). Lo que no impide que Schmitt y Tronti estén en sintonía con la idea, que basta para convertirnos en sus lectores obligados, de que si «desde sus comienzos, el pensamiento liberal utilizó contra el Estado y la política el reproche de la violencia»,[121] era para producir una pacificación más terrible todavía, donde la paz perdería todo sentido y cualquier otro sentido que no sea la continuación de la guerra dentro de la población.

Aquí, tocamos el punto ciego de nuestros generales diplomados en ciencias liberales, que solo pudieron *popularizar* la expresión enunciando las condiciones de vida y de realidad del *enemigo absoluto probable,* el cual, *in fine*, se define a través de su ruptura con la hipótesis de la *paz liberal*. El mitema fue resumido perfectamente por Mark Neocleous: «La paz es el punto hacia el cual tiende la sociedad civil; el Estado solo existe para realizar esta "paz liberal" dentro de la sociedad civil; y el derecho internacional existe para asegurar la paz entre los Estados. Según esta visión, la guerra es una excepción de la paz. Este mito ha servido para disimular la tendencia, inherente al liberalismo, a entrar en una violencia sistemática y llamarla *paz*; dicho de otro modo, para disimular la violencia *de* la paz liberal».[122] Pero inversamente, y esta vez *fuera de y contra* Tronti y Schmitt, el 68 es la cifra de la globalización de los conflictos que ya no pueden ser centralizados y controlados ni por el Estado (y su ejército convencional), ni por la lucha de clases tal y como ha sido codificada por la tradición comunista. En este sentido, la situación contemporánea es más cercana a la antidialéctica de la acumulación originaria continua que a la de la novela de formación de la política del «gran siglo XX».

---

[121] Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, *op. cit.*, p. 101.
[122] Mark Neocleous, «War as Peace, Peace as Pacification», *Radical Philosophy*, núm. 159, enero-febrero de 2010, p. 9.

La guerra del Antropoceno no ha tenido lugar (todavía)

Para darnos a conocer el sentido crucial del trabajo de los científicos sobre el calentamiento climático y la mutación definitiva de la relación con el mundo que él(los) significa(n) bajo el nombre de *Antropoceno*, Bruno Latour plantea sin preámbulos que «ningún filósofo posmoderno, ningún antropólogo, ningún teólogo liberal, ningún pensador político habría osado ponderar la influencia de los humanos con la misma escala que los ríos, los volcanes, la erosión y la bioquímica».[123]

Entre las múltiples «excepciones» que podríamos exhumar y que militan contra la tesis de una guerra declarada al «sistema Tierra» sin nuestro consentimiento (según una famosa locución que podría traducir el «*unknowingly*» de James Lovelock),[124] escogeremos a un viejo revolucionario comunista llamado Karl Marx, a quien le atribuiremos una primera *desnaturalización* de la energía que alimenta la revolución industrial (*en el vapor, el sudor y la sangre*). Marx describía así la nueva naturaleza de las fuerzas productivas movilizadas por el capitalismo: «La industria y el comercio burgués crean las condiciones materiales para un mundo nuevo de la misma forma que las revoluciones geológicas crearon la superficie terrestre».[125] Que no se trate de una simple metáfora con fines periodísticos queda suficientemente demostrado por el hecho de que la atribución de una fuerza telúrica a las potencias movilizadas por el capitalismo está profundamente enraizado en la ontología de la «producción» en la cual Marx participa antes que nadie. Deleuze y Guattari lo resumen de una manera muy eficaz con una formulación en dos etapas: «la identidad Naturaleza = Industria, Naturaleza = Historia».[126] No hay distinción entre naturaleza y producción, no hay división entre hombre y naturaleza: «Hombre y naturaleza no son como dos términos uno frente al otro [...]. Son una misma y única realidad esencial del productor y del producto [...]. La esencia humana de la naturaleza y la esencia natural del

[123] Bruno Latour, «El Antropoceno y la destrucción (de la imagen) del globo», en *Cara a cara con el planeta: una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, traducción de Ariel Dilon, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, p. 200. Latour ya iniciaba su *Investigación sobre los modos de existencia* (traducción de Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2013) con este problema climatológico.
[124] Véase James Lovelock, *The Revenge of Gaia*, Londres, Allen Lane, 2006, p. 13: «Al transformar el medioambiente, le hemos declarado la guerra al sistema Tierra sin que nos enteremos [*unknowingly*] (citado por Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz, *L'Événement Antropocène*, *op. cit.*, p. 92). En estas páginas, los autores se dedican a una deconstrucción particularmente bien argumentada (y documentada) del relato oficial del Antropoceno como gran fábula de la «toma de conciencia» científicamente asistida.
[125] Karl Marx, *New York Daily Tribune,* 8 de agosto de 1853. Lo que confirma la noción (que tiene un origen geológico) de «formación» (social) aplicada por Marx al capitalismo.
[126] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *El anti-Edipo*, *op. cit.*, p. 32.

hombre se identifican en la naturaleza como producción o industria». La Historia, y la historia de la distinción vienen a continuación. Tal y como recordaban previamente nuestros dos autores, la distinción, considerada «en su estructura formal desarrollada, presupone (como lo demostró Marx), además del capital y de la división del trabajo, la falsa conciencia que el ser capitalista necesariamente tiene de sí y de los elementos coagulados de un proceso de conjunto».

¿Qué pensar, por lo tanto, de la supuesta ruptura radical de la que el Antropoceno sería portador al privar para siempre a los «Modernos» de la distinción que ellos establecen entre naturaleza y sociedad, y del «frente de modernización» que ella habría abierto, si la crítica del primero no es ajena a la concepción marxista de la «producción»? Sabiendo que será retomada por Deleuze y Guattari hasta en la afirmación del carácter *insostenible* del metabolismo capitalista, y que su comparación no concernirá al «hombre como rey de la creación, sino más bien como el que llega a la vida profunda de todas las formas o de todos los géneros, como hombre cargado de estrellas y de los propios animales»,[127] ¿podría nombrar el Antropoceno algo más que la revelación de la «fuerza geológica» de la «humanidad» en una guerra que ya tuvo lugar y que *nosotros* habríamos perdido por *haberla vivido sin vivirla*? ¿Este último sintagma no es acaso una definición posible de la «falsa conciencia» del ser capitalista, a la cual la «naturaleza» *despolitizada* de la Modernidad de la Gran Bifurcación (naturaleza/cultura, sujeto/objeto, etc.) tendría que ser remitida?

El debate científico aún no ha permitido establecer oficialmente la entrada en la nueva era geológica[128] ni tomar una decisión definitiva sobre sus comienzos. Se proponen diversas fechas que pueden ser articuladas en distintas «fases» del Antropoceno.

1610 corresponde con una primera etapa posible que nos hace entrar de lleno en la geohistoria a través del *geopoder* que la anima. A partir del análisis de los hielos polares, los científicos han podido determinar que en esa fecha la cantidad de CO_2 en la atmósfera había alcanzado un nivel anormalmente bajo. Las razones que explican este fenómeno son muy instructivas porque traducen en valores objetivos la magnitud del genocidio llevado a cabo por las potencias coloniales europeas sobre los pueblos originarios americanos: cuando la población indígena del continente cae de 55 millones a menos de 6 millones, una

[127] Ibídem, pp. 13-14.

[128] Tras la publicación del artículo de síntesis de un equipo internacional en la revista *Science* (con fecha del 8 de enero de 2016), esto se dio prácticamente por hecho desde el 35° Congreso Internacional de Geología organizado en Cape Town (27 de agosto-4 de septiembre de 2016). Sin embargo, aún se espera la confirmación de las «autoridades estratigráficas» dentro de dos o tres años.

quinta parte de la población mundial desaparece. Comprendemos mejor que *la mayor catástrofe demográfica de la historia del mundo* haya podido traer consigo la reforestación del continente y aumentar la reserva de CO_2 en proporciones tales que los climatólogos pueden utilizarla como un mínimo a partir del cual medir su aumento constante. Según esta hipótesis, el Antropoceno comenzaría entonces en 1492, con *el fin del mundo* para los pueblos de las Américas.[129] El Antropoceno es un Necroceno. 1492-1610: el genocidio precede y lleva a cabo el ecocidio *que viene* y que podremos *calcular* a partir de este (la acumulación por extinción). La «destrucción del espacio por el tiempo» (según la fórmula marxista que restituye la filosofía capitalista de la «velocidad de circulación») se mide desde la destrucción de *su* tiempo y por el espacio que él libera para la explotación colonial de la «naturaleza», siempre compuesta por humanos y no humanos. Porque un indígena o un esclavo africano (como todos los hombres de todos los colores que viven en regiones semicoloniales y la mayoría de la mujeres) no depende de la sociedad, sino de la naturaleza. *Cheap Nature, Cheap Labor*. De nuevo Marx, en *Miseria de la filosofía*: «Sin esclavitud no hay algodón y sin algodón no hay industria moderna». La ecología-mundo *del capital* instala la «ley del valor» en este medio ambiente mortífero que promete su «industrialización».[130]

1784: la segunda fecha propuesta coincide con la puesta en marcha de la Revolución industrial y la invención de la máquina de vapor a finales del siglo XVIII. Al haber tomado la fecha de la patente de James Watt, el Antropoceno se confirma como un Termoceno y un Angloceno, que se prolonga con el relevo de la potencia hegemónica del siglo XIX que carbura con carbón (Gran Bretaña) por Estados Unidos, cuyo poder también se basa en el carbono con la interposición del petróleo. Lo que Timothy Mitchell llamó «democracia del carbono»[131] se perfila en el horizonte.

Otros científicos —la gran mayoría— sitúan el comienzo del Antropoceno en 1945, en razón de la claridad de la señal radioactiva generada y de lo que esta anuncia. Las dos bombas atómicas lanzadas sobre Japón en virtud del proyecto Manhattan y la multiplicación de los ensayos nucleares que seguirán justo después son retenidas como los primeros sedimentos de la «Gran Aceleración». Pero antes de que los Treinta Gloriosos,

---

[129] «Para los pueblos indígenas de las Américas, *el fin del mundo ya tuvo lugar, en 1492*», escriben Deborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro: «L'arrêt du monde», en *De l'univers clos au monde infini*, *op. cit.*, p. 319. También tomamos de ellos la expresión que figura más arriba en cursivas.

[130] Para el montaje capitalista de este concepto de ecología-mundo (*world-ecology*), véase Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

[131] Timothy Michell, *Carbon Democracy. Political Power in the Age of Oil*, Londres y Nueva York, Verso, 2011.

la petrolización de Europa occidental y «el átomo por la paz» pasaran a primer plano, tuvo lugar la aceleración productiva y destructiva de dos guerras totales. El Antropoceno es un Tanatoceno de uso indistintamente militar y civil.[132]

Las tres fechas representan alternativas posibles para los científicos, pero no para el común de los mortales. Al designar claramente tres etapas en el desarrollo del capitalismo, expresan la *naturaleza profunda* del Antropoceno: el Antropoceno es un Capitaloceno.

Bruno Latour, de quien conocemos el proyecto a largo plazo de *repolitización* de la Ciencia (a través de la sociología *de las ciencias*) y de la «Naturaleza» (las comillas indican la controversia radical de su objeto),[133] logra la hazaña de escribir un libro sobre el Antropoceno (*Cara a cara con el planeta*) confiriendo la misma importancia, para la «humanidad», a la entrada en la nueva era geológica que a la conquista de las Américas (que esta cierra en la superficie y condena bajo la superficie de la Tierra), y sin escribir nunca (o casi) la palabra «capitalismo». Las causas del desajuste climático remiten a los «Modernos», a los «Occidentales», a los «Humanos». Lo mismo ocurre con uno de los principales protagonistas de los *subaltern studies*, el historiador Dipesh Chakrabarty, quien, después de haber criticado el eurocentrismo de Marx y el historicismo de la tradición filosófica continental en *Provincializing Europe,*[134] termina cediendo al vértigo epocal del Antropoceno al reinventar el universalismo de la «especie» (Bonneuil y Fressoz cuentan 51 menciones en su artículo emblemático...) según el modo adjetivado de lo humano como «agente geológico del planeta», cuya *escala* excede, desde entonces, toda posible historia del capitalismo.[135] Agentes tan indiferenciados como la humanidad o la especie, tan genéricos y abstractos como los Occidentales o los Modernos relegan a segundo plano todo análisis específico y *situado* de las modalidades de explotación, de dominación, de división, vinculadas con la multiplicidad de estas guerras que han determinado las victorias y las derrotas a partir de las cuales una parte de los humanos han tomado decisiones a la vez políticas y tecnológicas contra otros humanos (y no humanos). Hay un retorno del tiempo lineal y vacío en forma de biohistoricismo en un historiador tan aguzado

---

[132] Véase el capítulo «Thanatocène – Puissance et écocide» en el libro de Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz, *op. cit.*, pp. 141-171.

[133] Véase Bruno Latour, *Políticas de la naturaleza. Por una democracia de las ciencias*, traducción de Enric Puig, Barcelona, RBA, 2014.

[134] Dipesh Chakrabarty, *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Barcelona, Tusquets, 2008 [2000].

[135] Véase Dipesh Chakrabarty, «The Climate of History: Four Theses», *Critical Inquiry*, núm. 35, invierno de 2009, y el comentario de Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz, *op. cit*, p. 83.

como Chakrabarty y un retorno de la totalización y de la «visión saliente» en un filósofo tan innovador como Latour, quien quizá lleva algo lejos su denuncia del «constructivismo heredado de la tradición crítica» confiándole la composición del «mundo común» únicamente al diplomático… O a una «empresa diplomática» encargada, en un primer momento, de *agudizar los conflictos* para definir mejor las condiciones arbitrales de la *paz.*[136]

La explicación de Chakrabarty respecto de los límites de la crítica del capitalismo para aprehender el Antropoceno es fascinante: porque «los ricos y los privilegiados» no podrán escapar a la catástrofe como saben hacerlo tan bien durante las crisis económicas (¡no hay «botes salvavidas» para que puedan abandonar el planeta!), el problema que se plantea es el de la humanidad, la especie, el hombre. De esta forma, se le confiere un sentido inédito al humanismo tan combatido por el pensamiento de los años sesenta. El objetivo de Latour, por su parte, consiste en «devolver un sentido a la noción de límite», mantener «nuestra actividad dentro de límites voluntaria y políticamente decididos»[137] y enfrentar, de este modo, «una situación totalmente nueva: la Tierra no es ni la naturaleza ni la cultura, sino un modo de existencia *sui generis*».[138]

Basta conocer un poco el funcionamiento real del capitalismo para comprender que los conceptos de «límite» y de «catástrofe» suenan de manera muy diferente al oído de un capitalista y al de los intelectuales orgánicos del Antropoceno. Por desgracia, las políticas *sui generis* que se derivan son radicalmente heterogéneas. Salvo en el sentido más estratégico, ninguna catástrofe puede amenazar ni constituir propiamente una alerta para el capitalista, al igual que ningún límite puede preocuparlo *realmente*, porque las catástrofes son las modalidades normales de su funcionamiento y los límites constituyen los medios de producción de su desarrollo. Que la catástrofe concierna a la especie en su conjunto no perturba en lo más mínimo al capitalista: hace tiempo que ha hecho suya la filosofía más inmaterial de la banalidad del mal (Donna Haraway). Por el contrario, la catástrofe constituye una *oportunidad* que le permite pasar de un modo de valorización a otro (el análisis marxista más estándar es suficiente aquí). Por lo que se refiere a los límites, el capitalismo no conoce más que los inmanentes.

> Querría hacer creer que se enfrenta a los límites del Universo, al límite extremo de los recursos y de las energías. En realidad, solo se enfrenta a sus propios límites (depreciación periódica del capital existente), y solo rechaza o desplaza sus propios límites (formación de un nuevo

---

[136] Véase Bruno Latour, «L'universel, il faut le faire» (entrevista con Elie During y Laurent Jeanpierre), *Critique*, núm. 786, noviembre de 2012, pp. 955-956.

[137] Bruno Latour, *Cara a cara con el planeta, op. cit.*

[138] Bruno Latour, «L'universel, il faut le faire», art. citado, p. 956.

> capital, en nuevas industrias con fuertes tasas de beneficio). Esa es la historia del petróleo y de lo nuclear. Las dos cosas se producen al mismo tiempo: el capitalismo se enfrenta a sus límites, y al mismo tiempo los desplaza, para situarlos más lejos.[139]

Enfrentamiento de los límites y desplazamiento de los límites, enuncian Deleuze y Guattari. Con los límites ecológicos, el capitalismo se comporta como con cualquier otro límite que él mismo ha generado (¿acaso no ha *construido*, en más de un sentido, a la naturaleza como un *todo*?). De hecho, es la condición y la fuente de una nueva valorización, mientras que desplaza y profundiza la degradación ecológica del planeta. En 1974, André Gorz ya afirmaba, puesto que el impás ecológico se había vuelto ineluctable (enfrentamiento con los límites), que el capitalismo iba a ser capaz de integrar su coacción, fuera cual fuera el coste para las poblaciones, así como lo ha hecho con todos los demás (enfrentamientos con los límites).[140] La catástrofe constituye un elemento esencial de esta estrategia de integración de la ecología dentro de una nueva valorización. Al difundir el miedo, la angustia del peligro inminente y la culpabilidad de una falta compartida, el capitalismo más «ilustrado» incita el «cambio» y «las reformas», exactamente como supo hacerlo con la «crisis» de la deuda.

El desarrollo sostenible, la economía verde, las energías renovables constituyen el desplazamiento de los límites para un nuevo régimen de *creación destructiva* vuelto políticamente más sostenible por la multiplicación de las mediaciones y las negociaciones diplomáticas que no habrán sido *puestas en antropo-escena* sin recurrir a los analizadores más calificados del desajuste climático. Los actores científicos convertidos en antropocenólogos están llamados a hacerse cargo de manera negociada de la «intendencia planetaria» de la gestión medioambiental para «optimizar el clima». Con la ventaja, nada despreciable para ellos, de estar en condiciones de «realizar de forma clandestina las innumerables alianzas de las ciencias con los poderes financieros, políticos, industriales o militares, que desde hace un cuarto de siglo han conducido a los grandes trastornos ecológicos contemporáneos».[141] Pero no son solo los científicos quienes quieren ignorar que el capitalismo no es un «modo de producción» sin ser simultáneamente un *modo de destrucción* —en el cual no han podido más que participar—, y del cual el Antropoceno no es

---

[139] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 467.

[140] André Gorz, «Leur écologie et la nôtre», *Le Sauvage*, abril de 1974 (texto retomado bajo el nombre de Michel Bosquet, como introducción a la selección *Ecología y política,* París, Galilée, 1975).

[141] Christophe Bonneuil, Pierre de Jouvancourt, «En finir avec l'épopée. Récit, géopouvoir et sujets de l'Anthropocène», en *De l'univers clos au monde infini*, *op. cit.*, p. 94. Es una pregunta que Isabelle Stengers no ha dejado de desarrollar desde hace más de veinte años en su ecología política de las prácticas científicas.

tanto la culminación como el «cosmograma» y el cosmodrama. Los filósofos del Antropoceno también pueden retroceder ante la naturaleza estrechamente capitalística del *infinito* que ellos denuncian. De esta forma, Bruno Latour ataca su único *concepto modernista* (¿habríamos sido modernos, por lo tanto?), y de forma tan *metafísica*[142] que la física ecosocial de la introducción del infinito en la producción no puede más que escapar a la introducción simultánea del infinito en la *destrucción creativa del capitalismo*. 1492-1945: ¿no celebraron sus bodas de hierro y fuego la acumulación sin límites y la destrucción sin límites durante toda la primera mitad del siglo XX a través del efecto retorno de su dimensión más genocida?[143] Ahora bien, es efectivamente allí, en las guerras totales del capitalismo (o del «imperialismo como estadio supremo del capitalismo»), donde se cristaliza (un «conocimiento situado», en efecto) «la dimensión apocalíptica de la que somos descendientes».[144] «La guerra —comenta Lewis Mumford— tomó una forma infinitamente destructiva: desafiando todas las barreras materiales y todas las obligaciones morales, hoy en día se ha convertido en un genocidio ilimitado que en adelante amenaza toda vida sobre este planeta».[145]

¿Es necesario recordar la percepción particularmente aguda del capitalismo como «modo de destrucción» tras la Segunda Guerra Mundial? El apocalipsis nuclear que vino a concluir una guerra que ya había sido ganada se transforma en el vector de un pensamiento apocalíptico que se ocupa de la inversión «ontológica» de las funciones «emancipadoras» de las fuerzas productivas. La «destrucción» está ahora profundamente inscrita en el Trabajo, la Técnica, la Ciencia, y acompaña a la «producción» como su doble. La «creación» *ex nihilo*, la potencia prometeica del hombre, fue sustituida por la «potencia de aniquilar». El capitalismo entonces habrá introducido una novedad extraordinaria en la historia de la humanidad: hasta el advenimiento de la bomba atómica, solamente el individuo era mortal, mientras que la especie era inmortal. Con las guerras totales, «la respetable tesis: "Todos los hombres son mortales" perdió definitivamente su sentido», porque la bomba atómica implica que «la humanidad como conjunto es eliminable [...], no solo todos los hombres».[146] Hagamos uso o no de la bomba nueva-

[142] De esta forma, escribe: «Para volver a encontrar sentido a la cuestión de la emancipación, es del infinito que hay que emanciparse» (*Cara a cara con el planeta*, *op. cit*.).
[143] Véase Vahakn N. Dadrian, *German Responsibility in the Armenian Genocide*, Watertown, Blue Crane Books, 1996, en lo que respecta a lo que podrá considerarse como la puesta en marcha del proceso genocida.
[144] Bruno Latour, *Cara a cara con el planeta*, *op. cit.*
[145] Lewis Mumford, *Les Transformations de l'homme*, París, Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances, 2008, p. 68.
[146] Günter Anders, *La obsolescencia del hombre (volumen I). Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial,* traducción de Josep Monter Pérez, Valencia, Pre-Textos, 2011, pp. 233-234.

mente, viviremos para siempre «a la sombra de esta compañía inevitable». La amenaza de la catástrofe siempre estará presente y nos hará entrar en el tiempo de la supervivencia de los *muertos en suspenso.*[147] La bomba, explica Günther Anders, «ha conseguido [...] lo que religiones y filosofías, imperios y revoluciones no han llevado a cabo: convertirnos a nosotros en *una* humanidad [...]. En cuanto *morituri*, ahora somos *nosotros*. [...] Demostremos que también lo podemos ser como seres vivos».[148] Los poderes de emancipación suscitados por el «hombre del nuevo mundo» en el siglo XIX se invirtieron trágicamente, «como en el cuento del aprendiz de brujo». «Hoy por hoy, la humanidad vive bajo la amenaza de la autodestrucción, a una escala inconcebible hasta ahora y a través de métodos que antaño eran inimaginables».[149] Es la razón por la cual las guerras totales constituyen una ruptura radical con las concepciones «progresistas» del desarrollo. Al «pasar de un campo limitado de destrucción y violencia, con objetivos limitados, a un exterminio sistemático y sin restricción»,[150] la guerra transmite su *ilimitación* a las técnicas, al trabajo y a las nuevas realidades de una Guerra Fría que se hace cargo de la paz: la *paz total*, la «paz absoluta de la supervivencia». Con ella, «*la paz libera técnicamente el proceso material ilimitado de la guerra total*».[151] La inversión de la fórmula de Clausewitz significa aquí que la destrucción *producida* por las guerras totales no es coyuntural, sino *ontológica*, de modo que el capitalismo no puede seguir siendo dialéctico, si es que lo ha sido alguna vez, y que, de esta forma, la ilusión reformista de los «Treinta Gloriosos», que asocia la bomba con la prosperidad, es echada por tierra incluso antes de que la cosmogonía del progreso haya levantado vuelo.[152] Esta crítica apocalíptica de la modernización se perderá en la euforia de los *Sixties* antes de volver con la «conciencia ecológica». Lamentablemente, habrá perdido la relación con la guerra total del capital y sus guerras civiles.

Sin embargo, la destrucción explosiva de las guerras totales y su concentración nuclear en la bomba atómica, sin duda alguna, han continuado su capitalización a lo largo del consumo productor de una destrucción cotidiana (calentamiento climático, contaminación, desforestación, privatización de los comunes «naturales», etc.) *desarrollando* «el intercambio

---

[147] En *Viaje al fin de la noche* (publicado en 1932), Louis-Ferdinand Céline utilizaba la expresión «sentencia de muerte en suspenso» para evocar la condición del soldado durante la Primera Guerra Mundial, pero también hacía uso de otra fórmula, todavía más contundente: «asesinado con sentencia en suspenso».

[148] Günter Anders, *op. cit.*, p. 294.

[149] Lewis Mumford, *op. cit.*, p. 155.

[150] Ibídem, p. 68.

[151] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 471.

[152] Para una crítica ecológica radical de los Treinta Gloriosos a la francesa, véase C. Pressis, S. Topçu y C. Bonneuil (dirs.), *Une autre histoire des «Trente Glorieuses»*, París, La Découverte, 2013.

ecológico» más desigual posible. No solo entre el Norte y el Sur, sino entre los nortes y los sures de cada ciudad y su periferia, donde se verifica que todas las cuestiones ambientales también son cuestiones de reproducción social. Como sabemos, esa es la línea de fuerza del ecofeminismo, que lleva los asuntos medioambientales a casa y, en particular, a los barrios afectados por la realidad física *multiescalar* del «racismo medioambiental».[153] Es posible discutir acerca de las complejas relaciones entre *la historia medioambiental de la raza* con el género como *matriz de la raza.*[154] Pero no se podrá rebatir la realidad de la ecología social de los conflictos que ponen en lucha a una «humanidad» más dividida que nunca por intereses heterogéneos que están lejos de ser únicamente económicos en el capitalismo, el cual en definitiva debe ser planteado como la única «potencia de historización» de Gaia.[155] Sera necesario, por lo tanto, llevar más lejos la deconstrucción de la recitación oficial del Antropoceno. ¿Acaso no toma el relevo histórico del Gran Relato de la Guerra Fría en muchos sentidos, sustituyendo la defensa nuclear del mundo libre, transmitida por toda una virtual universalidad, por una nueva gobernanza cibernética, supuestamente más sostenible, del sistema Tierra-Humanidad? Siguiendo esta idea, los climatoescépticos (o *negacionistas del cambio climático*) serían los únicos que vendrían a obstaculizar la marcha hacia un nuevo espíritu del capitalismo que tiene en cuenta la parte de responsabilidad (individual y colectiva) de los ecociudadanos movilizados bajo la égida de la ciencia y/o de las geociencias para hacer retroceder el «tiempo del fin».[156]

---

[153] Véase Giovanni di Chiaro, «Ramener l'écologie à la maison», en *De l'univers clos au monde infini*, *op cit.*; Razmig Keucheyan, *La naturaleza es un campo de batalla*, Madrid, Clave Intelectual, 2014, cap. 1. Véase también Maria Mies y Vandana Shiva, *Ecofeminismo*, Barcelona, Icaria, 1997.

[154] Elsa Dorlin, *La matriz de la raza. Genealogía sexual y colonial*, Tafalla, Txalaparta, 2020.

[155] Latour remite al Capitalismo a una explicación en términos de «superorganismo» (del mismo tipo que la Naturaleza, la Tierra e incluso… Dios). En su libro sobre la *Psychologie économique* de Gabriel Tarde, él desarrolla su idea de una Economía y de una Política que se distingue por prescindir de la crítica marxista del «Capitalismo». Véase Bruno Latour y Vincent Antonin Lépinay, *La economía, ciencia de los intereses apasionados. Introducción a la antropología económica de Gabriel Tarde,* Buenos Aires, Manantial, 2009. A diferencia de Latour y Lépinay, quienes escriben un poco a la ligera: «Recordemos que estamos en 1902 [fecha de publicación de la *Psychologie économique*], doce años antes del cataclismo de la Gran Guerra que nos volverá estúpidos durante un siglo» (*op. cit.*, p. 109), entre 1914 y 1917, nosotros no vemos surgir un *ethos* imbécil, sino un cambio de mundo al que está estrechamente asociado el estado de guerra generalizado que sostiene nuestra lectura del Antropoceno *como Capitaloceno*.

[156] De ninguna manera queremos subestimar el peso de los climatoescépticos, que en Estados Unidos «reúne a un ensamblaje heteróclito de lobbies de la gran industria, trabajadores forestales, sindicatos de agricultores, cristianos integristas, defensores de la tenencia de armas, libertarianos antifederales» financiados por poderosos

El Antropoceno no es solo un universalismo que distribuye de manera indiferenciada las responsabilidades, precisamente cuando «sabemos quiénes son los responsables». También es una teoría que evacúa todo conflicto, toda lucha y toda guerra transfiriéndolos hacia *una obligación diplomática* de resultados, planteada extrañamente por su franja más avanzada como la clave de la *repolitización* de la ecología.

La primera función del poder, que consiste en negar la existencia de la guerra civil en curso, está perfectamente garantizada por el Antropoceno en su llamamiento a una humanidad genérica promovida al rango del nuevo sujeto de una *historia natural* que esta habría «histerizado» peligrosamente. Es bajo esta perspectiva que hay que tratar de comprender la irrupción de la guerra en el último Latour en diálogo con Gaia. Después de haber preconizado, como buen sociólogo, su propia solución para el problema de cómo «vivir juntos» por medio de un «nuevo contrato natural» y a través de una política cosmopolita de reconciliación entre humanos y no humanos, Latour enuncia que el Antropoceno nos introduce a un «estado de guerra», a «una guerra de los mundos» y a un «estado de *guerra generalizada*». En este punto, Latour comienza por tomar en cuenta el hecho de que «los humanos están tan divididos como los que partieron a la guerra»[157] para combatir la idea de una humanidad que se unificó (o globalizó)[158] demasiado rápido, según un calco simétrico de la estrategia hobbesiana que reúne a los Modernos en una paz civil «garantizada» por la guerra ilimitada (nunca declarada) contra la Naturaleza. Lo que es tanto más imposible y *peligroso* cuanto que la situación se ha invertido absolutamente: es la Tierra la que nos proyecta *con ella misma* a un «nuevo estado de guerra» al tener un efecto retroactivo sobre las «acciones humanas». Aunque la Humanidad se vista de seda, Humanidad se queda con sus malas acciones. «Por lo tanto, nuestra situación —resume Latour— es simultáneamente la misma y la opuesta a la de Hobbes: la misma porque hay que buscar la paz; la opuesta porque no podemos ir del estado de naturaleza al Estado, sino del Estado al reconocimiento de un estado de guerra».[159]

---

multimillonarios (Sandrine Feydel, Christophe Bonneuil, *Prédation*, París, La Découverte, 2015, p. 29). Pero lo que nos parece lo más determinante, cuando nuestro Claude Allègre nacional ha desaparecido de la pantalla chica y en todas partes se celebra «el éxito esperanzador» de la COP 21, son los *intereses representados* por los climatoescépticos y con los cuales transige la bien llamada Conferencia de las Partes (COP en inglés). Tampoco ignoramos la realidad del «*Thrid Carbon Age*» (o «*Age of Unconventional Oil and Gas*», véase Michael Klare) que tan bien transige con la exploración/explotación militar de los polos.

[157] Bruno Latour, *Cara a cara con el planeta*, *op. cit.*, séptima conferencia.

[158] Véase toda la cuarta conferencia de *Cara a cara con el planeta*.

[159] Ibídem.

¿No podemos redirigir la crítica de Foucault a Hobbes contra el descubrimiento de la guerra por Latour? A saber, que en el Antropoceno la transposición de la guerra de todos contra todos sería una *ficción al cuadrado* que exige la pacificación de los «colectivos» y de los «pueblos», tan «múltiples y dispersos» que terminan pasando dentro de cada uno de nosotros… ¿No hay ahí una señal de una guerra sin frente ni ruptura subjetiva que no sea la oposición más común entre «el Antiguo Régimen Climático» y el «Nuevo Régimen Climático» que apela a una verdadera revolución en nuestra «relación con el mundo»? QED en forma de *Give peace a chance*? Pero, entonces, «designar por sus nombres a algunos de los representantes del frente de batalla del ejército "Humano", aquellos que son los responsables más inmediatos de la agravación creciente de la catástrofe antropocénica», ¿es una tarea imposible o inútil? Después de todo, para empezar —continúan Danowski y Viveiros de Castro—, «no hay más que noventa grandes compañías que son las responsables de dos tercios de las emisiones de gases de efecto invernadero en la atmósfera terrestre».[160]

A falta de un principio de respuesta semejante, en el cual la geopolítica de los «territorios en lucha» tomaría un giro decisivamente *anticapitalista*, la pregunta se intensifica: si la humanidad no puede tener enemigos, ¿quiénes son exactamente los enemigos de la guerra de Latour? Los «Humanos» y los «Terrestres».

¡Los primeros son los amos modernizadores y poseedores de la naturaleza; los segundos, las criaturas de Gaia reterritorializadas o *reterrestrealizadas* por el Antropoceno! No estamos lejos de una película de la serie de *El Señor de los Anillos*. Lo que Latour reconoce entre líneas… «Para decir las cosas al estilo de una ficción geohistórica, los *Humanos* que viven en la época del Holoceno están en conflicto con los *Terrestres* del Antropoceno».[161]

Puesto que el programa político de Latour consiste en declarar «la» guerra —que ahora él llama «estado de guerra ecológica declarada»[162] a fin de establecer una paz negociada que obra como «diplomacia», es decir, el principio de *una guerra que conduce a la paz de los diplomáticos*—, no puede más que ser tributario de la concepción clausewitziana de la guerra como política continuada («por otros medios»). ¿Pero cómo puede, a partir de entonces, esta «cosmopolítica» no quedar atrapada en el *atraso* de la fórmula de Clausewitz, habida cuenta de las políticas reales de la «modernización», que son otras tantas formas de guerras civiles continuadas en y por el capitalismo? Un capitalismo que nunca se ha limitado a la *toma de tierra* (según

---

[160] Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro, *¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*, Buenos Aires, Caja negra, 2019.
[161] Bruno Latour, *Cara a cara con el planeta*, *op. cit.*
[162] Ibídem.

la locución schmittiana). De modo que no basta con prolongar e *invertir la toma de tierra* ejercida por los Humanos en *toma por la Tierra* que define a los Terrestres para que «todo dé un vuelco».[163] La invención latouriana de una nueva forma de guerra, más bien, es una construcción «diplomática» proyectada para resolver *en teoría* —¡de allí su carácter claramente *extraterrestre*!— el conjunto de estos «problemas» *que participan en su totalidad en la perspectiva anticapitalista que él quiere evitar a cualquier precio*. ¿Pero a qué precio? El coste de la operación de «inversión radical en la dirección de toma» se mide por sus *efectos de dilución* del campo de batalla de la guerra ecológica: del lado de los Humanos, «es imposible trazar un mapa preciso de sus conflictos geopolíticos»; del lado de los Terrestres, el mapa de sus territorios ya no es «cosa de Estados-nación encerrados dentro sus fronteras [...], sino [...] de redes que se mezclan, se oponen, se entreveran, se contradicen, y que ninguna armonía, ningún sistema, ninguna "tercera parte", ninguna Providencia suprema puede unificar por adelantado».[164] Lo que no es literalmente falso, siempre que se integre a la guerra ecológica como esa *dimensión constituyente* de la multiplicidad de las guerras de clase, de raza, de género, de subjetividad que transformará, a su vez, la noción misma de ecología en el sentido de una ecología generalizada transversal a las «interacciones entre ecosistemas, mecanosfera y Universo de referencias sociales e individuales».[165]

Sin una *teoría de la evolución* del capitalismo y de sus *divisiones de guerras*, es imposible producir una teoría de la guerra en la época del Antropoceno. Si los estragos «ecológicos» son el resultado de las victorias de los capitalistas en todas las guerras que ellos han podido librar *en nuestra contra,* entonces quizás solo *nosotros*, *los vencidos*, podamos decir un día: *ese fue el fin de la Naturaleza y el renacimiento de la ecología*.

Humanos, demasiado humanos, los capitalistas sacaron partido del documento del Club de Roma, encargado en 1970 y publicado en 1972, sobre «los límites del desarrollo» como un imperativo de transformación de los límites «ecológicos», creados por el capital mismo, en nuevas fuentes de rentabilidad. Fieles a su dinámica, desde entonces solo han amplificado el desastre ecológico. Basada en una historia muy antigua, que comienza con los *enclosures* del Angloceno más primitivo, la idea era buena y se argumentaba con ese brío bravucón propio de los neoliberales: para garantizar

---

[163] Ibídem. «Lo que Schmitt no puede imaginar es que la expresión "toma de tierra" —*Landhname*— pase a significar *la toma por la Tierra. En ese momento, todo daría un vuelco* (las cursivas son nuestras). Mientras aquellos humanos son definidos como aquellos que toman la Tierra, los Terrestres *son tomados por ella*».

[164] Ibídem.

[165] Felix Guattari, *Las tres ecologías*, traducción de José Vásquez Pérez y Umbelina Larraceleta, Valencia, Pre-Textos, 1996, p. 33.

la perennidad de los «comunes» de la tierra, del agua, del aire, hay que sustraerlos del uso para todos y privatizarlos, es decir, someterlos a la lógica coste/beneficio regulada por el mercado. Como la mercantilización de la naturaleza era un mercado particularmente en expansión y la regulación, un asunto propio de las economías de mercado, la idea de crear mercados para los intercambios de derechos de emisión («mercados de carbono») no tardará en imponerse. La Unión Europea se hizo especialista (*European Union Emission Trading System*, EU ETS): es el mercado más importante del mundo.

Las finanzas ocupan y desarrollan rápidamente estos nuevos ámbitos de valorización volviéndose «ambientales». Más allá de las operaciones en el sector de los seguros, bastante antiguas en EEUU, las finanzas pasan a ser totalmente «verdes» con su emisión de «*cat bonds*» («*catastrophe bons*» o «bonos de catástrofe») y «*green bonds*», «derivados climáticos», «hipotecas ambientales», etc. Lo que tienen en común es que aseguran contra los «nuevos riesgos» a través de la «*titulización*» (*securitization*, *security* que también significa título financiero) al participar, a través de agencias intermediarias, en la *modelización de las catástrofes.*[166] A tal punto que hoy en día se habla de una «mercantilización a través de la modelización». De esta forma, en los mercados y en las bolsas verdes se ha creado una cultura común de especulación, «que alinea la naturaleza con el nuevo espíritu del capitalismo y con las lógicas de las finanzas. [...] Durante estos últimos años, una multitud de instrumentos financieros nuevos han sido desarrollados para hacer fructificar el "capital natural" y sus "servicios"».[167]

La patentabilidad de lo vivo (vendida al público como una herramienta para la conservación de la biodiversidad) y los mercados de la biodiversidad producen la filosofía definitiva del biopoder neoliberal que alimenta al geopoder del capital como figura final de la globalización.

¿Nos sorprenderá que la mercantilización y la financiarización de la naturaleza puesta a la hora del Antropoceno en la *capitalización del caos* vayan de la mano con «la imbricación creciente de la ecología y de la guerra»[168] y que estas propulsen a los ejércitos al rango de *especialistas del caos*?[169] Porque la pacificación securitaria y el «nuevo humanismo militar» también se propagan a la velocidad de las catástrofes naturales y de la gestión de los riesgos sociales que aquellas amplifican. Estos riegos están

---

[166] Véase Razmig Keucheyan, *op. cit.*, cap. 2.
[167] Sandrine Feydel, Christophe Bonneuil, *op. cit.*, p. 172.
[168] Razmig Keucheyan, *op. cit.*, p. 15.
[169] Lo que se lee con todas sus letras en un informe parlamentario dedicado al «impacto del cambio climático sobre la seguridad y la defensa» presentado en la Asamblea Nacional en 2012.

plenamente integrados en la función de «multiplicador de amenazas» de la «crisis» ecológica. Basta pensar en el huracán Katrina de 2005 en Nueva Orleans, que sirvió como revelador del racismo ambiental y aceleró la gentrificación de la ciudad, transformándose en un caso de aplicación de la «estrategia de shock» gracias a la ayuda de la Guardia Nacional.[170] También hay que contar con la operación de *greenwashing* de los ejércitos dotados de «unidades de intervención ecológica» que hacen depender directamente «la preservación de la naturaleza» de su militarización, debidamente programada en «la intersección del cambio climático y de la seguridad de las naciones». De ahí también viene la idea de crear *cascos verdes* para controlar la multiplicación de las *guerras verdes* en las cuales se encuentran todos los componentes de la historia más política de la naturaleza poscolonial.

Pero el *greenwashing* recuerda sobre todo el papel «constituyente» del complejo militar en el Antropoceno. Además de los procesos de destrucción ecológica colosales producidos por la industrialización de las guerras sometidas a la lógica ilimitada del capital, la economía de guerra, más allá del teatro de operaciones y la manutención cada vez más energívora de los ejércitos, no ha dejado de inervar el «progreso» del «desarrollo». «El aparato militar, la guerra y la lógica del poder, con sus elecciones tecnológicas insostenibles que luego son impuestas al mundo civil, cargan con una gran responsabilidad en el desajuste de los medioambientes locales y del conjunto del sistema Tierra».[171] Caso paradigmático si los hay, la transferencia de lo militar hacia el ámbito civil producida por lo nuclear representa una doble amenaza para todo su sistema. Esta transferencia conlleva a la vez la *posibilidad* de la extinción inmediata de la especie humana y la *realidad* de la «gran aceleración» en la Guerra Fría,[172] que fue capaz de lanzar, en una carrera por la civilización *made in USA,* la socialización y la capitalización del conjunto de las fuerzas productivas/destructivas de la guerra total.[173]

En su gran relato unificador de la especie, el Antropoceno no es solamente un universalismo y un humanismo, también es un reduccionismo «fisicalista» que mantiene la ilusión diplomático-científica de un *spatial*

---

[170] Ibídem, pp. 25-28.

[171] Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz, *op. cit.*, p. 269.

[172] Notemos, de paso, que la Guerra Fría constituye un «punto álgido en la huella ambiental de los ejércitos». Ibídem, p. 142.

[173] Lo esencial de nuestra tesis se encuentra en este pasaje de Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz: «La gran aceleración de los años cincuenta naturalmente debería llevar a interrogarse sobre el papel bisagra en la historia del Antropoceno de la Segunda Guerra Mundial y del esfuerzo bélico norteamericano. Estudios cuantitativos más precisos podrían demostrar que la Gran Aceleración constituye la resultante de la movilización industrial para la guerra después de la creación de los mercados civiles destinados a absorber los excesos de capacidad industrial». Ibídem, p. 168.

fix. Sin embargo, si la amenaza climática depende de una geohistoria que hizo de la ruptura del equilibrio de la Tierra un acontecimiento, este mismo acontecimiento no es tan políticamente global como *local y globalmente político*: impone abandonar *en todas partes* la esperanza negociada de una «salida de crisis» y derribar la tesis de Chakrabarty sosteniendo, junto con Benjamin, que *solo, el capitalismo no morirá de muerte natural*.

Es la razón por la cual, en coherencia con la ontología de la naturaleza = industria = historia, Felix Guattari nos invita a no separar *nunca* lo que el capitalismo mantiene y explota conjuntamente desde su nacimiento. Lo que nos lleva a volver a la tesis del Gran Reparto cuya modernidad sería el medio-lugar [mi-lieu] y los Modernos, los instrumentos engañosos y engañados de una representación del mundo fundada en la división entre Naturaleza y Cultura. Porque, en efecto, es el capitalismo el que obra como *irreducción* y se muestra *irreductible* con relación a este concepto abstracto de modernidad y su régimen de distribución, que habría «desanimado» a los objetos al «animar» únicamente a los sujetos, según el principio de un «naturalismo» (Descola) que pone al hombre en situación de exterioridad con respecto a la naturaleza.

La «naturaleza» nunca ha sido un simple «decorado para la acción del hombre» (como dice Latour, para marcar la diferencia del Antropoceno con el Holoceno) porque está *atrapada* en el agenciamiento mismo del capital. Movilicemos a Carl Schmitt: la naturaleza es la *toma de tierras* del capital. La más simple definición de este último implica un «capital constante» (materias primas, máquinas, etc.) y un «capital variable» (fuerza de trabajo), es decir, una «hibridación» de humanos y no humanos que no remite a la modernidad, sino a la organización capitalista de la explotación. No hay ninguna exterioridad posible, porque la «naturaleza» es ocupada de manera *extensiva* (la colonización que va hasta los límites de la «tierra») e *intensiva* (la colonización que va hasta los límites de la «materia»).

El funcionamiento del capital no se enreda con los dualismos «modernos» del sujeto y del objeto, las palabras y las cosas, la naturaleza y la cultura o la sociedad. La relación sujeto/objeto, hombre/máquina, agente/materia se borra y deja lugar a una configuración global donde hay encuentro y agenciamiento de las fuerzas que no se dividen en «muertas» y «vivas», subjetivas y objetivas, en el sentido de que todas están «animadas» de una manera diversa (las fuerzas físicas y subfísicas de la materia, las fuerzas humanas y subhumanas del «cuerpo» y del «espíritu», las fuerzas de las máquinas, las potencias de los signos, etc.). En esta «producción» hay relaciones, agentes y signos, pero las relaciones no son intersubjetivas, los agentes no son personas y las semióticas no son representativas. Tanto los agentes humanos como los agentes no humanos funcionan como puntos

de «conexión, de conjunción y de disyunción» de los flujos y de las redes que constituyen el agenciamiento capitalista que explota al conjunto de estas relaciones.[174]

Tomémonos aquí la libertad de hacer hablar a Deleuze y Guattari: «Sin producción de subjetividad, no hay larga marcha hacia el Antropoceno y *simplemente* no hay Antropoceno». No solo la acción de los humanos es inseparable de la acción de los no humanos, sino que además los humanos están sometidos a procesos de formateo de la subjetividad que históricamente han sido profundamente diferentes: los «humanos» de la acumulación originaria, del capitalismo industrial y del capitalismo financiero de ninguna manera son los mismos. Su subjetividad debe ser *producida* cada vez de una forma específica para poder responder a las exigencias de la *producción*. Alguien tendrá que explicarnos alguna vez cómo los antropólogos, tan presentes en la nueva escena del Antropoceno, pueden estar tan poco interesados en captar las «diferencias» en las sociedades colonizadoras después de habernos revelado las «diferencias» más finas de las sociedades colonizadas.

La discusión suscitada por el Antropoceno parece constituir un ejemplo perfecto de «un paso hacia delante y tres hacia atrás» respecto de la propuesta, formulada por Felix Guattari en 1989, de construcción de una ecología política generalizada que sería capaz de librar la guerra contra un estrago triple: el estrago de la «naturaleza», el estrago del «socius» y el estrago de la «subjetividad». ¿Qué otro sentido se le puede dar al «estado de guerra generalizada» señalado por Latour?

El gran relato unificador y pacificador del Antropoceno —polarizado por uno solo de estos estragos (la «naturaleza») en detrimento de los otros dos—, en su versión oficial, es un canto poco disimulado a la función redentora de la ciencia. Las verdaderas soluciones vendrán de la ciencia, de las innovaciones tecnológicas o de la geoingeniería que viene a recordarnos que la *R&D* de la Guerra Fría encuentra aquí una salida a la medida de su ambición cibernética. Esta incluso podría presumir de una cierta antecedencia, con sus circuitos de retroalimentación atrapados en «sistemas

---

[174] Al querer hacer abstracción del funcionamiento real del capitalismo, Latour se ve obligado a recurrir al concepto eminentemente problemático de una modernidad que se engañaría sobre sí misma, dándole así un giro adicional al concepto de *ideología*. Mientras que la «modernidad» hacía valer los derechos del corte (¿«epistemológico»?) entre naturaleza y cultura, los científicos en sus laboratorios elaboraban minuciosamente hibridaciones de humanos y no humanos contradiciendo, de esta forma, su «ideología espontánea». Deleuze y Guattari dan perfectamente cuenta de este doble proceso: el avasallamiento maquínico crea una continuidad entre naturaleza y cultura, mientras que la sujeción social introduce una discontinuidad entre humanos y no humanos para producir un «sujeto» que se distingue del objeto.

hombres-máquinas». «En efecto, la cibernética y la ciencia de los cyborgs de la posguerra no esperaron a Latour, Haraway y Descola para celebrar la disolución de la frontera naturaleza/cultura, ya que esta buscaba precisamente optimizar sistemas que conectaran a humanos y no humanos».[175] No en vano la cibernética es la ciencia capitalista de la Guerra Fría… que es el umbral más cercano de la entrada en el Antropoceno.

En el momento de mayor peligro, todo depende del diagnóstico de la situación. Si los responsables son la Humanidad, los Modernos, los Occidentales, solo quedan los expertos para encontrar las soluciones correctas. Es la versión ecomodernista de la política de los «expertos», debidamente apoyada por la ideología neoliberal contemporánea cuya semilla ha germinado en tantos «gobiernos de expertos». Pero si, tal como pensamos, el diagnóstico más pertinente respecto de las causas y los orígenes continuos del Antropoceno es estratégico,[176] entonces la política de los «territorios en lucha» debe comprometerse resueltamente con la muy real «guerra ecológica» que está en curso y que, como muchas otras, y en la intersección de todas las demás (las guerras de clase, de raza, de sexo, de subjetividad), sin duda estamos perdiendo.

Máquinas de guerra

Cuando el capital financiero se vuelve hegemónico y transforma a la guerra, y al Estado del que esta se ha apropiado, en los instrumentos directos de su estrategia, ¿cuál es la dinámica, cuál es la energía que el capital financiero infunde a la máquina de guerra?

En el libro III de *El Capital*, Marx define el sistema de crédito como la institución que permite «convertir dinero en capital, sin volverse uno mismo capitalista industrial». Se trata efectivamente de esa clase de capitalistas que, en calidad de «agentes del capital»[177] (¡un capital en absoluto «ficticio», sino tan real como «el» capital puede serlo, diga lo que diga Marx!), introducen una inestabilidad estructural en la economía y en la sociedad por la cual va a pasar el «desarrollo» del capitalismo *mismo*. El modo de valorización del capital industrial procede entonces mediante *crisis periódicas* debido a que el desarrollo «absoluto» o «incondicional» de las fuerzas productivas sería contradictorio con su subordinación a la

---

[175] Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz, *op. cit.*, p. 107.

[176] Como escriben Bonneuil y Fressoz (ibídem, p. 229), «¿Y si la entrada en el Antropoceno, en vez de un deslizamiento inconsciente o la simple resultante de la innovación técnica (la máquina de vapor), fuera la resultante de una derrota política frente a las fuerzas del liberalismo?».

[177] Karl Marx, *El Capital*, Libro tercero, *op. cit.*

lógica de la ganancia y de la propiedad privada. Pero bajo el impulso del capital financiero, las crisis se vuelven tan seguidas que la noción misma de «crisis» termina perdiendo todo sentido estructural en beneficio de un único estado de inestabilidad permanente. Aquí, la idea misma de crisis como «medio inmanente al modo de producción capitalista» experimenta un extraño *envejecimiento*, que no perdona el principio general según el cual las cosas solo funcionan (¿bien?) a condición de estropearse.

La depreciación del capital existente y la formación de un nuevo capital (crisis) para paliar la caída de las tasas de ganancia se producen ahora *continuamente* bajo la presión de la «competitividad»,[178] tan apreciada por los capitalistas financieros y el resto de los «inversionistas institucionales». Dentro de esta última categoría figuran: los fondos de pensiones, los fondos de inversiones colectivos basados en planes de pensión privados mediante capitalización y ahorro salarial, las empresas de seguros, las sociedades de inversión, la banca de negocios y de inversión o los sectores de «inversión» de los bancos vueltos *universales*. Se trata menos de *las finanzas para todos* (la nebulosa «democratización de las finanzas») que de la financiarización obligada de todos en beneficio de «algunos». Pero sobre todo, se trata de la financiarización definitiva del capital industrial que aquellos transforman en sistema, y en *sistema-mundo*. Las «finanzas» ordenan la globalización de la producción y la nueva división *transnacional* del trabajo (*global production networks*), que de este modo son sometidas al borrado de las fronteras entre actividades financieras y actividades productivas, mientras que «las» finanzas escapan a toda perspectiva de regulación efectiva.

El número de crisis financieras, grandes o pequeñas, que se han concatenado desde los años 1974-1975 (marcados por una primera forma de crack financiero que tuvo su epicentro en los bancos) y el «golpe de 1979» (liberalización de los mercados obligatorios de la deuda pública, alza de las tasas de interés norteamericanas y del dólar, configuración antiinflacionaria de la política monetaria) es aterrador.[179] Y con razón: el fenómeno manifiesta el número numerante de la desterritorialización total del capitalismo tal y como este se «totaliza» en el sistema de las tres «D» de la financiarización: «el *desarreglo* o liberalización monetaria y financiera, la *descompartimentación* de los mercados financieros nacionales y la *desintermediación*, a saber,

---

[178] Lo que explica perfectamente Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal de 1987 a 2006: «Es lamentable que mientras más fuerte sea la competencia —y que los equipamientos de las empresas y su personal son golpeados más rápidamente por la obsolescencia— los actores del mercado estarán más sujetos al estrés y a la ansiedad. Muchas empresas prósperas de la Silicon Valley, sin lugar a dudas, debido al modelo de obsolescencia programada, tienen que reinventar cada dos años secciones enteras de su actividad». *The Age of Turbulence*, Nueva York, Penguin Press, 2007, p. 544.

[179] Hemos contabilizado *72 crisis financieras* solo en los años noventa.

la apertura de las operaciones de préstamos anteriormente reservadas para los bancos a todo tipo de inversionista institucional».[180] Estos son los tres motores que están actuando detrás de la «exuberancia» de los mercados financieros y la *explicans* de la «volatilidad» que se desencadenó inmediatamente después de la crisis asiática de 1997 (¿acaso no tuvo el mérito de poner a Corea bajo el control del Tesoro norteamericano?). Para dejar constancia: la crisis asiática sucedió a la crisis financiera mexicana (1994-1995), que en ese entonces fue considerada como la «primera crisis del siglo XXI»[181] y que solo pudo ser «contenida» al improvisar una «doctrina financiera Powell», apellido del arquitecto de la primera guerra de Irak, que de tal forma fue asociado con las decenas de miles de millones vertidos en los bancos de un país afectado por la rebelión de Chiapas («la más amplia intervención no militar desde el Plan Marshall»[182]).

En estas condiciones, la autorregulación del Capital 3D es una ilusión de los liberales (o de los más ingenuos de ellos), aunque la encontremos hasta en Foucault. La *inseguridad global* es la condición de la gubernamentalidad securitaria del capitalismo contemporáneo. La «normación» y la normalidad del estado de emergencia que alimenta el miedo y la inseguridad, en lugar (de acuerdo a su motivación declarada) de proteger a la población, no tiene su origen en quién sabe qué dimensión jurídico-política, sino en el Capital y su máquina de guerra militar-financiera que funciona a punta de *ajustes estructurales*. A propósito, señalemos que el término fue lanzado en 1979 por Robert McNamara. Presidente del Banco Mundial de 1968 a 1981, McNamara fue secretario de Defensa de 1961 a 1968 bajo las presidencias de Kennedy y de Johnson, y durante la guerra de Vietnam.

Al analizar la «baja tendencial de la tasa de ganancia» expuesta en el mismo libro III de *El Capital*, Deleuze observa que el momento de tránsito entre la depreciación del capital (la crisis) y la formación de un capital nuevo crea las condiciones para una «posible» emergencia de fuerzas revolucionarias.[183] Habida cuenta de la naturaleza de los movimientos del capital financiero y el aceleracionismo consubstancial generado por este último, el surgimiento de sujetos en ruptura política siempre debe ser considerado posible (incluso en ausencia de una alternativa «actual») en la forma de una eventualidad que en realidad está *siempre presente*. Contribuyendo a la «inestabilidad sistémica»,

---

[180] François Chesnais, «Le capital de placement: accumulation, internationalisation, effets économiques et politiques», en *La Finance mondialisée. Racines sociales et politiques, configuration, conséquences*, París, La Découverte, 2004, p. 27.

[181] Como cada cosa llega a su debido tiempo, la «burbuja Internet» estalla en el 2000 —dos años después de que Alan Greenspan transformara el «apoyo al mercado de las nuevas tecnologías» en el nuevo mantra de la Reserva Federal.

[182] Leo Panitch y Sam Gindin, *op. cit.*, p. 253.

[183] Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista, op. cit.*

la multiplicación de estos *enemigos probables* refuerza el carácter necesario del desarrollo de un sistema militar securitario de control social tanto a nivel doméstico como en el plano internacional. Como la inestabilidad se vuelve permanente con la saturación del sistema, la «militarización del gobierno» responde a la tarea fundamental de prever, anticipar y prevenir, es decir, de *romper por adelantado* las innumerables posibilidades de ruptura que siempre son virtuales-reales, ya que se inscriben en la dinámica misma de dominación absoluta del capital financiero y su lógica de guerra, que tiende a volver al enemigo (retomando a Clausewitz en este punto) «incapaz de continuar la resistencia». Un proceso *infinito*…

El orden del capital financiero es un des-orden *poscrítico* altamente inestable y perfectamente insaciable, un estado «lejos del equilibrio» en continuo cambio, en perpetua evolución y que siempre busca re-producir nuevas posibilidades de valorización desplazando todos los límites que puede encontrar. El Capital financiero contemporáneo huye del equilibrio como de la peste, porque el equilibrio equivale a una ganancia cero desde el punto de vista de la maximización del «valor accionarial», que no tiene en cuenta los indicadores mundiales de desarrollo (en esta materia, el balance del neoliberalismo es desastroso).

El Estado y la guerra, que constituyen respectivamente el componente y el elemento estratégico de la máquina de guerra del Capital, han debido adaptarse a esta evolución.

Aunque su desarrollo ha sido continuo desde la Primera Guerra Mundial, la reestructuración de la separación de los poderes que le otorgaba atribuciones exorbitantes al ejecutivo y a la administración todavía es insuficiente para controlar una inestabilidad tan *fundamental.* El control del poder ejecutivo tendrá que estar directamente asegurado por el Capital y sus instituciones financieras, que ejercen todas sus «capacidades de actuar» al nivel de la economía-mundo que esclaviza al Estado (a través de la financiación de los déficit presupuestarios y la «titulización» de las deudas públicas, por una parte, y la independencia de los bancos centrales,[184] por otra). En el marco del Estado nación, el Estado y su poder ejecutivo se ven obligados a promulgar un conjunto de medidas que parecen estar en plena contradicción con los movimientos aberrantes del capital: leyes de «estabilidad financiera» y un «equilibrio contable» estricto, que en Europa incluso se quiere inscribir en las constituciones. En realidad, no hay ninguna contradicción, porque la estabilidad y el equilibrio solo conciernen

[184] «La independencia de los bancos centrales llegó a ser la transformación institucional que indicaba, más que cualquier otra, que un Estado estaba dispuesto a efectuar los "ajustes estructurales" necesarios para imponer esta disciplina contra las presiones democráticas a favor de los gastos sociales». Leo Panitch, Sam Gindin, *op. cit.*, p. 239.

a los presupuestos y a los gastos de una parte de la población, que de este modo es puesta bajo una «vigilancia» reforzada en el plano nacional e internacional. Es el principio mismo de las reglas de «condicionalidad» adoptadas y codificadas por el Fondo Monetario Internacional desde 1979. Llegado el caso, al mismo FMI se le podrá atribuir la responsabilidad exclusiva de las medidas de austeridad presupuestaria, aunque estas medidas siempre sean negociadas con los gobiernos *amigos* que eventualmente saben aprovechar la oportunidad para endurecer el programa. Por lo tanto, el FMI también tiene *enemigos*. En ambos casos, hay que darle la razón a Dominique Strauss-Kahn cuando resumía, con una breve frase, el punto de vista de la institución que dirigía: «*Crisis is an opportunity*».

Sin esperar el apoyo de una plataforma «dual»[185] respaldada por las reestructuraciones financieras de la industria en los años noventa, o volverse oficialmente «preventiva« (el 2001) para ser capaz de responder en todos los frentes, externos e internos, la guerra también se adaptó a las nuevas condiciones de la acumulación cruzándolas con su desarrollo «sin límites» espaciales o temporales (la segunda Guerra Fría de Reagan toma el relevo del *Kitchen Debate* de Nixon). Según el modelo neoliberal de la *seguridad interior del capitalismo* que se identifica con todas las formas de su poder de clase, su primera función será doméstica: consistirá en intervenir dentro de la población y en sus divisiones declarando *concretamente* la guerra civil por el control del salario y los gastos sociales. Es el principio político-militar de la «revolución conservadora»: para poder despegar en un «keynesianismo de guerra» de *rentistas bélicos* (la «guerra de las estrellas»), los desequilibrios estructurales del capital tienen que «equilibrarse» actuando sobre los salarios, los ingresos, el empleo y los «solicitantes de empleo», los sistemas de protección social de una parte de la población (de la cual una subdivisión depende del *welfare* para su supervivencia más elemental). Es decir, un *contrakeynesianismo* de guerra.

La financiarización de finales del siglo XIX y de comienzos del siglo XX condujo a las dos guerras totales, entrecortadas por la crisis de 1929, y a las guerras civiles europeas. Un siglo más tarde, la financiarización contemporánea nos precipita hacia las polarizaciones de las guerras civiles de la «ultramodernidad» (según el término de Jacques Bidet). A partir de la crisis del 2008 (cuyo escenario detallaremos más adelante), entramos en la era de la subjetivación de las guerras civiles y de su puesta en circulación mediante sucesivos empujes laterales a través del planeta.

Estas guerras, que hemos analizado a partir de la acumulación originaria como condición económica, política y subjetiva del Capital, son los ejes estratégicos respecto de los cuales se juega la constitución de las máquinas de guerra contemporáneas.

---

[185] Así se califican las tecnologías utilizadas para las producciones de uso civil y militar.

Hay varios escenarios posibles, que conciernen tanto al desarrollo como a la salida de estas guerras. Desde 2008 (la crisis total) – 2011 (primavera árabe) la historia se ha desbocado. Pero como bien sabemos, no siempre lo ha hecho en la dirección correcta: las relaciones de fuerza están demasiado desequilibradas en favor de la máquina de guerra del Capital y de los nuevos fascismos que no dejan de reforzarse y alimentarse mutuamente. Esta es nuestra única certeza: los encadenamientos y las rupturas se van a jugar en el terreno de las guerras civiles y su inmanentización total. Solo podemos proponer algunas «tendencias» cuya característica principal no es tanto ser desmentidas por lo que «sucede», sino aunarse de forma *a priori* improbable.

El «escenario griego», donde la dirección de la guerra sigue estando en manos de la máquina financiera es la hipótesis «capitalista». Las «relaciones de poder» gobernantes/gobernados y las «relaciones estratégicas» coexisten en beneficio de los primeros: el conjunto de los dispositivos de gubernamentalidad funcionan como armas que apuntan al control de la población y a la reproducción del poder de los acreedores. Es lo que sucedió y lo que sucede —con menos cinismo, violencia y determinación asesina que en Grecia, donde la mortalidad infantil y la mortalidad en general se duplicaron desde el 2010— en todos los países europeos. La máquina de guerra del Capital persigue con determinación la voluntad de hacer que la población pague sus «innovaciones financieras» declarando el «estado de emergencia» económico y político.

La temible novedad de la secuencia abierta por la «crisis» financiera del 2008 no se ejemplifica únicamente con la intensificación de la gubernamentalidad de las guerras dentro de la población («políticas de austeridad»), sino también con las relaciones que la máquina de guerra del Capital se verá obligada a mantener con la expansión de las máquinas de guerra posfascistas. Los nuevos fascismos intervienen profundamente en esta secuencia política, ya que subordinan las relaciones de poder gobernantes/gobernados al punto de vista de la «guerra» (amigo/enemigo). El escenario de los nuevos fascismos se instala explícitamente en el terreno de las guerras civiles. Designa, sin ambigüedad, al extranjero, al inmigrante, al refugiado, al musulmán como el enemigo simultáneamente interno y externo, al tiempo que reafirma la «naturalidad» de la heterosexualidad que se ha venido debilitando seriamente en cuanto dispositivo de poder desde los años sesenta. La «raza» no se limita a definir al enemigo, sino que constituye, junto con el patriarcado y la heterosexualidad, el terreno de la subjetivación fascista e identitaria (en Francia, el Front National y la «Manif pour tous» movilizada contra el «matrimonio gay» son su doble expresión política).

La «raza» y la «heterosexualidad» patriarcal constituyen un punto de vista sobre la mundialización diferente al de la financiarización, pero igual de temiblemente poderoso. Las guerras de raza y de género son dos

dispositivos clave del control «biopolítico de la población» constitutivo de la división internacional del trabajo y de su división sexual. Antes de la descolonización, las guerras de razas establecían divisiones entre las poblaciones del Norte y del Sur del mundo. Hoy en día, estas atraviesan los países «desarrollados» discriminando a las poblaciones de las «colonias internas», como los migrantes y los refugiados, cuyos desplazamientos, sumados a la depredación de las tierras y las materias primas, se han vuelto «estructurales». Lo que hace que la máquina de guerra del Capital *reaccione*, y con ella los nuevos fascismos, es el giro adoptado por el colapso de la distinción entre un «interior» y un «exterior», que es ampliamente obra suya. Ya no es posible descargar las guerras internas de los «civilizados» en contra de los «no civilizados» sin que haya un efecto retorno inmediato. Todas las depredaciones, guerras, expropiaciones, masacres, fraudes infligidos al «exterior» o mediante «externalización» retornan a Occidente con una velocidad que parece confundirse con la aceleración de la historia. Si con el 11-S la «guerra contra el terrorismo» tardó en volver a quienes la habían declarado, la «crisis de los refugiados» es ese retorno vuelto instantáneo. Presa de un sentimiento de pánico apenas disimulado, el poder no deja de levantar muros de todo tipo, pero los más temibles no siempre son los que construye o los que anuncia que va a construir en sus fronteras. Y estas fronteras, con sus prácticas institucionales asociadas en materia de exclusión/inclusión diferencial, ¿no han sido desplazadas desde hace mucho tiempo para ocupar *en todas partes* el «centro del espacio político»?[186]

Las guerras contra las mujeres tienen el mismo alcance estratégico que las guerras de razas. Los dirigentes más reaccionarios son quienes exponen el orden de las razones que presiden el eterno retorno de la «biopolítica» en versión *histórica*. El «sultán» turco Erdogan las enuncia sin rodeos: ilegalizar la anticoncepción para retomar el *control del cuerpo de las mujeres*, destinado a producir más hombres para el Estado y su ejército. El sexismo tiene una connotación de clase muy precisa: combatir el «rechazo al trabajo de procreación» retomando el control de la producción y la reproducción de la población, es decir, de la «mercancía» estratégica, la fuerza de trabajo. Porque es en toda África del Norte, y no solamente en Turquía, donde el control sobre el cuerpo de las mujeres ha escapado de los poderes, puesto que la fertilidad disminuyó a niveles europeos.[187] La única causa real del

---

[186] Étienne Balibar, *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa? Las fronteras, el Estado, el pueblo*, Barcelona, Tecnos, 2003.

[187] «La fertilidad en África del Norte y en Medio Oriente cae de un promedio de 7,5 hijos [...] a menos de 3 hoy en día, y en muchos países está bajo el nivel de reemplazo (2,1). Además, la fertilidad promedio en Irán (1,8) es menos elevada que en Escandinavia; en el Líbano, donde el 60 % de la población es musulmana, la fertilidad promedio (1,6) es más débil que en Bélgica (1,8); en Túnez (2,05), Marruecos (2,19) y Turquía (2,10), los promedios son solo ligeramente más elevados que en Francia». Youssef

odio que los islamistas manifiestan respecto de las mujeres es esta: el poder patriarcal amenaza con derrumbarse. Esto está en perfecta sintonía con las lecciones de libertad y emancipación dadas a las mujeres musulmanas por la República laica y natalista, en nombre de una «modernidad de progreso» que instrumentaliza el feminismo poniéndolo al servicio de una misión civilizadora neocolonial que conservaba todas sus *coordenadas* simbólicas.[188] El «desvelamiento», puesto de moda por los socialistas franceses, resucita las peores horas de la Guerra de Argelia y del «feminismo colonial» encarnado por las asociaciones de «solidaridad femenina» creadas por las esposas de los generales golpistas Salan y Massu: entre sus iniciativas se encuentra la organización de un desvelamiento público de mujeres de Argel, en mayo de 1958.[189]

El proyecto posfascista remite, al hacerlas resurgir como terreno de subjetivación, a las modalidades seculares de ejercicio del poder sobre la población. En este sentido, este proyecto es esencialmente reaccionario, pero es una reacción que se aferra a la actualidad del enfrentamiento político en su punto más intempestivo. En los proyectos pos o neofascistas, ya

---

Courbage y Paul Puschmann, «Does Demographic Revolution Lead to Democratic Revolution? The Case of North Africa and the Middle East», en K. Matthijs, K. Neels, C. Timmerman, J. Haers (dir.), *Population change in Europe, the Middle East and North Africa*, Londres, Routledge, 2015.

[188] Como bien dice Judith Butler, «se nos está pidiendo que desarticulemos las luchas por la libertad sexual de las luchas contra el racismo y los sentimientos y las conductas antiislámicos», estimulados por la acción coercitiva del gobierno francés (de ayer y de hoy). Véase Judith Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Ciudad de México, Paidós, 2010, pp. 155-156.

[189] La historiadora Jennifer Boittin restituyó su contexto y narró el desarrollo: «Las ceremonias de desvelamiento más elaboradas, y que tuvieron más fuerte impacto en los medios de comunicación, se desarrollaron en el contexto de manifestaciones masivas organizadas por el ejército, en las principales ciudades, a partir del 18 de mayo. Los líderes del "golpe de Argel" (Soustelle, Salan, Massu, Allard) y otros generales y dignatarios, se trasladaron especialmente en helicóptero, lanzados en una verdadera gira a través de Orléansville, Mostaganem, Blida, Boufarik, Orán, Philippeville, Bona, Sétif, Constantina, Tizi-Uzu y Biskra, entre el 18 y el 28 de mayo. En cada ocasión, se podía asistir a una cuasi idéntica y teatral puesta en escena: grupos de mujeres veladas caminaban desfilando hacia los lugares tradicionalmente dedicados a las ceremonias oficiales (plazas centrales, ayuntamientos, monumentos a los muertos). Al llegar, una delegación de mujeres jóvenes, vestidas a la europea o portando el *haik* [velo tradicional argelino], compartían el estrado o el balcón con los generales y los dignatarios presentes, con un ramo de flores en la mano, y daban largos discursos a favor de la emancipación de las mujeres antes de lanzar sus velos a la multitud». «Feminist Mediations of the Exotic: French Algeria, Morocco and Tunisia, 1921-1939», *Gender & History*, vol. 22, núm. 1, abril de 2010, p. 133, citado en Felix Boggio Éwanjé-Épée y Stella Magliani-Belkacem, *Les féministes blanches et l'Empire*, París, La Fabrique, 2012, pp. 25-26.

no son la economía y las relaciones gobernantes/gobernados las que nos asignan a un lugar dentro de la producción, a una nacionalidad, a una identidad, a un sexo, sino la lógica de las guerras de raza y sexo (la «preferencia nacional», la cruzada «antigénero»). La «economía» está subordinada a la lógica de las guerras civiles tan pronto como la territorialización liberal (del «enriquézcanse», del emprendedor de sí mismo, del capital humano, etc.) se encuentra en la imposibilidad de realizar lo que había prometido en los años ochenta-noventa. Intrínsecamente proteccionista, el proyecto neofascista suscita y mantiene el resentimiento, la frustración y los miedos de los obreros blancos, para restablecer, a través de la conservación de la jerarquía sexual y la garantía de las identidades, la nacionalización del empleo y del salario, el poder sobre los no asalariados y el control sobre los desempleados.

Los nuevos fascismos juegan en una dimensión de la economía-mundo, el colonialismo, que lejos de desaparecer, ha «colonizado» a los países colonizadores. El concepto de *endocolonización*, mediante el cual Paul Virilio definía la mutación del ejército y de la guerra después de 1945 en *guerra dentro de la población y en contra suya*,[190] recientemente retomado por los investigadores que trabajan sobre la «colonización interna» en ambos lados del Atlántico, puede ser útil en varios sentidos. Este concepto configura inmediatamente la gubernamentalidad como un conjunto de dispositivos de guerra civil. Especifica políticamente el concepto de «biopolítica» en la medida en que la colonización, que mantiene unidas, desde la acumulación originaria, la guerra de razas y la guerra contra las mujeres por el control de los cuerpos, ahora se aplica directamente a los conflictos de clase. Como es natural, se ha descrito a Grecia como un país «colonizado», como una población puesta bajo «mandato» colonial, en la medida en que todos los dispositivos de la máquina de guerra del Capital son movilizados para organizar una endocolonización del conjunto de las relaciones sociales. Y por último, el concepto presenta la realidad de las guerras civiles contemporáneas desde otro punto de vista: 1) porque la endocolonización establece una continuidad inmediata entre los Nortes y los Sures de la economía-mundo y revela la manera en la cual los Sures se esconden en los Nortes; 2) porque el conjunto de las guerras, cuya naturaleza y desarrollo hemos descrito desde la acumulación originaria, convergen en los endocolonizados; 3) porque las técnicas de las guerras coloniales, aplicadas en primer lugar a las poblaciones de las «colonias del interior», luego se generalizan al conjunto de la población y, en especial, a los movimientos contestatarios (durante las movilizaciones contra la «ley del trabajo» en Francia, las técnicas de contención de las manifestaciones y el ejercicio de la violencia policial, con toda evidencia, han franqueado un umbral relativo a la instalación del Estado de seguridad).

---

[190] Véase Paul Virilio, *Pure War*, *op. cit.*, p. 95.

Alain Joxe, por su parte, al poner en relación la «división ricos-pobres» con la verdadera naturaleza de los conflictos en curso, define la guerra como «fractal», en el sentido de una «"guerra de suburbios" a todas las escalas».[191] Lo que sigue remitiendo a la «segregación endocolonial» caracterizada por un conjunto de «formas de violencia bélica: experimentadas en las colonias [...], reformuladas para ser aplicadas al control de los colonizados en la metrópolis, [estas últimas] influyen en la transformación de la regulación de las clases populares en general».[192]

El conjunto de las guerras cuya naturaleza y desarrollo hemos descrito convergen por tanto en la endocolonización de las poblaciones de origen colonial, que padecen aquello que el primer ministro francés Manuel Valls, en un extraño momento de lucidez, definió como «un *apartheid* geográfico, social, étnico». Las guerras de raza, de sexo y de clase atraviesan y marcan a estas poblaciones infligiéndoles violencia social junto con una extrema «violencia molecular» (Achille Mbembe), a través de la reconducción de la relación colonial dentro de las condiciones del capitalismo más contemporáneo. Todo un engranaje de guerras es movilizado para controlarlos y reprimirlos actuando como un potente medio de división dentro de estas poblaciones, antes de ser extendido al resto de los estratos sociales dominados para volverlo contra las primeras. «La segregación endocolonial no solamente está estructurada por la raza y la clase [...] además es sostenida por un sistema ideológico centrado en la reproducción de un poder patriarcal en el que priman la autoridad y la fuerza del Estado como "padre" y "amo" [...]. La manera en la cual la segregación policial discrimina a hombres y mujeres, blancos y no-blancos produce un espacio de conflicto estructurado por y para la reproducción de las separaciones sexistas y de las opresiones viriles dentro de las comunidades *condenadas* por la raza y la clase».[193]

De esta forma, los endocolonizados están, indudablemente, en el centro de la *guerra de subjetividad*, que es el verdadero *medio* de la guerra dentro de la población. En efecto, esta concierne a la población en su conjunto, a la que divide recurriendo a las maquinaciones de la «raza» y de la «libertad» de las mujeres. Las grandes operaciones de las subjetivaciones identitarias y neofascistas se hacen a costa de la población endocolonizada (el musulmán, el extranjero, el migrante, el refugiado, la mujer que lleva velo). Una vez desaparecido el peligro comunista, y después de que el antisemitismo que había devastado a Europa antes y durante las dos guerras mundiales fuera barrido bajo la alfombra, el enemigo es identificado —de forma lenta

---

[191] Alain Joxe, *Les Guerres de l'Empire global*, París, La Découverte, 2012, p. 54.
[192] Mathieu Rigouste, *La Domination policière*, París, La Fabrique, 2012, p. 52.
[193] Ibídem, p. 53.

pero segura—, a partir de los años setenta, primero con el inmigrante, luego con el terrorismo (los «años de plomo»), para terminar convergiendo en el Islam (como abreviación del terrorismo islamista). La transformación de los problemas políticos en conflictos religiosos y en guerras de civilizaciones que se apoyan en la «cuestión racial» es perpetuada deliberadamente por todos los dispositivos de poder.

Las amenazas relativas a la «crisis de la política», alimentada por la política de guerra total del Capital (la financiarización «sin límites»), no permiten otra estrategia más que la intensificación de las políticas de «ajuste estructural» llevadas a cabo por el FMI desde los años ochenta. Recordemos una vez más que la dinámica propia del biopoder no es lo que determina el «racismo» (la «lucha de las razas»), sino la necesidad de producir y reproducir divisiones de clase dentro de una «población» que solo es un «sujeto» en sí (el «sujeto-población», dice Foucault) si está «escindido», es decir, *biopolíticamente diferenciad*o en y por las estrategias del capital, cuya «dominación [de clase] es ya siempre racializante».[194] Ahora bien, a la inestabilidad de fondo, coextensiva a la financiarización (*the age of turbulence*[195]) que a finales de los años noventa hizo que el sistema pasara de la «*failure-prevention*» a la «*failure-containmen*t», se añadió un nivel de desestabilización totalmente distinto con el fracaso, no coyuntural sino estructural, de la nueva estrategia de *containment* frente a los «productos derivados» de la *economía de la deuda*: desde hace largos años, estos cristalizan la capacidad de innovación del mundo de las finanzas (¿un hiperrealismo especulativo?) creando —a (des)medida— un *shadow banking system* (en el cual, hay que recordarlo, los bancos europeos han participado activamente). Para evitar el colapso del sistema, vehiculado desde Estados Unidos (país que se equipó con «*special investment vehicles*» [SIV]), por la «titulización» de la *democratización de las finanzas*,[196] y para gestionar los

[194] Guillaume Sibertin-Blanc, «Race, population, classe: discours historico-politique et biopolitique du capital de Foucault à Marx», en C. Laval, L. Paltrinieri, F. Taylan (dir.), *Marx & Foucault. Lectures, usages, confrontations*, París, La Découverte, p. 242.
[195] Según el título del libro-testamento de Alan Greenspan publicado en 2007 (es decir, un año antes de «*the Big One*»). El mismo Greenspan, durante un *speech* pronunciado en Berkeley sobre la «nueva economía» en septiembre de 1998, expone el cambio de prioridad de la Reserva Federal: ya no es la lucha contra la inflación, sino contra los riesgos mayores de un «*international financial breakdown*».
[196] En Estados Unidos, se trata de la explosión del crédito de consumo y, sobre todo, de las hipotecas inmobiliarias puestas al alcance de las personas de «bajos ingresos» (representados, por aplastante mayoría, primero por los negros, seguidos de los hispanos) por la administración Clinton. La administración Bush Jr. dio rienda suelta a esta tendencia, concibiéndola como una manera de «derivar» la presión por los salarios y un medio ideal para concluir la integración financiera del «sueño americano», mediante la depredación de los más pobres.

efectos persistentes de la «peor crisis financiera *in Global History*» (la *crisis total* del 2008), al hacer aceptar el management del *financial breakdown* a través de la transferencia de las deudas del capital a los contribuyentes, la máquina de guerra transnacional del Capital no podía más que precipitar una nueva ola de *colonización interna* y *externa*. Las políticas racistas (el racismo institucional) se integran allí constituyendo la vertiente subjetiva de las estrategias de «salida de crisis», sobre todo en la eurozona. El punto global de aniquilación política es alcanzado con la colisión transatlántica de la lucha de clases y la guerra de razas en la subjetivación dominante de la «guerra civil mundial».

El círculo se cierra en cierto modo cuando recordamos que la «cuestión» afroamericana fue «el talón de Aquiles de la integración de la clase obrera en el sueño americano».[197] Lo sigue siendo y hasta se intensifica *in situ* (cerca de 500 negros estadounidenses ejecutados por la policía más militarizada del mundo solo en el primer semestre de 2016), pero hubo que esperar a Dallas (cinco policías asesinados por un veterano negro de Afganistán, es decir, el «daño» más grave infligido a la policía norteamericana desde el 11 de septiembre de 2001), para que los medios de comunicación imprimieran las palabras «*race war*» en sus portadas y en su cobertura del acontecimiento. Una sola periodista recuerda, en caliente, que Estados Unidos *también* está en una «guerra ininterrumpida» desde 1990.[198] La relación con el riesgo de autonomización de una máquina de guerra neofascista y neorracista, que precipitaría al conjunto del dispositivo neoliberal contra el muro que su sistema de dominación planetaria construyó ladrillo a ladrillo, es sin embargo evidente. De ahí el buen susto del *establishment* norteamericano, que ya perdió la guerra de subjetividad que él mismo provocó durante los años de Bush.

En Europa, la contrarrevolución neoliberal ha sido acompañada de una enorme empresa de subjetivación de masas que ha movilizado al Estado, a los medios de comunicación, a los políticos y a los expertos de todo tipo, con el fin de avivar el resentimiento, la frustración, el miedo, la culpabilidad, antes de elevar al racismo, tras la crisis de 2008, a rango de *estrategia de Estado*. No se requería menos para producir la conversión de subjetividad más importante dentro de las sociedades europeas poscomunistas. El episodio del Brexit es su señal más importante hasta la fecha. El primer país europeo en aplicar una política neoliberal llevada adelante como una guerra de clase adopta la preferencia nacional (*British First*) *to Take Back Control* y es arrojado por sus electores a una *guerra de defensa de la raza blanca* que saca todas las consecuencias de la consigna laborista del 2007 («*British jobs for British workers*»).

---

[197] Leo Panitch, Sam Gindin, *op. cit.*, p. 307.

[198] Lucia Annunziata, «La guerra ha corroso l'America», *Huffington Post*, 8 de julio de 2016, disponible en www.huffingtonpost.it/lucia-annunziata/dallas_b_10892958.html.

Porque la «preferencia nacional» no puede inscribirse en el funcionamiento del *welfare* como dispositivo de control de la población en el interior sin que sea movilizado el miedo al refugiado, al inmigrante, al musulmán, para ser puesto al servicio del control de la movilidad de las poblaciones del Sur del mundo. De esta forma, la contradicción entre la completa libertad de los flujos capitalistas y la libertad limitada de los flujos de población encuentra un dispositivo de «regulación» obligado en los nuevos fascismos. Ahora bien, estos fascismos pueden escapar de todo control (¡una verdadera *trumperie*!) tanto más cuanto que la misma máquina de guerra del Capital está obligada a situarse *abiertamente* en el terreno de las guerras civiles. El escenario griego fue sometido a la mitología blanca ordoliberal del Wolfang Schäuble entonces ministro de Finanzas alemán, pero aquí se trata de la emergencia de una hipótesis *WASP* totalmente distinta: transmitida por aquello que Akwugo Emejulu llamó «*the hideous whiteness of Brexit*»,[199] viene a recordarnos que la guerra de subjetivación está en el principio mismo de estos movimientos de masas cuya vanguardia estratégica siempre ha estado formada por fascistas.

En estas condiciones, el espacio-tiempo estratégico donde se anudan los problemas de la acumulación financiera y de su gubernamentalidad no podría ser otro que el *continuum* de guerras civiles sangrientas y de guerras civiles no sangrientas que se extienden desde Europa hasta el Próximo y Medio Oriente, Turquía, Afganistán. Grecia constituye el paso fronterizo entre estos distintos tipos de guerra y concentra en su territorio una doble experimentación, aquella de la gubernamentalidad *política* de las guerras civiles alimentadas por la «crisis de la deuda» y del gobierno *humanitario* de los refugiados, que es la consecuencia de todas las depredaciones de los Sures del planeta (incluyendo a *toda* África). Los «sujetos» —que deben ser considerados *políticos* porque son homogéneos al mercado mundial integrado y actores de las luchas en torno a la «proliferación de las fronteras»— que expresan más de cerca la verdad de este *continuum* son los refugiados y los migrantes que lo experimentan arriesgando sus vidas. El *cementerio marino* del Mare Nostrum.

Desembarcan entonces en Grecia, en *aquella* Grecia, «cuna de la democracia y de Europa». Después del vía crucis de las políticas de austeridad impuestas por la Unión Europea para «sanear» las finanzas públicas —esta además condujo a una «crisis ecológica» severa (con las amonestaciones de la Dirección General de Medioambiente de la Unión Europea) que transformó a Grecia en un «caso típico de pobreza energética»—,[200] la «tierra de

---

[199] Véase *The Brexit Crisis. A Verso Report*, 2016.

[200] Siguiendo a Razmig Keucheyan, «la contaminación del aire en Atenas aumentó un 17 % desde el comienzo de la crisis debido [...] al incremento de la calefacción a leña», menos costosa pero más contaminante puesto que acarrea talas ilegales de madera, junto con la aceleración de la desforestación que conlleva. Para completar

los Dioses» experimentó simultáneamente una guerra económica, que presentó como una política medicalizada el estrago «material» y «subjetivo» de la población, junto con la «crisis» de los migrantes. Y esta última «crisis» no es más que la (re)inversión de la tecnología colonial de regulación de los movimientos migratorios en Europa a través del *desborde* del filtro selectivo de la movilidad del trabajo.

La transversalidad de las guerras dentro de la población se extiende al otro lado del Mediterráneo en las antiguas colonias y los antiguos mandatos. En Oriente Medio, las guerras fractales son una sucesión de guerras civiles que se superponen en una *descolonización interrumpida*. Este aspecto vino acentuado aún más por las «primaveras árabes», cuya emergencia hizo rápidamente callar el rumor según el cual los Estados petroleros se estaban preparando para abandonar el dólar como moneda de cambio. Para gran alivio de estos, la obsesión islamista del complejo político-mediático occidental consiguió obliterar la naturaleza de clase, de raza y de subjetividad de las luchas que hicieron irrupción en 2011, especialmente en Egipto, donde la movilización obrera precedió y acompañó a las concentraciones de la plaza Tahrir. Los Estados del Norte no han dejado de operar para que las insurrecciones árabes se plieguen a los regímenes «autoritarios» (re) instalados precipitadamente o para precipitarlos al «yihadismo». Las experimentaciones democráticas que pudieron tener lugar en el horizonte de estas guerras civiles[201] fueron violentamente reprimidas, tanto por los regímenes establecidos como por sus aliados occidentales.

Las *small wars* que se desataron en estas excolonias, con unos efectos tan catastróficos y destructivos como los de una «gran» guerra, tienen como objetivo redirigir las rupturas «objetivas» producidas por la mundialización más depredadora y las rupturas «subjetivas» operadas por las «primaveras árabes» a la máquina de guerra de los Estados o a las de los fundamentalistas islámicos.

La guerra fractal dentro de las poblaciones y las *small wars* que le sirven de modelo y de líneas de fuga actualizan la «destrucción creativa» del capitalismo ajustando la potencia —y las potencias de actuar— del modo de

---

la información, agreguemos que el número de guardias forestales fue drásticamente reducido, «por lo tanto, la crisis pasó de ser económica a ecológica, e inversamente». Véase Razmig Keucheyan, *op. cit.,* p. 45.

[201] Hay que remitirse aquí a los kurdos, que lograron introducir la inteligencia colectiva construida a través de sus experiencias «comunales» de democracia directa incluso en la organización militar y la defensa popular. Por cierto, cabe señalar que el «federalismo democrático» e internacionalista adoptado por el PKK desde 2005 (y luego por el PYD) se esfuerza por dar todo su lugar a la dimensión de una ecología social influida por Murray Bookchin. Véase el artículo de Benjamin Fernandez, «Orígenes del comunalismo kurdo. Murray Bookchin, ecología o barbarie», *Le Monde diplomatique en español.*

destrucción del Capital a la hora posdemocrática de los grandes tesoreros del mundo. En la medida en que la «economía» es la política del Capital, se aplica como guerra continua, que remite toda perspectiva de «cambio» económico a la mutación de aquellos que están «sujetos» a estas guerras en sujetos estratégicos *de* estas últimas. La intensificación de la «crisis» permanente manifiesta en 2007-2008 no tendrá ninguna remisión, dado que la máquina de guerra del Capital no puede echar abajo las relaciones de poder y las relaciones estratégicas sobre las cuales se funda y que han conducido, después de años de neoliberalismo puro y duro, a nuestra situación *poscrítica.*[202]

Ningún «nuevo New Deal», ningún «pacto social», ninguna «nueva regulación» es de esperar, *porque* las relaciones de fuerza están demasiado desequilibradas en la larga duración de la contrarrevolución mundial, que es el único hábitat que tenemos. Ninguna luz de esperanza tampoco del lado de las políticas monetarias de «*quantitative easing*» y su posible puesta al servicio de un «neokeynesianismo» de la demanda asegurado por un Estado fuerte (*¿Acaso no todos somos socialistas ahora?*[203]). Rigurosamente puestas bajo la tutela norteamericana (la FED se afirma, al igual que el banco mundial, como la última instancia[204]), estas políticas han sido proyectadas para «salvar a los bancos» y acompañar, con la ayuda de la «condicionalidad», a los nuevos programas de «ajuste estructural» *flexitarianos* que conjugan las formas *open space* del control con las formas más disciplinarias de explotación del trabajo y de gestión securitaria de la sociedad. Este es el sentido real de la «flexiseguridad»: si esta es el signo manifiesto de cierta «posmodernidad», la *anglobalización* de la que es sinónimo exacerba las guerras de clase, de raza, de sexo y de subjetividad que se engloban, *desde el siglo XIX y su retorno*, dentro de las «crisis» financieras.

La reproducción indefinidamente extendida y ampliada de las relaciones estratégicas y de poder participa en la formación de aquello que los economistas llaman «burbujas». Su propiedad esencial es que tarde o temprano terminan por estallar. Pero la nueva burbuja de las obligaciones no es la única que amenaza con hacerlo (su masa y su valor aumentaron nuevamente

---

[202] Para una versión hilarante, véase una y otra vez el vídeo de campaña del Partido Socialista francés de 2012: «Le changement est maintenant» disponible en https://www.youtube.com/watch?v=HSu5JI0LF64).

[203] Véase la famosa portada del *Newsweek*: «We Are All Socialist Now» (2 de julio de 2009).

[204] En total, la FED habrá «prestado», con tasas de interés irrisorias, *siete billones* de dólares —es decir, casi *siete veces* el monto total de los depósitos del conjunto de bancos norteamericanos— a las instituciones financieras, una parte no despreciable de los cuales fue destinada a los bancos europeos. Para un análisis mordaz de la constitución y de la composición de la FED, véase Philip Mirowski, *Nunca dejes que una crisis te gane la partida. ¿Cómo ha conseguido el neoliberalismo, responsable de la crisis, salir indemne de la misma?*, Barcelona, Deusto, 2014.

de manera vertiginosa desde 2010). De un modo más explosivo, también lo harán esas mismas relaciones de poder y relaciones estratégicas llevadas adelante por las políticas monetarias, que se apoyan cada vez más exclusivamente en la gobernanza de las guerras dentro de la población para asegurar la supervivencia del «sistema-mundo» del capitalismo.

Pero ninguna necesidad histórica, ninguna contradicción «en última instancia» guiará —o resolverá «al borde del abismo»— este proceso. El capitalismo no morirá de muerte «natural», porque su «economía», a diferencia de lo que afirma la vulgata marxista, es inseparable de la guerra y de la *nueva economía de guerra,* de las cuales el neoliberalismo es el nombre y la realidad obligada. La *insostenibilidad* de su proceso, cuyos límites siempre se desplazan, acentúa la amplitud de las guerras civiles mundiales, desde la microgestión de «la inseguridad molecular permanente»[205] hasta su reverberación «fractal» en todo el planeta a través del Mediterráneo (donde se libra una «guerra de baja intensidad» contra los migrantes[206] que se extiende hasta el pleno centro de París).

Detrás del capitalismo contemporáneo no hay otras formas de «soberanía» más que aquellas con las cuales hemos comenzado este trabajo: la moneda y la guerra, la codeterminación de su potencia de destrucción y desterritorialización que siempre funcionan juntas. Lo que cambia y opera los cambios de forma de las nuevas tecnologías de poder es que la moneda y la guerra se codeterminan y se alimentan *directamente* en la dinámica de lo ilimitado propia del Capital.

Ninguna de las dos fuerzas de desterritorialización desatadas por el neoliberalismo persigue un «fin» político en el sentido de Clausewitz. En efecto, estas más bien parecen esmerarse en perpetuar un «caos» mundial, mientras que pugnan por controlar sus fuerzas con el fin de reproducir siempre lo ilimitado de la explotación financiera, cuya intensificación continua (*Capitalizing on Chaos*) se aplica a la extensión del dominio de la guerra fractal dentro de la población. Sin más mediaciones que aquellas que conducen a la derrota del adversario. *Graecia docet*. Y *docet omnia* (debidamente corregido aquí como *ella* «lo enseña todo»), según el ilustre lema inscrito en el frontón del Collège de France, donde una vez Foucault enseñó la política como guerra continua.

O más exactamente, retomando los mismos términos del filósofo, lo que se pone en juego es *la guerra como analizador de las relaciones de poder y de los operadores de dominación*. Ya que es por este medio que las guerras civiles se imponen como terreno estratégico para la constitución de las

---

205 Véase Gilles Deleuze, Felix Guattari, *Mil mesetas, op. cit.*, p. 220.

206 Sandro Mezzadra, *Terra e confini. Metamorfosi di un solco,* Castel San Pietro Romano, Manifestolibri, 2016, p. 41.

máquinas de guerra revolucionarias, aunque se trate hoy de proyectos políticos más débiles y embrionarios. Los movimientos anticapitalistas todavía son incapaces de librar una «guerra de clase sin la clase obrera». Desde la derrota política de esta última en el periodo más largo de la Guerra Fría, no se ha podido elaborar ni experimentar ninguna «práctica teórica» colectiva a la escala y a la altura de las guerras civiles lanzadas por el Capital.

El movimiento obrero se formó reduciendo la división colonial y la división sexual del trabajo a «contradicciones secundarias». Esta operación de subordinación de las «minorías» se volvió insostenible tan pronto como los colonizados y las mujeres, a lo largo de todo el siglo XX, se afirmaron como percepciones y sujetos políticos portadores de perspectivas sociales, reivindicaciones económicas, modalidades de subjetivación que no coinciden con las de la «clase obrera» y con el proceso unificador de la «toma de conciencia». El 68 marca simultáneamente la derrota del comunismo del siglo XIX y de la revolución leninista, el fracaso de su traducción institucional en los partidos y los sindicatos de la «clase obrera», y la cristalización de un cambio irreversible de la relación de fuerzas en el sentido de un proletariado mundial múltiple que no pudo crear la máquina de guerra capaz de expresar todas sus potencias. Lo cierto es que las luchas de la descolonización y los movimientos feministas han minado profundamente el poder del salariado sobre las «minorías».

El mismo problema es objeto de experimentación en los movimientos contemporáneos. No se trata de una democracia genérica nueva, sino de la invención de máquinas de guerra democráticas anticapitalistas capaces de asumir como tareas estratégicas las guerras civiles y la lucha en el frente de sus subjetivaciones.

Las luchas contra la «ley del trabajo» en Francia y la ocupación de la Plaza de la República por el movimiento *Nuit debout* resumen todas las dificultades que presenta reunir las condiciones de realidad de este proceso y organizar una máquina semejante. No es la falta de *techné* ni la dificultad para proyectar *in abstracto* una estrategia eficaz contra la potencia del capitalismo financiero lo que obstaculiza el ejercicio eficaz de una fuerza susceptible, si no de quebrar la larga secuencia de victorias del Capital, al menos de combatirlo introduciendo la guerra en el planteamiento del problema. En cuanto a las nuevas tecnologías, lejos de anunciar el sujeto autónomo de un *Commonfare*, no son ajenas al modo de funcionamiento del capital financiero y actúan dentro de una división social del trabajo que contribuyen a reproducir según las funcionalidades del «capitalismo 24/7»[207] que, hasta cierto punto, siempre puede ser orientado hacia un

[207] Véase Jonathan Crary, *24/7. El capitalismo tardío y el fin del sueño*, Buenos Aires, Paidós, 2015.

uso cooperativo del saber. En dos días, *Nuit Debout* construyó una radio y una cadena de televisión «Debout», explotando todas las redes sociales y sus «algoritmos». Pero al cabo de dos meses de lucha contra la «ley del trabajo», los movimientos de esta primavera francesa tuvieron dificultades para franquear las divisiones de clase entre trabajadores a tiempo completo y precarios, empleados y desempleados. Además, las temporalidades largas de la división sexual del mundo y la brecha colonial se reprodujeron al mantener a los no-blancos de los barrios populares al margen de los jóvenes blancos urbanizados de la ciudad conectada.

Las «convergencias», muy reales, que se producen y experimentan en la base entre trabajadores, precarios, estudiantes, nuevas subjetividades son coyunturales y no estratégicas. No definen una nueva política aliada a nuevas formas de organización *y de desorganización*. El posicionamiento de un sindicato como la CGT es emblemático de los impases y de los límites de sus convergencias. En su último congreso, la CGT recuperó su naturaleza de «clase», pero su «radicalización» todavía sigue apoyándose en el trabajo a tiempo completo, en el marco nacional de su acción y en el respeto de las formas de legitimidad de la gubernamentalidad. Mientras tanto, la máquina financiera actúa de manera transversal a los dispositivos de poder (salariado, precariedad, *welfare*, consumo, comunicación, etc.) para intervenir en el conjunto de las guerras de clase, de raza y de sexo que esta introduce tanto en los individuos como en el *socius*, articulando constantemente el marco nacional (que fagocitó) con el plano mundial (que es el suyo: el del «mercado mundial» incluido por Marx en el *concepto* del capital).

No obstante, aunque los movimientos altermundistas activos siguen buscando modos de organización y de ejercicio de la «fuerza» susceptibles de poner en jaque al poder del Capital,[208] es innegable que también han producido una conversión de la subjetividad y han abierto la puerta a este nuevo espacio-tiempo de experimentación política simbolizada por la «ocupación de las plazas». ¿Pero de qué experimentación se trata? Cabe señalar que la democratización de la palabra para unos y las salidas institucionales para otros solo corresponden muy parcialmente a lo que estas luchas expresan.

Aquello que ha sido experimentado en Grecia, en España, en Francia, en los países del Próximo y Medio Oriente, en Estados Unidos, etc., es *un primer intento* de romper con la gubernamentalidad de las guerras dentro de las poblaciones que nos asigna a un lugar y a una función productiva,

---

[208] Siempre es necesario volver a señalar que el «problema de la violencia» es la peor forma de plantear la cuestión de la «fuerza», a la cual está estratégicamente subordinado. O de manera inversa: también es el medio más seguro para contener dicha violencia al nivel simbólico de la destrucción del mobiliario urbano y bancario.

nos fija a un sexo, a una identidad, a una nacionalidad y a una historia nacional que resulta inmediatamente poscolonial. La multiplicidad equívoca de deseos que pudo afirmarse en estas movilizaciones en busca de una nueva vía entre *revolución molecular y lucha de clases* (retomando la primera pregunta de Felix Guattari) fue motivada ante todo por el rechazo unívoco a ser gobernados, por la voluntad/necesidad de liberarse de la relación de poder gobernantes/gobernados, de sus dispositivos (salariado, consumo, *welfare*, heterosexualidad, etc.) y de sus axiomas (competitividad, democracia parlamentaria, participación, etc.). Todo sucede como si ya no hubiera otro objeto/sujeto de experimentación colectiva más que el rechazo a someterse a la gubernamentalidad *como tal*. Ahora bien, esta última nunca ha sido «división social del trabajo» (Marx) o «reparto de lo sensible» (Rancière) sin ser, además, y de una manera aún más fundamental hoy en día, organización de las guerras de clase, de sexo, de raza y de subjetividad.

Si las luchas solo pueden iniciarse partiendo de la condición de gobernados, entonces estas deben liberarse imperativamente de los axiomas de la gubernamentalidad para alcanzar su propio terreno estratégico de afirmación. Lo que no solo implica designar un enemigo que siempre será simultáneamente local y global, sino también arriesgar una forma de ruptura que moviliza una conversión subjetiva, un proceso en ruptura crítica y clínica con nuestra condición de trabajadores, consumidores, usuarios, en resumen, con nuestra condición de «normópatas», dado que con estas sujeciones en las que el «fuera-del-sujeto» está prohibido, de una manera u otra, todas y todos somos «piezas» de la megamáquina del Capital. Ahora bien, las guerras que nosotros llamamos *fractales*, libradas dentro de la población, se caracterizan por una asimetría que no es interrogada hasta que no se problematiza la guerra.

La máquina de guerra del Capital construyó y utiliza un *continuum* entre guerra sangrienta y guerra no sangrienta, cuyo campo de acción es la población. Organiza y practica las guerras civiles globales cuya existencia debe negar imperativamente. El *continuum* es semejante únicamente para el Capital y el bloque de fuerzas sociales y políticas que se aglutinan en torno a su potencia y que pasan, según los terrenos, del uso de armas militares (la policía está cada vez más equipada) al uso de armas no militares, para combatir a un *enemigo* del cual se conoce el foco de desarrollo (la población), pero no su identidad (se mantiene indetectable, probable, incognoscible en derecho), a pesar de que su lugar de nacimiento esté sobredeterminado según una lógica poscolonial global.

Para los explotados y los dominados, este *continuum* no existe a menos que se *produzca* —y se construya *activamente*—. No hay nada menos *dado* que este *continuum* subjetivo de ruptura colectiva que debe ser inventado en una temporalidad autónoma para oponerse a la continuidad entre guerras

sangrientas y guerras no sangrientas del Capital. Si hay asimetría política, aquí es donde esta se verifica y se enuncia en los términos más brutales: desde los años setenta, el Capital tiene una estrategia y una máquina de guerra; los proletarios y afiliados no tienen ni estrategias ni máquinas de guerra. Desde hace casi *medio siglo*, ellos padecen, impotentes, la iniciativa del Capital financiero que no ha enterrado el hacha de guerra, sino toda perspectiva política que pueda contribuir a corto, mediano y largo plazo a un reformismo del capital.

Para profundizar esta asimetría, que de ningún modo es una «guerra asimétrica», partamos de la elaboración más avanzada del pensamiento del 68 sobre la guerra. A tal efecto, retomaremos una última vez la distinción establecida por Foucault entre *poder* (relaciones entre gobernantes y gobernados) y *guerra* (relaciones entre adversarios) con su «encadenamiento indefinido e inversión perpetua», que para nosotros remite directamente a la inestabilidad de los *movimientos aberrantes* del Capital. También movilizaremos el concepto de «máquina de guerra» de Deleuze y Guattari. Al distinguirse de la guerra y del Estado, relacionándose con la guerra social, este concepto nos permite plantear que *poder y guerra* (es decir, las relaciones entre gobernantes y gobernados y las relaciones entre adversarios) constituyen la *doble articulación* de la máquina de guerra del Capital.

Volvamos a Grecia, donde tuvo lugar una guerra financiera que es, como afirmaban nuestros dos oficiales chinos a propósito de la «crisis» asiática, una «verdadera guerra» caracterizada por la asimetría que pretendemos definir con mayor claridad. Y traslademos allí la indicación principal de nuestro análisis: mientras que las instituciones del capital financiero tienen una estrategia (la deuda), una definición clara del adversario (una parte de la población) y armas de destrucción masiva no militares (la política de austeridad) para realizarla, aquellos que están sometidos a la iniciativa y a la ofensiva de la economía de la deuda combaten *en posición de «gobernados» sin estrategia ni máquina de guerra*. Todo es visible, nada está oculto en la estrategia del Capital. En julio de 2015, en Grecia, se produjo un evidente giro hacia una *política de gubernamentalidad de guerras civiles*. Los movimientos griegos, terriblemente aislados, fueron incapaces de seguir al enemigo hacia este nuevo terreno de enfrentamiento. El rechazo a la gubernamentalidad solo puede consistir en el rechazo a las «libertades» que implica la relación gobernantes/gobernados. Es un proceso particularmente difícil, ya que el movimiento obrero, comunista o revolucionario, no supo producir un concepto de libertad para oponerse a la «libertad» liberal.

Para la máquina de guerra del capital, la deuda es al mismo tiempo una *relación de poder* relativamente estable donde se oponen gobernantes y gobernados y un *terreno de enfrentamiento estratégico* donde se oponen adversarios. A través de la deuda, los gobernantes dirigen los

comportamientos de los gobernados de un modo relativamente previsible. Relativamente, porque los gobernados, al hacer uso de su «libertad», resisten, se oponen, desvían las obligaciones económicas, empujando a la máquina de guerra del capital a extender los dispositivos de financiarización y a intensificar las políticas de austeridad para acabar con estas resistencias, oposiciones, desviaciones.

Foucault afirma que la relación gobernantes/gobernados no es ni jurídica ni bélica, porque constituye una «acción sobre acciones posibles» llevadas a cabo por «sujetos libres». Pero los posibles, la libertad, la acción, las conductas presupuestas por la *relación de poder* siguen estando determinados dentro del marco de la gubernamentalidad. La libertad del gobernado es la *libertad liberal* del capital humano o del emprendedor de sí mismo o aun del consumidor, es decir, la libertad «fabricada», solicitada, incitada por los dispositivos de poder para responder a las nuevas exigencias de la acumulación del Capital. Puede luchar «dentro y en contra» (¿dentro y en contra de Foucault?), pero siempre estará atrapado en la división social del trabajo y en sus asignaciones subjetivas.

Totalmente distinta es la libertad que crea sus propios posibles, que estructura su campo de acción y se subjetiviza a través de esta creación al volverse *autónoma* e *independiente* de los «gobernantes», es decir, *indecidible* con respecto al plano de gubernamentalidad. Los gobernados solo son «libres» si logran franquear el umbral que los separa del enfrentamiento estratégico *ocupando* las guerras dentro de la población que el Capital mismo libra sin discontinuidad con su propia máquina de guerra. Ahora bien, como hemos visto, Foucault no explica cómo se produce el paso de *gobernados a adversarios*. No tematiza la ruptura como condición de la subjetivación necesaria para la salida de este «estado de minoría» (Kant) que lo obsesiona durante los últimos años de su vida *porque no problematiza la construcción de la máquina de guerra*. Sin embargo, es la condición indispensable para un proceso de subjetivación colectiva que opera mediante lazos transversales, en ruptura con la semiología del capital y todos sus dispositivos de gobernanza de las divisiones.

Desde 2011, los movimientos anticapitalistas han multiplicado las modalidades de ruptura subjetiva. No obstante, se encuentran rápidamente frente a una alternativa sin salida. «Desaparecer», disolverse en cuanto fuerzas organizadas, o constituirse como nuevas formas de representación que resucitan las modalidades de la acción política moderna en agonía. Sin embargo, retirarse de la relación de gubernamentalidad impone recurrir a ambos lados de la relación. No se trata solamente de salir del estado de subordinación (de los «gobernados»), sino de negarse además a transformarse en nuevos «gobernantes», en nuevos pretendientes a una *representación* de los «intereses» de los dominados que sea mejor que la ejercida por las «élites». Los «nuevos

partidos» nacidos de estos movimientos operan cambios cosméticos en la representación parlamentaria, reproduciendo la ilusión de que esta «política» puede cambiar algo, precisamente cuando «otra política» dentro de la gubernamentalidad es imposible. Así lo ha demostrado la reciente desventura electoral de «Podemos» en España (que fracasa a las puertas del «poder»). Menos de un año después del fiasco de Syriza (que sigue conservando, en principio, este mismo «poder»).

En este libro, hemos llevado a la práctica al Foucault de la primera mitad de los años setenta, porque la situación actual nos incita a mirar «detrás del problema de la producción de las riquezas para mostrar mediante qué ruinas, deudas y acumulaciones abusivas se constituyó, de hecho, cierta situación de esas riquezas».[209] Lo que necesitamos no es tanto una nueva teoría económica del valor y un enfoque alternativo de la gubernamentalidad, sino plantear la pregunta política por excelencia de la edad de la guerra civil global del «Capitaloceno».

Ahora bien, la lucha que tuvo lugar en Grecia nos pone delante de una «población» que no dispone de las ambigüedades vinculadas a su concepto, tanto en la economía política como en el concepto de biopolítica (sospechamos que una pudo influir a la otra). La población, como toda realidad social está dividida en el capitalismo, y dividida según la lógica de la hostilidad. La guerra es realizada por una parte de la población contra la otra. Los resultados del referéndum de julio de 2015 (60 % y 40 %) dan una idea de la división que atraviesa la sociedad mucho más cercana a la realidad que el eslogan del 1 % contra el 99 % del movimiento Occupy Wall Street. Esta cuantificación puede ser «verdadera» al nivel de la distribución de las ganancias y de los patrimonios (podría ser el umbral a partir del cual el poder económico se vuelve potencia financiera), pero no da cuenta de los bloques de fuerzas que se constituyen en las líneas de subjetivación a partir de las divisiones «económicas» diferenciadas de otro modo y agenciadas por la línea de fractura financiera. Esto también habrá contribuido a mantener al movimiento Occupy de 2011-2012 en una contracultura de «redes sociales», en una posición incómoda respecto del llamamiento a la huelga general de mayo de 2012, una huelga general que en sí misma era poco compatible con las proposiciones heredadas de los años ochenta (tasa Tobin, reforma de la financiación de las campañas electorales, etc.). Aquí resulta difícil desmentir totalmente a Philip Mirowski y su vitriólica consigna: «Conoce a tu enemigo antes de empezar a soñar con un mundo mejor». Su conclusión: «Sobre este punto preciso, Carl Schmitt tenía razón».[210]

---

209 Michel Foucault, *Defender la sociedad, op. cit.*, p. 128.
210 Philip Mirowski, *Nunca dejes que una crisis te gane la partida, op. cit.*

En Estados Unidos, así como en Grecia o en España, las fuerzas de oposición a la economía de la deuda todavía no han sido capaces de producir el paso de la figura sometida del «gobernado» a la figura del *enemigo autónomo*, estratégicamente independiente, que adquiere su autonomía con respecto de todas las formas de coacción gubernamental para formarse políticamente en un proceso de subjetivación de la guerra civil que le es impuesto, y al cual, a su vez, él expone al adversario, en la modificación que él le imprimió.

Para franquear este paso y operar esta ruptura, las luchas que se multiplican desde 2011 enfrentan grandes dificultades. En primer lugar, el Capital, en su forma financiera, se presenta como un conjunto de dispositivos anónimos e impersonales, difíciles de determinar en la figura del adversario: la forma de la explotación y de la dominación y los sujetos del mando son más abstractos e *inmanentes* que los «patrones» industriales y el Estado nación. Luego, la guerra fractal que se produce indefinidamente en todas las escalas de lo real (su realidad multiescalar) no tiene ni la forma de la guerra interestatal ni la de la guerra civil que los siglos XIX y XX nos legaron. Nos cuesta luchar en una situación que escapa a la alternativa entre tiempos de guerra y tiempos de paz, y en la cual la pacificación social buscada por la estrategia del capital financiero pasa ante todo por el control securitario de la población delegado al *soft power* de los mercados. El tercer obstáculo está representado por las guerras de clase, de género y de raza que producen divisiones profundas dentro del proletariado. El paso de las relaciones de poder a las relaciones estratégicas, la capacidad de resistencia y ataque, la acumulación y el ejercicio de la fuerza, los procesos de subjetivación tienen como condición la neutralización de estas divisiones y la construcción de conexiones revolucionarias entre «minorías» que solo lo son en el sentido más filosófico (la «fórmula de las multiplicidades» de Deleuze y Guattari). Por último, pensar en términos de máquinas de guerra implica enfrentar aquello que nos parece el límite esencial del pensamiento del 68, a saber, su incapacidad para pensar la guerra en todos sus componentes como forma total de la valorización del capital que remite sus «momentos» reformistas a paréntesis estratégicos en la gran utopía capitalista del libre mercado.

La contrahistoria a la que nos hemos dedicado no tenía otra función más que recobrar la realidad de las guerras que nos son infligidas y negadas: no *la* guerra ideal de los filósofos, sino *las guerras* que causan estragos «en los mecanismos de poder» y que constituyen «el motor secreto de las instituciones». Y esta guerra de guerras, si vamos a continuar allí donde Foucault se detiene, o a deconstruir el sujeto que habla en su discurso, *no basta con enunciarla como un principio explicativo; hay que reactivarla, hacer que abandone las formas latentes y sordas en las que sigue inmersa sin que seamos conscientes de ello, y llevarla a batallas decisivas para las que debemos prepararnos si no queremos ser siempre derrotados.*

AGRADECIMIENTOS

Los temas y las grandes articulaciones de este trabajo fueron presentados en el marco de un seminario que tuvo lugar en 2014 y 2015 en el departamento de filosofía de la Universidad París 8. Agradecemos en primer lugar a l*s estudiant*s que siguieron estos seminarios de un modo particularmente aplicado y comprometido, y a l*s amig*s y colegas del departamento que, de un modo u otro, apoyaron la iniciativa: Stéphane Douailler, Antonia Birnbaum, Bertrand Ogilvie y Patrice Vermeren.

El trabajo fue también presentado en una serie de conferencias y workshops en diferentes universidades canadienses, lo que dio lugar a intensos debates con el público y los organizadores: Gary Genosko y Ganaele Langlois (York University), Enda Brophy (Simon Fraser University), Antonio Calcagno (Western University), Imre Szeman (University of Alberta), Erin Manning (Concordia University) y Brian Massumi (Université de Montréal).

Agradecemos de un modo muy especial, también, al maestro editor Nicolas Vieillescazes, quien acompañó el proyecto desde su primera formulación, y «soportó» en todo momento a sus dos artífices.

